



# Jussi ADLER-OLSEN El efecto Marcus

Los casos del  
DEPARTAMENTO

Q

Lectulandia

Marcus solo tiene quince años, pero no ha tenido infancia. Pertenece a una banda cuyo violento líder, Zola, obliga a sus miembros a robar y a cometer otros actos criminales. Cuando amenaza con mutilarlo para que dé más pena, Marcus huye. Pero antes descubre el cadáver de un hombre cerca del escondite de Zola. Más tarde, Marcus averigua que el muerto era William Stark, responsable de un proyecto de ayudas al desarrollo en Camerún, y se convierte así en un peligro tanto para Zola, que ejecutó el asesinato, como para quienes se lo encargaron, personas poderosas que desviaron los fondos del proyecto.

La investigación arrastrará a Carl, Assad, Rose y Gordon, el nuevo miembro del Departamento Q, a una ciénaga de corrupción y crímenes en el mundo de la política y la economía, cuyos tentáculos llegan hasta la selva africana.

**Lectulandia**

Jussi Adler-Olsen

# **El efecto Marcus**

**Departamento Q - 05**

ePub r1.0

Eibisi 15.05.15

Título original: *Marcus EFFEKTEN*  
Jussi Adler-Olsen, 2012  
Traducción: Juan Mari Mendizabal, 2015  
Retoque de cubierta: Eibisi

Editor digital: Eibisi  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Dedicado a mi suegra, Anna Larsen*

# Prólogo

*Otoño de 2008*

La última mañana de la vida de Louis Fon fue dulce como un susurro.

Se levantó del camastro con los ojos cargados de sueño y con la mente embotada, dio unas palmadas a la pequeña que le había acariciado la mejilla, le quitó los mocos de la punta de la nariz morena y después metió los pies en las chancletas sobre el suelo embarrado.

Se enderezó, entornó los ojos y miró la estancia bañada por el sol, entre el cacareo de gallinas y los gritos lejanos de los chicos que cortaban racimos de plátanos de los árboles.

Qué apacible, pensó, inhalando el olor a especias del poblado. Solo los cánticos de los pigmeos baka en torno a la fogata, al otro lado del río, lo deleitaban más que aquel olor. Como siempre, era agradable volver al territorio Dja y al remoto poblado bantú de Somolomo.

Detrás de la choza, los niños se revolcaban por el suelo, haciendo que el polvo de tierra roja se arremolinara, y sus voces estridentes provocaban que bandadas de pájaros tejedores alzaran el vuelo de las copas de los árboles.

Se levantó hacia la ventana iluminada, apoyó los codos en el alféizar y sonrió a la madre de la niña, que estaba junto a la choza de enfrente, cortando la cabeza a la gallina para la cena.

Después de aquel momento, Louis ya no volvió a sonreír.

A unos doscientos metros aparecieron el hombre nervudo y su guía por la pista junto al platanar, augurando desgracias desde el primer momento. La figura musculosa de Mbomo la conocía de Yaoundé, pero nunca había visto al hombre blanco de pelo clarísimo.

—¿Por qué ha venido Mbomo? ¿Y quién lo acompaña? —gritó a la madre de la niña.

Esta alzó los hombros. En el lindero de la selva no era extraño ver a turistas, así que ¿por qué había de preocuparse? Habría pasado cuatro o cinco días con los bakas en el enorme caos de la jungla de Dja; esa solía ser la razón, ¿no? Al menos, si se trataba de un europeo con la cartera llena.

Pero Louis presentía algo más, lo notaba por la seriedad y la confianza que había entre los dos hombres. No, pasaba algo extraño. El blanco no era turista, y Mbomo no aparecía en aquel distrito sin haber informado antes a Louis. Al fin y al cabo él era el jefe del proyecto danés de ayuda al desarrollo, y Mbomo no era más que el chico de los recados de los funcionarios de Yaoundé. Así era el juego.

¿Estarían tramando algo los que venían por la pista, algo que no querían decirle? No era difícil imaginarlo. Estaban pasando demasiadas cosas extrañas con aquel proyecto. Los trámites iban a paso de tortuga, el flujo de información casi se había estancado, los pagos se retrasaban cada vez más, o dejaban de llegar. No era eso lo que le habían prometido cuando lo contrataron.

Louis sacudió la cabeza. Era bantú y procedía del extremo opuesto de Camerún, a cientos de kilómetros al noroeste del poblado en que se encontraba ahora, en la frontera con el Congo. En su región la desconfianza hacia todo y todos venía con la leche materna, y era tal vez la razón más importante de que Louis consagrara su vida a trabajar para los plácidos bakas, los pigmeos de la jungla de Dja. Eran personas cuyo profundo rastro se remontaba hasta los tiempos en que brotó la jungla. Personas para quienes las palabras feas como *desconfianza* ni siquiera existían.

Para Louis, aquellas criaturas encantadoras eran auténticos oasis de buenos sentimientos hacia la humanidad en aquel mundo maldito. Desde luego, el vínculo con los bakas y aquella comarca era el elixir vital y el consuelo de Louis, y sin embargo ahora surgía aquella insidiosa sospecha de maldad.

¿Podría liberarse de ella alguna vez?

Encontró el todoterreno de Mbomo aparcado tras la tercera hilera de chozas, con el chofer, vestido con una camiseta de fútbol sudada, profundamente dormido al volante.

—¿Me busca Mbomo, Silou? —preguntó al negro macizo, que se desperezó, tratando de averiguar dónde diablos estaba.

El chofer sacudió la cabeza. Por lo visto, no tenía ni idea de qué hablaba Louis.

—¿Quién es el blanco que está con Mbomo? ¿Lo conoces? —siguió preguntando. El hombre bostezó.

—¿Es francés?

—No —respondió el chofer, encogiéndose de hombros—. Sí que habla algo de francés, pero creo que es de más al norte.

—Ya veo.

Sintió inquietud en el estómago.

—¿Podría ser danés?

El chofer dirigió el dedo índice hacia él.

Bingo.

Así que era eso. A Louis no le gustó nada.

Cuando Louis no estaba luchando por el futuro de los pigmeos, lo hacía en favor de los animales del bosque. En cada poblado en torno a la jungla de los pigmeos pululaban jóvenes bantús armados, y todos los días decenas de mandriles y antílopes constituían el botín de los cazadores furtivos.



Pero aunque las relaciones entre Louis y los cazadores furtivos eran algo tensas, no tenía inconveniente en aceptar un viaje a través de la jungla en el asiento trasero de una de las motos de aquellos cabrones. Tres kilómetros por pistas estrechas hasta la aldea de los baka en solo seis minutos; ¿quién podía negarse, cuando el tiempo apremiaba?

En cuanto aparecieron las chozas de adobe, Louis supo lo que había ocurrido, porque solo salieron a recibirlo los niños más pequeños y unos perros ladrando de hambre.

Encontró al jefe del poblado tumbado en un lecho de hojas de palma, apestando a alcohol. En torno a un semiinconsciente Mulungo, bolsas de whisky vacías iguales que las que te ofrecían al otro lado del río. No había duda de que la bacanal había durado toda la noche y, a juzgar por el silencio, tampoco había duda de que casi todos los habitantes de la aldea habían participado en ella.

Miró en el interior de las atiborradas chozas de palma y solo encontró a unos pocos adultos que estuvieran en condiciones de devolverle, aturdidos, el saludo con la cabeza.

Así es como se consigue que los indígenas se sometan y se callen, pensó. Bastaba darles alcohol y drogas para tenerlos controlados.

Exactamente así.

Luego regresó a la choza, que apestaba a mohó, y dio un buen golpe al jefe en el costado; el cuerpo nervudo de Mulungo se sobresaltó, y la sonrisa de disculpa desveló unos dientes puntiagudos. Pero Louis no iba a calmarse así como así.

Señaló las bolsas de whisky vacías.

—¿Por qué os han dado dinero, Mulungo? —preguntó.

El jefe de los bakas alzó la cabeza y se encogió de hombros. La expresión «por qué» no se empleaba mucho allí, en la jungla.

—Os lo ha dado Mbomo, ¿verdad? ¿Cuánto os ha dado?

—¡Diez mil francos! —fue la respuesta. Porque a los bakas les encantaban las cifras exactas, sobre todo cuando eran tan exorbitantes.

Louis asintió en silencio. ¿Por qué hacía eso el jodido de Mbomo?

—Diez mil, vale —convino—. ¿Y cada cuánto tiempo os paga Mbomo?

Mulungo volvió a encogerse de hombros. La noción del tiempo tampoco era el fuerte de los bakas.

—Veo que no habéis plantado los nuevos cultivos, como debíais. ¿Por qué?

—El dinero no ha llegado, Louis, ya lo sabes.

—¿Que no ha llegado, Mulungo? He visto con mis propios ojos el comprobante de la transferencia. Lo enviaron hace más de un mes.

¿Qué había pasado? Era ya la tercera vez que los comprobantes no coincidían con la realidad.

Louis levantó la cabeza. Tras el canto estridente de las cigarras se distinguían sonidos extraños. Por lo que oía, debía de ser una moto pequeña.



Apostaría a que Mbomo estaba ya de camino. Tal vez viniera a explicar la situación como es debido; eso esperaba.

Miró alrededor, en todas direcciones. Sí, allí pasaba algo sumamente raro, incluso muy raro; pero todo se arreglaría. Porque aunque Mbomo le sacaba una cabeza a Louis y tenía los brazos de un gorila, este no lo temía.

Como los bakas no podían responder las preguntas de Louis, tendría que hacerlo el fortachón: ¿por qué había ido? ¿Dónde estaba el dinero? ¿Por qué no habían plantado los cultivos? Y ¿quién era el hombre blanco que acompañaba a Mbomo?

Eso era lo que quería saber.

Así que se plantó en medio de la plaza a esperar, mientras la nube de polvo que se alzaba por encima de la humeante espesura se acercaba poco a poco a las chozas.

Louis quería dirigirse a Mbomo antes de que se apeara de la moto, extender los brazos hacia él y enfrentarlo a la acusación. Iba a amenazarlo con la hoguera y con desenmascararlo. Decirle sin tapujos que si había desviado los fondos que correspondían a los bakas para asegurar que pudieran seguir viviendo en la jungla, lo único que iba a conseguir era una buena temporada a la sombra en la cárcel de Kondengui.

El mero nombre debería dar miedo a cualquiera.

Luego el estruendo de la moto tapó el canto de las cigarras.

En cuanto la Kawasaki salió de los matorrales y entró en la plaza tocando la bocina sin parar, Louis observó la pesada caja del portaequipajes, y también que a los pocos segundos las chozas de alrededor cobraban vida. Rostros somnolientos se asomaban a las puertas, y los hombres más ágiles salían como si el leve chapoteo de la caja de la moto fuera el anuncio divino de la llegada del diluvio universal.

Mbomo fue distribuyendo bolsas de whisky entre las numerosas manos extendidas, y luego se quedó mirando a Louis con aire amenazador.

Louis supo en aquel momento en qué situación se encontraba. El machete colgado a la espalda de Mbomo lo decía todo. Si no se iba de allí, iba a usarlo contra él. No podía contar con ninguna ayuda de los pigmeos dado el estado en que se encontraban.

—¡Y todavía hay más! —gritó Mbomo, echando al suelo el resto de bolsas de whisky, a la vez que giraba el cuerpo hacia Louis.

Mientras Louis, por instinto, echaba a correr, oyó por detrás los gritos regocijados de los bakas. Como me agarre Mbomo, se acabó, pensó, mientras buscaba con la mirada aberturas en la espesura verde o algún apero que hubieran dejado los bakas. Cualquier cosa que pudiera usar contra aquel maromo.

Louis era ágil, mucho más elástico que Mbomo, que había pasado toda la vida en Douala y Yaoundé, y no había aprendido a tener cuidado con el entramado de raíces del suelo del bosque y con los agujeros y baches traidores. Por eso se sintió en terreno seguro cuando las pesadas zancadas que lo seguían se fueron amortiguando y los senderos laterales que bajaban hacia el río se abrieron en ramificaciones interminables.

Se trataba de llegar a uno de los troncos ahuecados antes que Mbomo. Si conseguía pasar primero el río, estaría seguro. Los habitantes de Somolomo lo protegerían.

Un olor acre y húmedo flotaba entre la maleza marrón verdosa como una brisa, y un guía experimentado como Louis sabía lo que eso significaba. Solo faltan cien metros para llegar al río, pensó, pero al segundo siguiente se hundió hasta la rodilla en un cenagal.

Estuvo un momento agitando los brazos en el aire. Si no se agarraba a la vegetación, el barro se lo tragaría en un santiamén. Y si tardaba en salir de allí, llegaría Mbomo. Sus pesados pasos sonaban ya demasiado cerca.

Llenó de aire los pulmones, apretó los labios y estiró el torso tanto que le crujió la espalda. Arrancó varias ramitas, y sus hojas cayeron sobre sus ojos abiertos como platos. Solo tardó quince segundos en agarrarse bien, tirar y liberarse, pero fue demasiado tarde. Se oyó un ruido sibilante en la espesura; el machetazo vino desde atrás y golpeó un omoplato de Louis. Muy rápido, abrasador.

Louis, por instinto, se concentró en no caerse. Por eso pudo salir del fango, mientras las maldiciones de Mbomo se elevaban por encima de las copas de los árboles.

También él estaba atrapado en el cenagal.

Hasta llegar al río, Louis no se dio cuenta de la gravedad de la herida, ni de que tenía la camisa pegada a la espalda.

Se desplomó junto a la orilla, exhausto. En aquel instante, Louis Fon supo que iba a morir.

Y mientras su cuerpo caía hacia delante y la fina gravilla de la ribera del río se fundía con su cabello, sacó como pudo el móvil del bolsillo y apretó el icono que decía «mensajes».

Cada golpe de tecla iba seguido de un latido febril que bombeaba al exterior la sangre de su cuerpo, y cuando terminó de escribir y pulsó «enviar», vio entre brumas que no había cobertura.

Lo último que percibió Louis Fon fue el movimiento de pesados pasos acercándose. Y luego, que le quitaban con suavidad el móvil de la mano.

**M**bomo Ziem estaba satisfecho. El traqueteo del todoterreno sobre la pista de gravilla rojo oscuro llena de socavones que atravesaba la jungla hasta el cruce con la carretera principal hacia Yaoundé terminaría pronto, y gracias a Dios el hombre que lo acompañaba había evitado comentar los sucesos. Todo iba como debía ser. El cadáver de Louis Fon lo había empujado hasta el río; la corriente y los cocodrilos se encargarían del resto.

En resumidas cuentas, el curso de los acontecimientos era satisfactorio. La única

persona que representaba una amenaza para lo que se traían entre manos estaba eliminada, y el futuro brillaba una vez más esperanzador en la lejanía.

Misión cumplida, como solía decirse.

Mbomo miró el teléfono móvil que había arrebatado a un Louis moribundo. Unos pocos francos para una nueva tarjeta SIM, que no podía costar mucho, y ya tenía regalo de cumpleaños para su hijo.

Y mientras imaginaba, satisfecho, el rostro de su hijo cuando se lo regalara, se encendió la pantalla del móvil para comunicar que volvía a haber cobertura.

A los pocos segundos, un discreto pitido comunicó que se había enviado un sms.

## Otoño de 2008

René E. Eriksen nunca había sido un hombre cuidadoso. Tal vez por eso su vida estaba llena tanto de victorias como de derrotas, en una cadena de imprevisiones, aunque, observando la vida en su totalidad, podía estar satisfecho por el resultado final. Cosa que atribuía en parte a algún tipo de suerte innata.

Pero, pese a ello, René era un hombre reflexivo que, ante las grandes preguntas y confrontaciones de la infancia, a menudo buscó cobijo entre las faldas de su madre, lo que en su vida adulta condujo, claro está, a que cuando se metía de cabeza en algo nuevo siempre trataba de asegurarse salidas más o menos aceptables.

Por eso lo pensó bien cuando su buen amigo y compañero de escuela Teis Snap, director del Karrebæk Bank, lo llamó aquella tarde a su despacho del ministerio para hacerle una propuesta que un alto funcionario como René habría considerado en condiciones normales sumamente inapropiada.

Ocurrió en los días previos a que la crisis financiera mostrara su feo semblante. Días en que el resultado de los actos de codiciosos especuladores de bolsa y la irresponsable política económica del Gobierno quedaron a la vista de cualquiera que se dedicara a prestar dinero.

Por eso lo llamaba Teis Snap.

—Me temo que nuestro banco se va a la quiebra dentro de dos meses, a no ser que consigamos más capital —le dijo aquella vez.

—¿Y qué pasa con mis acciones? —se le escapó a René mientras, con palpitaciones y la frente ceñuda, pensaba en la vida de jubilado de primera clase bajo las palmeras del sur que le habían prometido, y que ahora se tambaleaba como un castillo de naipes.

—¿Que qué pasa? Pues que si no hacemos rápido algo drástico, vamos a perder cuanto poseemos. Así es, por desgracia —respondió Teis Snap.

La pausa que siguió fue una pausa entre amigos. El tipo de pausa que no dejaba posibilidad para la protesta o para planteamientos abstractos.

René dejó caer la cabeza un momento, y aspiró tan hondo que le hizo daño. De modo que así estaban las cosas, y sobre esa base había que pensar y actuar. Bien es verdad que tuvo un retortijón de tripas y sudores fríos en la frente, pero, como jefe de negociado de la Oficina Evaluadora de Ayuda al Desarrollo, estaba acostumbrado a tener que pensar con claridad en situaciones de mucha presión.

Soltó el aire.

—¿Más capital, dices? ¿Qué quiere decir eso exactamente?

—De doscientos a doscientos cincuenta millones de coronas en cuatro o cinco años.

El sudor volvió a colarse por el cuello de la camisa de René.

—¡Ostras, Teis! ¡Eso son cincuenta millones al año!

—Sí, ya lo sé, es lamentable. Hemos hecho todo lo posible para diseñar planes de urgencia, pero nuestros clientes no son lo bastante estables. Los dos últimos años nos hemos lanzado a conceder créditos sin las suficientes garantías; lo sabemos ahora, cuando parece que el mercado inmobiliario se desploma.

—Joder, tío, entonces hay que actuar rápido. ¿No podemos retirar nuestras acciones?

—René, me temo que ya es demasiado tarde. Las cotizaciones se han desplomado esta mañana, y de momento se ha decretado la suspensión de operaciones.

—Vaya.

René oyó la frialdad de su propia voz.

—¿Y qué quieres que haga yo? Porque no has llamado con el único objetivo de contarme que has despilfarrado mi fortuna, ¿verdad? Te conozco, Teis. ¿Cuánto has conseguido salvar tú?

La voz de su viejo amigo sonó ofendida, pero clara.

—Nada, René, nada en absoluto, te lo prometo. Se han interpuesto los auditores. No todos los auditores aportan soluciones creativas cuando se presenta una situación de peligro como esta. No, te llamo porque creo que he encontrado una solución que puede ser también lucrativa para ti, amigo.

Así fue como empezó la estafa. Llevaban ya varios meses con ella, y todo había ido muy bien hasta hacía un minuto, cuando su colega más experimentado de la oficina, William Stark, se plantó de pronto ante él con una nota de papel.

—Vale, Stark —convino René—. Dices que has recibido un sms incomprensible de Louis Fon y que después has tratado de ponerte en contacto con él en vano. Pero sabes tan bien como yo que Camerún está bastante lejos, y las comunicaciones no suelen ser muy buenas, así que supongo que el problema se deberá a eso.

Por desgracia, Stark no parecía estar de acuerdo, y en aquel segundo retumbó una posible advertencia de un futuro caos en la vida de René.

El primer secretario Stark apretó sus por lo demás casi invisibles labios hasta que formaron una línea.

—Ya, pero ¿cómo podemos saberlo?

Miró pensativo al suelo hasta que el largo flequillo pelirrojo le cubrió los ojos.

—Lo único que sé es que me llegó este mensaje el otro día, justo cuando tú volabas de vuelta de Camerún. Y desde entonces nadie ha visto a Louis Fon. Nadie.

—Mmm, pero ¿no crees que debe de estar todavía en la zona de Dja, donde las comunicaciones son casi nulas?

René alargó el cuello sobre el escritorio.

—A ver, enséñame el mensaje, Stark.

René trató de que no le temblara la mano cuando Stark le tendió el papel.

Leyó el mensaje.

«Cfqqugthondae(s+l)la(i+l)ddddddvdlogdmdntdja», ponía.

René se secó la humedad traicionera de la frente con el dorso de la mano. Menos mal que lo que ponía era un galimatías.

—Pues sí, tiene una pinta muy rara, Stark, tienes razón. Pero ¿debemos darle importancia? El móvil probablemente estaba en los pantalones de Louis y se ha debido de volver loco —aventuró, dejando el papel sobre el escritorio—. Haré que lo investiguen, pero puedo decirte que Mbomo Ziem y yo estuvimos con Louis Fon en Somolomo justo el día que fuimos a Yaoundé, y todo parecía normal. Creo que estaba haciendo la mochila para su próxima expedición. Con unos alemanes, algo así.

William Stark le dirigió una mirada sombría y sacudió la cabeza.

—Dices que no debo darle importancia, pero vuelve a mirar el papel. ¿Crees que es una casualidad que el sms termine con la palabra *Dja*? ¿Crees de verdad que ha sucedido por unas presiones involuntarias en el bolsillo? Yo, no. Yo creo que Louis Fon quería decirme algo, y que puede haberle ocurrido algo grave.

René apretó los labios. En todos los trabajos del ministerio se trataba de no parecer que se rechazaban incluso las ideas más descabelladas, era lo que le dictaba la experiencia. Por eso respondió:

—No, si raro sí que es, desde luego.

Alargó la mano hacia su Sony Ericsson, que estaba en el alféizar interior de la ventana, tras él.

—Dices que pone «Dja».

Miró el teclado de su móvil e hizo un gesto afirmativo.

—Bueno, sí, podría ocurrir por accidente. ¡Mira! La D, la J y la A son las primeras letras de sus teclas. Aprietas una vez en las teclas 3, 5 y 2 y escribes «Dja», y eso sí que puede ocurrir en el bolsillo, aunque parezca difícil de creer. De manera que sí, por supuesto que es extraño, pero creo que es mejor esperar un par de días para ver si entretanto aparece Louis. Mientras, me pondré en contacto con Mbomo.

Siguió con la mirada a William Stark hasta que cerró la puerta del despacho y volvió a secarse la frente. Así que era el móvil de Louis Fon el que Mbomo llevaba en la mano en el viaje de vuelta a la capital.

¡Valiente gilipollas!

Cerró los puños y sacudió la cabeza. Una cosa era que Mbomo fuera tan infantil como para robárselo al cadáver de Louis Fon, y otra que no lo reconociera cuando René le preguntó por el móvil que manoseaba. ¿Y por qué cojones no se había preocupado el imbécil de Mbomo de ver si había mensajes sin enviar? Si se lo había quitado al cadáver, ¿por qué diablos no había sacado la batería o anulado su memoria? Al fin y al cabo, ¿quién era tan estúpido como para robarle el móvil al hombre que acaba de matar?

Sacudió la cabeza. Mbomo era un imbécil, pero en aquel momento el problema

no era él, sino William Stark, y lo había sido siempre, a decir verdad. ¿No fue acaso lo que dijo desde el principio, tanto a Teis Snap como a sí mismo?

¡Menuda mierda! Nadie controlaba tan bien como William Stark los convenios y presupuestos del departamento, y nadie era tan celoso como él a la hora de evaluar los proyectos del ministerio. Así que, si había alguien que pudiera desenmascararlos por robar fondos de la ayuda al desarrollo para enriquecerse, ese era William Stark.

René aspiró hondo y reflexionó sobre su próximo paso. No podía decirse que las posibilidades fueran muchas.

«Si alguna vez llegaras a tener problemas por esa cuestión, llámanos enseguida», le había dicho Teis Snap.

Era lo que se proponía hacer.



## Otoño de 2008

De hecho, el primer secretario William Stark no tenía a muchas personas a las que dirigirse en busca de consejo en relación con el tema.

En el universo gris del funcionariado no era más que el encargado de una pequeña isla, y no había muchos que desearan poner rumbo a ella. Si no podía dirigirse al jefe de negociado, solo le quedaba el subsecretario, pero ¿quién se dirigía a su subsecretario con una sospecha así, y de esas dimensiones, sin tener pruebas palpables? Desde luego, él no.

Porque si eras un superior en el aparato burocrático, y además eras de los amables, llamabas *whistle-blower*, vigilante, al subordinado que por propia iniciativa gritaba «centinela, ¡alerta!» ante una sospecha de abuso de funciones o irregularidades administrativas. Sonaba bien, digno de alabanza, casi como un toque de trompeta justo antes de una emboscada; pero, si presionabas un poco a la gente de la Administración, te consideraban un chivato, y a esos les solían ir mal las cosas, ya se habían visto lamentables ejemplos de ello en los últimos tiempos. La historia no tan antigua de un empleado del Servicio de Inteligencia Militar al que metieron en la cárcel por haber señalado que el primer ministro ocultó a la ciudadanía información vital y que, basándose en eso, llevó a Dinamarca a la guerra de Irak, no daba lo que se dice ganas de hablar con franqueza.

Además, William no estaba seguro del todo, al fin y al cabo no se trataba más que de una sensación, aunque llevaba tiempo latente.

Después de informar al jefe de negociado René E. Eriksen sobre el mensaje de Louis Fon, llamó por lo menos a diez personas de Camerún que sabía que estaban en contacto con el fiel activista bantú; a todas ellas les extrañaba que aquella alma inquieta llevara varios días callado.

Aquella mañana, William logró por fin comunicar con la casa de Fon, en Sarki Mata, y hablar con su esposa, a quien Louis informaba siempre de dónde estaba y durante cuánto tiempo.

Era evidente que su esposa estaba inquieta. Parecía que iba a echarse a llorar, segura de que los cazadores furtivos habían hecho a su marido algo que ni se atrevía a pensar. La jungla era enorme y estaba llena de secretos, Louis se lo había dicho mil veces. Allí pasaban cosas, como decía la mujer. También William lo sabía.

Por supuesto que podía haber muchos motivos para que Fon no diera señales de vida. A decir verdad, en Camerún había muchas tentaciones, y ¿quién sabía lo que podía ocurrírsele a un hombre de buen ver y en la flor de la vida? Las chicas de

aquella parte de África no eran precisamente famosas por su pudor o por su falta de iniciativa, así que la posibilidad de que Fon estuviera follando como un conejo en alguna choza de paja, dejando que el mundo siguiera su curso demencial, estaba presente, claro. William estuvo a punto de sonreír al imaginarlo.

Pero después pensó en lo que había ocurrido antes de surgir aquel problema; en cómo había transcurrido la secuencia de hechos y la primera fase del proyecto Baka. Era de por sí extraño que de pronto en el ministerio hubiera que tramitar a toda velocidad una partida de cincuenta millones de coronas para asegurar la supervivencia de los pigmeos de un páramo remoto como la jungla de Dja. ¿Por qué había que atender precisamente a aquella tribu y no a otras? ¿Y por qué tanto dinero?

Sí, aquello le extrañó a William desde el principio.

Doscientos cincuenta millones de coronas en cinco años no era, por supuesto, algo que llamara la atención dentro del presupuesto anual de ayuda exterior de quince mil millones, pero ¿cuándo se había apoyado un proyecto tan modesto con tanto dinero? Si se hubiera destinado a los pigmeos de toda la jungla del Congo, la segunda jungla del mundo, lo habría entendido, pero no era el caso.

Y cuando se aprobó la partida, hasta un imbécil tuerto de la Administración se habría dado cuenta de que se desviaba de los trámites normales en varias cuestiones fundamentales, y ante aquello su instinto se activó. En el fondo, la ayuda exterior en aquel caso se limitaba a transferir dinero a los funcionarios de Yaoundé, y la gente de allí se encargaría del resto. Y eso en un país que figuraba como el más corrupto del mundo.

A William Stark, funcionario por la gracia de Dios, pero también funcionario con sus propios traspies en el pasado, aquello no le gustaba, y por eso, a la vista de los sucesos de los últimos días, veía con otros ojos el papel de su jefe en los acontecimientos.

¿Cuándo había mostrado René E. Eriksen un compromiso personal tan grande? ¿Cuál fue la última vez que viajó para inspeccionar in situ el lanzamiento de un proyecto? Hacía mucho tiempo.

Claro que aquello podía ser una garantía de que todo lo relativo al proyecto iba bien y estaba controlado, pero también podía significar lo contrario, no lo quisiera Dios. Porque sabía que entonces podrían investigar tal vez los últimos años del trabajo de la oficina, y aquello sí que no podía ser.

—Vaya, ¿meditando, Stark? —oyó una voz a sus espaldas.

Hacía meses que no oía aquella voz en su despacho, y William, asombrado, dirigió su mirada hacia la desagradable sonrisa de su superior. En aquel momento, su rostro era una mueca artificial bajo el pelo clarísimo.

—Acabo de hablar con nuestros contactos de Yaoundé, y piensan como tú —le informó René Eriksen—. Pasa algo raro, dicen, así que debes de tener razón. Dicen que puede que Louis Fon se haya largado con parte de los fondos, y ahora quieren que alguien del ministerio vaya allí a verificar todas las asignaciones del proyecto

desde que se puso en marcha. Pensarán que de ese modo podrán al menos librarse de acusaciones de irregularidades, si es que las encuentras.

—¿Yo?

¿Había pensado Eriksen enviarlo a él? William estaba confuso. Era algo inesperado, y no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Cuánto creen que se ha llevado? —continuó.

Eriksen sacudió la cabeza.

—En este momento nadie lo sabe, pero Fon dispone de unos dos millones de euros para gastos. Igual está haciendo compras y es del todo legal. Puede que se haya dado cuenta de que las semillas y plantas son más baratas o de mejor calidad en un sitio diferente al que suele comprarlas. Pero de todas formas hay que hacer un seguimiento del caso, para eso estamos.

—Buenoo...

William asintió con la cabeza.

—Pero me temo que no voy a poder aceptar la misión.

La sonrisa de Eriksen se desvaneció al oírlo.

—Vaya. Y ¿por qué razón, si puede saberse?

—Es que la hija de mi novia está ingresada en el hospital.

—Vaya, ¿otra vez? ¿Y...?

—Bueno, les ofrezco todo el apoyo que puedo. Viven en mi casa.

Eriksen hizo un gesto afirmativo.

—Está bien que pienses tanto en ellas, Stark, pero solo hablamos de dos o tres días, así que seguro que encuentras una solución. Ya hemos reservado a tu nombre un vuelo a Bruselas, y otro de allí hacia el sur. Al fin y al cabo, es parte de tu trabajo. Volarás a Douala, porque no había plaza libre para Yaoundé. Mbomo irá a buscarte al aeropuerto, y de allí iréis a la capital por carretera, no se tarda más que un par de horas.

William se imaginó a su hijastra en la cama del hospital. No le gustaba nada aquel asunto.

—¿Tengo que ir yo porque fui yo quien recibió el sms de Louis Fon? —preguntó.

—No, Stark. Tienes que ir tú porque eres nuestro mejor hombre.

Se decía de Mbomo Ziem que era un hombre resuelto, y lo demostró en el exterior del Aeropuerto Internacional de Douala, cuando seis o siete hombres agresivos agarraron la maleta de William, gritando que era su justo botín.

—¡Venga, venga, el taxi aguarda! —gritaban, tirando cada cual de un extremo del equipaje.

Pero Mbomo alejó a empujones a los mozos de cuerda y, con una mirada brutal, mostró que no tenía miedo de enzarzarse en una pelea con todos para ahorrarse a su jefe

un par de miles de francos locales.

Aquel Mbomo era un gigante. William ya había visto fotos de él, pero en todas estaba junto a los pequeños baka, que hacían que cualquier adulto no pigmeo pareciera un gigante. No obstante, la realidad era que no solo los pigmeos parecían pequeños junto a Mbomo, que destacaba como un peñasco en el paisaje humano. Por eso resultaba natural combinar la palabra *seguridad* con su persona en aquel escenario desquiciado de hombres que echaban espumarajos luchando por llevar la maleta y ganarse así la posibilidad de una pequeña comida.

—Se alojará en el Aurelia Palace —le dijo Mbomo cuando el taxi dejó atrás al grupo de maleteros y a un par de hombres vociferando sus baratijas a la carrera—. Tiene la reunión en el ministerio mañana por la mañana temprano. Vendré a buscarlo. Al contrario que Douala, Yaoundé es una ciudad bastante segura, pero de todas formas nunca se sabe.

Echó a reír y su torso se estremeció, pero sin que ningún sonido saliera de sus labios de negro.

La mirada de William se dirigió hacia el sol abrasador, que se ponía tras las copas de los árboles y los grupos de negros que caminaban sin rumbo por el borde de la carretera, con machetes colgando de sus manos cansadas.

Aparte de los minitaxis atiborrados, los velocísimos todoterreno y los rayados camiones con remolque que los adelantaban sin cesar con riesgo para la vida de todos, en la carretera solo había camiones desvencijados, cargados hasta los topes y con los faros destrozados. No era de extrañar que gran parte de las piezas de chatarra retorcida dispersas a lo largo del borde de la calzada reseca fueran idénticas a los vehículos que circulaban por la carretera.

En aquel momento, William se sintió muy lejos de casa.

**T**ras elegir su menú con cuidado y atención, William se sentó en un rincón del salón-comedor, donde había una silla y un sofá forrados con una pesada tapicería de los años setenta, así como una mesa baja gastada sobre la que había ya dos vasos de cerveza empañados.

—Sí, cuando estoy aquí me las tomo de dos en dos —dijo el hombre corpulento que tenía al lado, en inglés—. La cerveza es tan floja que te sale por los poros en cuanto la bebes.

Y soltó una carcajada.

Señaló el collar del cuello de William, con colgantes de pequeñas máscaras tiznadas de negro.

—Veo que acabas de llegar a África. Parece que te has topado con algún vendedor de baratijas en el aeropuerto.

—No y sí —respondió William, asiendo el collar—. Acabo de llegar, pero esto lo

tengo desde hace años. Aunque tienes razón, es africano, es verdad. Lo compré cuando fui a Kampala a inspeccionar un proyecto.

—Hombre, Kampala, una de las ciudades más interesantes de Uganda.

Levantó el vaso hacia William. A juzgar por su valija diplomática, debía de ser funcionario, como él.

William sacó su carpeta del maletín de cuero y la depositó en la mesa. Esta vez se trataba de cincuenta millones de coronas y de la manera de canalizarlos al proyecto Baka. Así que había un montón de papeles que inspeccionar, y una serie de preguntas que preparar. Por eso, abrió la carpeta de cartón y reunió todos los documentos en tres montones. Uno con las hojas de cálculo, otro con descripciones de proyectos y otro con correspondencia diversa, mensajes de sms y de correo electrónico. Había traído hasta el post-it amarillo con el mensaje del sms de Louis Fon.

—¿Te importa que trabaje aquí un rato? Es que en mi habitación no hay escritorio.

Su vecino asintió amablemente con la cabeza.

—¿Danés? —le preguntó, señalando el logotipo del Ministerio de Asuntos Exteriores de uno de los documentos.

—Sí. ¿Y tú?

—Estocolmo —respondió extendiendo la mano, y se pasó al sueco.

—¿Tu primera vez en Camerún?

William hizo un gesto afirmativo.

—Pues bienvenido —dijo el sueco, empujando hacia él el vaso de sobra—. Has de saber que aquí, en Camerún, no hay nada a lo que te acostumbres del todo. Salud.

Alzaron los vasos; el sueco vació el suyo de un trago y levantó a la vez su mano libre hacia el camarero para pedir otra ronda. En países cálidos encontrabas a empleados del Estado como él por todas partes, William lo sabía bien. Había visto cómo volvían de sus destinos algunos de sus colegas, con las fuerzas diezmadas tras su estancia allí.

—Vaya. Tal vez creas que soy adicto al alcohol, pero no lo soy —sostuvo el sueco, como si hubiera leído los pensamientos de William—. La verdad es que hago como si lo fuera.

Señaló con discreción hacia el sofá de otro rincón, donde había dos hombres negros vestidos de traje claro.

—Son de la empresa con la que tengo que negociar mañana. Ahora me están observando, y dentro de una hora enviarán un informe a su jefe. —Sonrió—. Pensarán que voy a aparecer en la reunión con resaca y no va ser el caso.

—¿Eres hombre de negocios?

—Algo así. Cierro contratos para Suecia. Soy controlador, y soy bueno.

Hizo una seña al camarero, que había llegado con otros dos vasos, y levantó el suyo hacia William.

—Así que ¡salud!

William trató en vano de seguir el ritmo de ingesta del sueco. Menos mal que no era él quien tenía que jugar a aquel juego. Su estómago no estaba preparado.

—Caramba. Veo que te ha llegado un mensaje en clave —comentó el sueco, apuntando al post-it amarillo con el sms de Louis Fon.

—Bueno, no estoy muy seguro. Es un sms de un colaborador que desapareció aquí hace una semana escasa.

—¿Un sms? —Lanzó una carcajada—. Te apuesto una caña a que lo descifro en menos de diez minutos.

William frunció el ceño. ¿Descifrarlo? ¿A qué se refería?

El sueco tomó el papel, colocó un papel en blanco frente a sí, sacó del bolsillo su móvil Nokia y lo puso al lado.

—No es un código, si es lo que piensas —dijo William—. No nos ocupamos de esas cosas en el ministerio. Pero, francamente, tampoco sabemos por qué y cómo está escrito el sms, ni por qué tiene ese aspecto.

—Bien. ¿Está escrito en circunstancias difíciles, tal vez?

—Tal vez. No podemos preguntarle al hombre. Ya te he dicho que ha desaparecido.

Entonces el sueco llevó su pluma al papel y escribió:

«Cfqqugthondae(s+l)la(i+l)ddddddvdlogdmdntdja».

Debajo de cada letra escribió otra letra mientras miraba al móvil.

Unos minutos después, dirigió la mirada hacia William.

—Bueno, vamos a suponer que el sms está escrito en circunstancias difíciles, como he dicho. A oscuras, por ejemplo. Ya sabes que en el teclado de un móvil cada tecla representa varias letras. La tecla número 3, por ejemplo, tiene las letras D, E y F. Si aprietas una vez, sale la D, si dos, la E, y si tres, la F. Si sigues pulsando más allá de las letras a las que va asociada la tecla, se escriben mayúsculas u otros signos. También puede pasar que aprietes la tecla equivocada, por lo general la de arriba o la de abajo, lo que, claro está, nos da un montón de posibilidades de combinación. Pero ya he probado esto antes, es divertido. ¿Empiezas a cronometrar a partir de ahora?

No parecía muy fácil, pero cuando resultó que la primera palabra, «Cfqqugthon», podía componerse de una C, después una tercera tecla mal pulsada que debería haber sido la número seis, justo abajo, y después dos veces Q, que debería haber sido dos veces R, y después UPTION que estaba bien escrito, de pronto se encontraron con la palabra CORRUPTION.

William notó que se le arrugaba la frente.

«¡Corrupción!». Aquella palabra no estaba muy bien vista, que se diga.

Tras otro cuarto de hora, en el que William pidió dos rondas más, el sueco había resuelto el enigma.

—Sí, parece muy probable —dijo mientras examinaba sus notas.

Luego tendió el papel a William.

—¿Ves lo que pone? «Corruption dans l'aide de developement Dja». —El sueco

hizo un gesto afirmativo para sí—. No es un francés muy correcto, pero de todas formas se entiende «Corrupción en la ayuda al desarrollo de Dja». Estaba tirado. Facilísimo.

William sintió un escalofrío.

Miró alrededor. Los negros del rincón ¿a quién observaban con tanto detenimiento? ¿A él o al sueco? ¿O tal vez a otros?

Su mirada se posó en el papel mientras el sueco volvía a hacer señas al camarero.

«Fraude en la ayuda al desarrollo de Dja», le había escrito Louis Fon, y luego desapareció. Desde luego, saberlo no te hacía sentirte bien. Nada bien.

William miró por la ventana y trató de protegerse de la negrura infinita que había al otro lado de los cristales.

Lo había pensado antes, y ahora volvía a pensarlo.

En aquel momento estaba ciertamente lejos de casa.

Demasiado lejos.

—¿Qué me dices, Mbomo?

René Eriksen sintió que se le empapaban las axilas mientras se concentraba en la voz crepitante.

—Le digo que William Stark no estaba en el hotel esta mañana cuando he ido a buscarlo, y me acabo de enterar de que ha tomado el avión de vuelta.

—Joder, Mbomo, ¿cómo ha podido ocurrir? Era responsabilidad tuya.

René trató de concentrarse. El acuerdo era que Mbomo o alguno de sus sicarios pasara por el hotel a recoger a Stark aquella mañana, y ya no iba a oírse hablar más del asunto. Dónde y cómo había desaparecido Stark era algo secundario; lo importante era que no hubiera ninguna pista que condujera a ellos. Y ahora le decían que Stark estaba volviendo a Dinamarca. ¿Qué cojones había pasado? ¿Se había oído algo que los delatara?

En tal caso, era una catástrofe.

—¿Qué coño puede haber pasado desde ayer por la noche? ¿Puedes responderme a eso? Creía que tenías la situación bajo control, Mbomo. Stark debe de haber sospechado algo.

—No lo sé —respondió Mbomo, que no tenía ni idea de que René E. Eriksen llevaba los últimos días atormentado por haber enviado una persona a la muerte, y que en aquel momento había llegado al punto en que con sumo gusto justificaría cualquier acto que pudiera detener el desarrollo galopante de esa pesadilla.

Porque en la mente de René no había la menor duda de lo que debía ocurrir. No solo había que apartar a Mbomo Ziem del proyecto: había que apartarlo para siempre. A nadie del proyecto le convenía tener a un hombre como él haciendo chapuzas por todas partes. Alguien que sabía tanto y a la vez era tan inepto y tan torpe.



—Te llamaré luego, Mbomo. De momento, no te preocupes. Ve a casa y quédate allí. Luego te enviaré a alguien con instrucciones sobre qué hacer.

Y colgó.

A Mbomo iban a darle instrucciones hasta en el pasaporte.

La sede del consejo de administración de Karrebæk no era lo que se dice humilde. A juzgar por el mobiliario y la ubicación, uno podría pensar que se encontraba en la sede de una de las grandes entidades financieras del país, y cuando se observaba el aspecto del director del banco, Teis Snap, esa impresión no variaba gran cosa. Todo cuanto abarcaba la mirada era extravagante: mobiliario, aparatos y adornos. En aquella casa hacía tiempo que reinaba el consumismo.

—Tenemos al presidente del consejo de administración Jens Brage-Schmidt al teléfono, René. Ya sabes que navega en el mismo barco que nosotros.

Snap se volvió hacia un altavoz de nogal dispuesto sobre el impresionante escritorio.

—¿Nos oyes bien, Jens? —preguntó.

Se oyó la confirmación. La voz les llegaba algo aflautada, pero todavía autoritaria.

—Pues empecemos la reunión.

Se volvió hacia René.

—Siento tener que decirlo así, René —empezó Teis Snap—, pero después de haber hablado tú antes con Mbomo, Jens y yo hemos llegado a la conclusión de que la única solución al problema es parar los pies a William Stark con cualquier medio disponible, y que te encargues de que en el futuro el proyecto Baka nunca esté al alcance de nadie tan puntilloso como Stark.

—¿Parar los pies a Stark? —preguntó René con voz queda. Luego continuó—. ¿Os referís a aquí, en Dinamarca?

Aquello era lo que más escrúpulos le daba.

—Sí, en Dinamarca. Así ha de ser —continuó Teis Snap—. Estamos desactivando las bombas de relojería, parando los pies a Louis Fon, y pronto también a Mbomo Ziem y a William Stark; y a partir de ahí todo va a ir sobre ruedas. Los funcionarios del ministerio que hay en Yaoundé no dirán nada, son como una parte de todo esto. Y si en lo sucesivo recibes informes regulares de algún funcionario de allí que también esté dispuesto a hacerse pasar por Louis Fon durante algún tiempo y que en sus informes comunique a tu ministerio lo bien que va el proyecto, todo parecerá estar en orden. Los proyectos africanos son así. Basta con tener alguna noticia positiva de vez en cuando. Joder, tampoco se puede esperar mucho más.

Oyó a Brage-Schmidt gruñir por el altavoz, y aunque René nunca había estado con él, había algo en su tono de voz que hacía que se lo imaginara como un hombre

que llevaba demasiados años tratando a la gente a coces, lejos de las fronteras danesas. Había cierta dureza en su modo de comenzar las frases. Como si diera una orden a la que nadie podía oponerse. Uno se imaginaba a un imperialista inglés o a un naviero con poder ilimitado. A René le habían contado que Brage-Schmidt llamaba «boy» a todos los asistentes que tuvo a lo largo de los años, y que si había alguien que conocía África, ese era él. Cónsul en un par de Estados del sur del continente durante varios años, hombre de negocios en África Central durante el doble de tiempo y, a menudo, con algún problema de reputación.

No, en la mente de René no había la menor duda de que debía de ser él el instigador de la idea de la estafa. Teis Snap le contó que, después de cierto tiempo importando con gran éxito madera tropical de los bosques de África Ecuatorial, reunió sus activos en el Karrebæk Bank y, con el paso de los años, se convirtió en el mayor accionista del banco. Por eso, no era de extrañar que protegiera su fortuna con uñas y dientes. René lo comprendía muy bien, pero de todas formas habían condenado a muerte a tres hombres por la estafa. René no entendía por qué no llegaba a protestar por eso y por los medios empleados.

Sacudió la cabeza. Por desgracia, el problema era que comprendía demasiado bien a aquella eminencia gris.

¿Qué otra cosa podían hacer?

—Sí —dijo el presidente del consejo de administración—. Es muy duro tener que tomar decisiones tan radicales, pero piensa en los puestos de trabajo que van a perderse, y en los pequeños ahorradores que van a perder su dinero si no intervenimos a tiempo. Por supuesto que es lamentable que también ese William Stark tenga que pagar por ello, pero así son las cosas a veces. Unos pocos deben sacrificarse por la mayoría, que se dice, y dentro de unos años todo volverá a marchar bien. El banco es seguro y está consolidado, la sociedad sigue en marcha como antes, las inversiones continúan, los empleos se mantienen y los accionistas no sufren pérdidas. Y mientras tanto, René Eriksen, ¿quién crees que va a gastar energía en controlar si a los pigmeos de Dja les va bien con el proyecto agrícola? ¿Quién va a inspeccionar si el sistema escolar y las condiciones sanitarias han mejorado desde que se puso en marcha el proyecto? ¿Quién va a poder hacerlo, cuando los que lo comenzaron ya no se encuentran en este mundo? Pregunto.

Claro, ¿quién, aparte de mí?, pensó René, y dirigió la mirada hacia las altas ventanas con parteluces. ¿Significaría que él también se encontraba en la zona peligrosa?

Pero a él no iban a pillarlo desprevenido, de eso no le cabía la menor duda. Sabía cómo tratarlos, y gracias a Dios aún era capaz de mantener la mirada alerta las pocas veces que salía a la calle.

—Solo espero que sepáis lo que hacéis y que os lo guardéis para vosotros, porque no quiero volver a oír hablar de la cuestión, ¿está claro? —dijo después—. Y esperemos que William Stark no haya dejado la documentación de la estafa en la caja

de algún banco, como he hecho yo.

Miró a Teis Snap y escuchó concentrado el susurro del altavoz de la mesa. ¿Se habían asustado? ¿Estaban alerta?

Al parecer, ni una cosa ni la otra.

—Bien —continuó—. Lo que decís es cierto. Quizá nadie note que los informes de Louis Fon no están escritos por él, pero ¿qué hacemos con la desaparición de William Stark? Saldrá en primera página de todos los periódicos, ¿no?

—Sí. ¿Y...?

La voz del presidente del consejo de administración del Karrebæk Bank se hizo algo más profunda.

—Mientras no puedan relacionarlo con nosotros, no pasa nada porque Stark esté desaparecido, ¿no? Tal como lo veo yo, viaja a África, no aparece a una cita concertada, vuelve a Dinamarca sin decir palabra y luego desaparece. ¿Eso no demuestra cierta inestabilidad? ¿No podría pensarse que tal vez haya desaparecido de forma voluntaria? Es lo que creo yo.

Snap y René se miraron. El presidente del consejo de administración no había dicho ni palabra sobre los papeles de René en la caja del banco, así que no podía haber duda de que la confianza mutua seguía en pie, aunque algo tocada.

—Escucha, René Eriksen —continuó Brage-Schmidt—. En adelante va a ser como hemos planeado. Tú sigue encargándote de que cada año se envíen cincuenta millones a Camerún. Y después escribe un informe anual con un resumen de lo bien que van las cosas allí, basado en los informes del supuesto Louis Fon.

Snap tomó el relevo.

—Y como siempre, unas semanas más tarde, recibiremos en Karrebæk Bank de nuestros aliados en Yaoundé, mediante un «grupo inversor» de Curaçao, los millones que nuestra situación requiera.

Snap escribió unas comillas en el aire y continuó:

—Y el resto lo colocamos en acciones no cotizadas en nuestra caja de alquiler de Curaçao, como amortiguador ante acontecimientos imprevistos en el sector bancario. De esa manera, la cartera de valores del Karrebæk Bank cambia de manos poco a poco, a la vez que se amplía, pero en realidad controlamos todo, y nuestra cartera de valores aumenta cada año que pasa. Así que tenemos tres buenas razones para estar contentos, ¿estamos de acuerdo?

—Sí, «todos» estamos contentos.

Esta vez fue René quien acompañó la frase de unas comillas dibujadas en el aire.

—Todos menos Louis Fon, Mbomo y William...

Teis Snap lo interrumpió.

—Escucha, René. Deja de preocuparte por Mbomo y Fon. Cuando haya pasado cierto tiempo, damos a sus viudas un dinero para que sigan tirando. Las autoridades de allí están muy acostumbradas a que la gente desaparezca, así que no van a prestarle mucha atención. En cuanto a Stark, no tiene familia, ¿verdad?

René sacudió la cabeza.

—No, pero tiene una novia y una hijastra enferma.

Miró a Teis Snap a los ojos. Había esperado ver en ellos quizá algo de compasión, pero estaban fríos, indiferentes.

—Bien —se limitó a decir Snap—. Así que no tiene familia, solo dos personas sin vínculos con él. Las dos mujeres guardarán luto un tiempo, y luego la vida sigue. El tipo tampoco era tan interesante, ¿no, René?

René soltó el aire poco a poco. ¿Qué podía responder? Cuando se hablaba de William en pasado, ¿qué importancia podía tener lo interesante que pudiera ser Stark como persona?

Tal vez la tuviera.

El altavoz volvió a tomar el relevo. El presidente del consejo de administración no hizo ningún comentario ante las últimas frases; claro que ¿por qué había de hacerlo?

—En cuanto a los doscientos cincuenta millones, puede sostenerse con razón que es una especie de subsidio estatal a nuestra gestión bancaria, a la que contribuye el proyecto Baka. Y ¿no es acaso justo y razonable que el aparato estatal proteja las fructíferas empresas privadas de Dinamarca, como el Karrebæk Bank? Son empresas que dan empleo a la gente y contribuyen a mejorar la balanza de pagos y el nivel de vida. Y es que, de forma directa o indirecta, los engranajes se atascan si se hunden bancos buenos como el Karrebæk Bank, y no es eso lo que todos nosotros y el Gobierno buscamos ahora, ¿verdad?

En aquel momento René tenía la mente en otra parte. Si algo salía mal, los dos hombres que tenía delante estarían muy lejos en nada de tiempo, y él se quedaría solo para cargar con la responsabilidad y el castigo. Eso no debía suceder.

—Lo repito: lo que vayáis a hacer será sin mi conocimiento, ¿vale? No quiero saber más. Pero si tenéis que dar un paso tan drástico, quiero tener enseguida el portátil de Stark, ¿de acuerdo? Quién sabe los datos que puede esconder sobre ese proyecto.

—De acuerdo, por supuesto que te lo daremos. Y por supuesto que entiendo que te cueste comprenderlo todo, René, te conozco bien. Eres un hombre íntegro y decente. Pero piensa en tu familia, ¿no? —lo apremió Snap—. Deja que Jens Brage-Schmidt y yo nos ocupemos de esto, y no te preocupes más. Nos pondremos en contacto con un intermediario acostumbrado a resolver ese tipo de problemas, que puede enviar a alguien al aeropuerto a recoger a William Stark. Mientras tanto, puedes alegrarte viendo que el valor de tus acciones sube cada día que pasa. Aún nos aguarda un futuro luminoso, René.

*Otoño de 2010*

La furgoneta amarilla llegó para recoger a Marcus delante de los andamios junto a Rådhuspladsen, en Copenhague, a las cinco en punto de la tarde, como de costumbre. Esta vez Marcus llevaba veinte minutos esperando, por si acaso, ya que si no estaba preparado para cuando llegara el coche, se marchaba sin él. Y si entonces tomaba el suburbano y el autobús, recibía una paliza. Y no quería nada de aquello, tampoco pasar la noche durmiendo en la entrada de algún sótano húmedo, hacía demasiado frío.

Por eso Marcus nunca llegaba tarde a la cita. Sencillamente, no se atrevía.

Saludó con la cabeza a los que iban en la parte trasera de la furgoneta con la espalda apoyada en la cabina, pero nadie le devolvió el saludo; ya estaba acostumbrado: la razón era que todos estaban molidos de cansancio.

Cansados de la vida y de sí mismos.

Marcus observó el grupo de la furgoneta. Un par de ellos estaban empapados por la lluvia y tiritaban ligeramente. De no haberlo sabido, podría pensarse que varios estaban enfermos, por su aspecto desesperado y demacrado. No era un espectáculo divertido, pero pocos lo eran en un húmedo día de noviembre danés como aquel.

—¿Cuánto has conseguido hoy? —preguntó Samuel, que estaba sentado apoyado en la pared junto a la cabina.

Marcus se quedó pensando.

—He entregado dinero en cuatro tandas, y la segunda vez había más de quinientas coronas. Una mil trescientas o mil cuatrocientas en total, si sumamos las trescientas que llevo en el bolsillo en este momento.

—Yo he sacado unas ochocientas —dijo la mayor, llamada Miryam. Siempre sacaba más, claro que también tenía una pierna mala. Esas cosas ayudaban en el negocio.

—Yo solo sesenta —dijo Samuel en voz tan baja que todos lo oyeron—. A mí nadie me da nada ya.

Diez pares de ojos lo miraron con compasión. Samuel no iba a pasarlo bien cuando volviera a casa de Zola.

—Pues toma esto —lo animó Marcus, dándole dos billetes de cien coronas. Fue el único en hacerlo, ya que la probabilidad de que alguno de los demás se lo contara a Zola estaba siempre presente. Como si no lo supiera.

Marcus sabía lo que le pasaba a Samuel. Cuando ya no parecías un niño, mendigar no era rentable. Aunque Marcus tenía quince años, seguía pareciendo que

tenía trece, así que para él era fácil. Ojos grandes de niño, pequeño para su edad —de hecho, muy pequeño—, de piel todavía suave y pelusa fina, al contrario de Samuel, Pico y Romeo, que tenían la piel más basta y una barba recia. Y aunque los demás ya habían tenido sus primeras experiencias con chicas, había varios que envidiaban a Marcus su lento desarrollo, por no hablar de su buena cabeza.

Como si Marcus no supiera todo aquello.

Era posible que fuera pequeño para su edad, pero sus ojos y oídos estaban tan aguzados como los de un anciano, y sabía emplearlos. Incluso bastante bien.

—Padre, ¿me dejarás ir a la escuela? —había implorado a su padre desde que tenía siete años, cuando vivían en Italia. Marcus quería a su padre, pero, también en esa cuestión, su padre había mostrado demasiada debilidad. Decía que su hermano, Zola, prefería que los niños anduvieran en la calle; y así fue, porque Zola era el líder indiscutido y tiránico del clan.

Pero Marcus quería aprender algo, y en casi todos los pueblecitos de Umbría había una pequeña escuela, desde cuyo exterior podía absorberlo todo como un papel secante. Así que, cuando el sol de la mañana cobraba fuerza, se colocaba junto a la ventana de la escuela local y escuchaba concentrado, con la oreja pegada a la ventana, durante una hora, para después continuar recogiendo la cosecha del día.

De vez en cuando, un maestro salía y lo invitaba a entrar, pero entonces Marcus se escapaba y no volvía por allí. Si hubiera aceptado la invitación, se habría ganado una somanta en casa. Por eso, era una ventaja que se desplazaran todo el tiempo y las escuelas y sus maestros fueran cambiando.

Y así llegó un día en que uno de los maestros consiguió, pese a todo, retenerlo. Pero en lugar de arrastrarlo al aula, le pasó una bolsa de lona, más pesada que un yunque.

—Son para ti, así que úsalos bien —le recomendó, y luego lo soltó.

En la bolsa había quince libros de texto, y, estuvieran donde estuviesen, Marcus siempre tenía un lugar secreto donde podía estudiarlos sin que lo descubrieran.

Así pasaron los días y las noches en que los adultos tenían otra cosa que hacer mejor que vigilarlos. Dos años más tarde, había aprendido a hacer cuentas y a leer tanto en italiano como en inglés, y, en consecuencia, volcaba su curiosidad sobre las cosas del mundo que aún no había aprendido o comprendido.

Durante los tres años que llevaban viviendo en Dinamarca, era el único del grupo que había aprendido a hablar danés con casi total fluidez. Y es que era el único lo bastante curioso para eso.

Los jóvenes del grupo sabían que, cuando Marcus desaparecía, estaba enfrascado en la lectura de un libro.

—Cuenta, cuenta —lo instaba sobre todo Miryam, que era con quien tenía una relación más estrecha.

Seguro que Zola y su círculo más cercano no mostraban tanto entusiasmo por sus ansias lectoras.

Aquella noche estaban acostados en las literas, oyendo los golpes y los gritos de Samuel, que traspasaban las paredes de la sala de Zola y llegaban hasta el cuarto de Marcus como un eco de todas las demás injusticias que Zola había cometido. Marcus no temía las palizas, porque, por lo general, solían ser más suaves que las de los demás, al fin y al cabo su padre tenía algo de influencia. Aun así, se aferraba al edredón. Porque Samuel no era Marcus.

Cuando volvió a hacerse el silencio y terminó el castigo de Samuel, Marcus oyó que la puerta de entrada se abría. Alguno de los gorilas de Zola debía de haberla abierto para otear el barrio de casas unifamiliares antes de arrastrar al humillado y magullado Samuel a la casa vecina, donde tenía su cuarto. Los miembros del clan eran expertos en evitar rumores en el barrio de clase media donde residían, y también sabían mantener buenas relaciones con las familias danesas que vivían allí. De cara al exterior, Zola no era más que una persona retraída y elegante, y él no quería echar a perder aquella imagen, desde luego. Sabía muy bien que un hombre blanco, atractivo y presentable que venía de Estados Unidos y hablaba un idioma que todos entendían era catalogado como «uno de los nuestros». Uno del que los daneses no tenían nada que temer.

Por esa razón, los castigos se aplicaban siempre al amparo de la oscuridad, tras ventanas que aislaban el ruido y cortinas bajadas, y por eso ponían mucho cuidado en que las marcas de los golpes no quedaran a la vista. Que a la mañana siguiente a Samuel le costara desplazarse por Strøget era otra cuestión, pero los vecinos no iban a verlo. Además, su aspecto miserable era beneficioso para el negocio, porque los espasmos naturales dejaban en la gorra del mendigo más que los falsos, lo decía la experiencia.

Marcus se levantó en la oscuridad, atravesó sin hacer ruido el cuarto de sus primos y golpeó con los nudillos la puerta de la sala. Si le respondían enseguida, era buena señal. Si había vacilación, nunca se sabía de qué humor podría estar Zola.

Esta vez pasó un minuto hasta que lo hicieron pasar, y Marcus se armó de valor para lo que pudiera ocurrir.

Zola estaba sentado junto a una mesa baja como un rey rodeado de su corte, mientras las noticias de la televisión irrumpían con fuerza en la gigantesca pantalla.

Tal vez se le iluminara un poco el rostro cuando vio que era Marcus, pero aún le temblaban las manos. Algunos del grupo sostenían que a Zola le encantaba mirar cuando pegaban a alguien, pero el padre de Marcus decía que era justo lo contrario, y que Zola quería a su gente como Jesús a sus discípulos.

Marcus no estaba tan seguro de eso.

—Durante tres días, el subcomisario Carl Mørck estuvo encerrado en aquel cuarto hermético, rodeado de cadáveres momificados, y tuvo... —se oyó de la pantalla de televisión.



—Apaga esa mierda, Chris —ordenó Zola, tajante, señalando el mando a distancia. Al cabo de un segundo se hizo el silencio.

Zola dio unas palmadas a su nueva adquisición, un perro de caza desgarrado, de patas delgadas, que nadie sino él podía tocar, mientras dirigía la mirada hacia Marcus.

—Has sido valiente dando a Samuel dinero para que lo trajera a casa, Marcus; pero si vuelves a hacerlo, vas a recibir igual que él, ¿está claro?

Marcus hizo un gesto afirmativo.

Zola sonrió.

—Hoy nos has traído mucho dinero, Marcus; siéntate.

Señaló la silla de enfrente.

—¿Qué es lo que quieres, chaval? Supongo que no vienes para decirme que Samuel no lo merecía, ¿verdad?

Luego su expresión facial cambió, y con un gesto le indicó a su casi omnipresente sicario, Chris, que vertiera té en una taza alta; cuando lo hizo, Zola la empujó hacia donde se sentaba Marcus.

—Perdona que entre en la sala, Zola, pero querría decir algo sobre Samuel.

Cuando lo dijo, no se vio cambio alguno en el rostro de Zola, pero Chris se enderezó al instante y se volvió poco a poco hacia él. Era grande y más pálido que la mayoría del clan. Cuando su figura blanca se alzaba en el grupo, la mayoría se retiraban, pero Marcus se quedó y sostuvo la mirada del hermano de su padre.

—Ya. Pero Samuel no es asunto tuyo, Marcus, lo sabes bien. Hoy no ha traído lo suficiente a casa porque no se ha esforzado bastante. Al contrario que tú.

Zola sacudió la cabeza y se dejó caer con pesadez en la piel de cordero que cubría el respaldo del sillón.

—No te metas en eso, Marcus. Haz caso a tu tío.

Marcus lo miró un instante. Zola había dicho «no se ha esforzado como tú». ¿Estaba queriendo decir que, de forma indirecta, Samuel había recibido una paliza por los esfuerzos de Marcus, y, por tanto, por su culpa? Aquello era todavía peor.

Marcus agachó la cabeza y dijo, en voz tan baja como pudo:

—Ya lo sé. Pero Samuel está demasiado crecido para mendigar en el centro. La mayoría no le hace ni caso, y los que lo ven sienten miedo y lo evitan. De hecho, solo los...

Marcus vio que Zola dirigía un dedo imperioso hacia Chris, e irguió la cabeza en el momento en que Chris se le acercó y le asestó una sonora bofetada que hizo que su oído zumbara.

—Te he dicho que a ti ni te va ni te viene. ¿Lo entiendes, Marcus?

—Sí, Zola, pero...

Recibió otra bofetada, y captó el mensaje. Uno no gimotea por esas cosas cuando ha crecido en ese ambiente.

Se levantó con lentitud, saludó con la cabeza a Zola y se dirigió a la puerta, tratando de sonreír. Dos bofetadas, la audiencia había terminado. Aun así, se armó de

valor cuando estuvo en el vano de la puerta.

—Me parece bien que me hayas pegado —afirmó, levantando la cabeza—. Pero no me parece bien que pegaras a Samuel. Y si vuelves a pegarme, me largo de aquí.

Vio que Chris dirigía una mirada inquisitiva a Zola, pero el tío de Marcus se limitó a sacudir un poco la cabeza y dar a entender con un movimiento de barrido que Marcus debía desaparecer de su presencia. De inmediato.

Cuando estuvo bajo el edredón, ya en el cuarto con los demás, trató de repasar los argumentos no utilizados, siempre lo hacía. Si hubiera dicho esto y lo otro, seguramente todo habría ido mejor. Y cuando yacía así, en la penumbra, en sus diálogos internos a menudo Zola se le aparecía más comprensivo. Incluso a veces llegaba a darle la razón.

Aquello solía ser un alivio.

«Samuel no es mala persona», imaginaba que decía a Zola. «Solo tiene que aprender algo. Si lo dejaras ir a la escuela, podría llegar a ser mecánico de coches y ocuparse de la furgoneta. Nunca será un buen carterista, como yo o Hector, es demasiado torpe. ¿Por qué no le das una oportunidad?»

Y su conversación mental lo hacía sentirse bien durante cierto tiempo, pero en cuanto apagaban la luz, la realidad se le echaba encima.

La vida que llevaban era una mala vida.

De puertas afuera, todos eran personas decentes en sus casas de ladrillo amarillo, pero en realidad eran unos criminales de tomo y lomo, con pasaportes falsos; se mirara por donde se mirase, estaban en una situación delicada. Y, siendo eso malo, no era lo peor. Lo peor era que el clan tenía, si cabe, más secretos de puertas adentro, y que ninguno de los niños sabía ya de dónde venía, quiénes eran sus verdaderos padres o qué hacían los adultos mientras los niños se adentraban en la ciudad en busca de fondos para el régimen de Zola. Marcus sabía que el pasado del clan no era para sentirse orgulloso, pero lo poco de bueno que había tenido se esfumó cuando Zola cambió de estilo, justo antes de que se marcharan de Italia. Lo único que quedaba de su pasado eran todos los actos malvados. Nada había mejorado. Seguía habiendo solo un par que sabían leer y escribir, pese a que muchos estaban ya bastante crecidos. Pero, cuando salían a robar, todos eran profesionales de pura cepa, pero de los que no veían ninguna ventaja en alardear de su pericia. Mendicidad, carterismo, robos entrando por las ventanas de los sótanos, el tirón a las señoras mayores, pedalear rápido por las calles y pillar todo lo que colgara de la gente y pareciera vendible. Se las sabían todas, y Marcus era el que mostraba más talento, en el mal sentido de la palabra. Sabía mendigar con sus grandes ojos tristes y una sonrisa que inspiraba compasión. Sabía colarse en las casas de la gente por ventanas pequeñas, sin hacer ruido, y se encontraba en su elemento en la calle, rodeado de gente ajetreada. Birlar a

sus víctimas, con destreza y rapidez, el reloj o la cartera. Sin hacer nunca un movimiento o sonido que lo delatara, gesticulando con energía para distraer, siempre despertando simpatía.

No obstante, había en Marcus algo que no convenía ni a él ni al clan.

En el fondo de su ser, aborrecía su modo de vida y todo lo que hacía.

Por eso muchas veces permanecía tumbado en la oscuridad, escuchando la respiración de los demás niños y tratando de pensar en la vida que no vivía. Una vida como la que vivían los otros niños que veía por la calle. Niños con un padre y una madre que salían a trabajar, niños que iban a la escuela y quizá de vez en cuando recibían un abrazo o un pequeño regalo. Niños que seguro que comían bien todos los días y tenían amigos y familiares que iban a visitarlos. Niños que no parecían siempre asustados.

Cuando pensaba en aquellas cosas, maldecía a Zola. Cuando vivían en Italia, al menos formaban una especie de comunidad. Juegos por la tarde, cantos por la noche. Las noches de verano en torno al fuego, las fanfarronadas por las proezas del día. Y las mujeres presumían ante los hombres y los hombres se pavoneaban, y algunas veces se peleaban provocando la hilaridad general. Era cuando todavía eran gitanos.

A Marcus le costaba entender cómo consiguió Zola autoerigirse en el faro y líder indiscutible de sus vidas. ¿Por qué lo permitieron los demás adultos? Si lo único que hacía por ellos era aterrorizarlos, dirigir sus vidas y quitarles todo lo que conseguían por aquí y por allá. Y cuando Marcus pensaba en ello, sentía vergüenza de los adultos, y sobre todo de su padre.

Aquella noche se medio incorporó en la cama, consciente de que pisaba terreno resbaladizo. Era cierto que Zola no le había hecho mucho daño antes, en la sala, pero su mirada anunciaba desgracias, bien que lo sabía Marcus.

Tendré que hablar de Samuel con mi padre, pensó. Porque tenía que hablar con alguien.

La cuestión era si merecería la pena. Su padre llevaba una temporada distante. Como si hubiera ocurrido algo que lo había afectado mucho.

La primera vez que Marcus vio a su padre en aquel estado fue hacía casi dos años, cuando una mañana se sentó ceñudo a desayunar y miró desganado la comida que le ofrecían. Marcus pensó que estaba enfermo, pero al día siguiente parecía más dinámico de lo que había estado durante meses. Unos dijeron que había empezado a masticar *kat*, como algunos de los otros, pero fuera lo que fuese, las arrugas de su frente ya no desaparecieron. Marcus pasó un tiempo a solas con su inquietud, pero al final se confió a Miryam y le preguntó si sabía algo.

—Tú sueñas, Marcus. Tu padre es el mismo, no ha cambiado —respondió ella, con una sonrisa forzada.

Después de aquello no volvieron a tocar el tema, y Marcus trató de apartarlo de su mente.

Pero, desde hacía medio año, Marcus veía de nuevo esa misma expresión en el

rostro de su padre, aunque con otros matices. Fue una noche con mucho movimiento, pero como los niños no podían salir de su cuarto pasadas las diez, no pudo ser uno de ellos.

Marcus despertó en medio de un sueño por el tumulto del pasillo. A juzgar por los gemidos, se estaba imponiendo un duro castigo a alguien. Un castigo tan violento que a la mañana siguiente el rostro de su padre llevaba impreso su recuerdo como una marca a fuego. Pero Marcus no tenía ni idea de quién había recibido el castigo, ni por qué. Desde luego, no era nadie del clan; de serlo, se habría enterado.

Y desde entonces su padre dormía con Lajla. Por eso, Marcus se deslizó por el pasillo y se dirigió al cuarto de ella, al otro lado de la sala.

Iba a traspasar la puerta de la sala cuando oyó que su padre protestaba en voz alta y después Zola argumentaba en su contra.

—Si no ponemos fin a la rebeldía de tu hijo, eso va a provocar no solo que perdamos ingresos, sino que también va a extender su veneno entre los demás niños. Puedes estar seguro de que un buen día va a traicionarnos y echarlo todo a perder, ¿lo entiendes?

Oyó que su padre protestaba de nuevo. Esta vez con más desesperación en la voz. No era normal.

—Marcus no va a denunciarnos a la Policía, Zola —lo tranquilizó—. Hablaré con él, y se portará bien, te lo aseguro. Y Marcus no va a escapar, es solo algo que dice, ya lo conoces. Es un chico listo con demasiadas ideas en la cabeza. A veces demasiado listo, pero no para perjudicarnos, ¿verdad, Zola? Por favor, perdónalo.

—No —cortó Zola. Era su estilo. Tenía poder para ello.

Marcus miró alrededor. En cualquier momento podía aparecer Chris en el pasillo con la absenta con la que se dormía siempre Zola. Y no debía encontrar allí a Marcus.

—Has de saber que Samuel me ha contado que ha visto a Marcus vacilar al robar carteras y dar el tirón —continuó Zola—. Si es verdad, puede ser peligroso para nosotros, lo sabes bien. A los que titubean los terminan agarrando. Y son de los que no saben callar cuando deben hacerlo. No puedes estar seguro de que vaya a ser leal al clan si se tuercen las cosas, es lo que hay.

Marcus pegó el oído a la puerta y respiró quedo, para que el perro del interior no se pusiera a gruñir. Así que ¿Samuel estaba contando esas cosas sobre él? No era verdad lo que decía, para nada. ¿Acaso había titubeado alguna vez cuando salía a robar carteras? ¡Nunca!

Samuel sí que había vacilado; muchas veces. Y pensar que había defendido a aquel cabrón.

—Marcus está lo bastante crecido como para hacer de inválido, así que eso es lo que vamos a hacer. Ya sabemos que tiene muchas ventajas.

—¿No ves que su caso es diferente del de Miryam? —oyó la voz insistente de su padre—. Su desgracia ocurrió por un accidente.

—Eso crees, ¿verdad?

Siguió a la frase una risa seca, y Marcus se quedó helado. ¿A qué se refería? ¿No fue por un accidente? ¿No había tropezado al atravesar la calle?

Se produjo un silencio en la sala. Marcus se imaginó con nitidez el rostro horrorizado de su padre. Pero no dijo nada.

—Escucha bien —prosiguió Zola—. Debemos cuidar a los niños para que tengan un buen futuro, ¿verdad? Y por eso no podemos permitirnos errores ni sentimentalismos, ¿verdad? En este momento tenemos casi el dinero suficiente para establecernos en Filipinas. No olvides que ese ha sido nuestro sueño desde el principio. Y en ese sueño hay también lugar para Marcus.

Pasó un rato hasta que el padre de Marcus respondió. Era evidente que ya daba la batalla por perdida.

—¿Y por eso hay que tullirlo? ¿Es eso lo que quieres, Zola?

Marcus apretó los puños. Pégalo, padre, pégalo, pensó. Eres el hermano mayor de Zola, dile que me deje en paz.

—Creo que será un pequeño sacrificio por el clan, ¿estamos de acuerdo? Drogamos a Marcus y hacemos que meta la pierna debajo de un camión en la calle, y todo habrá pasado en un segundo. En Dinamarca hay buenos hospitales, lo arreglarán, y quedará más o menos bien. Y si Marcus no quiere hacerlo de forma voluntaria, tendremos que ayudarlo, ¿entendido? Si te enfrentas a mí en esta cuestión, puede que te señale a ti en su lugar, ya lo sabes.

Marcus contuvo la respiración, vio ante sí la figura renqueante de Miryam y trató de contener las lágrimas. ¿Fue así como había sucedido? La habían convertido en una inválida.

Enfréntate a él, padre, gritaba algo en su interior, pero detrás de la puerta solo se oyó una voz, y no fue la de su padre.

—Accidente, invalidez y cobro del seguro, y la vida sigue, así ha de ser —continuó Zola—. Y como ganancia colateral, tendremos un mendigo de primera que no va a escapar a ninguna parte.

Una débil corriente que atravesó el pasillo hizo que Marcus se volviera, pero fue demasiado tarde. La puerta de la cocina se había abierto y la figura que avanzaba por el pasillo lo descubrió.

—¿Qué haces, chaval?! —rugió la voz de Chris a través de la oscuridad.

Marcus se separó de la pared de un brinco y echó a correr por el pasillo mientras Chris saltaba tras él; de pronto se abrió la puerta de la sala.

Muchas veces había pensado que si alguna vez surgía una situación así, buscaría refugio en una de las casas vecinas. Pero en aquel momento todo cuanto lo rodeaba parecía muerto. Entre los numerosos árboles susurrantes, las casas se alzaban silenciosas como vestigios del pasado: oscuras, sin vida, desiertas. Lo único que se veía eran ventanas oscuras. El débil reflejo de una pantalla de televisión algo más allá, eso era todo.

Así que echó a correr hacia aquella casa con muchos recelos.

No voy a llegar, pensó, mientras gotitas frías de lluvia le cubrían el rostro. Lo buscarían y apresarían antes de que lograra que la gente de la casa se levantara de sus sillones frente al televisor. Tendría que buscar otra solución.

Giró el cuerpo y miró hacia atrás sin dejar de correr, tratando de no tropezar con los bordes de las aceras con sus pies descalzos. Vio que otro par de los primos mayores corrían tras él, y eran rápidos. Así que se echó de bruces y se deslizó pegado al suelo por el agujero de un seto por el que ninguno de los otros iba a poder pasar.

Si conseguía atravesar el jardín desconocido y llegar a la carretera, tal vez hubiera una oportunidad.

De pronto, un proyector que había bajo el alero de la casa se activó, y el jardín quedó bañado de luz. Marcus vio que los habitantes de la casa se ocultaban tras las cortinas del ventanal del salón, pero para cuando lo hicieron ya estaba atravesando el siguiente seto, y después rodó talud abajo hasta la carretera.

Oyó gritar por detrás que no corriera, pero solo tenía ojos para los coches de la carretera y el bosque, a media altura de la colina, unos cientos de metros más allá.

Tenía que ir hacia allí, porque en un santiamén iban a rodear la calle y bajar a la carretera. Como no escapase, estaba listo.

El brillo azul de los faros halógenos de un coche asomó por la loma, mostrando la carretera mojada por la lluvia como si fuera un brillante puente hacia la libertad. Si se adelantaba al centro de la carretera y lograba parar el coche, tal vez podría escapar. Y si no, se arrojaría a sus ruedas y pondría fin a sus sufrimientos. Prefería eso a vivir el resto de su vida de mendigo con un cuerpo tullido como Miryam.

—¡Alto! —gritó hacia el coche que bajaba, agitando los brazos. Corría directo hacia los dos conos de luz, como una polilla hacia el fuego.

Vio por encima del hombro que sus perseguidores habían salido de la urbanización y estaban ya en la calzada. A tanta distancia, no pudo ver quiénes eran, pero debían de ser sus primos y algunos de los demás niños, porque eran rápidos. No quedaban muchos segundos para hacer parar el coche y convencer al conductor de que lo llevara, antes de que lo alcanzaran.

El coche emitió unos destellos con las luces largas, pero el conductor no redujo la velocidad. Por un instante, Marcus estuvo seguro de que no iba a parar, y se preparó para su destino, mientras oía el chirrido de los frenos y veía que el chasis se ponía a hacer eses como un borracho en torno a la línea continua que dividía la carretera.

No voy a moverme, porque entonces acelerará, pensó, tratando de prever el siguiente movimiento del volante. No iba a conseguir esquivarlo.

Durante una fracción de segundo, Marcus vio que la parte delantera del coche se alzaba ante él como el hacha de un verdugo, y luego el coche se detuvo de pronto con un sonido susurrante contra el piso mojado. La rodilla de Marcus quedó a milímetros del guardabarros, mientras un hombre enfadadísimo vociferaba al otro lado del vaivén del limpiaparabrisas.

Marcus saltó al lateral del coche y abrió la puerta del copiloto antes de que el

hombre llegara a reaccionar.

—¡Puto crío...! ¿Qué cojones haces? —gritaba el conductor, lívido por el susto.

—Lléveme. Si no, esos hombres van a hacerme daño —imploró Marcus, apuntando hacia la hondonada por donde subían los hombres.

Entonces, en un segundo, la expresión del hombre pasó del susto al enfado.

—¡Qué coño! ¿Eres moro? —gritó. Se inclinó sobre el asiento del copiloto y dirigió un puñetazo hacia Marcus.

No le dio de lleno, pero hizo que cayera a la calzada, mientras el hombre cerraba la puerta y chillaba que no quería saber nada de gentuza así.

Marcus notó el mordisco del asfalto a través de sus pantalones de pijama, y le dolió, pero le dolió menos que quedarse tumbado en la oscuridad de la carretera, viendo que el coche aceleraba cuesta abajo con los conos de luz apuntando a sus perseguidores.

—¡Hay que parar el coche! —gritó alguien. Y se oyeron los secos estampidos de disparos, pero no lo detuvieron. Al contrario, aceleró más aún y embistió contra el grupo, que tuvo que correr para salvar la vida. Después el coche desapareció.

Marcus oyó que estaban desconcertados, mientras rodaba por el borde de la carretera y se colaba debajo de unos arbustos. Por lo visto, sus perseguidores creían que había conseguido entrar en el coche antes de que acelerase.

Entonces se puso a cuatro patas y se metió aún más entre los arbustos de la linde del bosque, mientras se concentraba para tratar de oír qué estaban haciendo carretera abajo.

Levantó un brazo y apartó unas ramas. Por lo que veía, varios adultos más se habían unido al grupo. A juzgar por sus siluetas, eran Zola, Chris y su padre.

Los jóvenes señalaron hacia el tramo de carretera donde Marcus había parado el coche, y después en la dirección en que desapareció. De pronto, el brazo de uno de los adultos cayó sobre uno de los jóvenes, que se desplomó. El castigo por su fallido intento de captura no había tardado en llegar, ¿qué otra cosa se podía esperar?

Luego el grupo se dirigió a paso ligero hacia el lugar donde estaba escondido, así que iba a tener que meterse rápido en el bosque y buscar un buen escondite. Se incorporó a medias y miró hacia el oscuro paisaje interminable de troncos; estaba tiritando y sentía la adrenalina correr por su cuerpo. La lluvia empapaba su ropa como si estuviera hecha de esponja, y el frío glacial le roía la piel y los pies hasta dolerle. No iba a poder caminar mucho descalzo, de eso se dio cuenta ya desde el primer paso. Los tenía tan cerca que distinguía sus voces.

Por lo que oía, estaban todos. Hector, Pico, Romeo, Zola, Samuel, su padre y los demás. Incluso un par de voces de mujer piaban entre los árboles.

Entonces sí que sintió miedo de verdad.

—¡Yo no lo he visto en el coche! —gritó Samuel en italiano, mientras otro decía en inglés que tampoco lo habrían visto si hubiera ido dentro.

Una vez más, era Samuel quien lideraba la caza.

Y, por encima de aquel caos de voces, se alzó la rabia de Zola. La rabia porque habían dejado escapar al chico, la rabia porque no sabían con seguridad si había entrado en el coche, y la rabia porque había habido disparos. Ahora tendrían que suspender sus actividades durante cierto tiempo, les gritó con voz vibrante. Iba a salir caro, y lo iban a pagar los que habían disparado. Los miembros jóvenes del clan tendrían que desaparecer los días siguientes, hasta que las cosas se calmaran. Lo más seguro era que el hombre del coche llamara a la Policía, y no convenía que los jóvenes estuvieran en el barrio en caso de que hubiera una inspección y los interrogasen.

—¡Ahora mirad bien a ver si Marcus sigue por aquí! —gritó Zola—. Y como se os vuelva a escapar, disparad, pero tirad a dar. Marcus es un peligro para todos.

Marcus estaba asustado. Le iban a disparar porque era peligroso. Pero lo único que había hecho era plantarle cara a Zola y escaparse. ¿Eso lo hacía peligroso? ¿Y los demás? ¿Los que habían abandonado el grupo antes? ¿Les había disparado también?

Se estremeció, mientras avanzaba notando paso a paso ramas, piñas de abeto y plantas afiladas en los talones y plantas de los pies. Tras caminar cien metros por el bosque, tuvo que tumbarse para protegerse los pies. Le dolían una barbaridad, y caminaba demasiado lento.

Como no encuentre un buen escondite donde cubrirme de vegetación, van a cazarme, pensaba una y otra vez, mientras metía los dedos en la tierra y comprobaba que estaba helada y dura como una piedra. No podía quedarse allí.

Tanteando frenético el suelo a ambos lados, reptó un par de metros sobre afiladas agujas de pino y barro.

Después de un minuto, notó de pronto que sus rodillas se hundían. Por un momento, le pareció que la tierra estaba empantanada, pero no lo estaba. Estaba seca y suelta, como si la hubieran removido. Un lugar perfecto para esconderse.

Empezó a cavar y, cuanto más profundizaba, más suelta parecía la tierra.

Al poco tiempo, el agujero era lo bastante grande y hondo como para poder rodar adentro y cubrir su cuerpo con la tierra sacada, y el rostro y brazos con ramas de pino.

Así no me verán, a menos que me pisen. Ojalá Zola no haya traído el perro, pensó, tratando de controlar la respiración.

Entonces oyó el crujir de ramas secas y muchos pasos. Se acercaban.

Se diseminaron por la espesura y avanzaron lentamente hacia donde estaba. Las luces vacilantes de dos linternas revoloteaban como luciérnagas entre los troncos de los árboles.

—¡Uno que se quede en la carretera, para que no escape por ahí, y los demás abrid bien los ojos, no vaya a ser que se haya cubierto con algo! —gritó Zola en la oscuridad—. Pinchad el suelo con un palo, que hay muchos.

Pasó un momento, y Marcus oyó ruido de ramas rotas por todas partes, porque los deseos de Zola eran órdenes. Y el crujir de pasos, que se transmitían por la tierra en forma de vibraciones, se acercaba, mientras el sonido de palos agujereando la tierra



hacía que le brotara sudor en la frente, pese al frío. Al minuto siguiente el grupo lo rodeaba por todas partes, y de pronto pasaron de largo.

Me quedaré tumbado, pensó, y su nariz percibió un olor a moho, algo acre. No cabía duda de que había allí cerca algún animal muerto, cuando vivían en Italia ya había visto alguno. Cuerpos muertos, fétidos, de ardillas, liebres y todo tipo de pájaros.

Cuando Zola y su grupo desistieran de seguir buscando, volverían por el bosque, por el mismo camino por donde habían ido. Si no hubiera habido alguien de guardia en la carretera, habría vuelto allí, y después habría seguido por los descampados.

Pero ahora no se atrevía, así que lo único que podía hacer era esperar y estarse quieto y callado.

Transcurrió un buen rato hasta que volvieron a pasar a su lado. Tanto tiempo como el que él necesitaba para ir mendigando desde Rådhuspladsen hasta la plaza Kongens Nytorv. Llevaba casi una hora en la tierra helada, mientras las gotas de lluvia se filtraban por el paraguas del bosque de abetos.

Los oyó uno por uno; estaban frustrados por el resultado de la caza, y cabreados porque Marcus los había abandonado así. Algunos llegaron a expresar su temor por lo que pudiera pasar.

—Como lo encontremos, se la va a cargar —sentenció una de las chicas. Era Sascha, que por lo demás era de las que más le gustaban.

Los últimos del grupo eran su padre y Zola; sus voces eran inconfundibles.

Como los gemidos del perro.

El corazón de Marcus dejó de latir. Sabía del buenísimo olfato del perro, y aguantó la respiración, pese a saber que de nada iba a valerle. Y de pronto el bicho se puso a ladrar y gemir, como si el olor de Marcus fuera lo único en que pudiera concentrarse.

Me ha olfateado, pensó con los labios apretados. En tal caso, estaba perdido.

—Estamos cerca de donde cavamos el agujero —anunció Zola en voz baja, a unos metros de donde yacía Marcus—. Oíd al perro, está como loco, así que debió de ser cerca. Joder, ¿te das cuenta de que ahora tenemos un problema mayor que el de aquella vez? Y todo ha sido por culpa de tu hijo.

Luego volvió a maldecir, tirando del animal gimoteante.

—Estos días tendremos que andar con cuidado, porque no sabemos de qué puede ser capaz Marcus. Tal vez debiéramos pensar también si este escondite, tan cerca de donde vivimos, es conveniente. Creo que tendremos que cambiar de sitio el cadáver.

Marcus respiraba poco a poco, entre los dientes. Con cada inspiración, crecía su odio hacia Zola. El mero sonido de su voz le daba ganas de saltar y gritar su odio; pero no hizo nada.

Cuando por fin enmudecieron los gritos y las voces del bosque, se sacudió de encima la tierra con cuidado. Seguro que más tarde, o por la mañana temprano, Zola y Chris volverían con el perro.

Tenía que marcharse. Muy lejos.

Con cierta dificultad liberó los brazos helados, y dobló la espalda para que la tierra que lo cubría cayera al suelo.

Tanteó un poco a los lados para salir mejor, y notó que se le rasgaban las mangas del pijama, mientras barría con las manos ramas y hojas secas. Entonces dio con una masa viscosa que cubría algo duro, y luego llegó el hedor, que lo envolvió como una oleada de muerte.

Contuvo la respiración por instinto, mientras terminaba de salir a la superficie y trataba de ver qué era lo que había tocado. A la débil luz de la luna era casi imposible, así que se inclinó con las narices tapadas, y entonces vio de qué se trataba.

En aquel momento fue casi como si el corazón dejara de latirle, porque justo delante de su rostro había una mano. Dedos huesudos desamparados, con rasguños en la piel y las uñas tan terrosas como la propia tierra.

Marcus saltó a un lado. Pasó un buen rato en cuclillas, a dos metros, mirando el brazo del muerto, mientras la lluvia iba descubriendo poco a poco el rostro y el torso descarnados del cadáver.

«Estamos cerca de donde cavamos el agujero», había dicho Zola a su padre. Y era el agujero donde se había escondido él.

Junto a un cadáver humano.

Se levantó. No era la primera vez que veía un cadáver, pero sí que era la primera vez que tocaba uno, y no deseaba volver a hacerlo.

Pasó un tiempo pensando qué hacer. Con aquel descubrimiento se abría, por una parte, la posibilidad de detener a Zola y liberarse por fin, pero por otra, no. Porque su padre había ayudado a enterrar el cadáver, y probablemente a más que eso. Aquello era lo que marcaba la diferencia.

Y mientras rumiaba todo aquello y se acostumbraba poco a poco al mal olor, al final se le ocurrió que no podía atacar a Zola sin atacar también a su padre. Y, pese a que su padre era débil y estaba subordinado a Zola, Marcus lo quería. No le quedaba otra. Era la única persona que tenía. ¿Cómo iba a acudir a las autoridades en busca de ayuda? No podía.

Ni entonces, ni mañana.

Nunca.

Marcus notó que la piel se le helaba y que el mundo era de pronto demasiado grande para él. En aquel doloroso momento se dio cuenta de que sin el clan no le quedaba otro refugio que la calle. En adelante, estaba solo. Ninguna furgoneta iba a recogerlo al terminar el día. Nadie iba a ocuparse de sus comidas. Nadie en el mundo iba a saber quién era o de dónde venía.

Casi no lo sabía ni él.

Lloró un rato, pero se controló. La compasión y la autocompasión no eran habituales en su mundo.

Se miró el pijama. Era lo primero que debía solucionar. Por supuesto que había

casas en las que podía robar, pero entrar por la noche era algo que prefería dejar a los demás. La gente no dormía muy profundamente en Dinamarca. Muchas veces estaba despierta viendo la televisión, aunque fueran las cuatro de la mañana, y en la oscuridad las paredes tenían oídos.

Hurgó en la tierra con el pie descalzo. Quizá hubiera algo útil en el hoyo junto al cadáver, había que comprobarlo. Entonces asió una rama del suelo y se puso a retirar la tierra en torno a los hombros del cadáver, y continuó hasta que vio el torso desnudo del hombre.

Pese a la oscuridad y la suciedad, el rostro se distinguía bastante bien, con sus mejillas marcadas y su nariz recta. Debía de ser una de las personas más pelirrojas que Marcus había visto en su vida. Era imposible calcular su edad, porque la piel del rostro estaba casi disuelta. Se dio cuenta de que, de no haber estado tan oscuro, el espectáculo habría sido tan espantoso como el hedor.

Aquí no voy a encontrar nada, pensó, y miró un momento con pena la pálida mano huesuda que parecía intentar aferrarse a la vida. Zola había traído la desgracia, también a aquel hombre.

Entonces reparó en el cierre de la cadena que sobresalía bajo el pulgar sin vida del cadáver. Era un pequeño cierre redondo con un pasador dentro. ¿Cuántos de aquellos habría abierto cuando robaba un collar del cuello de la víctima?

Asió la cadena y tiró de ella hasta que los huesos cedieron y la cadena se soltó. Con la mayor facilidad.

El collar era pesado y de aspecto exótico. Al menos, no había visto nunca uno así. Muchos hilos finos, un par de pedazos de cuerno y unas pequeñas máscaras de madera colgando; no era precioso, pero sí especial.

Sí, especial; pero no algo que pudiera vender.

Era solo una baratija africana más.

*Primavera de 2011*

—¿Qué ocurre? —preguntó Carl cuando el antiguo perito de la Policía y actual encargado de la diminuta cantina de la Jefatura de Policía de Copenhague, Tomas Laursen, asomó su cuerpo rechoncho por la puerta de la cocina—. ¿Qué hacen esas horribles banderitas de papel en la mesa? ¿Estáis celebrando mi regreso de Róterdam? Si solo he pasado un día fuera...

Si no hubiera sido porque tenía que comprar el fantástico anillo para Mona, y porque Jefatura estaba relativamente cerca de la tienda, y, al fin y al cabo, tenía unas ganas locas de tomar un café, habría ido directo a casa del aeropuerto.

Ahora se daba cuenta de que era lo que debía haber hecho.

Miró alrededor sacudiendo la cabeza. ¿Qué tontería era aquella? ¿Había aterrizado en un cumpleaños infantil, o se había casado alguno de sus colegas por tercera o cuarta vez, en la vana esperanza de que esta vez todo saliera bien?

Laursen sonrió.

—Hola, Carl. No, por desgracia no es por eso. Se debe a que Lars Bjørn ha vuelto. Lis ha puesto unos adornos para alegrar la cantina, porque el inspector jefe de Homicidios ha convocado al departamento a tomar un café aquí arriba dentro de media hora.

Carl frunció el ceño. ¿Lars Bjørn? ¿De dónde había vuelto? No se había dado ni puta cuenta de que el subinspector de Homicidios hubiera estado ausente.

—¿Ha vuelto, dices? ¿De Eurodisney, o qué?

Laursen plantó un plato con algo verde frente al compañero de mesa de Carl. Parecía un tanto repelente. El hombre iba a arrepentirse de comer aquello.

—Vaya, ¿no lo sabes? Qué raro. Pero bueno, acaba de volver de Kabul.

Se echó a reír.

—Si puedes evitarlo, será mejor que no proclames tu ignorancia a los cuatro vientos. El subinspector lleva fuera dos meses, Carl.

Carl miró al lado. ¿Era su ignorancia lo que en aquel momento hacía que el tenedor de su compañero de mesa temblara camino de su boca? Pero ¿quién estaba quedando mal? ¿Él o Lars Bjørn, a quien por lo visto nadie había echado de menos?

Dos meses, decía Tomas. ¡Santo cielo!

—Dices que de Kabul. Un sitio bastante espantoso. ¿Qué diablos hacía allí?

Era difícil de imaginar a aquel pijo de colegio privado en uniforme de batalla.

—¿Se han acordado de comprobar que volvía vivo? Puede ser difícil de saber con una momia reseca como él —comentó, mientras la sustancia verde caía del tenedor

tembloroso de su compañero de mesa.

—Fue para entrenar a la Policía local —informó Laursen, mientras se secaba las manos en el trapo que rodeaba su talle, cada vez más redondo. Si aquel hombre seguía más tiempo en la cantina, iba a tener que encargarse de delantales más grandes.

—No me digas. Pues en mi opinión podría haberse quedado allí.

Carl miró alrededor. Unos cuantos torcieron el gesto al oír su observación, pero a Carl le daba igual. Por él, también ellos podían mudarse al páramo afgano, con sus bombas al borde de la carretera.

—Muchas gracias, Carl —se oyó una voz por detrás—. Ya sé que lo dices porque respetas mi trabajo.

Quince pares de ojos traspasaron los hombros de Carl. De pronto, aparecieron sonrisas maliciosas por todas partes. Carl se volvió con calma hacia lo que suponía sería un rostro con todos los matices del rojo.

Pero era irritante el buen aspecto que tenía Lars Bjørn, y lo sabía. Era como si hubieran cubierto su pequeño cuerpo de piel de vaca bien alimentada, como si el sol le hubiera enderezado la espalda y desplegado los hombros a los lados. Lo cierto es que de pronto parecía bastante más corpulento que antes, seguramente con la considerable ayuda de las medallas multicolores que colgaban en cuatro exquisitas hileras del bolsillo superior izquierdo.

Carl hizo un gesto de aprobación.

—Vaya, Bjørn, menuda ristra de barras y estrellas te has agenciado, ¿eh? Mi más sincera enhorabuena. Con un poco de suerte, el siguiente trofeo van a ser galones de *boy scout*.

Carl notó que Laursen le tiraba con discreción de la manga, pero le importaba un huevo. ¿Qué podía hacerle Bjørn que no le hubiera hecho ya?

—Cualquiera diría que fuiste tú quien recibió el golpe en la cabeza, y no Assad, Carl Mørck. Por cierto, ¿qué tal está?

—Caramba, Bjørn, te veo solícito. Así que has vuelto al tajo como jefe de personal, ¿eh? Pues sí, está bastante bien, dentro de un par de semanas estará como nuevo. Menos mal que tengo a Rose.

Advirtió que la mayoría se permitió sonrisas irónicas al oír el nombre de la ayudante, pero que no se pasaran. De lo contrario, iba a darles en el morro, no se iba a cortar un pelo. En aquella casa no había nadie que le llegara a Rose a la altura de los zapatos.

—Pero Assad sigue teniendo la cara algo torcida, ¿no? —terció Laursen. Lo más seguro, el único de los presentes que se había dado cuenta.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Así es. Menos mal que no es el único de Jefatura con el cráneo torcido.

Al decirlo miró a Bjørn, que estaba en la caja pagando su bebida. Aunque parezca extraño, no hizo caso del insulto.

—Pues sí, Laursen —continuó Carl—. La hemorragia cerebral producida tras el

ataque le causó problemas en los músculos faciales y también problemas de equilibrio, así que esta primavera está pasando chequeos regulares, y sigue bastante medicado. Creo que empieza a levantar cabeza, y nos alegramos de ello. Tiene algunas dificultades al hablar, pero eso no es nada nuevo.

Se rio, pero nadie lo secundó. Vale.

Bjørn metió la cartera en el bolsillo trasero y se volvió hacia él, esta vez con aquella sombría mirada venenosa que a lo largo de los años se había convertido en su marca de clase.

—Me alegro mucho de que Assad esté haciendo progresos, Carl. Así que esperemos que tú también los hagas en las profundidades. Quizá debiéramos prestarte mayor atención en el futuro, para poder saber si necesitas ayuda, ¿no es una buena idea?

Se volvió hacia Laursen.

—Gracias por el recibimiento, Tomas, está de lo más festivo. Así da gusto volver a casa. ¿No te parece, Mørck? Y a propósito: bienvenido; ¿qué tal por Holanda?

Carl devolvió la mirada de serpiente mientras Bjørn pasaba a su lado y desaparecía escaleras abajo. Era evidente que la cobra no había llegado a morir de sed en el desierto.

—Payaso —se oyó por detrás. Carl no llegó a ver quién era.

Luego volvió a sentir el tirón de Laursen en la manga. No quería líos en sus dominios.

—Bueno, cuéntame, ¿qué decían los informes de Holanda? —preguntó, queriendo restablecer el buen ambiente—. ¿Había alguna relación entre los asesinatos con pistola clavadora de Schiedam y los de aquí?

Carl ahogó una risa.

—El informe no decía nada. Una pérdida de tiempo.

—Y eso te deja frustrado, por lo que veo. ¿No es así?

Carl miró un buen rato a Tomas Laursen. No había muchos en Jefatura que se tomaran la molestia de hacerle unas preguntas básicas como aquella, pero por otra parte tampoco había muchos que esperasen una respuesta, y desde luego nadie entre aquella cuadrilla de imbéciles.

—Todos los casos que quedan sin resolver frustran a un buen policía —observó, mirando alrededor. Así tendrían algo en que pensar—. Sobre todo, los casos en que tus colegas han sido las víctimas.

—¿Y Hardy?

—Hardy sigue en mi casa, y supongo que allí seguirá hasta que uno de los dos estire la pata.

Su compañero de mesa con el plato de ensalada asintió con la cabeza.

—Eres un cabronazo, Carl, pero está bien que lo cuides. No muchos lo harían.

Carl arrugó un poco la frente, tal vez sonriera incluso ligeramente. Lo cierto es que le produjo una extraña sensación oír algo así en labios de un compañero, por

primera vez.

**A**bajo, en el Departamento de Homicidios, había mucho ajetreo, y la cantidad de banderitas danesas parecía excesiva en la humilde estancia, casi como una mezcla de patio de armas del Palacio Real el día del cumpleaños de la reina y una reunión veraniega del Partido de Dinamarca.

—Hola, Lis. Desde luego, os habéis pasado. ¿Habéis comprado las banderas al por mayor?

La presencia más vivificante del Departamento A ladeó la cabeza.

—Estás celoso, ¿eh, Carl? Tranquilo, que haré el mismo despliegue de banderas cuando vuelvas tú de Afganistán.

—Vale —fue el comentario de Carl, que disfrutaba con la sonrisa irónica de Lis. Se trataba, sin duda, de un erotismo de lo más sutil, y a Carl le encantaba. Ni siquiera Mona podía producir una sonrisa que fuera semejante golpe bajo para los hombres—. Pero me temo que las banderas van a enmohecerse con la espera, ¿no crees? ¿Está el jefe en el despacho?

Lis señaló la puerta.

El inspector jefe del Departamento de Homicidios, Marcus Jacobsen, estaba sentado junto a la ventana, con las gafas de media luna de diadema, observando los tejados circundantes. A juzgar por la expresión de su rostro, su estado de ánimo era una mezcla de eterno cansancio y la sensación de estar perdido. No tenía buen aspecto. Pero cuando pensabas en los montones de casos amontonados en torno a él, hasta el punto de parecer el almacén central de una gran fábrica de papel, lo extraño era que no estuviera mirando al vacío todos los días.

Dirigió su silla hacia Carl y lo miró con la misma resignación que cuando, a diez kilómetros de Copenhague, tu hijo, desde el asiento trasero, pregunta por vigésima vez si falta mucho para llegar a Italia.

—¿Qué pasa, Carl? —preguntó, casi como si no pudiera soportar una respuesta. Seguramente tendría muchas cosas en que pensar.

—Veo que estáis de celebraciones —respondió, señalando el antedespacho a su espalda—. ¿A qué hora son los fuegos artificiales?

—Bueno, ya veremos. ¿Y Holanda? ¿Sabemos algo que nos acerque al esclarecimiento de los asesinatos con pistola clavadora?

Carl sacudió la cabeza.

—¿Acercar? A lo único a lo que me acerqué fue a la conciencia de que no solo en esta Jefatura se cometen chapuzas. Si a eso lo llaman introducción a un informe coordinado sobre los asesinatos cometidos los últimos años con pistola clavadora en nuestras latitudes, yo soy el rey de Roma. Con aquellos datos no pude llegar a ninguna conclusión. De hecho, los únicos informes realizados como es debido eran

los de Ploug sobre los asesinatos de Sorø y Amager. Debo comunicar, avergonzado, que el trabajo de los holandeses es de lo peor que he visto en mi vida. No han peritado los efectos, los informes de investigación son insuficientes, la reacción demasiado tardía. Irritante de cojones, hablando en plata, así que por ahí no vamos a llegar a ninguna parte, a menos que nos envíen algo nuevo de verdad.

—Ya veo. Entonces no debo esperar ninguno de tus informes súper detallados llenos de frases afortunadas, ¿verdad, Carl?

Carl meditó un poco sobre el tono irónico de Jacobsen. En aquel puente de mando estaba pasando algo.

—En realidad, he venido por otra cosa.

—Vaya. ¿A qué debo el honor, Carl?

—Tengo un problema. Assad no está todavía al cien por cien, y por eso andamos algo parados, así que aprovecho la ocasión para poner en orden mi portafolio.

Le encantaba esa palabra. Era perfecta para no decir nada.

—Pero es difícil cuando no estamos en algún caso, porque Rose me estorba todo el tiempo. Por eso, tal vez fuera una buena idea matar dos pájaros de un tiro y aprovechar el momento para reciclarla. ¿No puedes enviarla unos días con alguno de tus chicos? Le hace falta un poco de trabajo rutinario en alguna investigación puerta a puerta, y pensaba que a lo mejor podría ir con la gente de Terje Ploug o Bente Hansen. Por lo que oigo, se quejan de falta de personal.

Entornó los ojos y mantuvo la esperanza. Mientras él estaba fuera, Rose ya había reunido un montón de propuestas respecto a cuál debería ser el siguiente caso. Si no conseguía de inmediato redirigir aquella energía sobrante, de magnitudes de superpetrolero, en menos de diez segundos estaría hasta el cuello de posibles casos.

—Falta de personal, sí. Nada nuevo bajo el sol, Carl.

El inspector jefe esbozó una sonrisa irónica y manoseó un poco el paquete de cigarrillos de la mesa.

—Tendrás que arreglártelas para darle tú ese entrenamiento a Rose, porque, como puedes imaginar, la gente de aquí se va a negar a tenerla pegada a los talones. No ha terminado sus estudios en la Academia de Policía, Carl. No pinta nada en la calle, creo que lo olvidas.

—Y un huevo, lo olvido. Tampoco olvido que desde principios de año, y en parte debido a ella, hemos cerrado y resuelto dos casos, a pesar de que Assad está medio de baja. Así que Rose habrá terminado sus estudios, ¿no? A mí me parece que sí. Además, en el Departamento Q no tenemos ninguna investigación entre manos en este momento. Estoy repasando los casos a mi propio ritmo, y no quiero que mientras tanto Rose ande por allí. Me pone de los nervios.

Marcus Jacobsen se enderezó.

—Ahora que lo dices, sí que tengo un caso en el que puede ayudarnos aquí arriba. Pero antes de que la mandes a la calle sola y monte un buen pollo, voy a pedirte que la acompañes un par de días, ¿vale?



De un montón de carpetas de medio metro de altura sacó una que estaba a unos diez centímetros de la parte superior. Si la carpeta contenía el caso que le interesaba, era que tenía muy buena puntería.

—Toma —dijo, y le entregó a Carl la carpeta como si fuera la cosa más natural del mundo—. Sverre Anweiler. Principal sospechoso del incendio de una casa-barco en Sydhavnen. No he leído a fondo el informe, pero creo que ha habido fraude a la aseguradora, y, por desgracia, también una víctima mortal. Anweiler era el propietario, y había desaparecido cuando el barco estalló y se hundió. De lo más lamentable, puesto que su amante, Minna Virklund, que estaba a bordo, pereció en el incendio.

«Pereció», una expresión que Jacobsen empleaba cada vez más. Tal vez algo cínica, incluso allí.

—¿A qué te refieres con «pereció»? ¿Se abrasó? ¿Se ahogó?

—Yo qué sé. Lo único que sé es que su cuerpo, para entonces una masa carbonizada, apareció chapoteando en la dársena del puerto entre los restos del barco.

—Sverre Anweiler, dices. ¿Extranjero?

—Sí, sueco. La investigación sobre él no ha dado resultado. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Entonces, a lo mejor estaba también chapoteando, otra masa carbonizada.

—No, lo registramos a fondo.

—Entonces, seguro que está en Suecia, bien oculto en alguna granja abandonada.

—Sí, podría ser, pero el caso es que, al año y medio del episodio, ha vuelto a Dinamarca. Lo vieron por casualidad al repasar unos vídeos de vigilancia de Østerbrogade la semana pasada, para ser exactos, el martes, tres de mayo. ¡Mira!

El inspector jefe entregó a Carl una cinta de vídeo y una foto del hombre. Un rostro así no se veía todos los días: frente despejada, pelo rubio escaso, ojos azul oscuro bajo unos párpados sin pestañas. Parecía la cara de un niño frágil. Un rostro así podía camuflarse hasta lo irreconocible, bastaba con pintar un lunar en la mejilla.

—¿Vídeo de vigilancia? ¿De dónde es?

Marcus Jacobsen se alzó de hombros.

—Hay varios.

—Ostras, no va a ser fácil. Pero ¿cómo diablos han reconocido a esa extraña estatua de cera? Puede parecerse a cualquiera y a nadie.

—Ve el vídeo, lee el informe, y lo sabrás.

Carl sacudió la cabeza; aquello era un marrón.

—Si es lo mejor que puedes ofrecerme, saldré con Rose, pero solo un día, jefe, así que ya lo sabes. Esto parece una soberana pérdida de tiempo.

—Vale, tú sabrás cuáles son tus necesidades, Carl. Tú mismo.

Otra vez aquella actitud algo resignada que tan mal casaba con Jacobsen.

—Está bien volver a tener a Lars Bjørn, ¿verdad? —dijo Carl para animarlo un poco en su desaliento.

—Sí, y luego hay otra cosa, Carl. Mañana tenemos reunión de presupuestos, y has de saber que todo sigue como siempre, pero puede que cambie en el futuro. Ahora que han traído a Bjørn a casa, repartiremos los papeles de otra manera, hasta que las cosas se acomoden.

Carl no entendía.

—¿Lo han *traído*?

—Sí. En realidad, le quedaba mes y medio en su destino, pero era más práctico así.

—No entiendo. Hasta que las cosas se acomoden, dices. ¿Qué es más práctico? ¿Qué ocurre?

—¡Ah, claro, es verdad! Ayer estabas en Holanda cuando hicimos la reunión de jefes de grupo. Es que no lo sabes, lo había olvidado. ¿Te he preguntado ya cómo te fue ayer en Róterdam?

Carl se alzó de hombros.

—¿Qué ocurre?

—Bueeeno, que mi mujer y yo hemos decidido jubilarnos antes de que el Gobierno nos lo quite todo.

—¿Jubilarte? Que yo sepa, eres demasiado joven para eso.

—Pues te equivocas. El viernes me despido.

Sonrió, algo resignado.

—Viernes y trece. Así que nos irá bien.

Carl puso los ojos como platos. ¡El viernes! Faltaban tres días.

No podía ser. ¡No podía consentirlo!

**R**esonó una cadena de juramentos mientras Carl bajaba las escaleras. El Departamento de Homicidios sin Jacobsen, era algo horrible de imaginar. Pero peor era que ahora Lars Bjørn estaba en posición de ocupar su lugar, era algo insoportable. Prefería ir en bici hasta el norte de Noruega y que lo devorasen los mosquitos. Joder, vaya ducha fría para ser un simple martes.

—Pareces algo avinagrado. —El comentario le llegó de algo más abajo en las escaleras. Era Børge Bak, que a su habitual paso de tortuga subía bienes robados desde el sótano a algún agente que creía que había tenido una buena idea.

—Pues ya somos dos —replicó Carl, más que dispuesto a saltar unos escalones para alejarse de él.

—Me he enterado de que el viaje a Holanda no ha tenido mucho éxito. Claro que tampoco a ti te interesaba que lo tuviera, ¿verdad?

Entonces Carl se detuvo.

—¿Qué carajo quieres decir?

—Nada, que el caso estaba extendiéndose tanto que igual podía ser engorroso

para ti.

—¿Engorroso?

—Bueno, se oyen rumores...

Carl arrugó el entrecejo. Si aquel imbécil obeso con flequillo tapacalvas no se evaporaba al instante, desenterraría el hacha de guerra con todas las de la ley. Iba a ser un auténtico placer.

Bak se dio cuenta.

—Como ves, tengo cosas que hacer. Hasta la vista, Carl.

Apenas había elevado su pie tres centímetros para dar el siguiente paso, cuando la zarpa de Carl se clavó en el cuello de su camisa.

—¿Qué rumores, Bak?

—Suelta —dijo la voz medio ahogada—. Si no, te van a aplicar las medidas disciplinarias de las que te libraste después de los sucesos de Amager.

¿Medidas disciplinarias? ¿De qué diablos hablaba aquel pavo? Así que apretó un poco más la doble papada.

—Escúchame bien, Bak. A partir de ahora, y para siempre...

Calló al oír pasos, y soltó a su presa cuando uno de los nuevos de Jefatura, con una sonrisa boba, intentó pasar inadvertido. Se trataba de la última peste llegada a Jefatura, que respondía, y mira que había posibilidades, a un nombre con resonancias extrañas en Dinamarca: Gordon. Un chaval altísimo. Muslos como bastones de esquiar, brazos de gibón balanceándose, corte de pelo de internado privado inglés y, sobre todo, una boca a la que costaba horrores estarse callada. Aquel detalle no iba a ser de mucha ayuda para las investigaciones criminales de Copenhague.

Carl dedicó un saludo desganado con la cabeza al faro ambulante, y se volvió hacia un Bak engreído.

—No sé de qué estás hablando, señor subcomisario Bak. Pero si un buen día tienes el valor de decirme qué insinúas, baja al sótano y dímelo a la cara. Hasta entonces, construye un muro de acero alrededor de tu cueva de efectos robados, así te ahorrarás en lo sucesivo rumores sin verificar. Estás más guapo sin ellos, Børge Bak.

Luego lo alejó de un empujón y continuó su camino escaleras abajo. Aparte de la cuca bolsita de seda que llevaba en el bolsillo, ante la que se preguntaba cómo iba a reaccionar Mona, el día no podía haber sido peor: durante el vuelo estuvo a punto de devolver desde cinco minutos antes del despegue, Marcus Jacobsen había decidido abandonarlos, Lars Bjørn ya había ocupado el trono, y ahora esto. Era un día para no haber entrado en Jefatura.

Al infierno con Børge Bak y los que eran como él. Pensara lo que pensase la gente sobre el tiroteo de Amager y su papel en el esclarecimiento del maldito caso de asesinato con pistola clavadora, al menos debían respetar el derecho de un compañero a defenderse de todas las acusaciones, sobre todo de las tácitas. Detestaba aquella porquería.

Entre el ruido producido por algún trabajador en el pasillo y un fuerte tufo a fruta caramelizada y varillas de incienso, encontró a Assad enrollando su alfombra de orar.

Aparte de su rostro torcido y de una palidez insólita en su tez oriental, tenía un aspecto razonablemente bueno.

—Me alegro de que hayas venido, Assad —lo saludó, evitando mirar el reloj. A su ayudante le quedaban todavía un par de semanas de tratamiento, así que las broncas que podría desencadenar la escasa puntualidad matutina tendrían que esperar hasta entonces. Luego preguntó, de forma automática—: ¿Estás bien?

—Pues sí, la verdad es que en este momento estoy muy bien.

Carl levantó la cabeza. No debía de haber oído bien.

—¿Dices que estás muy bien?

Assad se volvió hacia él con los párpados cargados.

—Sí, hombre. Tranquilo, Carl, pronto se me pasará.

Después colocó la alfombra enrollada en lo alto de la estantería y extendió la mano a un lado, hacia la masa de caramelo, mientras se apoyaba en el borde de la mesa. Desde luego, iba a necesitarlo ante la perspectiva de tener que comer aquella masa pegajosa.

Carl le dio una palmada en la espalda, al fin y al cabo estaba arreglándoselas bien desde el ataque de diciembre. Los médicos fueron unánimes: de no ser por el cráneo blindado y el físico de acero de Assad, el golpe recibido en la nuca lo habría dejado, en el peor de los casos, convertido en un vegetal, o lo habría matado. Habrían bastado unas pocas venillas más reventadas en el cerebro. Así que, aparte de la tendencia a la depresión, el dolor de cabeza, el caminar torcido y la musculatura facial algo flácida del lado derecho, y todo lo demás, estaba casi como nuevo. Era prácticamente un milagro, o como hubiera que llamarlo.

—He pensado en Hardy, Carl. ¿Cómo le va, o sea, ahora?

Carl aspiró profundamente. Se trataba de una pregunta difícil de responder. Porque desde que Morten había empezado a enrollarse con su fisioterapeuta, y desde que el Mika aquel había empezado a poner sus conocimientos y su compacta masa de músculos al servicio de los miembros paralizados de Hardy, últimamente habían ocurrido cosas con Hardy que eran del todo incomprensibles.

Unos años antes, los médicos de la clínica para lesiones de médula condenaron sin duda alguna a Hardy a algo parecido a pasar en la cama el resto de sus días, pero ahora Carl no estaba tan seguro de aquellas conclusiones.

—Es extraño. Antes tenía una especie de dolores fantasma, pero ahora es otra cosa. Pero no sé qué es.

Assad se rascó la nuca.

—No me refería tanto a que no pueda moverse. Era más cómo le va en la cabeza.

De las paredes de Assad colgaban nuevos carteles. Tal vez porque había tenido que reducir el ritmo y le quedaba más tiempo libre, o tal vez fuera por influencia de la

situación mundial. Lo cierto es que los carteles de edificios exóticos bordeados de garabatos en árabe habían dado paso a un pequeño póster de Einstein sacando la lengua y a otro, algo mayor, de un hombre delgado tocando la guitarra eléctrica, cuyo nombre Carl apenas podía pronunciar. «Mahmoud Radaideh y Kazamada tocan en Beirut», ponía.

—Nueva decoración —comentó Carl, señalando el cartel. Después debería haber preguntado quién era, pero no llegó a hacerlo.

Era como si Assad no estuviera presente del todo. Su mímica facial, por lo demás tan enérgica y viva, parecía haberse borrado, y sus hombros colgaban miserables dentro de la camisa a cuadros. A veces se ponía así.

—Tengo un CD. ¿Quieres oírlo? —preguntó Assad, distraído; no esperó respuesta. Apretó con fuerza la tecla de *play*, y antes de que Carl abriera los ojos como platos, el bombardeo sonoro era una realidad en el microscópico despacho.

—¡Qué pasada! —gritó, dirigiendo una mirada de esperanza a la puerta.

Desde luego, vaya energía.

—Kazamada son estos. ¡Suelen tocar con mucha gente del mundo árabe! —gritó Assad.

Carl hizo un gesto afirmativo; no le cabía duda. El problema era que sonaba como si Kazamada tocara con toda esa gente a la vez.

Apretó con cuidado la tecla de *stop*.

—Antes me has preguntado por la cabeza de Hardy —dijo en el ensordecedor silencio posterior—. Aunque Mika le hace reír varias veces al día, me temo que, por desgracia, no está tan bien por dentro. Dice que las ideas revolotean en su mente. Toda la vida que se pierde. Las cosas que había creído que debería hacer cuando llegara la hora. Es que no puede hacer nada, Assad. Varias veces lo hemos oído sollozar por la noche, pero prefiere no hablar de ello con nosotros. Puede ser bastante enervante escucharlo.

—Lo que debería hacer cuando llegara la hora.

Assad hizo un gesto afirmativo, meditabundo.

—Creo que lo entiendo. Tal vez mejor que los demás.

Carl deslizó la mirada por las arrugas atormentadas que se dibujaban en el rostro de Assad.

—Bueno, a lo mejor también tú estás algo deprimido, Assad, pero tampoco es tan extraño después de lo que te ha pasado. En cuanto a mí, también yo...

—No, Carl. No pienso, o sea, en el golpe. Es otra cosa. Algo muy, muy diferente. Y se encerró de nuevo en sí mismo.

Si ese era su estado de ánimo, pensó Carl, podía soltar la granada de mano en cualquier momento.

—Lo siento, pero tengo una mala noticia, Assad. Marcus Jacobsen lo deja.

Assad giró la cabeza poco a poco hacia Carl.

—¿Lo deja?

—Sí, el viernes.

—¿El viernes? ¿Ya?

Carl asintió en silencio. ¿El tío se había puesto en modo de cámara lenta, o había en su corteza cerebral un par de circuitos que habían perdido uno o dos componentes?

Vuelve, viejo Assad, ¿dónde estás?, pensó, mientras le contaba la conversación con el inspector jefe de Homicidios.

—Así que, por desgracia, tendremos que lidiar con Lars Bjørn: que Dios nos asista.

—Qué raro —dijo Assad, mirando al frente con expresión vacía.

¿Raro? Desde luego, no era la reacción que Carl había esperado.

—¿Por qué raro? Terrible, sí. Espantoso, sí. Pero ¿raro? ¿A qué te refieres?

Assad se quedó un rato pensativo, parecía una vez más estar en otro planeta.

—Raro, porque no me lo ha dicho —explicó.

Carl frunció el ceño.

—¿Por qué había de decírtelo?

—Es que he estado cuidando su casa y todo mientras él y su mujer estaban fuera, así que estaba allí cuando llegaron anoche.

Carl dio un paso atrás. ¿Qué había dicho?

Assad echó hacia atrás la cabeza y dio un grito sofocado, como si hubiera estado a punto de dormirse y por un reflejo se aguantara. Tenía los ojos bien abiertos, una expresión facial indefinible, aunque más bien de susto, la boca semiabierta.

—¿Has cuidado la casa de Bjørn durante dos meses? ¿Por qué? ¿Y por qué no he sabido yo nada de eso? ¿Y de qué lo conoces, para que te pida cuidarle la casa? ¿Y por qué estaba la mujer en Kabul? ¿Es enfermera, o qué?

Assad apretó los labios y barrió el suelo con la mirada, como si estuviera pensando en una respuesta aceptable. Aquello era de lo más extraño.

Luego abrió las aletas de la nariz, aspiró hondo y se enderezó.

—No tenía dónde vivir, y Bjørn me ayudó. Nos conocemos de Oriente Próximo, no hay más que eso. Nada especial. Y sí, su mujer es enfermera.

Nada especial, decía. Joder, aquello era muy especial.

—¿Os conocéis de Oriente Próximo?

—Sí, nos conocimos por casualidad antes de que yo viniera a Dinamarca. Creo que fue él quien me recomendó que pidiera asilo.

Carl asintió con la cabeza. Era muy posible que Assad guardara secretos, y que por un momento, en la situación en que se encontraba, hubiera quedado al descubierto, eso era lo de menos. Pero que empleara palabras como «por casualidad» y pensara que así eliminaba para siempre el interés profesional y la curiosidad de Carl..., lo ofendía, qué coño.

Y en aquel momento se disponía a desplegar sus aspectos menos agradables, cuando su mirada belicosa se cruzó con la de Assad.

Assad pocas veces había estado tan alerta. Sus ojos castaños pocas veces habían

lucido con tal intensidad, su mirada pocas veces se había impuesto así. Y, de forma no buscada e inesperada, se reencontraban tras meses de separación. La desconfianza y las cosas no dichas flotaban entre ellos, un estancamiento momentáneo en el que toda discusión y evaluación se realizaba sin palabras.

Su mirada suplicaba: ¿por qué no me dejas en paz? Al fin y al cabo, he vuelto.

Entonces Carl le dio una palmada en el muslo y se puso en pie.

—Todo se arreglará, tronco.

—¿Tronco? —preguntó Assad, algo abatido.

—Sí, Assad. Por una puta vez, tampoco yo veo la relación.

Ya va siendo hora de que tenga algo de diversión, pensó Carl, mirando hacia los dominios de Rose. Una dosis de su retorcida manera de ser solía bastar para que floreciera la sonrisa de Assad.

A pesar de la puerta entreabierta y el ataque masivo del taladro del carpintero en una pared de la sección de bienes robados, era difícil no oír las voces del otro lado de la puerta de Rose.

—Relájate, Gordon. La puerta está cerrada, ¿vale?

—Si solo digo...

Carl sacudió la cabeza. Se les estaba cayendo el chiringuito, y aquel macarrón ambulante se atrevía a flirtear con su ayudante de confianza en sus propios dominios.

Asió la manilla y se dispuso a abrir la puerta de golpe, pero dudó cuando el mozo del interior dio otro apretón de tuerca.

—Lo haré todo por ti, Rose, absolutamente todo. Dime qué quieres, y lo haré.

—Entonces, creo que deberías convertirte en rueda y rodar un poco por la autopista, o donarte como pontón para el lago Titicaca.

¡Bien dicho! La estaba imaginando. Eso era hablar claro. Jerga del Departamento Q, y en plena jeta.

En el torrente de palabras de aquel mamarracho se produjo una breve pausa, así que debió de captar el mensaje.

Luego se aclaró la garganta, del modo más varonil posible.

—De acuerdo, Rose. Pero, digas lo que digas, eres tan *schönlovely* que el vello se me pone como escarpías.

Carl no sabía si fruncir el ceño o abrir exageradamente los ojos. ¿Qué decía el tío? ¿*Schönlovely*? ¿Escarpías?

¿Se habían vuelto todos locos en Jefatura, o solo él?

*Otoño de 2010*

A medida que avanzaba la noche, Marcus se dio cuenta de que debía encontrar un sitio para dormir, conseguir unos zapatos y algo de ropa seca. Sus perseguidores habían vuelto a casa, así que la cuestión ahora era si quedaría alguien vigilando en alguna parte de la linde del bosque.

Al otro lado de la carretera, lejos del bosque, había un buen repecho hasta las granjas y pequeñas propiedades más cercanas, pero ¿cómo podía pasar al otro lado de la carretera sin que lo vieran, si es que había alguien vigilando el terreno? Sería típico de Zola asegurarse de algo así.

Marcus sabía que las próximas horas iban a ser decisivas. Si no se alejaba de Zola y del resto del clan, terminarían encontrándolo. No podía seguir atravesando el bosque con aquellos pies tan maltrechos, eso estaba claro: debía cruzar la carretera.

En Italia, la diversión preferida de los niños era un juego en el que ganabas si conseguías llegar sin que te vieran desde donde te escondías hasta una lata a la que dabas una patada. Nadie ganaba a Marcus en aquel juego, así que trató de imaginar que era uno de aquellos alegres días soleados de Umbría y que estaba en un bosque esperando a tener vía libre hasta la lata.

Imaginó que la lata estaba ahí, en las granjas que había más allá de los campos. Ahora se trataba de apretarse contra el suelo, salir a campo abierto en lo alto de la colina y echar a correr como un hurón a la caza.

Imagínate que es un juego y todo saldrá bien, pensó.

Esperó a que el mar de luz de los faros de un coche cubriera el paisaje para ver si la vía estaba libre, y entonces vio la silueta de una figura a solo unos cincuenta metros más abajo, en la cuesta. No veía quién era, pero era evidente que el tipo, como él, tenía problemas con el frío, por cómo estaba encogido y abrazándose a sí mismo.

No era una buena señal.

Tendré que reptar, pensó. Si se levantaba y echaba a correr, lo descubrirían.

Levantó la cabeza y oteó los campos. No solo tenía que reptar sobre el asfalto con un pijama que relucía como una bomba de magnesio, sino que después tendría que seguir arrastrándose por lo menos doscientos metros más allá del oscuro campo sembrado. ¿Y después? A saber qué le esperaba en las granjas. Zola podría haber dejado a alguien allí.

Esperó hasta que la luna se ocultó tras una capa de nubes para salir al descubierto. Si tenía suerte, podía plantarse en el arcén opuesto en solo diez segundos.

Los primeros pasos fueron fáciles en la oscuridad, pero en la carretera el asfalto



brillaba a la luz de la luna, y todo se veía con demasiada nitidez. Por eso volvió la cabeza hacia la figura y controló sus movimientos mientras avanzaba por la calzada. Debía estar preparado para correr si lo descubrían.

Marcus y la figura oyeron a la vez el vehículo pesado que se acercaba por el otro lado de la loma, y la figura, por instinto, se retiró un paso de la carretera y dirigió la mirada hacia la cuesta, justo hacia el lugar donde yacía Marcus.

Este se quedó quieto en medio de la calzada. El duro asfalto le parecía hielo, y su corazón bombeaba en su pecho como una máquina trilladora.

Dentro de un instante, los faros halógenos iban a bañar de luz la calzada, y quedaría al descubierto. Después, a los dos segundos como mucho, el vehículo lo atropellaría, y el hombre de allá abajo seguiría con la mirada vuelta hacia él.

Le pareció que la calzada se estremecía bajo su cuerpo. Como si las puertas del infierno se abrieran con lentitud con el único fin de arrastrarlo a la profundidad.

Tal vez fuera eso lo que ocurriera.

Marcus cerró los ojos con fuerza. Todo habría pasado en un segundo. Quizá el otro mundo fuera mejor que este, después de todo.

Y el temblor y el rugido del motor diésel arreciaron, y Marcus pensó, en aquellos últimos segundos en los que decidió entregarse a su destino, en dónde estaría su madre, y en cómo habría sido si se hubiera escapado con ella mientras pudo. En cómo dentro de poco iba a morir atropellado y por la mañana los pájaros hundirían sus picos en lo que quedase de él.

En aquellas fracciones de segundo antes de morir, se dio cuenta por primera vez en su vida de que quizá nunca hubiera significado nada para nadie. Y allí yacía, lleno de tristeza y soledad, cuando la cegadora luz de los faros barrió las alturas y se precipitó hacia él a la velocidad del rayo.

En aquel momento, un perro ladró a los pies de la colina.

Era el chucho de Zola, sin duda.

Marcus abrió los ojos por instinto y observó, en el momento en que los conos de luz intensa barrían lo alto, que la figura de más abajo reaccionaba a los ladridos del perro y se giraba hacia el origen del ruido.

Entonces se arrepintió y se puso de cuclillas por reflejo, mientras el camión, con el conductor que hablaba por el móvil, embestía hacia él sin darse cuenta de nada.

Con gran esfuerzo dio un salto, así que el guardabarros del camión apenas le hizo un rasguño en la espalda, mientras la onda expansiva lo arrojaba hacia la cuneta.

Aunque le dolía, y a pesar de su respiración sibilante, el hedor de la ropa y el subidón de adrenalina, su diafragma se onduló por la risa reprimida cuando se quedó tumbado, con el cuerpo medio cubierto de agua de la acequia. Tal vez el perro husmeara su rastro dentro de unos minutos, y entonces habría terminado la caza, pero en aquel momento llevaba la iniciativa.

Había llegado sano y salvo al otro lado de la carretera.

Y durante el tiempo en que, como un zorro, atravesó el paisaje con la cabeza

inclinada y la espalda encorvada, rio sin parar.

Mientras tanto, los gritos a sus espaldas sonaban cada vez más y más lejanos.

**L**a leñera al borde del patio de la granja tenía un pestillo que cerraba con un pasador. Sumamente tentador y al alcance. Un auténtico regalo en la fría oscuridad previa al invierno.

Con los dientes castañeteando, Marcus alzó la vista hacia el edificio principal. No había luz en las ventanas, y solo se oía el viento, así que respiró, aliviado. Había encontrado hospedaje, y allí, rodeado de olor a orines de gato, serrín y resina, se tumbó con las piernas recogidas bajo un par de sacos de lona que le envolvían los pies y la tripa. Ahora había que esperar a que amaneciera, y luego confiar en que la familia de la casa tuviera cosas que hacer durante todo el día.

Ya antes de que saliera el sol lo despertaron las risas de la familia, y ese tipo de gritos que atraviesan una casa en busca de la cercanía de los demás. Muy diferente de las miserables órdenes a las que se había acostumbrado durante su vida; y la sensación de pena y añoranza que había sentido por la noche regresó. Por un momento el odio y la rabia ocuparon su lugar, pero no sabía contra quién los dirigía. La familia de la granja no tenía la culpa de quererse unos a otros. ¿Y podía saber con total certeza que su padre, incluso Zola, no lo habían querido nunca?

Eso no lo sé, pensó, y notó el embate de la soledad. Así que ¿de qué le valían todos aquellos pensamientos?

Se secó las lágrimas. Algún día también él tendría una familia en la que supiera lo que los demás sentían por él. Ya se encargaría de eso.

Y con ese consuelo esperó cuatro horas, hasta que la familia se fue en coche. Tendrían que hacer la compra de los sábados o llevar a los niños a actividades de tiempo libre. Cosas con las que él solo había podido soñar.

Fue corriendo al edificio principal y se aseguró de que nada se movía en el interior. Después escogió una piedra que parecía lo bastante pesada.

Bastaría un golpe rápido contra el cristal de la puerta trasera para entrar en el seguro paisaje de opulencia que todos los daneses corrientes daban por sentado. Se quedó un rato husmeando la mezcla de olores de la que había debido prescindir durante demasiado tiempo, las impresiones olfativas dulzonas de la higiene matinal: el perfume de una madre, la comida de la víspera y el olor penetrante de las nuevas compras. Muebles, madera, artículos de limpieza.

Había observado al padre, a la madre, a la hija y al hijo a través de una hendidura de la leñera, mientras se acomodaban en el coche. Todos exhibían un aura de seguridad que les daba un aspecto amable y cariñoso. Tal vez por ese motivo, solo robó lo que le hacía falta.

Eso, y un libro que había sobre la mesa de la sala.

Encontró el contenedor de la basura a la derecha de la leñera, levantó un par de bolsas y luego arrojó bajo ellas su pijama y ropa interior destrozados. Todo lo que recordase el pasado de Marcus debía desaparecer.

Lo tentó una vieja bicicleta del edificio adyacente, pero titubeó. Se daba más cuenta que nunca de que tendría que mantenerse alejado de espacios abiertos: carreteras, estaciones de autobús, red del suburbano. Todo lo que pudiera alejarlo rápido de sus perseguidores. Porque era en esos sitios donde iban a mirar primero; y por eso dejó la bici en paz.

Y con un grueso jersey, zapatos que le quedaban algo grandes, el libro bajo el jersey y los bolsillos llenos de pan y salchichón en lonchas, se alejó sin hacer ruido.

Los cuatro días siguientes, pueblos de los que nunca había oído hablar desfilaron ante él como pequeñas despensas en su huida zigzagueante a lo largo de setos y bosquecillos camino de Copenhague. Y cuando sus provisiones de la granja se agotaron, los contenedores de basura se convirtieron en sus mejores amigos. Rara era la vez que no encontraba algo en la abundancia de basura de aquellos suburbios de la capital, y a Marcus no se le caían los anillos por alimentarse de restos de comida y pan duro. En aquella situación, al menos, no.

Calculó bien el tiempo, y llegó al centro y a Rådhuspladsen a unas horas en que ya no corría peligro de coincidir con las huestes de Zola volviendo a casa con el botín del día.

Ante él se alzaban las conocidas calles y atajos de la ciudad, pero aquel territorio no le pertenecía en exclusiva. Bastaría un momento de descuido, una pequeña distracción, y lo cazarían, si andaba por aquellas calles. Y entonces estaría perdido.

Miró alrededor de los andamios que rodeaban Industriens Hus, el enrejado que rodeaba las obras del metro y también hacia las fachadas del Hotel Palace y *Politiken*. Había obras en dondequiera que dirigía la vista. Calles levantadas, casetas de trabajadores, montañas de cemento desmoronado, y cargas de hierro y módulos de tabiques en todas direcciones.

El centro era un caos total.

Marcus encontró su nueva vida en el barrio de Østerbro, debido a muchas razones.

Aquel frío día de noviembre se encontró en medio del tráfico rugiente de la plaza Trianglen, que unía los barrios de la ciudad. Era un lugar de Copenhague donde nunca había estado. Se miró a sí mismo y miró a la gente que se movía alrededor, y se preguntó dónde iba a pasar la noche y cómo iba a conseguir algo de comida. Porque ¿quién iba a ayudar a un muchacho sucio que no era de los suyos?

El hormiguero humano y el ajeteo de la gente le producían excitación. Era demasiado apetitoso. Estaba hambriento, no tenía dinero, y no sabía qué iba a pasar al caer la noche. Miró alrededor mientras las ideas se apelotonaban en su cabeza como simples reflejos, aunque él no quería saber nada. Porque los bolsos colgaban demasiado sueltos de los hombros de las mujeres en la parada del autobús, y los

hombres eran descuidados y dejaban sus maletines a sus pies mientras pagaban al quiosquero.

Allí podía sacar con facilidad el salario del día en media hora, robando a la gente, era algo seguro. Pero ¿era eso lo que quería? Y aunque no lo quisiera, ¿podría evitarlo si quería seguir vivo?

Por un instante pensó en colocarse en la acera, junto a las columnas del quiosco BT y extender la mano para mendigar, y entonces un copo de nieve cayó sobre su palma. Primero un gran copo, y luego más. En unos instantes, todos dirigían la vista al cielo, mientras las fachadas de las casas se jaspeaban de nieve cristalizada. Algunos sonreían, mientras que otros se subían el cuello, y cuando cielo y tierra fueron todo uno, las mujeres apretaron sus bolsos contra sí y los hombres levantaron sus maletines del suelo. Aquello no facilitaba las cosas.

Si se sentaba a mendigar en la acera, iba a quedarse todavía más empapado y helado, y si se retiraba debajo de la marquesina, pronto lo harían marchar, lo sabía bien. Conocía mejor que nadie la psicología de la mendicidad, y nadie quería a un mendigo demasiado cerca. Además, la gente se desperdigaba en todas direcciones, porque en aquellos segundos había entrado el invierno sin avisar, y la gente no vestía la ropa adecuada. Tampoco Marcus.

Pero ¿qué podía hacer?

Observó con atención el nuevo escenario que lo rodeaba. De pronto había autobuses con limpiaparabrisas funcionando y ciclistas que desmontaban de la bici y la arrastraban sobre el aguanieve de las aceras. Baldosas secas que en pocos segundos se volvían resbaladizas. Escaparates vacíos que de pronto se llenaban de vida. Gente que enfilaba hacia los cafés para tomar algo caliente y humeante, y él continuaba allí.

Aquello no podía ser.

Apretó los labios azulados por el frío, y vio a su víctima acercándose desde una transversal. Era evidente que estaba a punto de cruzar y colocarse junto al paso de peatones, porque tenía la mirada clavada en el 7-Eleven al otro lado de Østerbrogade.

Es maestra, aventuró. Mirada autoritaria, acostumbrada a dar órdenes, el bolso bien lleno, medio abierto y algo deformado tras años de uso. No era un bolso barato, pero tampoco un objeto de adorno. Uno de esos bolsos comprados para durar toda la vida y usar en cualquier ocasión. Marcus había metido muchas veces la mano hasta el fondo de bolsos como aquel. Sabía que la cartera estaba casi siempre en un lateral. Si había algún bolsillo pequeño, allí solía estar.

Por eso, pasó junto a los autobuses detenidos camino del semáforo, y esperó.

Solo pasó un segundo desde que la mujer se quedó quieta hasta que Marcus encontró el pliegue donde estaba la cartera. Se paró hasta que ella avanzó, y la mano se movió por el tirón. La mujer recibiría un pequeño golpe en el muslo cuando el bolso volviera a su posición, pero su atención estaría centrada en otro lugar.

Marcus se quedó de pie con una extraña sensación en el cuerpo y la cartera metida en la manga. En circunstancias normales, sus ojos habrían mirado en todas

direcciones para asegurarse de que la gente a su espalda no se había dado cuenta, y después se habría alejado a toda velocidad.

Pero en aquel momento era incapaz de moverse, por la vergüenza.

Zola los había prevenido contra aquella sensación. «Ya sabéis que la gente solo espera lo peor de vosotros. Que los gitanos llevan un sello impreso que dice que no se debe confiar en ellos. Así que no sintáis vergüenza. Son aquellos a quienes robáis quienes deberían avergonzarse por su falta de confianza; su pérdida se convierte en nuestra compensación y salario».

Era una soberana tontería, porque la sensación de vergüenza seguía allí. Zola nunca había trabajado en la calle, así que no sabía nada sobre aquello, y seguro que tampoco sabía nada sobre gitanos. Todo era un farol.

Sacudió la cabeza y miró a la mujer, que en aquel momento estaba en el 7-Eleven. Llevaba ya en la mano las cosas que deseaba comprar, y enseguida iba a llegar a la caja.

Tal vez fuera la primera vez que Marcus veía con claridad la vulnerabilidad de sus víctimas. En circunstancias normales, para entonces él andaría muy lejos, y el producto de su robo estaría ya en las manos de algún otro miembro del clan. Él habría olvidado ya a la víctima. Y se dirigiría hacia la siguiente.

¿Habría en la cartera que lo quemaba debajo del jersey cosas cuya pérdida fuera a causarle gran dolor a la mujer? ¿Habría algo que no fuera dinero y tarjetas de crédito? No deseaba saberlo, y tampoco deseaba llevar la vergüenza pegada a sí. Los días en que Zola tomaba todas las decisiones acerca de cómo debía vivir Marcus su vida terminaron allí mismo.

Así que Marcus se quitó la nieve de la cara y cruzó a zancadas el paso de peatones cuando el semáforo volvió a ponerse en verde. Podría parecer fácil, pero no lo era. Fueron los veinticinco metros más largos de su vida.

Para cuando él llegó a la puerta de cristal, la mujer ya había empezado a rebuscar con impaciencia en el bolso. El empleado de la caja trataba de aparentar calma, pero en realidad pensaba que la cliente le estaba haciendo perder el tiempo, era evidente.

Marcus aspiró hondo y apenas se dio cuenta de que la puerta se abría. Luego se dirigió hacia la mujer.

—Perdone —dijo, tendiéndole la cartera—. ¿Se le ha caído esto?

La mujer se puso rígida, y sus rasgos faciales se diluyeron como cuando una película se atasca en el proyector y se funde. Preocupación e inquietud, que se transformaban en sombría desconfianza y vigilancia, que a su vez se transformaban en esa clase de alivio que puede sentirse cuando un objeto sale disparado hacia tu rostro, pero no te da por unos milímetros. Era extraño verla reaccionar de ese modo, así que Marcus se preparó para los siguientes segundos y lo que la mujer fuera a hacer.

Si los movimientos de la mujer eran demasiado rápidos, Marcus soltaría la cartera y se largaría de allí. Desde luego que no iba a dejar que lo asiera fuerte de la muñeca.

La miró a los ojos vigilante cuando la mujer por fin le dio las gracias y extendió la mano para recibir la cartera.

Hizo una corta reverencia y se volvió con paso rápido hacia la puerta, siempre dispuesto a emprender la huida.

—Espera —oyó a su espalda. Volvió a quedar claro que aquella mujer estaba acostumbrada a dar órdenes.

Marcus miró con cuidado por encima del hombro, mientras la puerta quedaba bloqueada por dos clientes recién llegados. ¿Por qué había devuelto la cartera? Lo habían calado, por supuesto que lo habían calado. Todos veían qué clase de tipo era.

—Toma esto —dijo la mujer en voz tan baja que todos la oyeron—. Muchos no habrían sido tan honrados.

Marcus se volvió poco a poco hacia ella y se quedó mirando la mano que le tendía. Sostenía un billete, un billete de cien coronas.

Y Marcus tendió la mano y aceptó el billete.

Media hora más tarde, probó el número de la cartera por segunda vez, pero sin éxito, porque la señora se quedó tan asustada por su pérdida y su descuido que se llevó la mano al pecho y no pudo detener la onda expansiva de sollozos de dolor que Marcus había provocado.

Por eso se retiró sin recibir el premio, y decidió que iba a ser la última vez que lo intentaba.

Tendría que arreglárselas con las cien coronas.

## *De principios de 2007 a finales de 2010*

Marcus se llevó un susto de campeonato la vez que Zola convocó al grupo y dejó caer, sin previo aviso, que en lo sucesivo no iban a vivir como gitanos, cosa que, por lo demás, nunca habían sido.

Aquel día Marcus cumplía once años, y a partir de entonces le perdió el respeto a Zola.

Tal vez había confiado en que su tío explicara lo que quería decir, pero solo exhibió una débil sonrisa cuando vio la reacción de los niños. Luego habló de las noches que había pasado con fiebre alta y dijo que de pronto se le aclaró la mente y pudo reflexionar sobre el camino a seguir en la vida.

Marcus se volvió y miró a los adultos, que estaban de pie, formando un arco detrás de los niños sentados en el suelo. Tenían un aspecto extraño con aquellos esbozos de sonrisa en sus semblantes serios, como si estuvieran a la vez contentos y nerviosos. Se palpaba en el ambiente que sucedía algo especial.

—He despertado de mi error —continuó Zola, porque así era como hablaba cuando se reunían, estaban acostumbrados—. A partir de hoy tendréis un líder espiritual que no solo aglutine a la familia en torno a ocupaciones compartidas, sino que también os guíe hacia nuevos y mayores objetivos. ¿Sabéis a qué me refiero, niños?

La mayoría negó con la cabeza, pero Marcus se quedó quieto, concentrado en la intensa mirada del hombre.

—No, claro que no. Pues aunque hemos vivido durante muchos años como gitanos, no lo somos. Ahora ya lo sabéis.

Lo dijo así de simple.

Marcus frunció el ceño mientras su pantalla protectora hacia el mundo desaparecía. Era como si de repente lo hubieran succionado hasta dejarlo vacío.

—Y aunque en nuestra familia nos sentimos atados por la sangre, no todos lo estamos. Pero no desesperéis, no hay mal que por bien no venga. Porque es Dios quien nos ha reunido.

Todos los que rodeaban a Marcus estaban como hipnotizados. Pero Marcus no. Miró con fijeza al suelo y trató de enfocar la vista en una brizna de hierba. Zola decía que no eran una familia. Pero entonces ¿qué eran?

Su tío levantó ambos brazos a los lados, como si fuera a abrazarlos a todos a la vez.

—Ayer me di cuenta de que Dios Todopoderoso creó un día excepcional en el que

no sucedió nada en el mundo. Un día en el que todo fue quietud. Pues ayer leí sobre ese día excepcional en el que ningún avión cayó del cielo, ninguna guerra asoló a la humanidad, nada importante llegó a las primeras planas de los periódicos. Fue un día en el que ni nació ni murió nadie destacado. Todo tipo de cosas de la historia del mundo se entendieron en los días previos y posteriores, pero no aquel día. Todo se detuvo, porque Dios quería que aquel día se recordase como el día más limpio y más anodino de la tierra. Y probablemente también el día que nació Jesús sería así.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Y por qué creó Dios un día así? Ahora os lo voy a contar. Lo hizo a fin de crear un marco perfecto para un acontecimiento realmente importante de aquel preciso día, por supuesto.

Entornó los ojos.

—¿Sabéis vosotros, niños, qué día fue ese?

Una vez más, la mayoría sacudió la cabeza, incluso varios de los adultos no pudieron evitarlo.

—Fue el once de abril del cincuenta y cuatro, el día más anodino de nuestra era. Y varios de nosotros sabemos por qué escogió justo ese día, y por qué el silencio creado por la paz mundial se dirigió respetuoso hacia aquello que hacía el día tan especial, que debería eclipsar todo lo demás. Y ahora voy a deciros qué fue.

Sonrió hasta que se le vieron las encías. Hacía mucho tiempo que no sonreía tanto.

—Dios lo hizo porque fue el día que nació.

Casi todos los adultos del grupo aplaudieron, pero la mayoría de los niños se quedaron mirando a Zola, como si no hubieran entendido bien la historia del día fantástico, y Marcus tampoco la entendió.

Porque de hecho creía que era mentira.

Zola levantó la cabeza, y con un movimiento de la mano los hizo callar. Y luego les contó cómo de joven, en Little Rock, rechazó ir a la guerra de Vietnam, y después, en Italia, vio que el reino de las flores se extendía entre gente que pensaba igual, en el movimiento Damanhur.

Habló de la ropa *hippy* que se convirtió en su uniforme, y sobre los meses en que se dejó absorber por su entusiasmo por el norte de Italia, y se juntó con otros niños de las flores, que luego constituirían su familia. Miembros de la familia que, según Zola, una noche especialmente estrellada se prometieron unos a otros fundar su propia comunidad en las planicies de Umbría y vivir juntos como los romanís, en auténtica solidaridad con el destino y las condiciones de vida de aquella gente martirizada.

Había muchas palabras difíciles, pero Marcus entendía lo que significaban. Los adultos le habían mentado, a él y a los demás niños; no eran gitanos, y en adelante no iba a ser tan fácil ser Marcus, dijera lo que dijese Zola.

Fue como si lo despellejaran y volvieran a colocarle otra piel.

Marcus miró a los niños de alrededor. Estaban callados, inmóviles. No le gustó



nada.

Había tras él dos adultos de semblante serio. Una vez los oyó cuchichear que el movimiento Damanhur había expulsado a Zola porque robaba.

Al parecer, el resto de los adultos no había dado crédito a aquella horrible conversación, porque formaban un anfiteatro de estatuas y estaban, como los niños, casi en trance.

Zola levantó los brazos sobre ellos.

—Al igual que les ocurrió a los judíos, Dios condenó también a los romanís a vagar por la tierra hasta hacerse merecedores de su gracia. Al igual que Job, arrastraban una maldición, por la que debían mendigar y robar para salir adelante. Era solo un ejemplo de las pruebas de Dios, como cuando ordenó a Abraham que sacrificara a su propio hijo. Pero, amigos, os digo que ya no necesitamos llevar el cáliz de los romanís, porque he recibido un mensaje de Dios y voy a mostraros cómo podemos vivir a nuestro aire de ahora en adelante.

Marcus dejó de escuchar. ¿En qué podía confiar después de oír aquello? ¿Acaso la ropa que llevaban puesta no era como la de los gitanos? Los escupitajos de desprecio con que la población local los humillaba una y otra vez ¿eran escupitajos sin razón? ¿Había soportado sus maldiciones, y todos los días lo habían marginado por ser algo que no era?

En aquellos minutos Marcus se vio desposeído de todo, y se quedó conmocionado, a pesar de haber odiado su vida casi a diario.

Se levantó y miró alrededor. Sabía de sobra que tenía una cabeza mejor que la de los demás, pero no que eso pudiera ser tan doloroso.

¿Quiénes eran en realidad? Zola, que se llamaba a sí mismo su tío, tal vez no era hermano de su padre, y su primo era quizá un chico cualquiera.

Y si realmente era así, ¿dónde estaba, entonces, su familia de verdad, y quién era él?

Por eso, Marcus pensó en el día que un periódico llamó el más aburrido del mundo, como el día que marcó lo peor que le había sucedido nunca: el nacimiento de Zola. Este les pegaba y obligaba a mendigar y robar. Les había negado ir a la escuela y establecerse en un lugar donde pudieran vivir como las demás personas. Y, ahora, con la ayuda de Dios, conseguía más poder sobre ellos del que había detentado hasta entonces.

El 11 de abril de 1954, dijo.

Cómo odiaba Marcus aquel día.

**H**abían pasado ya cuatro años desde que Zola soltó su discurso y se convirtió en líder del clan por la gracia de Dios. Habían sido cuatro años de terror y angustia, peores que nada de lo que había conocido.

Por la noche, después del discurso, levantaron el campamento y abandonaron todo cuanto había pertenecido a su existencia errante: tiendas de campaña, campingases, cacharros de cocina y parte de las primitivas herramientas que usaban para entrar en las casas.

Cuando partieron, eran veinte adultos y otros tantos niños, todos vestidos con sus mejores galas, robadas en las tiendas de ropa de Perugia.

Durante los días siguientes, en que recorrieron el norte de Italia, Austria y Alemania, robaron diez coches de lujo, de carrocería brillante y tapizados de cuero, les pusieron matrículas falsas, y a continuación el cortejo puso rumbo a la frontera polaco-alemana de Swiecko, y luego siguieron hacia Posnania. Nadie mencionó cómo se deshicieron de los coches ni cuánto sacaron por ellos, pero una noche todo el grupo tomó el tren para cruzar Polonia hacia el norte. Alguien dijo que Zola había llevado a dos hombres a su coche-cama para que cuidaran el dinero, y Marcus pensó que, si hacían falta dos para aquel trabajo, debía de tratarse de mucho dinero.

Durante los meses siguientes, Zola les mostró con la mayor claridad a qué se refería al decir que llegaban nuevos tiempos. Desde luego, aquellos nuevos tiempos no eran sinónimo de buenos tiempos, y por eso desaparecieron varios miembros del clan sin decir palabra. Marcus sabía bien por qué: estaban hartos de golpes, coacciones y penuria.

Todos los del grupo sabían que Zola tenía dinero, y que le encantaba. Siempre le había gustado. Solo había un problema: que se lo guardaba para sí y todos los días amenazaba a los miembros del clan para que trajeran más. Por eso, los abundantes trucos y robos de los que había vivido el clan durante toda la vida de Marcus iban a continuar igual que antes.

Llegado el invierno se instalaron en Dinamarca, en dos casas unifamiliares adyacentes de un suburbio a una distancia cómoda de Copenhague. En aquel momento solo quedaban veinticinco adultos y niños y, de no haber sido por el carácter débil del padre de Marcus, también este y su padre habrían desaparecido con los renegados y la mujer a la que Marcus llamaba madre, de la que ya nadie hablaba.

A intervalos regulares, Zola convocaba a todos y les daba ropa nueva y presentable, porque, como decía, quedaba más bonito en la calle. A las mujeres y chicas les daba faldas largas y camisas ajustadas y vistosas; a los hombres y chicos, trajes oscuros y zapatos negros. A Marcus le parecía inapropiado y poco práctico llevar ropa tan fina para mendigar por la calle, pero cambiaba de opinión cuando pescaba carteras o estaba con alguno de los otros robando casas o bolsos. Entonces la ropa fina estaba bien. Era como si encajaras mejor.

Así pasaron tres años y medio.

**Z**ola, su hermano y el ayudante Chris tuvieron que luchar contra la nieve y la

terrible ventisca hasta que encontraron el lugar del bosque donde habían enterrado el cadáver. Llevaron el perro, pero aquella vez el chucho no fue de gran ayuda. La helada y los vientos habían barrido del paisaje todo olor, y los colores azul hielo y los brillantes cristales de nieve difuminaban los contornos. Aquel lugar era un auténtico infierno.

—Mierda. ¿Por qué no hemos hecho esto antes de que cambiara el tiempo? La tierra está más dura que una piedra. Ahora habrá que sacar el fiambre con azada — maldijo su hermano, pero Zola no estaba descontento. Los restos de un cadáver en la tierra eran casi imposibles de retirar cuando estaba en tal grado de descomposición; así que era mucho más fácil si estaba congelado.

Lo más importante era que lo habían encontrado.

Pero el optimismo de Zola decreció cuando Chris retiró la suciedad que cubría el cadáver, cuyo pelo rojo iluminó como una antorcha el fondo blanco. ¿Por qué no estaba cubierto de tierra?

—¿Crees que la habrá retirado algún animal? —preguntó su hermano.

Fue una pregunta ingenua. ¿Qué animal de tal tamaño y fuerza se abstendría de dar un mordisco? Ninguno de los animales que conocía Zola. Desde luego, el chucho que tenía al lado apenas podía contenerse, y eso que el cadáver estaba congelado.

—Te he dicho que controlarás el bicho, Chris —lo amonestó—. Átalo al árbol y libera el cuerpo con la azada.

Zola se volvió hacia su hermano.

—A menos que todavía estuviera vivo cuando lo enterramos, aquí ha andado otra persona.

—Estaba muerto —reaccionó su hermano.

Zola asintió con la cabeza. Claro que estaba muerto, pero entonces ¿quién había arañado la tierra que cubría el cuerpo sin dar la alarma? Porque se veían huellas claras de dedos.

Su mirada minuciosa exploró la tierra y el agujero. Después se posó en una rama de abeto que se extendía sobre el agujero. Estaba aún cubierta de nieve, pero en la punta había algo que no casaba.

Sacudió la rama con la punta del zapato, y la nieve cayó sobre el cadáver como una nube de polvo brillante, y lo que vio le hizo entornar los ojos.

—¿Os suena este pedazo de tela? —preguntó, señalando el retal enredado en la rama de abeto.

Ver que el rostro de su hermano palidecía fue suficiente respuesta.

Zola sopesó la situación. Fatal, esa era la palabra adecuada para definir aquello.

—Así que ya sabemos por qué no encontramos a Marcus aquella noche: porque estaba en este agujero mientras lo buscábamos. Puede que también oyera lo que te dije.

Su hermano le devolvió una mirada sombría. La desesperación estaba a punto de adueñarse de él, y esa era la diferencia entre los dos. Zola no desesperaba nunca, y

por eso era él, el hermano pequeño, quien dirigía el grupo.

—Ya veo que te das cuenta de lo que estoy obligado a creer acerca de esto. Pero ya no hay vuelta de hoja, ¿lo entiendes?

La cabeza de su hermano se estremeció. Trató de hacer un gesto afirmativo, pero no pudo.

—Ahora la situación es esta, debes entenderlo. Marcus debe desaparecer. Para siempre.

**P**ara un hombre como Zola solo había dos cosas importantes, y eran la reverencia y el respeto de su entorno. Sin ellos no podría dirigir el clan. Sin el aura de luz divina en que procuraba reflejarse todo el tiempo, su capacidad de mando quedaría limitada. Porque de eso se trataba.

Los años en Dinamarca habían sido buenos. El acuerdo de Schengen, las reformas policiales, con más burocracia y menos policías en la calle, junto con los recortes en el sector público, fueron de gran ayuda para que Zola construyera una red que comprendía todo tipo de trabajos turbios. En las casas de Kregme se vivía sin riesgo de control, a menos que los vecinos se chivaran. Desde Dinamarca se podían transportar objetos robados y pasar las fronteras sin problemas. Se podían reclutar hordas de los países bálticos, rusos y africanos que ya estaban en el país para esquilmarlo de su arrogante opulencia por todos los medios posibles e imposibles. Mientras pudiera mantener a raya a los europeos del Este, y a su clan en piadosa admiración y reverencia, las cosas irían bien. Pero Zola conocía el reverso. En el mismo instante en que diera señales de debilidad en la organización, había varios que lo destronarían con sumo gusto y sin ningún escrúpulo.

Así que mantenía el control como líder indiscutido mediante exhibiciones de poder y acciones de venganza, y cualquiera que abandonara su círculo sabía que lo mejor que podía hacer era respetar las reglas tácitas y, sobre todo, cerrar el pico.

No obstante, había llegado la fase en que iba a tener que someterse a las decisiones y razones para actuar de otros, y nadie debía ser testigo de aquello. Ni siquiera Chris.

Por eso, se encerró en su dormitorio en el momento acordado, y esperó.

—Uno de los nuestros va por libre —fue lo primero que dijo cuando llamó la persona de contacto.

Se produjo un desagradable silencio.

Aunque el hombre al otro lado de la línea contrató a la gente de Zola para hacer el trabajo sucio, estaba plenamente capacitado para hacerlo él mismo, llegado el caso; Zola lo sabía por varias de sus fuentes. Y las condiciones habían estado clarísimas desde el principio. Si algo salía mal, la única responsabilidad era de Zola. Y si Zola no era capaz de asumir su responsabilidad de modo satisfactorio, tendría que cargar

con las consecuencias.

—Nuestra relación está rodeada de una telaraña —explicó el hombre cuando cerraron el acuerdo—. Es una telaraña de unidad, silencio y lealtad, de la que no podemos y no debemos escapar. Y si, pese a todo, lo intentas, los hilos de la telaraña van a empezar a gotear sangre. Esa era la condición, y estuvimos de acuerdo, ¿no?

Así que la cosa iba en serio. El hombre estaba dispuesto a todo, ya lo sabía Zola.

—Uno que va por libre —repitió el hombre—. ¿Quieres tener la amabilidad de decirme cómo ha podido suceder?

Zola meditó su respuesta; no le quedaba más remedio que decir las cosas como eran.

—Uno de los chicos del clan se ha escapado. Por una casualidad, en su huida se ha escondido en la tumba de William Stark.

—Cuidado con las palabras y los nombres... —advirtió la voz—. ¿Dónde está el chico?

—No lo sabemos. Estoy organizando una cacería.

—¿Quién es?

—Mi sobrino.

—¿Eso te supone algún problema?

—Para nada. Será tratado como todos los demás.

—¿Descripción y nombre?

—Quince años. Un metro sesenta y cinco, más o menos, pero está creciendo. Pelo negro, rizado. Ojos entre castaños y verdes, tez algo morena, me temo que no tiene ningún rasgo especial. Se largó en pijama, pero no creo que ahora lo lleve puesto.

Zola trató de reír, aunque su gesto no fue correspondido.

—Sabemos que quitó al cadáver un collar. Africano. Esperemos que se le ocurra llevarlo puesto.

—Un collar. ¿Dejasteis un collar en el cadáver? ¿Estáis locos?

—Pensamos en ello a los días de deshacernos del cuerpo, pero no fuimos a buscarlo.

—¡Idiotas!

Zola apretó los labios. Hacía años que no oía una crítica tan dura. Si hubiera sido un miembro del clan, lo habría pagado caro.

—¿Y el nombre del chico?

—Marcus. Marcus Jameson.

—Jameson, vale. ¿Sabe danés?

—Sabe de todo. Es un chico listo. Demasiado listo.

—Pues búscalos y encuéntralos. ¿De qué zona estamos hablando?

Zola se frotó la frente. Si lo supiera, habría adelantado mucho. ¿Qué carajo iba a decirle? Que en aquel momento Marcus podía encontrarse en cualquier escondite de la superficie de la tierra. Que estaba bien adiestrado y que podía plantarse en cualquier sitio y pasar tan inadvertido como un camaleón en la jungla.

—No te preocupes por eso —respondió con voz tan convincente como pudo—. Nuestra red cubre todas las ciudades de Selandia. Y vamos a peinar Copenhague, barrio por barrio, calle a calle y a todas las horas del día. Vamos a trabajar hasta que lo agarremos.

—Suena exigente. ¿Quiénes van a participar?

—Todos los que puedan. Gente del clan, los rumanos, chicos de Malmoe y mi perista ucraniano. Tiene una red muy extensa.

—Vale, no tengo que saberlo todo.

Siguió una breve pausa.

—Estaré encima, ¿entendido?

Después colgó. Sí, Zola había entendido.

Marcus no tenía ninguna posibilidad.

No tenía ninguna posibilidad, y punto.

## Primavera de 2011

Las sombras se alargaban cuando Carl salió por fin del coche en el aparcamiento de Rønneholtparken. Otro día habría mirado la luz de la campana extractora sobre los pucheros humeantes con la sensación confiada de haber vuelto al nido, pero no se sentía así. Era lo que tenían los días nefastos.

Correspondió al saludo que le hizo con la mano su inquilino Morten tras la ventana, pero por una vez habría deseado que la casa estuviera desierta.

—Hola, Carl, bienvenido a casa. ¿Te apetece una copa de vino? —fueron las palabras de recibimiento cuando dejó caer la cazadora con un *plof* en la silla más cercana.

¿Un vaso? En una noche así, podía dar cuenta de toda la botella.

—Tu querida ex, Vigga, ha llamado —fue la siguiente observación de Morten. No le hizo ninguna gracia—. Dice que le debes visitas a su madre.

Carl volvió a mirar la botella. Por desgracia, estaba medio vacía.

Morten le alcanzó una copa y se dispuso a llenarla.

—Vaya pinta que tienes, Carl. ¿El viaje no ha ido bien? ¿Estás otra vez con alguno de esos casos feos entre manos?

Carl sacudió la cabeza, asió a su inquilino por la muñeca y levantó la botella con cuidado fuera de su alcance. Ya se serviría él.

—¡Vale, vale! —Normalmente, Morten no era muy hábil sondeando los estados de ánimo de Carl, pero esta vez no le costó nada. Se volvió hacia los pucheros—. Cenamos dentro de diez minutos.

—¿Dónde está Jesper? —preguntó Carl, y vació de un trago la primera copa sin fijarse demasiado en el aroma, la crianza en roble o la añada.

—Santo cielo, no tengo ni idea.

Morten señaló hacia arriba con el dedo mientras sacudía la cabeza.

—Ha dicho que tenía que empollar —explicó Morten, y se interrumpió con una risa gorjeante.

A Carl no le parecía tan divertido, faltaba solo un mes para el examen final de bachillerato de su hijo postizo. Si no lo pasaba, iba a tener el récord danés de exámenes finales suspendidos, y entonces ¿qué hacía un chaval de veintiún años en la Dinamarca actual? Ostras, no, aquello no tenía ninguna gracia.

—Aloha, Carl —se oyó desde la cama en medio de la sala. Así que Hardy había despertado.

Carl apagó la dicharachera pantalla plana y se puso junto al lecho de Hardy.

Hacía varios días que no veía tan de cerca el pálido semblante de su amigo. ¿Había un fulgor especial en la mirada del paralítico? Desde luego, algo había que no había advertido hasta entonces. Parecía casi un enamorado que ha recibido un estímulo, o para quien se acaba de cumplir una promesa.

Pero, aparte de eso, Hardy llevaba incorporado un prisma que refractaba los estados de ánimo del entorno, y que, al parecer, se había reforzado tras el entrenamiento de años interrogando a delincuentes. Casi parecía que tuviera un talento especial para aislar del espectro luminoso de una persona los colores que se conocían como estado de ánimo y afecto. Y ahora observaba a Carl con aquel prisma.

—¿Qué ha pasado, tronco, no te ha ido bien en Róterdam? —preguntó.

—Pues no; la verdad es que no. No hemos avanzado con el caso, lo siento. Sus informes eran como una novela rosa. Sin sustancia, trabajo básico ni reflexión alguna.

Hardy asintió en silencio. Por supuesto que no era lo que había esperado, y aun así no parecía enojarlo, cosa extraña. Además, lo había llamado «tronco». ¿Cuánto tiempo llevaba sin llamarlo así?

—Iba a preguntarte lo mismo, Hardy. ¿Qué ha pasado? Lo leo en tu cara. Ha pasado algo.

Hardy sonrió.

—Pues sí, hombre. Pero intenta hacer una evaluación rápida y decirme qué ha pasado, señor subcomisario, aunque quizá no se vea tan bien ahora. Bueno, digamos que es un pequeño truco.

Carl tomó un sorbo de vino y su mirada se deslizó por aquel larguísimo cuerpo humano. Doscientos siete centímetros de desastre bajo una funda de edredón tan blanca como solo una enfermera a domicilio podía proporcionar. Huellas de pies inmóviles del cuarenta y siete y medio y de piernas huesudas que habían estado llenas de vigor. De un torso que en los viejos tiempos era capaz de apaciguar a cualquiera que se opusiera a su detención. Bajo el edredón estaban los brazos como espaguetis, que en otros tiempos bastaban para mantener a distancia los molinetes de los borrachos. Sí, lo que yacía allí no era más que la sombra de una persona. Lo mismo decían las arrugas de su rostro, más hundidas por la pena y preocupación diarias.

—¿Te has cortado el pelo? —preguntó como un idiota. No veía nada extraño en ninguna parte.

De la zona de la cocina llegó una carcajada estridente. Morten siempre había tenido un oído fino.

—¡Mika! —gritó Morten—. Sube un rato y pon al agente de la Policía en la buena pista, ¿quieres?

Pasados diez segundos, se oyó retumbar la escalera del sótano.

Mika iba vestido con gracia aquella noche. Algunos días, incluso cuando una capa de escarcha de dos centímetros cubría el cobertizo de las bicis, a aquel fisioterapeuta musculoso se le podía ocurrir ataviarse con ropa más apropiada para las playas gay de San Francisco. Al contrario de Morten, podía enfundarse aquellos



pantalones y camisetas estrechísimos, pero aun así... Si los compañeros de Carl, o su futuro jefe, Lars Bjørn, llegaran un día así vestidos de visita sin anunciar, en adelante iba a costarles mirar a Carl a los ojos.

Mika hizo un breve saludo con la cabeza a Carl.

—Vale, Hardy. Vamos a enseñar a Carl lo que hemos conseguido.

Dio un leve empujón a Carl para que se apartara, y luego presionó con dos dedos el músculo del hombro de Hardy.

—Ahora concéntrate, Hardy. Concéntrate en la presión y en nada más. ¡Venga!

Carl vio que el esbozo de sonrisa de los labios de Hardy se acentuaba un poco. Su mirada, casi dolorida, se dirigió a su interior. Las ventanas de la nariz vibraron. Estuvo así uno o dos minutos, y luego sonrió un poco.

—Ya lo siento —dijo con voz sofocada.

La mirada de Carl se deslizó a la cama. ¿Qué diablos querían que viera?

—Estás más ciego que un topo —sentenció Morten.

—No me digas.

Y entonces se dio cuenta de a qué se referían.

En medio del lecho, parecía que una brisa animara la ropa de cama. Carl miró por encima del hombro, pero ni la puerta de la terraza ni la ventana de la cocina estaban abiertas. No había viento ni corriente.

Entonces alargó los dedos hacia el edredón, lo levantó y se dio cuenta de lo que deseaban enseñarle con tal afán.

Y, de forma inevitable, su sorpresa fue acompañada de un largo y penoso vuelo de su fantasía a partir del momento en que Anker murió y Hardy fue alcanzado por un disparo paralizante. El momento en que sintió que la torre humana de Hardy se le caía encima. Desde los días en que Hardy le imploraba que lo liberase del infierno en que se había convertido su vida, hasta el presente, en que el pulgar de la mano izquierda se movía unos pocos milímetros. La desesperación y vergüenza de cuatro años quedó barrida por el estremecimiento de un par de articulaciones del dedo.

Si no hubiera estado tan triste y lleno de disgusto por cómo había transcurrido el día, podría haber derramado lágrimas de alegría. En su lugar, se quedó como paralizado, tratando de comprender el alcance de aquellos movimientos corporales casi imperceptibles. Como los pitidos de una pantalla que medía la actividad cardíaca. Pequeños movimientos que marcaban la diferencia entre la vida y la muerte.

—Mira, Carl —susurró Hardy, acompañando cada estremecimiento de la articulación con un sonido—. Pip, pip, pip, piiiip, piiiip, piiiip, pip, pip, pip.

Ostras, no podía ser. Carl apretó los labios. Como no se contuviera, iba a echarse a llorar sin control, y en aquel momento no tenía energía para eso. Tragó saliva varias veces hasta que el nudo de la garganta desapareció.

Hardy y él se miraron un buen rato. Ambos estaban afectados y conmovidos. Ninguno de los dos creyó que fuera a llegar a tanto.

Entonces Carl reaccionó.

—Ostras, Hardy. Has emitido un SOS en morse con tu dedo. Es lo que has hecho, expresarte en morse, cabrito.

Hardy asintió en silencio y su mentón chocó contra el pecho. Exaltado como un chico que acaba de superar el miedo y se ha arrancado su primer diente de leche.

—Es lo único que sé en morse, Carl. Si hubiera sabido...

Apretó los labios y miró al techo; era un gran momento para él.

—... habría escrito un gran... hurra.

Carl llevó la mano hacia el rostro de su amigo y le acarició la frente.

—Esta ha sido la mejor noticia del día y del año —anunció—. Has recuperado tu pulgar, Hardy. Justo lo que querías.

Se oyó un gruñido satisfecho de Mika.

—Ya les tocará a los demás dedos, tranquilo, Carl. Hardy es un buen paciente y colabora. Es de lo mejor que conozco.

Luego se levantó, besó a Morten en la boca y desapareció hacia el baño.

—¿Qué ha ocurrido exactamente? —quiso saber Carl.

—Si me esfuerzo, noto cosas.

Hardy cerró los ojos. Debía de tener muchas cosas que controlar.

—Mika ha hecho que note que mi cuerpo no está del todo muerto, Carl. Si lo trabajo duro, tal vez aprenda a escribir en el ordenador otra vez. Tal vez pueda mover un *joystick* con ese dedo. Tal vez incluso pueda en el futuro andar en una silla de ruedas eléctrica sin necesidad de ayuda.

Carl sonrió con cautela. Sonaba prometedor, pero, por desgracia, también bastante improbable.

—¿Qué es esto del suelo? —se oyó una voz más curiosa imposible procedente de la mesa de la cocina—. ¡Una bolsa de seda! ¿Andas por ahí con bolsitas de seda en el bolsillo, Carl?

Morten se volvió hacia Mika, que se subía la cremallera con naturalidad.

—¿Has visto esto, Mika? El romanticismo ha invadido nuestro hogar.

Se miraron embelesados y se abrazaron con más energía animal de la necesaria.

—¿Se puede ver? —preguntaron, sin parecer esperar respuesta.

Entonces Carl se puso en pie y con delicadeza retiró la bolsa de la mano de Morten, suave como el melocotón.

—¿No digáis nada de esto si llama Mona, ¿vale? —advirtió.

—¡Vaaaya, una sorpresa! Una auténtica sorpresa romántica súper preciosa. ¿Y ella no sabe nada?

A Morten se lo veía como en éxtasis. Seguro que en su fuero interno estaba ya creando un estilismo con el que pudiera estar a la altura de la novia.

—No, no sabe nada.

Carl sonrió. El entusiasmo de aquellos dos era contagioso.

—Oh, Mona, Mona, Mona, ¿cuándo llegará el día...? —cantaron en falsete.

Tampoco era como para ponerse tan contentos.

Después, la cena estuvo centrada en Hardy. Solo un poco de ajeno logró colarse en la borrachera de alegría.

Con la mayor naturalidad y todo sonrisas en su rostro brillante de sebo, Morten contó que a partir de entonces Mika y él ya no necesitaban pagar dos alquileres. Habían recogido la colección de Playmobil de Morten y la habían puesto en una subasta de Internet, y, por lo que veía, Mika se había mudado ya. Carl, cansado, pensó que habría estado bien hablar con carácter previo de cuestiones tan vitales, pero ¿de qué valía ahora? El número de habitantes de la casa, si se prescindía de que Jesper prefería estar en casa de su novia que en la propia, había aumentado en un veinticinco por ciento. Y ahora Mika estaba inspeccionando en el sótano los guardarropas de los dos, porque el evidente problema de sitio podía arreglarse con donaciones a la tienda de segunda mano de la Cruz Roja.

El jersey rosa de Mika, desde luego, no se lo iban a llevar.

Rose estaba en una de esas rachas en las que siempre aparecía por las mañanas vestida de negro, a excepción de un pañuelo amarillento. Uno de esos ciclos que de manera regular aportaban al departamento botas negras de cordones y caña alta y pantalones ajustadísimos hasta la rodilla, cejas marcadas con maquillaje y más aros en los lóbulos de sus orejas que grapas en una grapadora de tamaño medio. Un atuendo magnífico para un concierto punk de los setenta, pero no muy adecuado para andar preguntando por las casas en busca de un asesino.

Dio un suspiro y miró las orejas y el pelo explosivo. Los fabricantes de gel para el pelo estarían contentos.

—¿Tienes un gorro, Rose? Tenemos que hacer una pequeña misión.

Ella lo miró como si acabara de llegar de Siberia.

—Es once de mayo. Estamos a veinte grados en la calle, ¿para qué quiero un gorro? ¿No será que tienes que ajustar tu termostato interior?

Carl dio otro suspiro. Lo dejaría estar. Con grapas en las orejas o sin ellas.

Camino del coche patrulla, llegó Gordon «por casualidad», corriendo desde la cabina de guardia, con varios indicios de haber estado asomado a las ventanas del segundo piso atento a que no se le escapase una oportunidad como aquella.

—¡Vaya, hola! También vosotros salís, qué extraordinario. ¿Adónde vais?

No vio la bilis que supuraba la mirada de Rose. Estaba así desde que Carl le había dicho en qué consistía la misión; como si no supiera que Rose prefería escoger ella misma sus misiones.

La mirada de Rose descendió por las piernas de Gordon hasta donde se unían con la acera.

—Déjame preguntarte primero: ¿hasta dónde piensas llegar descalzo, payaso?

Gordon, confundido, bajó la cabeza hacia un par de calcetines muy dados de sí de

la talla cuarenta y seis que parecían necesitar un buen lavado. Y, como un pavo moviendo la cabeza en todas direcciones, trató en vano de ocultar lo que sentía. Disgusto era una palabra demasiado suave.

—¡Uy! —exclamó—. Debía de tener la cabeza en otra parte.

La mirada torva de Rose lo atravesó.

—Mocoso —se limitó a decir, y aquello dolió.

Aunque Carl tenía ganas de hablar sobre el poco deseable pretendiente, se limitó, como buen profesional, a la misión, y la puso al tanto del caso mientras se dirigían hacia Østerbro.

—¿Quieres decir que Sverre Anweiler nunca ha sido detenido? —preguntó Rose con la foto en la mano.

—No, no quiero decir eso. Lo han detenido por diversas causas antes, pero solo por pequeñas faltas: falsificar cheques, chapuzas en apuestas, alquilar pisos que no eran suyos. Hace tiempo que lo deportaron cinco años de Dinamarca.

—Menudo angelito. ¿Cómo puede sospecharse que un tío tan simpático haya hecho nada malo?

—La víctima que ardió en la casa-barco era una mujer que varias horas antes había dejado una carta a su marido en la que le explicaba que había encontrado a otro. Esas fueron sus palabras, por lo que dijo un testigo.

Rose volvió a mirar la foto del hombre mientras Carl se acercaba al bordillo y aparcaba.

—Dime, ¿era retrasada mental? ¿Abandonó a su marido por *este*? No he visto en mi vida un hombre menos encantador que ese tipo.

Carl estuvo a punto de proponer a Gordon, pero se contuvo.

—Desde luego, puede decirse, viendo el resultado de la alianza, que el cambio fue fatal para ella —sentenció.

—Dices que él aparecía en varios vídeos de vigilancia. ¿Qué se veía en ellos?

—Eran archivos de vídeo de tres cámaras. Cada una de ellas controlaba la acera de las tiendas de este lado de la calle, y por eso el ángulo de visión no es muy grande en ninguno de ellos. Creo que debemos estar contentos de poder ver algo del otro lado de la calle. La primera cámara, al menos, cubría también una parte de la zona frente al Park Café.

Señaló al otro lado de Østerbrogade, hacia la mezcla de clubes nocturnos, cafés y lugares de encuentro.

—Estaba junto al supermercado Netto, observando a las mujeres que entraban en el café.

—¿Y...?

—Luego pasó aquí, a nuestra acera. Alguien tiene la hipótesis de que quería tomarse una salchicha enfrente. En el segundo vídeo se lo ve varias horas más tarde en el exterior del Park Café con una mujer del brazo. Una mujer bastante más alta que él. He impreso la foto, está algo más adelante en la carpeta.

Rose rebuscó entre el material y sacó la foto borrosa.

—Sí, es el mismo, no cabe duda, pero la mujer no se distingue bien. ¿Qué altura crees que tiene?

—Según la ficha policial de Sverre Anweiler, él mide un metro setenta y cinco calzado. ¿Cuánto medirá ella? ¿Un metro noventa?

Rose acercó el folio hasta la nariz.

—No acierto a distinguir si lleva zapatos de tacón o no, así que ¿cuánto medirá en realidad? ¿Te has fijado en los zancos que usan las mujeres hoy en día, Carl?

Carl declinó hacer comentarios. Cuando Rose se ponía a ello, no habría en cinco kilómetros a la redonda de Jefatura nadie que llevara unos tacones tan altos como ella. Tal vez fuera lo que fascinaba al larguirucho de Gordon.

—Los peritos han estado examinando los vídeos. Ella lleva zapatos planos. Dicen que pondrían la mano en el fuego.

—¿Y el tercer vídeo?

—Bueno, por eso estamos aquí, Rose. Como ves por la hora, es minuto y medio más tarde, y los dos desaparecen por esta zona.

Señaló el mapa.

—Entonces atraviesan el complejo de Brumleby.

—Sí, acceden a él por esa casa, la que llaman Rambow, pero no llegan a atravesar el complejo, porque en el tercer vídeo de Øster Allé se ve que no llegan más allá.

Carl hizo un gesto afirmativo para sí. Brumleby. El oasis del barrio de Østerbro. En sus tiempos, viviendas para los trabajadores, construidas por la Asociación Médica de Dinamarca. Actualmente había allí doscientos cuarenta pisos muy codiciados, diseminados entre antiguas casas adosadas en calles de acceso limitado. Sería un trabajo de mil pares, y sin duda una labor imposible, registrarlos todos. Desde luego, lo fue la primera vez que la Policía hizo pesquisas por la zona.

—¿Y los investigadores no han encontrado a la mujer alta?

—Al parecer, no. Pero puede que no llevara zapatos planos, como sostienen los peritos, y en ese caso no sería tan alta.

—¿Han colgado una copia de la foto por la zona? Una investigación debería dar resultados. La gente se conoce en el barrio, ¿no?

—El problema es que no podemos permitirnoslo, porque la vigilancia no era muy legal, no sé si me entiendes. Se instalaron un montón de cámaras con motivo de la celebración del Primero de Mayo en Fælledparken el domingo pasado, y olvidaron retirarlas después; de hecho, no las retiraron hasta el jueves. Esta foto está sacada con una de esas cámaras, así que los investigadores han recibido una advertencia de la Comisaría Central de Información para que no se use el material como propones tú. Existen en la ciudad muchas personas emprendedoras que tienen suficiente experiencia y poder como para poner las cosas difíciles a la Comisaría Central de Información si sus métodos son conocidos por la opinión pública.

Rose lo miró como si le faltara un tornillo.

—Pero podemos enseñársela a los vecinos cuando llamemos a su puerta, ¿no?

Carl hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Rose tenía razón. Aquello era una mierda pinchada en un palo. Burocracia y sociedad hipervigilante de la peor calaña.

Tomaron una tras otra las callejas entre las casas adosadas, de color blanco amarillento y de dos pisos. Primero la calle A en una dirección, luego la B en la otra, y así sucesivamente. Tediosa rutina en un miércoles cualquiera. Si hubieran estado todos en casa, los habrían podido ir tachando de la lista, pero no era el caso.

Cuando llegaron al número ciento diez, Carl estaba más que dispuesto a hacer valer su posición de superior de Rose y dejar que se las arreglara sola entre aquellos idílicos jardines.

—Este va a ser el último portal —anunció, mientras divisaba una figura moviéndose tras las lunas con parteluces—. Tú encárgate del piso de arriba y del resto de las calles.

—Vale.

Era una de esas palabras bisílabas que podían usarse con cualquier significado y en cualquier contexto. En aquellas circunstancias, la palabra irradiaba cualquier otra cosa menos conformidad, respeto y comprensión. Un desafío en toda regla a dar alguna explicación, pero Carl no tenía ganas de discutir.

—Marcus Jacobsen deja el cargo de inspector jefe el viernes. Tengo que volver —comunicó, breve. Así Rose podía procesar la información recibida; como si aquello fuera a impresionar a la tía, que apenas conocía a Jacobsen.

—Si quieres saber mi opinión, no me parece el mejor modo de adiestrarme en esto —espetó Rose mientras apretaba el timbre hasta el fondo.

Carl escuchó. Sonaba como si la figura que había visto en la ventana dudase al otro lado de la puerta antes de abrirla.

—¿Sí...? —los saludó una versión bien empolvada de su anciana suegra cuando se abrió la puerta. Era por lo menos veinte años mayor que cualquiera de los que habían entrevistado aquel día.

—Momento —se disculpó, quitándose un par de guantes de goma como los que usaba Assad las raras veces que hacía limpieza del sótano.

—Momento —volvió a decir, y metió la mano en el bolsillo de la bata mientras salía al contraluz del pasillo. Luego sacó un paquete de cigarrillos y prendió uno con una fruición que hizo que sus hombros se estremecieran. A Carl casi se le caía la baba.

—Bueno, ya está. ¿Qué queréis?

Carl sacó la chapa de identificación.

—Sí, hombre. Guarda ese pedazo de plástico. Todos sabemos quiénes sois y qué

hacéis aquí preguntando a todo el mundo. ¿Qué creéis? ¿Qué no nos hablamos, o qué?

Joder, cómo corrían las noticias. No llevaban ni tres horas allí.

—¿Habéis venido para molestar a la gente o para ayudar? —preguntó con mirada terca tras sus párpados caídos.

Carl miró la lista de vecinos de Brumleby.

—Por lo que veo, en esta dirección no vive ninguna señora de su edad, sino una tal Birthe Enevoldsen, de cuarenta y un años; así que habrá que aclarar eso antes de nada.

—¿Mi edad, dices? —Soltó un bufido—. Igual crees que podría ser tu madre, ¿no?

Carl sacudió la cabeza, solícito, pero era mentira. Si alguien se lo hubiera preguntado, habría dicho que, a juzgar por las capas de arrugas, bien podría ser su abuela.

—Hago la limpieza —informó—. ¿Qué creías? ¿Qué estaba haciendo prendas de alta costura en esa mesa? ¿Con guantes de goma?

Carl sonrió, cortado. Era como si las palabras escogidas y el tono irónico perturbaran la impresión general que se hacía de ella.

—Estamos investigando un incendio provocado con pérdidas humanas —empezó Rose, y cometió su primer error. El segundo fue sacar la foto de los vídeos de vigilancia, que plantó frente a las narices de la señora. Continuó—: Y estamos buscando a esta mujer.

Así que, como quien dice, había puesto todas las cartas sobre la mesa de golpe. Si la señora conocía a quien buscaban, desde luego que no iba a abrir el pico.

—Pues vaya... Un incendio con víctimas, dices. ¿Esa mujer, decís? ¿Por qué la buscáis?

—Disculpe —terció Carl—, pero el caso tiene más matices, claro. No sospechamos de la mujer, pero la buscamos en relación con...

—¿Quieres dejar de entrometerte en cuanto una mujer destaca un poco? Guárdate tus chorradas, tío. Prefiero hablar con esta punki. A ver si así aprendes a no ser tan machista —cortó la anciana, rodeada de una nube de humo del cigarrillo.

Carl evitó mirar a Rose. Si la veía sonreír, la guerra latente que siempre había habido entre ellos se reanudaría con una explosión.

—¿La conoce? —preguntó Rose, impasible. Ya la podían llamar punki o lo que fuera, que a ella le daba igual. A Carl tampoco le importaría si tuviera la misma tendencia que ella a cambiar de identidad.

—¿Conocerla? ¡Nooo! —respondió la señora—. Pero tal vez la reconozca. Si mal no recuerdo, está dentro, sobre el escritorio.

No los invitó a pasar, pero no había duda de que deseaba que la siguieran y eso hicieron.

—Aquí está —anunció cuando entraron en la sala.

Tomó una foto enmarcada de un grupito de mujeres asidas por el talle, y se la dio a Rose.

—Está ahí, a la derecha. Buena memoria la mía, aunque esté mal decirlo. Será alguna de las amigas de Birthe, del conservatorio.

Carl y Rose se inclinaron sobre la fotografía, con ojos entornados. Sí, bien podría ser ella.

—No parece muy alta en esta foto —observó Rose.

—¿Y quién de las otras es Birthe Enevoldsen, para quien trabaja? —preguntó Carl.

La señora señaló a la chica del medio. Una mujer rubia y sonriente que aparecía en la mayoría de las fotos del escritorio.

—¿Birthe vive aquí? —preguntó Carl.

La señora de la limpieza lo miró, enfadada. Luego se volvió hacia Rose.

—Empecé a trabajar para ella cuando se mudó aquí, cuando *Carlo* aún vivía. Así que debió de ser hace diez años.

—¿Su marido se llamaba Carlo? —quiso saber Carl.

—No, por Dios. *Carlo* era mi perro. Un pequeño münsterländer castaño precioso. Más que ella, desde luego.

Carl frunció el entrecejo.

—¿Puede decirme cuánto mide Birthe Enevoldsen, más o menos?

—Por Dios, una vez más. Luego me preguntarás qué talla de zapato usa.

—Sí, perdone a mi ayudante —la interrumpió Rose—. Pero ¿es más alta que yo?

La señora de la limpieza se quedó un rato con el cigarrillo medio apagado en la mano, mirando a Rose de arriba abajo. Luego se volvió triunfante hacia Carl, que seguía con los ojos como platos.

¿Rose lo había llamado su «ayudante»?

—Yo diría que Birthe es más o menos tan alta como tu señora jefe, señor pasma.

Cuando entraron en el coche, Carl no hizo caso de la sonrisa irónica de Rose.

—Dos cosas, Rose. La primera, no se te ocurra volver a llamarme tu ayudante. Tengo humor, pero llega más o menos hasta ahí, ¿de acuerdo? Y para otra vez, pasa tus ideas desquiciadas por un filtro antes de vomitarlas. Hoy ha habido suerte, pero, si eres tan poco cuidadosa otra vez, corres el peligro de que la gente se cierre más que una ostra.

—Ya lo sé, Carl. Siempre se le puede decir eso a alguien con una tasa de éxitos del cien por cien. Por cierto, me encantan las ostras. Hala, sigue.

Carl aspiró hondo.

—De momento va bien, y eso es bueno. Sabemos que la mujer que buscaban la semana pasada no mide uno noventa, sino más bien uno setenta y cinco, si se compara con las mujeres de la foto. Por eso, debe de haber un error básico en la altura que atribuyen a Sverre Anweiler en la ficha policial. No me extrañaría que se pusiera de puntillas la primera vez que lo detuvieron y lo midieron. Pero, por lo que se ve en



la foto del vídeo de vigilancia, comparando la altura de la mujer con la de Anweiler, la de este debe de estar más cerca del metro sesenta y cinco que del metro setenta y cinco, con zapatos. Vamos, un tipo pequeñito.

—Un hombre especial, en suma.

Rose cerró la carpeta.

—Si lo que dice la señora de la limpieza es cierto, esa Birthe presta su piso a todos sus amigos y conocidos cuando ella está fuera. Y si la amiga que necesitaba un sitio para dormir solo ha estado un par de días, no es extraño que la gente de Brumleby no se haya fijado en ella.

Carl puso el coche en marcha.

—Vale, de momento, bien. Ahora ya puedes salir, Rose, y quédate aquí hasta que Birthe Enevoldsen vuelva a casa, no se nos debería escapar. Que lo pases bien. Si tienes hambre, compra una salchicha en el puesto de Sankt Jakobs Plads. Ya entretendré yo a Gordon mientras estés fuera.

No perdió de vista su rostro maquillado de negro por el retrovisor mientras el coche salía del aparcamiento sin hacer ruido.

Como no anduviera con cuidado, se le iba a cuartear el maquillaje.

## *Del invierno de 2010 a la primavera de 2011*

—¿Cuánto tiempo va a tardar? —preguntó Marcus, señalándose la ropa.

El señor mayor de la tintorería exprés enderezó las muñecas y sacudió ligeramente la cabeza. ¿A qué se refería Marcus?, decían sus ojos.

—¿Cuánto tiempo para limpiar esto? —preguntó Marcus, empezando a sacarse el jersey por la cabeza.

—Eh, eh, tranquilo, amiguito.

El hombre echó la cabeza atrás, como si lo hubiera alcanzado el tufo de queso bien curado.

—No limpiamos la ropa mientras se espera. No puedes quedarte en la tienda como te trajo Dios al mundo, ¿qué te crees?

—Es que no tengo otra ropa.

Se oyó ruido tras los expositores de ropa cubierta de bolsas de plástico, y luego alguien corrió la hilera de chaquetas a un lado.

El hombre que lo miraba ahora desde detrás del expositor no era tan femenino como el primero, pero era lo bastante femenino. Marcus era capaz de reconocer a viejas parejas gay de una ojeada. Solían ir por la calle con pequeños bolsos sujetos con correas a las muñecas y bien apretados contra el cuerpo. Siempre cuero auténtico en manos suaves y bien cuidadas, y a menudo con un contenido que era bastante interesante para un carterista hábil. Pero los gays eran más cuidadosos que otras personas, era lo malo de aquel tipo de botín. Los años pasados bajo las miradas desaprobadoras del entorno tal vez les hubieran enseñado a estar alerta y tener cuidado. Tal vez se preocuparan más de sus propiedades personales que la mayoría de la gente. Marcus nunca los había sondeado a fondo.

—Desde luego es guapo, Kaj —dijo el hombre que estaba tras las bolsas de plástico a su compañero—. ¿No deberíamos darle una oportunidad? Mira, lleva un libro bajo el brazo; es una pequeña rata de biblioteca, así que será legal.

Dejó al descubierto un par de colmillos salientes y dirigió una expresión amigable hacia Marcus.

—¿Y para pagar? ¿Tienes algo de dinero, chaval?

Marcus levantó el billete para que lo viera. Tal vez no bastara, él no sabía de esas cosas.

—Cien coronas. —Sonrió—. Bueno, ya encontraremos ahí detrás algo para ti mientras tanto. Hoy en día a la gente se le olvida volver a recoger sus cosas, puede que no quieran tomarse la molestia, por eso cobramos por adelantado. Si quieres

saber qué opino, me parece una desconsideración.

Y a Marcus le dieron ropa lavada en la trastienda, e incluso lo dejaron quedarse con su billete. Si volvía a por su ropa dentro de un par de días, debería estar lista, aunque era la ropa más sucia que les había entregado nadie. Y lo que llevaba puesto también podía quedárselo, porque llevaba más de un año colgado en la trastienda, y tampoco solían guardar la ropa durante más tiempo.

Los dos hombres se daban palmadas entre risitas cuando salió por la puerta, lo vio en el reflejo del escaparate. A lo mejor les había parecido un acontecimiento.

A él, desde luego, se lo había parecido.

**S**obre todo al principio, cuando Marcus pasaba el día hambriento, era difícil vivir en la calle. Pero aprendió a adaptarse sin recurrir a la delincuencia, aceptando todos los pequeños empleos casuales que le surgían. El primer trabajo lo consiguió cuando un día a las cinco de la mañana le ofreció a un panadero limpiarle el escaparate. Como pago, recibió una bolsa enorme de bollos. Los llevó a un café, y a cambio le dieron una rebanada de pan de trigo con queso, algo caliente para beber y la oferta de fregar el suelo. Y de pronto era cincuenta coronas más rico.

Poco a poco, sus idas y venidas entre las tiendas le crearon una red de empleadores que podían conseguirle pequeños trabajos. Hacía recados, llevaba a la gente cosas pesadas del supermercado al coche, doblaba cajas de cartón y las echaba al contenedor, aunque los labios se le ponían violáceos y las manos le temblaban en el terrible frío que envolvía el país.

Durante un par de semanas anduvo así, chapoteando en la nieve semiderretida, de tienda en tienda, haciendo repartos de portal en portal. Muchas veces eran trabajos difíciles o pesados, como aquella señora demente que pedía que le llevaran las provisiones de toda la semana en una caja de cartón hasta el cuarto piso y nunca abría la puerta, y entregaba el dinero por una apastosa hendidura para el correo. Una vez Marcus se escondió en el rellano hasta que ella salió a recoger la caja, medio desnuda y con la piel mugrienta.

—¿Qué miras, mamarracho? —le gritó, y lo amenazó con sus uñas negras, como garras.

Nunca había conocido esa faceta de Dinamarca.

Marcus realizaba todo tipo de trabajos, y demasiado bien para lo poco que sacaba, la mayoría lo sabían y se aprovechaban de sus servicios. Así que, pasado un tiempo, empezó a pillar pasta de verdad, como habría dicho Miryam.

Y era suyo, todo suyo.

Trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche todos los días menos los domingos. Sesenta coronas a la hora por hacer repartos para las tiendas, y setenta coronas por pegar carteles. Llegarían a más de quince mil coronas al mes, y

era mucho, porque no tenía gastos de alquiler, de ropa ni de comida. En aquel momento llevaba puesto algo que le regaló la señora de una pizzería a la que le pareció que la ropa que llevaba le estaba grande.

—Eres un auténtico latino, cariño. No debes ocultarlo. Toma esto. Era de Mario. Lo mandamos de vuelta a Nápoles el mes pasado.

Y todos los del mostrador se partieron de risa. Pero seguro que ninguno de ellos había estado nunca en Italia.

Por la noche, al principio dormía en cualquier rincón, ya lo había probado antes. Pero Marcus sabía que tendría que dejarlo, porque el frío no era el único peligro. Aunque tenía la mayor parte del dinero en otro sitio, andaba mucho cabrón suelto por las calles que lo atacaría por menos. Es lo que habría hecho su familia, por ejemplo.

Fueron los gays de la tintorería los que le ayudaron a abandonar sus dormitorios ocasionales. Tal vez lo vieran tumbado en un rincón de la estación de Nordhavn, tal vez hubieran oído hablar a otros de su situación. Pero sus rostros reflejaban preocupación cuando lo pararon por la calle a finales de enero.

—Puedes repartir paquetes de la tintorería de vez en cuando —sugirió uno—. Y a cambio puedes vivir con nosotros hasta que encontremos otra cosa.

Marcus retrocedió por instinto, y a punto estuvo de caer en un montón de nieve. No debían pedirle lo que estaban pensando.

—Escucha, jovencito. Si nos fiamos de que no vas a hacer nada malo contra nosotros, también tú puedes confiar en nosotros, ¿vale? No puedes seguir durmiendo en la calle, ¿entiendes? Cualquier día puede pasarte algo.

Era Eivind quien hablaba, y fue él quien más se arrepintió de aquel acuerdo después.

Allí, en el lado elegante de Los Lagos, que se abrían camino en la ciudad, aprendió a ver con otros ojos la vida de la calle. Donde antes solo observaba objetos para sus robos, ahora veía a personas de carne y hueso con cosas que hacer, relaciones familiares, estrés por el trabajo y, muchas veces, también por la falta de trabajo. Allí veía las diversas maneras de ser de la gente, con la conciencia de que en muchísimos aspectos no se diferenciaba de lo que conocía por la gente de otras ciudades grandes. Al principio se fijaba en rostros y miradas inexpresivos. Si no había alguna tienda tentadora, la mayoría de la gente enfocaba la vista tan lejos que no necesitaba ocuparse de nada que pasara a su lado. Y si, de todas formas, llegaba una distracción positiva, un amigo o conocido que cruzaba la calle, todos se detenían, como si les hubieran metido un palo en las ruedas, y lucían sonrisas fugaces que ni la situación ni su estado de ánimo previo justificaban.

Cuando sucedía eso, Marcus también se detenía y ponía en marcha su cronómetro interno. Las más de las veces, podía calcular con medio minuto de error cuándo

llegaban a saludarse y después a despedirse con comentarios mutuos y siempre convincentes acerca de lo atareados que estaban justo en aquel momento. Y cuando acertaba el segundo exacto en que sucedería, echaba a reír sacudiendo la cabeza, impresionado por su sagacidad.

Pero si a una persona así, de mirada lejana, la molestaban por algo que consideraba menos interesante, el resultado no era siempre tan agradable. El vendedor de la revista de los sin techo hacía que la gente cambiara de dirección, el mismo efecto que conseguían el colocado, el gritón, el demente, el desaseado, el vestido con extravagancia y el hombre de la armónica a la entrada del súper Netto, que por lo demás hacía que los adoquines cantasen y realzaba los colores del paisaje urbano.

Un danés se comportaba mejor, era más amable y prestaba más atención cuando él y la gente que lo rodeaba pertenecían al mismo estrato social, de eso no cabía duda.

Y Marcus nunca encajaba.

La primera vez que alguien le gritó que volviera a su país de procedencia, se retiró a un rincón y se sintió indeciso, pequeño y solo.

—Lárgate a tu puto país, que apestas.

—Puto gorila, ¿no encuentras tu árbol?

Cosas por el estilo.

En días así, era difícil sonsacarle por qué estaba tan silencioso en la mesa. Pero tras un par de intentos, Kaj y Eivind lograron que abriera la boca, y entonces le enseñaron a responder con unas pocas frases resonantes en fluido danés.

—Vaya, debes de estar entrenándote para hablar con tus amigos. Pero ¿por qué lo haces en la vía pública? ¿Es que no tienes casa?

Aquello era ya otra cosa.

El respeto había que ganárselo, era algo que le había enseñado la calle. Lo que pasa es que preferiría que no fuera así.

**P**asaron semanas y meses en que Marcus se distanció de su pasado, y empezó poco a poco a creer en la vida y en un futuro que no consistiera solo en días y semanas, apoyados unos en otros y sin ningún plan. En el piso pequeño pero pulcro del barrio de Østerbro donde vivían Eivind y Kaj, aprendió durante el invierno y los primeros días de primavera a mirar adelante y a fortalecerse para una vida normal. Absorbía todo lo que le proponían. Así que pulió su pronunciación, amplió su vocabulario y aprendió los rudimentos de la gramática danesa. Y si no comprendía alguna palabra, o si su acento era excesivo, se divertían llamándolo Eliza y cantando la canción de *My Fair Lady*.

—Todos guardamos en nuestro interior un número limitado de palabras —lo consolaba Kaj una y otra vez. Y aquella cantidad crecía y crecía en el caso de

Marcus.

En aquel pequeño piso de una de las calles más humildes del barrio, Marcus aprendió no solo a confiar en la gente, sino también que las rutinas diarias, por lo general, podían hacer la vida más fácil, y no solo desmoralizarte, como sucedía en el clan. El tiempo se hacía más comprensible y útil si vivías siguiendo algunas pautas. Y las ganas de pertenecer a una familia cobraban fuerza cada día en la sala con cortinas de brocado y figurillas de porcelana por todos los rincones.

Podía pasar veladas jugando a las cartas y riendo sin parar, pero también podía ocurrir lo contrario.

—Hemos hablado sobre ti, Marcus —hizo saber Eivind una noche—. Estás en el país de manera ilegal, y estamos preocupados por tu futuro. Estando indocumentado, pueden detenerte cualquier día.

Marcus ya lo sabía. Todas las noches, después de apagar la luz, pensaba en ello. Así que aquella noche hizo una promesa inquebrantable y concretó su objetivo. Quería ser como los demás tan pronto como pudiera. Pero hacía falta un permiso de residencia, y no se lo iban a conceder de ninguna forma. También leía los periódicos.

Por eso debía conseguir una nueva identidad y todo tipo de documentos. Todo lo que iba a necesitar si quería conseguir una vida normal con educación, trabajo y familia, costara lo que costase. Ya encontraría quién le consiguiera los papeles.

Seguro que solo era cuestión de dinero.

**E**l trabajo mejor pagado que consiguió Marcus consistía en pegar carteles. Al principio era difícil quitar con la espátula los carteles antiguos de las columnas publicitarias, que estaban congelados, y dar unos brochazos de engrudo; pero cuando los setos brotaron y el sol empezó a calentar, la ocupación favorita de Marcus fue pegar aquellos carteles multicolores que anunciaban todo tipo de espectáculos.

Marcus lo hacía aunque granizara, y lo hacía como es debido. Con la gorra puesta, y nada de arrojar la mitad de los carteles a la basura o pegarlos en cualquier pared o valla. Solo pegaba donde estaba permitido, y raspaba con afán superficies y columnas publicitarias para quitar los viejos carteles, a fin de que los nuevos no se cayeran por el peso. Pocos pegacarteles se tomaban la molestia, así que tenía todo Østerbro y un buen trecho hacia Hellerup para él.

Y el trabajo le divertía. Era como arrancar capas de tiempo. A menudo pensaba que le habría gustado ser parte de todo lo que ya había sucedido. Estar entre el público de los conciertos, ir a inauguraciones de exposiciones, tomar parte en las concentraciones del Primero de Mayo. Pero no podía ser, porque en aquellos lugares corría el peligro de coincidir con quienes lo buscaban. No, cuando Marcus estaba tan expuesto, no podía dedicarse a gozar y mostrar una despreocupada falta de atención como la gente normal. Al menos, así estaban las cosas en aquel momento.

Tal vez llegara un día en que pudiera hacer todo aquello, porque Marcus tenía sus planes. Un día en que hubiera crecido y tal vez hubiera cambiado de aspecto. Un día en que el clan ya no quisiera dejarse llevar por su sed de venganza. Un día en que reconocieran que no constituía ningún peligro para ellos. Pero eso llevaría tiempo.

Mientras tanto, se ocuparía de conseguir su documentación falsa. Confiaba en que fuera la última cosa ilegal que tuviera que hacer en su vida. Luego ganaría dinero limpio mientras estudiaba. Eso lo primero. Porque preparaba sus estudios en su escaso tiempo libre.

Encontraba refugio en las bibliotecas, a esos sitios no iba nunca la gente de Zola, estaba seguro. Y Eivind y Kaj le habían dicho que si solo se sentaba a leer en las salas de lectura sin pedir ningún libro prestado, no tenía que enseñar ningún documento de identidad. Era perfecto.

Todos los días echaba un vistazo a los titulares de los periódicos. Todos los días hojeaba algún libro nuevo. Y los demás se fijaban en él, lo percibía con claridad. Se daban cuenta de que no era como el resto de chicos de tez morena, que siempre andaban gritando y jugando en Internet. Cuando Marcus estaba en la biblioteca, leía, y cuando alguna vez entraba en Internet, era para encontrar respuestas.

Dentro de dos años, cuando cumpliera los dieciocho, iba a intentar matricularse en las clases nocturnas de bachiller del barrio de Frederiksberg, y después trataría por todos los medios de entrar en la universidad. Había leído que en el mercado laboral las mujeres debían esforzarse más para conseguir los puestos buenos, y el estudio era muy crítico ante aquel hecho. Tal vez debieran haber incluido también que era todavía más difícil para chicos con algo más de pigmento en la piel. Sobre todo para los que no tenían dinero para recibir una educación adecuada.

Pero en el caso de Marcus no iba a ser así. Si cuidaba bien su dinero, podría estudiar sin necesidad de becas. Marcus quería estudiar medicina, porque deseaba subir en la escala social y ser alguien importante. No como su familia. Al contrario.

No era ingenuo. Sabía que eso exigiría, por lo menos, que evitara como pudiera el largo brazo de la ley. Por eso, tendría que evitar también a los tipos que siempre pagaban con dinero negro, pero que a la vez actuaban con imprudencia y los trincaban. Eso era lo que más temía Marcus: que lo denunciase gente que conocía y en la que confiaba. Por eso andaba con cuidado cuando empezaba a trabajar con un nuevo patrón.

En suma, Marcus estaba siempre alerta.

Además, debía mantener la vigilancia sobre los que vivían de la delincuencia callejera, y los veía por todas partes. Eran como sombras negras entre la gente normal. De pronto avanzaban y actuaban. La mayoría de las veces, la gente ni se daba cuenta, pero Marcus, sí. También él había sido uno de ellos.

En el barrio de Østerbro nunca veía a nadie del clan, y la verdad es que no le extrañaba. La gente de Zola operaba en el centro, donde había más dinero y más gentío, así que era una zona que Marcus evitaba. Pero no debía olvidar que Zola tenía

muchos amigos peligrosos y contactos de negocios turbios, de los que solo conocía de vista a unos pocos. Sabía que su red era grande y de malla fina. Como un barco de arrastre, podía peinar las calles en busca de aliados y gente que pudiera ayudar a que su fortuna aumentara sin hacer demasiadas preguntas. La mayoría procedían de la Europa del Este, pero por suerte aquella gente no era tan difícil de reconocer. Los delincuentes de los países bálticos, los polacos y los rusos tenían un estilo diferente.

El paisaje urbano cambió de repente, y el calor y la cegadora luz del sol hacían que la vida de Østerbro creciera como la hierba. Por todas partes se veían chicas en manga corta. Los niños bailaban alegres, y Marcus solo había sentido la misma alegría unas pocas veces en Italia. De pronto la escalera de aluminio, el cubo de engrudo y el rollo de carteles ya no pesaban tanto sobre sus hombros.

Saludó al hombre del quiosco al otro lado de Østerbrogade, que estaba apoyado en la fachada de su tienda, recibiendo lametones de sol igual que en su tierra, en Karachi; después colocó sus materiales de pegado tras la estatua del hombre que daba nombre a la plaza. Allí sus enseres no molestaban a nadie.

La columna publicitaria era una de las mejores de la ciudad. Desde luego, la mejor de la ruta de Marcus. No muy alta, pero ancha y redonda. Alguien le había contado que en otra época la ciudad estaba llena de columnas publicitarias. Pero debió de ser hacía mucho tiempo.

Sin duda, la columna ocupaba un lugar estratégico en Gunnar Nu Hansens Plads. El Park Café, el campo de fútbol, las terrazas de los cafés en medio de la plaza y el bullicio de Østerbrogade junto al cine Park y el largo muro significaban un gran flujo de jóvenes con pasta, que era el objetivo de las actuaciones que anunciaban los carteles. Por eso, en aquel momento había una capa de más de dos centímetros de todo tipo de pequeñas notas y carteles que, debido al peso, estaban a punto de despegarse de su base. Trabajo para Marcus, que sacó la espátula, dispuesto a limpiar aquello.

Cuando llegó a la penúltima capa de papel, vio el cartel de búsqueda. Había visto muchos de aquellos en las farolas de alumbrado del barrio. «Mi gatito ha desaparecido» o «¿Has visto a mi perro?», era lo que solía poner por lo general.

Pero allí, no.

«SE BUSCA», ponía en aquel, pero esta vez no se buscaba algún animal doméstico desaparecido.

«Si ha visto a mi padrastro William Stark, llame por favor a este número», ponía sobre la foto de un hombre, y luego había escrito debajo un número de teléfono y una fecha.

Marcus observó la foto con la sensación de que la mirada y el cabello centelleante del hombre estaban electrizados. Marcus sintió como si todas las fibras de su cuerpo



vibrasen de pronto. Como si todas las fechorías del pasado estuvieran encarnadas en aquella mirada triste, pero aun así tan acusadora.

Aspiró hondo y se sintió envuelto en el horror y la náusea, porque se dio cuenta de que había tenido muy cerca aquel rostro. Por eso se puso a temblar, por eso no pudo seguir con su trabajo. Nunca iba a poder olvidar aquel rostro, el pelo rojo y el collar que el hombre que buscaban llevaba en el cuello.

El collar que en aquel momento estaba debajo del cuello de la camisa de Marcus.

De repente, sintió mucho calor. Se desabrochó la camisa, arrojó la gorra al suelo y miró la fecha, conteniendo la respiración.

El hombre había desaparecido tres años antes, todo coincidía. Era el que había visto Marcus enterrado. Cuyo cuerpo descompuesto había tocado. El que había confundido con un animal en putrefacción. El que su padre y Zola habían enterrado en la linde de un bosque junto a Kregme.

Ponía que se llamaba William Stark.

Ahora tenía un nombre.

Marcus estaba paralizado. «Si ha visto a mi padrastro», ponía.

Él sí lo había visto.

En el breve instante en que miró con fijeza el cartel, con la desesperación y la indecisión rugiendo en su interior, relajó la atención. Normalmente, sus ojos siempre estaban girando en torno a sí, pero en aquel momento, no.

Como si fuera una mano que lo rozaba, sintió la sombra acercarse por un lado. Trazada con nitidez por el sol en un movimiento rápido sobre el embaldosado, directo hacia él.

Marcus giró, sobresaltado, hacia el hombre que iba a arremeter contra él. Era ágil y silencioso, porque así era Hector, uno de sus primos, o tal vez medio hermano. Zola no se acostaba con cualquiera, y la madre de Marcus tampoco debía de hacerlo. Hector tenía más barba y estaba más fuerte que la última vez que lo vio, pero era él. Y el instante que tardó Marcus en reconocerlo y reaccionar fue demasiado largo.

Hector, silencioso, alargó la mano hacia Marcus, trató sin fortuna de asir su collar africano para inmovilizarlo, pero en su lugar agarró la manga de su chaqueta, lo que hizo que Marcus, por instinto, se dejara caer de la escalera, con lo que no solo hizo caer a su primo, sino que también se liberó de la chaqueta.

Y entonces quedó libre.

Conocía todos los rincones de aquella parte de la ciudad, y justo al otro lado de Østerbrogade estaba la vía de escape, un entramado de posibilidades, una telaraña de calles adoquinadas. Oyó sus propias enérgicas pisadas contra los adoquines de las calles estrechas que llevaban a la zona portuaria sin mirar atrás. En algún sitio solía haber siempre una puerta abierta o un patio trasero que comunicaba con otros patios traseros. En aquel barrio Hector no tenía ninguna posibilidad de cazarlo, pero debía sacarle una ventaja de media calle.

No se atrevió a echar un vistazo hacia atrás hasta que llegó al puerto de

Svanemøllen, donde, a ritmo reposado, la gente preparaba sus barcos para la temporada de verano.

Aquel era su territorio, allí siempre podía arrojarse al agua y desaparecer en uno de los veleros. Habían brotado ya cientos de mástiles en primavera, que auguraban una nueva vida entre los contenedores apilados junto al muelle.

Trató de recuperar el aliento y repasó la situación.

Lo que le había sucedido era lo peor que podía ocurrirle. Tenían su chaqueta, tenían sus útiles del trabajo. Lo tenían todo. Sin sus cosas no iba a poder ganar dinero, y lo que era peor: en su chaqueta había un teléfono móvil con los números de varias personas para quienes trabajaba. Y lo peor era que estaban también los números de Eivind y Kaj, el de la tintorería y el de casa. ¿Cómo podía haber estado tan distraído? ¿Por qué había escrito «tintorería» y «casa» en la lista de teléfonos del móvil?

Marcus apretó el puño contra los labios. ¿Qué iba a hacer ahora? Conocía al grupo de Zola. Pronto sabrían dónde vivía, no tenía ninguna duda. Hector no habría vacilado un instante en avisar a Zola.

Y ahora había ocurrido.

Lo habían localizado.

*Primavera de 2011*

—Bueno, Rose, ¿has encontrado al autor? ¿Sabía algo aquella Birthe de Brumleby?

Carl se imaginó a ese ser maquillado de negro; seguro que estaba cabreada ya, mientras, con el móvil pegado al oído, veía aparecer el rostro de Assad por la puerta entreabierta.

Con una sonrisa torcida, indicó por señas a su ayudante que se acercara, y activó el altavoz del móvil. Probablemente Rose había pasado casi toda la tarde en Brumleby esperando a la señora en vano, así que no había que ahorrarle a Assad el chorro. Seguro que lo pondría de buen humor. Una Rose cabreada era siempre el punto álgido del día.

Carl rio para sí. No le extrañaría nada que la señora de la limpieza, la de los comentarios insolentes, les hubiera tomado el pelo y que la dueña de la casa no hubiera aparecido.

Pero, cosa extraña, la voz de Rose sonó más seca que la mojama.

—Sverre Anweiler vivió en el piso varios días la semana pasada —empezó a decir de forma sorpresiva—. Anweiler había perdido la llave del piso de Birthe, pero la mujer que lo acompañaba en el vídeo de vigilancia, Louise Kristiansen, vivía también allí, y tenía llave. Por eso, Sverre y ella acordaban dónde y cuándo debían citarse para poder volver a casa juntos. ¿Deseas saber algo más, pequeño ayudante?

Al oírlo, la sonrisa de Carl se marchitó un poco, pero intentó no hacer caso de los hoyuelos de Assad, cada vez más pronunciados.

—Bien, Rose, ya has averiguado bastante, ¿verdad? Una información interesante, pero anda, cuéntamelo otra vez. ¿Dices que esa Birthe había invitado al inútil a vivir en su casa?

—Sí, esa Birthe, como la llamas, está aquí, a mi lado. Así que puedes hablar con ella, si quieres.

Ostras, vaya indiscreción. Pero a juzgar por la sonrisa pícaro que iba formándose en el semblante de Assad, a él debía de parecerle divertido.

—Creo que puedes arreglártelas sola, así que no, gracias. ¿Por qué vivía Anweiler en su casa? ¿Vivían los tres a la vez en el piso?

—No. En este momento, Birthe toca la flauta travesera en la Orquesta Sinfónica de Malmoe, así que se intercambiaron los pisos unos días mientras ella acudía a los ensayos. Parece que es un concierto exigente.

—Soooo, para el carro, vas demasiado rápido. ¿Has contado a Birthe que Anweiler está en busca y captura?

—Sí, y no lo sabía. Y dice que Anweiler tampoco lo sabía.

—Ajá. Pues debe de ser bastante ingenua si se lo cree.

—¿Quieres que se lo diga? Ya te digo, está a mi...

—No, gracias, si no te importa. Dile que nos gustaría ponernos en contacto con él.

—Tengo su número de teléfono.

Joder con la tía.

—Quiero un informe detallado cuando vuelvas, ¿vale? Y no hay que perder de vista a esa Birthe, así que durante unos días va a tener que decirnos dónde está.

—Ya se lo he dicho.

Se oyó una serie de gruñidos sofocados procedentes de Assad. Aquello no hizo que Carl se sintiera mejor.

—Ah, otra cosa, Carl —continuó Rose—. Estamos sentadas en una terraza del Park Café, y justo al lado hay una escalera apoyada en una columna publicitaria. Parece extraño. Como si el que pegaba carteles hubiera dejado el trabajo de repente. Al menos, hay una espátula colgando en medio de todo.

—¡No me digas! Increíble, un hombre que ha hecho un descanso. ¿No deberías denunciarlo ante la Dirección de Trabajo?

Carl aspiró hondo. ¿Por qué diablos estaba sentada en una terraza y no en casa de Birthe Enevoldsen? Si pensaba que iba a poder meter su *caffè latte* en la cuenta de gastos, estaba muy equivocada.

—Escucha, Carl, déjame terminar. Junto a la espátula hay pegado un cartel de búsqueda de un hombre. Creo que es de uno de los casos que tenemos. Así que lo he arrancado y lo llevo a Jefatura. Estás advertido.

Lo que faltaba, Rose improvisando y en busca de otro caso para el Departamento Q, el diablo andaba suelto. Si aquella mujer creía que todas las búsquedas del país debían terminar encima de su mesa, Carl ya podía irse preparando para una operación de *bypass*.

Terminó la conversación y esperó un destello de ironía en el careto arrugado de Assad, pero el hombre debía de tener la mente en la carpeta que había depositado ante sí al otro lado del escritorio.

—He estado leyendo el informe sobre Anweiler, Carl —empezó—. Hay muchas cosas que no entiendo muy bien, sobre todo cuando Rose dice esto sobre el hombre.

¡Qué carajo! ¿Assad estaba investigando un nuevo caso por su cuenta? ¿Osaba adentrarse en los dominios miserables, pero, a los ojos de la tradición, también sagrados, de Rose? Ostras, ¡menuda pareja! En circunstancias normales, Carl habría soltado una andanada de aviso, pero en aquel momento estaba eufórico. No porque estuviera interesado en el caso Anweiler, que si por él fuera podrían enterrarlo en las Fosas Marianas, sino porque Assad fuera capaz de movilizar su interés hacia algo. Qué milagro más bienvenido.

Desde el lapsus de la víspera sobre su vínculo con Lars Bjørn, de pronto parecía

que Assad hubiera despertado, y bien sabían los dioses que Carl no tenía ninguna gana de que volviera a adormecerse.

—¿Qué es lo que no entiendes, Assad?

—La casa-barco no tenía motor.

—Ya. ¿Y qué?

—Y el barco era bastante grande, con varias habitaciones, casi como una casa pequeña. Una sala amueblada, cocina y dos dormitorios. Alfombras y estanterías baratas, y reproducciones en la pared.

Carl sacudió la cabeza; aquello era maravilloso. Si Assad continuaba así, iba a terminar desvelando un pasado como arquitecto de interiores.

—Había hasta un equipo estéreo, lo encontraron entre los restos.

Ajá, más detalles. Entonces ¿podría saberse también lo que había en el reproductor de CD?

—Y el CD que había en el aparato era uno de Whitney Houston.

Claro, tenía que llegar. «Y entonces, ¿qué, viejo amigo?», decía la mirada que le dirigió.

—Es que hay muchas cosas que no encajan con nada del incendio de la casa-barco, Carl. Sobre todo lo del seguro.

Carl frunció el ceño. Conocía la profundidad insondable que podían irradiar de pronto los ojos como canicas de Assad. Contra toda previsión, aquello podía durar bastante tiempo.

—Sí, ya sé que el seguro estaba dado de baja. ¿Y eso te parece extraño?

—Es que una semana antes la casa-barco tenía un seguro de responsabilidad civil, a todo riesgo, de continente y contenido. Sverre Anweiler debía de estar, entonces, contento con el barco y todo lo que contenía, ¿no crees?

—Sí, tal vez. También yo creía al principio que era un fraude a la compañía de seguros, pero ahora he leído algo mejor el texto. Y si lo lees con detenimiento, el informe policial le reprocha precisamente que el seguro estuviera dado de baja, Assad. Pone que el asesinato de la mujer pudiera haber estado planeado, y que no debería haber un hipotético pago de una compensación, cosa que lo habría puesto bajo sospecha. La compensación por el barco habría sido de ciento cincuenta mil coronas, y cien mil coronas más por el contenido, en caso de que el seguro hubiera estado al día. Es una pasta gansa. Y como Anweiler había estado detenido por estafa, habría sido lógico relacionar el asesinato con otro intento de estafa, en caso de que el cascarón hubiera estado asegurado. En opinión de algunos, así conseguía una coartada, y el asesinato tendría un móvil no económico.

Assad asintió en silencio.

—Sí, ya lo sé, Carl. Pero entonces, ¿cuál es el móvil del asesinato? ¿Y lo del CD en el reproductor? No creo que un tipo como Anweiler pusiera un CD de Whitney Houston, así que no estaría en el reproductor cuando él vivía allí.

—Puede que no. Pero ¿adónde quieres llegar? Y ¿en qué diablos te basas para

decir que un tipo como él no escucharía a Whitney? ¿Que parecía un *skinhead*? ¿Crees que en todo el mundo no hay un cabeza rapada que escuche música pop?

Assad se encogió de hombros.

—Mira esta foto de la Policía.

La sacó de la carpeta y la empujó hacia Carl. Desde luego, parecía un tipo aburrido y anémico. Era difícil de entender que nadie quisiera relacionarse con aquel ser marchito.

Assad plantó un dedo en el escote del hombre.

—Esto es un tatuaje, se ve justo, justo. Puedes informarte sobre ese tatuaje en los otros casos en que ha estado envuelto Anweiler. Se lo hizo la primera vez que estuvo en la cárcel.

—Y supongo que en el tatuaje no pone Whitney Houston.

—No, pone ARIA con caracteres rusos. Una A, y después una P, que es una R, una N al revés, que es una I, y una R invertida, que es una A.

—Vaya, eso es coser y cantar; así que también tienes conocimientos del alfabeto cirílico. ¿*Aria*, dices? ¿Un amante de la ópera, o qué?

Una comisura de Assad se estremeció.

—No precisamente, ja, ja. Me parece que no estás muy al tanto de la escena musical, Carl. Es un grupo ruso de heavy metal. Bastante conocido.

¡Vaya, un grupo heavy! Seguro que era uno de los que había usado Jesper alguna vez para torturarlo con un infierno de decibelios.

Carl hizo un gesto afirmativo. Se daba cuenta de que el razonamiento tenía su lógica. Era verdad, a un auténtico metalero no le temblarían las rodillas oyendo el vibrato de cervatillo de Whitney Houston.

—De acuerdo, Assad. Crees que fue la víctima del barco, Minna Virklund, quien puso el CD; ¿Y qué? Debió de pasar un buen rato entre la llegada de la difunta y la explosión que la mató. ¿Por qué no pudo hacerlo ella? Tengo la impresión de que crees que si ella huía precipitadamente de su marido, un CD de Whitney Houston tampoco sería la primera cosa que se llevaría. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Sabes qué, Carl? No me creo, o sea, esa historia de Anweiler y ella, para nada. Y si, pese a todo, es cierta, ¿por qué había de matarla Anweiler? ¿Cuál era el móvil? Por lo que veo en el informe, lo llaman probable crimen pasional. Pero ¿en qué se basan? Se oyeron gritos en el barco, pero no se sabe de quién; y eso es todo, ¿no? A lo mejor la mujer intentaba cantar con Whitney, pero, entonces, no podía. ¿Has oído alguna vez un coro de camellos berreando en un mercado, Carl?

Carl dio un suspiro. Mierda de caso. No fue él quien lo pidió. Al menos, no de forma directa. ¿Por qué diablos tenían que perder el tiempo con él?

Assad apoyó su mentón erizado de negro en la palma de la mano.

—Si miras los crímenes que Anweiler cometió hace unos años, no puedes decir que sea un gilipollas, ¿verdad, Carl? Eran delitos bastante complicados, ¿no?

—Al menos, el último, la chapuza de la venta por Internet, sí. Claro que también

lo pillaron.

—De todas formas, no creo que sea ningún tonto. Pero ¿no te parece que sería poco inteligente volver por propia voluntad a Copenhague solo año y medio después de haber matado así a una persona? Y encima, va y le presta su piso de Malmoe a una conocida. No, Carl. Como se dice en mi tierra: un camello solo en el abrevadero no da crías.

Carl arqueó las cejas. Assad empezaba a ser el mismo de siempre, santo cielo. ¿Es que no había absolutamente nada donde no metiera sus malditos camellos?

Assad lo miró, indulgente.

—Ya veo que no lo pillas, Carl. Pero es lo que se dice cuando falta alguna pieza del rompecabezas.

Carl asintió en silencio.

—Vale. Así que tu conclusión es que Anweiler puede ser inocente. ¿Lo he entendido bien?

—Sí. A menos que aparezca un camello más.

Tenía la cara como un cangrejo cuando bajó corriendo las escaleras del sótano. Lo que, junto con el rímel, el pelo negro ondeante y el pañuelo amarillo al cuello hacía que pareciera una bandera alemana tremolando al viento.

—Desde luego, te ha dado el sol, Rose —la saludó Carl, señalándole una silla junto a la de Assad. Aquel achicharre iba a doler mañana. El sol de mayo podía ser criminal para una piel tan blanca como la de Rose. Pero eso ya lo sabría ella.

—Sí —dijo, llevándose la mano a las mejillas ardientes—. No podíamos quedarnos en casa de Birthe Enevoldsen. La señora de la limpieza estaba por todas partes. Me he enterado de que en sus tiempos fue miembro del coro de la Ópera. Cielos, un vibrato discordante como ese no se encuentra todos los días.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un pedazo de papel desgarrado y un par de postales, y lo dejó todo ante sí sobre el escritorio de Carl.

—Según Birthe Enevoldsen, Anweiler vendió la casa-barco a finales del mes anterior al incendio. Le contó a Birthe que le habían pagado ciento cincuenta mil coronas por el barco, con muebles y todo, pero ella no sabía quién lo había comprado, y tampoco que el barco se incendió y hundió unos días más tarde. Me ha dado la sensación de que no es de las que saben de chismorreos ni de cosas de actualidad. Una auténtica friki, no sé si me entendéis.

Assad movió afanoso la cabeza arriba y abajo. Nunca se perdía un buen cliché.

—Sea como sea, dice que apostaría el cuello a que cuando murió la mujer en el incendio Anweiler no estaba en Dinamarca, sino en casa de su madre, en Kaliningrado. Ya sé a qué se refiere. Mira.

Empujó hacia ellos la primera postal. Era evidente que era casera, imprimida en

impresora de chorro de tinta, y la imagen era bastante anodina.

—Esto cambia algo el panorama, ¿no te parece?

La foto de la postal enviada a Birthe Enevoldsen mostraba a un Sverre Anweiler sonriente estrechamente abrazado a una mujer uniformada delante de montones de contenedores, en alguna zona portuaria cubierta de cemento.

«Saludos de mi madre y míos», ponía en un bocadillo dibujado que salía de la boca de Anweiler.

—Aparte del sexo, madre e hijo se parecen como dos pozas de agua —gruñó Assad.

—Gotas, Assad. Como dos gotas de agua.

No era ninguna mentira. Aparte del tatuaje de Anweiler y el sólido pecho de ella, la mujer era idéntica al hombrecillo. Piel pálida, aspecto poco saludable, boca estrecha y ojos caídos. Dos rostros que indicaban que ni las condiciones de vida ni la estructura de ADN habían sido óptimas.

Carl dio la vuelta a la postal. Estaba matasellada en Kaliningrado la víspera de que ardiera la casa-barco.

—¿Podéis leer estos garabatos? Porque yo no puedo.

—Curiosa expresión, Carl. Garabatos, creo que ya lo entiendo.

Y Assad volvió a asentir afanoso con la cabeza. Fue casi como si su rostro torcido, algo paralizado, se hubiera enderezado.

Rose tomó la tarjeta y la leyó en voz alta:

—«El viaje en transbordador de Karlshamn a Klaipeda duró catorce horas. Y luego, el autobús hasta aquí, casi otro tanto, porque tuvo tres pinchazos». Y lo pone en sueco, claro.

Carl achicó los ojos. Sí, era fácil desaparecer de Copenhague de manera rápida y eficaz. Para viajar de Copenhague a Karlshamn solo hacía falta un billete de tren, que se podía comprar en cualquier taquilla sin enseñar la documentación. En unas pocas horas, Anweiler podía haberse desplazado con la mayor facilidad desde Copenhague hasta el puerto de transbordadores más meridional de Suecia, a doscientos cincuenta kilómetros.

Acercó otra vez la postal y volvió a mirarla con atención.

—Sí, sí, Rose, parece bastante convincente, pero la tarjeta puede estar hecha mucho antes del matasellos, ya ves que es casera. ¿Ese Anweiler por qué no había de decir a su madre que enviara la postal en cualquier momento? El matasellos solo demuestra cuándo y de dónde se ha enviado la tarjeta, no que la haya enviado él.

Rose tiró un poco del pañuelo de cuello. Por lo visto, no era un comentario que fuera a tomar muy en serio.

—Pero ya que te parece tan importante, será mejor que pongamos manos a la obra —continuó Carl—. Así que consulta los números de registro de los contenedores de Mærsk que aparecen tras Anweiler y su madre, ¿vale, Rose? Si consigues alguna información de que esos contenedores los colocaron después del incendio, subimos



con el caso adonde Jacobsen y compañía.

Asintió con la cabeza.

—Pero muy bien, Rose. ¿Tienes algo más para mí?

Rose soltó el pañuelo.

—Birthe Enevoldsen conoce a Anweiler desde hace años, y me ha dicho que Anweiler fantaseaba con visitar a su madre en Kaliningrado; después iba a comprarse una moto y recorrer Rusia de oeste a este, por el Ártico, hasta el estrecho de Bering, y luego bordeando el Pacífico hasta Vladivostok, y después volver de este a oeste por la zona fronteriza del sur. Esa postal podría sugerir tal vez que llegó a hacerlo.

Carl se inclinó sobre la mesa. Era evidente que la siguiente postal era comprada. Un pequeño mapa de Rusia, sobre el que, con un rotulador azul de punta fina habían dibujado una raya que se extendía de San Petersburgo, por las ciudades de Arkhangelsk, Magadan, Khabarovsk, Vladivostok e Irkutsk. Allí, en torno al lago Baikal, había un grueso círculo, y luego continuaba una línea de puntos por Novosibirsk, Volgogrado, Novgorod y Moscú.

—Escribe en la postal que esa fue su ruta hasta el Baikal, donde pasó casi cuatro meses. Luego se le acabó el dinero y trabajó un tiempo antes de continuar viaje. La línea discontinua indica la ruta que había planeado desde allí.

Assad tomó la tarjeta y echó un rápido vistazo al dorso.

—Mira, Carl. Está fechada seis meses después del incendio.

Pasaron un rato intentando adivinar los pensamientos del otro, antes de que Assad abriera el baile.

—Vamos, que Sverre Anweiler era de madre rusa y padre seguramente sueco, y ahora me viene a la mente que tanto Suecia como Rusia permiten la doble nacionalidad. ¿No es así?

Cómo diantre iba a saberlo Carl, que no era ni ruso ni sueco, por Dios.

—Así que Anweiler podía viajar con libertad tanto por Rusia como por Suecia —tomó el relevo Rose—. No sé cuáles son las normas para visados entre Lituania y el enclave ruso de Kaliningrado, pero desde luego que podía haber volado sin problemas desde Kaliningrado hasta San Petersburgo.

—¿Y la moto?

—Pues supongo que compraría otra en Rusia por un par de coronas, ¿no crees? —Rose dirigió a Carl una mirada somnolienta. ¿Era tonto, o qué?

Carl hizo como si nada, y se volvió hacia Assad.

—Entonces, para cuando emitieron la orden de búsqueda de la Interpol, Anweiler ya había desaparecido en la estepa rusa, es lo que pensáis, ¿no?

Ambos se encogieron de hombros. De hecho, no era improbable; los tres lo sabían.

—¿Y qué hizo después de volver, Rose?

—Realquiló un piso en Malmoe y se hizo *roadie* del grupo Daggers an' Swords.

Carl arrugó el entrecejo, pero ella se le adelantó.

—Es una banda de death metal de Escania, Carl. Anweiler acaba de estar en Copenhague con ellos. La semana pasada tocaron en Pumpehuset. Por eso estaba aquí.

Carl asintió en silencio.

—Bien, esto empieza a tomar forma. Es decir, en teoría pasó varios días en Rusia desde antes de producirse el incendio hasta poco tiempo después. Mientras tanto, lo ha buscado la Interpol, pero lo más seguro es que no se haya puesto en contacto con las autoridades rusas; además, los controles del puente de Øresund tampoco son muy intimidatorios. Pero si ha sucedido así, entonces Anweiler no tenía ni idea del incendio, y por tanto siguió viviendo como si no hubiera pasado nada. El piso de Malmoe estaba realquilado, así que la Policía tampoco iba a poder indagar allí para seguir sus movimientos.

Hizo un gesto afirmativo. Aquello parecía verosímil, pero no terminaba de convencerlo.

—Entonces decís que prestó a esa Birthe su piso alquilado de Malmoe mientras estaba en Copenhague, ¿no?

—Sí, el piso está muy cerca de la Ópera, así que a ella le venía bien —respondió Rose.

Assad se estiró hacia atrás.

—Me parece, o sea, una extraña amistad. ¿De qué se conocían Birthe Enevoldsen y Anweiler, Rose?

—Por medio de Louise Kristiansen. Es la del vídeo, con la que él había quedado en el Park Café. Es percusionista de conservatorio, y hace unos años tocaba con grupos en los que Sverre Anweiler era *roadie*. También tocó en Copenhague la semana pasada.

Carl miró el reloj. Dentro de media hora había quedado con Mona en un café de un barrio de moda, cosa inusual, ya que no era el estilo de ella, pero menos mal que se verían fuera de casa. Si no, podría haberse esperado cualquier trabajo extra, como cuidar al nieto revoltoso y quitarle los mocos de una nariz siempre goteante.

—Sí —dijo con un apropiado tono suave que significaba que la reunión había terminado—. Hay muchas cosas que descargan de culpa a Anweiler, ya me doy cuenta. Y muchas cosas que me habría gustado leer en los informes de nuestros compañeros. Cosas que tal vez hubieran arrojado algo de luz sobre el sospechoso, como, por ejemplo, sus fuentes de ingresos durante los dos últimos años y su doble nacionalidad, por no hablar de su vínculo con Kaliningrado. Alguien andaría de trabajo hasta las orejas cuando se llevó a cabo esa investigación. Y si andas de trabajo hasta las orejas, muchas veces se te ponen coloradas.

Sonrió por el chiste, pero los demás no lo acompañaron. Después golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Bueno, ¿levantamos la sesión? Tengo cosas que hacer. Mientras tanto, entérate de lo de los contenedores, Rose. Y Assad, tú puedes ir al Departamento A para dar las

novedades. Creo que deberíamos dejar en paz al inspector jefe, son sus últimos días. Pero cuéntale a Lars Bjørn que se han producido novedades en un caso antiguo que van a traer como consecuencia alguna crítica hacia el departamento. Además, no quiero volver a saber de ese caso.

Iba a levantarse cuando Rose blandió el papel arrugado ante él. Estaba desgarrado en las esquinas y casi partido en dos, pero el mensaje se leía con bastante claridad.

«SE BUSCA», ponía.

¿Qué diablos le importaba a él, a un cuarto de hora de la cita más interesante del día?

Agarró bien la bolsita de seda del bolsillo y se sintió de inmediato más ligero de piernas, mientras la canción giraba en su cabeza.

«Ay, Mona, Mona, cuándo llegará el díaaaa...»

Marcus estaba conmocionado. La gente que lo rodeaba caminaba tranquila, bajo la deslumbrante luz solar, por los muelles entre los barcos, pero él estaba agitado.

El clan lo había localizado. De pronto, le habían arrebatado la seguridad de su vida cotidiana, y no solo eso: la mirada de un hombre muerto lo había marcado al fuego.

El dilema era angustioso. ¿Qué podía hacer ahora, cuando su instinto le gritaba que desapareciera de Copenhague para siempre si apreciaba en algo su vida, pero, por otra parte, no podía?

Debía proteger a sus amigos de los brutales métodos de Zola, y debía protegerse a sí mismo. Pero ¿en qué orden debería actuar?

Miró hacia los mástiles y trató de sosegar. Lo primero, tenía que llamar a Eivind y a Kaj y ponerlos sobre aviso, y luego tenía que tratar de recuperar sus cosas del piso. Sin ellas no podría alcanzar sus objetivos, y sin ellos estaba igual que unos meses antes.

Y finalmente, debía cobrar el dinero que le debían. Al fin y al cabo, era una pasta.

Marcus se llevó la mano al rostro. Lo del hombre pelirrojo era nauseabundo. Iba a tener que comprobar si el cartel de búsqueda estaba todavía en la columna publicitaria, como esperaba. En ese caso podría despegarlo y verificar algunas cosas. Tal vez así comprendiera por qué su padre...

Sacudió la cabeza. Si Hector no tuviera su chaqueta y su móvil, todas aquellas preocupaciones sobrarían.

Ahora, en cambio, tendría que tener la vista de un sordo y el oído de un ciego.

Se detuvo junto al teléfono público de la estación del suburbano de Svanemøllen y, con los ojos cerrados, trató de recordar el número de la tintorería de Eivind y Kaj. ¿Cómo eran las últimas cifras? ¿396 o 368, o ninguna de ellas? Con apretar una tecla del móvil lo habría tenido, pero Hector...

No se sintió algo seguro hasta el quinto intento, mientras los tonos de llamada marcaban el compás como un metrónomo. Después se puso en marcha el contestador automático.

—Ha llamado a la tintorería rápida Kajvind —hizo saber la suave voz de Eivind—. Lo sentimos, pero en este momento no estamos. Nuestro horario de atención al público es...

Marcus colgó, inquieto. ¿Por qué no estaban en la tintorería? ¿Habría pasado la gente de Zola? Esperaba de todo corazón que no. ¿Se habrían marchado a casa ya? No, imposible, nunca cerraban tan temprano. Pero entonces ¿qué? ¿Cómo iba a

prevenirlos cuando ya no se atrevía a acercarse al barrio donde vivían? Al menos, no tan pronto.

Entonces recordó por qué estaba cerrada la tintorería. Es que era miércoles, era por eso. Kaj llevaba meses quejándose de problemas en la vejiga, y no era de los que iban solos al médico. Por eso, Eivind le había prometido acompañarlo, Marcus ya lo sabía. El cartel de «Cerrado todo el día» colgaba ya de la puerta de cristal cuando pasó junto a la tienda un par de horas antes, ¿cómo podía haberlo olvidado?

Dio la espalda a los barcos y supo que iba a ser la última vez en mucho tiempo que los chillidos de gaviota y el viento salado levantarán su estado de ánimo de cara a una vida futura.

Más tarde, se acercó a Østerbrogade por Strandboulevarden. El tramo que bajaba hacia Gunnar Nu Hansens Plads tendría unos seiscientos metros de longitud, y, por lo que veía, los movimientos en las aceras y la calzada parecían normales. Pero Marcus prefería que los árboles y los arbustos con sus brotes primaverales lo protegieran de ser avistado a distancia, y por eso tomó el camino más largo, por Jagtvej, para después cruzar el parque.

Tardó veinte minutos en recorrer los pocos cientos de metros, porque desde luego no iban a sorprenderlo otra vez. Alrededor había grupos de personas tomando el sol entre los árboles, pero ¿quiénes eran? ¿Podría haber entre ellos algún espía de Zola? ¿Acaso no era el mejor camuflaje quitarse la ropa, allí en la hierba? A Hector bien podía ocurrírsele, claro que el pudor tampoco era ninguna virtud en el mundo de Zola.

Marcus inspeccionó con detenimiento la plaza que tenía ante él tras acceder a ella por los senderos laterales del parque. Volvió a parecerle que había demasiada gente y demasiados colores. ¿Quién de la acera podía saltar y atacarlo de repente? ¿En qué mesa había una espalda que de pronto se giraba para revelar un rostro demasiado conocido? Había muchísimas espaldas y muchísimos colores que vigilar. Todas las mesas del café estaban ocupadas, y sobre el suelo embaldosado se veían por todas partes corros de jóvenes sentados pasándose la botella y de muy buen humor.

Por lo que veía, su escalera seguía donde la había dejado. Y detrás de la estatua estaba todavía el bote con el material de pegado.

Era extraño que siguieran allí, ¿cómo había que interpretarlo? ¿Zola había dado a Hector instrucciones para que dejara las cosas donde estaban? ¿Los útiles de trabajo de Marcus no eran más que un cebo?

Se llevó las manos a la nuca y se arqueó hacia atrás. Para él, los retortijones eran prolongaciones nerviosas de la mente, y en aquel momento los sentía con más fuerza de la deseada. Sabía que los temores eran lo peor. Por eso prefería que la catástrofe danzara ante sus ojos sin recato, así sabría a qué atenerse.

¿Saltaría Hector sobre él en el instante en que saliera a campo abierto? ¿Habría más miembros del clan en el barrio? ¿Debería gritar si lo atrapaban?

¿Reaccionaría alguien en caso de que gritase? Lo dudaba, pues los daneses

preferían mantenerse a distancia cuando había peligro, lo había visto con frecuencia. ¿Cuántas veces los transeúntes de las calles o callejas no habían hecho nada por detener a Marcus o a alguno de los otros miembros del clan cuando cometían sus delitos y, según escapaban, oían tras ellos gritos acusándolos de ladrones? Lo que tanta seguridad le daba en su vida anterior era ahora fuente de inseguridad.

Marcus avanzó por el suelo embaldosado paso a paso y con sumo cuidado, acercándose a la columna. Cuando llegó allí, observó que el cartel de búsqueda había desaparecido, y que la espátula estaba en el suelo.

¿Por qué no estaba el cartel? ¿Habría visto Hector cómo lo miraba?

Hizo un gesto afirmativo para sí. Quizá fuera la razón de que Hector hubiera arrancado el cartel, para preguntar a Zola por la razón del interés de Marcus.

Pero aunque la idea tenía su lógica, Marcus seguía sin entender por qué lo habían arrancado. Hector no sabía nada del muerto, y además era tan rematadamente tonto que ¿por qué iba a fijarse en un cartel concreto de una columna publicitaria?

Marcus miró un rato el espacio vacío. Qué putada. Porque en el cartel había información que le vendría bien.

—¡Eh! —gritó una voz.

Marcus se sobresaltó. ¿La voz venía de atrás? En ese caso, echaría a correr hacia el parque, dejándolo todo. Era una voz desconocida, claro que tampoco conocía a todos los colaboradores de Zola.

—Hola, tranquilo, tío. Es que me he llevado uno de los carteles que habías arrancado y echado al suelo. Espero que no te importe, porque si no volveré a colocarlo. Pero como mi hermana estuvo en el concierto, quería...

Marcus respiró aliviado mientras el tipo sentado en el suelo y las chicas que lo rodeaban soltaban unas risas sofocadas a cuenta del cartel arrugado que el chico sostenía en la mano, frente a Marcus. Era un cartel del concierto que había dado Sade la víspera en Forum.

Marcus hizo un leve gesto con la cabeza y asió la escalera. Tenía que irse, y enseguida, llevaba demasiado tiempo allí.

Era algo incómodo correr con los útiles colgando alrededor, pero no se atrevió a hacer otra cosa.

Si ando rápido, a lo mejor puedo ver si hay más carteles de búsqueda en otras columnas publicitarias, pensó.

Y después, cuando el sol hubiera perdido fuerza y no anduviera tanta gente por la calle, iría a la central donde recogía los carteles y cobraría su dinero, para luego hacer la ronda de las tiendas del barrio y pedirles que no dijeran que lo conocían, en caso de que aparecieran los hombres de Zola.

Cuando lo haya hecho, me informaré sobre el hombre del cartel. Puede que haya algo en Internet, pensó.

Aunque seguro de que iba a ser en vano, si conocía bien a Zola, Marcus intentaría terminar el día acercándose al piso de Kaj y Eivind.

Pero tendría que andar con sumo cuidado, porque a saber cuál sería el siguiente paso de Zola en aquella situación. Al fin y al cabo, era muy probable que hubiera mandado a su gente a registrar el piso.

Menos mal que no estaban en casa en aquel momento.

Miró alrededor, aspiró hondo, cerró los ojos y juntó las manos. Dios mío, pensó. Si van allí, que no hagan daño a Kaj y Eivind. Y que tampoco encuentren mi dinero.

Rezó de nuevo la oración, para darle énfasis, porque su madre le contó una vez que a Dios le gustaba eso. Cuando abrió los ojos, trató de encontrar sosiego en la nueva alianza, pero no era fácil. Se quedaba helado solo de pensar que pudieran encontrar el dinero escondido en el zócalo.

Porque era su única seguridad, el único modo de prosperar en la vida.

Un par de horas más tarde, cuando Marcus ya había perdido la esperanza, encontró lo que buscaba en la carretera de la costa, a una buena distancia. Llevaba rascadas cuatro columnas publicitarias sin resultado, pero en la quinta vio pegados dos carteles de búsqueda.

Los despegó, los dobló y los metió debajo de la camisa. Ahora tenía la información que buscaba, lo que lo hacía sentirse bien y mal a la vez. En aquel momento percibía con una fuerza sorprendente que había asumido la tarea y la responsabilidad de descubrir quién era aquel William Stark, y, si fuera posible, también las circunstancias que rodearon su desaparición.

¿Cuál había sido la relación entre aquel hombre y Zola, o el padre de Marcus? Había muchísimas cosas que dependerían de la respuesta a aquella pregunta.

Lo mejor sería hacer que detuvieran a Zola sin provocar grandes problemas a su padre. Pero si no se podía, debía pensar también en la posibilidad de que ambos tuvieran que pagar el pato.

Cruzó los brazos sobre el pecho por el dolor que le producía pensar en todo aquello. Quería a su padre, pero al mismo tiempo lo odiaba por ser tan débil, siempre a la sombra de Zola. Aquella clase de debilidad que solo acarrea la maldad y el abandono. ¿Cuántas veces había deseado tener un padre que pudiera ofrecerles a él y a su madre una vida sin la dosis diaria del veneno de Zola? Marcus estaba harto de aquello.

Así que debía ocurrir algo.

Había pensado ir a la biblioteca, como tenía por costumbre, pero no se atrevía. Por eso prefirió ir al cibercafé de Kasim, que estaba en la parte más pobre de Nordre Frihavnsgade, y tan cerca de la estación de Nordhavn que Marcus podría, en caso de

necesidad, escaparse allí en pocos segundos por el patio trasero. Por eso se colocó en la penumbra, en el ordenador más lejano, y tecleó el nombre William Stark.

Se quedó asombrado por la cantidad de resultados que aparecieron en pantalla, y por eso hizo una búsqueda avanzada en páginas en danés. Aun así, había varios miles de resultados.

La mayoría de las páginas eran copias, pero el mensaje recurrente estaba claro. William Stark no era un pobre desgraciado que de pronto se hubiera hartado de pernoctar en la calle dentro de un mohoso saco de dormir o que se sumergiera a diario en una nube de alcohol o flotase en la demencia. Por lo visto, William Stark era un hombre normal con un empleo respetable, que Marcus no tenía ni idea de en qué consistía; tendría que mirarlo después. Al menos, trabajaba para un ministro, y cuando desapareció acababa de volver de un viaje de trabajo a Camerún. Eso estaba claro.

Marcus miró más allá de la pantalla del ordenador hacia la pared desconchada del cibercafé con una extraña sensación en el estómago: ¿por qué querían que desapareciera William Stark? Ninguna información de Internet podía ofrecerle ni asomo de respuesta. Eso sí, podía saber la edad de Stark cuando desapareció, y su domicilio. Ahora sabía que Stark no podía declararse muerto hasta transcurridos cinco años desde su desaparición, y que había dejado una novia que tenía una hija.

Marcus tecleó el número de teléfono del cartel de búsqueda en el buscapersonas [krak.dk](http://krak.dk), pero sin resultado. Luego tecleó el número directamente en Google, aunque sin esperanza de que saliera nada. Era lo que pasaba con los números de móviles, que se cambiaban a la velocidad del rayo, sobre todo los de los jóvenes. Pero una vieja página web sobre una chica afectada de un síndrome que le provocaba grandes dolores decía que a aquel número de móvil podían llamar chicas en una situación parecida, si necesitaban alguien con quien hablar.

Rozó ligeramente el número de la pantalla. Por tanto, la chica que había puesto el cartel de búsqueda estaba enferma, se llamaba Tilde Kristoffersen y buscaba a su padre postizo. Lo buscaba porque el padre de Marcus...

Era tan nauseabundo que no se atrevía a terminar la frase.

Un destello en la puerta de entrada, al otro extremo del local, puso en marcha el bombeo de adrenalina e hizo que levantara la cabeza. Era un hombre vestido con una túnica, y el dueño del establecimiento, Kasim, lo recibió y abrazó. Ningún peligro a la vista, menos mal.

Marcus se levantó y avanzó hacia los dos hombres.

—Oye, Kasim, ¿tienes un móvil que puedas venderme? —preguntó—. Se me ha perdido el mío.

El anciano indio no respondió, pero con un gesto de la mano dio a entender a su amigo que si podía esperar un poco, enseguida estaría de vuelta.

Kasim llevó a Marcus a una trastienda que en muchos sentidos era bastante inusual para un indio. Paredes claras, no blancas. Muebles de Ikea con cajones de



todos los tamaños, en vez de mamotretos de madera maciza oscurecida con creosota. Una silla de escritorio verde con motas amarillas y una radio que emitía música clásica. La estancia no estaba iluminada por la fría luz de lámparas de latón ni por pantallas de televisión emitiendo viejas películas de Bollywood.

—Elige uno de esos —dijo Kasim, tirando de un cajón—. Tengo un par de móviles viejos que puedes llevarte, pero las tarjetas SIM las pagas tú. Si quieres una tarjeta de raspar para llamadas internacionales, también puedes comprarla.

—No, basta con una tarjeta SIM y una de prepago. ¿Tienes una tarjeta de doscientas coronas?

Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete.

—Solo llevo cincuenta encima, pero te fías de mí, ¿verdad?

El hombre curtido por el sol le dirigió una mirada que mostraba a las claras cuántas veces había tenido que enfadarse por aquella misma frase.

—Claro, hombre —respondió tras pensarlo unos segundos—. Me debes en total, con Internet incluido, trescientas cincuenta coronas.

—Vale. ¿Te importa que me siente delante del ordenador otro poco más? Es que tengo que buscar unos números de teléfono de gente que conozco. No me los sé de memoria.

—Ya me lo imaginaba —replicó el anciano.

Los resultados de las llamadas fueron desalentadores. El frutero, el tendero y el que le entregaba los carteles estaban que echaban chispas. ¿En qué andaba metido Marcus para que unos individuos sospechosos lo buscasen? ¿Era acaso un delincuente?

Manifestaron su decepción; el de la tienda de bicis fue el más breve. No querían saber nada con aquel puto crío a quien buscaban aquellos cabrones. ¿Era de la mafia, o qué?

Los habían amenazado a todos con quemarles la tienda si no largaban todo lo que sabían de Marcus; y largaron. Al tendero incluso le rompieron el mostrador y le dieron un par de tortazos.

Marcus volvió a sentirse muy solo.

Tomó el papel donde había escrito el teléfono de la chica, lo alisó contra la mesa del ordenador y fue el último número que tecleó.

A los pocos segundos oyó por el receptor un tono y una voz de mujer.

—En este momento no hay ningún abonado con ese número —anunció.

Una manera bonita de decir que el número ya no existía.

El portal que había frente al piso de Eivind y Kaj era uno de los preferidos por los

jóvenes de la calle para fumar y manosearse un poco. En aquel portal había, arrinconadas contra la pared, bicicletas que nadie sabía de quién eran o por qué estaban allí. Había suficientes colillas en el suelo para hacer las delicias de cualquier vagabundo callejero. Y allí estaba también Marcus, apretado contra la pared, con el rostro vuelto hacia las oscuras ventanas.

Llevaba una hora allí, y se quedaría otra hora o más si fuera necesario. Si no veía que encendían la luz en la planta baja de enfrente, o si no divisaba las siluetas de Eivind o Kaj, no se atrevería a salir a la calle.

Lo molestaron varias veces unos tortolitos, que lo mandaron a tomar por saco cuando se dieron cuenta de que no pensaba irse de buena gana.

A Marcus le daba igual. Solo pensaba en Eivind y Kaj y en las cosas que tenía en el piso, y en cómo ponerse en contacto con la chica que se llamaba Tilde, puesto que su número de teléfono ya no estaba activo. Porque antes de acudir a la Policía con los carteles que llevaba debajo de la camisa quería saber más del asunto.

Tal vez la chica o su madre pudieran ayudarle a ver la relación entre William Stark y su padre y Zola. Y si no encontraba a la chica, al menos sabía dónde habían vivido antes. Porque tenía la dirección, así que tal vez hubiera alguien en la casa de Stark con quien pudiera hablar.

Oyó los pasos arrastrados antes de que la figura se recortara contra el sol a lo lejos en el paisaje urbano. El hombre renqueaba, como si sus rodillas no pudieran sostenerlo, y a ese ritmo pausado cruzó las calles transversales que unían los barrios. Llevaba en la mano dos bolsas de plástico de la tintorería, solía llevarlas encima cuando había comprobantes que clasificar y contabilidad que revisar. Entonces Eivind había ido a la tintorería después de haber estado en el hospital. Pero Kaj no lo acompañaba, así que ¿dónde estaba? ¿Estaría enfermo grave? ¿Era eso lo que agobiaba el cuerpo de Eivind, o era solo que estaba cansado?

Marcus arrugó el entrecejo. Estaba bien que apareciera Eivind, pero de todas formas no se fiaba. Tal vez la gente de Zola estuviera en el piso, esperando, y por eso tuvo que avanzar bajo las farolas.

La sonrisa que iluminó su rostro cuando divisó a Marcus era la propia de un padre. Pero luego frunció el ceño, cuando se dio cuenta de que las circunstancias habían cambiado.

—¿Qué haces ahí, Marcus?

Dirigió la mirada al piso.

—¿Por qué no hay nadie en casa? —preguntó, mientras los cristales oscuros y el silencio de Marcus hacían marchitar su sonrisa.

—¿Por qué no está Kaj contigo, Eivind? —quiso saber Marcus.

—¿No está en casa? —La sonrisa de Eivind había desaparecido.

—No lo sé, no he estado dentro. Creía que estabais juntos.

—Santo Dios.

Era evidente que Eivind iba a precipitarse hacia el portal, abrir la puerta del piso y

entrar como una exhalación. Que se guiaba por recelos. Que sus sentimientos por quien amaba se convertían de pronto en angustia. Que se hacía presente la sensación de desgracia y miseria que toda pérdida conlleva. Fue lo que pensó Eivind allí, en la acera, y fue también lo que pensó Marcus.

—¡Espera! —gritó Marcus—. No entres. Puede haber alguien esperando dentro. Gente que me busca, Eivind. Más vale que no los conozcas.

Eivind lo miró como si estuviera ante la mayor de las decepciones de su vida. Y a pesar de la advertencia dejó caer las bolsas a los pies de Marcus, cruzó deprisa la calle y entró en el portal. A los pocos segundos, la luz y el gemido de Eivind atravesaron una de las ventanas.

Marcus se apretó contra la fachada. Si oía tumulto allí dentro, tendría que largarse. Era una cobardía, pero si la puerta se abría de pronto, tendría que desaparecer como el rayo. Era lo que pensaba, mientras su corazón martilleaba y se daba cuenta de que todo el mal que representaba Zola se estaba extendiendo por medio de él. Después pensó en el dinero escondido tras los zócalos. Era en lo que más pensaba, aunque le daba vergüenza.

—¡Marcus! —gritó Eivind desde el interior. No era un grito pidiendo ayuda; era de rabia, del tipo que Marcus había oído demasiadas veces en el mundo de Zola, como paso previo a la violencia. Nunca había oído gritar así a Eivind.

Paseó la mirada por la calle. Todo estaba en silencio.

Luego atravesó la calzada y entró en el portal, donde la puerta del piso seguía abierta y se oía la voz exaltada de Eivind y sonidos que a esa distancia eran difíciles de descifrar.

Al igual que en todos los hogares de gays en los que había entrado a robar, la entrada era un aperitivo del contenido y carácter del piso. Ya en aquella dependencia estrecha uno se daba cuenta del gusto y de los intereses de los inquilinos. En el caso de Eivind y Kaj eran actores, y sobre todo actrices, muertos, vestidos con todo tipo de atuendos lujosos. En las paredes había marcos de caoba, incluso de plata, diseminados con gusto, como los iconos de los templos del norte de Italia en los que Marcus había tratado de encontrar consuelo. Ahora todos aquellos iconos estaban dispersos por el suelo entre cascotes de cristal y marcos rotos. Y al final de aquel caos Marcus reconoció las puntas de un par de zapatillas que sobresalían de la puerta entreabierta, y el corazón casi se le paró.

Dirigió rápidas miradas a los cuartos junto a los que pasaba, y llegó a la sala.

Lo que presenció era algo grave, pero, por desgracia, nada inesperado.

Eivind estaba de rodillas junto a Kaj, sujetándole la cabeza. Menos mal que había vida en él, y tenía los ojos abiertos, pero la sangre del rostro y alrededores le decía que bien podría haber terminado peor.

—¿Qué has hecho, Marcus? —llegó el grito de Eivind—. ¿Qué gente era esa? ¿Te has metido en algo turbio, puto mocososo? En esta casa no queremos nada de eso, ¿entendido? Di quiénes eran. Porque lo sabes.

Marcus sacudió la cabeza. No porque no quisiera responder ni porque no lo supiera. Sacudió la cabeza porque era el gesto que mejor expresaba la vergüenza.

—Llama a una ambulancia, Marcus. ¡YA! Y luego vete. Y no vuelvas más, ¿lo oyes? ¡LARGO!

Llamó mientras Eivind, medio llorando, trataba de consolar a su amigo del alma, tumbado en el suelo. Y cuando Marcus iba a su cuarto en busca de sus cosas, y veía aliviado que no habían tocado el zócalo, llegó Eivind corriendo.

Blanco de ira, rebosante de rabia, extendió la mano hacia Marcus, gritando.

—¡Dame la llave y lárgate, gitanillo! Ahora mismo.

Marcus protestó y le pidió que lo dejara recoger sus cosas, pero Eivind hizo ademán de pegarle, desesperado, y metió la mano en los bolsillos de Marcus y rebuscó hasta que dio con la llave del piso.

Deseaba asegurarse de que Marcus no volviera.

Lo último que vio Marcus de Eivind fue que abría la ventana de par en par y arrojaba las pertenencias de Marcus a la acera.

Todo, a excepción del edredón y de lo que había oculto tras el zócalo.

Así que no recuperó lo más importante.

Y la pareja del portal de enfrente se limitó a reír.

Aquella noche Carl se plantó ante su casa y esperó a que se apagara la luz de la cocina, porque en ese momento no tenía ganas de encontrarse con la actitud de monje compasivo de Morten ni con las maniobras de terapia Gestalt de Mika. Solo quería meterse en la cama a lamerse las heridas, y pensaba permanecer allí hasta quedarse cubierto de polvo.

Mona le había dado calabazas, y no lo entendía. No entendía el por qué, ni por qué justo entonces, y tampoco entendía por qué no había tratado de acaramelarla antes de que ella frustrase sus esperanzas con un par de frases. En suma, que no entendía un carajo, y, en su estado de ánimo, le dio la impresión de que seguramente nunca lo había entendido. Al menos, no en relación con las mujeres. Eran muy extrañas, y previsiblemente imprevisibles. Tan suaves y aterciopeladas por fuera como podían ser intratables y ásperas por dentro.

¿Cuándo iba a aprender?

Subió directo al primer piso, con el humor bajo cero, a temperaturas difíciles de encontrar en el universo, y se arrojó sobre la cama vestido, tratando de comprender y evaluar las consecuencias. En circunstancias normales, echaba mano del móvil y llamaba a Mona cuando esa clase de nudos gordianos atenazaban su garganta, pero ¿qué podía hacer en aquella situación? ¿Qué coño iba a hacer ahora?

No fue Carl quien eligió el Café Bohème, pero cuando apreció el interior de aquel restaurante exclusivo y miró por la ventana hacia Esplanaden, pensó que no era el peor sitio para declararse. Llevaba tiempo esperando una oportunidad como aquella, pero cuando un par de días antes encontró, entre las callejuelas de la parte trasera de los grandes almacenes Magasin, a un orfebre ruso que hacía joyas dignas de dioses, se dio cuenta de que había llegado la hora.

Carl llevaba consigo el anillo y tenía grandes expectativas, así que sus dedos estrujaban la bolsa de seda del bolsillo cuando Mona lo miró a los ojos.

—Carl, quería hablar contigo porque llevamos juntos el tiempo suficiente como para preguntarnos qué somos en realidad uno para el otro.

Carl sonrió para sí. Era perfecto. Nadie podía desear mejor prelude para lo que pretendía hacer.

Apretó la bolsa de seda, con intención de ponerla sobre la mesa en cuanto ella dijera que ya era hora de dar algo más de fuste a su relación. Vivir juntos, una vuelta por el ayuntamiento, lo que se le ocurriera a Mona, estaba dispuesto a todo. Los habitantes de su casa se enfadarían un poco, claro, pero todo se arreglaría. Mientras

Hardy aportara al hogar una renta fija por los servicios de Morten y Mika contribuyera un poco, el 73 de Magnolievangen no tendría por qué cambiar de dueño.

—¿Qué queremos uno del otro, Carl? ¿Has pensado sobre eso? —preguntó Mona.  
—Pues sí. He...

Mona lo miró con tal dulzura que se emocionó y se calló. En aquel momento tenía unas ganas locas de tomar su rostro con suavidad, nada más. Sentir su piel aterciopelada. Besar sus labios suaves. Entonces se dio cuenta de que Mona respiraba rápido y con decisión. Ese reflejo que suele presagiar grandes reflexiones y decisiones finales. Pero tardaba en ir al grano. A él le pareció bien. Los grandes momentos deben gestionarse con cuidado.

—Carl, te aprecio mucho —declaró—. Eres un hombre maravilloso, pero ¿a qué conduce esto? He pensado muchísimas veces sobre ello. ¿Qué iba a cambiar si nos viéramos más, si viviéramos juntos y nos despertáramos el uno al lado del otro cada mañana?

Lo tomó de la mano y la apretó con más fuerza de la que Carl había esperado. Era evidente que le estaba costando dar el paso; quizá prefiriese que lo hiciera él. Pero Carl se limitó a sonreír. Ella tendría que responder su pregunta, y *luego* sacaría la bolsita de seda.

La respuesta llegó inesperada, sin brillo ni pasión.

—Me temo que las cosas no cambiarían mucho. Creo que se nos agotarían los temas de conversación. Y el buen sexo que practicamos de vez en cuando sería menos frecuente cada vez, ¿verdad? Esta última temporada te has alejado de nosotros y de ti mismo, y puede que sea beneficioso que esto suceda ahora. Olvidas nuestras citas, y muchas veces tu presencia es solo física cuando estás con mi hija y mi nieto. No me ves como me veías antes, y tampoco miras de frente a tu propia situación. Y, en contra de lo que acordamos, has dejado la terapia. No veo adelantos, Carl, y llevo tiempo sin verlos. Demasiado tiempo, si quieres que lo diga con franqueza. Por eso, creo que debemos dejarlo.

Carl se quedó helado. Le gustaría decir algo trascendente y decisivo, pero estaba acorralado. ¿Eso era lo que sentía Mona por él? Sacudió la cabeza y se sintió confuso. Las ideas giraban en su mente. Las palabras se le trababan en la garganta, pero a Mona no le ocurría eso. Parecía preparada y dispuesta. Cosa que le encantaba de ella en otras situaciones.

—No sé cómo hemos tardado tanto en hablarlo, al fin y al cabo es mi profesión, ¿no? —continuó—. Pero teníamos que hacerlo, porque ya no somos tan jóvenes, ¿verdad?

Carl hizo un gesto con la mano para que esperase un momento. Y en los minutos que siguieron trató, tenso, de explicarle que hasta ahora todo había ido bien, pero que él también había estado pensando, por supuesto. Y movilizó sus defensas y su encanto, cuidando cada palabra, cada entonación. Porque los silencios que se alargaban demasiado podían sugerir despreocupación, y los demasiado cortos te

hacían parecer agitado.

Santo cielo, con qué cuidado trató los silencios.

Al final, Mona pareció enternecerse y acomodarse. Como si todo aquel desgraciado asunto hubiera surgido de una especie de crisis de madurez. Como si bastase con que ella se lo oyera decir a él. De manera que Carl se permitió sonreír un poco en aquel momento solemne, y finalizó con esa apertura de ideas que estás obligado a mostrar ante otra persona adulta.

—Así que estoy abierto a todas tus propuestas, Mona.

Y por un momento ultracorto tuvo la deliciosa sensación de haber recuperado terreno. Dentro de poco ella iba a retirar sus palabras y entregarse; y el premio iba a consistir en una bolsa de seda, pequeña pero muy costosa.

Mona le devolvió una sonrisa algo irónica y asintió en silencio. Y en vez de actuar con espíritu conciliador, para que cada uno de ellos pudiera centrarse en el desarrollo de la pareja y dar vía libre a la espontaneidad, aprovechó la ocasión para volver las palabras de Carl contra él.

—Bien, Carl, muchas gracias. En ese caso, mi propuesta es que en adelante debemos concentrarnos cada uno en nuestra vida.

La frase lo golpeó como un ariete. Lo dejó tocado del ala en su autoestima y percepción de la realidad. En aquel momento no reconocía a la mujer que tenía delante, ni más ni menos.

Y no sacó la bolsa de seda.

Era demasiado tarde.

**F**ue una mañana en la que le costó una barbaridad volver a ser Carl. Sabe Dios cómo volvió a la ciudad. Lo único que percibía eran las luces traseras rojas de los coches y el recuerdo de los ojos de Mona cuando lo barrió de su vida.

Apartó los montones de su escritorio para dejar un lugar donde poner cómodamente los pies encima y recuperar el sueño perdido por la noche: su cuerpo y su mente lo necesitaban en grado sumo. Pero en el momento en que se sentó, apareció ante él Rose vestida con su atuendo habitual, gritando algo sobre el cartel de búsqueda que le había enseñado la víspera.

Como si tuviera ganas de pensar en algo que tuviera que ver con el día anterior.

Trató de imprimir vida a su cerebro, al fin y al cabo se suponía que estaba trabajando, pero las ideas se resistían a salir de la pista que giraba en torno a Mona. Aquella conmoción le había supuesto tres horas de sueño inquieto. Hasta el increíble progreso de Hardy del martes había pasado a segundo término.

—Toma, Carl.

Una mano morena empujó unas tazas del tamaño de un dedal hacia él y Rose, y un tufo de cualquier cosa menos café salió de la sustancia color barro.

—La verdad, no sé... —dijo, dirigiendo la mirada al fondo de la taza, mientras Assad le aseguraba que nadie había muerto hasta la fecha por tomar café de achicoria, que, por cierto, tenía efectos maravillosos. Recordó que su abuela siempre se lo decía.

¿Café de achicoria?! Aquello se empleó para castigar a ciudadanos inocentes durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Aquella derivación abusiva de la excelencia del grano de café había conseguido realmente sobrevivir al demoledor cataclismo mundial? Qué injusticia más terrible.

—Es lo que digo yo. Cuando por fin apretamos el botón, lo único que va a quedar serán malas hierbas y cucarachas —afirmó con voz cansada.

Los otros dos lo miraron como si hubiera tenido un derrame cerebral agudo, y también él se dio cuenta. Debía de haberse saltado un par de eslabones en la cadena de ideas.

Carl lo dejó estar, y miró la nariz quemada por el sol de Rose. Parecía casi humana.

—¿Por qué es tan importante esa investigación para ti, Rose? Todavía tenemos que ocuparnos del caso Anweiler, ¿no?

—El caso Anweiler no se llamará ya caso Anweiler, ¿verdad? Porque espero que estemos de acuerdo en que el hombre es inocente, ¿no? He escrito un informe a Lars Bjørn, en el que pongo a parir la investigación del departamento. Assad y yo hemos concluido que una de dos: o el hombre que había abandonado a la mujer muerta en la casa-barco era alguien con quien se podía hablar en serio, o si no quizá habría que investigar si la mujer era en realidad una analfabeta maquínica.

—¿Analfabeta maquínica? No conozco la expresión. ¿Qué diablos es eso?

—Una persona disfuncional en todo lo que tenga que ver con la electrónica. Alguien incapaz de manejar máquinas que tengan más de un asa o un botón. Un inútil a la hora de interpretar un manual de instrucciones o cambiar de teléfono fijo a móvil, o del balde para fregar al lavaplatos. ¿Sabes a qué me refiero?

Assad asintió con la cabeza, atento. Seguro que la definición la había inventado él.

—¡Vaya! Así que ¿creéis que el incendio de la casa-barco pudo ser un accidente? ¿Que todos los expertos que han estudiado el caso son unos auténticos idiotas superficiales que no han investigado hasta el fondo esa posibilidad?

Assad levantó un dedo en el aire, y Carl lo miró, fascinado. ¿De dónde vendrían todos aquellos pelos en los dedos? ¿Del café de achicoria?

—Muy bueno, Carl. Eso de ser superficial e ir hasta el fondo, cuando hablamos de un barco. Vamos, que también el barco se fue hasta el fondo, ¿no?

Carl frunció el ceño. ¿Sus dos colaboradores de más confianza, los únicos, habían pasado la noche bebiendo limonada en la guardería de Bispebjerg? Santo cielo. A ver si lo dejaban en paz.

Se volvió hacia Assad.

—¿Qué dicen los peritos de la compañía de seguros sobre el accidente?



—Bueno, no creían, o sea, que hubiera a bordo nada que pudiera provocar una explosión tan enorme. Ni bombonas de gas, ni...

En aquel momento terció Rose.

—A los imbéciles puede pasarles cualquier cosa. La combinación correcta de laca sobre la mesa de la cocina; el gas abierto, porque a ella se le olvidó encenderlo; aceite para lámparas en la estufa, acetona o quitaesmalte en la estantería... Y de qué vivía Anweiler, piensa en ello. ¿No era *roadie* y técnico de luces? ¿Esos no trabajan con un montón de cosas que pueden calentarse de cojones? Tal vez fuera un proyector que se le quedó en la casa-barco, y que la mujer encendió por equivocación. Y puede que cayera en el sofá, donde había un par de botellas de alcohol desnaturalizado. Hay muchas posibilidades, pero no lo sabemos, y, francamente, me importa un bledo, porque no es nuestro caso. Lo que tenía que hacer yo era apretar timbres. Las respuestas a todas las preguntas tendrán que encontrarlas en el segundo piso.

Carl aspiró hondo. Con aquella fantasía, Rose no debía temer el futuro: había nacido una nueva Agatha Christie.

—Y Carl, también creo que deberías pensar en lo de ayer. ¿No dijiste que estabas harto del caso Anweiler?

Carl enderezó el torso y su mente se puso a trabajar. Ya era hora de mandar a paseo la puta resaca emocional y recordar a aquella tía impertinente en qué puerta había una vistosa placa de latón y en cuál no había nada.

—Vaya, ¿dije eso? Pero ya sé adónde quieres llegar, y la respuesta es que hoy no quiero ver carteles de búsqueda, puedes estar segura. No se empieza un caso nuevo hasta resolver el anterior, y menos aún cuando no se han investigado todos los aspectos a fondo, ¿verdad? Y casos sin resolver tenemos de sobra, creo.

Assad se estremeció de placer. Como cuando sacas el trasero de debajo del edredón una helada noche de invierno y sientes que se te está congelando, y luego vuelves a meterlo bajo el edredón. Los ojos de Assad expresaban las ganas que tenía de ver la reacción de Rose.

—Dime, ¿para qué queremos otro caso? —prosiguió Carl—. ¿Has olvidado los que siguen colgados del tablón de aglomerado del pasillo? ¿Los casos con los cordeles rojiblancos de Assad? ¿Cuántos hay ahora, Assad?

—¿Cordeles rojos?

—No, casos.

La mirada enmarcada en rímel de Rose avanzó hacia él como una apisonadora.

—Hay sesenta y dos casos, ¿crees que no sé contar, o qué? Pero este caso es...

—Escucha, Rose. Es posible que la investigación de los del segundo piso haya sido defectuosa en el caso Anweiler, pero también va a serlo la nuestra si no queremos atar los cabos sueltos que conocemos del caso.

Assad lo confirmó con enérgico gesto afirmativo. Se le debió de escapar algún elemento sintáctico.

—Debemos suponer que la investigación del incendio ha estado muy limitada

porque el barco estaba calcinado y también hundido. A eso hay que añadir que las condiciones meteorológicas eran malas y que en el puerto había bastante corriente. Joder, Rose, los peritos que se ocupan de esas cosas son auténticos expertos.

Rose le dirigió una mirada agria.

—Ya puedes borrar esa cara de cabreo, porque sé que lo son. Al fin y al cabo, llevo en el cuerpo desde que eras una mocosa. Y si no lo reconoces, es que sigues siéndolo.

Assad se rascó la barba de días, silenciando el suspiro de Rose.

—Vale —dijo después—. Hay que hablar, o sea, con Anweiler. Hay que ver el estado del barco. ¿Era de lujo? ¿Quién era la víctima? Hay que investigar su perfil.

—Exacto. Me lo has quitado de la boca, Assad. Podéis incluso pedir ayuda a Mona Ibsen. Creo que anda con poco trabajo.

Sonrió para sí. Si Mona creía que iba a poder librarse de él por mucho tiempo, ya podía enrolarse en la patrulla Sirius.

—Assad tiene razón. Tenemos que terminar todo eso antes de dejar el caso, lo sabes bien, Rose.

Pero Rose no dijo nada. Contó mentalmente hasta diez. Era imposible saber si la explosión latente que siempre llevaba encima estaba a punto de materializarse.

Carl sonrió con ironía. Casi debería ponerlo a prueba.

—Y ahora vienes con un caso más interesante, ¿verdad?

Señaló el cartel de búsqueda.

—¿Ha sido el pelo rojo lo que te ha atraído? ¿O ha sido su sonrisa algo gastada? ¿Ves en sus ojos incoloros una profundidad que apela a tu instinto materno? Porque yo no veo nada especial en ninguna de esas cosas.

Rose asintió en silencio mientras quitaba el seguro a la bomba de frío que iba a hacer explotar a los pocos segundos.

—Bien, Carl. Se ve que no has tenido con tu padre la cálida relación que ha tenido la chica que hizo el cartel de búsqueda con Stark, ¿verdad?

—¿Y tú sí, Rose?

Las cejas de Assad se arquearon como impulsadas por un muelle.

Era algo que nunca debería haber dicho.

Y para cuando Carl se dio cuenta de la metedura de pata, Rose había girado sobre sus talones y se había largado, dejando abrigo y bolso en el suelo, con un «adiós» que te atravesaba como un carámbano de hielo.

—Glub, Carl —dijo Assad en voz baja.

Carl sabía qué estaba pensando. Más vale tener un grano en salva sea la parte que tener a Rose en pie de guerra, pero a tomar por culo. A tomar por culo ella y el caso Anweiler, a tomar por culo Jacobsen, porque los abandonaba, y a tomar por culo Bjørn, Vigga, Mona y todo el mundo. En el fondo, le importaban todos un carajo, pero que lo dejaran en paz.

Entonces notó un ligero temblor en el diafragma que luego pasó a los lados. No

era desagradable del todo, pero sí algo inquietante. Como si todas las venas de su torso y de sus miembros se contrajeran a la vez, y luego se dilataran, y pensarán continuar así.

Luego sintió escalofríos que se extendían por los omoplatos y axilas, y sudores fríos y calientes se distribuyeron por diversos lugares de su piel, de modo que no sabía si estaba helado o si tenía demasiado calor.

Si no hubiera tenido antes un ataque de angustia, habría pensado que se aproximaba uno.

Y tal vez fuera así. ¿O era una vez más a causa de Mona?

Luego extendió el brazo y con dedos temblorosos tomó la taza de Rose y vació de un trago aquel mejunje tibio.

Los músculos de su rostro se contrajeron como si hubiera mordido un limón sin madurar. El sabor a café amargo con matices agrios hizo que la garganta se le cerrase. Jadeó un rato en busca de aire, y la sensación corporal se alivió.

Algo perplejo y confuso, se quedó mirando hacia el techo.

Luego soltó un profundo suspiro.

En aquel momento, Assad rompió el silencio.

—Ya he estado arriba con Lars Bjørn, como me has dicho, y me ha contado, entonces, que el caso Anweiler está bajo control. Que la crítica de Rose era descabellada.

Carl se aclaró la garganta. De lo contrario, no habría podido decir palabra.

—¿De verdad que Bjørn ha dicho eso? Qué sorprendente.

—Sí, ha dicho que el caso seguía encima de la mesa y que habría que detener a Anweiler. Lo tenía todo controlado, Carl.

Se miraron un rato, y luego Assad soltó una risa burlona que atravesó en sentido inverso su sistema respiratorio, como un brusco ronquido repentino de alguien con apnea del sueño.

—Es coña, Carl. No controla ni papo.

Carl sonrió.

—Ni papa, Assad. No controla ni papa. Pero está bien. Voy a hacerle una visita a Jacobsen. Mientras tanto, ¿puedes ser tan amable de telefonar al exmarido de la difunta y pedirle que se presente aquí tan pronto como pueda? Puedes darle a elegir entre un coche patrulla o un taxi.

Reinaba un ambiente extraño en el despacho del inspector jefe de Homicidios. Abrir la puerta a aquel infierno de confeti recién arrojado era como meterse en una caótica escena del crimen. Papeles desgarrados y desechados, informes técnicos, fotos de las que la gente normal no se recuperaría con facilidad, contenidos de cajones esparcidos como nieve sobre el escritorio. Seguro que estaba haciendo limpieza y clasificación, pero parecían recuerdos de discordias y peleas de siglos.

—¿Quién ha arrojado la granada de mano? —preguntó con cautela, mientras intentaba localizar alguna superficie plana en que poder sentarse. En vano.

—Lis viene enseguida con bolsas de basura. ¿No puedes esperar media hora, Carl?

—Solo quería decirte que el Departamento Q se hace cargo del caso Anweiler. Hemos encontrado una pista.

El inspector jefe se detuvo con la mano hundida en el cajón, entre una masa de viejas gomas de borrar, lápices rotos, bolígrafos reseco y esa especie de pelusa que los cajones producen por kilos con el paso de los años.

—No, Carl, el caso no es vuestro. Pertenece al segundo piso. No era un regalo, solo era para que Rose se ejercitara, ¿recuerdas? Ya es hora de que entiendas que vuestros casos son los que os enviamos nosotros. No podéis escoger y desechar; solo establecer prioridades.

—Yo te he informado, y ese va a ser mi regalo para ti. Para cuando te des cuenta, estará resuelto, y así podrás tener un galón más en la hombrera. Mereces un caso bien resuelto en tus últimos días. A propósito, ¿cómo te va? ¿Estás bien?

Jacobsen alzó de pronto la mirada. Las terminales nerviosas que cubría su caparazón de profesionalidad parecían estar al descubierto. Si la jubilación lo afectaba ya, ¿cómo sería pasada una semana o un año? Joder, no tenía por qué jubilarse. ¿Cuántos años tenía? ¿Sesenta?

—Te advierto una cosa, Carl. Sé de tu mala relación con Lars Bjørn, pero es un hombre bueno, así que no hay razón para enemistarse con él.

—Gracias por la advertencia. Pero si no puede soportar la presión, que me expulse, me importa un huevo. Eso sí, va a tener que pensar qué hacer con el Departamento Q. Porque, claro, no querrá arriesgarse a perder los millones que aporta el departamento a vuestra sección, ¿verdad? Además, créeme, no tiene ni idea de qué va ese caso.

El inspector jefe echó la cabeza atrás y cerró los ojos. Quizá le doliera la cabeza; Carl nunca lo había visto tan distante.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo con voz débil—. Pero Bjørn bien podría poner tu departamento en manos de otro, si es lo que buscas, Carl. Tú has construido el

Departamento Q, pero el arquitecto fue Bjørn, no yo. Así que ándate con cuidado, ¿vale?

—**H**a llegado el marido de la difunta, Carl —le comunicó Assad nada más entrar—. Es perforador en una plataforma petrolífera, y en este momento estaba en tierra, así que hemos tenido suerte.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—¿Perforador?

No estaba mal. Los hombres así estaban acostumbrados a apretar los dientes cuando había viento en contra y a tomar las cosas como venían. Por eso sus secretos no eran los más difíciles de sonsacar.

Esperaba a un hombre con puños como mazos y hombros acostumbrados a no ceder, pero estaba equivocado. De hecho, se parecía bastante a Sverre Anweiler. Estaba claro que a la víctima del incendio le costaba decir que no a esa clase de hombres.

Al lado de Assad, parecía pequeño. Como si lo hubieran vaciado por dentro. El pecho hundido, hombros tan endeble como los de un niño. Pero en sus ojos se veía el acero. La voluntad de hacer lo que hiciera falta. Un hombre hecho y derecho.

—¿A qué agujero de mierda me habéis traído? Joder, parece una cámara de torturas.

Emitió una risa hueca.

—Espero que sepáis que eso no está permitido en Dinamarca.

Tendió la mano, y, pese a su pequeñez, apretó con fuerza.

—Ralf Virklund, el marido de Minna. ¿Queríais hablar conmigo?

Carl le pidió que se sentara.

—A mi ayudante y a mí nos han encomendado el caso del incendio en el que murió tu esposa. Hemos leído bien los informes, y nos parece que hay unas cuantas preguntas sin responder.

El hombre asintió con la cabeza. Parecía dispuesto a colaborar. Si estaba inquieto, lo ocultaba bien.

—Deducimos de los expedientes que tu mujer te abandonó justo antes del fatal incendio. Te escribió una carta para decirte que había encontrado a alguien mejor. ¿Algo que decir al respecto?

El hombre hizo un gesto afirmativo y miró a un lado; por lo visto, no era algo de lo que estuviera orgulloso.

—Joder, no se le puede reprochar. ¿Crees acaso que era ideal compartir la cama con alguien que solo paraba por casa un par de meses al año?

¡*Touché!* ¿Qué coño iba a responder? Un par de meses al año con Mona sería un récord mundial. ¿Por qué diablos se ponía ahora a pensar en eso?

—Eso les pasa a muchos —respondió Assad por él. Sonrió con exagerada calidez. Vale, era un interrogatorio con poli bueno y poli malo, y a Carl le tocaba hacer de malo, cosa que le venía de perlas en aquel momento.

Carl se inclinó hacia el interrogado.

—Escucha, Ralf. Esas chorradas guárdatelas para ti, ¿vale? Porque no pensarás que es muy lógico que te reemplazara por alguien que tampoco estaba nunca en casa, ¿verdad?

El hombre miró a Carl sin comprender.

—¿Tú también con esa milonga? Joder, ya he explicado a la Policía varias veces que Minna no conocía a ese hombre. Simplemente le compró la casa-barco, y punto. ¡Nada más!

Carl miró a Assad. Parecía un nómada reposado a quien han pedido consejo acerca del mejor cobijo contra el sol del desierto: el tipo asentía en silencio, como un viejo sabio, tal vez algo distraído. ¿Qué se traía entre manos?

—Escucha bien, Ralf Virklund. Lo que estás diciendo no aparece en ningún informe —expuso Carl—. Y como debemos anotar ese tipo de afirmaciones, me parece que no nos lo has contado.

—Estoy seguro de que lo he contado. Y también he dicho que no sabía que el barco se hubiera incendiado y que Minna hubiera muerto antes de que me lo dijeran los maderos. Joder, en los papeles pondrá que me llevé un susto de muerte, y que Minna no tenía nada que ver con el hombre del barco, aparte de que se lo quería comprar, ¿verdad? Porque si no, quiero ver el informe; es posible, ¿no?

Carl miró otra vez a Assad.

Sus ojos relampaguearon «Venga, compañero, di algo, que te toca». Al fin y al cabo, de los dos era él quien había leído más a fondo los informes. Sin embargo, ¿qué hacía el tío? No hacía nada, solo estar allí, debajo de su palmera, sonriendo.

Irritante de cojones.

—Yo creo que mataste a tu esposa porque te era infiel, y que el fuego se propagó grac...

—Tú, Ralf —terció Assad—. ¿Cuántos litros de crudo se bombean de un pozo en un día bueno?

El hombre miró desconcertado a Assad. No fue el único.

—Verás, o sea, te lo pregunto porque entonces se puede saber cuánto gas y porquería se bombea al mismo tiempo. Como esas pijadas que has dicho antes, ¿no?

Una arruga torcida apareció en el careto del hombre.

—He telefonado a tu empresa —continuó Assad con aquella sonrisa insondable—. Creo que están muy contentos contigo, Ralf.

Y asintió en silencio con un gruñido y una expresión afirmativa, pero también algo inquisitiva.

—No han podido evitar decir, porque se lo he preguntado, que eres un revoltoso, ¿sabes? Y que te gusta enseñar que no tienes miedo a nada, ¿no es así?

El hombre se encogió un poco de hombros. Para él la situación había tomado un sesgo estúpido, era evidente.

—Vale, es verdad. Pero nunca he pegado a Minna, si es lo que insinúas. Solo peleas domésticas y cosas de esas. Nunca me han condenado por violento, ¡pero eso ya lo sabéis, cojones!

—He pensado que Carl y yo podríamos darnos una vuelta por la casa donde vivíais Minna y tú, y hablar con los vecinos de eso. ¿Qué te parece?

El hombre soltó un bufido.

—Me importa un huevo. Esos vecinos me la sudan. Musulmanes, jutlandeses, una mierda todos.

¿Ha dicho jutlandeses?, pensó Carl. ¿El tío los provocaba en su puta jeta? ¿Así era como montaba sus peleas? De lo más creativo.

Entonces Assad se levantó y, manteniendo la amplia sonrisa, le asestó un directo de derecha en medio de la jeta.

Aquello fue tan asombroso como infame e incorrecto, sobre todo allí, en dependencias de la Jefatura de Policía.

Pero Assad acalló las protestas de Carl con un gesto. Estaba impasible, tranquilo, algo inclinado sobre el hombre, con las manos plantadas en las rodillas y observando de cerca el rostro de nariz sanguinolenta.

Sus ojos estaban a menos de diez centímetros.

¿Qué coño pasaba allí? El tipo iba a saltar de un momento a otro y liarse a puñetazos. Era evidente en qué estaba pensando. ¿Era el plan de Assad meterlo a la sombra por atentado a la autoridad? ¿Tendrían que mentir y decir que empezó él?

De pronto, para su sorpresa, ambos echaron a reír a carcajadas, y Assad se enderezó y dio al hombre una palmada en el hombro. Metió la mano en el bolsillo y le tendió un pañuelo.

—Tiene sentido del humor, Carl ¿lo has visto? —observó Assad, riendo.

Y el perforador hizo un gesto afirmativo. Aunque le dolería, por lo visto le gustaba que le recordasen su sentido del humor.

—Pero no vuelvas a hacerlo —advirtió.

—Pues no vuelvas a llamarme jutlandés —replicó Assad.

Menudas carcajadas soltaron los dos idiotas.

Carl no entendía gran cosa, pero no le importaba, porque se había abierto una cuña en su opinión sobre Assad. Por una parte, se sentía extrañamente animado por lo decidido de su proceder, porque era señal de que empezaba a volver a ser él; pero, por otra, cabría preguntarse qué podría haber en la naturaleza de Assad, o quizá más bien en su pasado, que le hubiera enseñado a emplear la violencia de forma tan controlada. Desde luego, no era algo que se viera todos los días.

—Solo una pregunta más antes de que te soltemos —dijo Assad.

¿Qué decía? No podían dejarlo libre tan fácilmente. ¡Si acababan de empezar!

—¿Tu mujer era una manazas? Se dice así, ¿verdad?

El hombre echó la cabeza hacia atrás, como si temiera otro golpe del puño calloso de Assad.

—¿Cómo coño lo sabes? —se extrañó el hombre.

—¿Lo era?

Un hoyuelo apareció en el rostro experimentado.

—Joder, era tan manazas que mi madre se negaba a que la visitásemos. En la vida se han visto tantas figuritas de porcelana rotas en el suelo como la primera vez que Minna y yo estuvimos de visita en su casa.

Asintió en silencio.

—Sí, Minna se sentía apabullada con facilidad.

Assad preguntó con la mirada a Carl.

—Apabullada quiere decir perpleja, confusa, Assad —explicó Carl.

Aquello no pareció aclarar las cosas.

—¿Estás diciendo que no era muy hábil con máquinas, electrónica y esas cosas?  
—continuó Assad.

El diafragma de Ralf Virklund se estremeció.

—Si encendía la tostadora, se quemaba el aparato y no el pan. Pero...

Se detuvo.

Y los tres se miraron.

—**D**ebo decirte, Assad, que no apruebo que pegues a la gente en mi despacho — anunció Carl cuando el hombre se fue—. Te ruego una explicación. Porque te darás cuenta de que si vuelves a montar un numerito así, vas a la calle.

—Venga, Carl. Ya has visto cómo se ha relajado el ambiente. Porque ya sabes que cuando el camello suelta un pedo puede haber dos razones, ¿verdad?

Santo cielo, otra vez una de camellos.

—Una de dos: o ha comido demasiada hierba o, si no, es solo para poner un poco de buena música bajo el sol del desierto.

—Joder, Assad, ¿qué justificación es esa para pegarle al tío?

—Solo quería decir que debe de ser aburrido pasar tanto tiempo en una plataforma petrolífera de esas.

—Sí, claro. Solo querías demostrar que las peleas son un pasatiempo para él.

—Solo pega por divertirse, Carl. Ya lo has visto antes. Él sabía que nos estaba ofendiendo, y le he enseñado cómo se arregla eso, y cómo podemos seguir siendo tan amigos después. Cuando le he pegado hemos quedado en paz, le ha parecido bien.

—Así que, al igual que el camello, se desinhibe para tener un poco de color en su existencia, por eso se pelea tan fácilmente. ¿Por qué no debería ocurrir lo mismo con su mujer?

—Porque no es tan divertido pegar a la mujer como pegar a los amigos, por eso.



—Me parece una base bastante débil para descartarlo como autor del crimen.

—No lo descarto. Pero ¡Carl! El que pincha a un camello en el trasero, se arriesga a recibir una coz en los huevos, así es la vida.

Dios...

—Así que ¿esta vez tu camello es una hembra? ¿Quieres decir que no es divertido pegar a alguien si no es divertido para el otro?

Assad sonrió.

—Lo has entendido, entonces. Muy bien, Carl.

**E**n los primeros años de Carl en la Policía, los informes se escribían en veinte minutos y con dos dedos en la máquina de escribir. En la Dinamarca actual se hacía con diez dedos y un programa de tratamiento de textos de quinta generación, y tardabas dos horas y media, eso con suerte. Ahora los informes no eran solo conclusiones, sino más bien conclusiones de conclusiones de conclusiones.

En circunstancias normales, Carl detestaba toda aquella burocracia, pero ese día le convenía aislarse frente a la pantalla, aunque le costara concentrarse.

Oyó en el pasillo las voces de Rose y Gordon.

Al parecer, Rose estaba fardando de estar a punto de resolver el caso Anweiler para el Departamento Q, y la enorme admiración de Gordon por ella era evidente. Si había algo en el sótano que Gordon deseaba investigar, su estrategia debía de ser que no le importaría nada hacerlo pasando por las bragas de Rose.

Carl trató de cerrar los oídos. Cuando te sentías como se sentía él, no tenías ganas de escuchar esas cosas.

—¡Vaya, Gordon! —gritó cuando pasaron ante su puerta—. ¿Ya te la has llevado al huerto?

Rose le dirigió una mirada heladora y cerró la puerta de un portazo.

Carl frunció el ceño. ¿Sería verdad que aquel espectro flaco que apenas había dejado de comer purés había conquistado a Rose?

Dirigió la vista hacia la pantalla parpadeante y empezó a redactar un resumen de su visita a Róterdam. No era tarea fácil, porque, a decir verdad, los agentes que se encargaron de los asesinatos de Schiedam con pistola clavadora hablaban un inglés asombrosamente malo, en comparación con el resto de holandeses que conocía.

No llenó más de dos páginas; iba a ser demasiado poco. Volvía a tener problemas para concentrarse. Tal vez quedara mejor cuando le enviaran los anexos de las actas de la reunión. Ya habría alguien en Jefatura capaz de traducir aquel lenguaje tosco.

Sacudió la cabeza.

Tampoco eso iba a servir de mucho.

El único modo viable de conseguir cierta serenidad era levantar el telón para el segundo acto del drama de Mona. Y aquel acto debía ser más constructivo que el

primero.

Marcó el número del trabajo de Mona, pero, por supuesto, no fue ella quien respondió. En un arrebato de necesidad de desarrollo conceptual, un par de meses antes Mona había empezado a colaborar en una clínica, pero, por desgracia, tenía el pequeño inconveniente de que siempre hablabas con la recepcionista; y aquella joven, por lo visto, se consideraba una psicóloga tan competente como quienes daban consejo en los despachos a su espalda.

—No, Mona Ibsen está ocupada ahora. Tiene un paciente. Bueno, puede que no sea un paciente, pero el hecho es que en su puerta pone «ocupado».

Ya iba a darle él hechos la próxima vez que se inclinara ante su mesa.

¡El hecho! Apenas había colgado cuando se apoderó de él una sensación fea y desagradable de que Mona quizá tuviera algún interés oculto cuando rompió con él.

¿Podía pensarse que Mona hubiera frecuentado a otros hombres mientras Carl peinaba las calles de la ciudad en busca de un anillo de boda? ¿Había pasado por alto señales que podrían sugerirlo?

No, Mona no era de esas. Si hubiera encontrado a otro, se lo habría dicho sin tapujos.

Pese a ello, una fea sensación de abandono se apoderó de él. No se había sentido así desde que tenía doce años. Desde que, un deslumbrante día de verano, vio a su mayor amor de la infancia, Lise, posar en el borde de la piscina descubierta. De pronto estaba allí, con un traje de baño escotado y torneados muslos morenos, a años luz de distancia. Ambos habían compartido la niñez y habían sido tímidos cuasinovios, y de pronto la sonrisa de ella era franca y se dirigía a otros. Cuando por fin lo miró a él, su sonrisa cambió. En un segundo se había hecho mujer, y a él lo habían abandonado y humillado, todavía atrapado en su cuerpo de niño.

Tardó por lo menos diez años en liberarse de la sensación de soledad en que ella lo había dejado, y ahora volvía a sentirse así. Como aparcado en vía muerta, abandonado a sí mismo. No eran celos, era algo más profundo y doloroso que eso.

Joder, tío, se dijo a sí mismo. Te has vuelto dependiente de Mona. ¿Cuándo ha sucedido eso?

Oyeron el traqueteo de Rose por el pasillo y se prepararon para lo peor. Ahora llegaban las consecuencias de la imprudencia de Carl de la víspera. ¿Por qué había mencionado al padre de Rose? Ya sabía que era una cuestión delicada.

—Tranquilo, Carl. Esta mañana he tenido una buena conversación con Alá. Va a ser un buen día —comunicó Assad.

Era increíble la relación que tenía Assad con todo dios.

—Venid los dos —fue lo primero que salió de la boca de Rose. Ojos brillantes y dueña de sí—. Tengo una pequeña sorpresa para vosotros.

No había duda de que esperaba protestas, porque giró sobre sus talones y no hubo más remedio que seguirla.

Aparte de que la nariz se le estaba pelando tras la ronda de Brumleby, se la veía en forma. Assad no estaba recuperado del todo, y las pocas horas dormidas y los pulmones tiznados de Carl tampoco ayudaban a espabilarlo. Así que ambos jadeaban cuando, a paso de carga, pasaron junto a la cabina de guardia y salieron a la plaza, donde la vieron dirigirse al trote hacia los aparcamientos junto al edificio *Falck*.

No había furgoneta de grupo más apropiada para el nombre que, escrito con letras de alambre de espino, ocupaba el lateral del camión, que aquella. Qué delicia debía de ser aquel cadáver pintarrajeado con ruedas para los fans del death metal: llamas rojas chisporroteantes desde el radiador hasta las luces traseras. Afilados cuernos de bisonte con sus correspondientes cráneos.

Desde luego, Daggers an' Swords, el grupo de Malmoe, no se había cortado un pelo.

Se oyó un clac; Rose había abierto la puerta corredera lateral y les hizo un gesto para que entrasen.

Y mira tú por dónde, allí estaba el rostro paliducho de Sverre Anweiler saludándolos con la cabeza, sombrío. Señaló el camastro frente al suyo, y, sin decir palabra, tiró del chisme de un par de latas de cerveza y las empujó hacia ellos.

—Tenemos poco tiempo —advirtió Rose—. Porque Sverre sale para Århus dentro de diez minutos. Tiene que llegar al transbordador.

Carl se sentó en el camastro, empujó una funda de guitarra hacia la pared y tiró de Assad para que se sentara junto a él. Allí estaba el hombre por detener por el cual llevaba un año suspirando la Interpol. Desde aquella cafetera destartada había cien metros al cuartel central de la Policía, y al lado estaba la Jefatura de Policía con las brigadas móviles de Lars Bjørn. ¿Cómo podía imaginar que podría irse a Århus así, sin más?

—Creía que Anweiler estaría en Malmoe, y por eso iba a ir allí esta mañana, pero luego he mirado la lista de conciertos de Daggers an' Swords y he visto que ayer

tocaron en el Trommen de Hørsholm —explicó Rose, que parecía bastante satisfecha de sí misma—. Así que he llamado a los organizadores para preguntarles si sabían dónde se alojaba el grupo en aquel momento. Me han dicho que estaban todavía desayunando en el Hotel Zleep de Ballerup, porque ayer por la noche había buen ambiente y se había retrasado todo un poco.

—Cuando ha llamado, creía que era una *groupie* —chapurreó el sueco en algo que debía de parecer danés.

—Sí, estaba bastante emocionada —dijo Rose, riendo.

Carl arrugó el entrecejo. Luego iban a tener una conversación sobre citarse por teléfono con alguien buscado por la Interpol como sospechoso de asesinato. Se va allí y se lo detiene. Y punto.

—Rose me ha puesto al corriente de la situación, y, claro, me he asustado, porque no sabía nada de eso —continuó el canijo—. Pero puedo asegurar que no tengo la menor relación con el desgraciado suceso.

Era asombroso lo bien que se expresaba el sueco.

—Es lo que tienes que decir, ¿no? —repuso Carl.

—Ya, pero es que he estado fuera mucho tiempo, y no sabía nada. No he estado en Sydhavnen desde que vendí la casa-barco, aunque de hecho había pensado hacer una visita a la compradora cuando tuviera un poco de tiempo, para ver cómo iba todo.

—Puedo afirmar que hemos visto algo que podría indicar que has estado fuera, pero ¿cómo podemos saberlo con seguridad? —preguntó Carl.

—¿Cómo? En casa tengo todo tipo de pruebas. Recibos, fotos, de todo. Están en el piso de Malmoe. No teníais más que preguntar.

Carl asintió con la cabeza.

—Y si es tal como lo cuentas, entonces tenemos que alejar de ti el foco de la sospecha, ya nos damos cuenta. Me parece bien, pero ¿podrías decirme qué podía haber en la casa-barco que pudiera provocar aquella enorme explosión? Es algo difícil de responder, ¿verdad?

Tenía entre las manos algo que podían parecer las lámparas de una vieja radio, quizá alguna pieza de los amplificadores que había al fondo del camión. La fiesta *rave* de la víspera había dejado pesadas ojeras bajo sus pálidos ojos. Un manto de tristeza cubrió su boca y las reliquias de duro con que se adornaba: *piercings* en las orejas, tatuaje en el cuello, y la cabeza rapada.

—No me lo parece —respondió, conciso.

Una extraordinaria sensación de relajación y sosiego se extendió por el batiburrillo de ropa de cuero negra con tachuelas y relucientes botas que era el interior de la furgoneta.

—Es que antes de venderlo le hice una puesta a punto. Di varias manos de barniz a los suelos y aceite a todo el maderamen. Por eso quedaban restos de barniz y aceite de linaza en la vieja sala de máquinas. Le dije que volvería un día a limpiarlo todo, pero me aseguró que ya lo limpiaría y airearía ella, que podía irme. La verdad es que

me venía muy bien.

—Así que crees que se le olvidaría, que aquellos restos prendieron y todo saltó por los aires, ¿no? Pero estoy seguro de que los peritos habrían llegado a esa conclusión si hubiera ocurrido así de verdad. Y supongo que habrían encontrado restos de cubos en el fondo de la dársena si tu hipótesis fuera cierta.

—No, porque el barniz y el aceite estaban en recipientes de plástico.

Parecía desalentado por ello.

—Pero debe de haber sido una combinación de eso y alguna otra cosa. Debí pensar en ello cuando le enseñé el barco por dentro, porque parecía bastante distraída. Decía que sí a todo lo que le explicaba, pero no parecía enterarse de mucho.

—¿La cocina de gas?

—No. —Los miró entristecido—. Pienso más bien en el generador.

—¿Estaba en la sala de máquinas?

El hombre hizo un lento gesto afirmativo.

—¿Por qué no cruzas la calle conmigo y explicas a mi jefe lo que nos acabas de contar?

Anweiler se encogió de hombros y les recordó que ya les había dicho que tenía prisa, porque debía tomar un transbordador.

Pero Carl sabía que la razón era otra. La reticencia a colaborar de Sverre era más bien la falta de confianza, propia de un antiguo delincuente, en que vayan a escuchar con una mente abierta lo que tenga que decir.

Al fin y al cabo, también ellos tenían sus experiencias.

**E**l pesado andar de Carl lo llevó hasta el segundo piso, y la botella de Chivas de su mano le parecía insuficiente.

«Fiesta de despedida», ponía en la puerta de la cantina. También podían haberlo llamado «El fin del Departamento A» o «Sección de la victoria del crimen organizado».

Nada iba a volver a ser como lo había sido en tiempos de Marcus Jacobsen. ¿Por qué puñetas tenía que irse ahora? ¿No podía haber esperado al menos a que también Carl tirase la toalla?

La señora Sørensen había preparado para la ocasión ese tipo de bizcocho mazacote que solo engaña a individuos presas de la hambruna. Lis había decorado el irregular glaseado con banderitas danesas. Y bajo numerosos vasos de plástico y casi nada para llenarlos —al fin y al cabo estaban en horario de trabajo—, alguien había escrito en mayúsculas sobre el mantel de usar y tirar las frases, tan faltas de tacto, «Disfruta el ocio, jefe, adiós y gracias. Viva el Departamento A».

El discurso de la directora de la Policía fue breve, tras eliminar todas las cuestiones que sus largos años de pelea con el inspector jefe Jacobsen habrían podido

sacar a la superficie, y por esa razón resultó de lo más vacío; el discurso de Lars Bjørn, al contrario, se concentró, en general, en lo que le parecía aprovechable de las ideas de su antecesor, y sobre todo en lo que no le parecía aprovechable.

Cuando terminó, solo se acercó Gordon a darle la mano al payaso, y Bjørn, sonriendo y aparentando sorpresa, le dio una palmada en el hombro.

Intercambiaron unas palabras con las cabezas inclinadas. El estudiante y el inspector jefe en potencia del Departamento de Homicidios. ¿De qué diablos podían hablar con tanta intimidación? ¿Gordon no era acaso un irritante estudiante de Derecho a quien habían dejado husmear un poco en la parte de la maquinaria donde se ponía a prueba el sistema judicial?

¿O es que era el hombre de Bjørn?

En ese caso, tal vez no fuera solo un salido al que le iban las mujeres que estaban mal de la azotea y se pintaban los ojos con tinta china.

Ya te voy a vigilar, maldito larguirucho, pensó, y miró con una sonrisa de consuelo a su jefe de muchos años. Si Jacobsen decidía echarse atrás en aquel momento, bien podría devolver a Bjørn de una patada a Afganistán, de donde acababa de llegar.

—Ostras, Marcus, lo siento, mereces mejores discursos que esto —lo consoló Carl, mientras le tendía con timidez el miserable cartón con la botella de whisky—. Es imposible tener un jefe mejor y más competente de lo que has sido tú.

Lo dijo con voz clara y resonante, para que ninguno de los presentes, incluidos la directora de la Policía y Bjørn, tuviera la menor duda.

Marcus Jacobsen miró un momento a Carl con una débil sonrisa, tomó el cartón, lo puso en la mesa a su lado y después dio un inusual cálido abrazo a Carl.

Seguro que fue el único del día.

Así terminaban veinte años de servicio en Jefatura, sin más ceremonias, y así solía ser cada vez. Cuando la gente abandonaba sus puestos, sucedía de forma demasiado plácida.

Desde luego, Carl no esperaba ninguna banda de música cuando le llegara el turno, y le parecía muy bien.

Con ánimo triste, dio instrucciones a Rose y Assad, y se sentó al escritorio para terminar el caso Anweiler con el obligatorio informe escrito.

Resumiendo, había que considerar el incendio como un accidente, y lo peor que podía pasarle a Sverre Anweiler era que le cayera una multa por no haber retirado como es debido los líquidos inflamables del barco antes de que la compradora lo ocupase.

Se trataba de un caso triste y tampoco demasiado emocionante o prestigioso para que Bjørn lo presentara a la prensa, pero por otra parte era un buen caso para la

despedida de Jacobsen. Sería el punto final, el último caso, así debía ser. En su larga carrera habría otras investigaciones, no tan exitosas, que recordaría sin alegría, y eso era algo con lo que, al igual que el resto de investigadores del Departamento de Homicidios, tenía que apechugar.

Un caso de asesinato sin resolver te roía hasta el día de tu muerte.

Luego Carl imprimió el informe y escribió TERMINADO en la primera página.

Miró la palabra y, sin querer, pensó otra vez en Mona. ¿Hasta cuándo iba a seguir así?

Carl y Assad se plantaron ante los numerosos casos colgados en la pared del pasillo del sótano. Pese a que los últimos meses se había hecho una limpieza, por desgracia aparecieron más casos nuevos que los que habían retirado. En la última época de Jacobsen como inspector jefe, el Departamento A había tenido unos índices de resolución de casos del noventa por cien, pero en el resto del país las cosas no iban tan bien, aquella pared lo señalaba con claridad. Además, los últimos diez años habían sido duros para mucha gente, y habían traído mucha desgracia, era innegable. Los suicidios y desapariciones inexplicables contribuían también a cargar aquellas planchas de aglomerado con cordeles multicolores.

Se había formado una red de cordeles de algodón azul entre los casos que pudieran tener un mínimo en común, y casi otros tantos cordeles rojiblancos entre casos que parecían guardar una relación evidente entre ellos.

Una telaraña de colores sobre desgracias y desdichas, y luego todos los que colgaban sueltos.

—Material no falta, Assad —sentenció Carl.

—Así es. Me lo has sacado de la boca.

—Quitado de la boca, Assad. Me lo has quitado de la boca, ¿vale? Pero sí, estamos pensando lo mismo: ¿vamos a estudiar un caso dudoso más? ¿Una búsqueda de hace varios años?

—De todas formas, Carl. Creo que Rose lo merece. Acaba de resolver un caso.

—Ya, pero ese nunca había estado colgado de la pared, no lo olvides.

—De todas formas. Colguémoslo.

Sonrió cansado, pero socarrón, como el viejo Assad de siempre. Con un poco más de tufo a té de menta y engrudo almibarado, un poco más de enervante música de observancia oriental, un poco más de brillo en los ojos y dosis diarias de confusión lingüística, iba a ponerse como nuevo.

—Vaya, eso crees.

Carl dio un profundo suspiro. Aquel día su fuerza de resistencia no estaba en su mejor momento, porque era como si al final de todas sus cadenas de ideas estuviera siempre Mona.

—Pero entonces dale tú la noticia, ¿vale?

La manera arrolladora que tenía a veces Rose de corresponder a tales gestos lo ponía alerta. No era con ella con quien necesitaba tener un contacto corporal en aquel momento.

Se dejó caer en la silla y trató de recuperar el ánimo. Un par de caladas profundas al primer cigarrillo del día.

Lo de Mona no lo dejaba en paz. ¡Mierda!

El cigarrillo se transformó en ceniza, mientras la inquietud lo invadía por cada chupada que daba. Y de pronto, salida a saber de dónde, Rose estaba ante él, tosiendo y alejando el humo con la mano que sujetaba el cartel de búsqueda.

—Gracias, Carl —se limitó a decir, y señaló el pequeño póster. Nada de ¡BIEN!, ninguna oleada de entusiasmo que lo derribase. Solo «gracias», que tampoco era moco de pavo en boca de Rose.

Sin hacer caso de la expresión dolorida de Carl, Rose se sentó en una de las horribles sillas que ella misma había llevado una vez a hurtadillas.

—He investigado el caso del hombre del cartel de búsqueda, como podías suponer.

Pasó la mano por la foto del pelirrojo William Stark.

—El número de teléfono del cartel ya no está operativo, por supuesto, pero he conseguido el nuevo y podemos ponernos en contacto con la chica que hizo el cartel.

—Vale. ¿Y qué es lo que tanto te atrae de este caso? —preguntó Carl.

—¡Assad, ven aquí! —gritó Rose.

Se oyeron unos pasos arrastrados, y Assad apareció ante ellos, hambriento de novedades, preparado para la lucha con una bandeja de acero repujado y humeante engrudo almibarado.

—¿Quién quiere unas delicias turcas? —preguntó, señalando con la cabeza los cubitos azucarados de colorines que había en la bandeja, como si fueran nada menos que el contenido del Santo Grial.

—Assad ha hecho las comprobaciones básicas, y yo he investigado la situación actual —soltó Rose con la mayor naturalidad.

Carl sacudió la cabeza. Cuando se juntaban aquellos dos, eran como una manada desbocada de ñus en medio de la sabana. Adelante, todo recto. Y tenías que saltar a un lado si no querías que arrasaran contigo.

Assad depositó los dulces en la mesa y se sentó junto a Rose, con el bloc de notas abierto.

—Ese William Stark era un tipo listo. Las mejores notas de su promoción. De hecho, era muy raro que no hubiera subido más en el escalafón cuando desapareció.

Puso unos papeles ante sí.

—Tenía cuarenta y dos años, y llevaba quince de funcionario ministerial. Hasta entonces había trabajado como administrador y asesor jurídico para varios organismos empresariales. Soltero, pero lleva seis años viviendo con Malene



Kristoffersen y su hija Tilde. Malene tiene cuarenta y siete, Tilde dieciséis, y viven en Valby.

—¿Cómo estaba la economía de Stark?

Assad hizo un gesto con la cabeza.

—Veinte años de ahorro concienzudo. La casa, entonces, recién terminada de pagar, y ocho millones de coronas en valores. La mayor parte procedía de la herencia de su madre, que murió justo antes de desaparecer él. Era hijo único, por lo que tampoco tenía familiares cercanos.

—¡Joder, ocho millones!

Carl soltó un silbido. Si los tuviera, compraría dos billetes a Cuba y obligaría a Mona a acompañarlo. Un mes bajo las palmeras y bien de rumba en los riñones y más entre sábanas, aquello sí que iba a ablandarla.

Sacudió la cabeza para apartar la idea.

—Bien, ¿tenemos declaraciones de gente cercana a Stark que pueda darnos una pista de por qué desapareció?

Rose tomó el relevo.

—Nada. Sus compañeros de trabajo lo definieron como callado, pero equilibrado. En el informe pone que ni en el trabajo ni en su vida privada dio pie a sospechas de depresiones ni nada por el estilo.

Los hay con suerte.

—Pero dime, Rose, ¿por qué estás tan interesada en el caso, aparte de que te caiga simpática la chica? Porque eso lo entiendo, pero ¿qué más?

—Las circunstancias, Carl. Puedo entender que alguien vaya a África y desaparezca. Podría ser involuntario, por supuesto, con los peligros que rondan por allí; pero también podría tratarse de una desaparición voluntaria en el culo del mundo. El motivo podría ser la sed de aventura, pero también el tedio de la vida cotidiana. El tedio del trabajo y los compañeros. El tedio de la oscuridad y el frío del invierno y el clima político de Dinamarca. O quizá fueran las ganas de más sexo las que lo impulsaron. Tal vez una debilidad por jovencitas morenas, no sería la primera vez, ¿verdad?

Calló un rato para dar impulso a su siguiente frase.

—O por jovencitos morenos, para el caso. Puede haber tenido secretos, todos los tenemos.

Carl hizo un gesto afirmativo. Nadie más apropiado que ella para decirlo.

Se volvió hacia Assad. También él hizo un gesto afirmativo, pero algo vacilante. Como un delincuente experimentado que supiera que debía dar unas explicaciones tan cercanas a la verdad como se pudiera, pero sabiendo también con exactitud cuándo retener información.

Fue un gesto afirmativo de lo más extraño.

—¿Crees que Stark tenía secretos?

Rose se alzó de hombros.

—¿Quién sabe? Pero el caso es que no desaparece en África, y eso es lo que me tiene intrigada. Porque vuelve a Dinamarca, Carl. Cuando apenas lleva unas pocas horas en Camerún, cancela su billete de vuelta y hace otra reserva. Y aterriza en el aeropuerto de Kastrup sin problemas. Tenemos la lista de pasajeros de la compañía y varios vídeos de vigilancia en los que sale tirando de su equipaje. Y de pronto desaparece. Quizá para siempre.

Carl trató de imaginarlo.

—Puede haber sido listo. La investigación está enfocada hacia Dinamarca, porque es aquí donde desaparece; pero, al igual que Sverre Anweiler, puede haber pasado el puente a Suecia. Es posible que Stark se haya dejado engullir por los enormes bosques de Suecia. O puede haber conseguido documentación falsa y viajar de vuelta a África o a cualquier otra parte.

—Rose y yo hemos hablado de eso, Carl —dijo Assad—. ¿Stark tenía enemigos? ¿Lo atraía el juego? ¿Había cometido alguna estafa? ¿Iba en busca de dinero? ¿Había olvidado algo en Dinamarca y volvió a buscarlo? ¿Era tal vez otra mujer quien debía acompañarlo? Hemos hablado de todo, pero no es seguro que fuera algo así.

Carl proyectó hacia fuera el labio inferior. Desde luego, estaban esforzándose en el caso, pero no parecía que tuvieran gran cosa a la que agarrarse.

—Así que no tenemos ningún punto de partida, ¿verdad? ¿Qué dice el informe? ¿Hay algo que lleve en alguna otra dirección en la que tal vez no se haya buscado antes?

Ambos sacudieron la cabeza.

—Bueno, pero entonces ¿qué tenemos? ¿Tenemos algo en absoluto?

Si dependía de él, iba a ser una investigación breve.

—A William Stark no lo han declarado muerto —explicó Rose con la cabeza inclinada y una mirada sombría en los ojos.

—Claro que no, Rose. Todavía no han pasado cinco años.

—Y su casa sigue estando más o menos como cuando desapareció. Y lo mejor: he pedido a la comisaría de Bellahøj un juego de llaves. La casa estuvo precintada un tiempo.

Carl frunció el ceño. El sabueso agita la cola cuando husmea algo, y esa era la sensación que le había transmitido Rose con solo una frase.

Diablos.

—Vale —accedió, y echó la mano atrás para asir su chaqueta—. Pues vamos allá.

Aquel no fue un buen día para Marcus. Las sombras hacían que se sobresaltara, y el menor ruido a su alrededor lo dejaba sin aire.

Había vuelto al barrio de Østerbro, porque Zola siempre les había inculcado que si te descubrían en un sitio, no había que volver allí. Y por eso Østerbro sería el único sitio de la ciudad donde no lo buscarían.

A altas horas de la madrugada del viernes, se metió en el fondo de un contenedor de basura para dar unas horas de paz a sus malos presentimientos sobre lo que podía deparar el día.

Ya no se trataba de que fueran a dejarlo inválido si lo atrapaban. Ahora que Zola sabía con toda probabilidad que Marcus había visto el cartel de búsqueda y podía conectarlo con el hallazgo del hombre muerto del bosque, se trataba de su vida.

Se despertó de pronto cuando un alcohólico sin techo abrió la tapa y estuvo a punto de caerse muerto al ver a Marcus saltar por el borde.

No eran mucho más de las seis y media, pero el sol se colaba ya entre los edificios que se alzaban en la calle estrecha. Tras las casas se oía el débil ronroneo de las principales arterias de tráfico. Era la hora en que la ciudad se desperezaba.

Metió sus cosas en una bolsa de plástico negro y se dirigió con deliberada lentitud hacia la biblioteca de Østerbro. Allí tenían todo cuanto le hacía falta. Un baño en el que podía limpiarse, ordenadores para poder imprimir mapas de los lugares que había pensado visitar más tarde. Además, había un escondite en una estantería sobre el contador de electricidad en un armario donde nadie miraba y donde podría dejar su bolsa de plástico hasta encontrar un sitio mejor. Hacía tiempo que le había echado el ojo.

Aquello, que era la zona de embajadas, estaba lleno de agentes de seguridad vestidos de paisano. Los rusos vigilaban a los americanos, y al revés, y en medio de todo eso estaba lo que le contaron que era el imponente edificio de la Cruz Roja, que le recordaba que había niños en el mundo que lo pasaban peor que él. No porque lo hiciera sentirse mejor. Desde luego, la Cruz Roja no tenía nada que ver con los niños que en aquel momento pasaban junto a él camino de la escuela.

Cuando abrieron por fin la biblioteca y Marcus terminó lo que tenía que hacer, pasó al otro lado del lago de Sortedam, siguió por Ryegade, y después continuó hacia el norte, con la mirada atenta al menor movimiento del paisaje urbano.

Menos mal que tenía el mapa.

Llegó a la casa de Stark en el momento del día en que los barrios suburbanos

estaban desiertos. Un viernes a media mañana era sin duda el momento de la semana en que era más fácil entrar a robar en un buen barrio danés de casas unifamiliares. En este país el padre y la madre trabajaban, porque si querías un nivel de vida razonable, solían hacer falta dos sueldos para llegar a fin de mes. En un gueto adinerado como aquel, todos hacían lo que debían. Allí lo importante no eran las posibles limitaciones en la renta de la unidad familiar, sino más bien todo lo contrario, y todos los niños que crecían en un barrio así sabían que, si querían alcanzar el mismo estatus que sus padres, debían aplicarse en la escuela. Por eso, casi todas las casas estaban vacías en aquel momento. Solo había que tener cuidado con los perros, los jubilados y alguna que otra ama de casa que estuviera en casa. Como Marcus estaba acostumbrado a prestar atención, movilizó su pericia de ladrón bien instruido, adquirida en la infancia, y echó a andar calle abajo con gesto despreocupado, arrastrando los pies, como si fuera de allí. No como los rateros de países bálticos o rusos, que destacaban a un kilómetro de distancia, vestidos con ropa deportiva que llevaba diez años pasada de moda, o con eternos vaqueros sucios y descoloridos, que les quedaban demasiado largos y no les sentaban bien. Era como si llevaran «ratero» escrito en la frente. Sin asear y desgarrados, siempre de dos en dos y con mochilas gastadas a la espalda, o sobrecargados de bolsas de plástico llenas. No era aconsejable tener ese aspecto.

Así que Marcus caminó con naturalidad, con la mirada fija en un punto indeterminado, pero en realidad observando con atención cuanto lo rodeaba.

Era un barrio bonito, sin duda el tipo de sitio en el que le gustaría vivir en el futuro. Columpios, balancines y casitas de juguete con pequeños porches. A un lado de la calle había unos árboles hermosos cuyas ramas colgaban sobre el estanque y el musgo, y unas casas grandes y elegantes ocupaban la colina del otro lado.

Y, en medio de aquel armonioso bienestar, se puso a pensar en el hombre muerto. Parecía extraño que el cadáver que yació en el mismo agujero que él hubiera caminado por aquellas calles, vivo.

Ahora había desaparecido del mundo. Solo era el rostro de un cartel.

Cuando llegó, vio a una mujer arrodillada en un macizo de flores junto al jardín que debió de pertenecer a William Stark. La vecina estaba concentrada en su trabajo, y Marcus contó las plantas de la cesta. Quedarían unas diez o quince. Viendo el esmero con que trabajaba, tardaría algo de tiempo en terminar y entrar en su casa. Y hasta entonces nadie iba a poder recorrer el sendero de entrada a la casa de Stark sin que la mujer lo viera. Así que debía tener paciencia, pasar junto a la casa y volver un poco después.

Cuando estaba casi frente a la villa de Stark, advirtió un Peugeot 607 azul oscuro aparcado algo más arriba, en el sendero del jardín. Un contratiempo colosal.

Tal vez vea a alguien si paso despacio frente a la entrada. Si veo a una chica, será la que puso los carteles de búsqueda, y entonces llamaré a la puerta, pensó, y aflojó el paso. La mujer a sus espaldas ya podía pensar lo que quisiera.

Tras los cristales, unas sombras se movían por las paredes, y al contener el aliento

oyó también un débil sonido de voces. Quizá hubieran vendido la casa, aunque cuando buscabas la dirección en Internet salía el nombre de William Stark.

Sacudió la cabeza. Por supuesto que existían más posibilidades que no había tenido en cuenta. La casa podía estar alquilada, y en ese caso ya podía marcharse, porque no iba a encontrar nada.

Vio al hombre de la ventana antes de que el hombre lo viera. Era un tío sin prisas. No era muy joven, y parecía estar alerta, con las cejas arqueadas y moviendo la cabeza con lentitud arriba, abajo y a un lado. Estaba escrutando la casa, con rostro serio y movimientos controlados, casi como un trabajador de algún gremio que debe hacer un presupuesto. Pero no era de ningún gremio, Marcus estaba lo bastante curtido para saberlo. No; sabía mejor que nadie qué pinta tenía un policía y cómo se movía. En el pasado, a veces Samuel y él se entretenían con un pequeño juego cuando estaban trabajando la calle: a ver quién era el primero en divisar a un pasma entre la multitud. Solía bastar con fijarse en el modo en que miraban a otras personas.

Marcus observó con atención el coche oscuro. En el parabrisas, encima del salpicadero, estaba la luz destellante azul. Así que había que largarse.

Y en el momento en que se preguntaba por qué estarían allí, el policía giró la cabeza y se quedó mirándolo. Fue solo un instante, pero Marcus nunca se había sentido tan desenmascarado como en aquel segundo ultracorto.

Esos ojos ya me han visto demasiado, pensó, y echó a correr.

Cuando llegó a la plaza Husum y notó el silbido de sus pulmones y la sequedad de la boca, se detuvo y pensó en lo que había ocurrido.

La Policía se encontraba en casa de Stark, así que el caso no estaba olvidado; lo que solo le dejaba una posibilidad.

Tendría que volver y entrar en la casa.

**L**a casa, un pequeño bungaló amarillo de los años treinta, se alzaba en una colina con una vista encantadora del lago de Utterslev, y los feos bloques monumentales del gueto de Høje Gladsaxe al fondo. Por eso, en aquella parte de Copenhague, la historia se extendía ante uno como una cruel manifestación de por qué era la raza humana lo peor que podía sucederle a este planeta verde.

Carl sacudió la cabeza. No era fácil encontrar tanto cemento y tanta falta de ideas en una naturaleza tan hermosa. Un infame monumento a la arquitectura danesa. Qué clamorosa falta de previsión.

—Bonito mástil, ¿verdad? —comentó Assad, señalando entre los árboles la antena emisora de Gladsaxe, una auténtica torre de Babel apuntando al cielo.

Si de Carl dependiera, el repetidor de televisión ya podía venirse abajo, que no iba ni a pestañear.

—Decís que entraron a robar en la casa. ¿Cuándo fue eso? —preguntó.

Rose sacó una llave y abrió la puerta de entrada.

—Al poco tiempo de la desaparición de William Stark. Su novia y su hijastra aún no se habían mudado, así que podemos hacernos una buena idea de qué se llevaron.

—¿Lo de siempre?

—Sssí, pero pusieron la casa patas arriba. Colchones rajados, cuadros arrancados de la pared... No parecía gamberrismo, era más bien como si buscasen algo concreto.

Carl hizo un gesto afirmativo. No se trataba de una desaparición normal, ni de un robo normal. Comprendía la curiosidad de Rose.

La casa olía a cerrado. Esa clase de olor a moho fruto de la ausencia de movimiento y del abandono. Así que allí era donde había vivido Stark, y donde existía una abrumadora posibilidad de que no volviera a vivir.

Carl se quedó en la sala de estar ordenada con esmero, mirando por los amplios ventanales hacia el jardín y las maravillas del barrio suburbial de Brønshøj. El césped estaba recién cortado, y los groselleros rojos y negros estaban podados ya para la siguiente cosecha.

—¿Quién cuida la casa y el jardín? —preguntó.

—Creo que su novia sigue viniendo. ¿No decía eso el informe, Assad?

Este asintió en silencio.

Carl miró alrededor. La disposición de los muebles indicaba que Stark se contentaba con menos de lo que un hombre de su posición habría necesitado. Pero no era de los que dan importancia a esas cosas, como atestiguaban las tablas baratas del techo y de las paredes del fondo, así como una ampliación de la sala, hecha con materiales de baja calidad. A pesar de ello y de la atmósfera cargada, la casa era acogedora. No era un lugar que se pudiera relacionar con ideas de suicidio o con las ganas de desaparecer para siempre.

Unas pocas fotos sobre un estante de pino mostraban la vida en común y la alegría familiar. Su novia, la hija y Stark juntos. Por las sonrisas, se veía que Stark había apretado el autodisparador con el tiempo justo para posar. Una de esas fotos que nunca se llevan ningún premio.

Malene Kristoffersen era una mujer sana, guapa, algo redondita, con hoyuelos; su hija, al contrario, parecía muy flaca y desgredada, como una cría enclenque de pájaro que su madre echaría del nido por instinto.

Stark parecía contento en todas las fotografías. Tenía asidas por los hombros a sus chicas, y la cabeza colgando entre sus rostros. Un hombre no dado a los excesos más allá de una corbata lila para el traje o, en los momentos de relajación, una camisa verde a cuadros, de manga corta. Solo por ese aspecto podía saberse por qué sus buenas calificaciones no lo condujeron a un puesto más elevado. No había duda de que el hombre era discreto y reservado, y seguro que también demasiado íntegro en muchos aspectos. Saltaba a la vista, y era algo que interesaba a Carl. Si de pronto aparecían irregularidades en la vida de un hombre honrado como Stark, solían dejar alguna huella.

—Cuéntame lo del allanamiento, Assad.

Assad abrió la carpeta y sacó la copia del informe.

—Hecho por profesionales. Nada de huellas dactilares ni rastros de ADN. Algunos vecinos dijeron que habían visto a un par de tipos con gorras negras llegar en una furgoneta amarilla. Llevaban monos azules y saludaron a los vecinos. Hombres de lo más corriente, aunque tal vez demasiado morenos para la época del año.

Assad sonrió. Probablemente una descripción que no dudaría en aplicarse a sí mismo.

—Pero hoy en día no se puede saber qué significa lo del color de la piel, ¿no? Todo el mundo viaja durante todo el año. Vacaciones esquiendo, vacaciones de playa... Pronto tendrán todos mi color, aunque no tan bonito, claro.

Arqueó las cejas, insinuante. Si esperaba que le dirigiesen alabanzas, ya podía esperar sentado.

Se alzó de hombros.

—El caso es que entraron por la puerta de la calle, tal vez con una pistola-ganzúa, y por eso a nadie le pareció que ocurriera nada raro. Una señora que trabajaba en el jardín de la vecina estuvo montando guardia para ver si salían con un montón de cosas en brazos, pero no llevaban nada. Estuvieron dentro como una hora, y luego salieron. Volvieron a saludar y se marcharon.

—Fue Malene Kristoffersen quien denunció el allanamiento?

—Sí; por eso se mudaron. Les parecía que ya no era una casa segura, sobre todo ahora que Stark había desaparecido.

—¿La casa está como entonces?

—Sí.

—¿Cómo es posible? ¿Quién paga los plazos de hipoteca?

—La casa está pagada, Carl. El resto de gastos se pagan con los intereses de los fondos.

—Mmm.

Carl miró alrededor.

—¿Qué estarían buscando, si no salieron con los altavoces y el amplificador? ¿Dinero, valores, joyas? ¿Estamos seguros de que amasó su fortuna por medios legales? ¿Has comprobado que la herencia existía? ¿Has visto los papeles de la testamentaría?

Assad lo miró, decepcionado. Por supuesto que los había visto.

La mirada de Carl volvió a recorrer la sala.

—Todo parece bastante normal, pero no sería la primera vez que cometemos una equivocación fatal. Podría ser un asunto de drogas. Puede que tenga en otros países propiedades de las que no ha dado parte a las autoridades danesas. Algo que puede haber conseguido mediante la delincuencia. Puede que haya vuelto tan rápido de Camerún porque algo le ha salido muy mal allí, y que aquí lo haya recibido alguien

que se ha deshecho de él. En los vídeos del aeropuerto ¿no se ve cómo salió de allí?

—Sí; tomó el metro.

—¿Y luego?

—Aparece en el andén, pero de pronto ya no aparece.

—¿Existe todavía ese vídeo?

Assad se encogió de hombros. Lo había pillado.

—Mira esto —dijo Rose, señalando al otro lado del pasillo, hacia un pequeño despacho con una caja fuerte apoyada en la pared. Era de tamaño mediano, maciza, con una manivela giratoria en el centro.

—¿La caja fuerte estaba abierta también antes de que entrasen? —preguntó a Assad.

Este asintió con la cabeza.

—Malene Kristoffersen dijo que siempre estaba abierta. William Stark nunca la utilizaba. Tenía una caja alquilada en el Danske Bank, pero la canceló unos meses antes de desaparecer.

—¿Tenía ella alguna idea de qué podía haber en la caja del banco? —tomó el relevo Carl—. Debía haber algo de cierto valor dentro, si no nadie contrata una caja así.

—Sí. Malene dijo que tenía unos disquetes y CD-ROM, y los anillos de boda de sus padres. Pero se los llevó a casa y revisó el contenido de los disquetes en el ordenador, y después lo borró todo.

—Vale. ¿Sabemos qué había dentro?

—Era su tesis doctoral.

—¿Su tesis doctoral? ¿Intentó sacar el doctorado?

—No, no llegó a tanto. Ni siquiera la presentó.

—Parece una estupidez. ¿Por qué había de borrar ese material?

—Creo que por la misma razón por la que tú no cambiarías tu puesto de subcomisario por el de comisario.

Carl miró a Assad. ¿Qué coño estaba insinuando?

—¿Y cuál es esa razón, Assad?

—Pues que entonces te pondrían a trabajar en otras cosas, Carl —explicó sonriendo—. Porque no tienes ninguna gana de ser el comisario jefe de Hjørring, ¿verdad?

Assad tenía razón. Pobre de él, esperaba que las cosas no llegasen a tanto.

—Así que crees que temía un ascenso en caso de doctorarse. ¿Es algo que dijo Malene Kristoffersen?

—Ella dijo que Stark estaba contento como estaba, y que tampoco era un tipo *fanfanor*.

—Fanfarrón, Assad. Quieres decir fanfarrón, ¿no? Pero entonces ¿por qué diablos hizo la tesis doctoral?

—Malene Kristoffersen dijo que era la madre de él quien deseaba que la hiciera,



porque su padre también la había hecho; pero al morir ella, él perdió interés.

Carl asintió en silencio. La imagen de William Stark iba haciéndose más nítida. Cada vez le gustaba más el tipo.

—¿Y sabes de qué trataba la tesis?

Assad hojeó los informes.

—Malene Kristoffersen no lo recordaba con exactitud, pero debía de ser algo sobre creación de fondos en el contexto internacional.

—Vaya, qué divertido.

Se puso en cuclillas y miró al interior de la caja fuerte. Estaba vacía, como decían.

Después atravesaron el sótano, donde no había nada que llamase la atención.

Cuando estaban terminando, Carl inspeccionó los techos y paredes en busca de irregularidades, pero todo parecía limpio y pulcro. Casi demasiado pulcro para su gusto.

—¿Había algo en el desván? —preguntó cuando el trasero de Rose apareció en el hueco de la trampilla del techo bajo.

Rose se pasó la mano por la cara mientras sacudía la cabeza.

—Solo un montón de putas telarañas, cosa que detesto.

Carl hizo un gesto afirmativo. Nunca era fácil investigar un caso después de tanto tiempo. Puede que Malene Kristoffersen fuera muy estricta en su limpieza, puede que hubiera desaparecido un pedazo de papel en una papelera o en los bolsillos de un par de rateros. Era posible que en algún momento hubiera habido huellas, pero que el tiempo las hubiera borrado.

—Mmm. Bueno, pues ya hemos terminado; no hemos sacado gran cosa en limpio. Pero podemos ir adonde la vecina de enfrente y preguntarle sobre los que entraron. Creo que está otra vez plantando flores.

Miró a la mujer, que estaba arrodillada tras el cesto de plantas en su jardín delantero, y luego vio al chico que estaba en la acera de enfrente, mirando hacia la ventana. No fue su actitud lo que hizo que arqueara las cejas, pese a que tenía un aspecto triste y descuidado. Fue la mirada que se estableció entre ellos durante una fracción de segundo. Como la del acusado que se cruza con la del juez. Como algo que aparece a veces en los ojos de las personas que se dan cuenta de que acaban de encontrarse con un enemigo.

El chico bajó la mirada, giró la cabeza a un lado y desapareció con tal rapidez que Carl no alcanzó a llegar hasta la ventana.

Al chico no le había gustado que lo vieran, fue algo muy extraño.

—¿Lo habéis visto? —preguntó a sus ayudantes, pero ambos sacudieron la cabeza.

—Ese chico no tenía pinta de alegrarse de habernos visto aquí.

Marcus esperó una hora antes de volver, y comprobó con satisfacción que tanto la mujer con el cesto de plantas como el coche de los policías habían desaparecido.

Luego avanzó con calma por el sendero de entrada, con la mirada fija en la puerta, y como no había ningún cartel advirtiendo de alarmas, dio la vuelta a la casa y encontró en la parte trasera una ventana de sótano de unos treinta centímetros de altura cuyo marco estaba bien atornillado al quicio por dentro.

Marcus sonrió, porque estaba en su salsa. Cerró el puño y apoyó el codo en el centro de la ventana, apretó un poco para tensionar el cristal, y luego golpeó el puño con la mano libre; fue un golpe tan corto y directo que el hueso del codo actuó como un cincel contra el cristal. El ruido producido al agrietarlo en todas direcciones fue casi inaudible, y pudo retirar los fragmentos de cristal uno a uno.

Cuando apoyó el montón de cascos rotos contra la pared y vio ante sí el hueco negro de la ventana del oscuro sótano, se medio tumbó de espaldas apoyando los brazos en el suelo, y se deslizó al interior con las piernas por delante. Un tipo como Marcus podía haber entrado incluso por una ventana mucho menor.

El sótano era una única estancia que ocupaba la tercera parte de la anchura de la casa. Paredes encaladas y una atmósfera cargada que olía a humedad y detergente. Era evidente que hacía mucho tiempo que no se utilizaba aquella combinación de lavadero, taller y almacén de pepinos encurtidos caseros. «Omo», ponía en la caja de detergente que había sobre la lavadora. Marcus dio la vuelta a la caja y comprobó, satisfecho, que el jabón se había apelmazado. Sí, era verdad. Allí ya no bajaba nadie.

Después de echar un vistazo rápido a los botes de pintura y a las herramientas que probablemente ya no valían para nada, avanzó hacia la puerta de entrada al sótano, la abrió y la dejó abierta de par en par. Ya tenía la primera vía de escape.

Luego subió a la planta baja, buscó la puerta a la terraza y la abrió. La segunda vía de escape estaba lista. Y solo entonces se detuvo en busca de sensores y quedó a la escucha de alguna alarma. Cualquier cosa que pudiera revelar una alarma semiprofesional o una conexión a un teléfono móvil o al teléfono fijo de algún vecino.

Como no encontró nada por el estilo, empezó a proceder de forma sistemática. Su mirada avanzó por las habitaciones sin pasar nada por alto. Si hubiera estado robando, sus ojos habrían evitado por rutina todo lo que pudiera recordarle quién vivía en la casa. Zola siempre decía que la compasión por la gente a la que robas es lo peor que puede pasarte. «Haced como si todo fueran cosas vuestras, y como si las personas de las fotos fueran gente extraña, anodina. Los juguetes pertenecen a vuestros hermanos pequeños y no tienen que ver con los niños de la casa. No lo olvidéis».

Lo más difícil era lo último.

Pero Marcus ya no era un ratero. No estaba allí para robar las cosas de aquellas personas, sino para asimilar sus historias, todos aquellos objetos que contaban quiénes eran y por qué.

Así que empezó con los cajones y todos los papeles.

Era evidente que William Stark era un hombre a quien le gustaba el orden; Marcus lo dedujo de inmediato por el contenido de los cajones y aparadores de la sala y del comedor. Los cajones de la gente normal solían ser un revoltijo de cosas. Un encendedor Ronson de los viejos tiempos, un montón de teléfonos móviles de diversos tamaños. Palillos con estuchado individual, pañuelos de papel en sus envoltorios semivacíos. Manteles en un cajón, la banderita de los cumpleaños en otro. Había visto cajones así docenas de veces, pero este caso era diferente, porque William Stark no guardaba ese tipo de cosas. Tampoco había en las paredes o estanterías restos de un tiempo pasado. Nada de fotos de un joven William el día de su confirmación, posando entre sus padres, ninguna sonrisa satisfecha al terminar el bachiller, ni una bandeja con felicitaciones navideñas, ni reproducciones o litografías en las paredes. La nostalgia brillaba por su ausencia. Declaraciones de renta y pólizas de seguro rellenas a mano, bien separadas en dos carpetas, un tazón con monedas extranjeras clasificadas en bolsitas de plástico según su país de procedencia. Copias de billetes de avión, fajos de tarjetas de embarque, catálogos de viaje y descripciones escritas a mano de hoteles de diversas ciudades, en orden alfabético, sujetos por gomas elásticas reblandecidas.

Marcus movió la cabeza arriba y abajo. No creía haber conocido nunca a un hombre como William Stark en la vida real.

Encontró las cosas de chicas en las habitaciones contiguas, que olían diferente. Las cosas que había en el pequeño cuarto pintado de amarillo de la hija probablemente no le interesaban ya. La pecera estaba sin agua, la jaula, vacía, los útiles de dibujo dejados a un lado, y las fotos de grupos de chicos que había en la pared cambiadas, sin duda. Pero la habitación de la madre parecía más puesta al día y típica de la persona que había sido una vez, y seguramente seguía siendo. Abundantes libros en las estanterías y montones de bolsos de mano y sombreros de verano apilados uno encima de otro en lo alto de los armarios. En el suelo había botas de todo tipo y en el colgador, junto al espejo, varias toallas multicolores.

Marcus arrugó el entrecejo, extrañado. Casi parecía que la mujer seguía viviendo allí. Pero entonces ¿por qué olía tanto a cerrado? ¿Por qué estaba el detergente pulverizado y apelmazado? ¿Y por qué estaba el frigorífico entreabierto y vacío?

Y si, por lo que parecía, las dos mujeres ya no vivían allí, ¿por qué no se había llevado sus cosas la madre de la chica? ¿Es que ya no las quería? ¿O pensaba en mudarse allí otra vez? Marcus no lo entendía, claro que nunca había tenido cerca a una mujer. Ni siquiera a su madre.

Quizá pensara la mujer que William Stark seguía vivo y un buen día aparecería.

Quizá confiase en volver a usar todas aquellas cosas. ¿Quizá solo había dejado en *pause* la vida con Stark?

Marcus se quedó quieto. Le causaba dolor permanecer en aquella estancia y saber que aquello no iba a ocurrir nunca, y que Stark estaba muerto sin remedio. Tal vez por eso entró en la sala y observó las fotos privadas que quedaban. Reconoció enseguida la que usó la chica para el cartel de búsqueda. Allí estaba Stark, entre la chica y la mujer, sonriente. Sí, la chica había usado una parte de la foto, pero ampliada.

Nunca más iban a estar así con William Stark.

Marcus se volvió hacia la sala, y vio por primera vez los acerados cortes en los almohadones del sofá y en los cojines apoyados contra el respaldo.

Se acercó y pudo hacerse una idea del desesperado episodio que había tenido lugar en la estancia. Porque debió de ser algo desesperado: ¿qué significaba, si no, todo aquel mobiliario rajado? ¿Stark se había vuelto loco? ¿Por eso seguían estando las botas y el resto de cosas en la habitación de la mujer? ¿La novia de Stark y su hija se habían largado sin más? ¿Era eso? Puede que Stark les diera miedo, desde luego a Marcus no le costaba imaginarlo.

Sacudió la cabeza; seguía sin entenderlo. Entonces ¿por qué iba a querer su hijastra que volviera? No, no tenía ninguna lógica. Debía de haber algo más.

Luego palpó los cortes de los almohadones. Había una buena capa de polvo encima, así que debía de haber pasado hacía tiempo. Eran cortes nítidos y limpios, hechos seguramente con un cúter. Marcus sacudió la cabeza. Estaba convencido de que a un hombre tan ordenado como Stark jamás se le ocurriría hacer algo así, a menos que se hubiera vuelto majara.

¿Sería por celos? ¿Habría hecho la mujer algo que no debía? ¿Podría ser que el hombre que tenía tanto orden en su vida perdiera la cabeza porque su novia le era infiel? ¿Era necesario actuar con tal violencia para poder liberarse de sí mismo y de su entorno?

¿O se trataba de algo completamente diferente?

Marcus volvió a mirar la foto que había utilizado la chica. William Stark aparecía con su collar africano al cuello, el que llevaba puesto Marcus, y lucía una amplia sonrisa con un exuberante jardín floreciendo al fondo. A todos se los veía contentos y despreocupados, incluso la chica, pese a parecer enferma, con sus profundas ojeras y esas pálidas mejillas hundidas.

No, Marcus nunca comprendió del todo los vaivenes que podían producirse en la vida de las personas normales, así que tampoco entendía aquello. Los cortes en el mobiliario, la desaparición de Stark, la ropa de la mujer en la habitación, ese tipo de cosas.

En circunstancias normales, no le habría importado, pero esta vez era diferente. Quería comprender, por eso había ido allí. Quería saber por qué desapareció Stark, y por qué se había cruzado su camino con el de Zola. Tal vez la respuesta estuviera en

la casa, en alguna parte.

Y cuando miró alrededor se dio cuenta de que los almohadones destripados bien pudieran ser obra de Zola. ¿Tenía Stark algo que Zola buscaba? ¿Y lo había encontrado?

Marcus se volvió hacia la mayor de las cómodas e hizo lo que hace un ladrón por automatismo. Palpó todas las superficies del interior y la parte trasera del mueble, para ver si había algo pegado con cola o cinta adhesiva. Luego miró detrás de todos los cuadros, levantó las alfombras y los colchones rajados de las camas. Como si estuviera buscando gruesos fajos de billetes o joyas valiosas, inspeccionó la casa de forma sistemática, cuarto por cuarto y hueco a hueco, pero no encontró nada.

Estaba también la caja fuerte abierta del pequeño despacho con estanterías de madera de teca junto a la puerta de entrada. Estaba vacía, pero, como todo lo demás había resultado infructuoso, se arrodilló delante y metió la uña del dedo índice en los rincones y después retiró el dedo hacia la puerta de la caja. Tampoco allí hubo suerte, claro que no la había esperado. Aquella caja fuerte no era de las que tienen compartimentos ocultos y mecanismos de cierre casi invisibles. Era una caja fuerte corriente de las de antes, de la altura de una mesa, con un único compartimento grande y un mecanismo giratorio en la puerta.

Por si acaso, metió la cabeza dentro, buscó grietas en la base, y luego giró despacio la cabeza. Nada. Hasta que giró del todo la cabeza y el cuerpo y se quedó medio tumbado de espaldas en la alfombra ante la caja. Entonces vio las letras y cifras negras en lo alto del marco superior del mueble, escritas a rotulador en la pared metálica roja. «A4C4C6F67», ponía.

—A4C4C6F67 —repitió para sí en voz alta cuatro o cinco veces, hasta que lo memorizó. Esas cosas no se escribían sin más en un lugar como aquel, y desde luego que no con rotulador. Así que la pregunta era cuándo lo habían escrito, por qué, y qué significaba.

Salió de la caja y sacó una de las declaraciones de renta del cajón de la cómoda, abrió una página al azar y buscó cuatros y sietes. No fue difícil, porque una página así estaba llena de números y sumas; y, en efecto, eran los mismos cuatros torcidos y sietes angulosos que los de la caja. Si era William Stark quien había rellenado los impresos de Hacienda, era también él quien había escrito aquellas letras y cifras en la caja fuerte.

Marcus se sentó en una butaca y se cubrió el rostro con las manos. A4C4C6F67. ¿Qué podía significar?

Era una serie creciente de cifras, y las letras iban también en orden alfabético. No saltaban atrás y adelante. ACCF y 44667, solo que mezclados. Pero ¿por qué no había ninguna letra entre el último seis y el último siete? ¿Era porque las dos últimas cifras debían ser 67, o porque en realidad significaba F6 y F7? ¿Cuál era la lógica?

En Internet había montones de páginas con ejercicios que aseguraban poder decirte el coeficiente de inteligencia que tenías. Eran unos ejercicios que él solía

resolver bien, pero ¿aquello? Podría referirse a un sistema de archivado o de datos técnicos. Podría ser un código que pudiera reescribirse en numerosas combinaciones y emplearse para diversos fines. Podría ser una contraseña de ordenador o algo relacionado con sociedades secretas. De hecho, podría ser cualquier cosa, y el problema era que también podría ser una serie sin terminar o una serie que debía verse en un orden arbitrario, o simplemente a la inversa.

Para Marcus, lo más lógico era que fuera una contraseña o una combinación de una caja fuerte que estaba en otro lugar. Entonces, la cuestión era si aquella serie de letras y números seguía significando algo. Porque podría tratarse de algo antiguo.

Se levantó, se dirigió a un viejo ordenador Hewlett-Packard y lo encendió; el aparato se puso a ronronear y gemir unos minutos, y luego apareció en la pantalla gigante una imagen verdigris. Ninguna contraseña. Solo unos viejos juegos para niños. Lo apagó.

Como no encontró otros ordenadores en la casa, trató de quitárselo de la cabeza, y bajó al sótano con la esperanza de encontrar huellas de algo que le ayudara a seguir adelante.

Estaba muy concentrado, y su mirada recorría ya por segunda vez el sótano, cuando, estando en el último peldaño de la escalera, oyó voces en el jardín.

Se quedó quieto y contuvo el aliento.

Eran dos voces graves que conocía demasiado bien. Inglés e italiano bien mezclados, como solo Pico y Romeo sabían hacer.

—Alguien se nos ha adelantado —susurró Pico en el exterior. Así que ya habían visto la ventana del sótano, mala cosa.

—Eh, mira ese montón de cristales, mira cómo están amontonados. Contra la pared, bien puestos unos encima de otros. Y mira ahí. La puerta del sótano está entreabierta, y la puerta del jardín está abierta de par en par.

—Hostias, tienes razón, Pico.

Era Romeo. ¿Cuántas veces habían estado juntos pegando palos en las casas? Y, por supuesto, la siguiente frase fue:

—Marcus ha estado aquí.

Marcus subió sigiloso el siguiente escalón hacia la planta baja. Si se daban cuenta de que seguía allí, iba a terminar como una araña atrapada en su propia red. Si conocía bien a Pico y a Romeo, en pocos segundos uno de los dos se deslizaría por la puerta del sótano, y el otro montaría guardia fuera, frente a la puerta del jardín. También podía contar con que hubieran dejado a algún otro miembro del clan en la calle. Seguro que en aquel momento estaría apoyado en uno de los sauces, haciendo como que observaba el pantano y el estanque. Pero no lo habían puesto allí para que gozara de la naturaleza. Si aparecía por la calle algo amenazante, se oiría un canto de pájaro, solo que más alto y estridente de lo habitual en el barrio. Y Pico y Romeo desaparecerían en un santiamén. Aquellos dos eran muy rápidos. Lo más seguro, los únicos del clan que podían ganarle corriendo. Y la caza iba a empezar enseguida.

Marcus apretó los brazos contra el cuerpo para sosegar el pulso.

Solo podía salir por la puerta principal, y tendría que salir a toda pastilla.

Sin hacer ruido, escalón a escalón, fue subiendo de espaldas, con la seguridad de que los que estaban fuera sabían que siempre prefería las salidas al jardín como vías de escape; y por eso Pico entraría por allí, mientras Romeo se quedaría esperando en la puerta de la terraza. Si hubiera habido un primer piso, habría subido enseguida. Un tejado a dos aguas había sido una buena solución otras veces que los sorprendieron robando, pero no había ningún primer piso, y el tejado era plano, así que tampoco podía esconderse allí.

Quizá pudiera gritar pidiendo auxilio. Abrir la ventana que daba a la casa de la vecina y gritar con todas sus fuerzas. Gritar de forma tan desgarradora como pudiera, mientras se aferraba al marco de la ventana. Y esperar a que apareciera alguien en las casas vecinas cuya presencia espantase a Pico, a Romeo y al que estaba en la calle.

Se balanceó un momento atrás y adelante, mientras se devanaba los sesos en busca de soluciones.

No iba a salir bien. Iban a atraparlo y a buscar algo contundente con lo que golpearlo en la nuca. A Pico no le daba miedo emplear la violencia, y si lo dejaban sin sentido de un golpe, ya no iba a despertar nunca, o, en caso de hacerlo, despertaría sin piernas.

¿A qué habrán venido?, era la pregunta que se hacía Marcus. Y la imagen de los cojines despanzurrados del sofá y los colchones destrozados empezó a parecerle lógica. Habían estado antes. Habían sido ellos, y ahora habían vuelto. Pero ¿por qué? ¿Qué buscaban?

No podían saber de antemano que él estaba allí, porque parecieron sorprendidos al ver los cristales rotos, y eso era una ventaja para él. Lo único que sabían era que él había estado allí en algún momento, así que habían ido por otras razones.

Pero ¿por qué?

Venga, Marcus, piensa, se esforzó.

Miró alrededor. No podía esconderse en el sótano, ya lo sabía, y en la planta baja no había ni trampillas ni armarios empotrados. Solo unas estanterías con cortina en el dormitorio.

Si habían estado allí antes, y estaba seguro de que era así, ahora venían en busca de algo que no se habían llevado la primera vez, o algo que debían llevarse en la situación en que los había puesto Marcus.

Se oyó un crujido procedente del sótano. Marcus contuvo el aliento y escuchó: ya había entrado uno en la casa. Era difícil oír lo que ocurría allá abajo, porque lo ahogaban las órdenes de Romeo desde el jardín trasero a quien aguardaba frente a la casa, para que vigilara bien la puerta principal.

Aquella posibilidad de huida se esfumaba también.

Cuidado, que Romeo no te vea desde fuera, se dijo, mientras gateaba hasta la sala por debajo de las hojas de las ventanas. Allí no había ningún escondite que fueran a

pasar por alto, y tampoco en el comedor. Así que solo quedaban los cuartos. Marcus avanzó por el pasillo y miró el interior de las piezas. Era inútil. Literas, estanterías y chucherías varias. Ninguna cosa en la que poder desaparecer.

Entonces se fijó en la caja fuerte del pequeño despacho, que estaba entreabierta.

Era una posibilidad, porque si los hombres de Zola sabían algo con toda certeza, era que no había que buscar en la caja fuerte, porque seguro que la habían registrado antes.

Buscarán en todas partes menos ahí, trató de convencerse, mientras se ponía de rodillas, entraba adentro y atraía la puerta hacia sí.

Cerró los ojos y sopesó la situación y las tres posibilidades. O lo encontraban, lo sacaban y lo dejaban inconsciente, o no lo encontraban, cosa por la que rezaba con fervor. Luego quedaba la tercera posibilidad, la más estremecedora: que lo encontrasen y que cerrasen la puerta de la caja fuerte.

Notó que la respiración ganaba en intensidad y profundidad. Si cerraban la puerta, se asfixiaría, y quedaría olvidado allí hasta que alguien volviera a vivir en la casa.

Apretó los labios. Y cuando llegara ese momento, lo encontrarían a causa del hedor. Su hedor.

Encontrarían a un chico muerto que nadie conocía, asfixiado y descompuesto. Un chico sin rasgos especiales y sin documentación.

El corazón le latía con tal fuerza que apenas podía respirar en aquella postura fetal, y empezó a sudar. Hasta los dedos se le humedecieron, lo que hacía cada vez más difícil agarrarse al minúsculo borde de la puerta.

Se oyó la voz de Romeo desde la puerta de la sala que daba al jardín, y el tipo de la puerta de entrada estaba también en su sitio. Así que solo faltaba Pico, pero pronto terminaría su inspección para comprobar que no había nadie en el sótano.

Las tablas del suelo cruzieron cuando Pico subió las escaleras, y Marcus sintió la casa como si fuera un organismo vivo en el que los huecos estaban unidos por haces de nervios. Si un pie presionaba un lugar al azar, se enviaban impulsos eléctricos a todos los rincones de la casa y al interior de la caja fuerte, donde Marcus trataba de no hacer ruido, aunque en su fuero interno gritara pidiendo auxilio. El bombeo del corazón, la extraordinaria actividad cerebral, la ropa que llevaba puesta, sus miembros agarrotados, la angustia, el espacio cerrado, todo hacía que la temperatura de su cuerpo subiera y que sus poros se abrieran más aún. Y mientras le parecía que el ligero caminar de Pico hacía estremecerse a la casa, Marcus sudaba a mares. Lo notaba de manera especial desde la muñeca hasta la punta del dedo índice que sujetaba la puerta. En aquel pequeño punto bañado en sudor sentía lo cerca que estaba Pico de encontrarlo.

No estoy aquí, trató Marcus de enviar señales intensas al aparato sensitivo de Pico. Marcus no está aquí, hace tiempo ya que se ha ido. Venga, Pico, haz lo que has venido a hacer, pero date prisa, a los vecinos va a parecerles raro que haya un hombre frente a la puerta de entrada, pensó, apretando con fuerza los ojos, mientras las



puertas de los armarios traqueteaban y alguien empujaba los muebles.

Pico era un tipo concienzudo, por eso tenía tanto miedo Marcus.

—¿Hay alguien? —cuchicheó Romeo desde la puerta del jardín.

—Aquí, no —respondió Pico con voz normal—. Tampoco en el comedor.

Entonces se acercó más, y abrió de par en par las puertas de los cuartos de las chicas. Marcus oyó con claridad que daba patadas a las camas y se arrodillaba. Que corría las cortinas con violencia.

—¡Aquí tampoco, y en la cocina, tampoco! —gritó Pico.

—Mira en el cuarto de baño, en el hueco de la ducha, sería un sitio típico —continuó Romeo.

Marcus sintió vibrar el suelo. A solo tres metros de él, Pico estaba en el pasillo, frente a la puerta del baño. Era como si su mirada se abriera camino por el despacho hasta el escondite de Marcus. Como si su mirada de rayos X se detuviera apenas ante aquel recinto forrado de acero.

Sabe que estoy aquí, le martilleaba en la cabeza. Y el miedo se centraba en el dedo, que transpiraba más aún y ya casi no podía sujetar la puerta, que se alejaba poco a poco de él, mientras la luz blanca penetraba por la rendija como hojas de cuchillo.

Desde aquella pequeña abertura hacia la realidad, vio que los pies de Pico desaparecían en el cuarto de baño. Deportivas Adidas, nuevas, silenciosas. Así era Pico.

Marcus abrió tembloroso la puerta de la caja fuerte. Sabía que debía salir. Volver a alguna parte de la casa donde Pico ya hubiera estado. Pero en ese momento gritó desde el baño que el mocoso tampoco estaba allí, así que Marcus atrajo la mano hacia sí, secó el dedo en la camisa, volvió a agarrar el borde de acero y sujetó la puerta.

Cuando la puerta se entrecerró, alcanzó justo a ver la punta de una deportiva atravesando el umbral del cuarto de baño.

Pico miró alrededor, mientras la casa crujía en medio del silencio. Cada tenue respiración sonaba como un fuelle mal ajustado, y el cuerpo de Marcus estaba a punto de reventar. Todos sus sueños de libertad y de un destino decidido por él le caían encima como metal candente. Ahora le tocaba a la realidad.

Y aquellos pies avanzaron otro paso, y Marcus sintió otra vez aquella visión de rayos X atravesando la estancia.

Luego Pico entró en el despacho y se acercó tanto a la caja fuerte que los pliegues de sus perneras casi se metieron en la rendija. Sonó como si enredara en la estantería que había sobre la caja fuerte. Pico era de los que no dejaban nada sin investigar.

Estuvo un rato hablando consigo mismo mientras quitaba y ponía libros y demás en la estantería, y de pronto un libro cayó al suelo con un golpe, justo delante de la caja fuerte. Marcus jadeó en busca de aire, mientras la adrenalina circulaba acelerada por su cuerpo. Si Pico no oía los latidos de su corazón, debía de estar sordo.

Vio que el brazo ágil de Pico bajaba a por el libro, y que al moverse empujaba la

puerta de la caja fuerte y Marcus perdía la presa. Y la rendija de luz se iba ensanchando poco a poco, mientras Pico doblaba las piernas. A continuación iba a arrodillarse ante la puerta de la caja fuerte e iba a abrirla.

En el demencial instante decisivo en que Marcus debía sopesar si debía entregarse por propia voluntad, para que al menos no lo dejaran inconsciente, un infernal chillido de pájaro hizo que Pico detuviera su movimiento.

—¡Pico, rápido! ¡Toma la foto y lárgate! —gritó Romeo desde fuera.

La respuesta de Pico fue una ágil carrera por el pasillo y la sala, seguida de ruido de cristales rotos, y luego el portazo de la puerta del jardín contra la pared de la casa.

Después se hizo el silencio. El tipo de la puerta principal había interrumpido todo con su chillido de pájaro. Debía de haber alguien acercándose.

Marcus rodó por el suelo del despacho como un pedazo de metal apretado que nunca fuera a recuperar su forma. Tenía los miembros entumecidos, pese a que se los frotó con fuerza. Si no recuperaba la circulación, se ponía en pie y se marchaba, corría el riesgo de que alguien entrase de pronto, y entonces no iba a tener escapatoria.

Por eso, se obligó a levantarse con dificultad. La única posibilidad era salir por la puerta y largarse por el jardín trasero, y luego atravesar los setos a las casas cercanas. Después tendría que rezar para que no se cruzara con Pico y los demás.

Lo último que vio antes de abandonar la casa fueron los cristales rotos de un marco volcado en la sala. Aquello, y luego el hueco en que había estado la foto de William Stark que la chica utilizó para el cartel de búsqueda.

Zola estuvo un rato analizando la situación. De un momento a otro iba a llamarlo su persona de contacto de forma rutinaria, y tendría que darle las últimas novedades sobre el caso Marcus. No era un momento muy adecuado.

Hizo que los demás salieran de la estancia para quedarse solo con su perro, así tenía que ser. Lo pasado, pasado estaba, y seguro que provocaría consecuencias que el resto de miembros del clan no tenían por qué oír. Su estatus divino no podía quedar en entredicho ante ellos, porque el poder de Zola se basaba en la autoridad y en mantenerla. No, nadie debía oír aquella conversación telefónica.

Cuando se estableció la comunicación, trató de empezar sin ninguna humildad, y explicó, arrogante, que el contratiempo se debía a un puñetero chaval, pero que tenía la situación controlada, como siempre.

Una voz gélida le devolvió aquella arrogante espada de Damocles.

—No debimos escogeros para ese trabajo —comunicó, breve—. Si ese chico anda suelto por la ciudad, puede haber consecuencias graves para todos, sobre todo para vosotros. Te das cuenta de eso, ¿verdad?

—Tengo todo bajo control.

—Ya te lo he oído decir otras veces. ¿Cuánto tiempo lleva a su aire?

—Tranquilo. Han visto a Marcus en Østerbro. Todos los que operan allí están avisados.

—No sé de qué puede valer, cuando acabas de contarme que ha entrado en una casa en otro barrio. Puede estar en cualquier parte.

Zola apretó los dientes. Tenía razón, algo fallaba.

—¡Escucha! Todos mis chicos están ahora en el barrio de Brønshøj. Vamos a desplegarlos desde allí hacia el centro. Además, tenemos tres coches patrullando por la zona.

La voz del auricular no parecía satisfecha.

—Esperemos que sea suficiente. Aparte de sus rasgos fisonómicos, ahora sabemos que lleva puesto el collar de Stark. Ocúpate de que la foto con el collar que has conseguido llegue a todos los que lo están buscando. La próxima vez que lo veáis, aseguraos de que lo atrapáis, porque si no es mejor que no hagáis nada, ¿entendido? Si no se da cuenta de que lo estamos buscando, pronto se presentará otra oportunidad. ¿Lo pillas?

Zola asintió en silencio, aunque no le gustó el tono. Aquel trabajo les estaba costando demasiado. Su hermano protestó tiempo atrás y dijo que era mejor no hacerlo; pero las trescientas mil coronas que recibieron por hacer desaparecer a William Stark fueron una tentación demasiado fuerte. La consecuencia de aquella decisión fue que la mitad del clan llevaba inactiva desde la desaparición de Marcus, a finales de noviembre, y sobre todo los últimos días, cosa que era una putada para el

negocio. Como la mendicidad y los robos habían disminuido tanto, por cada día que pasaba dejaba de ingresar veinticinco mil coronas. Las trescientas mil que cobraron por el secuestro y asesinato de William Stark se habían terminado hacía mucho.

Maldito Marcus. Debió cortarle las alas el primer día que vio lo listo que era.

—Andaremos con cuidado —dijo a su persona de contacto—. Esta vez no lo dejaremos escapar.

—¿Qué hacía en casa de William Stark?

—No lo sabemos. Tampoco sabemos cómo la ha encontrado. Intentaremos averiguarlo, ¿vale?

—Ya hemos hablado de eso antes. ¿Puede ocurrírsele al chaval dirigirse a la Policía?

Zola se quedó pensativo. Cualquier respuesta sería arbitraria. Por supuesto que había alguna probabilidad de que los delatase. Pero como estuvo escondido en el hoyo mientras él y su padre charlaban sobre el entierro del cadáver, ya sabía que su padre había sido cómplice. Aquello debía de relajarlo un poco. Por otra parte, era cierto que había estado en la casa de Stark; ¿a qué había ido? Chantaje fue la primera palabra que se le ocurrió a Zola. Aquel pequeño parásito seguro que empleaba todos sus trucos y habilidades delictivas contra quienes lo habían alimentado. Cuanto más pensaba Zola en ello, más verosímil le parecía. Y no iba a permitírsele de ninguna de las maneras.

—¿Dirigirse a la Policía? Pues me temo que sí que se le podría ocurrir —respondió—. Así que hay que pararle los pies, cueste lo que cueste.

—Magnífico.

Luego se hizo un largo silencio, prueba evidente de que a su contratante le parecía todo menos magnífico.

—Comprenderás que tendré que movilizar a mi propia gente, Zola —continuó—. Y, por cierto, no cuentes con que vayamos a llamaros la próxima vez que tengamos algún trabajo parecido.

**T**eis Snap se quedó tan conmocionado que tuvo que sujetarse a la mesa. Pocos segundos antes, el presidente de la junta directiva de su banco, Brage-Schmidt, le había informado de que los hombres que tenía en la calle le habían reconocido que el chico que buscaban había forzado la entrada de la casa de Stark. Y antes de que su interlocutor pudiera sopesar la gravedad de la frase, Brage-Schmidt exigió tener medio millón de coronas en metálico encima de la mesa, que se destinarían al presupuesto común de lo que llamaba «buscar y neutralizar al chico».

—Asesinar a un niño en tierra danesa —protestó Snap en voz baja—. ¿Quieres que los grandes accionistas del Karrebæk Bank lo financien? La pena por asesinato es cadena perpetua, y ¿quién va a cumplir la condena si se descubre?

—Nadie —fue la breve respuesta.

—¿Cómo que nadie? No lo entiendo, ¿cómo es eso?

—Lo mejor sería que no llegara a tanto, ¿no? Pero si fuera necesario, propongo que René E. Eriksen se coma el marrón.

Teis Snap fijó la mirada en la foto de René y de él que había sobre el escritorio. Dos jóvenes estudiantes con amplias sonrisas y montones de ideales rotos desde entonces.

—Estás completamente loco —le espetó con toda la calma que pudo—. René no va a estar de acuerdo en eso por nada del mundo; ¿por qué había de estarlo?

—Si fuera realmente necesario, no se lo vamos a pedir. Lo hará público él mismo.

—¿Cómo?

—Con una carta de despedida antes de suicidarse.

Teis Snap alejó su silla de oficina Strand & Hvass de la mesa, y se dejó caer pesadamente en el respaldo de cuero. Estaban hablando de «suicidio, si fuera necesario». Esperaba por todos los santos que no lo fuera.

—Para estar seguros, y para que no se nos eche el tiempo encima, debemos formular ya lo que va a escribir en la carta —continuó Brage-Schmidt—. Antes de nada, debemos ocultar todas las relaciones entre Eriksen y nuestro intermediario del funcionariado de Camerún, tendrás que pedirle que lo haga él, nadie mejor para hacerlo. ¿Tienes controladas nuestras acciones de Curaçao?

—Sí, siguen estando en las cajas de alquiler del banco MCB.

—¿Y tenemos las llaves?

—Sí, tanto René como yo, pero necesito autorización suya.

—Bien; ocúpate de tenerla para esta tarde. Luego toma el primer vuelo que salga para allá y encárgate de recoger las acciones y de cancelar su contrato de depósito con el MCB. Debemos sacarlas mientras él aún esté vivo. Así tendremos esas y las nuestras si algo sale mal y hay que hacer una retirada rápida, ¿de acuerdo?

—Bueeeno, supongo que sí.

Teis Snap sudó la gota gorda tratando de sopesar las consecuencias.

—Si pese a todo ocurriera lo indecible, ¿cuál sería la razón de su suicidio? —preguntó con cuidado. La palabra «suicidio» la susurró.

—Abusos sexuales a un niño de la calle, por supuesto. Que René E. Eriksen, junto con su subordinado William Stark, mantenía con regularidad relaciones sexuales con ese Marcus, y que hacía tiempo que Stark, por esa razón, había elegido, por vergüenza, la última salida: suicidarse.

Teis Snap estaba conmocionado, sí, pero aun así notó que su pulso bajaba un poco. Con las últimas frases, las ventajas se amontonaron. Incluso explicaban la desaparición de William Stark.

—Pero para eso tenemos que encontrar al chico, ¿no? No debería poder contradecir la explicación. Y si lo encontramos, ¿qué? Cuando lo hayamos borrado de la faz de la tierra, ¿quién va a acusar a Stark y Eriksen por esos abusos?

—Se acusarán ellos mismos por la nota de Eriksen. Escribimos, llegado el caso, dónde se deshizo del cadáver del chico antes de suicidarse.

Teis Snap arrugó la frente. Muchas decisiones lamentables con consecuencias igual de lamentables habían surgido tras aquella frente. Pero suicidio simulado y cadáver de chico no eran conceptos habituales en su mundo. Conocía a René desde el instituto, y también él tenía hijos, aunque algo mayores que el chico que buscaban.

—Lo comprendo. Es espantoso, pero también lógico, me doy cuenta. Pero precisamente por eso tenemos que encontrar antes al chico.

—Sí, y por eso tienes que soltar de inmediato medio millón para la búsqueda. Mi contacto tiene varios sabuesos acostumbrados a rastrear a la gente, solo hay que traerlos en avión. Si haces la transferencia ahora, empezamos ya.

Snap pasó la palma de la mano por el escritorio. Lo del medio millón no era ningún problema. Y cuanto antes acabara aquello, mejor, de eso no cabía duda.

—Conseguiré el dinero. Pero ay de nosotros como las autoridades puedan relacionarnos con eso. Claro que *vosotros* os encargáis de asegurar que no ocurra, ¿verdad?

Recalcó la palabra «vosotros».

—No quiero saber cómo y cuándo, ni qué hacéis, ¿entendido? Al fin y al cabo, René es un viejo amigo.

—Harán todo lo posible, seguro.

—¿Y a quién vais a traer en avión?

—No creo que debas preocuparte por eso, ¿verdad, Teis?

**R**ené E. Eriksen había estado en su despacho, repasando el discurso del ministro para el debate parlamentario del día siguiente. Con el paso de los años había aprendido a ayudar a sus superiores a capear tormentas, y, estuviera quien estuviese en la oposición, sus críticas siempre fracasaban, porque René E. Eriksen era buen maestro en el arte de no hablar más de la cuenta. Cuando un debate alcanzaba su punto álgido, nunca giraba en torno a cosas esenciales, porque de eso solo sabía él, sus funcionarios más cercanos y el ministro. Por eso, Eriksen era un hombre apreciado en la empinada pirámide del funcionariado, y el subsecretario siempre podía estar tranquilo y dirigir su atención hacia otros despachos y otros asuntos.

Era uno de esos días buenos, normales, en que René E. Eriksen se sentía de maravilla. Al menos hasta que un zumbido dentro del cajón anunció que el móvil de tarjeta, por una vez, estaba sonando.

Eran noticias de Teis Snap.

Esta vez el informe fue breve y preciso, cosa muy inusual en el caso de Teis Snap. Era casi como si su viejo amigo del instituto hubiera ensayado de antemano cada palabra que decía. Pero, lo hubiera hecho o no, lo que le contó era una información

estremecedora.

Un chico, que podía sacar a la luz la muerte de William Stark, andaba suelto, eso fue lo que le dijo. Y, para detener la inevitable avalancha de escándalos, había que eliminarlo. Ya había empezado la búsqueda.

¡Un chico!

—Por eso, tendremos que borrar nuestras huellas. Tú haz desaparecer todo indicio que pueda relacionarte con nosotros y con tus lacayos de entre los funcionarios de Yaoundé; nosotros destruiremos todo lo que pueda relacionarnos con la gente que distribuye el dinero, y hacemos que lo saquen de Camerún, ¿vale? Al mismo tiempo, tú llama a las autoridades de Camerún y diles que el proyecto va a estar al ralenti cierto tiempo. Di a tus colaboradores que debes hacer una investigación rutinaria para ver si hay irregularidades en la administración de Yaoundé, pero encárgate de que los putos pigmeos de la jungla reciban un poco de lo que llegue, hasta que pase la tormenta, ¿vale? Ponte en contacto con el sucesor de Louis Fon para que compren plantas de banano para hacer una plantación masiva. Y ocúpate de que todo vaya rápido. Empieza ya, no lo dejes para mañana, ¿entendido, René? Eres el único de nosotros que puede hacerlo con facilidad, con sutileza y sin dejar rastro.

—Espera un poco, Teis. ¿No os dije hace tiempo que no quería saber nada de lo que ocurriera entre bastidores?

—Claro, pero, tal como están las cosas, hay mensajes electrónicos y actas que vas a tener que sacar del ordenador. Te lo digo para que comprendas la gravedad de la situación. Te ocupaste de recuperar el ordenador portátil de Stark para que no saliera de allí información comprometedor, pero en caso de que no logremos atrapar al chico todo se va a ir al garete, sobre todo si no estamos preparados. Pero estamos preparados, ¿verdad, René?

René asintió para sí. Entendía el razonamiento, pero a la vez había un diablo pinchándolo en el subconsciente. Tal vez Teis Snap y Jens Brage-Schmidt sacaran tajada de aquel encubrimiento, pero ¿él? ¿Lo ponía en una mala posición y se arriesgaba a estar en primera línea si se descubría el fraude? ¿O había algo más tras aquella impresión?

—Y otra cosa, René. Estamos algo nerviosos con las acciones de Curaçao. Si las cosas salen mal aquí, Brage-Schmidt es de la opinión de que el rastro de las acciones podría llegar hasta nosotros, y corremos el riesgo de que las confisquen. Pero hemos encontrado a alguien que va a darnos un diez por ciento por debajo de su cotización actual, así que necesito una firma tuya para el banco de Curaçao. Me hace falta tu permiso para acceder a la caja y poder sacar las acciones.

—Vaya. ¿Y qué pasa si quiero conservarlas? ¿Por qué tengo que dar el diez por cien de quince millones a un desconocido cuando puedo venderlas a su cotización real? No lo entiendo.

—Comprende que hemos de estar unidos en las decisiones, René, y la verdad es que estás en minoría.

René notó que se le tensaban un par de músculos de la nuca. Era como si tuviera al cuello la espada del verdugo. Todas las luces rojas estaban encendidas. No era solo la petición, sino las circunstancias en las que se la había hecho. ¿Qué era eso de llamarlo para algo tan importante sin avisarlo de antemano? Lo menos que podía haber esperado era un encuentro personal en el que tomaran de manera consensuada las decisiones que hubiera que tomar.

¿Habían pensado llevárselo todo y desaparecer? ¿Cómo podía estar seguro de que fueran a respetar los intereses de él, y de que su parte no fuera a esfumarse de repente?

René movilizó todos sus instintos y toda su experiencia, porque, desde luego, no iba a pagar el pato por aquel caos ni perder su dinero; de eso, nada.

—Quiero garantías, Teis. Por escrito, para que sepa a qué atenerme. Quiero que compres mis acciones del Karrebæk Bank a su cotización actual. Después quiero que transfieras el dinero a una cuenta del Danske Bank, y hasta que no lo hagas no vas a tener mi permiso escrito. Cuando vendas las acciones, envía todos los papeles de transferencias y anotaciones a mi despacho del ministerio con un mensajero. Y también quiero que me envíes tu declaración por escrito. Esperaré en el despacho hasta que llegue.

La voz del otro extremo de la línea sonó tranquila, pero a René no lo engañaba. Teis Snap estaba furioso.

—Ya sabes que eso es imposible, René. Déjate de tonterías. No disponemos de los medios necesarios para rescatar las acciones a la cotización actual; y como no podemos, la consecuencia es que van a entrar en la junta directiva grandes accionistas de fuera, que no controlamos. Podrán exigir puestos directivos y se enterarán de demasiadas cosas. No puede ser, no puedo permitirlo. ¡En este momento, no!

—De acuerdo. ¿Y qué pasa si, visto lo visto, no estoy de acuerdo con matar al chico?

Contó los segundos. Teis Snap no era de los listos en la facultad, y seguía sin serlo. Pese a su buen olfato para las finanzas, no era de los que tenían ideas brillantes ni sensacionales. Por eso, la experiencia le decía que cuanto más largos eran los silencios de Snap, mayor era el atolladero en que se encontraba.

Esta vez el silencio fue sorprendentemente breve, al igual que la respuesta.

—¿Si no estás de acuerdo, dices? Pero lo estás.

Y colgó.

**D**urante la siguiente media hora, Eriksen no dejó que nada lo molestara. Cerró la puerta, para que sus subordinados comprendieran que se había retirado a reflexionar.

Desde el comienzo del fraude, la cotización de las acciones de René en el Karrebæk Bank había subido en un doscientos cincuenta por cien. Con más exactitud,



el valor de sus acciones del banco ascendía a catorce coma siete millones de coronas, cifra que, con prudencia y unos buenos enclaves geográficos, podía convertirse en veinticinco años de vida más o menos lujosa en la otra punta del globo. Aunque su esposa seguía marcada por los ideales que una oficinista de ascendencia rural reduce con el paso de los años a la seguridad de la casa unifamiliar de Ballerup y quince días en el sur dos veces al año. Así que pretender arrancarla del catálogo de ropa de Peter Hahn y que dejara de ir a buscar a los nietos cuando estaban enfermos y no podían ir a la escuela iba a ser como luchar contra molinos de viento.

Pero, fuera o no capaz de convencer a su esposa, en aquel despacho polvoriento donde su horizonte se componía de montones de documentos burocráticos y paneles oscuros, se creaba una impresión cada vez más firme de que así tendría que ser. Y como no podía contar con la ayuda de Teis Snap, ahora que parecía que catástrofes y decisiones repugnantes arremetían contra él como una avalancha, abrió el cajón y sacó la tarjeta de visita que dos años antes aceptó a regañadientes de uno de esos entrometidos que piensan que es correcto captar clientes en un cumpleaños infantil.

Telefonó a aquel banquero de pacotilla, un advenedizo de pelo ralo que en dos minutos escasos accedió encantado a negociar las acciones de René en el Karrebæk Bank por la mitad del habitual seis por cien de comisión. Por cuatrocientas cuarenta y un mil coronas podía poner rumbo a la sede central del Karrebæk Bank y sacar las acciones de la caja. La compraventa, igual que la transferencia, solo era una cuestión formal.

René estaba satisfecho. Existía el riesgo de que las acciones no cotizadas del depósito de Willemstad en Curaçao se perdieran, aunque no iba a entregarlas sin luchar; pero si no estaba dispuesto a ofrecer ese sacrificio hasta las últimas consecuencias, no podía liberarse de los demás. Y debía hacerlo.

Se levantó y sacó de la estantería una carpeta de plástico. Contenía quince folios tan importantes como un seguro de vida.

Las primeras hojas eran copias de informes de la sección de personal sobre William Stark. Datos personales, condiciones de contrato y currículum vitae, todo tipo de hechos comprobables; el resto de papeles eran manipulaciones de archivos que había encontrado en el portátil de Stark; y luego había un folio que había estado en el cajón de su escritorio, relacionado con el último tratamiento de su hijastra.

La idea de las manipulaciones se le ocurrió cuando la Policía le preguntó por Stark en relación con su desaparición. Aquella vez fue fácil y todo salió bien. Las preguntas, al igual que las respuestas, fueron simples y superficiales, pero ¿y si en un momento dado volvieron con más preguntas? ¿Y si Teis Snap y Brage-Schmidt lo dejaban en la estacada?

Si quería salir sano y salvo de aquello, tendría que construir una historia que fuera convincente. Por eso sacó la pequeña pila de litio que accionaba el reloj del portátil de Stark, y se puso a corregir informaciones en los archivos que trataban del proyecto Baka.

Lo hizo una noche en casa, algo después de que Lily se fuera a la cama. Bajo el cono de luz del flexo, abrió, emocionado, el mundo virtual de Stark, y observó que podía accederse a dos usuarios, uno llamado MINISTERIO, de libre acceso, y otro, llamado PRIVADO, con contraseña.

Al cabo de unos minutos, René supo que habían hecho bien eliminando a William Stark. Demasiados de sus apuntes trataban de irregularidades y procedimientos heterodoxos en relación con el proyecto Baka. Las anotaciones no destapaban ilegalidades manifiestas, pero sí que sembraban la sospecha de que quizá hubiera algo que debiera investigarse más en detalle. Que Stark no lo hubiera hecho era una suerte para ellos. Y, desde luego, ahora ya no podía hacerlo.

René pasó el resto de la noche tratando de averiguar la contraseña que pudiera tener el usuario llamado PRIVADO. Y como no lo consiguió, bajó al sótano, abrió la trampilla de los tubos de calefacción bajo el suelo y escondió el portátil. Allí no lo vería nadie hasta que volviera a hacerle falta.

Y ahora, dos años más tarde, estaba con aquellos papeles manipulados de las anotaciones de Stark. Datos que antes apuntaban a la manera de René de llevar el proyecto, y ahora, con sus manipulaciones, apuntaban a Teis Snap y al propio William Stark.

Por eso, era del todo lógico que sacara el último folio de la carpeta, y escribiera en una esquina, con las letras y cifras características de William Stark:

«Transferencia a Maduro & Curiels Bank». Y luego el número de móvil de Teis Snap.

Una vez más, había pasado la noche a la intemperie, como un sin techo, y los tonos grises de la calle empezaban a impregnar su ropa y su rostro.

Marcus no tenía miedo, pero se sentía inseguro, y no le faltaban razones para estarlo.

Kasim, el dueño del cibercafé, ya se lo había advertido cuando, conduciendo su reluciente BMW por Randersgade, lo vio registrando el contenedor de la basura del supermercado del barrio, en busca de fruta y pan desechados. Fue una casualidad que estuviera allí, pero era mejor aprovisionarse de la basura de una tienda pequeña que de la de grandes supermercados como Netto y Brugsen, donde había competencia con jóvenes daneses que vivían en comunas y no querían compartir. Incluso allí, a ras de suelo, había lucha de clases.

—¡Toda la gentuza organizada anda buscándote! —gritó Kasim por la ventanilla—. Ya puedes andar con cuidado por el barrio, Marcus. Más vale que te marches.

Así que seguían buscándolo.

Pero Marcus no podía desaparecer sin más. No creía en serio que lo estuvieran buscando en la zona de Østerbro, y en el piso de Eivind y Kaj había muchos miles de coronas que le pertenecían, y se quedaría en el barrio hasta conseguirlas.

Había pasado varias veces ante las ventanas iluminadas de su sala de estar y de la tintorería, donde seguía colgado un cartel que decía que estaba cerrado por enfermedad.

Así que Kaj aún no se había recuperado.

Pero cuando estuviera otra vez sano y reanudaran el trabajo, ya se encargaría de entrar en el piso de uno u otro modo. Lo más importante ahora era vigilar los movimientos de la gente de Zola. Pasada una semana, seguramente pensarían que había desaparecido, y confiaba en que volviera la calma para poder moverse de nuevo en libertad.

Por eso se mantenía lejos de las aglomeraciones, alerta ante movimientos o acciones inesperados. Se fijaba en dónde estaban aparcados los coches de matrícula extranjera y lunas demasiado oscuras, y sabía cuándo patrullaban por el barrio hombres solitarios de origen extranjero y mirada vigilante.

Aquel sábado por la mañana todo parecía normal. Østerbro había despertado al calor y a la calma veraniegos. Era un día de esos en que los daneses se cruzan en las aceras luciendo sonrisas primaverales.

Marcus hizo su visita diaria a la tintorería, pegado a las fachadas de la acera de enfrente, y comprobó que su tiempo de espera aún no había terminado.

Puede que Kaj esté peor de lo que pensaba, porque Eivind no sale a la tintorería, pensó.

Se apostó en los peldaños de entrada al semisótano de una tienda cerrada de la

esquina de Willemoesgade y repasó por enésima vez el desarrollo de los acontecimientos. Si Kaj y Eivind lo hubieran ayudado, en vez de echarlo a la calle, habría tenido mala conciencia por el destino de Kaj, pero no era así para nada. Entendía que se hubieran asustado y que no pudieran tenerlo en casa después de lo ocurrido. Pero ¿fue acaso él quien los atacó? ¿Fue él quien de forma voluntaria deseó vivir una vida como esclavo de Zola? ¿Quien eligió a un padre dispuesto a sacrificar la propia salud y vida de su hijo para complacer a su hermano pequeño? ¿Acaso había matado él a alguien?

Alzó la cabeza y enderezó la espalda. No, no había ninguna razón para tener mala conciencia o avergonzarse. Era posible que hubiera empezado a oler algo rancio y a no llevar dinero en el bolsillo, pero se había liberado. Ya no robaba, y decidía él quién era y qué deseaba ser. Ahora era un gitano, y cuando todo hubiera terminado sería él mismo.

Miró hacia la fachada del otro lado de la calle y se fijó en un rostro pálido que se retiró tras las cortinas de la entreplanta. Aquí pasa algo, pensó, por instinto, en el mismo instante en que una furgoneta que conocía demasiado bien torcía por la esquina de Fiskedamsgade y arremetía hacia él en dirección prohibida.

Tardó un milisegundo en darse cuenta de que otro coche se acercaba desde el otro extremo de la calle, de forma que ambos coches lo alcanzarían enseguida.

Cuando reconoció a Hector al volante de la furgoneta, su pulso se desbocó hasta unas doscientas pulsaciones, mientras las piernas derrapaban sobre los adoquines de una calle transversal.

¿Adónde? ¿Adónde?, se repetía una y otra vez mientras los coches derrapaban al doblar la esquina. Classengade era demasiado abierta y ancha, así que tendría que probar a bajar hacia Kastelsvej y luego ver si podía escabullirse por allí.

Era sencillamente el peor lugar donde podían haberlo descubierto. Donde, por lo demás, el tráfico era escaso y se sentía seguro. Pero ¿cómo iba a saber que también tenían espías en las casas?

Los oyó gritar por la ventanilla que dejara de correr, que no iban a hacerle nada.

La Embajada del Reino Unido apareció frente a él en Kastelsvej, con sus laberintos de portillos y rejas. Un coche parado frente a la embajada había despertado sospechas, y un montón de guardas de seguridad salieron a la calle y estaban en aquel momento cerrando el sendero de la escuela, que descendía hacia el antiguo cementerio militar, para cortar el paso. Ante él, un guarda de seguridad parlamentaba con el conductor, que parecía encontrarse indispuerto. Como las actividades inusuales no eran cosa de broma en aquel barrio, el último guarda se volvió con gesto intransigente hacia la escena que se le acercaba, atronadora, y así hizo que los coches que perseguían a Marcus aminorasen la marcha.

Marcus miró hacia Østerbrogade. Tenía que dar un rodeo demasiado grande para llegar al cementerio, donde había encontrado varios escondites.

Un par de hombres con chalecos antibala avanzaron hacia él y le dijeron que

desapareciera al instante.

No puedo confiar en esos guardas, pensó mientras pasaba corriendo a su lado. A los pocos segundos, los perseguidores dejarían el coche y los guardas los harían pasar rápido junto a la escena, así que no le quedaría otra alternativa que seguir por una calle bordeada de exuberantes árboles que empezaban a brotar, y casas cuyos habitantes no conocían la clase de desgracia que lo esperaba en breve.

Oyó que la furgoneta frenaba a sus espaldas, y que se abrían las puertas. Estaban preparados para llevar a cabo la misión.

Marcus echó a correr y dobló veloz la esquina hacia un callejón sin salida, donde, gracias a Dios, se abrió un sendero entre el edificio y un campo de fútbol alambrado y asfaltado.

En la cancha, un grupo de chicos inmigrantes corrían a gritos tras un balón, mientras sus amigos más indolentes fumaban y comentaban el partido desde fuera.

—¡Socorro, me persiguen unos putos moteros! —imploró mientras pasaba a toda mecha.

Eran las ventajas de su aspecto diferente. Porque los cigarrillos de los chicos cayeron al suelo y el partido de fútbol se detuvo tan de repente que el balón estaba todavía en el aire cuando todos los rostros oscuros se volvieron hacia los perseguidores de Marcus.

Antes de desaparecer en dirección opuesta, hacia las transversales que llevaban al puerto, alcanzó a ver a Hector y a los demás extender las manos para defenderse, antes de que los jóvenes inmigrantes arremetieran contra ellos.

No quería ni pensar en el resultado de la desigual batalla. Desde luego, tampoco iba a hacer que su próximo encuentro con Hector y los otros fuera llevadero.

Así que ese encuentro no debería producirse nunca.

**E**speró en Randersgade hasta que los faros delanteros del BMW azul de Kasim se abrieron camino entre las filas de coches aparcados.

Parecía cansado, pero también sorprendido, cuando Marcus avanzó y extendió la mano para detenerlo.

—¿Todavía estás aquí, Marcus? ¿No te he dicho que era mejor que te largaras del barrio?

—No tengo dinero.

Bajó la cabeza.

—Y ya sé que estoy en deuda contigo. No lo he olvidado.

—¿No puedes ir a la Policía?

Marcus sacudió la cabeza.

—Sé de un lugar donde puedo estar. Podrías llevarme en coche, ¿no? ¿No vives en las afueras?

—Vivo en Gladsaxe.

—¿Me llevas hasta el lago de Utterslev?

Kasim se inclinó hacia el asiento del copiloto y quitó un par de bolsas de plástico.

—Agacha la cabeza hasta que salgamos del centro, ¿vale?

**E**l viaje transcurrió en silencio; por lo visto, Kasim no quería saber demasiado en caso de que alguien le preguntara.

—Los de las tiendas del barrio están asustados, y no quieren que vuelvas a ponerte en contacto con ellos.

Fue casi lo único que dijo antes de dejarlo en su destino.

Claro que ¿qué más podía decir? Marcus entendía bien el perjuicio que les había causado. No estaba nada orgulloso de ello.

El paseo desde la cabaña de troncos junto al principio de la autopista, y a lo largo del lago, hasta la casa de Stark fue un paseo por los estratos de su conciencia. No deseaba robar, pero en los armarios de Stark colgaba ropa que podía servirle, y en el sótano había una lavadora y tarros de conserva, aunque estaban bastante agrios. También había camas hechas. Lo suficiente para que pudiera enderezar un poco su situación.

Por eso, el domingo se despertó con la engañosa sensación de haber iniciado una nueva etapa en su vida. Solo las cortinas y la luz del sol abriéndose paso ya eran algo inusual. Estar tumbado en un dormitorio bonito y bien amueblado no era para él solo un lujo: era casi una imagen del futuro que buscaba.

Se desperezó en la cama y trató de ahuyentar la idea. De todas formas, no podía quedarse allí, era demasiado arriesgado. La víspera habían estado a punto de atraparlo, y la última vez que entró en la casa estuvo también a punto de ocurrir algo. Si deseaba evitar que volviera a ocurrir algo parecido, tendría que ser él quien vigilara a quienes lo buscaban, y no al revés. Tendría que estar siempre un paso por delante.

Era difícil de ver si allí había vivido alguien aparte del hombre, pensó, mientras masticaba unos pepinos encurtidos en la cocina. Si en el pasado hubiera entrado a robar a una casa unifamiliar como aquella, en un barrio como aquel, habría esperado encontrar por lo menos un par de robots de cocina y cuchillos de calidad como Solingen, Masahiro, Raadvad o Zwilling. Pero allí no había nada de eso. Tampoco había delantales, ni tarros de cerámica o chucherías que indicasen que en la casa hubieran vivido mujeres.

Se lo llevarían todo cuando se mudaron.

Una sola cosa desentonaba con la impresión general: una revista del corazón junto a la cocina de vitrocerámica. Una revista corriente y moliente con la habitual chica en la portada y los típicos titulares sobre salud y moda, o algo así. No era nada

especial, pero llamaba la atención.

Marcus se levantó y la tomó en la mano. «Martes, 7 de abril de 2011», ponía en la portada, así que era más o menos del mes anterior.

Frunció el ceño. ¿Cómo había aterrizado allí? ¿Quién acudía a aquella casa? Estaba todo bastante limpio. ¿Seguirían yendo Tilde y su madre? ¿Sería quizá una revista que Tilde hubiera tenido en sus manos? ¿Habían estado haciendo té y hojeándola? Tal vez la dejaran olvidada al marcharse y no hubieran vuelto desde entonces.

La olisqueó. No olía a nada especial, qué decepción.

Luego la hojeó y la dejó caer sobre la mesa. Fue entonces cuando reparó en un plástico retorcido en el suelo, en el extremo del mueble de la cocina.

Dio una patada a la bola de plástico y observó un par de destellos blancos cuando se deslizó sobre el suelo de sintasol. Aquello azuzó su curiosidad, así que recogió el plástico y lo desenrolló. Era una bolsa de plástico con una etiqueta donde ponía «Malene Kristoffersen», y su dirección de Strindbergsvej, en el suburbio de Valby.

¡Kristoffersen! Era el mismo apellido que el de Tilde. Tal vez fuera su madre.

Marcus asintió para sí. Sí, seguro que era su madre.

Así que ahora tenía su dirección.

**L**a casa era mayor de lo que esperaba. Amarilla, con un extraño tejado rojo en el que una vertiente estaba mucho más inclinada que la otra. Era uno de esos barrios en los que los del clan solían evitar robar. Desde luego que había jardines y cantidad de sitios donde esconderse y desaparecer, pero las casas estaban tan pegadas unas a otras que los vecinos veían casi todo lo que ocurría en los edificios colindantes. Por eso tuvo mucho cuidado cuando se coló por la abertura del seto y leyó lo que ponía en los dos buzones colgados junto a la puerta rojo intenso.

De modo que vivían dos familias en la casa, y en el piso de arriba había un cartel gastado por la intemperie en el que ponía «Tilde & Malene Kristoffersen».

Marcus aspiró hondo y se quedó mirando las ventanas pintadas de rojo del primer piso. Así que la chica vivía allí arriba, y, como era domingo, era posible que estuviera en casa.

¿Se atrevía a llamar? ¿Qué iba a decirles?

Llevaba un rato con el dedo tembloroso dirigido hacia el timbre, cuando oyó dos voces agudas y un traqueteo en la acera.

Viene alguien, pensó, y por puro reflejo se echó a un lado, bajo un arbusto. Luego oyó risas y vio dos figuras arrastrando las bicis por la abertura del seto.

No podía ver sus rostros en aquella postura incómoda, pero su mirada las siguió hasta que doblaron la esquina de la casa; luego oyó que dejaban las bicis.

La madre de Tilde fue la primera en aparecer. Pelo castaño, bastante guapa, y con

una gran bolsa de la compra bajo el brazo.

—¿Tienes llaves, Tilde? Es que las mías están debajo de los trastos que hemos comprado en el mercadillo.

Luego se oyó una risa que dejó prendado a Marcus.

Cuando por fin vio a Tilde, no pudo evitar sonreír tras las hojas recién brotadas. Era como una sílfide. Algo delgada y larguirucha, con pies grandes, pero se desplazaba por las baldosas con la agilidad de una bailarina, balanceando la llave ante sí.

—Eres un encanto —la elogió su madre mientras Tilde abría la puerta.

—Lo mismo digo —respondió su hija. Y las dos desaparecieron.

Marcus dejó la imagen congelada. Quería recordar los rasgos de la chica. Quería recordarlos, porque se había quedado prendado de ella. Su sola voz lo emocionaba.

No olvides que tu padre mató a su padrastro, se dijo. Entonces ¿cómo iba a poder acercarse a ella, sobre todo ahora que había visto cómo era? ¿Ahora que la chica por la que había sentido una ternura indefinible debido al cartel de búsqueda y a lo de William Stark, adquiriría de pronto un rostro, carne y huesos, y una risa alegre?

¿Cómo iba a poder acercarse a Tilde cuando, sintiendo lo que sentía por ella, no había hecho nada a pesar de lo que sabía?

Marcus salió de entre los arbustos y caminó con calma por la calle, pasando junto a casas multicolores que lo hacían sentirse más negro por dentro.

Tenía que hacer algo. Aunque a ella fuera a dolerle mucho conocer la verdad, tenía que conocerla, a Marcus le parecía que se lo debía. Por eso era necesario acudir a la Policía, aunque eso supusiera sacrificar a su padre.

**A** la mañana siguiente buscó en el armario con ropa de mujer y encontró una camisa a cuadros mejor que la que llevaba puesta, y que era de su medida. En el pasillo vio una cazadora, y sacó de la secadora del sótano sus calzoncillos, una camiseta, calcetines y unos pantalones.

Se miró en el espejo del cuarto de baño y asintió con la cabeza. De pronto parecía un chico juicioso. Al menos, lo bastante para lo que tenía que hacer. Ahora solo le faltaba algo de dinero, y eso era lo peor.

Si al menos pudiera vender la ropa de Stark, que seguro que no iba a necesitar nunca más, avanzaría un poco en la problemática del dinero. Pero nadie compraba ropa vieja, y nadie compraba porcelana corriente ni muebles. Nadie compraba televisores analógicos, ordenadores de sobremesa o aparatos de alta fidelidad, y nadie compraba cosas sin valor. Así que, pese a tratarse de un hogar danés corriente y moliente, no había en la casa nada que se pudiera vender. A los daneses les encantaba ir de compras, y punto. De modo que todo lo que tuviera unos pocos años perdía enseguida su valor.



Tal vez fuera lo mejor. En aquel momento, lo único que había robado en mucho tiempo era algo de ropa y medio tarro de pepinos en vinagre. Sería mejor que no siguiera.

Estuvo cinco minutos paseando descalzo por la casa, solo por absorber la delicada sensación cosquilleante de las alfombras mullidas y de cómo debía de ser tener tu propio hogar, rodeado de cosas que te gustaban y eran tuyas.

Al final se quedó frente a la caja fuerte y sintió de nuevo la inquietud que despertaba en él. Luego se arrodilló y miró bajo el marco superior para ver si aún recordaba la contraseña.

Sí que la recordaba. A4C4C6F67.

Su buena memoria le hizo sonreír, y también lo enigmático de la situación; de pronto cayó en la cuenta de que las cifras y letras no eran todas iguales, sino que estaban emparejadas en diversos tonos grises. Era bastante evidente a la luz de la mañana que entraba en la estancia. A4 destacaba, escrito en negro. C4 tenía los bordes más vagos, como si estuviera escrito con un rotulador gastado. Y, mirando más de cerca, también C6, F6 y 7 estaban escritos en momentos diferentes. Es decir, que la contraseña había ido alargándose con el tiempo. Se sentó en el suelo mientras se inclinaba hacia el borde de la caja fuerte y reflexionaba sobre el problema. Tal vez correspondiera a más de una operación.

Salió por la puerta trasera y se quedó un rato en la terraza embaldosada, pensando en su situación.

Si no había en el cobertizo ninguna bici que pudiera tomar prestada, tendría que hacer a pie la caminata de vuelta.

Pero la había.

**L**a primera parada que hizo fue en la biblioteca de Brønshøj, la más cercana. Pasó allí un buen rato leyendo junto al mostrador de recepción, para poder observar a quienes entraban. Algunos se dirigían directamente a la sección de préstamo de literatura adulta o a la biblioteca infantil, mientras otros entregaban primero los libros prestados. Esos eran los que esperaba, porque debían llevar encima la tarjeta sanitaria para poder escanearla y registrar la devolución.

Eligió a un chico de su misma edad que, con la falta de respeto típica de un chico danés hacia los objetos de valor, dejaba sus cosas en cualquier parte. La tarjeta de la Seguridad Social terminó en su cartera, en el bolsillo delantero de una bolsa que llevaba en bandolera, y que al poco tiempo cayó a los pies del chico mientras estudiaba en Internet en uno de los ordenadores.

Marcus se acercó despacio. Y cuando el ordenador de al lado del chico quedó libre, se deslizó silencioso como un gato y tecleó la primera dirección que se le ocurrió.

Una hora más tarde dejó la bici a un par de calles de su objetivo. Al fin y al cabo, era un objeto robado, aunque había pensado volver a dejarla en su sitio.

La comisaría de Bellahøj, en Borups Allé, era bastante mayor de lo que había imaginado. Monumental a más no poder, y fea. Superficies de cemento gris y movimiento continuo tanto dentro como en los alrededores. No era difícil sentirte indefenso cuando entrabas allí.

Teniendo en cuenta que Marcus llevaba toda la vida cometiendo delitos, parecía bastante extraordinario que la primera vez que entraba en una comisaría o, en general, que iba a tener contacto directo con la Policía, lo hiciera de forma voluntaria. Miró asombrado alrededor. En la recepción todo era inesperada calma, sin dramatismos. Camisas azul cielo con corbatas negras por todas partes, y la mayoría de los agentes eran muy jóvenes. Ni siquiera lo miraron cuando la puerta automática se abrió y entró casi de lado, para que la cámara exterior y las que debía de haber en el interior no captaran su rostro.

Aparte de Marcus, solo había dos mujeres sentadas en los bancos, esperando a que las atendieran. Por lo visto, a una le habían robado el bolso mientras iban las dos en bici juntas, y el contenido no debía de ser cualquier cosa, porque lloraba y parecía muy afectada.

Aquello no tranquilizó a Marcus, que estaba sentado en el borde del banco, tratando de memorizar lo que iba a decir cuando le tocara el turno.

Cuando al fin lo llamaron del mostrador, depositó encima el collar africano de Stark y uno de los carteles de búsqueda.

El agente de guardia se quedó mirando los objetos, algo desconcertado.

—Ese collar pertenecía al de la foto —afirmó Marcus, sin perder de vista a los dos policías que aporreaban teclas tras el agente de guardia.

Después, su intención era decir que un amigo le había dado el collar, y que le dijo que su dueño había muerto y que sabía dónde estaba enterrado el cadáver. Que su amigo le dijo quién podía haberlo enterrado, tal vez después de matarlo. Luego iba a decir que al amigo le daba miedo ir a la comisaría, y entregaría a la Policía la tarjeta sanitaria que le había quitado al chaval en la biblioteca. El chico no podría ayudar a la Policía si se ponían en contacto con él, pero al menos sabrían algo. Y nunca volverían a ver a Marcus.

Pero no iba ocurrir así.

—¿Tienes alguna documentación, amigo? —preguntó el agente.

Aquello no lo había previsto. Debería haber robado dos tarjetas sanitarias. Una para el que llamaba su amigo, y otra para él.

—Entiendes lo que te estoy pidiendo, ¿verdad? —continuó el agente.

Marcus asintió en silencio. Y la tarjeta sanitaria apareció sobre el mostrador.

La miró un rato.

—Gracias, Søren —dijo—. Verás, es que vamos a tener que hablar con tus padres, porque eres menor de edad. Así que ¿por qué no me das sus números de móvil, para

que los llame antes de seguir adelante y puedan estar presentes mientras hablamos?

El cerebro de Marcus funcionaba a toda máquina.

—Lo siento —llegó la salvación—, pero no los recuerdo, los cambian todo el tiempo, y tengo arreglando el móvil, donde los guardo.

El agente sonrió.

—Tranquilo, a mí también me pasa. Los buscaremos por la dirección, Søren, porque esa la tenemos.

Agitó la tarjeta y se retiró a su ordenador.

Al cabo de nada levantó el pulgar en el aire hacia Marcus. Los había encontrado.

Marcus retrocedió hacia la puerta en cuanto asió el receptor. Aquello se estaba torciendo.

Y mientras el agente de guardia esperaba a que respondieran, volvió la mirada hacia Marcus y enseguida sospechó algo.

—¡Eh! ¿Adónde vas, chaval? —preguntó en voz alta.

En el mismo instante, Marcus oyó ruido de pasos procedentes del pasillo tras el agente de guardia, y apareció un policía de paisano que saludó a uno de sus compañeros tras el mostrador e hizo que un escalofrío recorriese la espalda de Marcus. Era el policía que había visto por la ventana en la casa de Stark solo tres días antes, y sus miradas volvieron a cruzarse.

—Hola, Carl. Lo mismo digo —correspondió al saludo el agente tras el mostrador.

Entonces Marcus atravesó la puerta de cristal y siguió corriendo.

Oyó que gritaban por detrás que se detuviera, y vio también que un par de agentes se quedaban mirándolo en el aparcamiento. Pero, para cuando cayeron en la cuenta de lo que sucedía, había saltado por encima de la verja que rodeaba el edificio, atravesaba corriendo el césped del otro lado y saltaba por encima del seto. A cien metros de allí, en la calle siguiente, junto a la guardería, estaba la bici de Stark, y unos segundos más tarde pedaleaba con todas sus fuerzas hacia la ciudad, siempre que podía por calles estrechas.

Todo había salido mal. No había logrado decir dónde estaba enterrado el cadáver de Stark, y tampoco quién lo había matado. Y, casi lo peor de todo: lo había visto el mismo poli que en el exterior de la casa de Stark.

Marcus soltó juramentos en varios de los idiomas entre los que había crecido.

Si conocía bien a la Policía, la cosa no iba a quedar así. Para cuando se diera cuenta, también ellos irían tras él. Confiaba en que, tras sus precauciones, las cámaras de vídeo de la comisaría no lo hubieran registrado.

Ahora búscate un escondite en la ciudad donde no te encuentren y desde donde puedas controlarlos a todos, se prometió. Y cuando encontrara ese lugar, tendría que esperar a ver qué pasaba, porque el dinero que tenía en casa de Eivind y Kaj seguía atrayéndolo.

Cuando llegó al cruce entre Jagtvej y Åboulevard, estuvo pensando un rato qué

sería peor, la peste o la cólera. La cuestión era: ¿cuál era en aquel momento el lugar mejor y también en cierto modo el más seguro para vigilarlos? ¿El barrio de Østerbro o el centro?

Se quedó un rato con la bici entre las piernas, y luego tomó la decisión. La furgoneta solía llegar hacia las cinco a Rådhuspladsen en busca de Miryam y los demás. Si se mantenía a cierta distancia, los vería y sabría quiénes habían salido a robar y probablemente a quiénes habían enviado en su busca.

En Rådhuspladsen buscó con la mirada un sitio para dejar la bici, que no tenía candado, sin que corriera peligro de que la robaran. No era fácil encontrar algo así en la zona con más tráfico de Dinamarca.

Entonces, junto a la entrada al viejo jardín de Tivoli, vio que se alzaba ante él un edificio enorme en proceso de renovación. Lo había visto muchas veces antes, pero nunca había pensado qué podría ser.

Nunca, hasta ahora.

Y así fue como encontró por fin una solución permanente a su problema de alojamiento.

Carl lo había pasado mal, por no decir muy mal, todo el fin de semana. El sábado por la noche Mika y Morten dieron una fiesta, por un lado para confirmar de forma oficial su vida en pareja, y por otro para gastar parte de la pasta gansa que habían ganado en eBay con la colección de Playmobil de Morten.

—¡Le han dado sesenta y dos mil coronas! —repitió Jesper por lo menos diez veces, mientras ponían sombrillitas en los vasos de cóctel. Joder, era capaz de subir al desván a por sus Action Men y tratar de pulirlos.

Sesenta y dos mil coronas, qué pasada.

Por eso, el vino, la cerveza y el contenido de todas las botellas multicolores de alcohol corrieron con más profusión que nunca en aquella parte de Rønneholtparken. Para antes de las diez, tanto Ken como los del número 56 se habían retirado. Los únicos que aguantaron con Carl hasta después de medianoche fueron Morten y Mika, así como varios de sus amigos gays que, a pesar de la trompa, canturreaban alegres y bailaban sin parar.

Cuando un cuarentón de pantalones ajustados y sombrero de cuero ladeado con picardía lo invitó a bailar por duodécima vez, se levantó, tambaleándose pero con decisión, pasó junto a un Hardy rubicundo, dormido como un tronco, y siguió hacia su cuarto.

Junto a la escalera, la pareja anfitriona bailaba una lenta.

—Siento lo de Mona —dijo Mika con voz nasal, y le dio una palmada en el hombro.

—Sí —completó Morten—. Vamos a echarla de menos.

¿Cuántas veces había coincidido Morten con ella? ¿Dos?

¿Esperaban quizá que les agradeciera las muestras de ánimo?

El domingo, Carl despertó con un sabor a rata muerta pegado al paladar. Tanto la resaca como los remordimientos estaban en su apogeo, pero lo peor era aquella sensación latente de sentirse mentalmente desequilibrado.

—Joder, Carl Mørck, no puedes quedarte aquí lloriqueando —se dijo entre gruñidos, pero la situación no mejoró. Cuantas más punzadas sentía en la cabeza, con más claridad veía que gente como Lars Bjørn y, sobre todo, Mona Ibsen debían de ser descendientes directos de Tycho Brahe<sup>[1]</sup> o de algún otro gafe.

Transcurrieron un par de horas en las que estuvo arropado bajo el edredón, mientras alternaba el destemple con oleadas de calor, y alternaba también un abrumador sentimiento de odio y el sentirse flojo como un trapo.

No vas a superarlo hasta que no hables con ella, se decía cientos de veces. Pero

no tocó el móvil, mientras la gente de la planta baja despertaba con energía y desaparecía entre las delicias del mes de mayo.

Luego volvió a dormirse, y siguió en la cama hasta que un lunes lo amenazó otra vez.

— ¡Assad! —gritó—. ¡Ven un momento!

Ninguna reacción.

¿Estaba otra vez arrodillado en la alfombra de orar, mirando hacia la Meca? Carl consultó el reloj. No, no era la hora.

— ¡Assad!! —soltó con el turbo a tope.

— No ha vuelto aún. ¿Qué pasa, no te enteras de nada? Menuda resaca llevas, ¿no?

Carl alzó la vista hacia Rose, que estaba en la puerta, rascándose los últimos pellejos quemados de la nariz.

— ¿No ha vuelto? ¿De dónde?

— Ha ido al banco de Stark.

— Pero ¿por qué?

— Ha hablado también con el Tribunal de Transmisiones y Quiebras y con la Agencia Tributaria.

¿Por qué cojones no podía darle una respuesta como es debido? ¿Se había convertido en regla tácita que siempre tuviera que sacarle la información con sacacorchos?

— ¿Qué os traéis entre manos? Lo leo en tu cara, Rose.

Esta se alzó de hombros.

— He hablado por teléfono con Malene Kristoffersen. Por suerte, ella y su hija acaban de volver de Turquía hace un par de días.

— Bien. ¿Podemos convencerla para que venga?

— Sí, creo que sí. Tal vez mañana.

Carl sacudió la cabeza.

— Aleluya. Debe de estar superinteresada en el caso.

— Sí, sí. Seguro que podían venir dentro de unas horas, pero ella y Tilde llevan todo el día en el hospital haciéndose análisis. ¿Qué tal si les damos un respiro hasta mañana?

— De acuerdo. ¿Y eso qué tiene que ver con lo que está haciendo Assad?

— Eso lo sabrás cuando vuelva.

Regresó a los cinco minutos, con sus mechones de rizos encrespados. Un indicador perfecto de su nivel de actividad.

— Carl —dijo jadeando—. Cuando Rose ha hablado con la novia de Stark, a los dos nos ha parecido, o sea, que había algo que no encajaba.

¿De verdad? ¿Por qué no se sorprendía?

—Rose dice que Stark pagó durante cinco años las consultas médicas y análisis carísimos de la hija, Tilde, antes de desaparecer. De hecho, pagó más de lo que podía.

—Pero había heredado.

—Sí, Carl. Pero no heredó hasta 2008, el año que desapareció. Esto fue siglos antes, en 2003. En el banco hemos comprobado que costó casi dos millones de coronas más de lo que tenía ahorrado. Al principio pensé que habría pedido un crédito y lo habría devuelto al cobrar la herencia, pero no fue así.

Joder, el ricito tenía en los ojos la mirada que solo solían provocar los casos nuevos e interesantes. Carl suspiró. Empezar así la semana era la ruina.

—Bien, Rose, intenta explicarme lo de las consultas médicas de Tilde y el dinero.

Rose bajó los brazos. Seguro que se avecinaba una explicación más larga de lo necesario.

—Tilde tiene una enfermedad crónica muy problemática, la enfermedad de Crohn, que hace que su aparato intestinal esté siempre inflamado. Malene me ha explicado que William Stark se comprometió muchísimo con el desarrollo de la enfermedad y el tratamiento de su hija, y que nunca escatimó medios para que tuviera un tratamiento alternativo cuando los métodos habituales, como la extirpación de secciones dañadas del intestino o tratamientos a base de cortisona, no consiguieron el efecto deseado.

—Gracias, pero no te vayas por las ramas, Rose. ¿De dónde y cuándo aparecen esos dos millones? Es mucho dinero.

—Malene me ha dicho que Stark quería encontrar el tratamiento definitivo de la enfermedad, que por lo demás es incurable. Tilde ha estado en clínicas privadas de Copenhague, y en Jacksonville, en Florida; también bajo tratamiento homeopático en Alemania, y de acupuntura en China. Stark pagó para que le inoculasen parásitos vivos de aparatos intestinales de cerdos. De todo. Y, según cálculos de Malene, Stark ha debido de gastar en total unos dos millones de coronas durante los cinco o seis años que llevaban juntos.

—Dos millones. Eso que dice no tiene por qué ser cierto, claro.

—Que sí, Carl.

Assad empujó hacia él una serie de extractos de cuenta.

—Es cierto, Stark hizo las transferencias desde su banco.

—Vale. ¿Y qué puedo deducir de eso?

Rose sonrió.

—Probablemente que Stark era el mejor jugador de póker del mundo, o que había llegado al casino de Amager un cliente con una buena suerte irritante. ¿Qué, si no?

Carl arrugó el entrecejo.

—Ya capto tu tono sarcástico, Rose, pero no negarás que podría haber conseguido así el dinero.

—Digamos que Stark amasó un gran capital, que luego canalizó sin rendir

cuentas a nadie —respondió Rose.

Carl se volvió hacia Assad.

—¿Qué hay de la Agencia Tributaria? Rose me dice que has estado allí. Supongo que tendrán justificantes de esos ingresos.

Assad sacudió la cabeza.

—No, no han registrado ningún aumento patrimonial en ese período, y a Stark tampoco le han hecho ninguna inspección de Hacienda. Lo más seguro es que no se hayan enterado de esas transferencias, porque los ingresos sucesivos solo aparecían unos días, ya que enseguida, cantidad por cantidad, se empleaban para efectuar los pagos. Además, en su cuenta nunca había a final de año más dinero que los años anteriores.

—Y como era un trabajador asalariado normal, me imagino que no entraría en el protocolo de Hacienda hacerle una inspección. ¿Es así?

Assad asintió en silencio.

—Pero había otra cosa, entonces. Me llamó la atención lo de la caja que tenía en el banco, cuyo alquiler canceló. Malene Kristoffersen ha dicho que Stark llevó a casa algunas joyas de la caja de alquiler, entre otras los anillos de boda de sus padres, pero luego Rose le ha preguntado qué fue de las joyas.

—Sí, le he preguntado si las tenía ella. Pero dice que nunca las había visto, y la creo. Por eso no denunció la desaparición de las joyas cuando entraron a robar. De hecho, no era capaz de describirlas. Además, tampoco estaba segura ni de que existieran, ni de que las robasen.

—Stark alquilaría otra caja en otro banco y las depositaría allí.

Assad sacudió lentamente la cabeza.

—No lo creo. Malene creía que las joyas existían, y si no las robaron, sería porque Stark las había escondido en un lugar seguro de la casa. Me ha dicho que aún confiaba en que el hombre volviera y las encontrara.

Carl se fijó en la arruga que surgió entre las cejas de Assad. No compartía aquel optimismo ciego.

—¿Te das cuenta, Carl? —intervino Rose—. ¡El asunto apesta!

¿Fue la sensación de triunfo o el entusiasmo lo que hizo que se iluminara su rostro? Carl seguía sin saber hacer la distinción.

—Este caso es muy enmarañado —continuó Rose—. Malene quería a William Stark, y seguro que él las correspondía a ella y a la hija postiza, por quien estaba dispuesto a darlo todo. Y de pronto desaparece; cosa para la que, según su novia, no había la menor razón.

—Entonces, ¿por qué cree que todavía puede volver? Si no tenía razón para desaparecer, entonces está muerto, y en ese caso, por supuesto que no va a volver —observó Carl—. Pero quizá no sea tan lista, o tal vez todo lo contrario. Puede haber sido ella quien lo haya hecho desaparecer. La verdad es que no sabemos si llegó a casa el día que volvió de África. ¿Creéis que los movimientos de ella antes y después



de la desaparición de Stark están lo bastante claros?

Assad acariciaba el borde del escritorio, por lo visto absorto en otros pensamientos, así que fue Rose quien respondió.

—Registraron la casa a fondo. También con perros; y, por lo visto, no se había cavado en el jardín recientemente, y tampoco se habían hecho reparaciones en la casa. Así que si el cadáver estaba y está aún allí, los que investigaron hace dos años y medio se han cubierto de gloria.

—¡Escucha! —dijo de pronto Assad—. A menos que Stark tuviera diez millones en una caja que Malene ha mangado, ella sacaba más de él si estaba vivo. Para mí se trata de algo muy diferente. Se trata de un hombre que debía pasar varios días en África, y de repente cambia su billete de vuelta y regresa a Dinamarca antes de tiempo. ¿Por qué lo hizo? ¿Tenía algo para vender? ¿Obtenía su dinero del comercio ilegal de diamantes, y tenía una cita después aquí con alguien, que lo quitó de en medio? ¿O fue un accidente? ¿Se sintió mal y cayó al pantano junto a su casa? No lo creo, porque lo peinaron a conciencia.

Sacudió la cabeza.

—Demasiadas posibilidades, en mi opinión. Además, tenía horror al agua, lo pone en el informe de entonces, así que no creo que buscara el agua. Entonces, ¿qué ocurrió después de que abandonara el aeropuerto? Ojalá supiéramos más sobre eso.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Rose, la próxima vez que haya que hablar con Malene voy a estar yo también, ¿vale? Y hasta entonces, investiga su pasado. Habla con sus compañeros de trabajo. Habla con gente del hospital donde estaba ingresada Tilde cuando él desapareció. ¿Qué piensan ellos de Malene? ¿Y qué piensan de Stark?

Se volvió hacia Assad.

—Y tú, Assad, revisa los extractos de la cuenta y busca las fechas en que Danske Bank haya transferido grandes cantidades en nombre de Stark, pueden estar relacionadas con actos delictivos cometidos justo antes de los pagos y que, por lo demás, nadie puede relacionar con él. Puede ser cualquier cosa. Drogas, robos, contrabando.

—¿Quieres que hagamos alguna cosita más? —preguntó Rose—. ¿No quieres que investiguemos el asesinato de Kennedy o la cuadratura del círculo, ya puestos?

Assad sonrió y le dio un codazo en el costado. Desde luego, aquellos dos eran algo especial.

—Ah, y debo decir otra cosa antes de ir a la comisaría de Bellahøj a hablar con los muchachos que se encargaron de investigar el robo en casa de Stark.

Rose miró resignada a Carl.

—Amigos, estoy convencido de que habéis hincado el diente a un caso muy delicado. Enhorabuena, buen trabajo.

Podría haberse oído el vuelo de una mosca.

**A**l subcomisario Hansen lo llamaban «la serpiente de cascabel». Recibió a Carl con su característico silbido entre los dientes y un par de ojos rasgados de mirada penetrante que no mostraron ninguna alegría por el reencuentro. En la mañana de los tiempos, habían pasado dos semanas juntos de patrulla, y fueron dos semanas prescindibles.

Ahora llamaban a Hansen cuando rayaban la chapa de diez coches en un barrio de villas, o como mucho cuando había habido un par de robos importantes en casas del distrito. Aunque el robo de la casa de Stark no era muy importante, que se dijera; pero como se trataba de una casa que en aquel momento estaba precintada por otra investigación, le habían dado instrucciones de investigar a fondo, para poder descubrir los indicios que pudiera haber de que el robo y la desaparición de Stark estaban relacionados.

—¿Por qué no me has llamado sin más? —preguntó Hansen sin apartar la vista del informe que estaba leyendo.

—Si hubiera sabido que eras tú quien llevaba la investigación del caso, te habría enviado un telegrama.

Una sonrisa microscópica apareció en las comisuras de Hansen.

—Joder, pero si fui yo quien escribió el informe, ¿no lo has leído, o qué?

—Hay mucha gente simpática que se apellida Hansen. ¿Cómo iba a sospechar que fueras tú?

Levantó la mirada.

—Tan encantador como siempre, ¿eh, Carl?

—Déjate de bromas, Hansen. Tengo aquí el informe del primer registro de la casa con motivo de la desaparición de Stark, y cuando lo comparo con el tuyo, salta a la vista que no parece faltar ni un cenicero desde la segunda vez que entraron en la casa. Pero no puede ser, ¿no? Dime la verdad, ¿registrasteis la casa a fondo tras el allanamiento? ¿No faltaba algo? ¿Una caja de zapatos, un papelito en un tablón de anuncios o una cesta en el cobertizo?

—Como ves, me permití llevar conmigo a la compañera sentimental de William Stark y a alguien de Jefatura que había estado la vez anterior. Registramos la casa juntos, y yo diría que bastante a fondo. Estuvimos en el desván, inspeccionamos los cajones, el jardín, el sótano, y no faltaba nada. Podían haberse llevado unos buenos altavoces, algo de cubertería de plata y un cortacésped pero todo estaba como la vez anterior.

—¿Huellas dactilares?

—No había.

—Así que ¿eran profesionales?

—Es lo que suponemos. También lo pone en el informe. —La última frase sonó bastante seca—. Por desgracia, no nos vale la descripción que hizo la vecina de los autores, porque era muy confusa. Dijo que uno era más moreno que los demás, pero

no tanto como los africanos o los paquistaníes, y tampoco al estilo de los turcos o los de Oriente Próximo. Así que pudo ser cualquiera.

Bueno, así que la vecina le había dicho eso a Hansen. La cuestión era si Carl podría sacarle algo más concreto.

—¿Y a qué conclusión llega el informe sobre el tipo de robo y las razones? Yo no veo ninguna.

—Solo hablo de hechos, Carl. No todos podemos ser contadores de cuentos como tú.

—Ahora no estás escribiendo, estás hablando conmigo. ¿Cuál es tu conclusión, Hansen? En este momento necesito oír a un experto en robos.

Hansen se enderezó un poco en la silla y se metió la camisa azul claro dentro de los pantalones. No era un hombre a quien gustara recibir cumplidos.

—Hay dos posibilidades: puede que alguien leyera sobre el caso en los periódicos y, por eso, pensara que la casa podía estar deshabitada. Últimamente se ven bastantes robos de esa clase. Las esquelas, por ejemplo, dicen en grandes caracteres cuándo no van a estar en casa los allegados del difunto. ¿Y qué me dices de los idiotas que cuentan en Facebook o en otros sitios que se van de vacaciones, y cuándo? Cuando el gato no está, los ratones bailan, que se dice.

—¿Y la otra?

—Puede haber sido gente que buscaba algo. Si quieres que te sea sincero, me inclino por la segunda posibilidad.

—¿Por qué?

—Porque los rateros, aunque solo estuvieron dentro una hora, se concentraron en lugares concretos de la casa, casi como si hubieran estado antes.

—¿Por qué crees eso?

—¿Por qué va a ser, pequeño Carl? Porque de lo contrario habrían vaciado el contenido de los cajones en el suelo. Pero fueron directos a destripar colchones y a separar los muebles de las paredes para ver si había algo detrás. Me hace pensar que conocían el sitio de antes, como si ya hubieran estado allí.

Era justo lo que deseaba oír Carl, así que le dio las gracias y se dirigió a la recepción. La siguiente parada iba a ser la vecina de la casa de Stark. Quería oír de su boca la descripción de los ladrones.

Pero no iba a ser así.

En el momento en que llegó a recepción e intercambió con un antiguo compañero un gesto de cabeza y un saludo, vio a un chico de pie junto a la puerta.

No era la primera vez que Carl veía aquellos ojos.

Ahí va, alcanzó a pensar antes de que el chico se abalanzara hacia la puerta y desapareciera, mientras el agente de guardia gritaba a sus espaldas.

Carl saltó tras él y llegó a verlo desaparecer por la valla del extremo del edificio y seguir adelante.

Por mucho que gritó al chico que se detuviera, no sirvió de nada, claro.

—¿Quién era? —preguntó al agente del mostrador.

Este se alzó de hombros y le pasó una tarjeta sanitaria.

—Søren Smith, pone.

Carl ladeó la cabeza.

—Mmm, pues no parecía danés.

—No, no lo parecía; tenía algo de acento, pero tal vez lo adoptaran cuando estaba crecido. Voy a llamar a casa de sus padres, a ver qué se traía entre manos. Ha depositado esto, pero tengo la sensación de que pertenece a un amigo en cuyo nombre quería hacer una denuncia.

Señaló el mostrador, donde había un cartel y un collar.

Carl se quedó estupefacto.

—Tiene huevos... —medio susurró.

Puso la mano en el hombro del agente.

—No hace falta que llames. Voy ahora mismo a la casa. Y me llevo lo del mostrador, ¿vale?

**E**ra una casa muy presentable, comparada con las demás del barrio del noroeste. ¿Quién podía pensar que en aquel barrio que parecía una fábrica, una auténtica pesadilla urbanística compuesta de bloques de edificios heterogéneos y terrenos dispuestos de forma caótica, pudiera haber tras el seto de rosales aquella maravilla de casa entramada?

La mujer que abrió la puerta no era tan maravillosa, y desde luego no estaba acostumbrada a recibir a extraños.

—¿Sí...? —preguntó, vacilante, mientras su mirada recorría a Carl de arriba abajo como si tuviera la peste bubónica.

Este sacó la placa de policía del bolsillo trasero, cosa que, como era de esperar, no hizo sentirse mejor a la mujer.

—Es por Søren. ¿Está en casa? —preguntó, a sabiendas de que era poco probable, teniendo en cuenta que hacía poco que había salido de la comisaría.

—Sí —respondió, preocupada—. ¿De qué se trata?

¿Cómo era posible? El chico debía de tener una bici cerca, porque si no era imposible que hubiera llegado a casa ya.

—Nada especial. Quiero hablar un poco con él.

Retorciéndose las manos, la mujer lo acompañó a la sala, y luego llamó al chico un par de veces, hasta que al final decidió precipitarse escalera arriba y arrancarlo del ordenador, para después bajarlo entre sonoras protestas. No es tan fácil alejar a un chaval de su juguete preferido; Carl conocía muy bien el problema, de casa.

De entre los brazos de la mujer salió un chaval danés corriente de cabello castaño claro. Estaba claro que no era el chico que buscaba.

—Creo que has perdido esto, ¿no? —preguntó, tendiéndole la tarjeta de la Seguridad Social.

El chico la tomó, vacilante.

—Sí. ¿Dónde la ha encontrado?

—Prefiero preguntarte por qué no la tienes. ¿Se la has prestado a alguien?

El chico sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro? Hace media hora, un chico ha estado en la comisaría de Bellahøj y la ha usado como documentación, porque iba a hacer una denuncia en nombre de un amigo. ¿No serías tú, quizá?

—En absoluto. La llevaba en la cartera, pero me la han quitado de la bolsa en la biblioteca de Brønshøj. Y estoy casi seguro de quién ha sido. ¿Tiene también mi cartera? Había en ella veinticinco coronas.

—No, lo siento. ¿Por qué estabas en la biblioteca? ¿No deberías estar en la escuela a esa hora?

El chico lo miró ofendido.

—Escribimos trabajos. ¿Nunca ha oído hablar de eso?

Carl miró a la madre, cuyos hombros habían empezado a relajarse. Vete a saber si sabría sobre qué era aquel trabajo.

—¿Qué aspecto tenía el ladrón, Søren? ¿Podrías describírmelo?

—Llevaba una camisa a cuadros y no parecía danés. No era negro, más bien moreno, como si fuera del sur de Europa. He estado en Portugal; había muchos parecidos a él.

Carl estaba seguro. Se trataba del mismo chico que había visto en la comisaría, y también en casa de Stark unos días antes. De momento iba bien.

—¿Cuántos años le echarías?

—No sé, no lo he visto de frente. Estaba en el ordenador de al lado. Catorce años, igual quince.

No era la primera vez que Carl estaba en el edificio de la biblioteca de Brønshøj Torv. Una vez los hicieron ir allí con el coche patrulla para arrestar a un borrachuzo que estaba usando la colección de discos de la biblioteca como si fueran *frisbees*; y, aunque habían pasado bastantes años, y en el entretanto habían adecentado el edificio por aquí y por allá, seguía pareciendo el viejo cine Bella, que, como muchos otros de su estilo en la capital, tuvo que arrojar la toalla, para beneficio de supermercados, y, en aquel caso, de un banco y la biblioteca del barrio.

—Creo que tienes que preguntar a Lisbeth, que de vez en cuando sustituye a nuestra jefa de sección —dijo la bibliotecaria del mostrador—. Estaba aquí en el momento al que te refieres.

Lisbeth tardó diez minutos en aparecer, pero la espera valió la pena.

Resplandecía. Era una mujer de esas que te cargan las baterías al primer vistazo. Madura, segura de sí y con una mirada de lo más directa. Si las tonterías que dijo Mona iban en serio, y él no tenía ninguna gana de creerlo, aunque en aquel momento le importaba un bledo, no iba a ser la última vez que hacía una visita a aquella biblioteca.

—Sí, hay bastante gente de baja, así que todos echamos una mano. Solo llevo un mes de sustituta, y claro, quieres demostrar a tus compañeros que no le tienes miedo al trabajo.

Carl estaba seguro de que no lo tenía.

—Sí, ya sé de qué chico hablas, porque lo conozco más de lo que tal vez creas. De hecho, me pareció de lo más raro verlo aquí, en Brønshøj.

—¿Lo has visto antes, pero en otro sitio?

—Sí. En realidad soy la subdirectora de la biblioteca de Østerbro, la de Dag Hammarskjölds Allé, y llevaba varios meses yendo allí a diario.

Carl sonrió sintiendo una moderada alegría, debida en parte a la información y en parte a la propia Lisbeth.

—Genial. A lo mejor hasta recuerdas también cómo se llama.

Lisbeth sacudió la cabeza.

—En Østerbro solía venir a diario, en diversos momentos del día, y enseguida se ponía a leer en una de las sillas, o iba a los ordenadores. Nunca se llevaba nada en préstamo, así que nunca le pedimos la documentación.

Carl se quedó quieto, tratando de sondear qué había tras aquella franca mirada azul. ¿Estaba flirteando con él, o solo quería poner de relieve lo conmovida que estaba por la extraordinaria coincidencia?

—Creo que es un chico fantástico. En mi antigua biblioteca estábamos de acuerdo en que nunca antes habíamos visto a un chico de su edad que tuviera tantas ganas de saber. Para una de mis compañeras, casi era un juego controlar qué había leído, cuando volvía a dejar el libro en la estantería.

¡Vaya! Así que era el chico lo que la fascinaba tanto.

—¿Y aquí, en Brønshøj? ¿Qué ha hecho?

—Pues estar. Ha pasado un rato leyendo revistas técnicas, y luego ha ido a la zona de ordenadores. No sé cuánto tiempo ha estado allí, porque he terminado el turno.

—En tu antiguo lugar de trabajo ¿hubo denuncias por robos de carteras?

Lo miró sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Sospechas de él por algo así? No puedo creerlo.

Suficiente respuesta. Si no podía creerlo, no iba a ser él quien alterase la imagen que tenía del chico.

Carl sacudió la cabeza.

—Has mencionado a una compañera de cuando estabas en Østerbro que sentía curiosidad por saber qué leía el chico. ¿Sabes dónde puedo encontrarla? Me gustaría hablar con ella. ¿Crees que estará trabajando ahora?

—Liselotte está de baja por maternidad. Pero puedo buscar dónde vive. Así podrás llamarla por teléfono. Un momento.

La mirada de Carl siguió su falda ajustada y el suave contoneo hasta la puerta del despacho. Cielos, cómo deseaba que Mona lo llamara por la noche para hacer las paces.

**L**iselotte Brix estaba, en efecto, embarazada. De hecho, tan embarazada que a Carl se le hacía imposible describir el contorno del cuerpo sin sonar como un puñetero machista.

Lo recibió con los brazos extendidos sobre la tripa, y parecía bastante asustada en aquel hogar preparado ya para la llegada del futuro bebé. El paquete de pañales estaba listo en la estantería, la cuna con dosel y el móvil de cuna a pilas preparado para funcionar, en un rincón. Estaba claro que no era supersticiosa.

—Espero que el chico no haya hecho nada malo. ¡Con lo majo que era!

Se palmeó el protuberante ombligo.

—Si supiera cómo se llama, ¡le pondría ese nombre a este granuja!

Carl sonrió.

—No, buscamos al chico porque creemos que posee información importante sobre un caso de desaparición.

—Vaya, qué emocionante.

—Tu compañera Lisbeth me ha dicho que controlabas lo que leía.

—Es que era increíble lo polifacético que era. Además, nunca se daba cuenta de lo fascinadas que estábamos por él. Era muy divertido.

—¿Qué cosas leía, por ejemplo?

—De todo. Tuvo una época en que leía sobre los tipos de estudios. Desde folletos de orientación educativa hasta las condiciones de ingreso en la universidad o trípticos de cursillos para bachilleres. De hecho, todo era bastante avanzado para un chico de su edad. Otras veces leía sobre Dinamarca y los daneses. Sociología, política nacional, historia contemporánea danesa. Libros sobre la lengua danesa, sobre ortografía, el anuario de *Politiken*, libros sobre gitanos, sobre el sistema judicial, sobre biología y matemáticas. Desde luego, no había límites para su curiosidad. Leía hasta novelas de clásicos daneses. Y nunca jamás se llevaba nada en préstamo. Es extraño, ¿no?

—¿Por qué crees que no se llevaba nada prestado?

—Pues no lo sé. Pero es que era diferente, tenía un aire de inmigrante, aunque no se parecía a otros inmigrantes. Tal vez sea gitano. Pensábamos que en su casa no les gustaría que leyera tanto.

—¿Gitano?

—Sí, de tez algo morena y pelo oscuro, negro como el carbón. Claro que también

podía ser español o griego. Pero su acento no sonaba así. Puede que fuera más bien algo americano; pero lo que se dice mulato, no era.

—De acuerdo.

—Lo extraño era que el acento iba desapareciendo poco a poco. Hablaba mejor danés cada semana que pasaba, con un vocabulario cada vez más rico. Era algo autista aquella manera de absorberlo todo.

—Entiendo que nunca iba acompañado de mayores. Pero ¿había tal vez otras cosas que señalasen su origen?

—La verdad es que no.

Liselotte arqueó las cejas por un pequeño golpe. Habría recibido alguna patada de su hijo.

—Pero es que era tan majo...

—¿Sabes si continúa yendo a la biblioteca de Østerbro?

—Sí que lo hace. Hablo todos los días con una de mis amigas de allí. Pero creo que la última semana las ha tenido algo abandonadas. No tienes más que preguntárselo a ellas.



—En efecto, Bjørn. Me he llevado los objetos de Bellahøj y ahora vamos a ocuparnos del caso de William Stark.

El sucesor interino de Marcus Jacobsen asintió en silencio, aunque era evidente que habría preferido sacudir la cabeza. Y es que, una vez más, Lars Bjørn era así, no quería expresar lo que se movía en su interior; pero Carl lo conocía como si lo hubiera parido.

—Bien —respondió Bjørn, que, una vez más, quería decir otra cosa—. Hansen, el de Bellahøj, dice que te has llevado las cosas del mostrador sin pedirles permiso. Seguro que sabes muy bien que eso no es reglamentario, ya que los enseres están relacionados con un robo en su distrito, ¿verdad, Carl?

—Bueno, Hansen habla mucho, debería cerrar el pico. Este caso tiene que ver con una persona desaparecida, y eso no es especialidad de la serpiente de cascabel. Pero si su mirada penetrante quiere observar el collar y el cartel, porque le hacen sentirse bien, no tiene más que venirse para aquí, se los mostraré con sumo gusto. En resumidas cuentas, que me he hecho cargo del caso.

—¿Hacerte cargo? Eso es mucho decir, Carl.

Bjørn sonrió con la boca entreabierta, y no le sentaba bien, aunque seguro que él creía que sí.

—¿Dices que viste a aquel chico en la casa de Stark, y después en la comisaría de Bellahøj, y que ambas veces se te ha escapado? Desde luego, vaya manera de hacerse cargo de las cosas...

—¡Bjørn, atiende! Me pondré en contacto con él, tú tranquilo, que no estás hablando con uno del Departamento A, ¿verdad? Solo es cuestión de tiempo.

Bjørn se enderezó tras el escritorio de Jacobsen. El hombre equivocado tras la mesa equivocada; peor, imposible.

—Vaya, Carl, menudo arrebató; pero sigamos. Estaba pensando que ya es hora de hacer unas remodelaciones en el Departamento Q. Por supuesto, seguirás siendo el jefe, claro, pero los últimos años ha habido algo de solapamiento con nuestro trabajo, que tanto a Jacobsen como a mí nos ha parecido perturbador.

Carl se adelantó en la silla. ¿Con qué le venía ahora?

**A** Carl todavía le temblaban las manos de rabia cuando aceptó la taza adornada de Assad con un té pegajoso que apestaba a especias. Observó abatido aquella sustancia. Tenía aspecto venenoso, pero aquello no era nada comparado con el olor.

—Tranquilo, Carl —lo apaciguó Assad—. Haremos, o sea, como siempre. No vamos a ir al segundo piso y no voy a trabajar para Bjørn, ya me ocuparé.

Carl alzó la cabeza.

—Vaya, así que ¿crees que tienes poder para eso? ¿Por qué habías de tenerlo, valga la pregunta? ¿Fue una parte del acuerdo cuando estuviste cuidándole la casa?

Por un momento, Assad desvió la mirada. Como un delincuente que en el último instante fuera a echarse atrás en su confesión. Como un chico que no quiere desvelar que está enamorado.

—No sé qué significa «valga la pregunta», aunque ya me ocuparé de eso, Carl. Lars Bjørn me escuchará.

Trató de salir del enredo con una sonrisa, pero sabía que la cuestión seguía abierta.

Entonces apareció en su rostro una expresión maliciosa. Se avecinaba un chiste de camellos, Carl sabía a quién tenía delante.

—Basta con que recuerdes la historia del camello que, creyendo que era un avestruz, se ensució los ojos de arena cuando se asustó y escondió la cabeza en el suelo.

Carl sacudió la cabeza. Si juntara todos los camellos y dromedarios con los que lo había abrumado Assad a lo largo del tiempo, no iban a entrar en el Sáhara.

—¿Qué carajo significa eso, Assad?

—Sí, hombre. Si te limitas a lo que eres y a lo que debes hacer, no hay riesgo de que te ensucies los ojos de arena.

—Gracias por el aviso. Pero resulta que no soy un camello, Assad, no lo olvides. Además, tampoco conozco la capacidad intelectual del mencionado animal, pero te aseguro que para mí en realidad eres tú quien esconde la cabeza en la arena. ¿No crees que ya es hora de contarme cómo es posible que Bjørn, de pronto, como por arte de magia, y pese a tu aparente falta de conocimientos previos, te colocara aquí, donde has mostrado habilidades que normalmente se adquieren tras una experiencia de años? Si quiero la respuesta a eso, ¿a quién he de hacerle la pregunta, a Bjørn o a ti?

Assad frunció el entrecejo, y Carl percibió unas manos crispadas en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué pasa aquí? —se oyó la voz cortante de Rose desde la puerta entreabierta—. Salen más chispas que de una central eléctrica.

Carl la miró a regañadientes.

—El cabrón de Lars Bjørn ha ordenado que Assad trabaje para él, y que nosotros dos subamos al segundo piso. Y ahora va Assad y dice que puede hacerle cambiar de idea. Así que le he preguntado a ver por qué diablos cree que tiene poder para ello.

Rose asintió con la cabeza.

—¿Y tú qué le has dicho, Assad?

Los bultos de los bolsillos de Assad se alisaron. La actividad regresó a los ojos oscuros. Ya había salido de la telaraña. Maldita sea.

—Bjørn y yo nos conocemos de antes, y me debe un favor. Nos conocemos de un

trabajo en Oriente Próximo, y no puedo deciros más. Estoy atado de pies y manos.

—¿No puedes o no quieres?

—Sí —fue lo único que dijo.

Al cuarto de hora sonó el teléfono de Carl, y Lis comunicó que Assad estaba con Bjørn, y que si al honorable subcomisario Mørck no le parecía excesivo, podía subir a hacerles compañía, y llevar también a Rose.

—No me gusta nada lo de Assad y Bjørn —soltó Rose mientras subían la escalera—. ¿Qué impresión te da a ti, Carl? ¿Qué hay entre esos dos?

Carl arqueó las cejas. ¿Le había preguntado por su impresión? Debía de ser la primera vez.

—Pues... —empezó, pero ella se le adelantó. Nada nuevo bajo el sol.

—A mí me da mala espina.

Y no dijo nada más sobre la cuestión.

**E**n el despacho de Bjørn habían pasado muchas cosas en las dos últimas horas. Por lo visto, Lis y un montón de gente habían hecho una auténtica incursión en estanterías y armarios, que estaban casi vacíos, y en aquel momento un obrero estaba atornillando una inmensa pizarra blanca en la pared, justo donde Marcus Jacobsen solía tener colgadas sus fotos de escenas del crimen.

Assad estaba sentado en una silla que seguro que habían llevado del despacho de la directora de la Policía. Esperaba que sin su consentimiento, tal vez fuera divertido.

—Assad y yo hemos hablado un poco de todo —comenzó Bjørn—. Y parece ser que no piensa aceptar la oferta que le he hecho.

Assad hizo un gesto afirmativo, alegre. Entonces la oferta no debía de haber sido gran cosa, pensó Carl. En aquel momento no estaba para pensar sobre nada ni nadie, las consecuencias de la resaca del fin de semana atormentaban aún demasiado su pobre cabeza.

—No voy a trastornar los planes de vida de Assad, y tampoco vuestras rutinas, para el caso. Pero los tres debéis saber que el Departamento Q está a mis órdenes, y eso no significa nada si no tengo el necesario control sobre lo que ocurre ahí abajo.

Carl miró a Rose. Sus agujones estaban ya preparados.

—Sabéis, por el sector privado, que en todas las grandes empresas están los denominados *controllers*, que vigilan la rentabilidad de cada sección del negocio. En esta casa podemos decir que la rentabilidad está repartida en dos. Por una parte, en forma de porcentajes de casos resueltos que tenga el departamento, y ahí menos mal que estáis bastante bien.

Voy a soltarle una andanada, pensó Carl. Solo merecía que lo atravesaran con un palo y lo asaran en aceite de palma. «Bastante bien», decía. ¿Era lo comedido del término lo que facilitaba la comprensión?

Pero Rose le tomó la delantera.

—Supuesto señor inspector jefe del Departamento A, no sabes cómo me gustaría verte al frente de las investigaciones del Departamento Q y hacerlo más o menos igual de bien.

Luego se volvió hacia Assad y le rugió a la cara:

—¡Y tú, Assad! ¿Qué te pasa? ¿Tienes el cerebro tan reblandecido que no eres capaz de levantarte para ceder el asiento a una dama?

El susto hizo que las cejas de Assad saltasen como muelles.

—Eso está mejor —dijo Rose cuando se sentó—. Ahora estamos a la misma altura, Bjørn. Ya puedes ir acostumbrándote.

—Por otra —continuó Bjørn, impasible—, vuestro nivel de gastos es algo irregular. He reparado en que vuestras horas de trabajo salen el doble de caras que las de nuestro departamento, y eso hay que cambiarlo. Por eso he puesto a un hombre para que se encargue de esa cuestión. Ya lo conocéis, Gordon Taylor.

Carl dejó caer la cabeza. ¡¿Gordon?! ¡¿Controlador?! ¡¿Con ellos?!

—No quiero a ese puto mamarracho merodeando en mis dominios. Si no tiene experiencia, Bjørn. ¿Seguro que ha aprobado la secundaria?

—Está en el último año de Derecho, con notas brillantes. Para cuando nos enteremos va a convertirse en un hombre fijo aquí.

—Te digo que ni por el forro.

Carl se protegió con las manos y se preparó para salir del despacho marcha atrás.

—Ya puedes mandarlo de vuelta, no tenemos tiempo para él, y punto.

Entonces la situación dio un giro que Carl no pudo prever ni en su más desquiciada fantasía.

—¿Por qué no probamos, Carl? —sugirió Assad.

—No es tan petardo —añadió Rose.

Menudo jaque mate le habían hecho.

Carl la vio burbujear en el vaso, y trató de recordar cuántas cafiaspirinas se había metido entre pecho y espalda desde la reunión con Bjørn.

Aquellas pastillas para el dolor de cabeza te daban dolor de estómago tras ingerir varias, pero por otra parte te espabilaban muchísimo, y en aquel momento se sentía lo bastante acelerado como para dar a su mensaje el énfasis necesario para que Rose y Assad lo comprendieran.

—Ni una palabra sobre Bjørn ni sobre Gordon, ¿entendido? Estoy hasta la coronilla de eso, tenemos cosas que hacer, ¿vale? Empieza tú, Rose. Por favor, sé breve.

Rose asintió con la cabeza. En apariencia, sin sentirse para nada afectada por todo el follón.

—Pues aquí está el vídeo de vigilancia, Carl. Se ve que el chico entra en la comisaría, pero no se le ve la cara, la tiene bien oculta.

Rose detuvo el vídeo, y la imagen se congeló en el gris de una puerta de cristal y una sombra vista desde arriba.

Assad y Carl se acercaron a la pantalla plana.

—No parece árabe, Carl. Tiene las orejas bastante arriba, así que tampoco es de los Balcanes.

Curiosa observación, la de Assad. ¿La gente de los Balcanes tenía las orejas más abajo que los demás?

Luego Rose se les acercó.

—Moreno, pelo rizado, casi como un latino, y bastante joven. ¿Qué edad le echas, Carl?

—Catorce o quince años, es lo que he oído a otros. Pero podría ser más joven, en el sur maduran pronto. Bueno, pero ¿qué os parece su atuendo?

Assad sonrió.

—Es una camisa que podría ponerse mi tío.

Carl asintió en silencio.

—Exacto. Las solía llevar cualquier oficinista hace diez o quince años. ¿De dónde diablos ha sacado esa camisa?

—La habrá comprado en una tienda de segunda mano —propuso Assad.

—Habría comprado otra, creo yo.

—Puede que la haya arramblado de un contenedor de ropa. Sería la primera del montón.

—Sí, tal vez.

Carl puso el dedo contra la pantalla.

—¿Por qué creéis que se tapa la cara? Y, ya puestos: ¿por qué tenía que robar la tarjeta sanitaria de otro y emplearla para identificarse?

—Muy sencillo —repuso Assad—. Porque no tiene documentación.

Carl estuvo de acuerdo. Desde luego, Assad tenía razón; de hecho él había pensado lo mismo.

—O eso, o tal vez no sea trigo limpio.

Assad frunció el ceño.

—Desde luego, no creo que se lave muy a menudo, con la pinta que tiene. ¡Mira!

Carl soltó un suspiro.

—Es una expresión, Assad. Olvídalo. Solo quería decir que tal vez estuviera envuelto en algo turbio.

Rose atrajo hacia sí el bloc de notas y se puso a escribir.

—¡A ver! Si no tiene tarjeta sanitaria es que no está registrado en Dinamarca, o si no, la tienen sus padres. No creo esto último, en vista de lo autónomo que parece el chico, así que apunto lo primero.

—¿Es un gitano? Lo has mencionado antes, Rose, así que podría ser, ¿no? —

preguntó Carl.

Los tres estiraron la cabeza. Con el material disponible, la ropa y los rasgos del chico eran de hecho una mezcla indefinible. Gitano, francés, centroeuropeo... Podía ser de cualquier sitio.

Rose avanzó el vídeo.

—Aquí retrocede, y es cuando entras tú en la recepción, Carl. Está claro que te reconoce.

Las patas de gallo del rostro de Assad se acentuaron.

—Y al chaval no le gusta tu careto, Carl. Mira cómo corre.

—Sí, nos reconocimos de la casa de Stark.

—Así que ahora sabemos por el cartel, el collar y porque lo viste en casa de Stark, que tiene un interés evidente en la desaparición de Stark, y es probable que sepa algo al respecto. ¿Puede ser un chapero?

Miraron asombrados a Rose.

—Me refiero a que no sería la primera vez que la doble vida de un hombre tiene consecuencias fatales para él, ¿no? Así que, como he dicho antes, puede que detrás de la historia africana estuviera el interés hipotético de Stark en niños. Porque reconoceréis que es extraño que un chico tenga tanta implicación en este caso.

—Tú también, entonces, ves cosas extrañas y misteriosas en todo, Rose —la riñó Assad.

—¡Muy buenas, compañeros! —bramó una voz junto a la puerta, y allí aparecía otra vez. Gordon en persona, con su flequillo. Allí estaba, como un periscopio en aguas enemigas, con la cabeza gacha y los ojos clavados en ellos.

—Estamos algo ocupados, Gordon.

Fue sorprendente que la frase surgiera de Rose.

—Bueno, pues os observaré.

¡«Observar»! ¿El tipo aquel no tenía idea de saber estar, o qué?

—¿Quieres algo en concreto? —preguntó Carl.

—Pues, de hecho, sí. Acabo de repasar el caso Anweiler, y me parece que podíamos haberle apretado más las clavijas al marido de la difunta. Entre otras cosas, el informe dice que...

—¿Por qué no te marchas, Gordon? —continuó Rose—. Estamos en medio de otro caso.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Gordon, y levantó el dedo.

—Verás, querida Rose, yo creo que es mejor terminar con un asunto antes de empezar a...

—Gordon, mira alrededor. Ahora estamos con otra cosa. El caso Anweiler ha terminado. Resuelto, ¿lo entiendes? R-E-S-U-E-L-T-O significa resuelto. ¿Lo pillas ahora?

—Qué guapa te pones cuando te enfadas, Rose. Es como si todos los elementos se reunieran a la vez en tu precioso rostro —dijo con entusiasmo. Solo le faltó ponerse a

cantar.

De no soltar Assad una risa sofocada, Carl habría arrojado algo pesado al tipo. Miró a Rose y esperó a oír el fragor del trueno, pero parecía más bien apurada por la situación.

Entonces Carl se levantó y se enderezó; no era tan alto como aquel granuja, pero sí que tenía más peso.

—Adiós, Gordon —se despidió, torpedeando la cadera del desgraciado con su tableta de chocolate, que era como llamaba Mona a su abdomen.

Alcanzaron justo a oír el impacto del payaso contra la pared del pasillo, frente al despacho de Carl, antes de que este diera un portazo tan fuerte que hasta los obreros del otro extremo del pasillo apagaron por un momento sus taladros.

—Está que se pirra por ti, Rose —aseveró Assad con mirada juguetona—. Pero a lo mejor también tú, o sea, sientes algo así por él, ¿no?

Rose reaccionó desviando rápido la mirada. Que cada cual lo tomara como quisiera. Desde luego, Carl tenía su propia interpretación.

—¿Continuamos? —sugirió Rose con voz controlada—. Veamos los apuntes de mi bloc. Stark se queda sin familia al morir su madre, así que hereda millones. Pero antes de eso había gastado mucho más dinero del que poseía. Cuando desaparece, por lo visto no tiene ninguna deuda, y tampoco ha sacado nada de sus cuentas desde entonces. Ninguna deuda con Hacienda, ningún seguro de vida digno de mención. La casa, pagada. Ninguna infracción legal, notas excelentes en la universidad. Los vecinos de Brønshøj hablan bien de él.

Levantó la mirada del bloc.

—Pero entonces ¿por qué desaparece? ¿Era víctima de su sexualidad? ¿Tenía enemigos? ¿Deudas de juego?

—Deudas de juego, no —terció Assad—. ¿Por qué iban a eliminarlo a causa de algo relacionado con dinero cuando lo tenía? No se puede volar cometas cuando no sopla viento.

Carl sacudió la cabeza. A veces desearía que el hombre llevara subtítulos incorporados.

—Escuchad —propuso—. Creo que, para empezar, la respuesta hay que buscarla en su viaje a África. A ver, Rose, ocúpate de que para mañana tenga en mi mesa copias de todos los extractos bancarios, así como el material que podáis tener Assad y tú; y mientras tanto Assad y yo vamos a ir al ministerio a hablar con los compañeros de trabajo y los superiores de Stark. Tal vez ya no volvamos. Y en cuanto a Gordon, Rose, creo que sería conveniente que mantuvieras separado el trabajo del tiempo libre.

Los ojos negros de Rose emitieron un par de relámpagos, pero no le valió de nada. No le quedaba más remedio que hacer el trabajo que le habían encomendado.

El hombre que tenían delante no era ningún rompecorazones. Pelo ralo blanquísimo, pálido y con la dentadura postiza gastada. Si pudiera medirse el encanto según la temperatura, era lo más parecido al cero absoluto. Sí que llevaba anillo de casado, pero entonces su esposa no tenía muchas dotes críticas.

—Sí, fue espantoso que William Stark desapareciera así —dijo después con voz extrañamente fría—. Creo que todos los del trabajo seguimos desconcertados; bueno, desconcertados es una manera suave de decirlo: nos quedamos, y seguimos estando, consternados por lo ocurrido. Stark era un hombre competente, estimado y de lo más estable, así que eso era lo último que podía imaginar.

—Era su subordinado, pero ¿eran también amigos? —preguntó Assad.

Una pregunta estúpida. ¿Amigo de un superior como René E. Eriksen? No era fácil de imaginar.

—No éramos exactamente amigos, pero sentíamos una simpatía mutua. Probablemente sería al que más vinculado me sentía de entre mis colaboradores.

—Hábleme de su misión en África —lo animó Carl—. Ya sabemos que fue allí en relación con una ayuda al desarrollo de un poblado pigmeo, pero no el porqué.

—Llevaba el control del trabajo. Cuando contratas a africanos para que hagan de intermediarios, tienes que controlar cómo van desarrollándose las cosas.

—¿Fue un viaje rutinario, o había circunstancias concretas que hubiera que investigar?

—Pura rutina.

—Vemos que cambió su billete de vuelta y regresó a Dinamarca un día antes. ¿Eso es normal?

El jefe de negociado sonrió.

—Pues, de hecho, no. No puedo responderles, pero creo que el calor de allí pudo con él. Y Stark era bueno resolviendo problemas, así que ¿por qué esperar? Pero ya digo, no lo sé. No llegó a entregar ningún informe, como saben.

—A propósito de informes, nos gustaría tener acceso a los expedientes y demás documentación de Stark. ¿Hay un ordenador de cuando trabajó aquí?

—Por desgracia, no. Tenemos un servidor, y hace mucho que se distribuyeron todos sus expedientes y carpetas entre la plantilla.

—¿Y su ordenador portátil y el resto de equipaje de su último viaje? ¿Tampoco han aparecido?

—Si fuera así, sería el primero en enterarme.

—Nuestra investigación se centra por una parte en indagar qué le ha ocurrido a William Stark, y por otra en saber por qué desapareció. ¿Había sugerido de alguna forma que tuviera problemas? ¿Tenía un humor cambiante?

El jefe de negociado ajustó la posición de la estilográfica que seguro que le



regalaron por sus veinticinco años de servicio.

—¿Cambiante? Bueno, supongo que sí. A veces he pensado si no tendría tendencias depresivas.

—¿Qué le hacía pensarlo? ¿Solía estar mucho de baja?

El funcionario sonrió.

—¿Stark? No, qué va. Creo que era el hombre más cumplidor de su deber que he conocido. De hecho, creo que no faltó a su puesto un solo día durante el tiempo que trabajamos juntos. Pero sí, a veces mostraba una expresión sombría. Creo que la enfermedad de su hijastra se le hacía dura, y, de alguna manera, creo también que su relación con su novia chirriaba. Una vez vino al trabajo con un ojo morado; no es que insinúe nada con eso, pero las mujeres de hoy en día pueden ser bastante resueltas.

Carl hizo un gesto afirmativo. René E. Eriksen, desde luego, tenía aspecto de ser de los que de vez en cuando se ganaban un par de tortazos.

—De hecho, los últimos meses le costaba cada vez más mantener el ánimo —continuó—. De modo que sí, depresión, en eso fue en lo que pensé.

—Entonces, ¿un suicidio no lo extrañaría, si fuera ese el caso? —preguntó Carl. Eriksen se alzó de hombros.

—Al fin y al cabo, ¿qué sabemos de los demás?

**L**a cabeza de René Eriksen era un torbellino de ideas. Tenía ante él a dos agentes de la Policía que aparecían demasiado pronto para que pudiera sopesar qué información darles. No debió sugerir que la novia de Stark le había pegado, y lo del ojo morado. Eso podían comprobarlo. No, tenía que reprimir esa clase de ideas.

Cuantas menos pistas les diera, mayor sería la probabilidad de que nunca se descubriera el tinglado; pero, por otra parte, si empezaba ahora a fabricar su tapadera, podría incluir en ella a Stark como conseguidor a nivel de funcionarios y como cerebro tras la estafa, y así desviar la atención de su persona. Porque había manipulado los documentos de Stark con tal habilidad que ahora podía probarlo.

El problema era que entonces sus compañeros de Karrebæk Bank serían arrastrados a la red, y si eso ocurría iban a señalarlo a él. Además, iba a costarle explicar por qué no había mostrado antes aquellos papeles a la Policía. Mierda. ¿Por qué no se había preparado mejor para poder explicar la aparición de aquellos documentos supuestamente nuevos? ¿Podía sostener que los acababa de encontrar? Y en tal caso ¿por qué no se lo dijo a la Policía? ¿Por qué?

Miró a los dos hombres que tenía delante. No era cada uno de ellos por separado lo que lo inquietaba, sino su combinación.

Conocía la sensación de los tiempos de Danida<sup>[2]</sup> y de los viajes a todo tipo de lugares remotos. Cómo había siempre ojos mirándote, en busca de tus flaquezas, incluso en los lugares más humildes. Y en aquel momento se sentía como el que

estaba sentado en la estera de junco, sobre la arena, frente a un fuego vacilante, rodeado de somalíes armados. Uno acaparaba su atención, otro estaba al acecho para relevar a su compañero. Negociando sin parar bajo nuevas condiciones. La verdad era que nunca había tenido habilidad para esos asuntos.

En aquel momento era el policía danés quien tenía la palabra. Era evidente que era el superior y el que podía terminar la conversación cuando lo deseara. Por eso, también era a él a quien debía agarrarse. El pequeño de aspecto árabe era el que lanzaba mordiscos. A pesar de la mirada amable y de una sonrisa que en otra situación daría seguridad, tras aquella fachada de cordialidad había algo cruel vagamente indefinible. René había visto impalas pastando en paz que de pronto eran devorados por leones que surgían de la nada y les saltaban por detrás. Así era como se sentía frente a aquel hombre.

—¿Qué sabemos de los demás? —repitió.

—¿Mencionó Stark alguna vez algo sobre lugares o personas, aparte de su casa y quienes vivían en ella, con quienes tuviera una relación especial? —preguntó el policía—. ¿Algún lugar que pudiera pensarse que elegiría como lugar al que huir o donde terminar sus días?

¿Qué le digo?, pensó René. ¿Me invento algo? ¿Algo que les haga salir del despacho de buenas maneras?

Miró al árabe a su lado. La mirada de rayos X que encontró le hizo olvidar cualquier idea creativa.

—No, lo siento. Era bastante cerrado en cuanto a sus necesidades y deseos.

—No eran amigos, pero ¿estuvo alguna vez en casa de Stark? —quiso saber el árabe.

René E. Eriksen sacudió la cabeza.

—No, no me parece que haya que mezclar la vida privada con el trabajo.

—Entonces ¿tampoco puede decirnos nada sobre sus rarezas?

—¿Rarezas? —Se permitió una risa apagada—. ¿No somos acaso todos algo raros, en el fondo? Desde luego, hay que ser algo raro para trabajar de funcionario danés.

La maniobra de distracción les resbaló a los dos.

—Pienso sobre todo en su sexualidad —continuó el árabe.

René contuvo el aliento mientras la adrenalina se desparramaba por sus células. No se esperaba esa pregunta. ¿Podría ser una salida al embrollo? ¿Aquel extraño hombrecillo estaba dándole las llaves de su libertad?

¿Se habrían dado cuenta de cómo había reaccionado ante la pregunta? Porque no debían.

Decidió estar un rato callado antes de acariciarse el bigote y bajar las gafas de media luna hasta la punta de la nariz. Aspiró un poco más hondo. Juntó las manos sobre la mesa y se dispuso a responder. La misma coreografía de las difíciles negociaciones presupuestarias.

—No sé nada concreto —dijo después. Miró al árabe con una sonrisa de disculpa, y a continuación volvió la mirada hacia el comisario—. Por eso deben disculparme si los conduzco a callejones sin salida que no hacen justicia a Stark. Como ya he dicho, en realidad no había ninguna intimidad entre nosotros.

Los dos hicieron un gesto afirmativo, como palomas que agradecen las migas que se esparcen sobre el mantel. El alimento que buscaban estaba a su alcance, se les notaba a la legua.

—La verdad es que creo que había en él algo sombrío en ese aspecto. O sea... —Carraspeó—. Supongo que llevaría una vida hogareña bastante normal con su novia. Pero las pocas veces que hemos viajado juntos me ha parecido que sus miradas alteraban la impresión que tenía de él.

El comisario ladeó la cabeza.

—¿En qué sentido?

—Eran miradas inadecuadas hacia los niños. Me fijé en ello, sobre todo, en Bangladesh.

Los dos policías se miraron. ¿Sus miradas serias significaban que habían picado? ¿Había conseguido desviar su atención?

Ostras, parecía que sí.

—¿Vio alguna vez que se acercara a niños?

Cuidado, René, no parezcas demasiado seguro, pensó.

—Sí, tal vez. No estoy seguro —fue lo que dijo.

—¿Cómo es eso?

—Tampoco estaba todo el tiempo con él. Algunas veces yo entraba en una tienda y él se quedaba fuera. Entonces, a veces, por casualidad, tenía una visión fugaz de su necesidad de contacto.

Al oírlo, el árabe se rascó la zona sin marcar entre las patillas y la barba de días.

—Pero ¿nunca vio que los subiera a su habitación? —preguntó con voz ronca.

—No. Pero otras veces viajaba solo.

—Así que insinúa que William Stark era pedófilo, que le gustaban los niños —concluyó el policía Mørck—. ¿Cree que hay en el ministerio compañeros que hayan viajado con Stark y pudieran sostener esa hipótesis?

René hizo un amplio gesto con las manos. A veces ese movimiento era suficiente confirmación; al fin y al cabo, tampoco había dicho demasiado.

—No, no creo —continuó, de todas formas, aprovechando el ambiente favorable—. Si Stark no viajaba conmigo, viajaba solo. Pero pregunte por los despachos. No seré yo quien les ponga trabas.

—**H**a sido buena idea ir al ministerio, Assad, pero en el viaje de vuelta no has dicho gran cosa —comentó Carl mientras bajaban de la rotonda al sótano.

—No, hay que dejar repasar la cuestión, Carl. La conversación con Eriksen ha sido muy extraña.

—Hay que dejar reposar la cuestión, Assad.

—Repo... ¿qué?

—Da igual, Assad. Sí, han salido de su boca cosas bastante raras.

Assad sonrió.

—Por suerte, la dentadura postiza, no. ¿Te has fijado en que tenía una de las paletas bailando?

Carl asintió en silencio.

Luego Assad levantó una mano. Los sonidos que salían del despacho de Rose, algo más allá en el pasillo del sótano, hicieron que se detuvieran. Sonidos difíciles de imaginar una tarde cualquiera en una respetable institución tan frecuentada por policías.

—Creo que Rose ya ha terminado el informe —anunció Assad, poniendo los ojos en blanco.

Joder, pues iba a ser verdad.

Se acercaron a la puerta en silencio y oyeron con nitidez ruidos secos regulares al otro lado de la pared, junto con un profundo jadeo y los chillidos intermitentes nada disimulados de Rose.

—No es un vídeo, Carl: están follando de verdad —susurró Assad.

Carl miró hacia la caja de la escalera, al otro extremo del pasillo. Como aparecieran en ese momento otros compañeros, iba a montarse una buena. El escándalo iba a dar paso a miradas aviesas durante meses. Las historias de los deslices de Rose en las cenas de Navidad en la comisaría del centro saldrían del olvido y volverían a circular. Se perdería el prestigio logrado a base de tanto esfuerzo, y Rose tendría que responder de ello.

Sacudió la cabeza, y notó con irritación que tenía la frente sudorosa, y que el griterío del otro lado de la puerta, además de ser del todo inadecuado, provocaba señales inconfundibles de euforia en sus calzoncillos.

—No pueden hacer eso en horas de servicio —protestó con un susurro.

—Ya oyes que sí que pueden.

Carl miró a Assad y dio un profundo suspiro. Era en situaciones como aquella en las que te dabas cuenta de quién había pasado por la Academia de Policía y quién no.

—¡ROSE! —gritó, golpeando la puerta con tal fuerza que se asustó y asustó a los demás.

Al cabo de un milisegundo se hizo el silencio. Y después, tras un intervalo igual de breve, se oyó alboroto. No era difícil de adivinar qué estaba ocurriendo.

—Sal sin miedo, Gordon. No vamos a pegarte —gruñó, esperando que saliera un hombre con algo de mala conciencia pintada en el rostro, cosa que no sucedió en absoluto.

Salió desgreñado y con una sonrisa pícaro en los labios, nada cohibido, sino más

bien victorioso y triunfal. Gordon había abatido a su presa en un par de días, sabedor de que iba a quedar impune, y por desgracia tenía razón. Carl sería el último en acudir a Bjørn con ese tipo de quejas sobre sus colaboradores. Porque, en tal caso, el bumerán podía golpearlo de vuelta.

Que no te pase nada, decía su expresión cuando Gordon lo miró. Iba a costarle olvidar la despreocupación con que aquel payaso se subió los pantalones y se apretó el cinturón.

Esperaron un minuto más, y luego entraron en el escenario del acto amoroso.

—Vaya, ¿estáis aquí? —preguntó Rose con una tranquilidad sorprendente, sentada tras su escritorio—. ¿No decíais que ibais a ir directos a casa?

Carl paseó la mirada por la estancia. Papeles por el suelo, zapatos arrojados contra la pared, una botella de tinto vacía y dos vasos.

—¿Has estado bebiendo en el trabajo, Rose? —preguntó.

Rose se alzó de hombros con una relajación asombrosa.

—Bueno, sí, ha caído un dedo de vino.

—¿Y Gordon, qué? ¿Es ya parte del mobiliario aquí? Porque has de saber que no estoy de acuerdo.

—¿Parte del mobiliario? ¡No, por Dios! Lo que pasa es que me echa una mano.

Sofocó una carcajada, mientras Assad se partía de risa tras Carl.

Era curioso cómo iban las cosas últimamente.

—Escucha; hemos vuelto a por mi coche, porque voy a llevar a Assad al hospital a hacerse un reconocimiento rutinario. Solo quería decirte que mañana temprano debes ir al ministerio a preguntar a los compañeros de William Stark si habían notado en su comportamiento algo fuera de lo ordinario. Ya sabes a qué me refiero.

—Vale —respondió Rose. Esta vez sin tonterías.

A veces el sexo tenía efectos asombrosos.

—**H**an sido buenas noticias, Assad: enhorabuena.

Carl echó el brazo al hombro de Assad y le dio un apretón.

—Qué corto ha sido el reconocimiento —fue el comentario de Assad.

—Sí, hombre, se acabó. Vas a recuperarte, ¿no es fantástico?

Carl miró alrededor. Cada enfermera, médico, celador o auxiliar de blanco que transitaba por los pasillos llenos de vida del Hospital Central merecía un abrazo. Unos meses antes, la acumulación de líquido en el cerebro de Assad había sido una amenaza para su vida, pero ellos la habían eliminado.

«Es solo cuestión de tiempo que desaparezcan los últimos hematomas, y que las vías nerviosas de la musculatura facial, del centro del habla y de las piernas vuelvan a funcionar como antes», había dicho el médico. No le vendría mal algo de rehabilitación, pero el trabajo de Assad, combinado con un buen paseo diario, debería

ser suficiente estimulación. En suma, que no hacía falta que volviera por allí.

Por eso estaban animados cuando Carl llevó a Assad a la cafetería del hospital y le plantó delante la bandeja con el café y el bollo.

—¿En qué has quedado con las bibliotecarias de Østerbro? —preguntó Assad, con restos de crema en la incipiente barba.

—Que nos llamarán enseguida en cuanto aparezca el chico.

—Tendremos que andar rápido, Carl...

Assad calló y puso una mano en el brazo de Carl mientras apuntaba discreto hacia el rincón.

Tras un carrito lleno de bandejas con platos y cubiertos usados, estaba ni más ni menos que Marcus Jacobsen, mirando al vacío con las manos rodeando una taza.

Antes del fin de semana era su superior, que decía adiós a su antigua vida.

En aquel momento parecía no poder controlar la nueva.

**E**n resumidas cuentas, un día malo perfecto, peor que la mayoría de días malos, pensó Carl cuando hizo la entrada en casa.

—Buen trabajo —fue lo primero que le dijo a Morten cuando miró alrededor.

Parecía un milagro que unas horas de fregado con agua y jabón pudieran borrar los restos de una fiesta con tanto alcohol y tantos invitados. El 73 de Magnoliavangen relucía como nunca.

—¿Cómo está el bribón de la camilla? —preguntó a Mika, que estaba en medio de la sala con las manos brillantes, masajeando la espalda y el trasero de Hardy con algo que sería muy eficaz, pero no olía muy bien.

—Ya lo creo. Hardy está de acuerdo con que empecemos el proceso con todo tipo de remedios. Hoy hemos hecho una reunión informativa en la que hemos acordado que tenemos que sentarlo en una silla de ruedas. ¿Verdad que sí, Hardy?

Y acentuó la pregunta dándole una palmada en su culo blancuzco.

—Me encanta que me den palmadas en el culo, pero estaría mejor si las notase —aseguró con voz cavernosa. Carl agachó la cabeza y miró a Hardy a los ojos. Estaban húmedos, así que debía de haber sido un día movido también para él.

—Felicidades, amigo —dijo, conmovido, y le dio una palmada en la frente.

—Sí, es maravilloso.

Hardy calló un momento para hacer acopio de valor.

—Mika ha trabajado de lo lindo para conseguir esto —dijo después con voz temblorosa.

Carl se dirigió hacia la masa de músculos que masacraba, impasible, las fibras musculares de Hardy, y apretó los labios. No sabía cómo decirlo. La culpabilidad llevaba mucho tiempo carcomiéndolo; ¿iba a darle un descanso? ¿Era eso lo que trataban de hacerle creer?

Luego dio un suspiro y abrazó el sudoroso cuerpo desnudo que manipulaba a Hardy.

—Gracias, Mika —declaró—. No sé decirlo de otra manera. Muchas gracias.

—¿Qué pasa, Charlie? —se oyeron unas risas en la escalera—. ¿Te has pasado al enemigo o qué? Ya me parecía a mí que era el único de esta casa al que no le va el rollo gay, ¡ja, ja!

Así de encantador era Jesper. Como un bacilo siempre al acecho.

—Que llames a mi madre —continuó—. Dice que si no visitas a la abuela vas a tener que pagarle varios cientos de miles de coronas. ¿En qué mierda de acuerdo te han metido, Charlie? Tú estás de la olla.

Rio para que no quedara duda.

—Más te vale hacer lo que dice. Últimamente está bastante mosqueada con lo de Gurkamal.

—¡Vaya! ¿Qué le pasa?

—Mamá solo hablaba de la boda, decía que iba a celebrarse en la India y todo, y ahora la han retrasado otra vez. Si quieres que te diga la verdad, creo que no va a haber boda.

—¿Por qué no?

—Joder, no lo sé. Mamá dice que es porque hay problemas desde que asaltaron a Gurkamal en la tienda, pero tampoco ella ha sido nunca muy espabilada. ¿Crees acaso que va a compartir con ella su mierdosa tienducha? Ni por el forro.

Carl aspiró hondo. Confiaba en que se le plantara en casa con sus maletas bordadas y quince cajas de cartón de mudanzas.

—¿Has oído lo de Hardy? —preguntó Carl, cambiando de tema.

—Sí, hombre. Estaba en casa cuando han entrado las tipas del ayuntamiento, o de donde fueran. Han estado más de tres horas. Pero no te olvides de lo de la abuela.

—Podrías visitarla tú en mi lugar, ¿no, Jesper?

—Y un huevo. Últimamente está muy ida. Si apenas me reconoce.

—Yo creo que sí. Te lo pido por favor.

—Pues no voy a hacerlo.

—Si no quieres hacerme el favor, me obligas a decirte que tienes que hacerlo.

—Vaya, ahora me amenazas. Pues entonces acude a la prensa y cuéntales la noticia más importante: que la abuela está tan loca que no quiero perder el tiempo con ella. Ánimo, Charlie, adelante.

Giró sobre sus talones y encontró enseguida el camino al frigorífico.

—¡Por cierto, Charlie! —gritó con la cabeza rodeada de productos lácteos—. Hoy he subido al desván en busca de mis Action Men. ¿Qué coño de maleta o cofre tienes arriba? ¿Por qué está cerrado con llave?

Carl sacudió la cabeza. ¿De qué diablos hablaba aquel granuja infantiloides?

—¡No tengo ni idea de lo que dices! —gritó él también—. Yo no sé nada de cofres. Debe de ser algo de tu madre.

Otra de esas conversaciones que uno prefiere evitar. Aquel atardecer, Teis Snap estaba saboreando una copa, con las palmeras delante y su esposa dentro, en *negligé*. Un polvo rápido después de un día febril les venía bien a los dos, también esa noche. Cabeza y glándulas vacías, y los músculos, blandos y relajados. Por eso, la voz que sonó por el móvil tuvo el mismo efecto que una ducha fría en sus partes pudendas.

Dejó la copa sobre la mesa.

—¿Cómo te atreves a llamarme después de lo que has hecho, René? —refunfuñó—. ¿No habíamos acordado que debías informarnos si necesitabas vender tus acciones A, y, más importante aún, que no debíamos venderlas a nadie fuera del círculo?

—¿Acordar? Tenemos demasiados acuerdos para poder gestionarlos. Por ejemplo, oigo del banco que Lise y tú estáis en este momento en Curaçao. Y me pregunto qué estarás haciendo ahí. ¿Tratando de convencer al banco local de que los poderes que seguro que has falsificado con mi firma son auténticos? ¿Acaso ha ocurrido ya? Luego pienso también que quizá fuera una buena idea telefonar ahí cuando abra el banco y oír qué te traes entre manos. Creo que también las autoridades de Willemstad podrían estar interesadas en saberlo. Por lo que sé, la cárcel de la ciudad no es de primera clase, pero a lo mejor no te importa, ¿no?

Teis bajó sus pies descalzos de encima de la mesa.

—No vas a telefonar a ninguna parte, ¿entendido, René? Soy tu único amigo en este asunto, y te conviene que siga siéndolo.

—Bien, Teis. Solo quería saber eso. Ya que sigues siendo mi amigo, propongo que metas mis acciones con mucho cuidado en un sobre manila y las envíes por la mensajería UPS en cuanto salga el sol. Estaré esperando a que me envíes por correo electrónico una copia escaneada del recibo del envío como mucho diez minutos después de que hayas entregado el sobre. Si no tengo noticias tuyas antes de las 10.15, hora local, llamo al banco MCB, ¿entendido?

Y colgó bruscamente.

Teis se quedó mudo. Por supuesto, sabía que René estaba acostumbrado a mangonear con su entorno, pero no que tuviera el ánimo necesario para rebelarse, que era exactamente lo que había hecho.

Se quedó un rato mirando el móvil mientras las cigarras cantaban en la oscuridad, y trató de no hacer caso del canturreo cariñoso de su mujer en el interior. Luego acabó de un trago el resto de la copa. Era de noche en Dinamarca, pero le daba igual. Viejo o no, Brage-Schmidt tendría que interrumpir su sueño rejuvenecedor.



No fue la habitual voz marchita, sino una más joven y resuelta, la que lo saludó al otro lado de la línea. Teis tragó saliva. ¿A tanto habían llegado las cosas que Brage-Schmidt dejaba sus conversaciones privadas a su maldito asistente y factótum? Un africano a quien Brage-Schmidt, siguiendo la tradición imperial-colonialista, insistía en llamar «Boy», al igual que a sus predecesores. ¿Sería posible que ahora hasta sus negocios y actuaciones más sucios tuvieran que pasar por él?

—Bien, así que Eriksen ha decidido retirarse —constató el asistente de Brage-Schmidt—. Lo esperábamos, quizá no tan pronto y de manera tan abierta. Así que menos mal que ya hemos preparado su, digamos, «retirada». Y, tal como se están desarrollando los acontecimientos, creo que podemos arreglarlo todo en un par de días.

En ese momento, el entorno pareció vaciarse. Las hojas de palmera se enderezaron y se hundieron en la oscuridad, el mar enmudeció, los holandeses de piel blanquísima sentados bajo su balcón hablando flamenco ya no estaban presentes.

—¿Habéis encontrado al chico? —preguntó conteniendo el aliento.

—No, pero lo han visto.

—Eso no es ninguna garantía de que vayáis a atraparlo. ¿Quién lo ha visto? ¿Y dónde?

—La gente de Zola. Lo vieron el sábado, y estuvieron a punto de pillarlo, así que ahora ya saben que sigue rondando por la zona.

—Mmm. ¿Y por qué había de seguir por allí?

—Ya saben que es un tipo tozudo, así que están bien preparados.

—¿Y si no lo encuentran?

—Tranquilo. Incluiré en la cacería a mis hombres, que son profesionales.

—¿Profesionales de qué?

—Digamos que son soldados. Educados, casi desde que aprendieron a andar, a buscar y eliminar.

¿Eliminar? Qué palabra más neutra. ¿Era así como uno se acostumbraba a asesinar? ¿Empleando otra palabra?

—¿De Europa del Este?

La voz del teléfono soltó una carcajada.

—No, yo diría que estos llaman más la atención en el paisaje urbano. Bueno, no sé. Como más visibles, pero no te creas.

—Tienes que ser más concreto. Quiero saberlo.

—Antiguos niños soldado, por supuesto. Auténticos profesionales de Liberia y el Congo, acostumbrados a meterse en cualquier sitio y matar sin remordimientos. Máquinas musculosas, frías, que conviene tener de tu lado.

—¿Están ya en Dinamarca?

—No han llegado, pero están de camino con su señora de compañía, una negra imponente y maravillosa a la que llamamos Mammy.

Rio.

—Mammy, suena dulce y pacífico, pero no podía ser más engañoso. Al igual que los demás, ha aprendido el oficio en la guerra civil, y su lema no deja lugar a dudas. *No mercy*. Así que no es ninguna mamaíta dulce y cariñosa.

Teis sintió un sudor frío en la espalda. Niños soldado. Lo peor que podía imaginarse. ¿En qué se estaba metiendo? ¿La gente de la que se rodeaba estaba dispuesta a todo? ¿Lo estaba él?

—Vale —se limitó a decir. Parecía ser la única palabra que encajaba—. ¿Y René? ¿Qué hay de él?

—De ese ya me ocuparé yo a mi manera. Porque, gracias a Dios, sabemos más o menos dónde está. Pero lo primero, el chico. El orden de los factores a veces es importante. Sobre todo cuando hay un asesinato por medio.

—Sí, lo entiendo —respondió Teis, aunque no quería entender—. ¿Puedo hablar con Brage-Schmidt? Me encuentro en una situación delicada con las acciones de Curaçao y debo aclararla en las próximas horas.

—Está dormido.

—Sí, claro, pero no telefonaría a estas horas desde la otra punta del globo si no lo considerase absolutamente necesario, ¿verdad? Tengo que saber cómo debo actuar.

—Un momento.

Pasaron varios minutos, y luego se oyó la voz ronca de BrageSchmidt. Más gruñón que de costumbre, pero el mensaje era claro.

—No hay que enviar las acciones de Curaçao a René E. Eriksen —dijo, breve. Si a aquel payaso se le ocurría telefonar a Curaçao insinuando un fraude, ya se encargaría él en persona de convencer a las autoridades de la autenticidad de la firma de Eriksen y de lo correcto de la fecha, así como del resto del documento. No era culpa suya que Eriksen se hubiera arrepentido de dar poderes, eso es lo que iba a decir.

—Llama a Eriksen a las diez menos diez, tu hora local, y dile que le mandas los recibos del envío de las acciones por UPS. También puedes meter algo en el paquete para que las autoridades de aduanas tengan que retenerlo, si te parece conveniente. Harina en bolsitas de plástico, por ejemplo. Y dile también que, si ha pensado crear problemas, va a ser peor para él. Seguro que lo pillas en el trabajo, justo antes de irse a casa.

Aquella noche René no pegó ojo. Después de hablar con Snap, su cabeza era una centrifugadora. Ahora tenía la certeza de que lo estaban marginando de los procesos de decisión, y eso lo atormentaba. Si era así, se arriesgaba a perder el control de su

propio destino, y eso era lo último que deseaba. Si robaban sus acciones de Curaçao, podía pasar cualquier cosa. Si habían podido matar a Louis Fon, a Mbomo Ziem, a William Stark, y ahora a un chico de quince años, también lo podían asesinar a él. Pero si no las robaban, él lo tomaría como una concesión, que consolidaría su poder dentro del grupo.

Por eso lo que ocurriera cuando abrieran los bancos de Willemstad era decisivo para su vida y por eso no conseguía conciliar el sueño.

Primero anduvo por la sala, mirando el reloj cada cinco minutos, y cuando se cansó bajó las empinadas escaleras del sótano y sacó el portátil de Stark de su escondite.

Llevaba en la penumbra desde entonces, mirando sin pestañear la pantalla del ordenador de Stark.

Había dos usuarios. Uno sin contraseña, que hacía mucho que había examinado a fondo, y otro con una contraseña que no había logrado descubrir por mucho que lo intentó.

Miró una vez más los apuntes que tenía al lado. Había un montón de datos de Stark, de su novia y de su hijastra que pensaba podrían formar parte de una contraseña. Y los había mezclado en diversas combinaciones, contracciones, también añadiendo cifras delante y detrás, y en aquel momento tenía la mente en blanco.

William Stark había sido la persona más sistemática del departamento, y René no podía figurarse que fuera a utilizar una contraseña que no tuviera cierta lógica para él. Pero ¿cuál?

Luego regresó a la pantalla del otro usuario y repasó la lista del correo electrónico de Stark. Allí también todo estaba claro, dividido primero por temas, luego por nombres, y, para finalizar, por antigüedad.

Stark era un hombre diligente, y había copiado todo lo que había escrito en relación con el trabajo desde el servidor del ministerio a aquel portátil. Al parecer, porque así también podría trabajar en su tiempo libre en sus tareas del ministerio, cosa que se veía con claridad por los momentos del día en que había enviado sus mensajes, a menudo pasada la media noche o de madrugada. Aquel hombre no debía de tener mucha necesidad de sueño.

René se desperezó. En cuanto a él, su necesidad de dormir se anunciaba bien a las claras, aunque tendría que olvidarla, porque el tiempo apremiaba. Tres horas más tarde tenía que estar en su despacho del ministerio, y poco después tenía que decidir si era necesario telefonar a Curaçao. Confiaba en que no lo fuera, porque la guerra contra Snap y sus compinches no debía empezar hasta que lo decidiera él.

Garabateó en el bloc un par de apuntes, inspirados en la revisión de carpetas y documentos. Algo acerca de la madre de Stark y algo sobre los tratamientos de su hijastra y unos torneos de ajedrez en los que Stark había participado años atrás.

Tras hacerlo, pensó que había investigado casi todo sobre aquello. Pero ¿quién decía que la solución debiera encontrarse allí? Algunos relacionaban sus contraseñas

con viejas proezas, como por ejemplo haber ascendido a una cima, y otros, con pequeños episodios o cosas que habían dejado una impresión duradera en su vida. En la película *Ciudadano Kane*, la última palabra que decía el magnate de la prensa era «Rosebud», y toda la película era una búsqueda de una persona que pudiera llamarse Rosebud y que el anciano pudiera llevar en sus pensamientos hasta el lecho de muerte. René sacudió la cabeza para sí cuando en su mirada interior vio el montón de restos inservibles del magnate ardiendo, y nadie se daba cuenta de que en medio de la pila había un trineo con la palabra «Rosebud» pintada en un extremo. Probablemente el trineo en el que Kane había pasado los momentos más felices de su vida. Era la solución del misterio, y acabó en un mar de llamas sin que nadie se diera cuenta.

¿Y en aquel caso? ¿Cuántos episodios así, impresiones fugaces, personas, animales y cosas podían haber influido en Stark? En suma, que las posibilidades eran demasiadas.

Observó como hipnotizado el espacio vacío donde debía ir la contraseña, como si tuviera vida propia y pudiera hacer que la clave se revelara por sí misma.

Venga, venga, se apremió. Si no conseguía entrar ahora, iba a tener que darse por vencido. Desde luego que no iba a implicar a otros para conseguir la contraseña de un ordenador que, en principio, ni siquiera existía.

Pero lo que pudiera aparecer en aquel paisaje virtual ¿era algo que necesitara saber? Aquello lo intrigó. ¿Serían informaciones peligrosas, o solo eran un par de documentos con mujeres desnudas y algunos mensajes que no incumbían a nadie aparte de Stark?

Luego estiró la musculatura del cuello hacia ambos lados y volvió a intentarlo. Primero escribió en el campo el nombre de la madre de Stark, luego su número de registro, a continuación sus iniciales y el número de registro de la madre, al derecho y al revés, en todas las combinaciones posibles. Al final tachó a la madre.

Luego empleó los nombres de diversos campeones de ajedrez como Ruy López, Emanuel Lasker, Bobby Fischer, Efim Bogoljubov, Bent Larsen, Anatoli Karpov y todo tipo de resultados de la red que tuvieran que ver con el ajedrez. Torneos, conceptos y terminología, tanto en danés como en inglés, los nombres de las fichas, uno por uno, y después diversas combinaciones de movimientos conocidos.

Ninguna solución. Empresa imposible. Una aguja en un pajar.

Sacudió de nuevo la cabeza, miró la hora, se quedó escuchando a ver si su esposa había sacado los pies del borde de la cama, ladeó un poco la cabeza y miró el tiempo que hacía fuera, para volver después al campo vacío de la contraseña.

¿Qué había tenido importancia para William Stark, aparte de su trabajo? Por lo que él sabía, no existía otra cosa que el ajedrez, su novia y la hija de su novia. Y ya había revisado las opciones más evidentes de todas aquellas variables.

Pero ¿y las menos evidentes?

¿Motes? ¿Fechas especiales? ¿El día que se conocieron? ¿El día de su primer beso? ¿Qué era importante?

Miró los nombres de Malene y Tilde Kristoffersen y trató por enésima vez de combinarlos. Demasiadas posibilidades.

¿Qué era lo más importante para ellos? ¿Lo más importante de todo? Sin duda, la enfermedad de la hija y el intento de curarla. Sí, debía de ser eso. Durante los últimos años nada había sido más importante para Stark que la enfermedad de su hijastra, lo sabía por las pocas veces que, con cierto asombro distante ante la perseverancia de Stark, lo había oído hablar de sus esfuerzos por ayudar a la pobre chica.

Miró otra vez sus apuntes y asintió para sí; luego escribió «EnfermedadCrohn» en el campo de la contraseña, pensando que el ordenador volvería a rechazarlo.

Y entonces ocurrió. La ventana se abrió y, como un ave Fénix renaciendo de sus cenizas, apareció un escritorio virtual con la foto de Tilde en un momento de despreocupación. Nada de minúsculas, preposición «de» ni ninguna otra cosa. Solo EnfermedadCrohn, *et voilà*, ya estaba en la tierra prometida.

Y en medio de su asombro oyó en el piso de arriba el roce de las zapatillas contra el suelo del baño, y que la puerta se cerraba con un gruñido matutino. Así que le quedaban diez o quince minutos para cerrar el portátil y hacer como si acabara de levantarse. De lo contrario, la curiosidad y las preguntas de su señora esposa iban a ser interminables e interminablemente fastidiosas.

Dirigió una mirada rápida a las carpetas del escritorio. Estaban bien ordenadas, con indicación del período de tiempo exacto en el que los documentos que contenían se habían creado entre 2003 y 2008. Pinchó en un par de carpetas, y su contenido no le pareció interesante; la mayor parte la constituían cantidades enormes de investigaciones científicas, correspondencia con médicos y familiares de enfermos de todo el mundo, así como resultados de análisis de Tilde, copias de expedientes, cartas de protesta y reconocimientos médicos. Todo ello con objeto de comprender la enfermedad de la hijastra y tratar de ayudarle. Nada nuevo bajo el sol en el mundo de René.

Después entró en «Mis Documentos» para ver si había allí carpetas con información comprometedor para ellos o que pudiera contar que Stark sabía de la estafa del proyecto Baka. Porque una cosa era que la gente se extrañara de la desaparición de Stark, pero lo que extrañaba a René era por qué Stark no había desaparecido mientras estaba en Camerún, tal como habían planeado. ¿Por qué regresó antes de tiempo? Algo debió de ocurrir en Camerún, y, por lo que René sabía de Stark, lo más probable era que el hombre reaccionara de forma tan rápida e imprevisible por una información previa que guardaba en reserva.

Ahora solo buscaba pistas que explicaran esa cuestión.

Cuando oyó en el primer piso que su esposa abría la puerta con más suavidad y que el baile de zapatillas sobre el suelo se había convertido en pasitos de pies descalzos, supo que era hora de dejarlo.

Pinchó en un par de iconos y echó una ojeada rápida al resto de carpetas de «Mis Documentos». Y entonces su mirada se posó en una carpeta sin nombre.

Podía aprovechar hasta cinco minutos más, así que pinchó encima, tras lo cual se abrieron por lo menos veinte subcarpetas, cada una de ellas con indicación de la parte del universo de Stark en que te encontrabas, y qué temas contenía.

Algunas indicaban países africanos como Tanzania, Mozambique, Kenia o Ghana, y otras tenían nombres más crípticos como nbctct, Sbrns, Contrt, pol1, pol2, pol3, etcétera.

René se quedó sorprendido. A varios de los países mencionados ya no se les prestaba ayuda al desarrollo, y muchos de ellos pertenecían a la categoría de países en los que durante los últimos años había habido problemas a la hora de que enviaran informes como es debido.

René pinchó en una carpeta cualquiera. Se llamaba «Nbctct», y contenía un documento con los nombres de contacto más habituales de Stark. Echó un vistazo rápido a la lista. Muchos de los nombres estaban tachados en rojo y sustituidos por otros, bastante antes de la desaparición de Stark; pero René reconoció todos.

Sacudió la cabeza y abrió la siguiente carpeta, «Contrt», que en muchos aspectos parecía más compleja.

Frunció el ceño mientras su esposa cerraba de un portazo el guardarropa en el piso de arriba. Otro día más en que nada podía satisfacerla.

Vio que varios de los contratos de aquella carpeta correspondían al tipo de material confidencial que no podías llevarte sin más del ministerio a casa. Pero cuando abrió el primero para ver si se trataba del texto íntegro del contrato, descubrió sorprendido que solo se trataba de un anexo al contrato.

¿Por qué tiene un anexo el contrato? Qué raro, pensó, y abrió el siguiente. Tampoco contenía el contrato en sí, sino un anexo. Y, a medida que los iba abriendo todos, más seguro estaba de que Stark había confeccionado anexos a por lo menos veinticinco de los contratos del ministerio. Todos ellos con indicaciones de transferencias de dinero extraordinarias, y solo en relación con proyectos de un tamaño considerable, cuyos presupuestos eran responsabilidad de Stark.

René se puso a sumar, y, cuando llegó a más de diez millones de coronas, supo con seguridad que no había sido la única manzana podrida del ministerio.

Era increíble. William Stark, su colaborador de máxima confianza, el más honrado, había sustraído fondos de sus proyectos de ayuda al desarrollo de manera sistemática, ¡y robado al Estado diez millones de sólidas coronas danesas!

René sonrió y no hizo caso de las quejas automáticas que acompañaron a la llegada de su esposa. Porque las cosas empezaban a ir bien.

En un solo día había insinuado que Stark era pedófilo y a la vez había presionado a Teis Snap para que desistiera de robarle las acciones de Curaçao. Y ahora esto, lo más importante de todo: había encontrado al hombre que con toda probabilidad podía estar detrás del proyecto Baka, si fuera necesario descargarse de culpa. Un auténtico chivo expiatorio. Un hombre que ya había robado una suma considerable del ministerio. En resumen, que había encontrado a un hombre de observancia moral de

lo más dudosa, que precisamente por eso había tenido muy buenas razones para desaparecer de la faz de la tierra.

Así que la fortuna seguía sonriéndole.

—¿Qué va a decir Rose si visitamos a Malene Kristoffersen sin ella?

Carl dirigió la mirada hacia la imponente entrada de la cárcel de Vestre mientras pasaban a su lado. ¿A cuántos idiotas había despachado en el pasado tras aquellos muros espantosos? No fueron pocos. La putada era que después salían.

—¿Rose? Está en el ministerio haciendo otros trámites, así que sobrevivirá, ¿no? —fue su respuesta. Después del episodio de la víspera con Gordon, no tenía la menor intención de darle un tratamiento especial. Además, le importaba un bledo lo que dijera Rose. Tenía otras cosas en que pensar.

Desde que estuvieron en la Oficina Evaluadora de Ayudas al Desarrollo, había tenido la sensación personal de que todo había ido demasiado rápido. Que debía haber esperado, antes de ir a visitar a René E. Eriksen en su despacho de jefe de negociado, hasta saber más detalles del caso.

—A ver, Assad, repite, por favor, por qué crees que nuestra visita ha levantado el ánimo a Eriksen. Ya me he fijado en que le pasaba algo cuando has preguntado por la sexualidad de Stark, pero no me ha parecido que se haya animado mucho.

—¿No sabes qué pasa cuando das a un camello una palmada en el trasero? Echa a correr y alarga el cuello hacia lo que cree que es la buena dirección, casi como si su largo cuello fuera a hacerlo avanzar más rápido.

—Sí, claro. ¿Y qué quieres decir con eso?

—Cuando he mencionado lo de la sexualidad, ha sido como si a Eriksen le hubieran dado una palmada en el trasero. De pronto ha sido como si hubiera visto una meta delante, y ha alargado el cuello hacia ella casi antes de que las patas se movieran.

—¿Te refieres a que había estado guardando un secreto del que quería deshacerse?

—No, no lo entiendes. Ha sido como si de pronto viera una meta que antes no estaba.

—¿Qué tipo de meta?

—Es lo que no consigo averiguar.

—¿Insinúas que mentía?

—No lo sé. Pero de pronto han salido historias que podían haber salido antes. Historias de niños pequeños, miradas y el diablo y la carpa.

—Capa. El diablo y la capa, Assad.

—¿Capa? ¿No es una carpa? ¿Y para qué quiere una capa el diablo?

—Ni idea. Tal vez para esconder cierto miembro innombrable.

Assad lo miró con una sonrisa irónica.

—Ajá. Ahora lo entiendo. Una expresión muy buena, ja, ja. Pero bueno, me ha parecido que Eriksen tenía la cara que se pone cuando quieres contar un buen chiste.



—¿Y...?

—Pues que no es un buen chiste que sospeches que el hombre con quien trabajas es un pedófilo, ¿verdad?

Carl dobló por Sjælør Boulevard, casi habían llegado.

—No, también me lo ha parecido a mí. Su voz no daba la impresión de que estuviera avergonzado.

La casa era típica de la época en que fue construida, con tejado abuhardillado y adornos en la fachada, así que parecía más impresionante de lo que justificaban los costes de construcción. Muchas veces las familias dividían los pisos, a fin de que varias rentas pudieran sufragar el elevadísimo impuesto sobre bienes inmuebles de Copenhague. Un pequeño oasis verde en el suburbio de Valby que cumplía la doble condición de estar cerca del centro y satisfacer el sueño de vivir cerca del campo.

Malene Kristoffersen los recibió como si aún no hubiera terminado de aterrizar del vuelo chárter. Las maletas estaban sin abrir, en el pasillo, y en parte por el autobronceador y en parte por los abundantes baños de sol en las playas turcas, su piel estaba bronceada de manera irregular, pero tenía un moreno que despertaría la envidia en su trabajo. A pesar de las temperaturas más bajas de las latitudes danesas, su ropa era vistosa y ligera, seguro que la había comprado allí. Era guapa, pero no necesitaba serlo de forma tan ostentosa, aunque el rostro de Assad lucía una expresión entusiasmada.

—Sí, hoy no hemos salido de casa. Es lo que hacemos a veces tras las estancias de Tilde en el hospital; está algo cansada —explicó—. Ahora está dormida, así que tendréis que contentaros conmigo.

Assad asintió en silencio, solícito.

—Podemos venir, o sea, otra vez, si es que hace falta —dijo con una sonrisa boba.

Era evidente que lo haría de buen grado.

—Os agradezco mucho lo que estáis haciendo —continuó Malene.

Extraordinaria frase inicial. En el trabajo de Carl no se oía casi nunca.

Lució una leve sonrisa.

—Es lamentable que la gente desaparezca, pero por desgracia muchas veces es imposible dar con una explicación cuando ha pasado tanto tiempo.

—Lo sé, pero sigo esperando. William es un hombre maravilloso.

Las miradas de Assad y Carl se cruzaron. Aquello no iba a ser fácil.

—Hemos estado en su oficina, y hemos hablado con su jefe y con varios compañeros de trabajo —comentó Carl—. Más que nada por saber algo más sobre lo que hacía en Camerún. ¿Te habló del viaje antes de marcharse?

—Sí; no quería hacer ese viaje. Tilde estaba en el hospital, mala, y William prefería quedarse en casa para apoyarnos a ella y a mí. Él es así —explicó, recalcándolo con una sonrisa un poco triste.

—Entonces ¿lo obligaron a viajar?

—Sí, y, de hecho, casi sin avisar. Si recuerdo bien, fue de un día para otro.

—¿Cuál era el objetivo del viaje?

—Sospechaban que uno de los ayudantes locales se había escapado con parte de la ayuda al desarrollo.

—¿Alguien de allí?

—Sí, uno que se llamaba Louis. Louis Fon. Un hombre con quien había estado varias veces, y que, según William, hacía bien su trabajo. Al parecer, no se creyó la historia. También había algo de que Fon había enviado un extraño sms a William, que estaba intentando descifrar. Desde luego, pasó la tarde previa al viaje en el cuarto de Tilde, tratando de comprender qué podía significar, parece ser que eran disparates.

—¿Os enseñó el sms?

—Sí. A Tilde se le da bien eso de los sms, pero tampoco ella lo entendía.

—¿Hablaste con William tras su llegada a Yaoundé?

—No, pero me llamó en cuanto aterrizó en Douala, como hacía siempre. Se quejó del calor y volvió a lamentar no poder estar con nosotras.

—Pero ¿nada de que fuera a volver al día siguiente?

—No.

Carl oyó el rascar de la barba de Assad. No cabía duda de que las circunvoluciones de su cerebro árabe estaban funcionando a tope.

—Siento tener que preguntarlo directamente, pero ¿qué dirías de la posibilidad de suicidio?

Malene sonrió sin reservas.

—William no es así, para nada. Estaba feliz con su vida y su trabajo. Lo único que le preocupaba era la situación de Tilde. No dejaría a nadie en la estacada, y a nosotras, menos.

—¿Y vuestra relación iba bien?

La mujer asintió con la cabeza. Primero rápido, luego algo más lento. Como si la pregunta desatara en ella energías que quizá llevasen demasiado tiempo acumuladas. No estaba conmocionada, pero psíquicamente se hallaba en un estado en el que la sensación de duelo ya no era bienvenida.

—Éramos compañeros del alma, ¿lo entiendes?

Volvió la vista hacia Carl con un gesto rápido que a él no le pareció agradable, teniendo en cuenta la mala relación que tenía con el amor justo en aquel momento.

Assad se inclinó hacia delante, amenazador, en su asiento. Ya tenía preparada la frase inicial de un hipotético tratamiento de choque.

—En el ministerio nos han insinuado que William podría tal vez tener ciertos intereses de los que tú, quizá, no sepas. ¿Tienes alguna idea, entonces, de qué podría ser?

Malene sacudió la cabeza.

—No, William siempre hablaba con franqueza sobre todo. Para él había solo tres cosas importantes. Primero, Tilde, luego yo, y en tercer lugar el trabajo.

Sonrió como si la personalidad de su novio fuera algo intachable.

—Pero ¿a qué te refieres?

—¿Dices que hablaba con franqueza de todo?

Carl no conocía a nadie que, como Assad, fuera capaz de soltar una frase tan deslumbrante que se quedara flotando, iluminada, mucho después de terminar la conversación.

—¿También sobre las cosas más íntimas? ¿Fantasías sexuales y cosas así?

La mujer iba a echarse a reír, porque probablemente para ella los impulsos sexuales de William Stark eran muy previsibles y normales; pero luego se contuvo.

—¿A qué te refieres con fantasías? ¿Pasa algo con ellas? ¿Tú no las tienes, o qué? La sonrisa de Assad fue tal vez demasiado indulgente para la frase que siguió.

—Claro, pero no de niños y niñas pequeños.

Malene se quedó conmocionada. Se mordió el labio inferior y se quedó blanca tan rápido como nunca había visto Carl. Asió la punta del vestido y la retorció con tal fuerza que el tejido crujió. Enmudeció un momento, pero la cabeza asentía como un metrónomo, así que pronto iba a decir algo.

Las palabras llegaron lentas, chasqueantes como latigazos.

—¿Me estás diciendo que William es sospechoso de pedofilia? ¿Me estás diciendo eso, cabronazo? ¿Es eso? Responde, quiero oír la palabra en tu boca podrida, ¿me oyes?

Había algo bíblico en el modo en que Assad ladeó la cabeza y ofreció la otra mejilla. Aquello podía terminar mal.

—Lo diré yo —se adelantó Carl—. ¿Has tenido alguna vez la menor sospecha de que William pudiera tener tendencias pedófilas? ¿Miradas a niños o demasiadas horas nocturnas frente al ordenador?

Las lágrimas de los ojos de Malene podría haberlas provocado la rabia, pero no, su lenguaje corporal decía algo diferente. Sacudió lentamente la cabeza.

—William era un hombre corriente y moliente.

Tragó saliva un par de veces para detener el llanto.

—Y sí, pasaba noches frente al ordenador, pero era por el trabajo. ¿No crees que una mujer como yo sabe cómo buscar en los rincones más íntimos de su hombre, y en el ordenador, si es por eso?

—Discos duros externos. Hoy en día no son muy grandes. Pueden llevarse en el bolsillo. ¿Tenía alguno?

La mujer sacudió la cabeza.

—¿Para qué habéis venido? ¿Es que no es suficiente que viva en la duda de qué ha podido pasarle a William?

Iba a decir algo más, pero desvió un poco la cabeza con expresión tensa. Ya no le bastaba con tragar saliva para reprimir el llanto. En situaciones como aquella se veía la verdadera edad de una persona. Era como si la piel se hiciera más fina. Luego aspiró con fuerza y se volvió hacia ellos.

—No, no tenía ningún disco duro de esos, no se le daban las cosas técnicas ni la informática. Hay que reconocer que era de lo más analógico que pudieras imaginar. Sencillo y con los pies en el suelo, así es. ¿Entendido?

Carl hizo un gesto a Assad, que sacó una foto del bolsillo.

—¿Conoces a este chico? Ya sé, o sea, que no se le ve bien la cara, pero tal vez puedas reconocer la ropa o alguna otra cosa —aventuró, mientras le mostraba la foto de Marcus sacada de los vídeos de vigilancia.

La mujer frunció el entrecejo, pero no dijo nada mientras Assad describía al detalle qué aspecto tenía el chico y cómo lo habían visto en la casa de Stark.

—¿No te parece raro que un chico de esa edad tenga tanto interés por Stark, después de tantos años?

—Sí, claro que es extraño. Pero quizá signifique algo muy diferente a...

Assad se mantuvo firme.

—Ese chico no podía tener muchos años cuando Stark desapareció.

Malene captó la insinuación, sus garras estaban dispuestas, así que Carl dio a Assad un discreto codazo antes de tomar la palabra.

—Y es que la cuestión que se plantea es qué relación podía tener ese chico, que por aquel entonces tendría doce o trece años, con William. ¿Alguna sugerencia?

—Mi sugerencia es que dejéis de hacer esas repugnantes insinuaciones, ¿está claro? William no era un pedófilo, no...

Se detuvo, como si la hubiesen desenchufado, al oír pisadas en el pasillo.

Y los tres miraron hacia la puerta cuando apareció una somnolienta cabeza rubia con las cejas arqueadas.

Carl trató de sonreír a la chica, y Malene, con gesto maternal, alzó la mano para saludarla, con la secreta esperanza de que tal vez no hubiera oído lo que había dicho; pero la expresión del rostro de Tilde era inequívoca.

—¿Te sientes mejor, cariño? —preguntó Malene.

Tilde no respondió.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz enfadada.

Assad fue el primero en levantarse.

—Somos de la Policía, Tilde. Me llamo...

—¿Han encontrado a William?

Sacudieron la cabeza.

—Entonces, creo que deben marcharse.

Su madre dio un par de explicaciones rápidas, pero Tilde había dictado sentencia.

—Son ustedes unos imbéciles. William no era así. ¿Acaso lo conocían?

Ninguno respondió. ¿Qué podía decirse a una chica que había proclamado su añoranza en todas las columnas publicitarias de la ciudad?

La chica se llevó una mano temblorosa al vientre. Malene iba a levantarse, pero Tilde le dirigió una mirada que mostraba a todos con claridad a quién tenían delante: a una chica que conocía todos los tipos de dolor existentes. Las puñaladas internas de

su cuerpo, los suplicios del alma y la seguridad de que el futuro no iba a ser muy distinto. Y aun así no salió de la estancia, dejando a los adultos con las acusaciones; no, se mantuvo firme, aunque una voz interior le rogaba que desistiera. Se mantuvo firme y los miró a los ojos uno a uno.

—William era mi padre. Lo quería, siempre estaba dispuesto a ayudarme, también cuando lo pasé muy mal. Pregunten a todos los que conozco; todos van a decir que nunca me ha hecho daño, y tampoco a mis amigos.

Miró al suelo.

—Y lo echo mucho de menos. Ahora digan a qué han venido, ya me he tranquilizado. ¿Lo han encontrado?

—No, Tilde. Pero creemos que hay alguien que sabe lo que le ha ocurrido.

Carl empujó la foto del chico hacia ella.

—Ayer fue a la comisaría de Bellahøj con uno de tus carteles. Y llevó también esto.

Hizo un gesto a Assad, que sacó el collar africano del bolsillo, tras lo cual lo depositó con cuidado sobre la mesa baja ante ella.

Tilde parpadeó, como si el constante abrirse y cerrarse al mundo la mantuviera a distancia y también mostrara nuevos caminos. Estuvo tanto tiempo paralizada en aquel estado alternante que Malene pudo levantarse y abrazarla sin que la chica se enterase. Solo veía el collar.

Carl miró a Assad, que al momento desvió la mirada. Todos sabían lo que estaba ocurriéndole a Tilde. La persona que no ha vivido la muerte de un ser cercano como un trastorno en su existencia, una de dos: o nunca ha querido o nunca ha vivido hasta el fondo. Había allí cuatro personas, cada una con su propia lectura de aquel sentimiento, y seguro que la de Assad no era la más fácil.

—¿Saben de dónde ha sacado el collar? —susurró al fin Tilde.

—No lo sabemos, Tilde. No sabemos quién es el chico ni dónde está. Confiábamos en que tal vez lo supieras tú.

Tilde se inclinó sobre la foto y sacudió la cabeza.

—¿Es el chico con quien creéis que William hizo esas cosas?

—Nosotros no creemos nada, Tilde. Somos policías, nuestro trabajo consiste en resolver misterios, y en este momento estamos con el de William. Esto fue lo que lo desencadenó todo.

Carl desenrolló el cartel ante ella, lo que hizo que sus labios se estremecieran y su mirada bailase desde el collar del cartel de búsqueda al que tenía delante en la mesa baja.

—Lo siento, pero debemos llevarlo con nosotros, Tilde, para que lo analicen los peritos. Tal vez haya algo que nos indique dónde ha estado los últimos años.

Tilde sacudió las manos ante sí mientras daba curso libre a las lágrimas, y asintió en silencio.

—Hacía novillos en el instituto para ir a colocarlos. Al final no me quedó

ninguno, ni siquiera para mí.

Dejó caer la cabeza. Todas las esperanzas depositadas en aquel cartel regresaban sin materializarse. Luego se deshizo del abrazo de su madre y salió de la sala. Los pasos escalera arriba apenas eran audibles.

—Eran uña y carne —aseguró Malene—. William entró en su vida antes de que ella empezara a ir a la escuela, y en aquella época se sentía sola. Nadie entendía que sintiera tales dolores tan a menudo, y nadie quería jugar con ella. Aquello cambió cuando apareció William, ya se encargó también de eso.

Dio un suspiro.

—Fue gracias a Tilde por lo que nos fuimos a vivir juntos, un par de años antes de que desapareciera William, porque lo quería con locura, como el padre que, por lo demás, no veía, y porque siempre estaba dispuesto a ayudarle cuando se sentía mal. Fue también Tilde quien insistió en que nos mudásemos de la casa de William, porque no podía vivir en aquella casa sin su padrastro.

—¿Fue suya la idea de dejar allí algo de ropa y enseres?

Malene hizo un gesto afirmativo.

—Sí, lo propuso ella. «Así», dijo, «cuando William vuelva a casa verá que de alguna manera seguimos estando en su vida».

—¿Cuando William vuelva?

La mujer miró a Carl con los ojos brillantes.

—Fue lo que dijo. Nunca dice «si». Por otra parte, no ha sido declarado oficialmente muerto, y la casa sigue allí, pagada con los intereses de su capital, así que no ha sido difícil para Tilde decir «cuando».

Carl no tenía ganas de hacer más preguntas, pero Assad no era de la misma opinión.

—¿En qué apostaba William?

Malene arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Sabemos que al principio del tratamiento de Tilde pagó mucho más dinero del que tenía disponible. ¿Puedes explicarlo?

—Creo que fue un adelanto sobre la herencia, algo parecido.

Las oscuras cejas de Assad se contrajeron. Era evidente que aquello ya no le gustaba.

—No, o sea, podemos asegurar que no. No recibió su herencia hasta que murió su madre.

—No lo entiendo.

Sacudió la cabeza, conmocionada.

—De hecho, se trata de dos millones de coronas. Por eso hemos preguntado si hacía apuestas.

Malene sacudió otra vez la cabeza.

—Tilde le regaló una vez un billete de rasca y gana por su cumpleaños, y no tenía

ni idea de lo que era. Era un negado para esas cosas que le gustan a la gente. Tampoco me lo imagino participando en ninguna otra clase de apuesta. Era demasiado precavido para arriesgarse.

—¿Y entonces... qué hay de los dos millones?

La mujer miró implorante a Assad.

Carl aspiró hondo.

—¿Podemos descartar que cometiera algún tipo de delito económico? ¿Dirías que su talento no llegaba a tanto?

Malene no respondió. Era evidente que estaba destrozada.

**E**n el camino de vuelta, las lunas del coche eran como una película que pasaba entre chisporroteos, mientras ellos meditaban sobre sus respectivos problemas. El de Carl era que andaba suelto un chico que era un misterio dentro de otro misterio. El de Assad, sin duda, que René E. Eriksen se sacaba de la manga una historia que no se sostenía, y que eso creaba una desconfianza hacia él que no era capaz de expresar con palabras.

—Tenemos que volver a hablar con él —propuso Carl, pero Assad no respondió.

Una costumbre bastante irritante la que había adquirido en los últimos tiempos.

Cuando Marcus, la noche anterior, trepó por encima de la valla que rodeaba el solar, encontró una vía directa de entrada al edificio en construcción, donde podía desplazarse con rapidez y sin ser visto entre el resto de los pisos y la planta baja. Eran el alfa y el omega de un buen ladrón en caso de sentirse amenazado por perros o guardias.

Después se fijó en la concentración de herramientas de trabajo y materiales de obra de cada sección, para saber dónde no debía estar cuando aparecieran los obreros del siguiente turno.

En el tercer piso encontró un rincón abrigado, juntó unos cartones y se hizo un lecho, desde el que podía mirar por los agujeros de las ventanas abiertas entre el cemento. En aquel nicho por donde iban a circular los ascensores unos meses más tarde podía tumbarse sin que lo vieran hasta que llegara el turno de mañana, y luego tendría que largarse cuando los obreros bajaran a las casetas de obra para almorzar.

Por lo visto, al terminar la jornada laboral apenas quedaban trabajadores en la obra, lo que daba a Marcus la enorme ventaja de poder moverse con bastante libertad entre los pisos al atardecer, por la noche y durante el fin de semana; solo debía cuidar de que no lo viera algún transeúnte cuando se aferraba a la verja y trepaba junto al restaurante Hereford Beefstouw. Desde luego, los guardias y los perros nunca subían hasta lo alto del paisaje de cemento donde se había instalado.

Era un edificio enorme, al que habían pelado la fachada y vaciado todo el interior, dejando solo las escaleras, los pilares y las separaciones entre pisos. Feo cemento gris por doquier y cantidad de montacargas provisionales y herramienta de trabajo, todo ello rodeado de casetas de obra montadas como bloques de Lego.

Desde allí no solo veía el perezoso despertar de Tivoli a otra temporada más, sino que oteaba también Rådhuspladsen, el H. C. Andersens Boulevard, la calle peatonal Strøget y, por el otro lado del edificio, un buen trecho de Vesterbrogade. Era un lugar perfecto para vivir, mientras no empezara el frío, y, sin duda, la mejor atalaya para vigilar los robos del clan de Zola en el centro de la ciudad.

Aquel martes por la mañana la furgoneta llegó, como siempre, a las nueve, y soltó a las tropas de Zola; esta vez eran Miryam, Romeo, Samuel y seis más. Estuvieron un rato hablando en el borde de la acera, y luego se desperdigaron por las callejas cercanas, para así poder llegar a diversos puntos de Strøget desde las transversales.

Durante las horas siguientes, un montón de desgraciados iban a perder cosas por no ser lo bastante precavidos. Cuando veía desde allí arriba a sus antiguos amigos diseminándose como bacterias por el tejido vital de la ciudad, se sentía cada vez más avergonzado por haber sido parte de una actividad tan reprobable.

Desde aquella atalaya, Marcus iba a pensar bien sus movimientos. Tal vez debiera intentar ganarse a algunos de sus antiguos compañeros, para que no cayeran todos en



la trampa cuando denunciase a su padre y a Zola. Al menos, desde allí arriba veía que podía escoger a diversos miembros del clan, y quizá tratar de convencerlos. En tal caso, ellos también podrían decirle a quién había pedido ayuda Zola para buscarlo, y cuándo creían que terminaría la caza. Cuando se sintiera seguro, intentaría armarse de valor para ir a la casa de Eivind y Kaj; así recuperaría su dinero y podría marcharse de Copenhague. Había oído hablar de ciudades jutlandesas como Aarhus y Aalborg, que estaban a una distancia conveniente y tenían el tamaño y las instalaciones necesarias para poder seguir con su educación y reinserción en la sociedad danesa.

Pero, de momento, todo aquello sonaba a música celestial. Ahora que la Policía lo había visto, y con las cosas que dejó en la comisaría de Bellahøj, ¿no podía ocurrir que también ellos lo persiguieran? ¿Y si daban con él, qué? No podría identificarse, y sin documentación ¿no lo internarían en un campo de refugiados? ¿Tenía algo con lo que poder negociar para evitarlo?

Al parecer, no.

Y cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que no tenía nada que ofrecer a la Policía. Y es que la probabilidad de que el cadáver de William Stark ya no estuviera donde lo había encontrado, o de que hubieran borrado todas las huellas tras el delito, era demasiado grande.

Hambriento, trazó con la mirada una panorámica por el paisaje de cemento. Se sentía aislado y abandonado.

**E**staba sentada en el suelo apoyada contra la verja de la iglesia Helligaandskirke, haciendo aquella comedida representación tan típica de Miryam, que hacía que no sintieras repulsa ni irritación por su mano extendida con cuidado y la pierna torcida al descubierto. Miryam tenía la rara habilidad de atraer la atención de la gente con una sonrisa, y con una simple mirada hacer que se sintiera confiada y amable. Era una mirada que contaba historias de sufrimiento, pero también hablaba de la voluntad de soportarlo. Ese era el efecto que causaba. Incluso la Policía pasaba a su lado sin intervenir. Si hubiera tenido la posibilidad de buscar otra profesión, sin duda habría llegado a ser alguien importante.

Pero el calor de su mirada se heló y su sonrisa desapareció cuando Marcus se plantó ante ella con los brazos abiertos, esperando al menos que se alegrara por el reencuentro.

—Lárgate, Marcus —ordenó—. Todos te buscan, y no es para nada bueno, te lo aseguro. No quiero hablar contigo. Vete y desaparece de la ciudad.

Marcus dejó caer los brazos.

—¿No quieres ayudarme, Miryam? Tranquila, ya me encargaré de que no nos vean juntos. Si me mantengo en un segundo plano, basta con que me hagas una seña cuando sepas que ya no me buscan.

—Qué tonto eres, ¿por qué te pones de pronto así? No van a parar hasta dar contigo. Así que ¡lárgate, Marcus! Y como vuelvas a acercarte, se lo diré a los demás. Y puede que se lo diga de todas formas.

Se levantó, enderezó con dificultad la pierna mala e hizo ademán de retirarse, mientras le extendía un puñado de monedas. Pero Marcus retrocedió e hizo un gesto de rechazo con las manos. Ya contaba con que mostrara una actitud reservada y esquiva, pero no con que lo delatara o le diera las monedas de Judas. De cualquier otro lo esperaría; de ella, no.

Se quedó un rato tratando de recordar su dulce mirada. Intentó recordar las caricias que le hacía, a falta de las de su madre.

Luego desapareció sin decir palabra.

Cinco calles más abajo, Marcus se apoyó en una bajada de aguas y lloró. No había llorado desde la primera vez que le pegó Zola. Lo invadió una sensación desagradable, como de haber comido algo podrido. Se le contrajo el diafragma, como cuando tenía ganas de devolver. Brotaba más agua de su nariz que de sus ojos. Le temblaban los brazos y las piernas.

No solo los demás, también Miryam. Nunca lo habría dicho.

Le habría gustado cerrar los ojos y hacer que desapareciera el mundo. Dar curso libre a su desesperación entre berreos, pero no se atrevía. No iba a ser presa fácil. No era ningún cándido animalito que no supiera nada de depredadores. Conocía las reglas.

Una mujer que pasaba a su lado se detuvo, le puso la mano en el hombro y se agachó para mirarlo a los ojos.

—¿Qué te pasa, amiguito? —preguntó.

Y, en lugar de abrazarse a ella y compartir algo de su humanidad, se hizo a un lado, se secó las lágrimas y dijo:

—Nada.

Después deseó haber añadido un «gracias», pero no se le ocurrió, porque solo había una idea en su cabeza: en adelante, todos los miembros del clan eran sus enemigos.

Su hostilidad iba a ser la base de su supervivencia. Ya no iba a robar a personas corrientes, pero el clan no eran personas corrientes, así que a ellos iba a robarles todo lo que le viniera en gana. Y cuando los hubiera molestado una temporada y se hubiera llenado el bolsillo y el estómago, continuaría con su vida.

**E**ncontró a Romeo y a Samuel en plena actividad en Nyhavn, entre un hormiguero de simpáticos suecos de mejillas rubicundas. Así que a Samuel lo habían ascendido de su papel de mendigo.

Se quedó un rato observándolos a distancia mientras tropezaban de forma

aparentemente casual con la gente, hacían una rápida incursión en sus bolsillos y bolsos, y el producto del robo pasaba rápido a la mano del otro. En la mayoría de los casos lo hacían sin llamar la atención, pocas veces debían disculparse por su torpeza.

Conocía bien sus patrones de conducta. Sabía cuándo iban a mirar a un lado y hacia atrás, y sabía con exactitud cuándo cambiarían de dirección.

Samuel era el que recibía el género, e iba algo más atrás, a paso lento, hasta que Romeo encontraba un cliente. En el momento en que se daba cuenta, se adelantaba con rapidez y con un solo movimiento metía la mano en el bolsillo de Romeo y se apoderaba de la mercancía.

Sus enormes bolsillos interiores empezaban a abultar un poco, así que les debía de ir bien el día. Dentro de poco Samuel iba a hacer una seña a Romeo para hacer un descanso y poner a salvo la mercancía; Marcus iba a dar el golpe entonces.

Siguió a Samuel hasta uno de los últimos lugares de la ciudad, aparte de la Estación Central, donde podías llevar una bolsa sin que te tomasen por terrorista. Las consignas automáticas del Diamante Negro, sede actual de la Biblioteca Real, estaban en la planta baja, entre las puertas giratorias y los servicios, así que gente como Samuel podía con total tranquilidad vaciar el contenido de sus bolsillos en bolsas de plástico antes de dejarlo todo en la consigna.

Desde la librería del complejo, no perdió de vista cuándo salía Samuel del servicio y metía en una consigna la bolsa de plástico con el botín. En el momento en que Marcus viese en cuál la metía, volvería a esconderse. Y cuando Samuel se marchara, regresaría para forzar la cerradura de la consigna automática.

Samuel rebuscó en el bolsillo hasta encontrar la llave. Sería una llave que nunca entregaba, para estar seguro de que siempre había una consigna preparada para él.

Entró en la sección de consignas que daba a la calle y se colocó en la mitad de la pared de la derecha, se agachó y abrió una de las consignas inferiores.

Menos mal que lo he visto, pensó Marcus, retirándose de nuevo a su rincón.

Un minuto más tarde, Samuel iba otra vez camino de Nyhavn.

Lo esperaban Romeo y nuevas víctimas.

**E**ra el período previo a exámenes, y por eso la cafetería estaba llena de estudiantes concentrados en sus respectivos portátiles. En el exterior, al otro lado de las paredes de cristal, la gente disfrutaba del puerto y el sol con la mirada entornada. En aquel momento nadie iba a preocuparse por un chico como él.

Marcus observó un rato las consignas automáticas. Por lo que pudo calcular, la consigna usada por Samuel debía de ser la número 163. La cerradura era simple, pero si intentaba meter una llave equivocada y hacerla girar con fuerza, la llave se rompería seguro, ya le había pasado antes. Tampoco tenía herramientas para romper la puerta, ni el valor para pedir ayuda en información soltándoles una trola de que

había extraviado la llave.

Golpeó la puerta con los nudillos. No era muy sólida, pero si le daba una patada solo se abollaría y haría un ruido de mil demonios.

En suma, que tenía que conseguir la llave.

Alcanzó a Samuel en la plaza Kongens Nytorv, y pensó que, para que no se diera cuenta de quién le robaba la llave, tendría que montar un tumulto. Eligió a un tiarrón profusamente tatuado que caminaba en paralelo y algo por detrás de Samuel, con paso firme, hacia las trampas para turistas y las viejas tascas de Nyhavn. Seguro que había pensado quedarse allí hasta que declinara el día y el abultado billetero que asomaba tentador por el bolsillo trasero de sus vaqueros estuviera vacío. Por supuesto, a condición de que antes no tuviera la mala suerte de dar con alguien como Romeo.

Marcus se coló tras él sin hacer ruido, como un misil térmico, y estiró y contrajo varias veces los dedos de la mano izquierda para poder tener un control completo sobre ellos. Con la ligereza de un gato, se desvió un poco de su víctima, para ocultar con su cuerpo lo que iba a hacer en el momento en que pasara y sacara la cartera del bolsillo del hombre. Era algo elemental.

Se detuvo hasta que el tipo se situó a varios pasos por delante de él. Luego se agachó como para recoger la cartera, alcanzó al hombre y le tiró de la manga.

—Tenga —dijo, entregándole la cartera—. Se la había robado ese de ahí. He visto que se la arrojaba a alguien que iba detrás, pero he llegado antes.

El hombretón frunció el ceño y siguió la dirección del dedo de Marcus. Apenas alcanzó a dar las gracias antes de abalanzarse sobre Samuel y medio derribarlo.

Marcus no oyó los gritos y chillidos de su amigo, pero estaba claro que no le valieron de nada, porque el castigo llegó tan rápido y contundente que Samuel solo pudo cubrirse el rostro con las manos.

Marcus había robado antes a gente tumbada boca arriba, la mayoría los últimos borrachos de la noche, y era bastante fácil; pero allí iba a tener que esperar a que la muchedumbre vociferante separase a aquel mastodonte del pobre Samuel. Eso le dio a su viejo amigo unos segundos para levantarse y caminar vacilante hacia el muro de gente que los rodeaba.

El matón de atrás gritaba que había que detenerlo y enchironarlo, pero la gente fue clemente, y Marcus se dirigió hacia Samuel en el momento en que se introducía entre el gentío para escaparse, y metió la mano en el bolsillo de su abrigo. Si Samuel notó algo, seguramente el instinto de huida intervino y lo bloqueó.

Estaba claro que solo deseaba marcharse.

Marcus no se quedó a esperar las gracias o una propina del tipo, que seguía rodeado de gente y soltando feroces espumarajos.

El contenido de la bolsa del Diamante Negro ya era suficiente premio.

**E**n las alturas de Industriens Hus vació las bolsas de plástico sobre el piso de cemento. Se quedó un rato observando el amasijo de cosas. Y es que parecían rebosantes de vida en el paisaje muerto de cemento que lo rodeaba. Todos aquellos matices de marrón y rojo esparcidos sobre el frío cemento gris. Sacó victorioso los billetes de las carteras, dejando tarjetas de crédito y documentación, y de pronto se vio dueño de más de nueve mil coronas divididas en cinco divisas diferentes.

Por un momento, la agradable sensación de triunfo provocó una risita de alivio que retumbó alegre entre las paredes desnudas, y luego la mirada bajó otra vez al montón de billeteros, teléfonos móviles y relojes que tenía delante.

De pronto se hizo el silencio en su interior. Las superficies de cemento se alzaban sobre él, acusadoras. Las numerosas ventanas iluminadas del hotel Palace al otro lado de la plaza le parecían ojos acusadores, y el noticiario luminoso que brillaba en la parte superior del edificio de *Politiken*, un faro permanente. Allí estaban las pertenencias de toda aquella gente. Carteras de cuero y móviles medio pringados que no eran suyos; los hubiera robado uno u otro, supo en aquel momento que en justicia no podía apropiarse de aquel dinero procedente de los robos de Romeo y Samuel sin ser cómplice.

Era una sensación desagradable. Casi repugnante, como una cagada de perro en la suela del zapato. Ahora no era nada. Solo un mangui corriente y moliente como los demás, y aunque nueve mil coronas eran mucho dinero y podían durar mucho, tal vez llegara el día en que se le terminaran y tuviera que volver a robar.

¿Cómo podía creer otra cosa?

Fue entonces cuando se dio cuenta de la difícil situación en que se encontraba.

Y el odio que había estado latente desde la primera vez que Zola lo obligó a robar en la calle se reavivó y se apoderó de él con una sed de venganza que parecía más intensa que nunca.

Era un ladrón, y lo seguiría siendo mientras existiera el clan de Zola. Estuviera donde estuviese, seguía presa de sus tentáculos.

Apretó los puños y dirigió la mirada hacia el techo de cemento, mientras se imaginaba al difunto Stark con las cuencas de los ojos vacías, a Tilde y su voz suave, y al policía que se llamaba Carl seguro que deseaba ponerse en contacto con él. Todas aquellas sombras sobre él, y las feas sombras a sus espaldas, podían desaparecer de repente si hacía lo necesario.

Ya no había duda. Zola y su clan debían desaparecer.

—A lo mejor esperabais que os recibiéramos con vítores y clarines —soltó Rose, pinchándolo con un folio doblado—. De Carl puede esperarse cualquier cosa, pero no lo habría pensado de ti, Assad. Sabías muy bien que Malene era mía; y de pronto me telefona mientras estoy en el ministerio y me dice que habéis entrado de repente y las habéis avasallado. ¿Qué maneras son esas?

—Bueno, entonces, no ha sido exactamente así, Rose —protestó Assad, dispuesto sin duda a recoger la alfombra de orar y sus cachivaches antes de que detonara la siguiente frase de Rose.

Carl se dio cuenta de que esbozaba una débil sonrisa, por injusta que fuese.

—Échame la culpa a mí —explicó—. Assad ha dicho que tú deberías haber estado, pero no ha sido posible.

Rose soltó un bufido.

—¿Echarte la culpa a ti? ¿De qué me vale? Si eres más cabezota que una mula.

Luego atrajo una de las manos de él y depositó en ella con fuerza el folio.

—Pues si podías prescindir de mí en un sitio, también puedes hacerlo en otro, porque me largo. Puedes quedarte rumiando lo que he descubierto mientras tanto.

—¡Ja, ja! ¡Dales caña, Rosalinda! —se oyó del otro extremo del pasillo.

Rose dejó caer las manos cuando apareció la figura de Gordon. Era evidente que no tenía necesidad de su ayuda, pero aun así Gordon continuó.

—Creo que se acerca al acoso laboral el que tu superior no te deje interrogar a tu persona de contacto.

En el rostro de Rose apareció una arruga. No de las que indicaban indecisión, más bien un recuerdo de una línea roja que ningún hombre debía traspasar.

—Basta, Gordon —dijo con autoridad; por lo visto, aquel imbécil solo percibía los mensajes en bocados minúsculos.

—Pero debe de ser algo típico de la generación de policías de más edad —continuó Gordon, imperturbable—. ¿No es de un machismo algo prematuro?

—¡Aaah! ¡Sois todos unos idiotas! —gritó Rose, y, sin esperar las protestas, desapareció en su despacho dando un portazo. Un colofón digno de la sinfonía fariseísta de Rose.

Carl giró hacia el osado Gordon.

—Una cosa es que tengas la cara dura de llamarme prematuro y machista; y en cuanto a la generación de más edad, aguanto eso y más, pero solo una vez. ¿Está claro?

El payaso dirigió a Carl una mirada inexpresiva. ¿Estaba muerto cerebralmente, o es que tenía ganas de pelea?

—Creo que sería conveniente que asintieras con la cabeza, Gordon —aseguró Assad con voz seca.

Entonces asintió con la cabeza, pero poco.

—Ahora déjame preguntarte: ¿es que ayer no entendiste que no solo habías traspasado dominios ajenos, sino que preferimos tener que convivir con una docena de hienas hambrientas antes que tenerte rondando por aquí?

Gordon no dijo nada. Seguro que tenía su propio recuerdo agradable de aquella historia.

—Sí, ¿verdad? Y ahora creo que dentro de poco, cuando Assad y yo te hayamos dado un par de guantazos, deberías subir al despacho de Lars Bjørn y quejarte de lo malos que somos aquí abajo, en el sótano.

Carl sacó un cigarrillo y lo encendió en el mismo movimiento. Fue una delicia ver al chaval retroceder asustado mientras su rostro desaparecía por un instante, envuelto en el denso humo del cigarrillo.

El tipo iba a protestar, pero vio por el rabillo del ojo que Assad empezaba a arremangarse. Aunque captó el mensaje y por fin salió por la puerta como un perro con el rabo entre las piernas, en cuanto estuvo a una distancia segura no dejó de gritarles palabras de seis sílabas y origen latino.

Como aquel chaval no se enmendara, iba a pasarlas canutas muy pronto.

Carl desdobló el papel que le había pasado Rose. «Proyecto Baka», ponía en Times New Roman 30, con bien de negrita. Para que quedase claro.

—Siéntate y escucha lo que ha escrito Rose, Assad, y ya, de paso, cambia esa cara, hombre. Rose se recuperará pronto. Sabe tan bien como nosotros que no podemos aparecer en plan batallón cada vez que salimos a hacer pesquisas.

—Aparecer ¿en plan qué, Carl?

Carl señaló el texto.

—Olvídalo. Aquí pone que a Rose le han recomendado telefonar a un funcionario de Yaoundé. Es la capital de Camerún, por si no lo sabías.

Desde luego, él no lo sabía dos minutos antes.

—Se trata de Mbomo Ziem, que nuestra gente allí ha identificado como responsable de la cooperación con la Oficina de Ayuda al Desarrollo en relación con el Proyecto Baka y otros proyectos de ayuda en el país. Pero al parecer Mbomo Ziem ha abandonado el proyecto, así que Rose ha hablado con un tal Fabrice Pouka, que le ha contado que el Proyecto Baka seguía activo y le quedaba todavía un año. Según él, el proyecto estaba saliendo como estaba planeado, aparte de que un tal Louis Fon había estado saboteándolo. Rose escribe que se puso en marcha para ayudar a una tribu pigmea amenazada de la jungla de Dja, al sur de Camerún, realizando plantaciones de plátano y cultivos de tierra, a fin de lograr nuevos tipos de productos, cosa necesaria porque la caza furtiva y el deterioro natural con el paso del tiempo han diezmado sus medios de subsistencia.

Carl dejó el papel sobre la mesa.

—¿Eso es, o sea, todo? —preguntó Assad. Y Carl lo comprendió. Rose no había descubierto gran cosa durante el tiempo que habían estado fuera.

—Eh, un momento, Assad. Atrás pone algo escrito a mano. «Lfon9876». ¿Qué significará?

—Parece el nombre de usuario de una cuenta de Skype.

—Entra a preguntarle.

—¿Yo?

Carl no respondió, así que fue suficiente respuesta.

Assad volvió a los cinco minutos, sudando.

—Joder, Carl. Ha vuelto a meterme, o sea, en el baño de ácido. Pero sí, dice que es un nombre de usuario de Skype. Lo de encontrarlo es lo que más tiempo le ha costado, te ahorraré los detalles. Dice que cree que el nombre corresponderá a la dirección de Louis Fon en el norte de Camerún. Ha intentado ponerse en contacto, pero nadie ha respondido.

—Entonces el número no valdrá ya, ¿no?

—Ya me doy cuenta de que estas cosas no son tu fuerte, Carl. Solo se puede llamar a un usuario de Skype si esa persona tiene encendido el ordenador. Y no solo eso, también debe estar cerca de él, para conectarse a la conversación mientras le llaman.

—Sí, sí, eso ya lo sabía. Solo pensaba que...

Assad alegró la expresión.

—Ja, ja, Carl. A mí no me engañas, te lo voy a enseñar. Pasa conmigo a mi despacho y llamaremos desde allí. Lo tengo todo preparado.

En el interior de la sala de efectos robados, sobre la mesa, rodeado por el hervidor de agua, varillas de incienso verde, una pila de expedientes y un montón de cachivaches, se alzaba la mayor pantalla de ordenador de la Jefatura de Policía, con una imagen congelada de una casa marrón grisáceo de adobe, de las que se ven millones en Oriente Próximo. No era para nada el tipo de casa donde le gustaría a Carl disfrutar del ocio. Ni colores, ni vegetación, ni terraza en cuya barandilla plantar los pies. Solo una ventana y una puerta, tan marrones como el resto.

Carl la señaló.

—¿Conoces la casa?

Assad sonrió, sacudió la cabeza y apretó una tecla. Y la casa desapareció.

—Primero conectamos los altavoces, Carl. Colócate frente a la pantalla y abre la cuenta de Skype, ya te enseñaré cómo hacerlo. Si en el otro lado tienen también una cámara conectada como tengo yo, deberíais veros uno al otro.

Solo pasó medio minuto, y empezó a sonar un tono de llamada burbujeante, molesta a más no poder.

—Tómatelo con calma —alcanzó a decir Assad antes de que unos sonidos dieron a entender que al otro lado pasaba algo.

Carl fue en busca de su casco con micrófono mientras Assad le hacía aparatosas señas para que estuviera preparado. ¿Cuánto más preparado podía estar, carajo?

Luego apareció una imagen de una joven negra que se acercaba demasiado a la



cámara, y un torrente de palabras de las que no entendió ni mu. Por eso solo dijo *hallo*, con una especie de acento británico que solo un profesor de inglés como el que tuvo en el remoto Brøndsløv treinta años atrás podía imaginar que era fantástico.

—Aló —respondió la mujer, así que estaban empatados.

—En Camerún ¿hablan en francés? —susurró a Assad.

Este hizo un gesto afirmativo.

—¿Y tú?

Assad sacudió la cabeza.

Entonces Carl cortó la comunicación.

**T**ranscurrió por lo menos media hora hasta que consiguieron que Rose les dijera que hablaba un francés perfecto, y que, por lo demás, aceptaba sus disculpas a cambio de unas contrapartidas vagas.

Se presentó en menos de veinte segundos, y la mujer se retiró de la pantalla y apareció una estancia en la que el sol penetraba por todas partes.

—Iré traduciendo —explicó Rose a la mujer y a los dos que tenía detrás.

Era evidente que la mujer de Louis Fon estaba de luto. Les explicó de más de cinco maneras la problemática situación en que había quedado tras la desaparición de su marido. Y que se echaba a llorar por cualquier cosa.

—Todo nos iba muy bien. Él tenía mucho trabajo, no nos faltaba nada, y a Louis le gustaba lo que hacía. Lo más importante de su vida, aparte de mí y los niños, era que los baka estuvieran bien.

—¿Qué cree que ha ocurrido? —preguntó Rose.

—No lo sé.

Alzó los hombros hasta las orejas mientras un par de perros casi sin pellejo con sus rabos de rata erguidos metían sus hocicos puntiagudos en la apertura de la puerta, tras ella.

—Al principio creí que los cazadores furtivos lo habían matado, pero ahora creo que tal vez hayan sido otros.

—¿Por qué cree que lo han matado, y de quién más sospecha?

—No es algo que crea, lo dice nuestro *Nganga*. Las garras de las aves han hablado. Louis ya no está entre nosotros.

—Me duele oírlo. ¿Quién es *Nganga*? ¿Un brujo o un curandero?

—Es el guardián de nuestras almas y cuerpos.

Se miraron. Aquella profesión no la iban a aceptar en un juicio.

—Pero entonces los padres de Louis me dieron un poco de dinero, para que pudiera ir a Dja y Somolomo a buscar lo que quedase de él. *Nganga* se enfadó muchísimo.

—Entonces ¿no descubrió qué pudo haber pasado?

La mujer sacudió la cabeza. Indignada y emocionada, pero aun así capaz de dar una patada efectiva a uno de los perros cuando se acercó demasiado.

—Lo único que llegué a saber fue que habían pasado muchas cosas raras. Los pigmeos estaban descontentos porque el Proyecto Baka estaba parado. Al principio les prometieron cultivos y plantaciones, luego les dieron dinero mientras esperaban, y al final ya no les llegaba nada. Es lo que me contaban todos. Estaban muy cabreados con Louis y los daneses, y también lo estaba yo. Pero pasado un tiempo me llegó algo de dinero de Dinamarca. Aquello hizo más llevadera mi situación.

Se recostó contra la mesa que tenía atrás, con expresión pensativa en el semblante.

—Pregúntale en qué piensa ahora, Rose —la urgió Assad.

Rose hizo un gesto afirmativo. También ella se había dado cuenta.

—Vemos que está pensativa. ¿Hay algo que quizá debiéramos saber?

—*Je ne sais pas*. Puede que no fuera nada, pero era algo raro.

Calló un rato mientras Carl y los demás se asombraban por lo pequeño que era el mundo. Era casi como si pudiera olerse el aroma de la olla que había al fuego, junto a la mujer. Como si pudieran tocarle el cabello y sus jóvenes labios. Como si el pequeño despacho de Assad estuviera lleno de esterillas de paja trenzada y aire enmohecido.

—Estaba pensando que era raro que el hombre que firmó para que me dieran una compensación, ahora que Louis ya no estaba, se encontrara en Somolomo el mismo día que desapareció Louis. Me lo contaron varios que viven allí.

—¿El mismo día? ¿Un danés?

—*Oui, oui*. Debía de serlo.

—¿Recuerda cómo se llamaba el hombre?

Se hizo otra larga pausa, en la que el alma de África tomó impulso para adueñarse del escondite seudo oriental de Assad. Otra pausa más en la que parecía que la mujer estuviera en Babia y no pudiera volver.

—¿William Stark? —propuso Carl desde atrás.

La mujer alzó la vista y sacudió la cabeza.

—No, no era ese. No recuerdo su nombre. Lo único que sé es que tenía un montón de *es*.

Carl captó la mirada de máxima alerta de Assad en el momento en que el móvil retumbó en su bolsillo.

Joder, qué oportuno.

—Sí —dijo irritado antes de mirar la pantalla—. Ahora no puedo. Llama dentro de media hora.

—Hola, Carl. Perdona, soy Lisbeth. Hablaste conmigo en la biblioteca de Brønshøj, ¿recuerdas?

—Ay —gimió sin pensarlo mucho. Podía ocurrir cuando una voz de mujer te llegaba hasta el fondo.

—No sé si te viene bien en este momento, pero el chico está aquí, en la biblioteca de Dag Hammarskjölds Allé.

Marcus miró el reloj del ordenador. Eran las 18.10, así que faltaba un buen rato hasta que cerrasen la biblioteca. Pero ¿por qué estaban los bibliotecarios del mostrador mirándolo y mirando el reloj, como si quedasen cinco minutos?

¿Estarían solo mirándolo a él?

Giró un poco la pantalla del ordenador para ver sus cuerpos reflejados. ¿Estaban cuchicheando?

Era la morena de pelo corto, a la que llamaban Lisbeth, la que más nervioso lo ponía. Parecía estar en todas partes. Primero allí, después en Brønshøj, y ahora allí de nuevo, y siempre se había fijado en que tenía la mirada clavada en él. Tal vez fuera la última vez que pudiera ir allí, a juzgar por sus miradas.

Giró la pantalla hasta su posición habitual y comenzó otra búsqueda. Había demasiados policías en Copenhague que se llamaban como él, y además acababa de darse cuenta de que podía escribirse con C o con K. Así que volvió a empezar. Como no sabía el apellido del policía, ni el grado que pudiera tener, lo mejor era buscar en Imágenes de Google; escribió «Carl» y «policía», lo que produjo una marea de fotografías del rey sueco y una sola foto de un policía de uniforme, llamado Carl Åge, que no se parecía al que había visto él. Miles de mensajes irrelevantes sobre personas irrelevantes. Luego hizo búsquedas avanzadas añadiendo un par de palabras. Las palabras «criminal», «Copenhague», «policía» y «Carl» redujeron los resultados, pero seguían siendo demasiados.

Después leyó algo sobre unos casos recientes en las páginas web de los diarios *Berlingske Tidende* y *Ekstra Bladet*, y encontró palabras como «comisario», «inspector» e «investigación», y tras leer unos minutos apareció el hombre brillando en la pantalla en relación con un caso sobre un médico conocido, Curt Wad, y una serie de abortos ilegales llevados a cabo por él y sus ayudantes. Marcus sonrió aliviado, porque allí estaba, con la chaqueta mal abotonada y echándole una mirada agria al fotógrafo, junto a una mujer de pelo negro, de aspecto punki, y un hombre algo más bajo y muy moreno. De alguna manera, Marcus se sentía extrañamente unido al hombre bajo. Había algo en sus ojos, en su mirar sosegado, en el pelo oscuro rizado, en el tono de su piel.

«Carl Mørck, Rose Knudsen y Hafez el-Assad», ponía, así que ahora sabía el nombre y apellido de su policía. Un investigador hábil, al parecer, al menos era lo que decía el periódico, también que era especialista en casos antiguos.

Marcus se quedó un rato mirando al infinito con una sensación poco habitual en él. ¡Menuda suerte había tenido! Era exactamente la clase de hombre que necesitaba.

Luego siguió leyendo y mirando en otras páginas que hablaban del hombre, y la información no era tranquilizadora en todas ellas. Ponían que le habían disparado en Amager en circunstancias sospechosas, y que después estuvo de baja una temporada,

y que tenía un temperamento legendario, en opinión de sus compañeros.

Marcus sabía mucho de temperamentos impetuosos. Con aquellos había que andar con cuidado.

Giró la pantalla una vez más para ver el reflejo de la Lisbeth aquella cuchicheando con sus compañeros, que seguían con sus rostros vueltos hacia él. En aquel momento despertaron los instintos de Marcus, y por eso giró la cabeza hacia las puertas de cristal de la entrada, y vio que uno de los ayudantes se había colocado ante ellas, mientras sus ojos apenas podían resistirse a mirar hacia donde estaba Marcus.

A Marcus le pareció una molestia, algo desagradable, y se levantó y tomó el siguiente ordenador de la hilera. Si no podía salir por las puertas de cristal, menos mal que la biblioteca estaba al nivel de la calle. Si hiciera falta, era facilísimo saltar de la ventana al aparcamiento trasero.

Tomó un libro al azar y volvió a sentarse al ordenador elegido, mientras fingía comparar lo que ponía con varias páginas de la red.

Puede que lo que había observado fuera solo una casualidad. ¿Por qué habían de interesarse por él? Siempre se había portado de manera ejemplar en la biblioteca.

Pero ¿y entonces? ¿Habría olvidado cosas en la estantería de encima del contador de electricidad, y acababan de encontrarlas?

Sacudió la cabeza. No, que él supiera allí no había nada.

Miró hacia el aparcamiento. Todo parecía tranquilo tras los arbustos verde claro. De vez en cuando la gente dejaba o recogía sus coches de los huecos entre rayas oblicuas, las más de las veces con una sonrisa en los labios. Un atardecer de mayo en Dinamarca podía ser maravilloso por la luz clara y deslumbrante. Era de lo que más le gustaba de vivir allí.

Se giró hacia la pantalla y sonrió para sus adentros. Ahora tenía algo útil. El policía se llamaba Carl Mørck y trabajaba en casos antiguos. Sintiera o no prevención hacia la Policía, solo podía contar lo que sabía a Mørck. Ojalá saliera bien, aunque fuera un apátrida cuya familia lo había educado para ser un delincuente. Marcus arrugó el entrecejo. Iba a ser difícil. Para lograrlo debía encontrar una manera de transmitirle lo que sabía sin hablar directamente con él.

Por tanto, le hacía falta información para poder acercarse a Mørck.

Pasó un rato navegando en Internet. Al parecer, la vida y milagros de Carl Mørck era un buen tema para los periodistas, porque aparecían varios de sus casos, que tuvieron gran proyección mediática. Había un asunto sobre una política, miembro del Parlamento, que desapareció, sobre incendios provocados, secuestros, un asesinato en Søndermarken, el caso de una hermandad secreta que realizaba abortos ilegales y muchos más. Era el jefe del Departamento Q.

Marcus se colocó los auriculares y visionó un par de clips cortos donde aparecían Mørck, su ayudante moreno y su extraña compañera.

Mørck era fácil de interpretar, pero su ayudante, que se llamaba Assad, era más difícil. De hecho, viendo aquellos videoclips, se hizo una impresión muy diferente de

la que le habían producido las fotos. Parecía alegre y amable, pero aun así había algo indefinible en su mímica y en su mirada que lo inquietaba. Algo oscuro en sus ojos, como acechante y demasiado alerta.

Guarda en su interior secretos que no desea compartir con nadie. Bajo su expresión risueña se oculta un cuchillo bien afilado, pensó. Demasiado alerta para que un ratero pudiera acercársele; así que debía evitarlo en la medida de lo posible.

Pasados otro par de minutos, en los que buscó en vano información privada acerca de Carl Mørck, abrió Google Maps e imprimió la zona boscosa en la que se había escondido del clan el día que se escapó. Luego fue en busca de la hoja y marcó con una cruz el lugar donde creía que había estado el cadáver de Stark. De momento iba bien.

La bibliotecaria volvió a mirar el reloj, y luego hacia el lugar donde estaba él; no de forma muy directa, pero sí lo bastante.

¿Por qué mira tanto el reloj? Seguía faltando mucho para la hora de cerrar, ¿y por qué seguía el hombre aquel junto a la entrada de la sala? Por lo que veía Marcus, no tenía nada que hacer allí.

El rostro de la bibliotecaria se contrajo cuando oyeron que un coche atravesaba el portón y entraba en el aparcamiento, donde frenó en seco en el hueco más alejado. No fue más que un cambio insignificante en su expresión facial, pero bastó para que pareciera tanto serena como aliviada.

Entonces Marcus supo por instinto que debía levantar la mano hacia el cierre de la ventana de al lado.

Por lo visto, el movimiento no les gustó a los del mostrador, porque reaccionaron con desasosiego, y Lisbeth movió la cabeza arriba y abajo, sin motivo aparente, mirando al hombre de la entrada, quien correspondió al gesto y, de forma demasiado casual, empezó a avanzar hacia la zona donde estaba Marcus, mientras fingía examinar las estanterías por las que pasaba.

Los cristales tintinearón un momento cuando se cerraron las puertas del coche y un par de figuras corrieron hacia la puerta principal. Una con la cazadora ondeando tras él, y la otra avanzando agachada como un animal.

Eran Mørck y su ayudante.

Marcus vigilaba todas las direcciones mientras, con la mayor tranquilidad y decisión posible, soltaba el gancho de la ventana. El tipo de la entrada estaba a solo unos metros, pero Marcus siguió sentado otro segundo. Quería estar seguro de no saltar antes de que los dos policías doblaran la esquina allá abajo; debía de ser ahora.

Entonces aspiró hondo, miró afligido a la bibliotecaria Lisbeth, abrió la ventana y saltó.

—¡No fastidies! ¿Qué acaba de saltar por la ventana? ¿Por qué no se lo habéis

impedido?

Carl corrió a la ventana y miró afuera. Coches aparcados, nada más.

Lisbeth señaló a un joven sentado en una silla, lamentándose.

—Bent iba a saltar tras él, pero se ha torcido el tobillo al subir al alféizar.

Carl miró cabreado al joven. Desde luego, la juventud de Dinamarca distaba mucho de estar en forma.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Assad.

—Estaba en un ordenador, navegando por Internet. Ha impreso una hoja, tal vez esté aún en la mesa.

Carl se dirigió a la mesa. Allí no había nada, tampoco en el suelo.

—Mira en esa papelera, Assad —ordenó, y se sentó frente a la pantalla. ¿Cuántos preciosos segundos de su vida habría perdido ante el logotipo de Google, pensando en la época en que Internet solo era un impulso eléctrico en una mente bien amueblada?

—Podemos ver si ha intentado borrar sus búsquedas —sugirió Lisbeth, mientras inclinaba sus pechos maduros sobre el hombro de Carl y se ponía a teclear con las bonitas uñas pintadas de la mano derecha.

Carl aspiró hondo, pero lentamente, su perfume en cuanto lo percibió. No era tan intenso como el de Mona, pero casi. Un aroma de los que envían señales a todas las glándulas para que se esmeren.

—Supongo que sabes hacerlo, pero solo tienes que pinchar en ese triángulo —dijo Lisbeth, y lo hizo, mientras se inclinaba más hacia delante.

En aquel momento, a Carl le importaba un carajo cualquier clase de trabajo policial.

¿Lo hará a propósito?, pensó, con todos los sentidos concentrados en la zona del hombro.

—Mira —dijo Lisbeth, aflojando la presión angelical, mientras Carl seguía el voluntarioso avance de aquel torso—. Ahora ya sabemos qué era lo que tanto le interesaba. Carl Mørck, ¿sabes por qué le interesaba esto?

Miró desganado la pantalla, y entonces despertó.

—Un chico raro —se oyó por atrás la voz de Assad.

Carl miró la lista de búsquedas hasta donde empezaban a ser inconexas. Parecía muy sistemático de abajo arriba, y todas las búsquedas tenían que ver con él.

—Ahora ya sabe, o sea, quién eres.

—Lo mismo digo.

—Creo que debes andar con cuidado con lo que ocurre a tu alrededor, Carl.

—No tengo miedo de un chico.

—No es solo un chico, Carl, ya lo ves aquí. Es alguien que quiere saberlo todo sobre ti. Tal vez sepa más de lo conveniente.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que a veces el conductor del camello es conducido por el camello.

Carl asintió en silencio. ¿Para qué coño quería aquel chaval la información?

—Mira la última búsqueda —dijo Lisbeth—. Ha estado en Google Maps. A lo mejor es lo que ha impreso.

Carl pinchó la palabra de la búsqueda y se encontró en otra página con otro campo de búsqueda.

—¿Puedo ver qué zona ha buscado?

Entonces ella volvió a inclinarse sobre él.

—Solo tienes que hacer lo mismo. Apretar el triángulo de la lista de búsquedas, ahí, Carl.

Bastaba con que lo hubiera dicho. No porque Carl tuviera nada en contra de sentir una vez más aquella suavidad celestial en su hombro, por él podía seguir inclinada un rato más.

Miró las búsquedas.

«Kregme», ponía.

—Un nombre raro, como lo de los brazos gitanos —observó Assad.

La risa de Lisbeth llegó tan de sorpresa como una suave caricia. Carl le miró los labios. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

—¿Vives en Kregme, Carl? Qué lejos.

—No, en Allerød. No sé por qué busca ese pueblo. ¿Tal vez viva él allí, tal vez se dirija allí ahora?

—¿Vives en Allerød? Qué coincidencia.

—Vaya, ¿también tú vives allí? —quiso saber Carl, y pensó con extraña inquietud que tal vez pronto tendría que hacer el mismo camino a casa que él.

Lisbeth sonrió.

—No, en Værløse. A tiro de piedra de Allerød.

—¿Cuándo sales del trabajo? —preguntó, y estuvo a punto de morderse la lengua. ¿En qué diablos se estaba metiendo? ¿Por qué había hecho aquella pregunta tan boba? ¿Qué iba a preguntarle luego? ¿A ver cómo solía volver a casa?

—¿Cómo sueles volver a casa? —se oyó preguntar por puro reflejo.

—Bueno, podrías llevarme en coche.

Y soltó una carcajada. Seguro que no lo decía en serio.

Carl aspiró profundamente. Aparte de la infinitud del universo, el humor de las mujeres debía de ser lo más difícil de comprender en este mundo.

Miró a Assad. La sonrisa pareció un tanto irónica. ¿Qué se estaba pensando?

—Tal vez sea una buena idea que cenemos juntos —continuó Lisbeth—. Tengo hambre, y mientras tanto puedes contarme todo lo que sepas sobre el chico. No puedo evitar la curiosidad. ¿Qué te parece?

**L**os esperó al otro lado de la calle, escondido detrás de una caja verde distribuidora



de banda ancha y de los coches aparcados ante el viejo edificio de la Cruz Roja.

Desde allí veía el coche de los policías dentro del aparcamiento por el portón de entrada. Pronto irían a recogerlo y se marcharían. Solo quería verlos, a ver qué se les ocurría.

Por eso, se sorprendió cuando los policías salieron con la bibliotecaria por la entrada principal del edificio, y más aún cuando Carl Mørck y su ayudante se separaron antes de que aquel atravesara el portón de entrada acompañado da la bibliotecaria y siguiera hacia Lille Triangel.

Cuando llegaron al café Dag H, donde Marcus había ayudado tantas veces a barrer la acera entre mesas y sillas, entraron y se sentaron a una mesa que no se veía desde la calle.

Lo que meditaba ahora era si debía tratar de dar su siguiente paso de inmediato. Si había demasiados o demasiado pocos clientes, existía cierto riesgo de que lo descubrieran, pero tal como estaba en aquel momento, parecía justo lo apropiado.

Esperó veinte minutos antes de entrar, pasar junto al bar y saludar con un gesto a los camareros.

Por suerte, no conocía a ninguno.

Estaban sentados al fondo del local, a la izquierda, ante una tarima con dos butacas. Tenían los codos encima de la mesa, y las cabezas tan juntas que cualquiera diría que se conocían muy, muy bien.

Carl Mørck parecía cambiado respecto a las otras veces en que Marcus lo había visto. Su cara de pocos amigos se había suavizado y, sorprendentemente, había adoptado esa actitud algo tonta e infantil que adoptan los hombres daneses cuando están ligando. Y lo extraño era que, también en aquel caso, a las mujeres les parecía bien. Así que había algo entre ellos.

Mejor, imposible.

Marcus paseó la mirada por el café. Los momentos como aquel, con el murmullo de voces resonando por todas partes, eran los mejores para los ladrones. Dedos enlazados, conversación íntima, unas risas entre amigos. Un paisaje así, de despreocupación, era el mejor lugar de trabajo para quienes eran como Marcus. Bolsos en el suelo, cazadoras y abrigos en el respaldo de las sillas, teléfonos móviles junto al borde de las mesas.

Marcus se enderezó y se deslizó como una sombra por el corredor entre el bar y la vitrina de cristal con pasteles. Si pudiera sentarse en la butaca de la tarima detrás de Carl Mørck sin que lo viera la bibliotecaria, podría sacar la cartera de la cazadora del policía, que colgaba tras él en el respaldo de la silla.

Tardó un par de minutos en desplazarse hasta un lugar tras las columnas que separaban aquella zona del resto de clientes. Avanzaba un par de metros cada vez, pero esa era la técnica, y, claro, había que llegar allí antes de que alguien ocupara la silla elegida.

Cuando estuvo espalda contra espalda con Carl Mørck, percibió el indudable tono

de intimidad que había entre ellos. La bibliotecaria era la que hablaba, y Mørck escuchaba, inmóvil, embelesado y ajeno al resto del mundo.

Dentro de poco ella iba a poner su mano en la mesa junto a la de él, y, si luego él ponía la suya sobre la de ella, entonces ya podían tocar trompas y tambores mientras él buceaba en el bolsillo interior de la cazadora de Carl. No iban a enterarse.

Dos minutos más tarde estaba junto a la bajada al baño con la cartera abierta entre las manos. Tenía intención de devolvérsela después de hacer lo que debía hacer, pero apareció un camarero y le preguntó qué iba a tomar, y no se atrevió a quedarse sentado tanto tiempo. Porque Mørck y la bibliotecaria estaban pidiendo el postre.

Miró la cartera de Mørck. Era uno de esos billeteros planos que usaban los hombres que no se enteraban de lo que ocurría en las pasarelas de Milán y Nueva York. Tenía las costuras descosidas. Arqueada como una impresión perfecta del cuerpo contra el que se había apretado durante años. Brillante por el desgaste y del todo inapropiada para las formas de pago actuales. ¿Cuándo fue la última vez que vio un billetero sin secciones para tarjetas de identidad y de crédito, y en el que tarjetas, monedas y billetes convivían en el mismo espacio cerrado con cremallera?

Marcus dobló varias veces su nota para meterla entre viejas facturas y tarjetas de visita desaliñadas de gente desconocida de Mørck. De las suyas no parecía tener ninguna.

Ahora se trata de esperar, pensó, cuando notó una presión en el hombro. Levantó poco a poco la cabeza hacia su antiguo patrón, que había subido de su despacho del sótano.

—¿Qué haces aquí, Marcus? ¿No te dije por teléfono que no aparecieras por aquí? Atraes a tipos que no quiero ver en mi local, y debes respetarlo. Creía que estábamos de acuerdo en eso.

Munthe era un tío majo, pero tenía sus opiniones, y estaba dispuesto a defenderlas con firmeza. Un inconveniente, sin duda.

—Solo iba al baño, Munthe. Creía que eso sí lo podía hacer.

Puso toda su inocencia en la mirada.

Y se marchó. Pero observó que Munthe ya se había quitado el delantal.

En efecto. Al cabo de solo diez minutos, iría como siempre después del trabajo a la tienda de al lado, a recoger a su esposa, y Marcus volvería a las escaleras del baño.

Desde allí veía a los dos en la mesa, y que un camarero había depositado la cuenta frente a Mørck, quien, febril, rebuscaba en los bolsillos de la cazadora.

Gesticulaba como un artista de cine mudo. Sin comprender, enfadado, nervioso y avergonzado. Toda la paleta en unos pocos segundos. Luego la bibliotecaria puso una mano sobre la suya para tranquilizarlo. Pagar no era ningún problema, aunque era una lástima por él.

Pasaron junto a él hablando animados, mientras los dedos de Marcus hacían lo que mejor sabían hacer.

Eran las doce en punto cuando la secretaria de Eriksen se presentó ante él con una copia de una notificación escaneada de que el envío por UPS estaba en camino.

Examinó el recibo. Se trataba de sobre blindado de 320x455 mm, 600 gramos, parecía razonable.

Se recostó en el respaldo e imaginó los seiscientos gramos de enorme riqueza bien seguros en sus manos. Cuando los tuviera, el futuro iba a ser de una luminosidad casi cegadora. Si administraba bien la venta de aquellos valores, juntando ese dinero y las acciones del Karrebæk Bank no solo iba a tener un porvenir satisfactorio, sino que además podría elevarse de forma inequívoca desde el agotador nivel social al que había pertenecido antes hasta las alturas indecibles en las que el lujo y las mujeres parecían ser inevitables ocupaciones diarias. Adiós, mujer e hijos que de todas formas lo daban por perdido. Adiós, miserable cochecito y miserable casita. Adiós, crueles inviernos, adiós, aburridos colegas. Adiós a los supermercados y a todas las veces que había hecho cola con gente que vivía al lado, pero en la que no quería pensar.

El verano eterno lo esperaba tras las puertas del futuro, y estaba más que dispuesto a abrirlas de par en par.

Miró alrededor y rio hacia las estanterías llenas de casos anodinos y asuntos triviales de años. Iba a ser una auténtica gozada mandarlo todo a tomar por culo. Ponerse de espaldas y rociar la solemnidad que todo lo cubre con un burlón escape de sulfhídrico.

Rio con la risa que solía dar dentera a su esposa. Joder, qué a gusto iba a soltar aquella risa cuando le diera una palmadita en la cabeza y le dijera adiós.

Estuvo un rato con una máscara congelada de placer que casi le hacía daño. Luego entró su secretaria y le puso delante una carpeta con expedientes.

—La carpeta que has dejado en mi mesa corresponde al presupuesto del proyecto de drenaje de Burkina Fasso, pero no al de este año, aunque es lo que pone en la carpeta. Me pregunto si habrá alguna con el contenido correcto.

René sacudió la cabeza, irritado. Muy raras veces mezclaba las cosas.

—La próxima vez seré más cuidadoso —observó, seco.

Entonces la realidad se impuso de pronto a René E. Eriksen.

«Si habrá alguna con el contenido correcto», resonaba una y otra vez, mientras Eriksen observaba el recibo del envío de UPS.

¿Cómo coño podía saber que también el contenido del sobre iba a ser el que esperaba?

Al otro lado de la línea, Snap no sonaba muy comunicativo. Llevaba levantado

desde las seis de la mañana, hora de Curaçao, y no era nada divertido que no lo dejaran cuidar en paz su *jetlag* de dos días.

—Ya has recibido el recibo que pediste, no puedo hacer más —se quejó—. Cuando llegue el sobre sabrás qué hay dentro, ¿vale?

—Y si no están mis acciones, ¿qué?

—Están, René. Y ahora déjame disfrutar de los pocos días que me quedan en la tierra de la abundancia.

René se lo imaginó. Un obeso oficinista vividor que creía haber nacido con derecho a ser el primero de la cola cuando se repartieran las cosas buenas.

Pero en eso se equivocaba, porque no iba a ser a costa de René, por sus huevos.

—¡Teis! Llama a Brage-Schmidt y dile que si me engañáis, os denuncio por la estafa. He encontrado una vía de escape para que no podáis arrastrarme en vuestra caída, eso está garantizado.

—Déjate de chorradas, René. Estamos los tres implicados en esto, y hay montones de indicios que apuntan hacia ti, por muchas historias que inventes. Nuestras relaciones han sido demasiado estrechas durante muchos años.

René habría querido reír, pero no pudo hacerlo por la rabia contenida.

—Vale, pero ¿sabes una cosa, Teis? Estás muy equivocado. Las autoridades solo verán que varias veces me has dado buenos consejos para invertir, y que por eso compré acciones del Karrebæk Bank para apoyar al banco. Y como me debías favores de tiempos de la escuela, me decías cuándo me convenía invertir. Es algo legal, y es lo que van a encontrar. Si piensas en las acciones de Curaçao, recuerda que son no cotizadas, así que no puedes amenazarme con ellas. Entonces, ¿qué queda? ¿Transferencias bancarias? ¿Correspondencia? No, ¿verdad? Conversaciones telefónicas, sí, por supuesto. He tratado como amigo de pararte los pies con la estafa, en la que llevo tiempo sospechando que estás metido con William Stark, pero no he estado seguro hasta ahora. Porque ahora tengo la prueba del engaño de William Stark. Sí, lo tengo negro sobre blanco. Y es lo que va a oír la Policía si llegamos a esa situación.

—Estás de farol, René, no te va. Recuerda que soy yo quien vive como el zorro suelto por el bosque, y que eres tú quien vive en la ratonera, como buen pequeño mamífero gris que eres. Deja de decir tonterías y relájate, René. Estamos en el mismo bando, la tormenta habrá pasado dentro de un par de días.

Sí, cuando haya muerto el chico, pensó.

—Solo te preguntaré una vez, Teis —dijo después—. ¿Cuándo he ido yo de farol? ¿No te he dejado siempre esa parte a ti?

—¡Cállate!

No era la primera vez que Teis Snap se enfadaba con él, lo que pasa es que llevaba tiempo sin hacerlo. Se imaginó su rostro cobrizo hinchándose.

—¡Anda con cuidado, René! Si nos amenazas, tendrás que estar alerta dondequiera que vayas.

Luego colgó con fuerza.

Teis Snap miró un rato su móvil cerrado, y luego salió del dormitorio, dejando sola a su esposa al cuidado de las maletas. El tono podía volverse más duro dentro de poco.

—¿Qué me cuentas? —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Ya he enviado el paquete, y acabo de hablar con Eriksen. Se ha oído la jugada.

—Vaya. ¿Y...? Cuando resulte peligroso, nos desembarazamos de él, y a otra cosa, mariposa.

—Por eso te llamo. No podemos esperar a quitarlo del medio hasta que el chico muera.

—¿Por qué no?

—Porque está tomando precauciones, y, como lo conozco bien, sé que es demasiado formal para mentir. La gente aburrida no sabe disimular, y creo que él tampoco.

—¿Qué precauciones?

—Ha manipulado material para que la culpa recaiga en William Stark y en nosotros. René debe desaparecer antes de que se le ocurra usarlo, que puede muy bien ser cuando vea lo que contiene el paquete. No creo que un fajo de hojas de periódico en lengua papiamento le parezca un sustituto aceptable de lo que esperaba.

—No habrás mandado el paquete urgente, ¿verdad?

—No, por supuesto; pero de todas formas llegará pronto. Oye: ¿no podéis agarrar al chico ese? Joder, solo tiene quince años, y todos los mafiosos de la ciudad lo andan buscando. No puede ser tan difícil.

—Veremos.

Pero Teis no tenía tanta paciencia, porque conocía demasiado bien a René E. Eriksen. Un empollón que hacía los trabajos de la universidad sin quejarse. Que sacaba las mejores notas, porque era más listo que los demás y sabía cómo tratar a los profesores. No, Teis no confiaba en esperar.

—Ya sé que el orden es que el chico muera antes para hacer verosímil que Eriksen lo matase y luego se suicidase por ello. Pero debe de haber otra manera de hacerlo. ¿No podríamos secuestrar a Eriksen y esperar a matarlo hasta que el chico haya muerto? Me refiero a que, si Eriksen debe figurar como el asesino del chico, alguien va a extrañarse de que desapareciera antes de cometer el crimen. De ese modo, los momentos de sus muertes encajan uno en otro, ¿verdad? No hay que dar demasiadas ideas a los peritos de la Policía, ¿no?

Al otro lado hubo un rato de silencio.

—Sí, tal vez —se oyó la voz vacilante—. Pero entonces lo haremos antes de que le llegue el paquete.

—Por mí, ahora mismo. René Eriksen está en casa por las noches, si lo conozco bien. No se atreve a salir por la mujer.

Se oyó una carcajada al otro lado de la línea. Una carcajada impropia y malvada, que, cosa extraña, dejó a Teis inquieto. La sensación de estar levantando el hacha sobre la cabeza de su antiguo compañero de clase acompañaba demasiado bien a la carcajada.

—Pero si Eriksen está casado, habrá que llevarse a ella también, ¿no? —se oyó.

Teis sacudió la cabeza.

—¡Esa bruja! Por mí podéis mandarla a la luna, que es donde tiene que estar. Nunca la he tragado.

—Vale. Pues así se hará. Lo pongo en marcha y llamo a la gente que eliminó a Stark. Un pequeño robo a domicilio, ya lo han hecho antes. La única diferencia es que esta vez van a robar a los habitantes de la casa.

Se oyó el tono de marcar.

Teis plegó el móvil y miró hacia la puerta del dormitorio, desde donde llegaba el ruido de su esposa al cerrar las maletas.

Miró la hora. Parecía perfecto.

Todo bien cronometrado.

**E**riksen llegó bastante tarde a casa e hizo como si nada. Porque a su esposa no le gustaba que la besara a causa de su dentadura postiza, que le parecía desagradable, pese a saber que la gingivitis no pudo detenerse, así que de todas formas dio al rostro avinagrado un beso breve en la mejilla. Luego echó un sueñecito y se llevó la cena a la mesa baja junto al sofá, donde encendió el televisor y sintonizó el canal de noticias de TV2. Ningún bandazo en la rutina diaria, todo ocurría igual que el resto de los días. Y, aparte de la metedura de pata de Lars von Trier sobre el nazismo, había las mismas noticias anodinas sobre la misma mierda anodina. ¿Quién quería oír hablar de la visita de la reina Isabel de Inglaterra a Irlanda? Tal vez un irlandés, pero desde luego que no él ni su mujer, que, siguiendo la costumbre, trajinaba en el cuarto de la plancha y no veía más que problemas: la limpieza, las peleas de su hija con su marido, el botón de la blusa que no conseguía encontrar desde el último lavado, y el eterno planchar todo lo que pudiera mostrar la menor arruga.

Menos mal que todo esto pronto pertenecerá al pasado, pensó, y se hundió en los cojines.

En aquel momento una lluvia de cristales de la puerta del jardín atravesó la estancia, y la adrenalina hizo que René se levantara, echando al suelo la cena. Los que entraron por el cristal roto llevaban pasamontañas, y sin decir palabra se abalanzaron sobre él y le dieron un buen golpe en la sien. Cuando cayó tras el sofá y se quedó con las piernas temblando, oyó que uno le decía al otro que ahora le tocaba

a la mujer.

Volvieron a darle un fuerte golpe, pero, aunque en su interior sentía como una lluvia de fuegos artificiales, no perdió el sentido. Tenía los brazos flojos, las piernas no le obedecían, pero seguía consciente.

¿Qué ocurre?, pensó, y trató de mover el cuerpo mientras los hombres se distribuían por la casa.

De la primera planta se oía un alboroto tremendo, como si apartasen los muebles y arrancasen cortinas y colchas, pero el cuarto de la plancha, en el que René sabía que estaba su esposa, estaba en silencio total.

—*Is she downstairs, Pico?* —preguntó alguien desde arriba.

René estaba aterrorizado. ¿Quién no había oído hablar de los numerosos robos en casas, el azote de los nuevos tiempos? ¿No se había convertido acaso la definitiva seguridad cotidiana en una película extrema de serie B? Las historias sobre el final violento de gente normal y corriente en su propia casa ya no eran ninguna ficción, y René tenía miedo. Si había un tratante de negocios bocazas con una abultada cartera en el bolsillo, y de esos siempre había alguno, seguro que había también elementos sospechosos que podían pensar en aligerarlo de su carga. Pero él no era ningún tratante de ganado.

¿Qué quieren robarme?, pensó. Si no tengo nada. El televisor es viejo, las joyas de mi mujer, pura baratija, las acciones del Karrebæk Bank están depositadas en una caja en el banco Nordea...

La sucesión de ideas se detuvo allí.

«Si nos amenazas, tendrás que estar siempre alerta», eso fue lo que le dijo Teis Snap.

René sintió que un sudor frío le bajaba por la espalda.

No habían entrado para robar. Habían entrado para matarlos.

Giró la cabeza con dificultad hacia el cuarto de la plancha, mientras el que había gritado bajaba corriendo las escaleras.

—*What the hell!* —gritó el hombre al segundo siguiente desde el cuarto de la plancha.

¿Qué está pasando?, giraba en la cabeza de René, mientras se sucedían los gritos y ruidos sordos. Por un momento se hizo el silencio, y luego se oyó de nuevo tumulto.

Cuando estaba pensando que, a pesar de todo, tampoco era el destino que pudo desear a su esposa, el cuarto de la plancha se cerró de un portazo.

René sintió otra vez el suelo bajo los pies y la presión de los cojines en la espalda. Estiró el cuello y lo palpó para ver si sangraba de la nuca. Y como solo vio una delgada capa de sangre en las yemas de los dedos, se apoyó en las manos y se impulsó hacia arriba mientras la habitación le daba vueltas.

Solo deseaba estar en otra parte.

—¿Adónde vas? —oyó la voz penetrante por detrás cuando, tambaleándose, se

dirigía hacia la puerta del jardín pisando cristales.

Se volvió hacia un par de ojos relampagueantes temblando de indignación en un rostro blanco como la cal.

—¿Por qué no has venido en mi ayuda? —dijo entre dientes su esposa, con manchas de sangre en el delantal de la limpieza.

Empuñaba su querida plancha, de cuya punta goteaba sangre.

—Pero tranquilo, cobarde; no van a volver —vibró la voz, mientras ella observaba el caos creado por la ruptura de la puerta acristalada—. Al primero le he dado en la mandíbula antes de que me viera, y al otro tampoco le ha quedado muy buena cara. ¿Y tú qué has hecho mientras yo los hacía huir?

Avanzó un paso hacia él.

René sacudió la cabeza por instinto. Era lo único que podía hacer.

—Nada, ¿verdad? Pero ¿quiénes eran, René? —preguntó, fría como el hielo—. Sé que lo sabes, porque conocían mi nombre.

—Te aseguro que no tengo ni idea. Estoy tan conmocionado como tú. Han aparecido de pronto.

—De todas formas, creo que los conoces. Si el otro no hubiera tenido la piel tan dura y no se hubiese llevado al compinche, aunque la cara le ardía aún por la plancha, le habría sonsacado de qué va todo esto.

Caminó sobre los cristales rotos y asió el teléfono.

—Puedo describirlos, porque les he quitado los pasamontañas.

Soltó una carcajada.

—Unos gitanillos feos; hay que meterlos en la cárcel.

Pero René no quería. No deseaba que la bocazas de su mujer airease sus sospechas infundadas en presencia de la Policía, así que se lo prohibió y punto. No quería tener encima el desagradable ojo de las autoridades tan solo veinticuatro horas antes de su exilio voluntario y permanente. Si había que llamar a alguien, era al cristalero, después de dar unas potentes pastillas para dormir a su mujer, que se quejaba ahora de que René hubiera colgado el teléfono. Y que en aquel momento se burlaba de él por su flojera, su cobardía, su dentadura postiza torcida y su mal aliento.

Cuando ella terminó de escupirle una buena dosis de su grueso vocabulario, René subió la escalera hacia la habitación de la chica.

No era para dormir, pues no iba a poder, pese a ser su segunda noche en blanco, sino para telefonar a Snap y confrontarlo con lo que había pasado.

Miró el reloj. Por lo que calculaba, debían de ser las tres de la tarde en Willemstad. Así que quedaba una hora aún para que cerrasen los bancos de Curaçao.

Apretó el registro de antiguas llamadas y encontró rápido el número del hotel.

—Lo siento. El señor y la señora Snap se han marchado hace un par de horas —le comunicaron de recepción—. Debían tomar el avión de vuelta a Dinamarca.

—¿El avión?

—Sí, el vuelo de KLM a Ámsterdam sale a las 15.30.



Se despidió con cortesía, se frotó la cara, y luego llamó al banco de Santa Rosaweg en Willemstad para preguntar por sus acciones.

—Buenas tardes, señor Eriksen. Sí, todo ha ido como debía. El señor Snap nos ha entregado sus poderes, y a continuación se le ha entregado el contenido de la caja de usted.

Así que todo iba como debía, decía el director del banco.

Pues en la mente de René, no.

Boy llevaba más de sesenta horas escondido en un tronco vaciado cuando los niños de Mammy lo encontraron.

Le dieron a elegir, era muy simple. O le cortaban los brazos y lo abrían en canal, o los acompañaba y se convertía en uno más de los niños de Mammy.

¿A elegir? Los cadáveres de toda su familia estaban esparcidos por la espesura, hinchados. Todo lo que conocía estaba quemado.

Boy solo necesitó cuatro semanas para ser un niño soldado más. Tosco, despiadado, y sin temor a nada, salvo a que los suyos lo machetearan por la espalda.

¡Los suyos! Chicos como los que habían asesinado a su encantadora familia, los que habían degollado a su perro y a él lo habían despojado de toda humanidad.

Y mientras hutus y tutsis, Mobutu, Kabila y sanguijuelas de todo el mundo trataban de borrar las fronteras y eliminar al otro, Boy aprendió a dormir abrazado al Kaláshnikov, y a soñar con toda la sangre que sin dudarlo había hecho derramar a sus llamados enemigos.

De no haber sido por Mammy y su proyecto personal, sin duda habría llegado el día en que el cuchillo se habría vuelto contra él.

Mammy escogía con cuidado su élite. Los que la rodeaban y la protegían del mundo exterior. No había nadie como Mammy para organizar las cosas para su propio beneficio. Y si ella obtenía beneficio, también lo obtenían sus guardaespaldas. Así era como los conservaba.

Cuando algo parecido a la paz llegó por fin al Congo en 1999, Mammy tenía más de treinta asesinos natos alrededor, y, con aquella materia prima, la paz no era algo que desease. ¿En qué diablos iba a emplear a aquellos chicos brutales si ya no había que matar?

Pero Mammy no era fácil de derrotar. Como consecuencia de los conflictos de África había siempre gente interesante que no creía haber conseguido lo que deseaba de la situación de paz. Gente que había tenido antes unos ingresos importantes que con la paz habían desaparecido. Era mediante tales relaciones como pensaba en su futuro y en el de sus chicos.

Así que era con ella con quien hablaban cuando había que matar a alguien; y así fue como Boy conoció a Brage-Schmidt.

Nadie había contado a Boy por qué Brage-Schmidt deseaba quitar del medio a aquellos cinco comerciantes franceses, pero Boy tampoco necesitaba saber nada. Y, sin hacer preguntas, encontró a los franceses en la frontera con Namibia, donde les cortó la cabeza a uno tras otro mientras dormían.

Brage-Schmidt quedó satisfecho, y entregó a Mammy una propina de cien mil dólares. Después le preguntó si, a cambio de otros cien mil, se encargaría de que Boy se convirtiera en su arreglaproblemas permanente. Mammy titubeó, porque Boy era

su favorito. Pero cuando Brage-Schmidt le prometió que lo trataría como a su propio hijo y que se ocuparía de que le pusieran dientes nuevos en lugar de los que le habían roto en la guerra, además de darle una educación y encargarse de que aprendiera idiomas y lo que hiciera falta, al final lo dejó marchar, tras otra ronda de negociaciones.

Boy les estaba eternamente agradecido a los dos, y desde entonces no había vuelto a matar.

Al menos, no en persona.

**B**oy telefoneó a Zola y lo puso como un trapo por el fallido secuestro de los Eriksen. Después reflexionó sobre la situación.

Mammy y dos de sus mejores chicos estaban de camino. Si el avión aterrizaba sin retrasos, dentro de un par de minutos iba a recibir su llamada. Mammy llegaba siempre a sus citas.

Apenas había alcanzado a mirar el reloj cuando sonó el móvil.

—Cuéntame, cielo —dijo Mammy con voz grave.

—¿Hasta cuándo vais a quedaros en la ciudad? ¿Lo habéis decidido? —preguntó Boy.

—Hasta pasado mañana. Tenemos que estar en Bruselas como muy tarde el sábado a primera hora para hacer otro trabajo.

—Vale. Ya sé que sois hábiles, así que todo irá bien. Pero debo advertirte que nos enfrentamos a un chico astuto. Os costará encontrarlo.

—Tengo su descripción y una foto. ¿Qué le hace ser tan especial?

—Si no supiera que no es así, me parecería que ha crecido en la jungla. Yo me escondí en un tronco hueco como solución de urgencia, pero este se te adelanta siempre, si no haría tiempo que su familia lo habría atrapado. Es una rata de cloaca, Mammy. Un pájaro en el tejado. Un pájaro libre.

Mammy rio.

—Pero a ti te encontramos, Boy. Dices que tanto su clan como un montón de europeos del Este andan tras él.

—Sí, y lo han visto un par de ocasiones.

—Bien. Dentro de media hora estaremos en el hotel Square. Ve allí dentro de una hora, y enséñanos lo que tienes.

**L**a habitación era pequeña, pero tenía buenas vistas. Mammy estaba sentada en un sofá de cuadros grandes, y lo llenaba bien. Estaba más rolliza que nunca, solía decir de sí misma con cierto orgullo.

Boy saludó con la cabeza a los dos chicos negros como el carbón vestidos con chándales de baloncesto que estaban tumbados en la cama, apoyados en cojines, viendo las noticias en la NBC. Debían de andar por la veintena, pero sus rostros parecían a ratos los de unos ancianos, arrugados, con una mirada escéptica hacia todo lo que perseguía la gente normal. Boy conocía la situación. Para ellos la felicidad consistía en un buen sueño profundo y en follar como conejos. Y, por supuesto, también en la propia caza.

—Hemos dado una vuelta por la calle antes —informó Mammy—. Y tenías razón en lo que decías de los daneses. La gente no nos ve. En cuanto nos separamos un poco, ni nos dirigen la mirada. Eso es bueno, Boy.

Le dio una palmada en el muslo. *Long time no see.*

—Tienes buen aspecto, Boy. Pronto cumplirás treinta. ¿Cuántos de tus viejos camaradas llegan a tanto?

Echó la cabeza atrás y miró de reojo a sus sabuesos tumbados en la cama.

—Eh, vosotros dos, mirad a este. Podréis ser como él si hacéis que Mammy esté contenta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Mammy —dijeron a coro. Y luego volvieron a desaparecer en el limbo.

Boy sonrió y dio a Mammy los mapas de las zonas de la ciudad donde habían visto a Marcus, donde se suponía que había vivido antes, y donde se pensaba que podía merodear desde entonces.

Mammy movió la cabeza arriba y abajo. Sus ojos, viejos y avispados, se deslizaron por las principales arterias de tráfico, la concentración de calles estrechas, las estaciones del suburbano y las zonas verdes. Era sorprendente con qué velocidad absorbía la topografía y recovecos de un territorio desconocido.

Y cuando terminaron, le aseguró que podía considerar al chico muerto, y que siempre había sido un placer trabajar para él y para Brage-Schmidt.

Boy asintió en silencio. El mejor cumplido, el poco frecuente.

—Atrapad al chico y todos estaremos contentos —comunicó a los tipos de la cama—. Es como una serpiente, pero sé que sabréis lancearla.

Los dos jóvenes se incorporaron apoyados en los codos. Como todos los soldados, se tomaban en serio sus instrucciones. A veces era la mejor protección contra emboscadas y una muerte rápida. En Copenhague se enfrentaban al arresto y a patrones de conducta desconocidos.

Por eso se concentraban.

—Estad en contacto con la gente de Zola y sus colaboradores.

Boy les pasó dos folios con fotos de la gente de Zola, y sus ojos de serpiente lo absorbieron todo. No había duda de que aquellos chicos estaban escogidos con cuidado.

—Cuando Zola o alguno de los otros hayan acorralado al chico, estad preparados para tomar el relevo. No es seguro que os vayan a informar, así que andad despiertos.

Los dos hicieron un gesto afirmativo.

Si la malla de la red era demasiado grande, no podían atraparse pájaros.

La inusual sensación de la luz del sol hizo que Carl despertara al olor de un perfume dulzón y a sexo.

Abrió sus fosas nasales y aspiró el recuerdo de la lujuria y la desinhibición. Santo cielo, pensó con los ojos bien cerrados, mientras metía la mano bajo el edredón y notaba lo desnudo que se sentía con un miembro medio erecto y el trasero bien apretado contra la suave piel de mujer.

Vacilante, abrió los ojos al mundo exterior y vio un techo con estucado en dos colores y una lámpara que iluminaba vagamente tras un pañuelo de seda.

Ooh, pensó, y supo de inmediato que se había arrojado a una situación sin pensárselo bien.

—¿Estás despierto, Carl? —musitó Lisbeth debajo del edredón.

¿Se atrevía a decir que sí?

Entonces Lisbeth se volvió y hundió su rostro aterciopelado en la axila de Carl, mientras sus ligeros dedos correteaban por el ombligo y el pelo del pecho.

—Esta no es la última vez, ¿verdad, Carl? —susurró, pasándole el muslo por el vientre.

Joder, pensó Carl, tratando de no suspirar.

La verdad era que estaba muy confuso. Había sido fantástico hacer el amor con Lisbeth. Sin ningún tipo de inhibición, pese a la falta de entrenamiento, como dijo ella misma. Pues si llega a estar entrenada, habría caído rendido.

—Me ha gustado lo nuestro de esta noche. ¿Y a ti? —le preguntó, restregando su nariz contra la de él. Era agradable. No era el tipo de ternura a la que estaba acostumbrado.

—A mí me has parecido maravillosa, Lisbeth, y me lo sigues pareciendo —dijo Carl, y lo decía en serio.

Evitó la mirada profunda de ella y cerró de nuevo los ojos, lleno de remordimientos. ¿En qué diablos se estaba metiendo?

—¿Sabes qué hora es? —preguntó, como si fuera a dormir con gusto otro par de horas.

—Las ocho, pero tú no entras a trabajar tan temprano, ¿verdad?

Rio, mientras su mano se deslizaba hacia abajo. Su respiración empezaba ya a ser jadeante.

—¿Has dicho LAS OCHO?! —gritó Carl, soltándose del abrazo—. Tenemos una reunión en Jefatura dentro de veinte minutos. Joder, tenía que ser hoy. Lo siento, de verdad, Lisbeth, pero tengo que irme.

Evitó mirarla mientras se ponía los pantalones y metía los pies descalzos en los zapatos.

—Lo siento, lo siento —repitió, y le dio un beso breve y desapareció, por lo que

ella no pudo hacerle la obligada pregunta de cuándo iban a verse otra vez.

¿Quién podía responder a aquello?

Mierda de situación, pensó, tratando de recordar dónde había aparcado el coche la víspera. Por lo que le parecía, estuvieron toqueteándose delante de un cerezo floreciente que estaba bastante cerca de una escena del crimen junto a las casas de Syvstjerne, donde muchos años atrás había investigado un asesinato. Allí se morrearón con la pasión de unos adolescentes, mientras sus manos investigaban el cuerpo del otro. Una auténtica gozada, pero ostras, ¿delante de qué cerezo, y dónde?

—Aparca a un par de calles de mi casa —fue lo que dijo ella—. Los vecinos conocen demasiado bien a mi ex.

Y mientras se sentía como un imbécil peinando las casas de alrededor, el recuerdo de Mona no lo abandonaba, le pesaba una tonelada. ¿Por qué se sentía así por ella, cuando lo había despedido con cajas destempladas? ¿Y por qué se sentía tan sucio y culpable? Porque Lisbeth no era solo un polvo ocasional. Era guapa, lista y cariñosa.

¿Sería tal vez por eso?

Cruzó otro par de calles asfaltadas y se dio cuenta de que en aquella zona había cerezos florecientes para parar un tren. ¿Qué diría Mona si lo viera, buscando su coche como un chaval confuso? ¿Qué sentiría ella si le oliera el cuerpo?

¿Y qué sentiría él si ella hubiera hecho lo mismo?

Cerró los ojos con fuerza al pensarlo. Porque aquel era el quid de la cuestión.

Porque ¿quién podía decir que ella no lo hubiera hecho?

Carl levantó la vista y miró alrededor; se dio cuenta de que había vuelto más o menos al punto de partida. Al menos, veía las cortinas verdes del dormitorio, tras las que pocas horas antes había mandado a tomar por saco lo que pudiera pensar Mona sobre él y sus enredos con otra mujer.

Y allí estaba el coche. A menos de cincuenta metros de la casa de Lisbeth. ¿Cómo diablos habían tardado tanto tiempo en recorrer una distancia tan corta?

Buscó las llaves en el bolsillo de la chaqueta y notó un bulto que no debería estar allí.

Era la cartera.

Carl frunció las cejas. Trató de pensar si había sido tan despistado que no había buscado en todos los bolsillos cuando se dio cuenta de la desaparición de la cartera.

Pero sí que había buscado; entonces, ¿qué había ocurrido? Desde luego, era raro. ¿Le había tomado el pelo Lisbeth? ¿Quería que Carl pensara que le debía algo? ¿Creía, tal vez, que le vendría bien, y que podría conducir a juegos nocturnos? ¿Que así lo tendría bien amarrado?

Sacudió la cabeza. Si era así, aquella tía estaba loca.

Luego abrió la cartera, convencido de que podría encontrar un papel con mensajes como: «Perdona, cariño. Pero así puedes pagar tú la próxima vez». O simplemente: «Estoy loca por ti, llama. Este es mi número».

Sonrió cuando vio un papel desconocido doblado entre sus recibos. Eres un buen

policía, se autoalabó. A ti no te la meten tan fácil, ja, ja.

Pero el papel no era lo que esperaba. En absoluto.

Era una foto de satélite del pueblo de Kregme, y en medio había una cruz marcada.

«Aquí yace el cadáver de Stark», ponía en mayúsculas irregulares. «Fue Zola quien lo mató».

Y aparecía una dirección escrita. También de Kregme.

**P**asó una buena hora hasta que Carl fue en busca de Assad y los dos llegaron a la zona boscosa entre el lago y la carretera, por un lado, y setos y campos por otro.

—Qué mal huele aquí —masculló Assad mientras, con expresión dolorida, oteaba los campos por los que deambulaba la cisterna de purines. Carl no estaba de acuerdo. Él venía del campo, y sabía que el suave olor a mierda era el olor del dinero. Para ser un granjero con enormes ambiciones hacía falta un montón de mierda.

—Esto está bastante expuesto —comentó, oteando la carretera que se perdía a lo lejos por el valle.

Miró el mapa que había encontrado en el billetero.

—¿Cuánto crees que tendremos que entrar en el bosque?

Assad se rascó la barba crecida.

—A lo sumo, setenta y cinco metros. Tal vez cien.

¿Cómo podían ser cien, si eran setenta y cinco a lo sumo?

—Sí, tal vez. Lo que veo es que tendremos que salir por el espacio entre los árboles de ahí.

Carl señaló un claro de la linde y miró el mismo punto en la foto de satélite.

—Es lógico elegir ese lugar si tienes que arrastrar un cadáver desde la carretera. Aquí puede aparcar el coche con la puerta trasera abierta hacia la colina, y nadie puede ver qué estás haciendo, a menos que pase por lo alto de la colina a treinta por hora. Y créeme, nadie conduce así aquí, donde Cristo perdió el mechero.

—¿El mechero? ¿En aquellos tiempos?

—Sí, señor —sentenció Carl, y sacudió la cabeza. ¿El mechero? ¿Aquel pavo dónde se creía que estaba?

Atravesaron la maleza con cuidado, ambos en busca de ramas rotas y piedras pisadas. De estas había muchas, era sorprendente, así que no podía haber pasado mucho tiempo desde que alguien había andado por la espesura.

—Parece, o sea, que ha pasado muchísima gente —dijo Assad, apuntando hacia un montón de hojas pisadas en el suelo.

Carl hizo un gesto afirmativo, mientras miraba el cielo y las nubes oscuras avanzando a ciegas. ¿Iba a ponerse a llover ahora? Sería un estúpido contrapunto después de tantos días soleados.



—Creo que no hemos entrado lo bastante, Carl. Todavía se ven coches entre los árboles. Así que también pueden vernos desde la carretera.

Carl asintió en silencio y alzó la mirada hacia las copas de los árboles. Tal vez debieran pedir una patrulla con perros. Sin ellos, aquello no iba a resultar fácil.

Maldijo un poco y pensó que, por muy ridículas que fueran unas botas de goma, la próxima vez tendría que tragar sapos y culebras y calzárselas. En aquel momento, sus zapatos parecían haber sido presa de un tsunami.

—¡Eh! —gritó Assad de un lateral—. Me parece, o sea, que lo he encontrado. Pero por lo que veo no hay ningún cadáver.

Carl frunció el ceño y avanzó entre la maleza hasta el agujero. La tierra estaba más suelta y seca que en otros lugares, y varios arbustos tenían ramas rotas. Ante los zapatos desgastados de Assad había un montón de tierra sobre una capa de hojas secas. Así que alguien había cavado en el lugar desde el otoño pasado.

Carl sacó del bolsillo la copia impresa de Google Earth y trató en vano de ver si había algo cerca que pudiera reconocer en el mapa: un árbol que destacara o un claro en la espesura, cualquier cosa.

—¿Estamos seguros de que es aquí?

Assad hizo un gesto afirmativo.

—A menos que sea un zorro que andaba por aquí disfrazado con una peluca de pelo humano, eso de ahí es prueba suficiente.

Señaló dentro del agujero. Era verdad. Pelo. Pelo rojo.

—**A**hora estate callado y en un segundo plano, Assad. Si quieres decir algo, hazme una seña antes, ¿vale?

Subieron por el camino de entrada a la casa donde debía de vivir aquel Zola, por lo que decía el papel.

Assad hizo un gesto afirmativo.

—No voy a preguntar por nada del mundo sin pedir permiso, te doy mi palabra de horror.

—De honor, Assad. Palabra de honor; y tómalo con calma, sin aspavientos, por favor.

Carl tocó el timbre mientras su mirada trazaba una panorámica del barrio. Un barrio de casas unifamiliares corriente y moliente de una ciudad corriente y moliente allá en el norte de Selandia, más allá de los lugares donde vivía gente con tres coches en el garaje.

Y, hablando de coches, frente a la casa había aparcada una furgoneta amarilla sin otro distintivo que la matrícula, así que debía de haber alguien en la casa, pese a que todo parecía demasiado tranquilo.

—La prueba del ADN nos dirá si el pelo que has encontrado es el mismo del de la

casa de Stark —dijo Carl, dando una palmada al bolsillo donde llevaba la bolsa de plástico—. Sería un gran avance. Pero ¿quién diablos es ese chico que sabe tanto sobre todo esto?

—Desde luego, ha debido de estar aquí varias veces, ¿no crees? —masculló Assad con el hocico medio metido por la rendija del correo.

—¿Ves algo? —acababa de preguntar Carl cuando la puerta se abrió de golpe.

En el hueco apareció un tipo grande, que miraba a Carl y a un Assad arrodillado con ojos llenos de desconfianza y problemas.

—¿Qué quieren? —preguntó con comedido frialdad, como suelen hacerlo los recepcionistas de empresas multinacionales o los empleados de Hacienda justo antes de terminar la jornada.

Carl enseñó su documentación.

—Queremos hablar con Zola —explicó, esperando una sonrisa irónica de respuesta, con el mensaje claro de que el hombre no estaba en casa.

—Un momento, voy a ver —respondió, y dos minutos más tarde estaban en una sala que habría hecho brotar lágrimas de dolor de los ojos de cualquier arquitecto interiorista. Una sombría selección de colores hacía que las paredes parecieran ir a derrumbarse sobre uno en cualquier momento, con sus tapices de lana de pelo largo, retratos de tamaño natural y todo tipo de cachivaches. Pomposo y extraño a la vez, sin duda un fuerte contraste con los pequeños cuartos espartanos con literas que acababan de ver desde el pasillo.

Zola entró, seguido de un enorme perro lobo demacrado, con una sonrisa del todo ausente en sus retratos de la pared.

—¿A qué debo el honor? —preguntó en inglés, y los invitó a sentarse.

Carl hizo una breve exposición mientras inspeccionaba al hombre de enfrente. Tenía pelo largo. Estaba bien cuidado. Mirada intensa. Una túnica de colores, casi *hippy*, y pantalones anchos. La encarnación de un gurú de otros tiempos.

Cuando Carl dijo que probablemente había habido un cadáver enterrado en la zona, y que Zola era el hombre que parecía saber algo al respecto, no hubo ninguna reacción. Pero cuando Carl mencionó al chico, y lo cerca que lo había tenido, Zola arqueó las cejas y se inclinó hacia ellos.

—Eso explica muchas cosas —observó—. ¿Lo tienen detenido?

—No. ¿A qué te refieres con que eso explica muchas cosas?

—¿Por qué me hacen esas preguntas? Marcus es un pequeño psicópata malvado con quien nadie en el mundo debe desear cruzarse.

—¿Dices que se llama Marcus?

Zola giró un poco y pidió al mocetón que tenía al lado que se agachara para cuchichearle algo al oído. Luego el maromo desapareció.

—Sí, siempre ha vivido con nosotros, pero hace medio año que se escapó. Es un muchacho malo a rabiar.

—¿Cómo se apellida? ¿Y cuántos años tiene? ¿Puedes darnos sus datos

completos? Número de registro, y tal —se oyó decir a Assad con sequedad.

Carl miró a su ayudante, que tenía preparado el bloc de notas. Era evidente que no soportaba al hombre que tenían sentado delante, por su modo de apretar las mandíbulas. Pero ¿qué había visto que hubiera escapado a la mirada de Carl?

Zola sonrió levemente.

—No somos ciudadanos daneses, y no tenemos número de registro. Solo pasamos temporadas aquí, y las casas son propiedad de nuestra empresa.

—¿Casas? —preguntó Carl.

—Sí, esta y la de al lado. Marcus se apellida Jameson y tiene quince años. Un chico extraño, que, a pesar de todo lo que le hemos ayudado, está hecho un rebelde.

—¿Qué hacéis en Dinamarca? —insistió Assad.

—Bueno, comerciamos con muchas cosas. Compramos diseño danés y lo vendemos en el extranjero. Importamos alfombras y figurillas de África y Asia. Somos una vieja familia de comerciantes, y toda la gran familia ayuda.

—¿Cómo, la gran familia? —preguntó Assad con tono agresivo y las cejas arqueadas. Parecía que iba a morderlo.

—Algunos somos familiares, pero hay otros que se han juntado con el paso de los años.

—¿Y de dónde sois? —preguntó Carl.

Zola giró con calma la cabeza hacia él. Parecía que el hombre estaba ante un dilema y no sabía a quién prestar atención.

—Venimos de todas partes —explicó—. Yo soy de Little Rock, otros vienen del Medio Oeste, hay un par de italianos y franceses. Un poco de todo.

—Y ahora eres su dios —replicó Assad, señalando con la cabeza las enormes fotos del hombre colgadas de la pared.

Zola sonrió.

—De ninguna manera. Solo soy el jefe de nuestro clan.

Entonces entró un hombre en la estancia con el gigante que les había abierto la puerta. Al igual que Zola, tenía rasgos vagamente latinoamericanos, y la tez oscura. Un hombre atractivo de pelo negro azabache, ojos marrones y unos pómulos que en las situaciones adecuadas expresarían masculinidad y energía, pero no allí.

—Es mi hermano —continuó Zola—. Luego tenemos que hablar de negocios.

Carl lo saludó con la cabeza. Era algo encorvado y de complexión fuerte. Mirada amistosa, pero tímida. Si pudiera decirse de una mirada que era temblorosa, así era la suya.

—¿Jefe del clan? ¿Qué significa eso, cuando no sois familia? ¿Sois una especie de comunidad o hermandad? —quiso saber Assad. Había empezado a escribir en el bloc. Desde donde estaba Carl parecían garabatos.

—Sí, amigo mío. Algo parecido. Un poco de todo.

—¿Ese Marcus qué familiares tiene aquí? ¿Podemos hablar con alguno?

Zola sacudió la cabeza con lentitud y miró al hombre que tenía al lado.

—Lo siento. Su madre se marchó con otro, y su padre murió.

Ahora Zola sabía con certeza lo que había temido tanto tiempo. Marcus se había ido de la lengua.

Todo lo que habían tratado de evitar se había hecho realidad. Y, al contrario de lo que acostumbraba a mostrar ante los demás, se sintió presionado.

Lo cabreaba que los ojos como canicas de aquel árabe se pasearan por sus numerosos retratos colgados de la pared, rodeados de coronas de flores. Lo cabreaba el modo en que miraba los objetos de plata y los candelabros dorados. Y, aparte de que era un irritante mamarracho, había algo en él que inquietaba a Zola, algo que no existía en el danés.

A ver, ¿qué posibilidades tengo?, sopesó, mientras hacía gestos afirmativos a las estúpidas preguntas del paliducho y a su porte cansino.

¿Los liquidamos o será mejor desaparecer?, estaba pensando mientras el policía le preguntaba por los familiares de Marcus y pretendía hablar con ellos.

—Lo siento —respondió, mirando a su hermano—. Su madre se marchó con otro, y su padre murió.

Sí, hermano mayor, decían sus ojos mientras lo miraba. Ya has perdido al chico. Más te vale aceptarlo.

Luego volvió la vista hacia el danés. Han visto la tumba de Stark, y no son tontos. Han visto la posibilidad de que estén ante un asesino. Asintió para sí. ¡Pues claro que estáis ante un asesino! Y si dentro de poco me preguntáis por algo que pueda comprometerme, entonces pensaré si tenéis que desaparecer como Stark y los demás. Cuando llegue la ocasión no va a faltar tierra para vosotros.

—Tenemos un cartel de búsqueda del hombre que, sospechamos, ha estado enterrado en el bosque. Como veis, tenía abundante pelo rojo, el mismo que encontramos en el agujero. ¿Tienes algo que decir? —preguntó el danés.

—No tengo nada que decir. Es horrible. ¿Qué puede decirse?

—Mira la foto. ¿No te dice nada?

Zola sacudió la cabeza y trató de adivinar qué hacían las manos del árabe debajo de la mesa.

—¿Y esto? —dijo el árabe, mostrando una bolsa de plástico y arrojándola frente a él—. Esto aparece en la foto, pero tal vez sea más real tenerlo delante.

Zola sintió que la oscuridad se cernía sobre él. Tenía ante los ojos el collar que Hector le había dicho que llevaba Marcus. ¿De dónde lo habían sacado? ¿Sería mentira lo de que Marcus no estaba detenido? ¿Lo tendrían escondido en alguna parte?

Zola echó la cabeza hacia atrás y trató de pensar con calma. ¿Podría ser quizá una solución? ¿La espada de Damocles se había vuelto contra Marcus?

Entonces su rostro adquirió una expresión serena y chasqueó los dedos.

—Sí, ahora lo recuerdo. Es el collar que solía llevar siempre Marcus.

El árabe rozó con el dedo el cartel de búsqueda.

—Y es el mismo collar, ¡mira!

Zola asintió en silencio.

—Ya sé que Marcus nos odiaba. Éramos demasiado buenos con él, y siempre desobedecía. Es violento y peligroso. ¿No te parece? —preguntó, mirando a su hermano a los ojos—. ¿No recuerdas las veces que nos seguía con objetos afilados o pesados?

Después se giró hacia el subcomisario.

—Sí, es terrible tener que decirlo, pero, con el temperamento que tiene, no me extrañaría que hubiera matado a un hombre y pensado después que podía usarlo contra nosotros.

Se volvió otra vez hacia su hermano.

—¿No te parece? ¿Siendo como es?

El hermano mayor respondió, pero la respuesta llegó vacilante y demasiado tarde. ¿Sería posible que ya no pudiera contar con su lealtad absoluta?

—Bueno... —comenzó—. Pero si ha habido un hombre enterrado en el bosque, puede haber sucedido de muchas maneras. Desde luego, es raro que ya no esté allí, si es que ha estado alguna vez.

Zola asintió con la cabeza y dirigió la mirada al danés.

—Debe de haber algún rastro de quien lo haya enterrado, ¿no? Personalmente, creo que Marcus lo ha hecho desaparecer para ocultar su propio crimen.

Una vez más, fue el árabe quien lo interrumpió.

—Carl Mørck ha visto al chico. No es muy grande. Dudo que pudiera hacerlo.

—Ya, tal vez. Pero no te creas, es más fuerte de lo que parece.

Zola volvió a mirar el cartel de búsqueda mientras se le ocurría otra idea.

—Estaba pensando en una cosa —dijo a su hermano—. Marcus solía guardar trastos en su cuarto. ¿Por qué no vas a por la caja de cartón donde guardaba sus cosas? Tal vez haya algo que les dé una pista a estos señores.

Su hermano frunció el ceño, pero no demasiado.

«Venga, pasmarote, improvisa un poco», le estaba diciendo Zola. Por él, podía volver con cualquier cosa, o con nada, no era de eso de lo que se trataba. Aquello era solo para alargar el tiempo y para dejar a dos agentes convencidos de que era una persona que haría todo lo posible por aclarar las cosas.

Al cabo de unos seis o siete minutos, el hermano volvió y arrojó un calcetín a la mesa que tenían delante.

—Puede que esto valga para algo. Lo he encontrado en su armario.

Zola hizo un gesto afirmativo: bien pensado. Tras la última paliza al grupo, varios de los chicos habían sangrado. El calcetín debía de ser de Samuel, que se ponía a sangrar como un cerdo a nada que lo tocasen, pero no importaba.

Al fin y al cabo, nadie podía ver en un calcetín quién lo había llevado puesto la última vez.

—¿Qué dices, Assad? Ya me he dado cuenta de que mirabas con insistencia los objetos de plata de la sala.

—Sí, y la mesa de madera de alcanfor, las alfombras persas, la araña de luz, el mueble escritorio japonés, su rólex, por no hablar de la espantosa cadena de oro.

—Tranquilo, Assad, vamos a ver sus antecedentes; también yo me he fijado.

—Y la historia del calcetín...

Palpó el bolsillo donde lo había guardado.

—¿Te la crees? ¿Crees que puede ser, o sea, un *souvenir* del asesinato de Stark?

Carl miró el paisaje, donde árboles recién brotados pasaban como desfilando. ¿Qué iba a hacer ahora con Lisbeth? ¿Debería arrojarse de cabeza y repetir lo de la noche pasada, o qué? Ganas no le faltaban, pero hasta hacía diez minutos no había vuelto a pensar en ella desde la mañana. Arrugó el entrecejo y miró la capa de nubes, que seguía imponiéndose sobre el paisaje. ¿Cuándo iba a llegar la puñetera lluvia?

—¿Te la crees? —llegó otra vez del lateral.

—Mmm —rezongó, y notó la desazón del pecho y el diafragma contrayéndose en forma de náusea que podía anunciar un vómito repentino.

—No lo sé. Nos lo dirán los análisis de ADN. En este momento se trata de encontrar a Marcus Jameson.

Tragó saliva un par de veces y se apoyó en el volante para aliviar un poco la presión, pero las punzadas del estómago buscaban la salida tras el esternón, era como si tuviera una pelota de tenis presionando su corazón.

¿Qué me pasa?, pensó, tratando de mirar al frente, a la carretera.

—¿Qué ocurre, Carl? —oyó decir a Assad con tono preocupado—. ¿Te sientes mal?

Carl sacudió la cabeza y trató de enfocar la mirada. ¿Estaría dándole otro ataque de angustia? ¿O era algo peor?

Pasaron junto al súper de Ølsted y los grupos de alcohólicos de Skæving, mientras Carl bombeaba aire en su sistema y Assad insistía en tomar el volante.

Cuando finalmente se detuvo en el arcén y estiró las piernas fuera del asiento de piloto, volvió a haber descampados y mierda de vaca en el aire, pero Carl solo pensaba en una cosa.

Mona.

Dentro de media hora estarían de vuelta en Jefatura, y era miércoles.

El día en el que Mona solía trabajar en Jefatura.

René Eriksen estaba esperando a las 9.15 de una mañana sorprendentemente helada para la época ante la salida de la aduana de la Terminal 3 del aeropuerto de Kastrup.

El objetivo estaba claro —hacer que Teis Snap le entregara las acciones de Curaçao—, e iba a conseguirlo. Un escándalo en un espacio público era lo último que deseaba Snap, y Eriksen estaba dispuesto a gritar alto.

Hordas de daneses bronceados calzados con sandalias y alpargatas pasaban junto a él mientras se agitaban banderas nacionales y se intercambiaban besos de reencuentro. ¿Dónde diablos se había metido el imbécil aquel? ¿Se habría quedado en Ámsterdam? ¿La situación se había hecho tan trivial que los paseos en barco por los canales y unas buenas croquetas eran más importantes que volver a casa y poner las cosas en orden?

¿O había encontrado un comprador para aquellas acciones que no eran suyas?

Eriksen estaba enfadado, porque no sabía si el paquete de UPS era el auténtico. Y si no lo era, y Snap no aparecía, ¿qué iba a pasar con su planificación para los días siguientes?

Aspiró lentamente y evitó mirar a más pasajeros de rostro quemado y mirada abobada, mientras rebuscaba las llaves del coche en los pantalones de tergal.

No tenía ninguna lógica estar allí si el cabrón no aparecía.

Y justo cuando iba a dar la vuelta aparecieron Snap y señora a paso de tortuga, con sus maletas rodando detrás.

Fue la mujer quien lo vio primero, señalándolo con una leve sonrisa. Pero Snap no sonrió al ver lo que señalaba.

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que dijo.

—Caramba, ¿nos estabas esperando, René? —preguntó su esposa—. Es una pena que hayas tenido que esperar tanto, pero la maleta de Teis no aparecía en la cinta transportadora.

Dio un codazo en el costado a su marido.

—Has pasado media hora muy pálido, ¿eh, maridito? Ja, ja.

Se dirigieron hacia la salida de la Terminal 2, y René empezó con ímpetu.

—En el paquete que me enviaste no estaban las acciones. ¿Dónde están?

Snap parecía sorprendido, casi asustado, y por supuesto que debería haberse sorprendido si las acciones hubieran estado en el paquete cuando lo enviaron, pero no era eso lo que parecía asustarlo. No, el susto se debía más bien a que René hubiera podido saberlo tan pronto. ¿O era porque creía que Eriksen ya no existía? ¿Era por eso? Tal vez lo fuera.

—No entiendo lo que me dices, René.

Teis lo tomó del brazo y lo apartó un poco de su esposa.

—¿Por qué dices eso? Es imposible que hayas recibido ya el paquete. ¿Esperas

otros paquetes?

Había algo en el tono de las palabras que chirriaba. Sus manos apretaban demasiado el maletín. Irradiaba nerviosismo.

—¿Me tomas por idiota, Teis? ¿Crees que no sé quién me atacó ayer?

Giró un poco y señaló el esparadrapo y el chichón junto a la nuca.

—Venga. Enséñame qué llevas en el maletín.

Teis empezó a manosear el asa de la maleta, sacudiendo la cabeza.

—Vámonos, Lisa. Creo que René ha tenido una conmoción cerebral.

Pero René lo asió fuerte del rollizo antebrazo.

—No vas a ir a ninguna parte hasta que me enseñes lo que llevas en el maletín, cabronazo.

Snap se volvió hacia su esposa.

—No es necesario que presencies esto, Lisa. Toma un taxi con las maletas; de todas formas, tengo cosas que hacer en la ciudad todo el día. Volveré a la noche, cariño.

René dejó que se despidieran con un beso y trató de sonreír a la mujer con compañerismo, era lo menos que podía hacer. Pero para cuando ella desapareció del campo visual con las dos Samsonite rodando detrás, ya estaba preparado.

—Eres un imbécil, René —se le adelantó Teis—. Te leo en la cara que no has recibido el paquete aún. Dices que te han atacado; ¿qué manera de hablar es esa? Cuéntame qué ha pasado. ¿Quién ha sido y dónde ha ocurrido?

Vaya, así que era eso lo que pretendía. ¿Era acaso una aureola de inocencia lo que aquel idiota quería que brillara en su pelo engominado?

—Abre el maletín, Teis —ordenó, asiéndolo—. Quiero ver qué escondes en él.

Snap lo recuperó de un tirón.

—Y un huevo. Ese golpe ha debido de reblandecerte los sesos, René. Ve a casa con tu mujer y tómate el día libre. Lo necesitas.

—Ábrelo o empiezo a gritar.

Teis Snap entornó los ojos, mientras mostraba una sonrisita tonta.

—¿Tú? ¿Gritar? Deja que me ría, flacucho. ¿Qué vas a gritar? ¿Has perdido el juicio, René?

—Ábrelo, o te doy una patada en ese culo gordo.

Snap sacudió la cabeza, resignado, y le tendió el maletín.

René se dio cuenta entonces, de forma intuitiva, de que había perdido el primer asalto del combate, pero de todas formas abrió el maletín y metió la mano en el montón de revistas de pasatiempos, semanarios y el *Financial Times*.

Qué estupidez, por eso había esperado Teis en la recepción de equipaje hasta que por fin apareció la maleta. La maleta que ahora llevaba su esposa camino de su casa, que no había querido dejar a cargo de la empresa encargada de la gestión de equipajes.

¿Cómo no se había dado cuenta?



—Así que tienes dos opciones, Teis. O dices la verdad, y las acciones van a llegarme, o no la dices, y tu querida esposa tiene un contenido interesantísimo en las maletas. Si ocurre esto último, te aconsejo que me hagas llegar las acciones a toda pastilla, porque si no voy a acudir a la Policía con mi información.

Snap no pareció muy impresionado, pero lo estaba. René lo conocía como si lo hubiera parido.

Luego giró y miró el reloj. Eran las 10.10.

El día era aún joven.

—¿Te encuentras mejor, Carl? —preguntó Assad con el hombro apoyado en el marco de la puerta.

—Sí, algo mejor —respondió, cansado.

—¿Quieres que te haga, entonces, un té?

Carl echó la cabeza atrás por puro reflejo.

—No, deja.

Sacudió la cabeza con energía.

—No creo que nunca vuelva a estar lo bastante sano para tomar eso; pero a lo mejor Rose quiere. ¿Qué dices, Rose?

Rose adelantó las manos a la defensiva, con una expresión de repugnancia en el rostro que decía a las claras que prefería beberse un litro de aceite de hígado de bacalao.

—Escucha bien —dijo arqueando una ceja. Ya volvía la maestra—. He recibido respuesta en relación a los contenedores de Mærsk que habíamos identificado en la postal enviada por Anweiler desde Kaliningrado. La fecha de la postal coincide con el día que los contenedores estuvieron en el puerto antes de cargarlos. Y los peritos dicen que no se trata de una foto manipulada, así que el hombre es tan inocente como siempre me había parecido. Caso concluido.

Algo ocurrió en la fisionomía de Assad. Cierto que tenía la cabeza torcida, pero ahora estaba torcida en la otra dirección. Parecía contener la respiración mientras se mordía un lado del labio inferior. ¿Se estaba regodeando el pavo?

—Hola, Assad. ¿Qué haces cacareando? ¿Has encontrado unas chuches en la bolsa de golosinas de Zola y los de arriba?

—No, lo siento, Carl. Tiene registrada una empresa de importación-exportación, del todo legal, a mi entender, en Luxemburgo, donde paga sus impuestos. Por lo que veo, en el ejercicio de 2010 ha tenido unos ingresos imponibles de dos coma uno millones de coronas.

—Mmm, ¿y cuántos sueldos debe pagar de esa suma? No pueden ser muchos, ¿no te parece?

Assad se encogió de hombros.

—En mi opinión, son delincuentes. Con esos, o sea, no he terminado todavía.

—Pues entonces ¿por qué ríes? —dijo Rose.

—Ah, no era más que el chiste del día, ¿no se dice así? Te va a gustar mucho, Rose. Acabo de oír que han detenido, entonces, a Sverre Anweiler en Flensburg. Han encontrado cincuenta kilos de hachís en el autobús del grupo, así que está de nuevo en la trena. ¡Cincuenta kilos de chocolate! ¿No os parece divertido? Le van a caer por lo menos diez años, así que para mí que debería haberse quedado en Kaliningrado, ¡ja, ja!

Carl arrugó la frente y miró a Rose. Tal vez no fuera el final por el que habría apostado ella.

—Vaya, pues entonces paso de hacer ningún anexo a tu informe —dijo con un suspiro. Luego continuó con voz seca—: Bueno, he escrito un aviso de búsqueda de Marcus Jameson. Habría estado bien tener una foto de Kregme algo más reciente que la que tenías, Carl. Tiene siete años aquí, pero una puede imaginarse que, con el historial familiar que tiene, nunca le han sacado muchas fotos.

La arrojó ante Carl, y era cierto. Más que una ventaja, la foto podía ser una desventaja.

—Vale, Rose, tienes razón, no vale para gran cosa. Por eso, tal vez debieras retomar tu trabajo puerta a puerta y hacer unas rondas por la zona donde han visto a Marcus. Te sugiero que vayas a los alrededores de la biblioteca de Dag Hammarskjölds Allé. Igual también por los barrios comerciales. Classensgade, Nordre Frihavnsgrde, Trianglen, toda esa zona. Pregunta por las tiendas si han visto al chico. Ahora tenemos un nombre y una foto, aunque no es muy buena. Tómalo con calma, muchas veces es así como se consiguen resultados.

Por un momento pareció que Rose se estaba concentrando para un arrebato de protesta, pero luego sus rasgos faciales se relajaron, casi hasta expresar placer.

—Vale. Tienes suerte de que me guste la lluvia, Carl. Pero también tengo una pequeña información para ti, por cierto. Ha ocurrido algo extraño mientras estabais fuera —continuó—. Me han dicho que te envíe al despacho de Lars Bjørn, Carl. Gordon se ha quejado de ti.

**D**os pájaros repelentes de un tiro, pensó Carl cuando vio que la señora Sørensen abría la puerta del despacho de Lars Bjørn. Aquí llega la momia de la cámara mortuoria. Ha empezado la película de terror. Saludó a la señora Sørensen con su sonrisa más lisonjera, y, tal como esperaba, recibió en correspondencia unos párpados cargados y su mirada de moño prieto.

Desde luego, ha olvidado pronto aquel cursillo de Programación Neurolingüística del que tanto nos habló una temporada, pensó.

—Están hablando en voz bastante alta, ¿no? —preguntó, señalando la puerta de Bjørn sin esperar respuesta de los labios apretados de aquella arpía.

La secretaria arqueó una ceja y dejó caer la otra. Una actitud típica.

—Bueno, ese detalle no disminuye la agradable expectativa de una próxima jubilación —fue su comentario.

Sin duda, una frase sorprendente. ¿Sería posible que la loba del Departamento A hubiera llegado a concebir algo en lo que pudieran estar de acuerdo?

—Si por lo menos el mozo de ahí dentro siguiera con la corbata de internado privado, podría decirse que iba bien vestido, pero ni eso.

¿El mozo? ¿Se refería a Lars Bjørn?

Entonces ella puso los ojos en blanco. Con ese desdén que tan bien dominan las niñas mimadas. Con la diferencia de que al mismo tiempo era capaz de parecer más triste aún que de costumbre.

—Ya sabes lo de Jacobsen, ¿verdad?

Carl asintió en silencio, algo vacilante.

—Sí..., Assad y yo lo vimos anteayer en el Hospital Central. ¿Sabes si está enfermo?

—No, por Dios. —Después calló, tal vez asustada por su arrebató sentimental. Luego bajó el tono—. No es eso. Es por Martha, su esposa. La están tratando con radioterapia. Estaría allí para apoyarla.

¿La mujer de Marcus Jacobsen se llamaba Martha? Curioso. Mar y Mar, como los equilibristas de un circo o los cómicos de una película muda.

—Lo siento. ¿Sabes si es grave? —preguntó Carl.

Ella hizo un gesto afirmativo.

Carl se imaginó a la esposa de Jacobsen. Menuda, atractiva, una bomba de energía. De las que suele pensarse que nada puede con ellas.

—¿La conoces?

—No, no la conozco, pero lo conozco a él, y en este momento lo echo en falta, joder.

Y salió con las carpetas apretadas contra su pecho ya bastante plano.

El mentón de Carl bajó hasta su nuez. ¿¿La señora Sørensen decía tacos?! Y la señora Sørensen sentía algo por un ser vivo que no fuera un gato. Menuda revelación bíblica.

Entonces se abrió la puerta de los dominios de Bjørn y el cuerpo larguirucho de Gordon salió cimbreándose como un junco al viento.

—¿Qué coño le has dicho, payaso?

Gordon se limitó a sonreír. Debía de ser algún tipo de reacción instintiva que podía emplear en cualquier situación.

Carl pasó junto a él y se dejó caer en la silla frente a Bjørn.

—Sí —comenzó; así decidía él la velocidad—. Reconozco que le he gritado a ese imbécil. No es de extrañar, teniendo en cuenta que él y Rose han mantenido una clase de relación que puede escribirse con seis letras, una de las cuales es una consonante poco usada, en mis dominios. Así que reconozco con alegría que aborrezco como la peste a esa autopista en vertical; y, por cierto, no quiero volver a verlo en el sótano.

Para su irritación, el discurso no afectó en absoluto al inspector jefe de Homicidios interino, pero, en ese caso, ya podía largar el resto. De todas formas, el hombre que tenía enfrente era de los que por definición se quedan a esperar el siguiente insulto.

—Y también resulta que no me gusta que metas las narices en el Departamento Q, Lars. Funciona de maravilla tal como es, y como la idea del departamento, aunque

suene paradójico, fue concebida por ti en un extraño momento de lucidez, tal vez tendrías que reconocer que manos más competentes han tomado las riendas. Así que nada de cambios, señor inspector. Por cierto, ¡que pases un buen día!

Se apoyó en el brazo de la silla, pasó el dedo por la superficie del escritorio, hizo un gesto apreciativo de la falta de polvo tan característica de la alegre época de Jacobsen, y puso rumbo a la puerta.

Cuando asió la manilla llegó la reacción, con voz suave y dolorosamente bien temperada.

—Gordon ha bajado al Departamento Q. En adelante será mi enlace contigo, y por eso va a informarme a diario de lo que hacéis y de los progresos que esperáis hacer en cada caso. Deberá estar al tanto de todos vuestros gastos. Y, para terminar, quiero que sea tu ayudante en el interrogatorio a ese René E. Eriksen en el ministerio. ¿Entendido?

En aquel momento regresó con fuerza la sensación de cansancio. El cuerpo de Carl absorbió todo lo negativo de la estancia y lo guardó en un lugar de difícil acceso. La sensación había pasado también a las piernas, que le pesaban como si fueran de plomo.

Aspiró hondo, trató de encontrar respuestas ingeniosas y observaciones certeras. Buscó alternativas que fueran irrefutables y causaran impresión. Pero solo encontró vacío y mal karma, así que se calló.

Se sentía demasiado mal para oponer resistencia.

Joder, cómo echaba de menos a su inspector jefe.

—**P**rimero intenta averiguar si hay algún tipo de relación entre Zola y William Stark, Assad. Sabemos que tanto Zola como Stark han viajado mucho, así que por ahí podría haber alguna conexión. ¿Stark ha tenido tratos con él en algún momento, o se encuentra en su casa algo que pudiera indicar alguna relación? Por ejemplo, facturas. William Stark quizá haya tenido alguna vez una relación con Kregme y alrededores. Ya sabes lo que debes buscar. Yo me encargo de que nadie examine a fondo el agujero de Kregme, ¿vale? Y, ya de paso, puedes investigar los posibles motivos tras las acusaciones de asesinato que lanzó Zola hacia Marcus. Averigua a qué escuela ha ido el chico, y si tuvo problemas allí. Y también si se ha visto envuelto en episodios violentos o algún otro tipo de delincuencia en el barrio.

—Entonces, ¿puedo llevar el coche? Kregme está muy lejos.

—¿El coche? No había pensado que fueras allí otra vez, Assad. Un par de telefonazos a la policía local y a las escuelas debería ser suficiente.

Assad cambió de expresión.

—Te lo has creído, Carl. Eres como el camello al que le dijeron que tenía que casarse con un dromedario...

Luego se dio una palmada en el muslo y se puso a relinchar de risa.  
Carl estaba desesperado.

Tenía la mente en otra parte cuando pasó por el descansillo del primer piso.

Preveía que la prueba de ADN del pelo y un análisis a fondo del agujero del bosque, hecho por peritos, solo iban a establecer si William Stark había estado allí o no. Las pruebas palpables como las informaciones reveladoras, las etiquetas de lavandería con fecha, las colillas portadoras de material de ADN, las huellas de pisadas y todas esas cosas solo ocurrían en las novelas policíacas malas. Y si de todas formas la providencia había dejado ese tipo de pruebas en el lugar del hallazgo, los años y las inclemencias meteorológicas las habrían descompuesto. Así que ¿de qué iba a valer investigar el lugar del hallazgo?

Además, el instinto le decía que era cierto que el cadáver de William Stark había estado allí. Y en el caso de que fuera así, ¿qué camino debía tomar ahora?

Tenían que encontrar al chico, eso lo primero. Se había emitido una orden de búsqueda; con una descripción deficiente y una foto mala, pero bueno. Un chico vagando solo por la calle era un espectáculo inusual. Inmigrantes en grupos los veías por todas partes, pero Carl sabía que un chico que iba a la biblioteca a leer, que se presentaba en una comisaría y denunciaba un crimen en nombre de un amigo que no tenía, un chico que se había escapado de una casa donde imponía las reglas un hombre como Zola... Un chico así había aprendido a no confiar más que en sí mismo.

Ya me gustaría hablar con Mona sobre ese perfil personal, pensó con tristeza, e imaginó que oía su voz grave gritándole desde algún lugar del segundo piso.

Frunció el ceño. De pronto le pareció que el corazón se saltaba un par de latidos. No le hizo daño, pero se quedó mareado y tuvo que acercarse a la pared de las escaleras y buscar a tientas un punto de apoyo.

Mierda, no debe verme nadie así. ¿Por qué tenía que pasarme en el lugar más frecuentado de Jefatura?, pensó, dejándose deslizar por la pared hasta que los escalones detuvieron su trasero.

Respira bien, pero con calma, pensó, mientras todo tipo de ideas sobre Mona lo atormentaban como una pesadilla en la que nada se detenía y nada se ponía en marcha.

¿Qué le había ocurrido a Mona aquella última época? De pronto trabajaba en un gabinete psicológico, y él tenía que conformarse con la secretaria. ¿Qué era más importante: que estuviera con un paciente o que él quisiera hablar un momento con ella? ¿Y a qué se refería la secretaria al decir que no podía llamársele a su paciente un paciente de verdad? Si no era un paciente, ¿qué carajo era, entonces? ¿Le era infiel en el trabajo? ¿Le ocurría, como a Gordon y Rose, que la mesa del despacho era su

nuevo altar del amor? ¿La excitaba más que cuando él...?

Carl se pasó la mano por la frente sudorosa y percibió un olor a muerto y a podrido. Todo se entremezclaba. Hardy paralizado en casa. Hardy llorando, y el eco de los disparos del barracón de Amager.

—Me cago en la puta —dijo en voz alta, y trató de ponerse de pie apoyándose en la pared.

Justo antes de reunirse con Mona para proponerle matrimonio, todo su cuerpo temblaba. Pero ¿por qué no tembló todo su cuerpo después de estar con ella? ¿Era por una razón fisiológica o simplemente había intuido algo en el intervalo?

Ahora le dolía el pecho de verdad. Cerró los ojos y se concentró. ¿Sentía dolor en el antebrazo izquierdo? No, gracias a Dios, así que no debía de ser un infarto.

Venga, recupérate, payaso, se dijo. Tú no tienes infartos. Pero la sensación de inseguridad no desaparecía.

¿Tendría razón Mona?, se preguntó. ¿Eran solo amigos de folleto? Tal vez en la práctica, y en cuanto a la estadística también, pero él no lo sentía así. Pero si para Mona era así, ¿por qué no tenía ganas de continuar? ¿Por qué decía que tal vez no habían elegido bien, cuando no era cierto? ¿Acaso no esperó él mientras ella pasaba varios meses en África con Médicos Sin Fronteras? ¿Por qué diablos no sacó el anillo cuando tuvo ocasión?

Aspiró hondo y se medio incorporó, mareado y con los brazos apoyados en las rodillas. La cota de malla que envolvía su pecho parecía más soportable ahora. Los dolores, casi agradables, como un pulgar hinchado que escuece un poco. Dolores moderados que solo decían que estaba vivo y que ahora debía poder enderezarse del todo y seguir adelante.

Y entonces todos los pensamientos sobre el cuerpo se detuvieron.

De pronto lo vio todo como era.

Sus sentimientos estaban en su cuerpo, y no en la cabeza, donde debían estar. Esa era la cuestión.

Era como si se hubiera quedado sin sentimientos y frío por dentro. La lucha de Hardy por la vida se había convertido en una rutina en su casa, la repentina partida de Jacobsen no había producido ninguna reacción de verdad en él. ¿Por qué no se sintió furioso o desesperado por ello? ¿Por qué no se había salido de sus casillas cuando Mona, en un segundo, echó a perder todo lo que había entre ellos? ¿Cuando echó a perder el momento de su vida en que iba a proponerle matrimonio y ofrecerle lo que él creía que todos ansiaban? ¿Y por qué no había echado una buena bronca a Rose cuando la pilló follando en el despacho? ¿Por qué estaba distante durante los interrogatorios? ¿Le importaba todo un pimiento o había algo en él que no podía controlar?

¿O era que siempre había sido así?

Allí estaba el meollo de la cuestión: ¿quién era?

Joder, era un tema del que llevaba años oyendo desvariar a la gente. La pequeña

mina de oro de los psicoanalistas, la mejor arma arrojadiza de los déspotas de despacho, el pilar básico de los cursos de desarrollo personal: la duda sobre sí mismo.

Carl encorvó la espalda y llevó la mano a los riñones a fin de enderezar el cuerpo y encontrar reservas para moverse con un mínimo de normalidad.

Miró hacia lo alto de aquella escalera circular interminable, y decidió dejar en paz a Laursen. ¿Para qué fatigarse subiendo un piso más? William Stark había estado en aquel agujero. Podían enviar las muestras de cabello a los peritos y dejarles que se encargasen del resto. Era un caso para Rose, porque lo que él iba a hacer era volver a bajar y plantar las piernas sobre la mesa del despacho. Un ataque de ansiedad al día era aceptable. Para tener dos hacía falta tanto café como tabaco.

Retrocedió los tres escalones que le quedaban hasta el descansillo del segundo piso y casi se dio de bruces con Mona.

Por desgracia, se quedó boquiabierto como un adolescente. ¿Habría oído su voz antes, al subir las escaleras? Entonces tal vez ella lo hubiera visto deslizarse, vencido, pared abajo en la escalera.

Qué putada.

—Hola, Mona —dijo tan impasible como pudo, teniendo en cuenta que le colgaba la mandíbula—. ¿Vas a la cárcel?

—Hola, Carl. Te veo algo pálido, ¿estás bien?

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Lo que pasa es que estoy ocupado. Ya sabes, en el sótano tenemos bastante limitada la luz natural, ja, ja. Pero he comprado crema autobronceadora.

Una observación a todas luces estúpida.

—No, vengo de ahí —respondió al fin—. He tenido que pedir al jefe de departamento que me prestara un par de agentes para hablar con el golfo. Un psicópata impenitente que no conoce límites. Porque no quería que empezara a manosearme como la última vez.

Carl asintió en silencio. No era del todo impensable que también él lo intentara, viendo lo tentadora que estaba.

Entonces Mona arrugó la frente. Se dibujó en su rostro un fino entramado de líneas en las que nunca se había fijado. Giró la cabeza hacia la luz y pudo ver lo caída que tenía la piel del cuello y lo indefinibles que parecieron sus rasgos por un breve instante. No parecía vieja, pero sí envejecida de pronto, de un modo inexplicable e inadvertido.

—¿Estás bien, Mona? —preguntó con cautela.

Ella le dirigió una sonrisa irónica, breve, y, para cuando él quiso reaccionar, le acarició la mejilla, se disculpó por la prisa, y el sonido de tacones se extendió por el laberinto de la Jefatura de Policía.

Carl se quedó de pie, pese a que algunos compañeros pasaron a su lado haciendo comentarios maliciosos sin preocuparse de ocultar su regocijo.

Ninguna pregunta era tan importante como aquellas a las que se hacía oídos



sordos, y en aquel momento las preguntas bullían como un gas venenoso por todo su ser.

Era evidente que Mona no tenía ninguna gana de estar con él. Era como si se sintiera más segura cuando él estaba a distancia. ¿Sería porque la presencia de Carl la incomodaba, o porque estaba incómoda consigo misma y no quería que la presencia de él se lo recordase?

¿Cuál era el problema? ¿Que Mona sentía de pronto que se estaba haciendo vieja y que él la había hecho frenar en un momento en el que realizarse corría prisa, antes de que fuera demasiado tarde? ¿Era eso, o quizá él no era lo bastante atractivo? ¿O se trataba de algo más concreto, porque el divorcio de Vigga era ya una realidad? ¿Se había acercado demasiado a ella? ¿Mona se había dado cuenta de que iba a proponerle matrimonio y quiso tomarle la delantera?

Carl sacudió la cabeza. Era imprudente pensar en aquello.

Las perspectivas de futuro para él y Mona no eran nada buenas.

Entonces sonó su móvil.

—René E. Eriksen os recibirá dentro de hora y media en su despacho —comunicó Rose.

—Vaya. No creo que Assad esté disponible ahora, y yo...

—No has entendido. Vais a ir tú y Gordon. ¿No has hablado con Lars Bjørn?

Santo cielo. ¿Las desgracias no iban a acabar nunca?

—Ah, y tu exmujer me ha pedido que te recuerde que habías acordado visitar a su madre una vez por semana, y que llevas cinco semanas de retraso. Que si no la visitas esta misma tarde, vas a deberle cinco mil coronas que vendrá a recoger a última hora. Ya ha debido de llamar a su madre para decirle que estás de camino. Pero en hora y media tienes tiempo de ir a la residencia y volver al ministerio, creo que puedes hacerlo. Ya me encargaré yo de que Gordon esté allí cuando llegues.

Carl tragó saliva dos veces.

—¿Qué haces con esa pinta de zombi, Carl? Estás más pálido que un muerto —se oyó desde lo alto de la escalera. Era Laursen, con delantal y toda la pesca.

¿Cómo explicárselo, cuando su exsuegra, Karla Margrethe Alsing, estaba en su residencia contando los segundos?

—Menos mal, cómo me alegro de que haya venido —dijo el asistente mientras atravesaba con Carl la sección de seniles.

—Hemos tenido que cambiarla de habitación, porque fumaba dentro y se le quemó el edredón. Todo lo que había en su habitación, pero todo, está chamuscado. Debería ver el papel pintado, todo tiznado de hollín.

Abrió un breve instante la puerta de la antigua habitación. Desde luego, no podía aprovecharse gran cosa de aquellos restos.

—Estuvo flirteando con los bomberos de forma que apenas los dejó hacer su trabajo. En bragas y nada más, debo añadir.

Carl dio un suspiro. Le quedaban justo veinticinco minutos antes de tener que volver. Demasiado tiempo.

—Espero que le hayáis vestido un poco más —aventuró, tratando de sonreír.

El hombre asintió en silencio, ya se había encargado de ello. Tal vez fuera la causa de que pareciera cansado y se pusiera detrás en cuanto llevó a la visita a la habitación.

—No puedes fumar en la habitación, Karla —dijo con voz apagada—. Ya lo sabes, te lo hemos dicho. Si lo haces, va a volver a ocurrir. Solo puedes fumar fuera, en el jardín, así que ten la amabilidad de apagarlo; de lo contrario, tendré que quitarte los cigarrillos.

Fue su saludo de despedida. Seguro que se lo había dicho veinte veces aquel día.

—Hola, cielo —lo saludó su exsuegra, como si solo hubiera estado fuera cinco minutos. Sentada allí, con su kimono en otros tiempos elegante pero ahora desgastado, era la reina de la vida nocturna de Copenhague. Con el codo en el brazo del sillón y el cigarrillo flojo entre sus dedos alargados. Despreocupada, como les gustaba llevar a cabo el ritual de fumar a todas las mujeres mayores con exagerada autoestima. No llevaba el cigarrillo a la boca; era la cabeza la que se acercaba al cigarrillo. Luego daba una larga chupada con sus labios de color carmín, para después volverse hacia él, envuelta en una niebla gris-azulada de humo y nicotina.

—Hoy no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo que volver a la ciudad dentro de veinticuatro minutos. Pero ¿qué tal estás, Karla? —preguntó Carl, esperando interminables quejas sobre el nuevo entorno y los muebles que, a decir verdad, nunca se le habría ocurrido comprar.

—Bueno... —respondió con los párpados caídos—. Me va bastante bien. Aunque estoy algo seca en la vagina.

Carl miró el reloj. Todavía quedaban mil cuatrocientos larguísimos segundos.

Marcus no estaba mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Había pasado la mayor parte del día en su escondite de la enorme construcción, con un casco protector que había pillado, esperando.

Por fin había comunicado lo que sabía. El policía Carl Mørck había recuperado su cartera, y, si las cosas habían ido como esperaba, había encontrado su nota y ya sabía que Zola era el asesino de William Stark, y dónde había enterrado su cadáver.

Si no fuera porque había trabajadores por todas partes y se arriesgaba a que lo descubriesen, y si no fuera porque los peores delincuentes de la ciudad lo buscaban, se quedaría allí gozando las formidables vistas desde el tercer piso del edificio.

Tras él se oía el griterío del parque de atracciones. Pese a estar nublado, la gente estaba contenta y con ganas de vivir. Agitando las piernas a ochenta metros de altura o en caída libre desde la Torre Dorada. Niños como él que se lo pasaban en grande y probaban sus propios límites y valor. A Marcus no le hacía falta.

Bastantes retos tenía por lo demás.

Una cosa era el clan, a ellos los conocía. Pero ¿y los que no conocía? ¿Los que de pronto podían verlo en una ventana y solo estaban a un par de teclas de móvil de pedir ayuda para atraparlo?

Ahora ya sabía que iban a matarlo si lo agarraban. Como había tanta gente buscándolo, a Zola iba a salirle caro. Y si Zola se permitía ese gasto, era porque deseaba a todo trance asegurarse de que Marcus dejaría de ser una amenaza. La cuestión era seria, y si la Policía había estado en Kregme, desde luego que era demasiado tarde para hacer las paces. Había arrojado los dados. Así que esperaba con fervor que la Policía los hubiera recogido.

Aquel día habían entrado por la abertura que daba a Rådhuspladsen por lo menos veinte cargas de piezas de cemento y acero. Las dos construcciones de acero que daban a H. C. Andersens Boulevard y a Tivoli empezaban a adquirir forma, y estaban ya construyendo la quinta planta sobre los pisos desnudos que componían la antigua Industriens Hus. Por eso estaba Marcus retirado en la parte trasera del piso, la que daba a Vesterbrogade, en la que no había habido tanta actividad aquella semana.

Cuando se marchaban los obreros, salía, como un tejón de su madriguera, a observar la actividad de Rådhuspladsen. Desde allí controlaba a la perfección el lugar donde la furgoneta de Zola recogía a los demás.

No reparó en el capataz de zamarra amarilla reflectante hasta que casi lo tuvo enfrente, porque el ruido de la grúa que subía emparrillados a lo alto del edificio había ahogado el ruido de sus pasos.

—¡Eh, chaval! ¿Cómo has entrado aquí? —resonó la voz del hombre por el paisaje de cemento—. ¿Eres el que guarda un libro y otras cosas en el hueco del ascensor?

Marcus sacudió la cabeza.

—No. He venido con mi padre. Ya sé que no debería estar aquí arriba. Perdone, ahora mismo bajo. Es que era tan emocionante...

El tipo miró el casco de Marcus, frunció el entrecejo y después hizo un gesto afirmativo. Tal vez no pudiera imaginar que un libro así pudiera ser de un chico como él.

—Dile a tu padre que traer la familia a la obra es motivo de despido, ¿vale?!

—Se lo diré. Perdone —se despidió, y sintió los ojos del hombre en su nuca hasta que llegó a la escalera. Ese tipo no puede volver a verme aquí, pensó, mientras saludaba con la cabeza a los obreros que lo miraban mientras bajaba.

No voy a pasar junto al vigilante, pensó, y tomó la diagonal por la planta baja hacia la esquina que estaba junto al restaurante aquel de nombre tan raro, «A Hereford Beefstouw». Allí dejó el casco tras un montón de palés, como de costumbre, y trepó verja arriba como una ardilla.

Ahora estaba en la calle bajo la lluvia, y eran por lo menos las tres. Así que hoy no iba a ver la furgoneta desde las alturas; menos mal que el sabueso de arriba lo había descubierto tan pronto que no se arriesgaba a toparse con los miembros del clan, que dentro de dos horas iban a andar por allí, esperando a que los vinieran a buscar.

Pero Marcus había calculado mal. Apenas había llegado al paso de peatones cuando un grito desgarró la corriente de ciclistas con chubasquero y peatones empapados que volvían a casa.

—*Murderer!* —gritó alguien en inglés. No había lugar a dudas, y conocía la voz.

Se detuvo un rato en medio del paso cebra y trató de ver dónde estaba Miryam.

—Ahora ya sabemos por qué te buscamos. Nos lo ha dicho Chris, ¡asesino! —chilló.

Marcus miró a los que pasaban a su lado, la mitad le dirigían miradas mordaces, antipáticas, y la otra mitad volvían los rostros hacia las decenas de bicicletas aparcadas delante del teatro Dagmar.

La vio en medio del mar de gente junto a un cartel de Tree of Life, bajo la marquesina. Tenía el pelo pegado a las mejillas, la ropa, oscurecida por el agua, y la mirada, decepcionada, llena de odio y pesar a la vez.

Marcus avanzó por la calzada junto al bordillo y paseó la mirada alrededor. ¿Estaría sola?

—Buscas a los demás, cobarde, pero estoy sola. De todas formas, los demás te atraparán. ¡Asesino!

Luego se volvió hacia la multitud, mientras juntaba las manos y apoyaba los codos contra el vientre. Se veía a las claras que estaba cansada, llevaba horas en la calle, y Marcus sabía que los dolores de la pierna casi la consumían.

—¿Es que nadie va a detenerlo? Ha matado a un hombre. ¡Vamos, ayúdenme! —gritó, pero nadie le hizo caso cuando vieron quién gritaba.

Marcus estaba asustado. Se plantó en la acera de tres saltos y la asió de los hombros.

—No he hecho nada, pero si ya me conoces. Fue Zola quien lo hizo, Miryam.

Pero las palabras le resbalaban. Miryam no deseaba creerlo.

—¡PERO ESCÚCHAME! —gritó mientras la sacudía—. He sido yo quien ha pedido a la Policía que fuera a vuestra casa. ¿Es que no te das cuenta?

El torso de Miryam se zafó de la presa. Su rostro le decía que le estaba haciendo daño.

—*Murderer* —volvió a decir, esta vez con calma—. Quieres echarle el muerto a Zola, es lo que dice la Policía. Eres un renegado, un desertor de la peor especie. Traicionas a tu benefactor y a todos nosotros.

Marcus sacudió la cabeza y notó que las lágrimas asomaban a sus ojos. ¿Miryam creía en serio aquello? ¿Era lo que les había contado Zola? Qué cabrón.

—Miryam, es culpa de Zola que tengas esa pierna mala. El accidente que tuviste lo organizó él, ¿no te das...?

No vio la mano con que le pegó, pero notó enseguida una profunda sensación de desesperación y abandono. Mucho más que el escozor físico.

Se secó las lágrimas, y cuando se disponía a acariciarle la mejilla como señal de despedida le chocó una mirada furtiva que Miryam dirigió a su espalda.

Giró por instinto y vio a Pico, que llevaba un esparadrapo grande en el mentón, zigzaguear entre la multitud con manos decididas empujando a diestro y siniestro, y una mirada que no estaba dispuesta a dejarlo escapar.

Marcus reaccionó de pronto, y saltó hacia una chica que iba a estacionar la bici, y la empujó a un lado con fuerza, así que la chica cayó hacia la hilera de bicicletas aparcadas. Cuando Marcus le arrebató la bici, le pidió perdón a gritos.

Se montó encima y cruzó la acera entre peatones cabreados hasta la calzada antes de que la chica pudiera pedir auxilio; pero Pico lo había previsto, y se plantó en medio de la calzada agitando los brazos.

Marcus oyó su respiración por detrás, pero no sus pisadas sobre el asfalto. Eran unas piernas largas, veloces, con zapatillas Adidas, y la gente se paraba en las aceras para observar la persecución. En silencio y sin voluntad de intervenir.

Luego tiró del manillar y subió a la acera, pasó junto a la columna publicitaria y cruzó hacia la plaza frente al abigarrado edificio del cine Palads, donde el puesto de salchichas, la terraza del café y un hervidero de paraguas formaban una miríada de obstáculos.

Oyó gritar a Pico:

—¡Para, Marcus, que no te vamos a hacer nada, solo queremos hacer un trato contigo!

Ya, un trato, en el que la bici sería cambiada por una llave para inmovilizarlo, y diez minutos de espera hasta que lo metieran en la furgoneta. ¡Y un huevo!

Se arqueó sobre el manillar y apretó los pedales con todas sus fuerzas, mientras

Pico apartaba a la gente a empujones. Oyó que una mujer se desplomaba tras él dando un grito, mala cosa.

—¿Estás loco? —gritó alguien a Marcus, mientras otra persona trataba de meter la punta del paraguas en su rueda delantera.

Y de pronto tenía a Romeo delante, con una quemadura rojo intenso en la mejilla. Estaba en el extremo de la plaza, entre las sujeciones para las bicis, con los brazos abiertos, dispuesto a sacrificarse y saltar directo hacia la bici.

En la vida de una persona cuando más vale el tiempo es cuando ya no queda. Entonces es cuando se registran los segundos uno a uno; y así se sentía Marcus en aquel momento.

Justo detrás de Romeo circulaban autobuses y coches, y Pico estaba cada vez más cerca de Marcus. ¿Qué hacía? ¿Seguir pedaleando hacia Romeo y llevárselo en la caída o abalanzarse sobre el estacionamiento de bicicletas? Porque si hacía eso iba a salir despedido por encima del manillar y aterrizar en la calzada, delante de un autobús. Pero ¿por qué no? Así, al menos, todo habría terminado, pensó en aquellas fracciones de tiempo acompasado, con el rostro desencajado y las lágrimas fluyendo sin control.

—¡Socorro! —gritó, y el eco resonó en todos los edificios, y rostros mojados por la lluvia se volvieron hacia él cuando se despellejó los talones con los pedales y cadenas de las bicicletas aparcadas; después hizo un salto mortal con su bici hasta la calzada.

Oyó tras de sí gritos despavoridos, y ante él sonó el chirrido de frenos y coches derrapando. Luego sintió un fuerte golpe y perdió la conciencia.

—¿Me oyes? —preguntó una voz que no conocía, pero que oía bien. Asintió con cuidado, pero no quiso abrir los ojos del todo. Solo cuando le acariciaron la mejilla y le preguntaron el nombre empezó la realidad a adueñarse de él.

—Me llamo Marcus —se oyó decir muy a lo lejos—. Marcus Jameson.

—¿Entiendes danés?

Notó que sonreía mientras asentía con la cabeza. Luego alzó la vista y vio un rostro amable, pero también serio. ¿Acababa de decir su nombre?

—¿Sientes los pies, Marcus?

Hizo un gesto afirmativo. Los sentía. Por desgracia.

—¿Dónde te duele?

No pudo responder. Porque, tras el hombro del conductor de la ambulancia, Romeo lo miraba directamente a la cara.

—Es mi hermano —dijo Romeo—. Ya nos ocuparemos de él. Nuestro padre es médico. Va a venir un coche a buscarnos.

Marcus dirigió una mirada suplicante al conductor mientras sacudía la cabeza.

—No es verdad —susurró.

El conductor de la ambulancia hizo un gesto afirmativo.

—Vaya. Pues creo que tendremos que hacerle un chequeo como es debido. Una placa de rayos no hace daño a nadie.

—Gracias —susurró de nuevo Marcus—. Todo ha pasado por su culpa. Se llama Romeo y quiero que llaméis a la Policía ahora mismo, porque quiere matarme.

—La Policía llegará dentro de un momento, Marcus, tranquilo, no parece nada grave, ¿no? La gente dice que ha sido un accidente. Lo que pasa es que conducías sin mirar, Marcus —explicó al conductor de la ambulancia, mientras el círculo de curiosos asentía con la cabeza.

Y Romeo desapareció.

—Creo que estoy bien —dijo pasado un minuto o dos, mientras se apoyaba en los codos. Tenía que ver si Pico seguía allí, en algún lugar detrás de la gente, pero no le pareció verlo. Por lo visto tampoco quería estar cerca cuando llegara la Policía, y a Marcus le pasaba lo mismo. Era un inmigrante ilegal, así que no quería que le echaran el guante por robar bicis ni por ninguna otra razón.

Vio que habían depositado su camilla junto a la entrada principal al cine Palads.

—¿Me ha atropellado el autobús? —preguntó al conductor.

La gente que lo rodeaba sonrió, así que no debía de haberlo atropellado.

—Ya puedes darle las gracias al conductor del autobús por lo bien que ha salido todo. Ha frenado enseguida —añadió un curioso.

Marcus asintió con la cabeza.

—Me encuentro bien ya. Me gustaría sentarme, si me lo permiten.

El conductor de la ambulancia dudó un momento, pero después hizo un gesto afirmativo y le tendió la mano, mientras uno de los presentes aplaudía.

—Quiero ir al baño. ¿Puedo? Ya sé que hay uno justo a la entrada del cine.

Vacilaron, pero cuando vieron su sonrisa amplia y suplicante y comprobaron que el tamaño de sus pupilas era normal, le dieron permiso con un gesto.

—Te acompaño —dijo el otro enfermero—. Puedes tener una conmoción cerebral, o algo peor.

Marcus lució una sonrisa tan radiante como pudo.

—No, si estoy bien. Solo es un momento, está aquí al lado —señaló.

—Escucha —advirtió el conductor con voz seria—. Te esperamos fuera, pero termina pronto, ¿vale, Marcus?

Marcus asintió y se puso en pie con cuidado. Aparte de que le dolían el hombro, la rodilla y la pantorrilla izquierdos, no parecía haber nada grave.

—Dos minutos —prometió, y subió la escalera que llevaba al vestíbulo del cine con los ojos de todos pegados en él.

Inspeccionó el lugar. A la izquierda había un café, y parecía que también la entrada a las salas pequeñas. Más al fondo, a la izquierda estaban el quiosco de chucherías y los baños; en medio, las taquillas, y a la derecha de la entrada, al

parecer, las salas grandes. La cuestión era cuál de los caminos podía llevarlo al otro extremo del edificio. Si entraba en una de las salas, antes tendría que engañar al portero, atravesar una sala a oscuras y escapar por la salida de emergencia. Pero ¿podía estar seguro de que iba a aparecer en el extremo opuesto del edificio?

¿Cómo iba a saberlo? Era imposible. Inspeccionó una vez más el vestíbulo y vio con demasiada claridad que el tiempo se le agotaba.

Entonces apreció una débil luminosidad en la parte trasera que estaba junto a los baños, y renqueó hacia allí. Era una puerta de cristal.

Seguro que es una salida de emergencia, pensó, sabiendo que en tal caso estaría cerrada con llave y solo se abriría automáticamente en caso de incendio.

Encontró la manilla de la puerta y la bajó hasta el fondo, empujando a la vez. Y de pronto se vio en la calle al otro lado del edificio, justo enfrente de la estación de Vesterport. Menuda potra. Y, sin dudar, atravesó la calle cojeando y bajó las escaleras al andén, esperó medio minuto hasta que llegó el primer suburbano y, al cabo de un minuto, estaba en la Estación Central. Salió por un lateral y de allí continuó hacia Polititorvet, mientras trataba de comprender los últimos acontecimientos y su posible motivo.

Algo debía de haber pasado si la Policía había estado en Kregme, porque ahora ya sabía que habían estado. Por lo visto, Zola había refutado la acusación que le hacían, dirigiéndola hacia él; claro, por supuesto. Así que ahora buscaban a Marcus también por asesinato.

Se dio cuenta de que echaba a temblar de pensarlo y de que, de pronto, la rodilla, el torso, el brazo y la pantorrilla no lo dejaban en paz. De que sabía que debía ponerse en contacto con la Policía, pero que no se atrevía.

Frente a la Jefatura de Policía, se sintió abrumado por el edificio. Era enorme, potente y macizo, con arcos romanos, como una fortaleza. No podía meterse allí, el edificio iba a devorarlo.

Sería mejor esperar a que saliera alguien con quien se atreviera a hablar.

**P**asada una hora, en la que no vio más que hombres de camisa azul claro con pistolas y andares militares, estaba a punto de desistir.

¿Qué hago ahora?, pensó, y se disponía a salir del aparcamiento cuando del arco del medio salió una mujer acompañada de un hombre alto y delgado que no parecía nada peligroso.

Parece un oficinista, con su pañuelo al cuello, pensó, y los siguió con la vista mientras se dirigían a zancadas adonde estaba él.

—Gordon, tienes que ir por ahí —dijo la mujer, señalándole la dirección contraria—. El Ministerio de Exteriores está en Asiatisk Plads, ¿recuerdas?

Marcus la reconoció. Era la ayudante de Carl Mørck y del inmigrante.



Se ocultó detrás de un coche aparcado.

—Escucha, Rose, solo quiero...

—No tengo tiempo, Gordon. Acaban de ver a un chico llamado Marcus junto al cine Palads. La Policía ha llegado al poco de que él entrase en el edificio, y lo está registrando. Tengo que ir allí, y tú tienes una cita, no vayas a llegar tarde. Venga, largo.

Marcus contuvo el aliento. Todos lo buscaban.

Dejó pasar a la mujer, arrancó una multa de aparcamiento del limpiaparabrisas de uno de los coches, y escribió en el margen.

Luego salió corriendo tras ella hasta ponerse a diez metros, y mantuvo la distancia.

Cuando la mujer llegó a la altura de la salida de Tivoli que da a la Estación Central, Marcus vislumbró la oportunidad.

Los peatones de la estación y de las paradas de autobús se entremezclaban con una cola frente a la taquilla de entrada y con la gente que salía del parque de atracciones. En aquel torbellino, la mujer tuvo que aflojar el paso y ajustar un poco el bolso en el hombro, momento que aprovechó el brazo de Marcus para entregar su carga con rapidez.

Si leían el papel, se enterarían de dónde estaban las consignas que Samuel y los demás utilizaban como estación de paso para los efectos robados. Y así sabrían que todos los días, hacia las cinco de la tarde, una furgoneta recogía a los miembros del clan y el botín robado frente al Museo de Cera. Así se enterarían de quiénes eran las tropas de Zola y, en general, qué se traía Zola entre manos.

Pero ¿y si no leen el papel?, pensó, y se sintió como el niño que ya no quería ser. Quería ser adulto y desaparecer de aquella época que solo deseaba olvidar. Ya no quería ser frágil y estar desarmado, sino vengarse, levantarse y liberarse.

Desde luego, en aquel momento era vulnerable y estaba desarmado. Todos lo buscaban, y no tenía a nadie, absolutamente a nadie a quien recurrir.

Si se alejaba del centro hacia la zona de Los Lagos, probablemente no tropezaría con los sabuesos de Zola, y en algún momento llegaría al puerto de recreo de Nordhavn, que conocía como la palma de su mano. Quizá encontrara allí un barco en el que lamerse las heridas y pensar quién podría ayudarle.

**E**n el sendero que discurría junto al lago sintió la lluvia tibia y refrescante. Solo veía a alguien que había sacado el perro a pasear y una pareja de novios en el otro extremo, que se habían atrevido a salir bajo la llovizna. No era muy normal.

Marcus vio algo vibrar en los juncos y se detuvo, hasta que una bandada de crías de cisne salió al lago tras la estela de su madre. Siete, contó sonriendo, y miró con calma hacia el lago de Sankt Jørgen y el Planetario que había en uno de sus extremos.

Ya le gustaría vivir alguna vez en aquel paraíso del centro de la ciudad.

Echó a reír ante aquellos delicados seres graznadores, recién empollados, y luego se volvió hacia la mujer con el basset en el momento en que el chucho se deslizó entre las piernas de su dueña y se lanzó al agua para atacar a un rezagado que se había quedado entre los juncos buscando lentejas de agua.

Marcus soltó un grito. La mujer también, y la madre cisne giró en el agua, pero no podía ver qué estaba ocurriendo, así que Marcus saltó.

El agua estaba fría, pero solo le llegaba a medio muslo, cuando golpeó la superficie con la mano abierta, y la madre cisne se irguió bufando con un agitar de alas. El siguiente golpe fue un puñetazo en el lomo del perro antes de que llegara a su presa, y la cría de cisne se alejó, deslizándose como mercurio sobre una mesa.

Aunque la dueña del perro se puso a gritar, enfadada, por la brutalidad de Marcus, este estaba contento consigo mismo, hasta que avistó a los dos policías con chaqueta oscura corriendo desde el Planetario hacia él. Habrían visto el incidente y lo habrían reconocido.

—¡Largo! —gritó, y apartó de un empujón a la mujer que lo regañaba.

Dos minutos más tarde, corría jadeante y con los zapatos encharcados por calles que no conocía. El barrio era más cerrado que Østerbro. Los portales tenían portero automático, y había pocas tiendas. ¿Dónde podía esconderse?

Los coches patrulla iban a ponerse a buscarlo enseguida. Las principales vías de tráfico de aquella parte del barrio de Frederiksberg estarían vigiladas, así que optó por las calles secundarias, hasta que estuvo seguro de que podía dejar de correr y recuperar el aliento.

Se apoyó jadeante en uno de los árboles y leyó el nombre de la calle: Steenstrups Allé. Reconoció en un extremo la antigua casa de la radio, así que el edificio más allá a la derecha debía de ser el Forum, y detrás estaba la entrada del metro. Si podía llegar allí sin que lo vieran, podría escaparse rápido. Pero ¿adónde?

La única persona que se le ocurría era Tilde. Si pudiera ponerse en contacto con ella, tal vez lo creyera, se pusiera de su parte y se lo contara a la Policía.

Allí, en la esquina junto al Forum, se oía el zumbido del tráfico de Rosenørns Allé, y las paradas de autobús a ambos lados estaban rebosantes. La calle reflejaba el fin de jornada y las ganas de volver a casa. Transmitía una sensación de seguridad y bienestar.

Marcus avanzó la mirada junto a las pirámides de cristal que arrojaban luz a la red ferroviaria que se extendía bajo tierra, y más allá, hacia la bajada al metro. Ningún rostro conocido, y tampoco ningún rostro desconocido que resultara inquietante. Así que avanzó sin demora junto al ascensor de la plaza y directo hacia las escaleras mecánicas de entrada.

Reparó en una sombra moviéndose junto a la columna de metro iluminada, y se dio cuenta demasiado tarde de que el hombre se dirigía hacia él.

¿Qué hago?, se preguntó en una fracción de segundo.

El trayecto hasta los andenes del metro era un dédalo de niveles. Primero, la escalera que estaba bajando a saltos, luego un descansillo en torno a las paredes de cristal del ascensor, después otros dos peldaños al nivel donde se compraban los billetes, y desde donde unas escaleras mecánicas llevaban a otro descansillo y otras escaleras mecánicas antes de llegar al fondo, a los andenes.

Tal vez pudiera engañar al hombre que lo seguía si lo esperaba en el nivel de las expendedoras de billetes y luego volvía a subir por las otras escaleras cuando su perseguidor bajase. Si conseguía volver a la calle, ya se encargaría de sacudírselo de encima.

Pero el tipo se detuvo en el primer rellano, mientras sacaba del bolsillo el móvil y trataba de adivinar cuál sería el siguiente movimiento de Marcus.

Llama para pedir refuerzos, pensó Marcus. Así que no quedaba más remedio que seguir bajando.

Aunque parezca extraño, en aquel momento, aparte de ellos dos, no había nadie en la nave, y ante él solo se abría el pozo estéril y gris que bajaba hasta los andenes, con las puertas de cristal automáticas que daban a las vías.

—¡Para, Marcus! —gritó el hombre con acento eslavo en el resonante silo de cemento, cuando Marcus echó a correr de pronto hacia las escaleras mecánicas de la derecha, que llevaban al siguiente nivel.

Tal vez consiga llegar a los andenes antes de que él pueda reaccionar, y volver a subir en la otra dirección, si es que se puede hacer, pensó justo antes de ver que el hombre que lo perseguía se arrojaba hacia la escalera mecánica de la izquierda. Entonces Marcus echó a correr escaleras abajo, igual que su perseguidor, y al final de la escalera tomó el siguiente tramo, que bajaba hasta los andenes. En aquel último tramo las dos escaleras discurrían muy cerca una de la otra, y solo los separaban unos paneles bajos de cristal. Oyó detrás ruido de pasos rápidos, y alcanzó a girar en el instante en que su perseguidor se ponía a su altura y extendía el brazo sobre la barandilla mecánica para agarrarlo.

Trataba de evitar su brazo a puñetazos cuando el hombre se inclinó sobre la barandilla, y de pronto estuvo tan cerca que Marcus olió su mal aliento. Luego su mano se cerró en torno al cuello de Marcus con tal fuerza que a este le pareció estar atrapado en un tornillo de banco.

Sabía que los pasajeros que esperaban abajo no tenían ni idea de lo que sucedía. Y si la tenían no iban a entrometerse. Se concentrarían en el tren sin conductor que entraba ahora al espacio del andén, tras las paredes de cristal; así era, lo sabía. Dentro de unos segundos se abrirían las puertas de cristal del andén y las del tren, y desaparecerían. Por eso no valieron de nada los repetidos gritos de ayuda que profirió mientras el hombre lo levantaba en volandas y lo pasaba por encima de la barandilla a su escalera mecánica. Por un momento, Marcus agitó brazos y piernas sin ningún resultado, pero entonces uno de sus pies encontró apoyo en la barandilla mecánica y pudo empujar con fuerza; como consecuencia, tanto su atacante como él se vieron

arrojados por encima de la barandilla, directos al vacío.

Marcus gritó mientras rodaban los tres últimos metros.

Cuando chocaron contra el suelo oyó un crujido debajo, como de una o dos costillas rotas. Lo cierto es que el hombre estaba gimiendo, y le costaba respirar, por el golpe.

Marcus se puso en pie de un salto y traspasó las puertas del tren mientras el hombre se llevaba la mano a las costillas y trataba de incorporarse. Lo último que vio Marcus fue que con una mirada furiosa y dolorida se llevaba el móvil a la oreja.

En el vagón todos lo miraban, pero no comentaron nada sobre lo ocurrido. Ningún consuelo, pese a que estaba a punto de llorar, pero tampoco ninguna condena.

Bajó uno de los asientos abatibles y se sentó junto al pasillo central, desde donde veía el mar de luz del túnel por el gran ventanal de la parte delantera del tren. No sabía ni en qué dirección iba ni adónde iba a parar. Lo único que sabía era que cuanto más tiempo pasara hasta que se apeara, mayor era la posibilidad de que hubieran desplegado sus tropas.

Ni siquiera sabía a qué se enfrentaba. ¿De dónde había salido aquel hombre? ¿Llevaba todo el día allí, tras la columna con información de las líneas, esperando? ¿Y a quién había telefoneado?

Marcus se estrujó las manos y todo se entremezcló. El sonido de los motores eléctricos que lo impulsaban hacia lo desconocido. El *ding dong* de los altavoces y la voz que anunciaba la próxima estación, Frederiksberg. Los pasajeros sentados miraban impávidos la luz fría, mientras el reflejo blanco como la nieve de las puertas de entrada de la estación le advertían de que tenía que decidir qué hacer en ese momento.

¿Debía apearse o seguir hacia Vanløse, y desde allí caminar hasta la casa donde vivía Tilde? ¿Podría hacerlo?

Cuando entraron en el andén acristalado, su mirada siguió los movimientos de la gente. Todo parecía estar en calma. Miradas tranquilas dirigidas hacia el centro de las puertas de cristal antes de que se abrieran. Estudiantes de vuelta a casa. Publicidad de gafas, paneles informativos y expendedoras de billetes, nada más.

Marcus se colocó junto a la puerta abierta y oteó los alrededores. Todo seguía en calma.

Luego salió del vagón, porque ya había decidido qué hacer. Iba a alejarse de zonas expuestas y volver a su torre. En aquel momento, los obreros estarían recogiendo sus herramientas, y dentro de poco habría paz. Por eso, ahora debía subir a la calle y alejarse de allí. Tomaría Falkoner Allé y Frederiksberg Allé, y seguiría hacia el centro por el lado más seguro de Copenhague. Saldría bien, siempre que no hubiera alguien allá arriba esperándolo.

Miró a ambos lados y eligió la escalera más lejana del centro comercial Frederiksberg Centret. Si estaban ya allí, esperarían que escogiera el camino en el que más probabilidades había de entremezclarse con el gentío. Por eso precisamente tomó

la otra escalera.

Le faltaban unos cuarenta escalones para salir a la calle.

No había recorrido la tercera parte del camino cuando dos rostros de mirada alerta aparecieron en el extremo de la larga escalera, y, por instinto, Marcus dio la vuelta y bajó corriendo.

En el andén opuesto había un tren parado con las puertas abiertas. Por desgracia, iba en dirección al Forum, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ya había entrado el último pasajero, y Marcus saltó cinco escalones de golpe y oyó pasos corriendo por detrás cuando se coló a duras penas entre las puertas de cristal que encerraron el tren dentro del andén acristalado. El tren se mantuvo quieto mientras cerraba sus puertas, y los dos hombres de pómulos esclavos y rostros frustrados se quedaron golpeando las puertas de cristal del andén.

Seguro que un mes antes aquellos hombres andaban por las calles de ciudades como Liepaja y Palanga soñando con el oro de Occidente, y ahora se les había escapado, era algo obvio. Allí comprendió Marcus que el precio que habían puesto a su cabeza era elevado, y que todos los delincuentes de Copenhague andaban buscándolo.

Cuando pasaron de vuelta por la estación del Forum, se tumbó medio de costado sobre dos asientos abatibles empapados, pero alzó la cabeza con sumo cuidado para ver si su perseguidor continuaba allí.

Allí estaba, pero sentado en el suelo contra un cartel publicitario y apretándose el pecho con los puños cerrados. Estaba alerta, pero herido y dolido. Seguía con el móvil en la mano.

En la estación de Nørreport subió por la escalera mecánica más alejada, sabiendo que, si lo esperaban arriba, estaría más que preparado para correr hacia el Jardín Botánico y el parque adyacente, y ocultarse allí.

Eligió a una mujer, y en el último tramo de la escalera mecánica se mantuvo tan cerca de ella que la mujer se molestó. Pero la situación podía empeorar, porque si se le acercaban demasiado, iba a empujar a la mujer hacia ellos.

Arriba, en la calle, todo parecía anodino y pacífico. Había dejado de llover, y masas de gente volvían del trabajo por las calles transversales.

Entre este gentío pasaré desapercibido, pensó, y se dejó llevar por la corriente hacia el centro. Desde allí tomaría el autobús, por si acaso.

Porque ahora ya sabía a qué se enfrentaba.

Cuando el autobús pasó por el edificio del Palads, donde no hacía mucho había estado a punto de perder la vida, vio sombras por todas partes. Hombres parados junto a semáforos. Hombres sin hacer nada en medio de la multitud. Hombres que estaban allí, sin más.

Te está entrando la paranoia, Marcus, pensó, e intentó enderezar un poco la espalda en el asiento de la última fila. Ostras, no podía ser que todos lo quisieran mal.

Cuando el autobús redujo la marcha y pasó lentamente frente a la Estación Central, reparó en un grupo de hombres discutiendo acalorados antes de la parada. Y, aunque no había entre ellos rostros conocidos, se inquietó. Déjate de tonterías, se reprochó. Una parada más y estamos en Tivoli, allí estaré seguro, se dijo.

Aun así, se contrajo en el asiento, sin quitar ojo del grupo de detrás durante la parada. Aparte de dos tipos negros, el resto parecían europeos del Este. Hombres huesudos con aspecto de haber pasado una vida dura desde niños.

Marcus miró adelante para controlar quién subía al autobús. Al parecer se trataba de gente variada, pacífica.

Aspiró hondo, aliviado, y sintió en el cuerpo el dolor causado por el accidente que había sufrido unas horas antes. Le dolía, pero a pesar de todo debía estar agradecido. ¿No seguía acaso con vida?

El autobús acababa de ponerse en marcha cuando divisó una sombra moviéndose rápido por la acera. Uno que ha perdido el bus, pensó, y vio a un joven negro con una camiseta verde de baloncesto que lo miraba a la cara mientras el autobús se alejaba.

Marcus se volvió en el asiento y lo vio correr tras el autobús como un perro ladrando. Ligero, cimbreado, demasiado rápido.

Marcus se puso en pie con todos sus sentidos alerta, y se colocó junto a la puerta de salida. Por suerte, el semáforo estaba verde cuando el autobús torció por Tietgensgade, así que le llevaba una buena ventaja al chacal que lo perseguía.

Se apeó de un salto en la parada del museo Glyptoteket y cruzó la calle por detrás del autobús, rodeado de coches tocando la bocina. Más allá, el negro ya había girado en la esquina y estaba a mitad de camino, así que Marcus asió un par de billetes del bolsillo y renqueó hacia la entrada trasera del parque de atracciones.

Se quedó paralizado. La puerta estaba cerrada.

Miró al tipo, que corría hacia él, y en aquel momento percibió que se encendía la luz azul de un coche patrulla en la esquina opuesta de H. C. Andersens Boulevard. Al parecer, el coche patrulla había estado esperando junto al restaurante Great China, y ahora atravesaba el tráfico directo hacia él.

Era una situación apurada para Marcus. Si trataba de correr hacia Rådhuspladsen o hacia el puente que había en la dirección opuesta, su perseguidor le daría alcance. Si intentaba cruzar el H. C. Andersens Boulevard, iba a caer en brazos de la Policía.

De hecho, solo le quedaba un camino, que era saltar la verja y entrar en Tivoli.

Se arrojó sobre la verja que estaba a la derecha de la puerta de entrada cerrada, donde el poste de la esquina separaba las verjas arqueadas, dejando el sitio justo para colarse. Desde allí oyó que el coche de la Policía se detenía en medio del carril de bicis y vio que su perseguidor frenaba al ver los destellos azules. Al menos tuvo algún efecto positivo.

Una vez dentro del parque, miró alrededor, y después decidió tomar las escaleras junto a un carrusel con animales de todos los tamaños. Había visto uno igual en Italia, pero nunca se había subido. La verdad es que nunca había probado nada así, pensó, mientras cruzaba de un sendero a otro y pasaba junto a niños en barcas, en la montaña rusa, dando gritos de alegría, o cuyos padres les compraban helados. A Marcus se le hizo un nudo en la garganta. Nunca se había sentido tan abandonado como allí, en aquel barullo de rostros felices y despreocupados.

Vio que más luces destellantes se habían agrupado tras los barrotes de las verjas que daban a las calles adyacentes, pero donde estaba en aquel momento no iban a agarrarlo, porque conocía el sendero que iba de la parte trasera del teatro de guiñol hacia el solar en construcción contiguo a Tivoli como la palma de su mano. Y seguir desde allí por detrás de los restaurantes y luego trepar por el entramado de vigas de acero y cemento era pan comido para alguien como Marcus.

**E**l solar estaba prácticamente desierto. Solo un par de obreros se demoraban en las casetas de obra de la entrada, pero allí arriba, donde estaba él, su única compañía eran el viento y el panorama de la ciudad.

Se sentía como un gavián que se cierne inadvertido sobre los prados, con la mirada alerta al menor movimiento.

Ahora se daba cuenta de lo cerca que estaban. Allí abajo husmeaban el menor rastro que pudiera indicarles dónde y cómo se había esfumado. Los coches de la Policía habían desaparecido, pero a ellos no los temía tanto.

Era el tipo negro quien más miedo le daba. No solo a causa de su mirada, cuyo fondo era incapaz de sondear, y tampoco debido a su cuerpo nervudo y movimientos seguros. Lo temía porque no comprendía qué hacía allí un hombre como aquel.

En los escalones de entrada a la Estación Central había visto a dos africanos. Pero cuando cerraba los ojos y se concentraba, veía también a una mujer negra tras ellos, que no perdía detalle. Le pareció que eran ellos los que dirigían el grupo. Al menos, los hombres que los rodeaban le parecieron unos flojos.

¿Qué hacían aquellos en Copenhague? Esa era la cuestión. ¿Quién había puesto a aquellos africanos tras sus huellas?

En su opinión, no podía ser Zola. Recordaba claramente la vez que dos hombres afroamericanos quisieron ser aceptados por el clan, cuando vivían en Italia, y las

duras palabras que cruzó Zola con ellos. No, los negros no eran bienvenidos en su casa.

Pero entonces, ¿quién?

Sacó su libro, que había leído muchas veces. Era el libro que robó a la familia la primera mañana después de fugarse. Cuando lo leía era como si las palabras lo aliviaran desde la primera página, incluso el nombre de la protagonista del libro, Nicky, lo ponía de buen humor. Una mujer de carácter fuerte que vencía a fuerzas superiores, pese a no tener ni tamaño ni fuerza física. Una mujer que no se sentía a gusto en la sociedad en la que vivía, pero aun así...

Apartó el libro y arrugó el ceño.

Los ruidos procedentes de abajo eran casi inaudibles, y fue precisamente eso lo que puso en marcha el bombeo de adrenalina. Los solares en construcción suelen estar llenos de sonidos estridentes y atronadores, y tras cerrarse la obra no debería oírse nada.

Pero se oía.

Se dirigió al hueco del ascensor y escuchó con atención. Seguía oyéndose el sonido, solo que algo más intenso. No eran pasos corrientes, sino más bien ese chirrido que se produce cuando unos dedos mojados se deslizan sobre el plástico.

Están aquí, pensó, y lo supo con seguridad.

Ya estaban allí, y si eran los negros, no iban a ser como los demás a quienes se había enfrentado.

Los chirridos se oían con claridad, procedentes de ambas direcciones. Por una parte, debajo del hueco del ascensor, y por otra, junto a las escaleras. Así que las vías de escape que tenía a su disposición estaban bloqueadas.

Entonces oyó que hablaban entre ellos. ¿Era francés?

Miró alrededor. En el amplio espacio no había ningún escondite, aparte de un par de sitios evidentes que registrarían de inmediato.

¿Por qué se le había ocurrido subir desde el cuarto piso? Ahora estaba a demasiada altura para saltar.

Aquí pueden matarme sin problemas, pero me defenderé, que no se hagan ilusiones, se dio ánimos, mientras su piel se acaloraba y la respiración se hacía más profunda.

La barra de hierro que recogió del suelo era de las que, si te daba de lleno, no lo contabas. La asió con ambas manos y la dirigió hacia las escaleras como si fuera una espada luminosa de Jedi.

No quería llorar. Los rostros duros de sus perseguidores no iban a verlo desmoronarse mientras se le acercaban. No iban a ver lo que Zola provocaba en la gente cuando se le enfrentaba. No iban a poder decir nada así cuando terminaran con él.

El primero que salió de la escalera no era el que había corrido tras el autobús. No veía su rostro, porque tenía detrás el sol bajo, pero la camiseta amarilla era



inconfundible. «Lakers 24», ponía.

—*Hello, kiddie* —dijo el hombre con voz velada—. *Come here to me!*

Se quedó a distancia y le hizo señas con las manos para que se acercara, mientras Marcus retrocedía hacia la parte de Vesterbro. Cuanto más cerca estuvieran del borde, mayor era la probabilidad de que pudiera arrastrar al tipo en la caída. Aquella maniobra ya la había hecho antes aquel día.

Alzó la mirada. Detrás del hombre negro giraba la noria de Tivoli con sus luces multicolores, mientras niños y adultos daban gritos de júbilo. Dentro de poco, desde luego antes de que se detuviera la rotación de la noria, iba a morir, sin que nadie supiera quién era y en qué podía haberse convertido.

Pese a todo, la tristeza producida por la súbita revelación hizo que le brotasen las lágrimas.

—*Poor boy!* —dijo el negro. Aún no había sacado ningún arma, pero Marcus sabía que lo haría.

Con un poco de suerte, quizá pudiera sorprenderlo si corría hacia el hueco del ascensor y saltaba. Marcus sabía que el otro estaba en el piso de abajo, pero si se dejaba caer más de un piso y cruzaba la barra de hierro en la abertura del primer piso, tal vez pudiera salvar el pellejo. Tal vez.

Dio un paso lateral, pero el tipo que tenía delante leyó sus pensamientos y le cerró el camino.

Marcus no podía hacer nada, salvo esperar.

Cuando la distancia entre ellos se redujo un par de pasos, Marcus pudo verle la cara. Era mayor que él, pero, pese a las arrugas de su rostro, no más de cinco o seis años. Le cruzaba el rostro una cicatriz que era una línea blanca, y tenía el ojo izquierdo medio cerrado. Tenía pinta de ser un guerrero, pero en su rostro no se apreciaba furia, rabia ni agresividad. Casi parecía un carpintero a quien faltara por clavar el último clavo del día. Tranquilo, decidido y frío como el hielo ante la situación.

Entonces sacó el cuchillo.

Marcus embistió un par de veces con la barra, pero sabía que en cualquier momento el tipo iba a blandir el cuchillo y lanzárselo al pecho con todas sus fuerzas. Porque era uno de esos cuchillos de empuñadura corta y hoja de doble filo acerado.

Si la barra no hubiera pesado tanto, habría podido lanzársela, o detener el lanzamiento del cuchillo con un golpe de béisbol, pero Marcus no tenía fuerzas, así que se acercó al borde y esperó.

En los segundos que pensó que serían los últimos de su vida, oyó un coche abajo, en la calle, tocando insistente la bocina a otro. Pero el ruido no subía directo de la calle, sino que le llegaba como una fanfarria retorcida y atronadora justo al lado de donde se encontraba Marcus.

Giró la cabeza y vio la parte superior del tubo de los escombros, que era una serie de cilindros de plástico unidos unos a otros, por los que los obreros arrojaban los

restos. Marcus apretó los dientes y saltó a un lado mientras lanzaba la barra a su atacante, de modo que rebotó en el suelo y le golpeó la pantorrilla. Luego asió el borde del conducto y saltó de pies a su interior.

Oyó que el tipo maldecía, y soltó la presa del borde de plástico.

Los cilindros estaban articulados, y en cada una de las transiciones Marcus perdía algo de velocidad. El cabrón de arriba no iba a poder seguirlo por allí, pensó, porque era demasiado grande.

Entonces oyó ruido más arriba.

Dios mío, pensó, mientras los restos de escombros le arañaban la piel. A pesar de todo va a alcanzarme, ¿cómo diablos puede haberse metido en el tubo?

Por un breve instante divisó luz abajo, antes de caer en un rincón del contenedor de escombros, en el que lo recibieron restos de lana de roca y montones de envoltorios de plástico.

Miró hacia los ruidosos conductos, mientras el escozor de la lana de roca se extendía por su cuerpo.

Giró a un lado y asió una tabla de encofrado con clavos afilados en un extremo. En el momento en que apareciera el tipo al final del tubo, iba a apuntar a la cabeza y golpear.

Pero el cazador negro no llegó tan lejos. En algún lugar a medio camino debió reconocer que pese a todo era demasiado grande, y del tubo surgieron juramentos y maldiciones que parecían notas desafinadas de un instrumento de viento.

Marcus se llevó la mano a la nuca y retiró lana de vidrio y de roca, mientras los pasos a la carrera del otro hombre retumbaban por la estructura.

Luego saltó fuera del contenedor, trepó por la verja y corrió hacia Rådhuspladsen, medio cegado por la lana de roca que se le había pegado a las pestañas, y atormentado por el escozor provocado por el material aislante en su cuello y piel.

No se atrevió a mirar atrás hasta que llegó al principio de la calle peatonal Strøget. Desde allí vio, en medio de la acera bajo el inmueble en construcción, a una mujer bien entrada en carnes y negra como la noche, siguiéndolo con la mirada.

Así que se olvidó de su pierna mala y siguió corriendo.

Cuando llegó al canal de Frederiksholm y al puente de mármol que lleva al antiguo picadero de Christiansborg, casi había enloquecido por el picor. Su ropa estaba cubierta de material aislante, y si se rascaba era diez veces peor. Miró la oscuridad del agua del canal y pensó que tal vez pudiera librarse de las astillas de roca de la ropa. Así que bajó los escalones hacia el atracadero de pequeñas motoras y se arrojó al agua.

Dio un par de brazadas con una mano, mientras con la otra frotaba la ropa. Estaba fría, pero sintió algo de alivio.

Una mujer se detuvo en medio del puente y le preguntó si estaba bien, y él dijo que sí y volvió a sumergirse para quitarse otra capa de millones de astillas. Cuando salió a la superficie había un par de tipos trajeados junto a uno de los coches

aparcados en la calle del canal riéndose de él, mientras uno de ellos se llevaba el índice a la sien para mostrar lo desquiciado que les parecía su proceder.

En aquel momento, Marcus reparó en el hombre que venía corriendo por Rådhusstræde.

Largaos, pensó, cuando los dos hombres empezaron a señalarlo, pero era demasiado tarde.

En el otro extremo del canal, junto al puente Stormbroen, el perseguidor de camiseta verde de baloncesto había olfateado su rastro y ahora pensaba en qué táctica sería la más conveniente.

Marcus estaba atrapado, mientras aquellos dos payasos se metían en el coche, felizmente ignorantes de que acababan de clavar la tapa de su ataúd.

¿Qué podía hacer? Nada.

Escapara adonde escapase, el tipo podía seguirlo por la calle del canal. Y si trataba de salir del agua, aquel guepardo iba a hincarle rápido los dientes. Para Marcus, la única posibilidad era esconderse tras uno de los barcos anclados en fila y esperar a que el maldito sol se pusiera.

Luego volvió a sumergirse, pero esta vez debajo de los barcos, donde buceó hacia el punto donde acababa de estar el negro. Probablemente correría hacia las escaleras que había usado Marcus, así que se trataba de sumergirse bajo tantos barcos como pudiera, tan lejos como pudiese.

Y si el tipo, contra todo pronóstico, se arrojaba al agua, él podría esconderse bajo un barco cada vez, hasta llegar a Stormbroen, y luego intentaría subir a la calle sin que lo vieran.

Si al menos pudiera llegar a un lugar muy transitado, tal vez hubiera una posibilidad.

Pero el tipo no saltó al agua. Lo que hizo fue pasar al atracadero, y a continuación se puso a caminar sin prisa junto a los postes de amarre, barco tras barco.

Era evidente que se tomaba su tiempo y se quedaba quieto con cada barco junto al que pasaba. Quería asegurarse de que Marcus no había subido a uno de ellos para acurrucarse en el fondo, o que no estaba agarrado al borde de un barco, ni sumergido, soltando burbujas a la superficie.

Y se fue acercando poco a poco, mientras caía la noche, dejando el agua y su entorno sumidos en la sombra.

Llegó hasta el barco anterior adonde estaba Marcus, y este se sumergió, pero oyó de inmediato un chapoteo detrás.

Un par de brazadas febriles más tarde, subió a la superficie y vio el rostro casi invisible del negro tan cerca de él que dio la vuelta y se alejó nadando tan rápido como pudo.

Por un momento la distancia entre ellos aumentó, pero luego le fallaron las fuerzas, y el hombre negro nadaba con mayor estabilidad.

Oyeron a la vez el barco que hacía el trayecto de los canales, entrando de la zona

portuaria abierta. Los dos se quedaron quietos un momento para sopesar la situación y ver a qué se enfrentaban.

El barco tenía la proa en punta y era rápido, y se dirigía directo hacia ellos, así que no era cosa de broma. Marcus nadó con todas sus fuerzas hacia el puente de piedra. De los tres arcos, el de la izquierda estaba ocupado por una lancha rápida, y los otros dos estaban vacíos.

Si trato de atravesar buceando el de la derecha, me seguirá, pensó Marcus, agotado por el peso de la ropa. Y si tomo el del centro, el barco me arrollará.

Eligió por instinto el arco derecho, pensando que tal vez lograra llegar hasta el otro lado antes que el barco y gritar a los pasajeros que estaba en peligro.

Pero algo le decía que no iba a llegar tan lejos. Oyó las brazadas seguras que llevaron hasta él al perseguidor, que en el mismo movimiento lo arrastró bajo el agua antes de que tomara aire. En la oscuridad vio los ojos blancos del hombre, que estaba ahogándolo en su poderoso abrazo. Lo vio con una claridad lacerante. Dio un silencioso grito ahogado y agitó las piernas para subir a la superficie, mientras el ruido del motor y las hélices del barco avanzaban hacia ellos.

Entonces Marcus liberó un brazo y pudo sacudirse de la presa lo bastante para apuntar directo a los ojos del negro con los dedos estirados.

El tipo abrió la boca y soltó una nube de burbujas a la superficie cuando Marcus dio de lleno en las pupilas.

Emergieron a la vez, como corchos, a la superficie, el negro cegado momentáneamente y Marcus dando brazadas desesperadas hacia el arco del medio.

El barco estaba tan cerca que se oía con total claridad lo que los pasajeros bebidos del interior de la cabina cantaban y gritaban.

En aquel momento oyó un rugido detrás y vio a su perseguidor, sangrando de un ojo y abriéndose camino en el agua hacia él.

Marcus volvió a sumergirse.

Debajo del agua vio que la proa azul del barco pasaba por encima, y con un esfuerzo dio la brazada que lo llevó hasta el otro lado, donde se agarró a una de las defensas que colgaban de la borda.

Sintió un tirón en el brazo cuando salió arrastrado a la superficie, y aunque no quería hacerlo, gritó, sin que nadie del barco reaccionara.

Tal vez fuera lo mejor. Tal vez su perseguidor, en el agua al otro lado del barco, pensara que el barco había pasado por encima de Marcus. Estaría bien que lo pensara.

Marcus se dejó arrastrar por el agua con la seguridad de que había escapado.

Sonrió un momento cuando vio la cabeza negra flotando entre los rizos de la estela.

La cuestión era si el otro también lo habría visto a él.

Carl se encontró con Gordon en el antedespacho de Eriksen. Botas safari, pañuelo gris al cuello y pantalones de pana. ¿Aquel tipo esperaba de verdad que lo tomaran en serio con aquel atuendo?

—Vaya, has llegado pese a todo —comentó el payaso con esa clase de arrogancia que se curaba con un par de azotes en el trasero.

Aquel iba a ser un interrogatorio entretenido.

Eriksen parecía muy cansado. No como alguien que lleva todo el día trabajando, sino más bien como alguien que lleva toda la noche trabajando, y además ha tenido un accidente.

—¿Qué ha sido? —preguntó Carl señalando con la cabeza el esparadrapo que llevaba en la nuca.

—¿Esto? —dijo, llevándose la mano allí—. Nada, tonterías. Cosas que pasan cuando bajas demasiado rápido las escalinatas de entrada a casa.

Gordon hizo un gesto afirmativo.

—Sí, de pronto te tuerces el tobillo y no te puedes levantar.

—Exacto —repuso Eriksen, sonriendo con demasiada familiaridad al payaso.

Las comisuras de Carl cayeron. Si aquel imbécil había pensado dictar lo que debía decir el interrogado, no iba a ser tarea fácil.

—Puedo decirle que hemos hablado con la compañera de William Stark, Malene Kristoffersen, y con su hija —expuso Carl—. Y han rechazado con vehemencia la sospecha de pedofilia que sugirió usted el otro día. Ya sé que en esas situaciones los más cercanos suelen reaccionar así, por supuesto, pero no hemos encontrado nada que pudiera sostener su sospecha. ¿Tiene algo que decir, que añadir tal vez?

—No lo sé —respondió Eriksen, frunciendo los labios, pensativo—. Cada uno ve lo que ve, y a veces lo interpreta mal. No fui yo, sino ustedes, quienes introdujeron el tema, y así es fácil establecer asociaciones.

Sacudió la cabeza.

—No puedo decir que tenga nada más concreto sobre eso, así que lo siento si los he llevado a un callejón sin salida.

Carl aspiró por las comisuras. No se sentía demasiado bien, y, además, estaba confuso por el cambio de actitud de Eriksen. Era como si le hubiera sucedido algo desde la vez anterior. Como si el camello estuviera alargando el cuello hacia otro objetivo más sabroso.

—Un despacho estupendo —dijo Gordon sin motivo aparente, mirando alrededor—. Yo creía que el Ministerio de Exteriores estaba en un edificio antiquísimo.

¡Válgame el cielo! ¿Qué se había pensado? ¿Que trabajaban para una revista de interiorismo?

Carl se obligó a reír con aire de disculpa.

—Es que Gordon está a punto de terminar Derecho, así que trabajar en la Administración podría venirle como anillo al dedo. Y hay que sondear el terreno, claro.

El larguirucho pareció sorprendido.

—En absoluto, qué va, yo no...

El rayo que le envió Carl podía derribar un buey, y lo hizo callar. A pesar de su clamorosa falta de autocrítica y sus delirios de grandeza, el chaval debía de haber entendido quién llevaba la batuta. Ya era hora, joder.

—Quisiéramos información más concreta sobre el proyecto que llevó a Stark a Camerún —intervino Carl—. ¿De qué se trataba exactamente? Sabemos algo sobre eso, pero nos gustaría conocer también su versión.

El hombre frunció el ceño. ¿Era una pregunta incómoda o solo estaba pensando?

—En realidad es un proyecto pequeño, dirigido en principio a paliar el hecho de que gran parte de los pueblos primitivos del mundo sufre porque la civilización entra en sus reservas. En este caso se trata de una tribu de pigmeos denominada baka, que vive en la parte de la selva congoleña de Dja, en la parte sur de Camerún. Es un proyecto de ayuda simple, cuyo objetivo es compensar la caza furtiva y la abusiva explotación de madera que sufre la jungla. De hecho, esas tribus, que aún viven en chozas de paja en condiciones bastante primitivas, ya no pueden alimentarse, a menos que se haga un considerable esfuerzo para conseguirles cultivos y unas condiciones de vida razonables. Por eso, el proyecto era bastante básico.

—¿Era, dice? ¿El proyecto ha terminado ya?

—No, pero está en las últimas.

—Mmm. ¿Y de qué manera se apoyaba a los pigmeos?

—Lo primero, mediante plantaciones de plátanos, cuidando de que cultivasen las tierras que rodeaban sus aldeas.

Carl lo miró un rato largo antes de formular su siguiente pregunta. Ya se daba cuenta de que Gordon, sentado junto a él, hacía crujir la silla de pura impaciencia, así que, como quien no quiere la cosa, puso un par de dedos en el muslo del muchacho y pellizcó. Menos mal que solo reaccionó dando un gemido de sorpresa, en el que Eriksen no se fijó. En aquel momento estaba demasiado atareado con la mirada escrutadora de Carl.

—Acabamos de enterarnos de que el proyecto lleva parado bastante tiempo —informó Carl—. Por lo que sabemos, ya no quedan ni plantaciones de plátano ni sembrados. ¿Puede dar una explicación?

Eriksen se llevó la mano al cuello y se rascó. Seguramente pretendía parecer tranquilo y despreocupado, pero algo lo había conmocionado. En opinión de Carl, probablemente no faltaban razones para ello.

—No lo entiendo —repuso—. Me extraña oírlo. Porque seguimos haciendo los pagos, y los seguiremos haciendo por lo menos hasta fin de año.

Carl repasó para sí las seis señales de que alguien mentía en un interrogatorio.

Varias de ellas eran evidentes en aquel caso. Eriksen tenía las manos plantadas en la mesa ante él, como si no se atreviese a moverlas. De pronto miró a Carl a los ojos sin pestañear. Tragó saliva un par de veces porque tenía la boca seca. Así que solo quedaba la parálisis y la ira para completar el cuadro. Pero Carl no deseaba llegar a tanto, porque entonces el flujo de palabras iba a frenar en seco.

—Siento presentar la información de ese modo —se excusó—. Pero para nosotros es importante comprender cómo es posible que un proyecto del que responde su departamento haya podido salir tan mal.

El hombre protestó. No enfadado, sino indignado. Otra señal más.

—Debo decir las cosas como son. El proyecto Baka era obra de Stark, y era muy bueno delegando el trabajo en los países receptores de la ayuda, cosa que, en el fondo, es la finalidad de las ayudas que concedemos. Este era un proyecto sencillo de los que, si haces bien tu trabajo, funcionan por sí solos.

—Vaya. ¿Me está diciendo que no ha habido ningún control del proyecto?

—Por supuesto que sí, pero en este caso ha sido un control más local. Ya le he dicho que no era un proyecto grande.

Carl miró de nuevo a Gordon. Viera lo que viese Lars Bjørn en aquel armatoste, no le quedaba más remedio que cerrar la puta boca. Parecía herido, claro, pero si un pellizco en el muslo podía hacer que estuviera callado, Carl estaba dispuesto a darle algunos más.

Giró la cabeza hacia su víctima, que estaba humedeciendo los labios con la punta de la lengua. Estaba dispuesto a defenderse, pero ¿por qué?

—¿Qué dimensiones tenía el proyecto? ¿Cuánto dinero tenía asignado?

Eriksen arqueó las cejas y sacudió la cabeza.

—No lo recuerdo con exactitud, pero desde luego era menos de cincuenta millones al año.

Carl echó la cabeza atrás. ¡Cincuenta millones al año! Por esa suma también él plantaría plátanos desde allí hasta la Conchinchina. ¿Cuánto trabajo policial podría hacerse con ese dinero? ¿A cuántos policías de patrulla se les podrían pagar las horas extras, y más? La cantidad de horas amortizadas ahorradas sería enorme.

—Pero para la semana que viene podré decirles la cifra exacta —añadió—. El que lleva el proyecto está de vacaciones.

Carl asintió en silencio.

—Bien, ya volveremos a eso. Y, por cierto, también nos ha llegado información de que el coordinador local del proyecto, un tal Louis Fon, desapareció unos días antes que Stark. ¿Le dice algo eso?

Más vale, pensó Carl. De lo contrario, allí pasaba algo muy grave.

—Sí. —Su cabeza se movió arriba y abajo—. Fue una historia extraña que nunca logramos esclarecer. Pero, por desgracia, ese tipo de cosas pasan en África. La gente desaparece, y algunas veces vuelve a aparecer. Hay muchas tentaciones, muchos peligros, y también muchas circunstancias que condicionan las cosas allí, y a veces de

forma inexplicable. Estamos hablando del segundo mayor continente del mundo, que de alguna forma es también el mayor cajón de sastre del mundo.

Carl no se lo tragó. Si hubiera dado detalles sobre el caso y hubiera profundizado en él, e incluso si, al contrario, hubiera negado haber oído hablar del hombre, podría haber colado. Pero venir con aquella clase de rollo universal solo podía significar dos cosas: el hombre ocultaba algo o bien se trataba de alguien que era un total incompetente en su trabajo. Y Carl no podía creer la segunda posibilidad.

—Vaya —dijo Carl—. Una historia extraña, aunque ya sé que al parecer allí ocurre a menudo. Pero de todas formas, en ese contexto me fijo en una coincidencia que me parece igual de extraña: a saber, que usted se encontraba en Somolomo el mismo día que Fon desapareció justo al otro lado del río. ¿Qué hacía allí?

Esta vez Eriksen se controló. Si estaba alarmado, al menos no lo mostraba.

—Sí, es verdad, pero había una razón. Estaba allí para comprobar que las cosas iban bien. Y la ocasión se presentó, porque tuve que ir al sur de Camerún para discutir otros proyectos, que por desgracia, debido a causas inescrutables, no se materializaron, porque pasaron a agencias de la Unión Europea. Depuración de agua para consumo humano, control de explotaciones forestales, cosas así.

—Y en su opinión ¿todo iba bien en Dja? —preguntó Carl.

El hombre sacudió la cabeza.

—No, me di cuenta de que las cosas iban muy retrasadas, y también traté de buscar a Louis Fon para pedirle explicaciones.

Gordon no pudo aguantar más.

—¿Fue tal vez la razón del viaje de Stark?

Carl habría podido matarlo allí mismo, pero en su lugar le dio otro pellizco en el muslo. ¿De qué coño iba?

Eriksen asintió, claro, le habían dado la respuesta gratis.

—Exacto. Stark viajó un par de días después para estudiar las cosas en profundidad. Por desgracia, en aquel momento no tenía tiempo para ocuparme de aquello.

Carl sopesó la situación. ¿Aquel René E. Eriksen era de esa clase de funcionarios que no dan un palo al agua, que dejan todo en manos de sus subordinados y se llevan el honor de los proyectos que salen bien y se sacuden de encima la responsabilidad cuando fracasan? Si lo era, podían entrar en juego todo tipo de escenarios, también aquellos en que William Stark se había aprovechado de la situación. Porque, al fin y al cabo, la cuestión era que Stark desapareció tras su última visita al país, y que, pensaba Carl, también había desaparecido un montón de dinero para la ayuda al desarrollo, que había ido a parar a los bolsillos equivocados. Podía haber indicios de que los bolsillos de Stark entraban en esa contabilidad, pero también de que otros habían participado en aquel circo. Gente que quizá deseaba largarse con todo el botín.

Carl proyectó hacia delante el labio inferior. De vez en cuando había que lanzarse.

—Creo que Stark no tenía la conciencia limpia y guardó para sí parte de aquellos



fondos —explicó.

Eriksen no pareció sorprendido al oírlo. Más bien serio y reflexivo.

—Tenemos revisores de cuentas, y no puedo creer que hayan pasado eso por alto.

—¿Esos revisores viajan a África a contar las plantas de las plantaciones de plátano?

—No, hombre, solo muy de vez en cuando. —Se permitió una sonrisa, pero a Carl no le pareció que hubiera razón para ello.

Cincuenta millones al año, ¡joder, vaya pasta gansa!

—Entonces solo usted y Stark podían descubrir si se estaban cometiendo irregularidades. ¿No le parece que eso les daba a los dos demasiado poder?

Eriksen se quedó callado un buen rato, mirando al infinito con los labios prietos. La expresión de su rostro no era vacía, sino más bien neutra, como cuando estás en una situación en la que sabes bien que no hay nada que hacer.

—Desde luego es espantoso, si es lo que está pensando —respondió al fin—. Y, de ser así, es responsabilidad mía.

—Debemos insistir en que profundice en la investigación.

El hombre hizo un gesto afirmativo, con las cejas arqueadas.

—Claro, por supuesto. Lo repararé todo junto con el secretario, que está ahora de vacaciones. Lo llamaré en cuanto se marchen. Y para el lunes por la tarde tendré el informe listo.

Dejaron a Eriksen pensando en las gestiones que tendría que hacer, casi paralizado en su silla, cosa que a Carl le encantó.

El motivo para la desaparición de una persona era la clave más segura para descubrir lo que había ocurrido realmente, y le pareció que cada vez se acercaba más a aquel motivo.

Estaba abstraído en sus ideas cuando Gordon lo interrumpió.

—La verdad, creo que estoy bastante crecido para que me pellizquen el muslo —dijo con los labios fruncidos—. Creo que la próxima vez que salgamos a trabajar juntos deberemos actuar con bastante más madurez. Me imagino que estarás de acuerdo.

Extendió la mano.

—¿Trato hecho?

Carl miró la escalera a medida que se acercaban. Un discreto empujón y unos saltos mortales escaleras abajo bien podrían provocar una pequeña ruptura de cervicales. Algo muy tentador en aquel momento.

Miró la mano extendida y se detuvo.

—Escucha, Gordon. Cuando hayas aprendido un par de cosas y pases el examen, conseguirás un trabajo de secretario en una lejana ciudad de provincias, donde administrarás pequeñas escaramuzas de las constructoras sobre el mantenimiento de sótanos. Entonces recordarás agradecido y contento la vez que Carl Mørck te llevó a un interrogatorio y evitó que la cagaras, ¿no te parece?

Gordon dejó caer la mano.

—Eres como un niño —sentenció—. Es lo que dicen de ti.

Las válvulas de seguridad de Carl estuvieron a punto de cerrarse. Una palabra equivocada más y estallaría, en medio de una institución estatal.

—Por cierto, me he dejado el fular en su despacho —continuó Gordon—. Sigue tú, yo iré más tarde.

Dio la vuelta y se largó. Era la perspectiva en que lo quería ver siempre.

**E**riksen se sentía acorralado. Le habían hecho unas preguntas molestas a más no poder. ¿De dónde sabían todo aquello? Lo de la desaparición de Fon. Lo de las plantaciones de plátano que no se plantaron. Si sabían aquello, seguro que sabían mucho más. Al menos fue lo que le pareció por momentos.

De no ser por el payaso que acompañaba a Carl Mørck en vez del árabe, tal vez Mørck le habría preguntado de repente algo que lo pillara por sorpresa.

Pero era posible que hubiera quedado el descubierto ya, no lo sabía. Aunque había controlado su mímica, aquel Mørck a veces lo miraba como si lo tuviera calado. Como si conociera toda la historia y solo estuviera esperando para soltarla.

Joder, qué día más horrible, menos mal que ya había pasado. Tenía un par de cosas que hacer, y luego desaparecería. El producto de las acciones del Karrebæk Bank estaba transferido, así que solo le quedaba conseguir documentación nueva. Había gente en Vesterbro que eran auténticos especialistas, Snap había alardeado tiempo atrás de conocer a algunos. René calculaba que sería cuestión de veinticuatro horas; luego iría a casa de Teis Snap a exigir la parte que le correspondía de las acciones de Curaçao.

Se subió las gafas a la frente y se frotó los ojos. Después de estar con Snap debía marcharse muy lejos. Ámsterdam o Berlín, le daba igual. Pero debía ser un lugar donde fuera relativamente fácil cambiar de apariencia. Podría conseguirlo si lo dejaban en paz un día o dos. Era suficiente.

Entonces llamaron a la puerta, y el picaporte giró.

Eriksen contuvo la respiración. Sus subordinados no entraban sin más, debían de ser los policías otra vez.

Fue el imbécil del joven el que asomó la cabeza, así que Carl Mørck vendría por detrás. ¿Qué habían descubierto? ¿Habían hablado con gente del antedespacho? No, qué tontería, no tenían nada contra él, no sabían nada.

—Perdone, teníamos una pregunta más que hacer. ¿Me concede unos minutos?

Eriksen bajó las gafas a su sitio. ¿Por qué venía solo? ¿Era un truco?

—He estado pensando en algo que ha dicho. Verá, mi padre también es alto funcionario, y siempre dice que si en alguna parte se lleva una contabilidad exacta de los gastos de viaje, es en la Administración estatal. Ya me doy cuenta de que en

Exteriores viajan más que en otros ministerios, pero sigue pareciéndome extraño que usted y Stark viajaran a la misma zona, muy lejos, en África, con un intervalo de tan pocos días. Debe de haber costado una fortuna. Ya sé que el proyecto Baka era de Stark, y que usted iba a otra cosa, pero ¿por qué no hizo usted las investigaciones que le encomendó a Stark? Esa es una pregunta. Y la siguiente: ¿qué proyectos fueron aquellos que no logró que salieran adelante? ¿No podía haberse encargado Stark de ellos, ya que debía viajar allí? No me malinterprete, pero aquellos viajes ¿no eran demasiado seguidos? Y la última: ¿esos viajes están realmente tan mal coordinados? ¿No hay un presupuesto especial para gastos de viaje que podamos ver? Porque si es así, nos gustaría verlo junto con lo demás el lunes por la mañana.

Eriksen se mantuvo en silencio durante la larga perorata. El tipo aquel era un imbécil, no cabía duda, pero las preguntas eran relevantes. Precisamente, había empleado mucho tiempo en convencer a los revisores de cuentas de la necesidad de aquellos dos viajes. Le valieron una bronca, pero había pasado mucho tiempo de aquello. No le convenía que se investigara más aquel asunto.

Por eso, no hizo caso de la suficiencia del tipo y le devolvió la sonrisa.

—Como es natural, tenemos instrucciones detalladas sobre cómo deben ser nuestras actividades de viajes, y por supuesto que tenemos también informes detallados sobre todos los viajes, sobre el objetivo de cada uno en particular y de qué cuenta se paga y por qué. Así que, en suma, por supuesto que pueden ver la documentación el lunes.

Gordon parecía alguien que hubiera conseguido una exclusiva, cosa que en cierto modo era verdad, si no fuera porque las listas y los documentos correspondientes nunca iban a entregarse. El pájaro habría volado mientras tanto.

El tipo le dio la mano, y se disponía a abandonar el despacho cuando de pronto levantó el dedo.

—Por cierto, que no se me olvide el fular esta vez.

Dirigió la mano al suelo, recogió un pañuelo de cuello gris y se despidió.

Eriksen se quedó mirando la puerta hasta que se convenció de que ya no iba a haber más sorpresas de esa clase.

En su mente no había la menor duda.

Aquel iba a ser su último día de trabajo.

**E**n cuanto el larguirucho apareció en el pasillo del sótano, Carl se dio cuenta, por la expresión de tonta alegría de su rostro, de que algo iba muy mal.

—Lo conseguí, Carl —dijo entre risas, mientras enseñaba el pañuelo en la mano—. Ya te habrás dado cuenta de que era un truco, ¿verdad?

Luego se dejó caer en la silla de enfrente.

—Como no me dejabas hablar, he tenido que usar un pretexto para volver.

—¿Qué has dicho? —Carl sintió que las ventanas de su nariz empezaban a vibrar —. ¿Te has permitido volver a hacer preguntas sin que yo estuviera presente?

—Sí, lo siento si lo desapruebas. Pero le he apretado las tuercas, Carl. Le he dicho que no era lógico que en el ministerio se hicieran dos viajes en tan poco tiempo a la misma zona y con gente del mismo departamento. Ha sonreído, pero creo que le he dado que pensar, caramba. Sí, de verdad, creo que he dado con algo.

En aquel momento algo dejó de funcionar en Carl. No era solo por el imbécil y por su descabellado embrollo, era pura desesperación, viniera de donde viniese. Una sensación lacerante en el alma, que se tradujo en que enseñó los dientes, mientras el corazón se saltaba algún latido y le brotaba el sudor.

—¡Largo, idiota! —gritó, mientras agarraba el borde de la mesa y la volcaba sobre el hombre con todo su contenido.

Gordon cayó hacia atrás, hacia la pared, pero se puso en pie de inmediato. Observó con fijeza a Carl, como si se hubiera vuelto loco, y luego se hizo a un lado y salió.

—¡Y esta vez cierra el pico, bocazas de los huevos! —gritó Carl a pleno pulmón mientras el tipo desaparecía.

Miró la mesa, que estaba de lado, con un caos de folios de expedientes e informes revueltos en el suelo, a su alrededor.

Entonces sintió en la zona del corazón una punzada que lo hizo jadear, pero no pudo. La sensación de ahogo era profunda e irreprimible. Los dedos se le contrajeron en espasmos, sus brazos se cerraron sobre su diafragma, y sus piernas se agitaban, como si el cuerpo estuviera expuesto a un frío enorme.

—¿Qué sucede? —oyó que preguntaba Rose, mientras él se deslizaba hasta el suelo y se quedaba con las piernas escoradas a un lado.

La sintió entrar y preguntarle enseguida dónde le dolía. Lo que no sintió fue cómo lo arrastró hasta la pared y lo apoyó en ella.

Cuando Rose le tocó el hombro, Carl prorrumpió en profundos sollozos y sintió un movimiento ondulante y creciente en el diafragma.

—¿Qué ha pasado, Carl? —preguntó Rose en voz baja, atrayendo su cabeza hacia sí.

Él no respondió enseguida. La piel, el olor y el aliento de ella hicieron que contuviera la respiración. La cercanía, la angustia y lo inexplicable lo llenaban todo.

—¿Quieres que pida ayuda, Carl?

Carl sacudió la cabeza, mientras el llanto daba paso a una respiración tenue y entrecortada.

—¿Te ha pasado alguna vez antes? —preguntó Rose.

Él trató de sacudir la cabeza, pero no pudo.

—Quizá algo parecido —balbuceó algo después, sin saber si era verdad.

Entonces Rose le pidió que escuchase su propia respiración y cerrase los ojos.

—En este momento no necesitas al mundo, Carl —dijo con calma, atrayéndolo

hacia sí y abrazándolo—. Ahora vamos a estar así hasta que te sientas mejor. No voy a ir a ninguna parte, ¿vale? Somos familia, nos guste o no.

Carl hizo un gesto afirmativo y cerró los ojos.

Aparte de ocurrírsele que era una mujer, no solo Rose, quien compartía su calma con él, escuchó su respiración y se cerró al mundo exterior.

Aquel día Boy reflexionó un buen rato sobre la ruptura.

Los años al servicio de Brage-Schmidt habían sido buenos, no había razón para quejarse, pero los tiempos habían cambiado.

Por eso estaba la maleta hecha sobre la cama del dormitorio del consulado, los mejores trajes estaban fuera del vestidor, las joyas y los relojes se encontraban bien ordenados en la pequeña caja fuerte de al lado. El billete de avión para el día siguiente ya estaba comprado.

Por razones obvias, no había hablado con Brage-Schmidt de su decisión, pero tenía que ser así. Había que saber retirarse a tiempo.

Habían sido unos años creativos, en los que Brage-Schmidt lo presentaba a menudo como su secretario y asistente, pero en los que en realidad, entre bastidores, le dio libertad para resolver los problemas y encargarse de las cuestiones que pudieran surgir. Eso incluía presionar a temerarios compañeros de negocios, lanzar falsas acusaciones en contra de competidores, firmar acuerdos para pasar piedras preciosas de contrabando con un proveedor de chalecos salvavidas para aviones. O aquella vez, cinco años atrás, en que hizo que Mammy y un par de sus chicos participasen en un robo ficticio al Karrebæk Bank para ocultar un déficit fatal. Por no hablar de diversas amenazas contra funcionarios y agentes de seguros en media docena de países. Sí, gracias a su vínculo con Brage-Schmidt no le había faltado casi nada. Podía incluir hasta asesinatos y secuestros llevados a cabo por subcontratistas locales o globales.

Y ahora iba a llevar a cabo una de aquellas misiones, por el bien del negocio y el suyo propio. Volvería a hacerlo una última vez, y después largo, ese era el plan.

Llevaba todo el día siguiendo los movimientos de Mammy. Habían dispuesto varios reclamos en diversos lugares de Copenhague, en forma de supuestos inválidos en sillas de ruedas, dispuestos a atrapar a Marcus si se acercaba demasiado. En Østerbro habían tenido que sacudir a unos ucranianos que se negaban a recibir sus órdenes, y en todas las estaciones del suburbano y en varias de las paradas de autobús más frecuentadas habían instalado a hombres que iban a cobrar la calderilla de diez mil euros si atrapaban al chico.

Aquel mismo día habían estado a punto de pillarlo. Aquello costó a uno de los niños soldado una herida de veinte centímetros en la cadera, antes de que lo sacaran del tubo de los escombros, y el otro andaba con un ojo tan inyectado en sangre que debía llevar gafas de sol para no llamar la atención. Casi lo habían atrapado, y fue fantástico, pero nada más.

Porque aquel chico era el ala de mariposa de Sudamérica que podía provocar una tormenta en Japón. El chico podía empujar las fichas de dominó y hacer que cayeran todas. Y Boy ya no tenía ganas de participar en aquel juego. Tomaba sus

precauciones por principio, porque Brage-Schmidt le había enseñado a poner los principios por encima de todo lo demás.

Si agarraban al chico, bien. Si no lo agarraban, o si llegaba a chivarse a la Policía, nadie sabía qué podía ocurrir. Zola lo tranquilizaba diciendo que era imposible que el chico supiera nada importante, pero entonces ¿por qué había ido la Policía al ministerio, al despacho de Eriksen? Se estaban acercando demasiado, así que en adelante Boy tendría su propia agenda.

Brage-Schmidt no iba a ser ningún obstáculo, por supuesto, pero sí que podían serlo un Eriksen sublevado y, sobre todo, Teis Snap. Snap era el único que había tenido línea directa con él y, si no la cortaba, podía convertirse en el tubo de plástico que se conectaba a las venas del condenado a muerte.

Mirado con frialdad, el intento de atentado contra Eriksen había sido un auténtico fracaso, así que seguro que el hombre tenía sus acciones danesas a buen recaudo. Boy le había telefoneado a casa poco antes, diciendo que era un colega, y su mujer le dijo que el gallina de él no había vuelto a casa del trabajo, y que no sabía dónde estaba.

Por eso, Boy creía que se habría largado ya, y no le importó.

Tampoco Zola era un problema grave. No sabía el número de Boy, porque este lo cambiaba siempre después de haber hablado con él. Tampoco se habían reunido nunca, y era él quien llamaba a Zola, y no al revés. Zola era un estúpido arrogante y egocéntrico, que, como un lemming, caminaba directo al abismo. La única duda era cuándo y cómo iba a hacerlo.

Con Teis Snap la cuestión era muy diferente. Se trataba de un tipo flojo que podía venirse abajo, y no convenía, porque sabía demasiado sobre los hilos de la trama, y podía señalar en todas direcciones si las cosas iban mal, que es lo que pasaba en ese momento. Se había arriesgado con los fondos de su banco. Se equivocó cuando eligieron a uno que hiciera la vista gorda en el ministerio. Era a él a quien amenazaba Eriksen, y era él quien se dejaba amenazar. Además, en aquel momento estaba en posesión del oro que buscaba Boy, es decir, el fajo de acciones no cotizadas por el que cualquier idiota podría ganar decenas de millones. De euros, no de coronas.

Y Boy tenía planes para llevarse consigo aquellas acciones.

**E**l largo sendero de gravilla que llevaba a la casa de Teis Snap en Karrebæksminde estaba bien cuidado y apartado. Uno se instalaba en sitios como aquel cuando deseaba espacios abiertos y relinchos de caballo alrededor, y precios de tierra razonables; así podía manifestar su extravagancia en forma de edificios y un parque móvil bien surtido.

Boy nunca había estado allí, pero pronto se dio cuenta de que si no quería arriesgarse a que alguien viera su coche subiendo a la casa, tendría que aparcarlo detrás de los edificios anexos, para que no se viera desde el patio de entrada.

Salió del coche y se quedó escuchando. Si había perros, eran lo primero de lo que iba a deshacerse. A Boy no le gustaba nada lo imprevisibles que eran muchas veces los perros del campo. De hecho, detestaba a todos los perros, a excepción del que había tenido él.

Eran cinco edificios en total. Establos blancos recién renovados y un edificio principal que mostraba a las claras que era su esposa quien decidía las cosas. Había pensado que todo sería aséptico y ostentoso, pero estaba viendo unas ruedas de carro colgadas de lo alto de la fachada, e hileras de emparrados con clemátides de flores rosas.

Boy escudriñó el patio. Aparte de un todoterreno negro y el inevitable Mini descapotable, no había gran cosa que llamara la atención; claro que también era suficiente.

Frunció el ceño y se quedó un rato con el dedo frente al pulsador de latón del timbre, pensando qué hacer en caso de que hubiera invitados.

Luego apretó y esperó.

La mujer se llamaba Lisa y, aunque parezca increíble, era la primera esposa de Snap. La vieja teoría de Brage-Schmidt era que la razón era la diferencia de edad, pero, a juzgar por las fotos, el físico de ella también pudo pesar lo suyo.

La oyó en el interior, pero no abría. Seguro que estaría mirando la imagen de la pantalla de vídeo vigilancia. Desde luego, la cámara apuntaba hacia él.

—Soy el secretario de Brage-Schmidt —se presentó, mirando hacia el objetivo.

Había muchas posibilidades, si es que la mujer oyó lo que había dicho. Lo más probable era que a pesar de todo no abriera; y en tal caso tendría que ir a la parte trasera del edificio y romper una ventana. Desde luego, iba a entrar.

—Ya veo. ¿Lo espera mi marido? —se oyó por un altavoz que no pudo localizar.

—Sí, ¿no ha vuelto a casa?

Así sabría a qué atenerse.

—En ese caso, puedo venir más tarde —continuó—. Habíamos quedado en que viniera a esta hora. Bueno, de hecho hace diez minutos, así que estará a punto de llegar. Pero puedo esperar fuera, hace buen tiempo. Y hay muchas flores bonitas que ver.

Se quedó quieto un momento, sonrió levemente, y después colocó sus manos enguantadas juntas delante del último botón de la chaqueta, como el empleado de pompas fúnebres que siempre está en segundo término cuando se despide a un difunto. Humildad y reserva, eso significaba la postura. Eran cosas que se sabían si habías tenido un maestro decente.

Transcurridos veinte segundos, la mujer abrió la puerta, y antes de que llegara a presentarse él la sujetó y le torció el cuello. Fue silencioso e indoloro, y seguro que ella ni llegó a enterarse.

Luego subió el cadáver al dormitorio, la dejó algo recostada sobre un montón de cojines y con el rostro vuelto, y encendió el televisor.



Hizo la ronda de la casa sin prisas. Boy sabía cómo registrar escondites sin revolverlo todo. Las cosas podían abrirse o levantarse de muchas maneras, pero si usabas las puntas de los dedos solía salir bien. Tardó media hora en registrar la casa, sin encontrar lo que buscaba. Eso complicaba la situación, claro, aunque no por ello esta era más inesperada.

Después de borrar lo grabado por la cámara de vídeo de la entrada, vio que el ordenador portátil de la esposa estaba encendido sobre una gran mesa negra pulida de la enorme estancia que ocupaba la mitad de la planta baja. No solo le interesaban las flores naturales, a juzgar por la página de subastas que se veía en la pantalla. También eran de su agrado los cuadros de flores, de lo que daban fe la cantidad de imágenes de arreglos florales en las paredes.

Tardó unos cinco minutos en escribir la explicación de Snap de por qué había asesinado a su esposa y luego cometido suicidio. Era muy sencillo: su actividad criminal había llegado a unas dimensiones que ya no podía controlar. El jefe de negociado, René E. Eriksen, tendría que asumir la responsabilidad de todo: el desvío de fondos, el asesinato de Stark. Todo.

Luego lo imprimió. Estuvo pensando en firmarlo, pero decidió esperar y dobló el papel por la mitad.

Después subió al dormitorio, se sentó en un sillón de orejas floreado, junto al tocador con frascos y papel de cartas y sobres perfumados dispuestos para recoger la palabrería de la señora de la casa, abrió las ventanas de par en par y su mirada se posó más allá de los campos mojados por la lluvia, mientras se disponía a esperar.

**L**a luz cegadora de los focos halógenos del Mercedes de Snap anunciaron su llegada casi un minuto antes de que entrara en el patio central.

Se oyeron sus movimientos. Los zapatos dejados caer en la entrada, y el maletín, en el suelo. Un bocado en la cocina y después escalera arriba.

Entró en el dormitorio con un plato en una mano y un vaso en la otra, y después cerró la puerta con la rodilla.

—¿Has tenido un buen día, cariño? —preguntó, colocando su refrigerio sobre la mesa de noche, mientras se volvía hacia la silla junto a la cama y empezaba a desvestirse—. El mío no ha sido para echar cohetes. Le he contado por teléfono a Brage-Schmidt el comportamiento demencial de René esta mañana. Que no le pase nada.

Rio, mientras giraba en calzoncillos y sin terminar de ponerse la chaqueta del pijama.

—¿Qué estás viendo? ¿Estás en otra parte?

Sonrió y la miró con la cabeza algo ladeada, mientras reflexionaba sobre la falta de interés de su esposa por su llegada.

—¿Estás cabreada? Ya te he dicho que vendría tarde. ¿Y por qué tienes las ventanas abiertas de par en par? Hace un frío de mil pares —dijo, dando la vuelta a la cama. Acababa de abrochar el último botón de la chaqueta del pijama cuando su mirada se cruzó con la de Boy.

El susto lo empujó hacia atrás. Boy nunca había visto una persona tan asustada.

—Cuidado, no te caigas —le advirtió mientras Snap se sentaba pesadamente en el pie de la cama, boquiabierto. Se veía en sus labios que la respiración se le había acelerado.

—¿Quién eres? —balbuceó, volviendo la cabeza hacia su esposa.

Y otro estremecimiento lo atravesó.

Unos minutos después, cuando el despojo humano se retiró entre sollozos del cadáver de su esposa, trató con esfuerzo de mirar a Boy a los ojos.

—¿Eres uno de los niños soldado contratado por Brage-Schmidt? Entonces, ¿por qué hablas danés?

Y, como Boy no decía nada, volvió a estremecerse.

—¿Quién te envía? Brage-Schmidt, no, nunca lo haría, ¿por qué habría de hacerlo? No voy a decir nada a nadie, él ya lo sabe.

Boy esbozó una sonrisa. A Snap debió de parecerle una provocación.

—¿Por qué coño sonríes? No tienes más que decir qué quieres. ¿Quieres un millón? ¿Quieres diez? Te daré diez.

Boy sacudió la cabeza.

—Solo quiero tu firma. Después me iré.

Snap no lo entendía. Su fuero interno se rebelaba contra aquella frase. Sus antebrazos temblaban, su cabeza se movía arriba y abajo.

¿Una firma?, se preguntaba. El hombre que tenía enfrente había matado a su esposa, ¿y solo quería una firma?

Boy sacó su papel doblado y lo puso en la mesa del tocador, frente a Teis Snap.

—Firma aquí. —Señaló el medio folio en blanco.

—¿Qué pone en el otro lado? No voy a firmar sin saberlo.

Boy se puso en pie, tranquilo, y alisó la chaqueta.

—Si no firmas va a ocurrirte lo mismo que a tu mujer. Contaré hasta diez. Uno, dos, tres, cuatro...

Luego sacó un bolígrafo del bolsillo interior y se lo ofreció a Snap.

—... cinco, seis, siete.

Snap tomó el bolígrafo.

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó, y el llanto al acecho hizo que se estremeciera una vez más.

—Firma —replicó Boy, señalando el espacio en blanco. Y Snap firmó. Con trazo tembloroso e irregular, como correspondía a la carta de despedida de un suicida.

—¡Gracias! —exclamó Boy—. Ahora dame las acciones de Curaçao y me marcharé.

—Pero has dicho...

—Dame las acciones. Sé que Lisa las trajo a casa en las maletas, y las maletas están vacías.

—¿De qué sabes tú eso? Solo se lo he contado a Brage-Schmidt. ¿Te lo ha contado él? ¿Es el cabronazo que está detrás de esto?

—Dame las acciones y sigue vivo. Tu mujer se ha roto el cuello. Se ha caído por las escaleras. Si dices eso a la Policía, te creerán.

Snap echó a llorar de forma descontrolada, y aquello fue un error. Cuando la gente se desmoronaba así, en aquella situación, nunca sabías si era capaz de tomar una decisión o actuar de forma racional. Y eso, en aquel momento, significaba «luchar por salvar el pellejo».

—Dame las acciones. ¿Dónde están? He mirado por toda la casa. ¿Tienes una caja fuerte escondida en alguna parte?

Snap sacudió la cabeza.

—¿Por qué crees que sé dónde las ha escondido Lisa? ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Porque si no me lo dices, vas a sufrir, y te aseguro que sé de eso.

El banquero aspiró profundamente.

—¿Con qué garantía? ¿Cómo sé que no vas...?

Y rompió en sollozos una vez más.

—Porque sabes mejor que nadie lo que significa el dinero. Por eso.

Snap alzó la cabeza y se pasó la palma de la mano por el rostro para secarse las lágrimas. Habían retado a su orgullo profesional. Por supuesto que conocía el significado del poder del dinero. Y en aquel momento estaban en medio de una negociación.

—Quiero hablar con Brage-Schmidt —exigió.

Boy sacó el móvil del bolsillo y pulsó el número.

—Lo llamaré cuando me hayas dicho dónde están las acciones. Toma y daca. Está esperando mi llamada.

Snap se puso blanco. La idea de que su socio lo hubiera traicionado hizo que cerrara los puños hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Por un instante pareció que fuera a saltarle encima, pero a Boy no le importaba. Cuando tuviera diez dedos rotos tal vez estuviera más tratable.

—¿Dónde están las acciones? —preguntó de nuevo.

Snap señaló el tocador junto a Boy.

—Has estado apoyado encima de ellas, cabrón.

Boy echó a un lado la cortina de flores grandes del tocador y sacó el cajón que ocultaba. Allí estaban las acciones, bien atadas con un cordel.

En aquel momento Snap se abalanzó sobre Boy dando un chillido y golpeando con las manos.

Fue lo último que hizo.

Cuando Boy llegó a su aparcamiento habitual, se quedó un rato sentado en el coche, observando las gotas de lluvia brillantes que se extendían por el parabrisas. Aquella extraña lluvia de primavera danesa, plácida, que iba a recordar con melancolía cuando las nubes negras dejaran caer sus precipitaciones en forma de lluvia torrencial junto a los montes Ruwenzori de Uganda, donde pensaba instalarse.

Faltaban pocas horas para ponerse en camino, y estaba satisfecho. Había encontrado en Karrebæksminde lo que había ido a buscar. La carta de despedida de Snap yacía en la mesa de noche, y las acciones estaban en el maletín, junto a él. Una distribución perfecta.

Sonrió, atrajo el maletín hacia sí. Salió del coche, cerró la puerta y entró como de costumbre por la puerta trasera en la casa de Brage-Schmidt.

Con cuidado, como siempre, de que nadie lo viera.

Lo primero que hizo Rose cuando apareció, algo entrada la mañana, fue poner una multa de aparcamiento en la mesa ante Carl.

—Ja, ja —rio Assad—. ¿Cómo te pueden poner una multa de aparcamiento sin tener, o sea, coche? Desde luego, eres única, Rose.

Ella se alzó de hombros.

—Estaba en mi bolso, la he visto hace una hora, al buscar la tarjeta del autobús. No sé cómo ha llegado allí, ni cuándo.

Carl tardó un poco en reaccionar. Pese a todo, el síncope de la víspera había creado entre ellos algo cuya importancia era innegable.

—En cuanto a lo de ayer, Rose... Quiero darte las gracias.

Se hizo el silencio. No porque ella pareciera emocionarse, sino más bien como si el comentario fuera inoportuno en un lugar de trabajo.

—Vale —replicó Rose, y se pasó un par de veces la mano por el pelo, que estaba bastante enmarañado de por sí—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, mucho mejor, gracias.

Y aquello fue todo. Rose no era del tipo sentimental. Si alguna vez tuviera que ceder a los sentimientos, no sería por los de los demás.

Carl hizo un gesto afirmativo. Ya estaba. Había terminado el momento de intimidad y empezaba la rutina diaria.

—Dos cosas —dijo Rose—. Me he dado una vuelta por las tiendas de las calles cercanas a Trianglen para enseñarles la foto de Marcus. Ninguna reacción. Tal vez un par de ellos han reaccionado un poco al verla, pero no han soltado prenda. No puedo decir más. He tomado aire fresco y tengo los pies cansados, gracias.

—¿Qué tiene que ver eso con la multa de aparcamiento? —quiso saber Carl.

—Nada. Esa era la segunda cosa. Míralo bien —sugirió Rose, señalando el papel—. ¡Mira, mayúsculas!

Carl y Assad se concentraron. Era verdad, había un texto escrito con mayúsculas en el margen de la multa.

—Ahí va, la pera —reaccionó Carl después de leer el texto:

ZOLA ES UN LADRÓN SU GENTE GUARDA LO ROBADO EN LAS  
CONSIGNAS DEL DIAMANTE NEGRO.

LAS VAN LLENANDO Y LAS VACÍAN HACIA LAS CUATRO DE LA TARDE.

EL CLAN SE REÚNE TODOS LOS DÍAS EN RÅDHUSPLADSEN A LAS  
CINCO.

Marcus

Assad puso los ojos en blanco.

—Ya me gustaría tener los dedos de ese chaval cuando me pica la espalda — comentó—. Llegan a todas partes.

Era verdad. Marcus era como una sombra entre sombras.

—¿Seguimos creyendo la historia de Zola de que el chico puede haber matado a un hombre? —preguntó Carl.

Assad bajó la cabeza y lo miró a través de sus pobladas cejas. ¿Qué más podía decirse?

—Desde luego, yo tampoco —dijo Rose—. Pero no hay que olvidar que hace un par de años no había entrado en la pubertad, esa edad que más interesa a la mayoría de los pedófilos. El chico puede haber sido obligado, nunca se sabe. Podría ser incluso una relación a la que Zola lo haya forzado.

—Vuelvo a preguntar, Rose. ¿Crees que ese chico, que intenta contra viento y marea ponerse en contacto con nosotros, puede haber matado a un hombre adulto, enterrarlo, volverlo a desenterrar y tratar de echar la culpa a su propia familia?

Rose sacudió la cabeza.

—Ni hablar, pero no hay que descartar ninguna posibilidad, ¿verdad?

—¿Por qué no acude a nosotros? Assad, creo que fuiste tú quien sugirió una vez una posible respuesta a esa pregunta. Dijiste que el hecho de que no tuviera tarjeta sanitaria se debería a que no tenía la sensación de pertenencia al país.

Un par de cejas se hundieron, y los ojos castaño oscuro se dirigieron a un lado varias veces. Carl no lo entendía.

«Fue Rose», articuló con la boca sin decir nada.

Carl giró la cabeza hacia Rose.

—Así que fuiste tú quien lo dijo, me dice el apuntador.

—Carl —apuntó Assad—. Mira la letra. ¿Esa letra es la de un muchacho de quince años?

—No —respondió Rose—. Es tan de niño como la tuya, Assad.

—Exacto. Es lo que digo yo. Una letra de niño, como la mía.

¿Por qué diablos estaba Assad tan regocijado por aquello?

—Así que ya sabemos casi todo, ¿no? —concluyó Assad.

Carl arrugó la nariz.

—¿Cómo, casi todo?

—Sí, hombre: no tenía tarjeta sanitaria, así que creemos que nunca la ha tenido. Por eso creemos también que puede que no sea danés, y tampoco lo parece. No como yo.

De las profundidades de Assad se elevó un profundo gruñido.

—Ja, ja. Un moreno precioso y de pelo rizado negro, no como yo, ¿verdad? La letra nos dice que no tiene muchos años, pero por otra parte escribe correctamente. ¿Por qué? Creo que porque lleva tiempo en el país. Pero no es ciudadano danés, y tampoco lo son los demás de las casas de Zola, por lo que me he enterado. Así que el

chico se encuentra de manera irregular en el país. Él y el resto de la familia de Zola no viven aquí solo mientras comercian. Viven de manera permanente, y por tanto hay que tratarlos como inmigrantes ilegales. Para mí, esa es la razón de que el chico no quiera hablar con nosotros.

Rose asintió con un gesto.

—Nos tiene miedo, Carl, y ahora hemos puesto a toda la Policía tras él.

**L**a espera en la cafetería de la Biblioteca Real, llamada El Diamante Negro, no fue larga, así que, con pena y mirada triste, Assad tuvo que dejar su bocadillo en medio del banquete.

Apareció el tipo con su bolsa de plástico; estaba claro que no le interesaban las cualidades literarias del lugar, porque fue directo hacia la hilera de consignas más al fondo, junto a los servicios, para depositar su carga. Tenía un aspecto enfermizo, no como Marcus. Era algo mayor que él, más pálido, e iba extrañamente bien vestido, con traje negro y camisa blanca, nadie lo tomaría por un delincuente callejero.

—¿Podemos ver qué llevas en la bolsa? —preguntó Carl, enseñándole su acreditación de policía.

El tipo tardó fracciones de segundo en registrar el problema y echar a correr hacia la salida, donde estaba Assad, y por eso su sorpresa fue indescriptible cuando aquel tipo bloqueó de pronto su huida extendiendo la mano contra su pecho, por lo que cayó de culo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Carl unos minutos más tarde, mientras se volvía del asiento delantero y vaciaba el contenido de la bolsa de plástico: móviles, relojes y carteras, en el regazo del ratero, que estaba en el asiento trasero, junto a Assad.

El chico se encogió de hombros.

—*Don't understand* —respondió.

—Vaya, Carl, no habla danés, va a ser demasiado difícil —observó Assad—. Lo llevamos a los descampados de Fælleden y lo matamos como a los dos de ayer. Por cierto, entonces, ¿qué te parece si montamos una buena juerga esta noche?

Carl lo miró con los ojos muy abiertos, pero aquello no fue nada comparado con la mirada desorbitada que lucía el tipo del asiento de atrás.

—Y bueno —continuó Assad—, a mí me parece que dos mil coronas por cepillarnos al tío está bien. Andan escasos de cadáveres frescos en el Instituto Anatómico Forense.

Con aquella fantasía, debería haber sido escritor de novelas policíacas.

—Quero hablo con abogado —chapurreó el chico.

Assad sonrió.

—Más vale que hables, oye. Ya nos encargaremos de que te metan en una cárcel

donde no haya muchos cabeza rapadas.

Era evidente que estaba desesperado, y así seguía cuando llegó la furgoneta a por él media hora más tarde.

Al cabo de otra hora volvieron a picar.

Esta vez fue un tipo más exótico y bien proporcionado quien entró por las puertas giratorias. Vestido también de traje negro, pero acompañado de una mirada tan observadora e inquisitiva que captó de inmediato la atención de Carl y Assad.

—Si va por detrás de las mesas a las consignas que hay junto a los servicios —susurró Carl—, lo cazaremos uno por cada lado.

**E**l tipo se negó a hablar, y de no ser porque llevaba en el bolsillo un par de relojes de señora, habrían tenido que dejarlo marchar.

Lo tenían ante ellos en la sala de interrogatorios del segundo piso, ceñudo.

—Tenemos aquí al lado a tu camarada Samuel —explicó Carl—. Y hemos puesto a un par de agentes cerca de las consignas, así que os vamos a trincar uno a uno. Y si no caen más ahí, atraparemos al resto cuando llegue la furgoneta a recogerlos en Rådhuspladsen por la tarde.

El chico se enderezó un poco en la silla y siguió en silencio. Al parecer, ni el entorno aséptico, ni tenerlos a ellos sentados delante, ni las esposas lo afectaban para nada. Era uno de esos jóvenes a quienes no hacían falta muchos meses de prácticas en la carrera de la delincuencia para volverse intratables en grado sumo. Las cárceles estaban llenas de ellos, pero lo peor era que los que andaban sueltos eran aún más numerosos.

Carl llevó a un aparte a Assad.

—A ver qué dice el juez de guardia mañana temprano, pero espero que los siguientes que pillemos se muestren más cooperativos.

—Yo me quedaré un rato —se ofreció Assad—. Igual consigo que salga de su reserva.

Carl entornó la mirada. Por desgracia, no dudaba de las capacidades de Assad en ese terreno.

—Escucha, Assad, ya conoces el percal. Anda con cuidado, ¿vale?

—De acuerdo, Carl. Pero ¿quién es ese que conozco? ¿El percal?

—Olvídalo, Assad, es un modismo.

Entonces llamaron a la puerta, y Carl abrió.

Era Gordon, por todos los diablos.

—¿Os falta mucho? —preguntó—. Hay otro con quien tenemos que hablar un poco.

¿Había dicho «tenemos»?



La receptividad no era una virtud de uso corriente en el despacho de Lars Bjørn, ya se había dado cuenta.

—Aunque a ti te parezca que ese Marcus es un testigo principal en el caso de la desaparición de William Stark —explicó—, no puedes poner en marcha todo el aparato de investigación, Carl. Has de saber que voy a quitar de tu presupuesto trescientas mil coronas por la cantidad de gente movilizada. Quizá así aprenderás a consultar tus decisiones con tus superiores. De modo que la investigación sobre ese chico queda en suspenso.

Carl se mordió el labio inferior.

—Bien. Bjørn, lo considero, sobre todo porque estamos muy cerca de resolver el caso, una decisión del género estúpido. Pero ya que también sale de mi presupuesto, puedes empezar despidiendo a Gordon desde ya. No sé si corresponde justo a las trescientos mil, pero puedes tomar el resto del fondo para cafés.

También aquello le resbaló a Lars Bjørn, incluso sonrió.

—No, Carl. No vas a librarte de Gordon; es posible que metiera la pata con el jefe de negociado del Ministerio de Exteriores, pero está excusado.

—¿Excusado?

—Sí, dice que no le diste instrucciones previas.

Aquello hizo que varias arterias recibieran una dosis extra de sangre. Lo cierto es que las mejillas de Carl empezaron a enrojecer.

—¿Qué diablos estás diciendo, hombre? Tienes delante a un subcomisario experimentado y vas y le dices que un niño como Gordon necesita instrucciones para un caso con el que no tiene ninguna relación. ¿Te das cuenta de que estamos a punto de tener una visión general de la desaparición de William Stark, y de que bien puede resultar que se trate de un asesinato, o algo peor? Y va ese gilipollas de Gordon e interroga por su cuenta a uno de nuestros principales sospechosos, dándole a entender que estamos dispuestos a llegar hasta el fondo.

—Tú ya has llegado.

—¿Adónde?

—Al fondo. Si no eres capaz de manejar al que está en prácticas, no debes de ser tan fantástico como crees.

Carl se levantó. En los viejos tiempos, aquel despacho era el lugar donde repostabas energía para seguir trabajando. Ahora lo único que conseguías allí dentro eran unas ganas irresistibles de ver cuánto tiempo tardaría un inspector jefe de Homicidios en caer del segundo piso a la acera. ¡Maldita sea!

Oyó gritos para que se detuviera cuando salió dando un portazo del despacho de Bjørn y pasó furibundo junto a la desganada salva de aplausos de la señora Sørensen. De hecho, se le olvidó flirtear con Lis tras su mostrador.

No fue ninguna sorpresa encontrar a Gordon babeando en el umbral de la puerta de Rose.

—¡Entra aquí enseguida! —gritó al tipo, e hizo con el dedo índice un movimiento rotatorio hacia su despacho.

El jeta se permitió preguntar qué quería, pero Carl lo dejó esperar un poco. Clasificó las carpetas de la mesa, las puso en una esquina, puso los pies sobre la mesa y encendió un cigarrillo, del que aspiró sin prisas.

—En adelante tienes dos posibilidades, maravillas —dijo al fin—. O te largas por donde has venido y vuelves a casa con tus padres, o empiezas a hacer algo de provecho. ¿Qué eliges?

—Desde luego, no...

Carl pegó un manotazo sobre la mesa.

—¡¿Qué eliges?!

—Creo que lo segundo.

—¿Cómo que crees?

—Elijo lo segundo.

Mussolini solía adoptar una postura apropiada cuando trataba de impresionar a la multitud, y fue la que empleó Carl. El mentón bien alto, pecho y labio inferior proyectados hacia delante, el puño cerrado contra la cadera.

—¡Pide perdón! —exigió.

Perplejidad es una buena palabra para describir la expresión que asomó al rostro de Gordon. Pero pidió perdón.

—Vale, entonces eres un miembro en prácticas del Departamento Q. Ahora viene la segunda prueba, y si no respondes como es debido, te dejo fuera. Quiero saber cuál es tu relación con Lars Bjørn.

El pasmarote sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Nada, es el mejor amigo de mi padre.

—Caramba. Eso explica muchas cosas. Me imagino que serán compañeros de colegio privado. Y tú has ido al mismo colegio, ¿verdad?

El hombre hizo un gesto afirmativo.

—Bien. Así que Bjørn ha querido hacerle un favor a tu padre, y por eso te ha colocado de espía para controlarme. Le encanta el control, ¿sabes? Cosa típica de enclenques y gente incapaz.

Entonces el chaval se indignó de verdad.

—Creo que no sabes lo que dices. Bjørn es más duro que todos los de aquí.

Carl echó la cabeza atrás de un tirón. ¿De qué estaba hablando?

—¿Hablamos del mismo hombre? ¿El alumno modelo con la raya del pantalón recién planchada? No lo veo duro precisamente, así que te ruego una explicación.

—Pídele que se arremangue, y verás cicatrices como no has visto en tu vida. ¿Crees acaso que podrías aguantar la tortura continuada durante un mes? Pues Lars Bjørn pudo, y podría contarte mucho más.

—Pues empieza.

Gordon vaciló, pero, con la soberbia de su juventud, no pudo aguantar la tentación.

—Sabrás qué es BCCF, ¿verdad?

—¡Me rindo! —Carl levantó la mano abierta—. ¿Bjørn Con Careto Feo, quizá?

—No tienes ni idea de lo que dices. Eso es Baghdad Central Confinement Facility, que es como llamaba Sadam Husein a la cárcel de Abu Ghraib.

—Vale, y ahora vas a decirme que trabajó allí.

—No, no trabajó.

Carl endureció el tono. Joder, no estaban jugando al Trivial Pursuit.

—Pues dilo: ¿qué hacía Bjørn en Abu Ghraib?

—¿Tú qué crees? ¿Por qué te he dicho antes que le pidas que se remangue?

Carl miró al suelo mientras tamborileaba la mesa con los dedos. No le gustaba nada lo que estaba oyendo. Pero nada.

—¿Qué más, Gordon?

Lo miró a la cara, y, para su sorpresa, vio que el tipo se había ruborizado.

—Me da la sensación de que ya has dicho más de lo que le gustaría a Bjørn. ¿Estoy en lo cierto?

El hombre asintió.

—Y se supone que no tienes que saber eso, ¿verdad? Lo has oído casualmente en casa, ¿no es así?

Gordon repitió el gesto.

—Vale, Gordon. Ya hemos vuelto al buen camino. En este momento tengo suficientes pruebas para mandarte a tomar por saco de Jefatura. Bjørn te ha protegido hasta ahora, pero no creo que vaya a hacerlo más si subo a su despacho y, siguiendo tu consejo, le pido que se remangue. ¿No crees que tengo razón?

—Sí.

Lo dijo con tono abatido.

—De ahora en adelante le contarás a Bjørn lo que yo quiera que digas sobre el Departamento Q, ¿entendido?

—Sí.

—Pues de acuerdo.

Carl se levantó, le tendió la mano y le dio un apretón que hizo que el tipo pestañeara del dolor.

—Entonces sube adonde Bjørn y dile que sabes que estamos cerquísima de resolver un caso muy interesante, y que él y Carl Mørck son la gente más genial que has conocido.

Gordon torció el gesto.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, y recuerda, palabra por palabra: «la gente más genial que has conocido». Y luego llama a René E. Eriksen al ministerio, y pregúntale si puede quedarse un poco después del trabajo. Que deseamos volver a hablar con él.

—¿Por qué? Si lo vamos a ver el lunes.

—Porque tengo la sensación de que ese hombre sabe mucho más de lo que dice, y de que en este momento está inventando explicaciones de por qué dos viajes de trabajo que realizaron él y Stark con pocos días de intervalo no se condensaron en uno.

—¿Sabes si los peritos han encontrado algo en el agujero de Kregme? —preguntó Carl a Tomas Laursen.

Este volvió a secarse las manos en el delantal. Daba pena ver a quien fuera el mejor perito de la Policía con manchas de mayonesa y grasa en el delantal.

—Han encontrado muchas cosas. Restos de pelo, de piel. Fibras de ropa. Un par de uñas.

—Así que mucho ADN, ¿no?

El experito asintió en silencio.

—Dentro de un par de días sabrás si coincide con el ADN que encontraron en la casa de William Stark.

—Seguro. No necesito confirmación. Me basta con saber que en ese agujero ha habido un cadáver. Estoy seguro de que es el que buscábamos.

Laursen asintió de nuevo.

—Una pena que el cadáver no esté ya. ¿Sabes dónde puede estar?

—No, y algo me dice que nunca lo sabremos. Nadie entierra un cadáver y luego lo desentierra para volver a meterlo en un lugar donde lo pueden encontrar. Estoy seguro de que lo han descuartizado y arrojado en aguas muy profundas, si quieres saber mi opinión.

—Seguramente tienes razón, no sería la primera vez.

Laursen se secó las manos en el delantal una vez más, y luego se puso a trabajar la masa de pan que tenía delante. Era la nueva sensación. Pan recién horneado en Jefatura desde primera hora de la mañana, esa era la nueva gran moda. Luchaba de verdad por la supervivencia de la cantina.

—Otra cosa, Tomas. Sé muchas cosas sobre el pasado de Bjørn en Irak, y tengo la impresión de que podrías contarme algunas más. ¿Es eso cierto?

El hombre detuvo su quehacer y frunció el ceño.

—Creo que eso deberías preguntárselo a él. No me concierne, Carl.

—Así que ¿sabes algo?

—Interprétalo como quieras.

—Estuvo en la cárcel. ¿Sabes por qué, y cuándo?

—No me lo preguntes a mí.

—¿Puedes decirme al menos cuándo? ¿Fue justo antes de la caída de Husein?  
Giró la cabeza de lado a lado.

—O sea, algo antes.

Ninguna reacción.

—¿Un año antes?

Laursen alejó la masa de pan.

—Déjalo, Carl. Somos demasiado buenos amigos para eso, ¿vale?

Carl hizo un gesto afirmativo y lo dejó en paz; pero en su fuero interno había de todo, menos paz.

Assad estaba abajo, interrogando a un hombre.

El pequeño y encantador Assad, del Departamento Q, policía sin estudios, empleado en Jefatura por la gracia de Lars Bjørn, como todo parecía indicar. Empleado por un hombre que ahora era el jefe interino de Carl, y que había estado internado en una famosa cárcel de Irak bajo el Gobierno de Sadam.

Carl se detuvo en medio de la escalera.

¡Joder, Assad! ¿Quién eres realmente?, pensó.

**L**o encontró fuera de la sala de interrogatorios. Lucía una amplia sonrisa.

—¿Qué haces fuera, Assad?

—Tomarme un descanso. No hay que estar delante de ellos todo el tiempo. Hay que darles tiempo para que reflexionen sobre las cosas, y sobre su situación. Eso les ayuda a soltar la lengua. Al final cantan que no leas.

—Que no veas, Assad. ¿Quién está dentro?

—Romeo. El tipo de la cara quemada, que no quiere, entonces, dar el nombre.

—Pero se lo has sacado, ¿no?

—Sí, aunque no ha sido fácil.

Carl ladeó la cabeza.

—¿Cómo, Assad?

—Entra y te lo enseñaré.

El joven estaba sentado en su silla. Sin esposas, sin furia en el rostro, sin la defensa del desprecio hacia las autoridades y el resto del mundo que solía mostrar siempre. Solo era un joven de buen tono, vestido de traje negro.

—Saluda a Carl Mørck, Romeo —sugirió Assad.

El tipo alzó la cabeza.

—Hola.

Carl lo saludó con un gesto.

—Ahora cuéntale a Mørck lo que me has dicho antes, Romeo.

—¿Qué parte? —chapurreó el chico.

—Lo de Zola y Marcus.

—No sé por qué, pero Zola quiere matar a Marcus. Estamos buscándolo todos. Y no solo nosotros. Tenemos ayuda de otros: estonios, letones, rusos blancos, ucranianos, africanos. Todos estamos buscándolo.

—¿Y por qué me cuentas eso, Romeo?

Fue un hombre exhausto el que miró a Assad. ¿Por qué no estaba Assad igual de exhausto?

—Porque me has prometido que podré quedarme en Dinamarca.

Assad dirigió a Carl una mirada triunfal. Así de fácil, decían sus ojos.

—No puedes prometerle eso sin más, Assad —aseguró Carl tres minutos más tarde, en el pasillo—. Mañana van a meterlo en la cárcel, tal vez en aislamiento, si es que realmente sabe tanto como nos acaba de contar. ¿Y cuando ya no esté en aislamiento? ¿Cómo vas a protegerlo y cumplir tu promesa, Assad?

Assad se alzó de hombros. Carl se dio cuenta de que no le importaba. Una actitud demasiado cínica, para su gusto.

—Le he preguntado si conocía a William Stark, y me ha dicho que no. También le he preguntado si usaban a Marcus en prestaciones sexuales en la casa de Zola, y lo ha desmentido de forma tajante. No se dedicaban a esas cosas.

Carl asintió en silencio. Informaciones provechosas, todas ellas.

Y el fin justificaba los medios, como solía decir la gente cuando quería lavarse las manos.

Marcus nunca había pasado tanto frío como aquella noche. Se aferró a la borda del barco de paseo turístico cuando atracó en Holmens Kirke y en Nyhavn, pero no se atrevió a soltarse, porque seguía en la zona del centro, que frecuentaba la gente de Zola. Por eso se dejó arrastrar por el agua helada hasta la zona del antiguo puerto, después por el canal hasta la Ópera, y no soltó el barco hasta que pasaron por la Sirenita. Allí desembarcó en la oscuridad, tan mojado y extenuado que algunos turistas rezagados trataron de asirlo y gritaron pidiendo una ambulancia, mientras el resto lo cubría de *flashes* de sus cámaras digitales, porque lo tomaron por un animal fabuloso traído por las aguas. Una experiencia bastante mayor que la propia Sirenita.

—*Go away!* —gritó Marcus, quitándoselos de encima a empujones, y atravesó cojeando el complejo, rodeó el puerto de Frihavnen y continuó hacia el puerto de Svanemøllen.

Esta vez no fue tan fácil encontrar cobijo en los barcos fondeados. Un nuevo fin de semana cálido de mayo había desperezado a los propietarios de veleros, y muchos ojos espiaban al chico que, agotado y tiritando, caminaba por los embarcaderos en la oscuridad. Desde luego, no era bienvenido.

Cuando despertó en la pequeña motora cubierta, seguía mojado, pero la brisa templada y una luz cegadora lo impulsaron a levantarse y salir.

Achicó los ojos hacia el sol y vio que tenía tiempo para llegar a casa de Kaj y Eivind antes de que salieran a trabajar.

Las últimas veinticuatro horas habían sido estremecedoras para él. Los dos chicos negros habían estado a punto de atraparlo. Si cerraba los ojos, aún podía ver con claridad a uno de ellos con el cuchillo ante sí y al otro con sus ojos amarillentos abiertos de par en par bajo el agua.

Así que Marcus quería marcharse, porque no se atrevía a seguir allí. Marcharse no solo de Copenhague, sino de Dinamarca. Iría en tren a Suecia, e intentaría empezar de cero. En un país con tan baja densidad de población y tan grande que extendido ocuparía desde Copenhague hasta Roma, debía de ser fácil desaparecer. Había oído hablar mucho sueco en las calles de Copenhague, no era muy distinto del danés, así que debía de ser posible aprenderlo. Una lengua más.

Vistos los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, vengarse de Zola no era tan importante ya. Solo quería sobrevivir.

Cuando llegó al piso de Kaj y Eivind, estaba seco, y muy decidido a no irse de la casa sin su dinero. Esta vez no iban a impedirselo.

Llamó a la puerta un par de veces, hasta que Eivind la abrió. No se parecía para

nada a su antigua imagen, de lo mal afeitado, pálido y abatido que estaba, pero gracias a Dios no tan hostil como la última vez. Incluso pareció más bien que su rostro se iluminaba al verlo.

—¡Dios mío, Marcus! —exclamó—. ¿Dónde te habías metido, chaval? Kaj y yo estábamos muy preocupados. Pero chico, tienes un aspecto horrible. Entra y ponte otra ropa. Entra, entra.

Marcus se hundió un poco. Sus labios volvieron a estremecerse. Cómo se alegraba de estar allí. Qué liberador era oír palabras cálidas, ver a Eivind sonreír.

—¡Kaj! —gritó Eivind—. ¡Mira qué suerte! ¡Marcus ha vuelto!

Entonces Marcus oyó introducir y girar una llave en la cerradura a su espalda.

Se volvió por instinto y vio a Eivind con la llave en la mano y una mirada diferente, amenazadora, y el cuerpo doblado hacia delante, como si fuera a atacarlo.

Marcus se volvió de inmediato hacia la puerta de la cocina, pero lo sorprendió un golpe en la cabeza, tan fuerte que se desplomó.

—¡Sujétalo en el suelo, Eivind! —gritó Kaj, mientras se arrodillaba junto a la cabeza de Marcus, lo agarraba de los brazos y se ponía a amarrar con algo sus muñecas.

Marcus trató de enfocar la mirada, pero en su cabeza un bombardeo de luz filtraba todo el entorno, que aparecía velado y retorcido.

Por puro reflejo, intentó en vano retirar los brazos y retorcer un poco el cuerpo, pero oyó un silbido junto a la oreja, seguido de un golpe.

—¡Ay! —gritó, y se puso a llorar—. ¿Por qué me pegáis? Si no he hecho nada. Me iré otra vez, solo he venido en busca...

Y recibió otro golpe.

Notó que la rodilla huesuda de Eivind se incrustaba en sus costillas y casi no lo dejaba respirar.

—Sí, lo tenemos —oyó sobre él la voz de Eivind—. Venid enseguida, daos prisa.

Marcus los veía con total claridad ahora. Eivind con el teléfono móvil en la mano, sentado a horcajadas sobre él, y Kaj al otro lado de su cabeza, asiéndolo con fuerza de los antebrazos. Kaj no tenía buen aspecto. Su rostro estaba hinchado y magullado, y los moratones de su cuello avanzaban como un delta negro en la piel delicada.

Marcus se quedó quieto, y notó que las lágrimas fluían, mientras escudriñaba la mirada desesperada de Eivind, a quien había querido tanto.

También él lo abandonaba.

Tal vez fueran las lágrimas, tal vez que Marcus pareciera tan pequeño e impotente bajo los dos hombres; el caso es que de pronto pareció que Eivind viese a Marcus tal como era. Su chico, a quien habían enseñado a mejorar su danés, a jugar a las cartas, a escribir y a tener fe en que también para él había un futuro.

En aquel momento lo vio de verdad. Las profundas arrugas de ira y frustración de su rostro dieron paso a un leve arqueado de cejas, a un temblor en las comisuras, y finalmente a lágrimas que brotaron y se deslizaron por su rostro envejecido.



—No sé qué les has hecho, Marcus —dijo con voz llorosa—. Pero si no desapareces de nuestra vida, van a volver, y no podremos soportarlo. Por eso debemos entregarte. Quiera Dios que no te hagan daño.

No había la misma compasión por parte de Kaj.

—Espero que te hagan lo mismo que me hicieron a mí, ¿lo oyes, Marcus? Han arruinado nuestra vida. Ya no nos atrevemos ni a ir a trabajar. Y es por tu culpa, ¿lo entiendes?

Marcus sacudió la cabeza. Se equivocaban. Las cosas no eran así, en absoluto.

Achicó los ojos y se retorció un poco, para que Eivind comprendiese que iba a quedarse quieto, pero que no le apretara el pecho tan fuerte con la rodilla.

No iban a tardar ni cinco minutos en llegar, Marcus lo sabía, porque estaban repartidos por la vecindad. Gente de las repúblicas del Báltico, africanos, la gente de Zola, no importaba quién apareciera, porque el resultado iba a ser el mismo. Zola había mostrado a las claras lo que era capaz de hacer y haría, y otro tanto podía decirse de su gente.

Tan lento como pudo, giró la cabeza a un lado y exploró la pared y sus posibilidades. No había muchas.

Encima de él había un estante con una lámpara con pantalla, guantes de gamuza y un cuenco oval con calderilla y las llaves del sótano. Qué bien conocía aquel estante. Junto a su rodilla discurría el cable de la lámpara, y a sus pies había unos chanclos y las zapatillas que solía ponerse Marcus. Nada que pudiera usar en aquella situación.

Se dio cuenta de que la postura a horcajadas empezaba a ser incómoda para Eivind, porque la ajustó un poco y giró las rodillas hacia fuera, de modo que casi se sostenía sobre las pantorrillas.

Marcus se quedó quieto. Dentro de poco Eivind iba a enderezarse otra vez, tenía que estar preparado, porque no iba a tener más oportunidades.

Aspiraba cada vez más profundamente, para que los abdominales y las nalgas se contrajeran poco a poco sin que Eivind se diera cuenta, y a la vez atrajo los brazos un poco hacia sí, para que la presa de Kaj fuera aún más prieta. Todo dependía de que Kaj no soltara su presa en ningún momento.

En el preciso instante en que las puntas de los zapatos de Eivind tocaron el suelo, Marcus levantó de golpe su abdomen y tiró de los brazos hacia sí. El resultado fue tremendo, como lo fue el ruido que hicieron las cabezas de los dos ancianos al impactar sobre él.

Eivind cayó de lado y se dio contra el estante, y todo lo que había encima se vino abajo. Kaj cayó hacia atrás, y se quedó tendido boca arriba con las piernas dobladas debajo. Ambos gemían en voz alta, pero aquello no detuvo a Marcus: dio un patadón en el hombro a Eivind, que se deslizó a lo largo del zócalo.

Se había librado de ellos, y se puso en pie de un salto.

Kaj trató de asirlo por un pie, pero Marcus le dio una patada en el brazo, que hizo un chasquido al golpear la pared.

Oyó un chirriar de ruedas en la acera. Así que, para cuando se cerró la puerta del coche, él ya estaba en la cocina. Allí comprobó con el corazón desbocado que la puerta al sótano estaba cerrada, y que la llave no se encontraba en la cerradura. De modo que asió un cuchillo de cocina, se subió a la mesa, abrió la ventana superior que daba al patio y saltó.

A su espalda oía cómo aporreaban la puerta, y también los lastimosos esfuerzos de Kaj y Eivind por llegar hasta allí y dejarles entrar.

Era difícil llegar al cobertizo de las bicis con las manos atadas y asir el cuchillo al mismo tiempo, pero no se atrevió a detenerse a cortar la cuerda hasta haber pasado otros dos patios interiores e introducirse en el laberinto de las calles transversales.

Había caminado veinte pasos calle abajo cuando reparó en unos lituanos más allá. Aún no lo habían visto, pero lo harían en pocos segundos.

Así que se metió en la entrada más próxima a un semisótano, apretó la espalda contra la puerta azul de una clínica de masajes, y dio varios golpes con el talón.

Abre, abre, abre, gritaba en su interior al compás de las coces.

Se dio cuenta de que alguien corría por la acera en dirección a su escondite, mientras oía gritos al otro extremo de la calle.

Abre, por favor, abre.

Luego oyó un ruido al otro lado de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó alguien en danés chapurreado.

—Ayúdeme, solo soy un niño, y me persiguen —susurró.

Pasó un momento, en el que el ruido de pisadas a la carrera sobre las baldosas se acercaba por momentos, y luego se abrió la puerta tan de repente que cayó de espaldas en el local.

—¡Cierre, cierre! —suplicó mientras, tendido de espaldas, miraba a un rostro asiático somnoliento y sin maquillar.

La mujer cerró la puerta, y cinco segundos después el hombre pasó corriendo.

Se hacía llamar Marleen, pero seguro que no era su nombre, y aquella mujer lo llevó hasta un sofá azul a rayas junto a un cartel con precios de masajes en diversas lenguas, donde pudo recuperar el aliento y llorar.

Al rato aparecieron otras dos chicas que, como la primera, estaban en camisón, aún sin preparar para enfrentarse a los retos del día.

—¿De quién huyes? —preguntó la última en llegar, acariciándole la mejilla. Era dulce, y la rodeaba un perfume de olor intenso, pero tenía la cara picada por la viruela, y su cuerpo parecía desproporcionado, con unos enormes pechos artificialmente erguidos.

Marcus se secó las lágrimas y trató de explicar su situación, pero era evidente que solo entendían que estaba relacionado con unos europeos del este que en aquel momento andaban en la calle, gritando. Aquella información las inquietó, e hizo que se retirasen a cuchichear a un rincón.

—Escucha —explicó después la que lo había consolado—. No puedes quedarte

aquí. Dentro de dos horas va a venir un hombre a por dinero, y no debe verte aquí por nada del mundo, porque entonces las cosas no van a irte mal solo a ti, sino también a nosotras.

—Sí —añadió la tercera—. Te daremos algo de comida, y deberías lavarte también, y luego tienes que marcharte. Solo puedes salir por la puerta trasera, pero intentaremos colarte por el patio y atravesar un piso que da a Willemoesgade. De ahí en adelante deberás arreglártelas solo.

Preguntó si no podían llamar a un taxi, pero no querían correr riesgos. Su macarra revisaba a diario las llamadas de sus móviles, y no querían que sospechase que trabajaban fuera de horas. ¿Y quién sino un cliente podía necesitar un taxi?

A Marcus le daban pena. Eran mujeres adultas y vivían solas allí, pero su existencia era igual de penosa que si estuvieran en casa de Zola. No lo entendía. ¿Por qué no se iban, sin más?

**L**as mujeres hicieron lo que le habían prometido. Lo acompañaron a través del patio, subieron las escaleras traseras de otro edificio hasta la segunda planta, donde vivía el hombre que les dejaba pasar por su piso. Era un antiguo cliente que haría cualquier cosa por ellas, decían.

—La próxima vez te trataremos con más cariño, Benny —prometió una de las prostitutas. Así que sería por eso, pensó Marcus.

Lo cierto es que el hombre pareció alegrarse.

Marcus conocía bien aquella calle. Allí había intentado, sin éxito, conseguir trabajo de tienda en tienda, así que al menos los dueños no lo tratarían con hostilidad, y eso en caso de que lo reconocieran. El problema era el supermercado Irma de la esquina, donde cambiaban sin cesar de chicos recogebotellas, la mayoría inmigrantes, y alguno podría reconocerlo; así que Marcus pasó a la acera de enfrente y se dirigió decidido hacia el cruce con Østerbrogade.

Deambular por aquel territorio era especialmente peligroso para él. Pero tal vez consiguiera parar enseguida un taxi que lo llevara al aeropuerto. Desde allí podría tomar el tren hacia Suecia, y entonces sería libre.

Se apoyó en la fachada y metió la mano en el bolsillo. Le quedarían casi cinco mil coronas de las que había tomado de la bolsa de plástico de Samuel. Con aquella pequeña fortuna podría llegar lejos. Pronto sería verano, y el tiempo era apacible. ¿Qué más podía desear? Cuando dormía a cielo raso no le costaba nada. Y sabía que cuando hubiera subido lo suficiente hacia Dalarna o Jämtland encontraría casas abandonadas o de veraneo a las que la gente acudía raras veces. Ya se las arreglaría, aunque el recuerdo del dineral del zócalo de la casa de Eivind y Kaj lo corroía por dentro. Ahora tendría que empezar de cero, y nadie sabía si la próxima vez le iría tan bien.

Todos los taxis que pasaban estaban ocupados, así que Marcus decidió seguir por el lago de Sortedam hasta Trianglen, donde siempre había hileras de taxis libres.

Pero no llegó hasta allí.

Vio la furgoneta de Chris cruzada en la acera un buen trecho más allá. Lo más seguro era que los lituanos hubieran telefonado al fiel escudero de Zola tras recibir la llamada de Eivind, y allí estaba la furgoneta esperando su carga, viva o muerta.

Y la carga era él.

Se sintió helado por dentro. Si se atreviera, iría corriendo y reventaría las ruedas con el cuchillo de cocina de Kaj y Eivind, que llevaba debajo del jersey.

Miró a la calle de la izquierda, junto a Los Lagos. Tal vez debiera echar a correr por allí, aunque podía ser peligroso si de pronto le cortaban el camino. En un lado apenas había transversales, y en el otro, agua. No era un buen sitio. Una de dos: o volvía por donde había venido, o esperaba donde estaba hasta que llegase un taxi libre.

No perdía de vista la furgoneta. Su presencia simbolizaba toda la maldad del mundo. ¿Cuántas veces habían ido en la parte trasera, llevados como ganado al matadero, hacia una vida a la que no habían podido negarse? ¿Cuántas veces se había tumbado en el suelo de aquella furgoneta, rendido, y soñando que el viaje no terminara nunca? Claro que tampoco terminó nunca. Todos y cada uno de los días los acababan en su cárcel de Kregme. Dormir, comer y volver a salir a la mañana siguiente: esa era su vida. Cómo odiaba aquel vehículo.

Se sobresaltó. ¿Era su padre el que salía de la tienda que había tras la furgoneta? ¿Y no lo seguía el mismo Zola? ¿Estaban tan decididos a encontrarlo que se encargaban personalmente de inspeccionar la zona, tienda por tienda? Estaban locos, locos de atar.

Se retiró tras los árboles y los siguió con la mirada llena de odio mientras entraban en la tienda siguiente. No debería permitirse que gente como Zola y su padre se acercaran a los niños.

Vio a un ciclista que iba hacia él. Un tipo de aspecto normal, aunque era evidente que la bici no era suya.

Marcus sonrió para sí un segundo. Ya sé que has robado esa bici, pensó, y comparó el tamaño, la edad y el color de la bici con quien la conducía. Aquella bici nunca había sido suya. ¿Cómo diablos pensaba el hombre que iba a engañar a nadie?

Pero entonces el tipo subió del carril bici a la acera y enfiló directo hacia Marcus, que solo pudo dar un par de pasos antes de que el ciclista lo alcanzara y chocara contra él.

Otros usuarios del carril bici lo llamaron payaso a gritos, pero Marcus ya sabía que no era ese el problema, así que rodó instintivamente a un lado mientras el tipo trataba de echarle el guante. Entonces, por reflejo, sacó el cuchillo de debajo del jersey y le dio un tajo en el talón. El hombre soltó un rugido mientras caía hacia atrás, y Marcus se levantó y echó a correr con todas sus fuerzas.

—¡Por ahí no, Marcus! —gritó una voz al otro lado de la calle. Marcus levantó la vista y vio que casi todos los transeúntes clavaban su mirada en él, y que un hombre aparecía corriendo desde la esquina y se dirigía hacia él, a solo unos ciento cincuenta metros.

Marcus miró alrededor. De la estación de Østerport, algo más allá en la otra dirección, se aproximaba un taxi con la luz verde de libre. De modo que salió a la calzada para detenerlo, mientras el ciclista se levantaba y el tipo del otro lado seguía corriendo hacia él.

—¡Hay otro más! —gritó la voz.

Marcus miró por encima del hombro y vio a su padre haciendo bocina con las manos para gritarle. Iba a gritar de nuevo, pero en aquel momento Zola llegó por detrás y le dio tal empujón en la espalda que perdió el equilibrio, tropezó en el carril bici y cayó sobre la calzada.

Marcus oyó el chirrido de los frenos del autobús y los gritos de la gente cuando su padre desapareció bajo las ruedas, pero en aquel momento tuvo que volverse hacia otra amenaza procedente de Classengade. Fue un momento espantoso. Habían atropellado a su padre, y él estaba rodeado por tres lados, al borde de la acera, haciendo señas al taxi.

Iba al volante un inmigrante de los que no tienen coche propio, pero quieren demostrar que conducen a gusto el de otro, siempre que sea un vehículo con asientos de cuero y tenga un reprís que deje detrás a los demás.

—¡Acelera! —gritó Marcus, histérico, mientras todo su organismo se desplomaba.

Los dos hombres llegaron hasta el taxi y lo aporrearon con los puños, pero el conductor les hizo una peineta y apretó el acelerador hasta el fondo.

Por eso, Marcus no vio a su padre debajo del autobús cuando pasaron zumbando al lado, solo la cantidad de sangre que manaba y el gentío espantado que se juntó de inmediato en la acera.

Lo último que vio antes de que el Skoda Superb pasara por Trianglen como una exhalación, fue al conductor del autobús en su asiento, tapándose el rostro con las manos, y luego su mirada se clavó en Zola. Andaba pavoneándose con la mayor sangre fría entre gente que no parecía haber visto lo que había hecho.

«Es lo que te espera», decía su mirada.

—Un accidente feo. Pasa muchas veces. La gente conduce de puta pena. —El taxista miró a Marcus por el retrovisor—. ¿Adónde vas?

Marcus estaba con la cabeza echada hacia atrás, en busca de aire, porque si la enderezaba iba a vomitar. Su padre había intentado avisarlo, y por eso Zola lo había matado.

Su padre había intentado salvarlo. Su padre.

Vio ante sí sus ojos. Eran verde castaños y cariñosos. Miradas de un pasado remoto, lo sabía. Pero su padre lo había avisado justo antes. ¿Qué importaba,

entonces, lo sucedido en el entretanto?

Ahora su padre estaba muerto, y Zola se escapaba. ¿Y el hombre tras el volante le preguntaba que adónde quería que lo llevara?

Cinco minutos antes, habría dicho que al aeropuerto. El día anterior habría dicho a casa de Tilde.

Ahora ya no sabía...

Zola había matado con premeditación, y él había visto cómo y con qué facilidad lo hacía. Con la mayor sangre fría. Debió de ser igual cuando convirtió a Miryam en inválida, se dio cuenta. Con la misma falta de sensibilidad mató a William Stark, y seguro que a más gente. Y a él también lo habría matado igual. Sin ningún sentimiento ni empatía.

—¿Has oído, colega? ¿Adónde vas? ¿Tienes dinero?

Marcus asintió, y deslizó doscientas coronas por detrás del respaldo.

—Vale. Doscientas. Ahora decide adónde quieres ir.

Marcus sacudió la cabeza. No era necesario. La mirada brutal de Zola había sido decisiva. Marcus iba a quedarse, para terminar su misión. Zola se las iba a pagar, costara lo que costase.

—De buena te has librado, tío. ¿Era algo de drogas? Porque de eso sé un rato. Es una putada que no puedas hacer negocios sin que se pongan hechos unas fieras, ¿no? Bueno, ¿qué me dices? ¿Adónde te llevo?

—¿Conoces el restaurante Hereford Beefstouw? ¿El que está junto a Tivoli? —preguntó Marcus.

—Vale. Soy taxista, tío. Si me preguntas algo que no sepa, te devuelvo la pasta.

—Eriksen ya no está en el ministerio, Carl.

Carl miró la hora.

—Vaya, es bastante temprano. ¿Es...?

Vio en la expresión de Gordon que por una vez tenía algo importante que decir, y se calló.

—Eriksen ha presentado la dimisión inmediata. Justo después de haber estado nosotros, se ha dirigido al subsecretario, ha presentado la baja y ha dicho que no iba a volver.

Carl arrugó el entrecejo.

—Ostras, Gordon. No sé qué has hecho, pero estás precipitando los acontecimientos.

Llamó a Rose y Assad y los puso al corriente de la situación.

—Assad, llama a casa de Eriksen y comprueba que está allí. Y Rose, tú llama al ministerio y pide que te pongan con el subsecretario. Tenemos que averiguar qué ocurre. Y después llama a la comisaría de Kregme y diles que estén atentos por si Zola ha pensado abandonar el barco. Diles que lo detengan si trata de escapar.

—¿Con qué motivo? —preguntó Rose.

—Ya se te ocurrirá algo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Gordon.

—Repasa el historial de Eriksen. Tenemos que averiguar si tiene una casa de veraneo o algún lugar donde pueda esconderse. Llama a Hacienda, allí sabrán.

Qué decepcionado parecía. Qué alegría.

Assad asintió en silencio y plegó el móvil.

—Era la rosa más bella del Departamento Q —dijo, y volvió a poner los pies sobre el salpicadero.

—Bien. Tratemos de hacer un resumen —propuso Carl, y cambió de carril. ¿Cómo era posible que en aquella hora tonta el tráfico recordase la actividad de un hormiguero?

Assad asintió con un gesto.

—Para empezar: ¿no te parece que tus métodos de interrogatorio son algo excesivos?

—¿Excesivos? ¿A qué te refieres? ¿No son creativos, o qué?

Carl sacudió la cabeza. ¿Creativos? Algún día iba a pasar algo con toda aquella creatividad.

—En segundo lugar: me he enterado de que Lars Bjørn estuvo preso en Abu

Ghraib cuando Saddam Husein estaba en el poder. Ahora no me vengas con que no lo sabías, Assad, porque no te creo. Solo tienes que decirme si tu relación con Lars Bjørn tiene que ver con eso.

Assad alzó la cabeza y miró pensativo el Ballerup Boulevard, que se desplegaba ante ellos. No era un panorama muy interesante.

Luego se volvió hacia Carl e hizo un lento gesto afirmativo.

—Sí tiene que ver. Pero no me preguntes más sobre eso, ¿vale?

Carl miró el GPS. Dos calles más y estarían allí.

—Vale —respondió. De momento, bien; desde luego, era un paso. La cuestión era cuándo iba a dar el siguiente. A largo plazo, Assad no iba a escapar tan fácil.

—Bien, continuemos. ¿Qué dice Rose? ¿Ha hablado con el subsecretario?

—Sí, le ha contado una historia con más matices que la de Gordon.

Hojeó en su bloc.

—Sí, aquí está. Lo tengo todo escrito.

Dio unas palmadas al bloc.

—Es verdad que René E. Eriksen ha presentado la dimisión inmediata. Lo ha razonado diciendo que después de hablar con nosotros se había dado cuenta de que Stark había desviado fondos, de que era su responsabilidad no haberlo descubierto. No podía seguir en su puesto de trabajo con esa carga a cuestas. El subsecretario ha dicho que, en realidad, debían haberlo cesado de inmediato, pero se ha apiadado de Eriksen. Así que se han puesto de acuerdo en que pidiera la baja con efectos inmediatos. Después harán una investigación interna, pero de momento no podía añadir nada más.

—Bien.

Carl miró los números de las casas. Dos más, y podría estacionar junto al bordillo.

—Ahora nos toca decidir si lo creemos. ¿Es realmente posible que los actos de Stark hayan escandalizado a Eriksen tanto como dice? Y sobre todo: ¿existe alguna razón para creer que Stark haya hecho algo ilegal?

Assad asintió en silencio. Algo ausente.

Cuando vivías en Rønneholtparken, la casa unifamiliar de Ballerup no estaba mal. Pero tenía un aspecto de lo más aburrido, al final de una calle de chalés que, a pesar del verdor de los árboles, tenía como vecino más cercano el cuarto anillo de circunvalación. No era porque se oyera mucho el ruido del tráfico, pero se olía. Así que prefería vivir en las cajas de cemento de su barrio, alineadas en medio de la naturaleza, con montones de amigos alrededor.

Tocaron el timbre, y los recibió la esposa de Eriksen, quien dejó entrever con total claridad que podían entrar, pero que tenía otras cosas que hacer que responder sus preguntas. Así que ni les pidió que se sentaran ni les preguntó, ya puestos, si les



apetecía algo.

—Menuda avería. ¿Un accidente? —preguntó Carl, señalando el enorme plástico colocado por la compañía de seguros en el hueco de la ventana de la sala.

—Bueno, yo no lo llamaría accidente. Anteayer nos entraron en casa. Rompieron el cristal, entraron y nos pegaron, pero les sacudí unos buenos planchazos.

Carl frunció el ceño.

—No lo entiendo. No se ha hecho ninguna denuncia de esta dirección, ¿no?

—No. Yo quería hacerlo, pero mi marido dijo que no.

—Mmm, extraño. ¿Y qué pasó? ¿Robaron algo?

—Ya le he dicho que los saqué a planchazos, así que no llegaron a llevarse nada.

—Entonces, ¿no sabe si entraron a robar? —preguntó Assad.

—No sé lo que fue. Pregunten a mi marido.

Y rio sin motivo.

—¿Sabe dónde está su marido en este momento? —se interesó Carl mientras su mirada se deslizaba por el mobiliario. ¿Había alguna señal de que el hombre pudiera estar en casa, pero no quisiera hablar con ellos?

—No, supongo que ha salido con el rabo entre las piernas, porque ha presentado la dimisión.

—Perdone, señora —terció Assad—. ¿Es que no le importa su marido?

La mujer sonrió.

—Es mi marido y el padre de mis hijos, así que algo debe de importarme.

—O sea, que no.

Ella lo miró, asombrada por el razonamiento, pero aun así sonrió. Seguramente alguna vez fue guapa, pero debió de ser muchos dientes amarillos y vello en el labio superior antes.

—¿Sabe si su marido tenía problemas? —preguntó Carl.

—Sí, supongo que sí. De lo contrario no habría ido al aeropuerto muy temprano, espumajeando de rabia, para esperar a Teis Snap.

—E... ¿Teis Snap?

La mujer se llevó las manos a los costados.

—Sí, Teis Snap. ¿No han leído sobre él en las revistas?

Rio.

—Da igual. Era amigo de la escuela de mi marido. Bueno, amigo es mucho decir, porque menudas ideas le metía en la cabeza.

—¿Qué clase de ideas?

—Compraventa de acciones. Tenía un montón de acciones en el banco de Teis Snap, el Karrebæk Bank. Pero bueno, ¿no lo han investigado? ¿Qué clase de policías son?

Carl miró a Assad, que se encogió de hombros.

—¿De qué cifras hablamos? —quiso saber Assad.

—Ni idea. Porque era muy discreto. También estaba en la junta directiva del

banco.

—¿Puede haber ido adonde su amigo...? ¿Cómo se llamaba?

Assad volvió a hojear en su bloc.

—Ese Snaps.

—Snap. Teis Snap. Ni idea. Esa rata habrá ido a algún hotel. Y por mí bien puede quedarse allí ese baboso.

¿Ese baboso? Desde luego, estaba manifestando sin pelos en la lengua su opinión sobre el sagrado matrimonio y todo eso de «amar, honrar y vivir uno con el otro en la prosperidad y en la adversidad».

El móvil de Carl vibró en su bolsillo. Si era Mona, todo lo demás tendría que esperar un poco.

Miró la pantalla, pero no reconocía el número. ¿Estaría en el trabajo?

—Hola, monseñor —dijo la voz.

¿Quién diablos era?

—Soy Gordon T. Taylor. He investigado la situación de René E. Eriksen. Hay un montón de cosas sobre su educación y vida laboral, pero me he fijado en que hace poco que ha vendido acciones del Karrebæk Bank por diez millones de coronas, y que además está en la junta directiva del banco. Es extraño, ¿no te parece?

Joder con el tío. Diez millones.

—Cuéntame algo que no sepa, Gordon —bromeó Carl, y luego colgó. Así tendría algo en que pensar.

Se volvió hacia la esposa de Eriksen, y el teléfono sonó de nuevo.

—Joder, Gordon —gruñó—. ¿Es que no entiendes que cuando cuelgo es porque la conversación ha terminado?

—¿Carl...?! —se oyó una voz de mujer—. ¿Eres tú? Soy Lisbeth.

Las arrugas de la frente de Carl subieron varios centímetros por el sobresalto. ¿Lisbeth? No había pensado en ella para nada.

—Perdona, Lisbeth, creía que eras otra persona. Mira, en este momento estoy en medio de un interrogatorio; ¿podemos hablar más tarde?

—Sí, claro, siento haber molestado.

Sonó desilusionada. Tal vez tuviera razones para ello.

Carl se despidió, y le aseguró que la llamaría cuando anduviera mejor de tiempo. Le pareció una fórmula neutra, ni correcta ni incorrecta. Una sensación extraña.

—Disculpe, es que me ha surgido algo —se excusó, volviéndose hacia la esposa de René E. Eriksen—. Lo que iba a decirle antes era que su esposo acaba de vender diez millones en acciones del banco del que es directivo. ¿Lo sabía?

Ella le pidió que repitiera la cifra.

Luego se quedó un buen rato con los ojos como platos, haciendo cábalas sobre su vida.

—**B**ente Monsted, de Karrebæk Bank. ¿En qué puedo ayudarle?

Carl hizo una seña a Assad, que escuchaba también. Era muy práctico el nuevo GPS que habían instalado en los coches patrulla, con teléfono inalámbrico y todo tipo de nuevas tecnologías. Te hacía sentirte como un millonario.

—Quiero hablar con su jefe, con el director del banco, el señor Snap. ¿Me pone con él?

—Perdone, ¿con quién estoy hablando?

—Con el subcomisario Carl Mørck, del Departamento Q de la Policía de Copenhague.

—Ya.

Se hizo un breve silencio.

—Lo siento, pero Teis Snap no ha aparecido hoy en el despacho.

—¿Está enfermo?

—Bueeno, la verdad es que no lo sé. Acaba de volver de unas vacaciones en el Caribe, pero todavía no lo hemos visto en el despacho. Sé que ayer estuvo con nuestro agente de Bolsa en Copenhague, pero no nos ha dado instrucciones para hoy, y tampoco responde al teléfono. Supongo que aún tendrá un poco de *jetlag*.

—Vaya. Igual se le pasa si lo llamo yo. Suelo tener poderes mágicos para establecer conexiones telefónicas. ¿Podría darme el número de su casa?

—No, me temo que no puedo darle el número así, sin más.

—Vale. Entonces llamaré a la Policía de Næstved para pedirles que la visiten dentro de cinco minutos. Va a quedar bonito cuando unos chicos uniformados entren en el despacho de la secretaria del director, ¿verdad? También pueden darme el número que usted me niega. Pero gracias por la ayuda prestada hasta ahora.

—Si de verdad es tan necesario, y así lo parece, puedo dárselo.

Assad levantó el pulgar en el aire. Aquello funcionaba casi siempre.

Veinte segundos más tarde, le tocó a Assad llamar, pero esta vez los poderes mágicos de Carl no funcionaron, porque nadie respondió.

—Busca la dirección, Assad —le pidió Carl—. Vamos a ir. Me parece que hay algo que no casa.

—¿Que no casa?

—Sí, algo que no encaja. Podemos suponer que Eriksen se ha escapado. Snap y él están en la junta directiva. Eriksen acaba de vender un montón de sus acciones, y, finalmente, Snap puede estar enfermo. Es muy extraño que todo eso ocurra a la vez. No me extrañaría que se hayan citado hoy.

—Karrebæksminde está al lado de Næstved, Carl.

—Vale, pues vamos allá. El día es joven.

—Esto es como medio califato —observó Assad, mirando los campos que rodeaban la alameda que, en el último tramo del sendero de gravilla, conducía a la mansión señorial de Teis Snap. Luego continuó, mientras tocaba el timbre—. Debí dedicarme a director de banco.

Cuando llevaba uno o dos minutos ante la puerta maciza, Assad asió el pomo. La puerta estaba cerrada con llave, por supuesto.

—Tú mira en los anexos y garajes de ahí, Assad, mientras yo doy la vuelta a la casa.

Carl apuntó las matrículas de los tres coches del patio, y después se dirigió al coche patrulla y se enteró de quién constaba como propietario en el registro de Tráfico. Todos los coches pertenecían al Karrebæk Bank. Eso sí que eran incentivos.

Luego atravesó un precioso manzanal en flor y apareció en la parte trasera de la casa, donde había unas bonitas terrazas escalonadas y unas ventanas abiertas de par en par en la primera planta.

Miró el jardín bien cuidado, y le extrañó la cantidad de papeles que había por todas partes. Probablemente habrían estado en el alféizar de las ventanas que estaban abiertas, pero en aquel momento estaban desperdigados por el jardín y colgados de las copas de muchos frutales y de los álamos que había más allá, en la linde del noroeste.

Recogió uno de los folios de la terraza. Era algo rugoso, probablemente hecho a mano. Lo olfateó. Sí, al parecer era papel de cartas de una mujer. Pues iba a tener que renovar el surtido.

—¡Hola! —gritó hacia las ventanas, y esperó que, al menos, una sirvienta medio sorda asomara la cabeza, pero no hubo ninguna reacción.

—Es algo raro lo de esas ventanas —informó a Assad dos minutos más tarde—. ¿Qué tal se te da trepar?

Assad se ajustó los pantalones.

—La única diferencia que tengo con un mono es el plátano.

Rio con ganas.

Carl no estaba seguro de haberlo entendido del todo.

Tampoco pareció ser del todo fácil para Assad cuando se colgó del emparrado.

—No creo que aguante —aventuró a medio camino. Parecía que tuviera vértigo, por cómo se aferraba a la parra virgen.

—Venga, Assad. Solo te queda un metro para llegar arriba. No querrás que suba yo, ¿verdad?

Se oyeron unos gruñidos que podrían interpretarse como «vale», pero dieron paso a un tono más serio.

—Menos mal que investigué a Teis Snap en Internet, ¡así sabemos qué aspecto tiene! —gritó mientras se agarraba al marco de la ventana.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, o sea, te puedo decir con seguridad que es el que está aquí tendido en el suelo y muy muerto. Y habrá que suponer, entonces, que la señora de la cama es su mujer.

Se quedó entre los árboles de la linde, desde donde podía observar casi todo el paisaje sin ser visto. Y el espectáculo que presenció era espantoso.

Se había armado para una pelea con Snap por las acciones de Curaçao, pelea que podía resultar violenta, y por eso llevaba en los bolsillos casi sin fondo de la chaqueta un martillo mediano, de los que no valen para clavar clavos, pero que no obstante debería ser muy efectivo contra un debilucho como Snap.

Si puedes quitarme del medio, también yo puedo quitarte del medio, pensaba René, cuando registró la larga ondulación de destellos azules recortados contra las fachadas encaladas de los establos.

Reinaba una actividad febril en el patio, podría haber diez coches, entre ellos un par de ambulancias, a las que no quitaba el ojo de encima; los enfermeros sacaron de la casa dos cuerpos cubiertos. No se atrevía a pensar que los de las camillas fueran Teis y Lisa. Pero ¿quién, si no? Allí no vivía nadie más.

Había muchos hombres en el patio, la mayoría serían policías locales, pero también otros de fuera. Peritos policiales vestidos de blanco, jefes de paisano y, lo peor, Carl Mørck y su ayudante moreno. Les pisaban los talones. Menos mal que el lerdito que acompañaba a Mørck la víspera volvió para advertirle sin querer de lo interesados que estaban. De lo contrario, no habría escapado a tiempo.

René observó el césped lleno de papel de carta en blanco. Era desolador el modo en que colgaban de árboles y arbustos. Del olmo que había un par de metros encima de él colgaba incluso un folio escrito. A máquina, y firmado. Se le hacía horrible pensar que tal vez fuera lo que estaba escribiendo Lisa cuando sucedió.

¿Cuándo sucedió? René trató de captar el peso de las dos palabras.

¿Cuándo sucedió, qué?, habría que decir. Porque ¿quién lo había hecho, y por qué? ¿Eran los mismos que los habían atacado a su mujer y a él?

En realidad, pensó que el ataque de su casa era obra de Snap, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Pero entonces, ¿quién?

Nunca había estado con Brage-Schmidt, pero los rumores decían que no había conseguido su fortuna cruzado de brazos, y que era también un hombre eficaz y resuelto. Eficaz y resuelto, ya. Otras dos palabras que podían interpretarse de muchas maneras.

René cerró los ojos y meditó sobre la situación. Brage-Schmidt ya no era ningún jovencito, así que contrataría a gente para aquello, si es que había sido él. Pero ¿cuál era el motivo? ¿Era el mismo que lo había llevado a él hasta allí?

Observó el montón de personas y las ambulancias, que desaparecieron en silencio camino de la ciudad. Dos minutos antes había estado dispuesto a permanecer allí hasta que se fueran todos; pero ahora que empezaba a pensar de un modo más

racional sabía que no había ninguna razón para ello.

Todo tenía que ver con el dinero. Mucho dinero. Y estaba seguro de que lo que acababa de presenciar también tenía relación con el dinero.

La gente del patio se desparramó en torno a los edificios. Un par de agentes se dirigieron hacia él sin prisa, al parecer inspeccionando con detenimiento el césped y los alrededores. Estarán buscando huellas de pies, pensó, y miró atrás, donde sus huellas se hundían en la tierra.

Menos mal que no he llegado antes, porque habría dejado huellas en torno a la casa, se dijo, y se alejó por la linde hasta la carretera principal, donde había dejado el coche discretamente aparcado.

Cuando al fin se metió dentro, estaba convencido. Los que había visto en las camillas eran Teis y Lisa, y los habían asesinado. Mientras duraron los desvíos, Brage-Schmidt había desempeñado un papel decisivo, y René estaba convencido de que seguía desempeñándolo. La avaricia no tenía límites. Tampoco en su propio caso. Si Brage-Schmidt había mandado asesinar a aquellas dos personas por las acciones de Curaçao, entonces seguro que ahora estaban en su poder.

Desde luego, con mucho gusto iba a conducir los cien kilómetros hacia el norte para asegurarse de que era así.

**L**ámparas de hierro forjado, un surtidor seco, verjas rústicas ante las ventanas; ese era el aspecto que tenía el antiguo consulado de una serie de países centroafricanos. Ostentoso y feo.

René cerró el coche y se abrochó el abrigo. Por supuesto que podía apabullar a un anciano como Brage-Schmidt, y si no, allí tenía preparado el martillo. Era cuestión de mostrarse resuelto y decidido.

La aldaba colgaba rígida de su gozne. No debe de tener visita todos los días, pensó René, y volvió a llamar, mientras pensaba que debía de haber alguien en la casa, ya que había muchas luces encendidas.

Miró más allá, hacia una abertura en la valla de troncos que rodeaba el jardín de viejos abetos. Tal vez pudiera ir por allá para ver si podía observar el interior de las habitaciones desde la parte del jardín. Además, así tendría la seguridad de que Brage-Schmidt estaba solo en casa.

De niño, alguna víspera de Reyes podía ocurrírsele colarse a la casa de los vecinos y embadurnarles las ventanas con corcho quemado; pero hacía tiempo de aquello. Y los licenciados en Derecho que habían hecho carrera en la Administración estatal no tenían entre sus habilidades espiar como lo estaba haciendo ahora. Por eso se sentía desgarrado y torpe mientras saltaba de arbusto en arbusto con la mirada fija en el brillo de las ventanas que se extendía por el jardín trasero.

Ese debe de ser el salón, pensó, y se fue acercando de puntillas.

Era una habitación que le recordaba al mito de Ernest Hemingway o, simplemente, a una mala película de serie B. René nunca había visto tantos trofeos de caza mayor en una estancia. Búfalos y antílopes, fieras y animales que pocas veces había visto colgaban en hileras, con sus ojos de cristal y sus pieles lustrosas, junto a las armas que los habían abatido.

Joder, qué asco, pensó, y siguió avanzando. Oyó a un hombre hablando. Seguro que era Brage-Schmidt, con su característica voz comprimida y ronca que enlazaba frases sin calidez ni paciencia.

—Si lo habéis visto en Østerbro saliendo de la ciudad en un taxi —decía la voz ronca—, pensad bien dónde puede estar. Cuando lo sepáis, avisadme. Si no podéis ponerlos en contacto conmigo, llamad a los africanos.

Se hizo una pausa en la conversación, que René aprovechó para seguir avanzando. Nunca había visto a Brage-Schmidt, así que sus planes podrían cambiar si resultaba que su viejo cuerpo seguía correspondiéndose con la imagen viril que intentaba proyectar mediante aquel infierno de animales sacrificados.

—No sé dónde está tu gente, eres tú quien debe controlarlos —observó después—. Es lo que hay, Zola. Haz bien tu trabajo y, si no, vete a tomar por culo.

Era evidente que lo que estaba escuchando era un monólogo. Brage-Schmidt estaría hablando por el móvil.

René vio que el sonido se colaba de una puerta de jardín entreabierta unos metros más allá. Iba a poder entrar, menuda suerte.

Un par de pasos más y estaría allí. Qué magnífica sorpresa. Por fin iban a verse los dos hombres, por fin iban a poder arreglar las cuentas de varios años.

Asió con fuerza el martillo, avanzó hacia la puerta y vio ante sí a un negro joven en el hueco de la puerta con un móvil al oído y una voz que era idéntica a la de Brage-Schmidt.

Al segundo, el tipo colgó y se metió el móvil en el bolsillo. Parecía tranquilo, no tan sorprendido como lo estaba René.

—Adelante —le dijo con una voz del todo diferente—. Debes de ser René Eriksen. Bienvenido.

René frunció el entrecejo y accedió a la invitación mientras agarraba con fuerza el mango del martillo que llevaba escondido.

—¿Y tú? ¿Quién eres tú? ¿Por qué imitas la voz de Brage-Schmidt?

El hombre sonrió y se sentó. Tal vez tratase de inspirarle confianza, como un directivo que ofrece café a sus empleados antes de despedirlos. No inspiraba confianza.

—Es una historia larga. Toma asiento —lo invitó.

—Gracias, prefiero estar de pie. ¿Dónde está Brage-Schmidt?

—Está en la sala de al lado, echando la siesta; así que tendrás que esperar un poco, luego lo despertaré.

—Y mientras tanto, tú te encargas de los negocios, ¿verdad?



El hombre hizo un gesto amplio con las manos. Debía de ser cierto.

—Así que a lo mejor hemos hablado contigo en las reuniones por teléfono durante los últimos años, ¿verdad?

Volvieron a aparecer las palmas claras rodeadas de piel negra.

—¿Todas las veces?

—Posiblemente. Brage-Schmidt ha tenido muchas otras cosas que hacer estos últimos tiempos.

René miró alrededor. Tras el africano, colgaban de la pared escopetas de caza de cañón doble y estilizados rifles, todos ellos precintados. Encima de ellos, arcos negros y aljabas llenas de flechas. Justo al lado, colgaban boca abajo dos lanzas de mango negro y anchas puntas de doble filo. Junto a una mesita montada sobre un pie de elefante vio un recipiente hecho de un pie de rinoceronte vaciado y lleno de diversas clases de mazas. En la vitrina del otro lado había cuchillos de todo tipo.

No era un sitio donde le gustaría hacer un ajuste de cuentas. Así que mejor retirarse enseguida. En aquel escenario no podía ganar, ni con martillo ni sin él.

—Así que ¿no puedo hablar con Brage-Schmidt ahora? —preguntó.

El africano sacudió la cabeza.

—Será mejor que quedemos para mañana. ¿Qué te parece a las diez? Para entonces estará preparado.

René hizo un gesto afirmativo. A esa hora estaría muy lejos. Tendría que conformarse con la fortuna que le había proporcionado la venta de acciones del Karrebæk Bank. Ya se las arreglaría.

—De acuerdo. Bueno, pues gracias. Dile a Brage-Schmidt que estoy impaciente por reunirme con él.

El africano se puso en pie.

—¿De qué debo decirle que se trata?

—Ya hablaremos mañana. No es nada especial.

El africano extendió la mano, pero a René no le inspiraba confianza, así que no hizo caso y se dirigió a la puerta de la terraza. Estaría de vuelta a las diez de la mañana.

No llegó a asir la manilla, porque el africano saltó hacia él y le dio un golpe en el cuello con el canto de la mano.

—No vas a ninguna parte, no me fío de ti —dijo entre dientes, mientras René caía arrodillado y trataba de recuperar el aliento—. Di a qué has venido.

René lo intentó, pero no podía. Tenía paralizados los músculos del cuello y el brazo derecho.

Estaba claro que el africano iba a pegarle otra vez, así que alzó la mano izquierda y la agitó. «Un momento», parecía decir, «ahora voy».

Notó que el hombro derecho se calentaba y que la sangre circulaba por el brazo. Entonces sacó el martillo y lo estrelló contra la rodilla del africano.

René esperaba oír un rugido de dolor, pero de los labios del negro no salió sonido

alguno, a pesar de que la rodilla crujió y tenía los ojos desorbitados por el dolor.

—Hijo de puta —dijo entre dientes, cayó hacia él y lo agarró de la cabeza, parecía peligroso. René levantó el martillo y golpeó una vez más, y el africano soltó la presa. Cuando se puso en pie de un salto, de su mano brotaba sangre, que goteaba al suelo, pero seguía sin dar muestras de dolor.

Miraron los dos a la vez hacia las lanzas colgadas de la pared, pero el africano tenía la ventaja de estar de pie, y cojeó hacia ellas, mientras René trataba de ponerse en pie y seguirlo.

A pesar de estar maltrecho, el tipo tenía una agilidad siniestra. Sus reacciones decididas y su virulencia al golpear le daban pánico a René. Ahora ya sabía quién era el tipo. Era uno de los chicos de los que había hablado Teis Snap. Los niños soldado.

Y supo que no podía ganar aquella batalla.

Así que se olvidó del hilo al que se aferra la gente corriente cuando ve los ojos de la muerte, y siguió los movimientos del hombre cuando asió una lanza y la arrancó de la pared.

—¿Por qué has venido, y para qué? —preguntó el africano con calma, apuntando a René a apenas dos metros de distancia.

—He estado en la casa de Karrebæksminde, y he visto lo que habéis hecho con Teis Snap y su mujer. He sido yo quien ha llamado a la Policía para que vengan aquí. Pero, por otra parte, tampoco sabía si estaba en lo cierto, y por eso quería llegar antes para avisar a Brage-Schmidt en caso de que mi sospecha fuera infundada.

El tipo esbozó una sonrisa forzada.

—Eso que dices no es cierto, ¿verdad?

René sacudió la cabeza.

—No, he venido para matarlo. ¿Eres uno de los niños soldado de los que me habló Snap?

—No, soy Boy.

—Pues adiós, Boy —dijo a la vez que arrojaba el martillo contra el cuerpo del africano y saltaba a un lado.

A pesar de ello, la lanza le atravesó la mano izquierda y quedó colgando.

Fue extraño, no le dolió, hasta que agarró la empuñadura y tiró de ella.

Y mientras su brazo estallaba de dolor por los nervios seccionados, se dirigió jadeante hacia la vitrina de los cuchillos, sin despegar la vista del negro, que ya se había agachado y recogido el martillo.

Se dirigía hacia René, cojeando, con la mirada clavada en su cuello y blandiendo el martillo.

Podía arrojarlo, pero no era esa su intención. Quería estar cerca de su víctima, en un contacto cuerpo a cuerpo, cuando mataba; era algo evidente.

René rompió la vitrina con el codo y sacó un cuchillo que no tenía nada que envidiar al martillo en tamaño y peso.

De todas formas, retrocedió hacia la pared. Sí, tenía el cuchillo, pero en aquel

momento le faltaba la voluntad de emplearlo como debiera.

Notó detrás una manilla de puerta, la empujó hacia abajo, y en aquel instante el africano se abalanzó sobre él para asestarle un martillazo en el cuello.

En aquel momento, René no estaba presente. Su cuerpo se había separado del cerebro, los miembros del torso, la mano ensangrentada del brazo. Solo la mano del cuchillo tenía vida propia y protegía la suya.

Cuando el golpe cayó, René había llevado el cuchillo al cuello, y, en vez de golpearlo el martillo, el cuchillo detuvo el golpe y cortó la mano que golpeaba con tal fuerza que saltó la sangre de las venas de la muñeca.

El negro se quedó asombrado y trató de retirarse, pero René lo agarró bien, mientras la sangre lo cubría y el martillo caía al suelo.

Entonces sí que vio la auténtica furia que transmitían aquellos ojos incandescentes. El africano trató de atacarlo a cabezazos, pero su cuerpo perdía sangre a raudales. René echó tan atrás la cabeza que el cuerpo presionó la manilla y la puerta cedió, lo que hizo que ambos hombres cayeran al suelo de la habitación contigua.

Durante una eternidad, tuvo al tipo jadeando sobre él, tratando de morderle el cuello; luego sus movimientos se hicieron más y más lentos, y al final cesaron.

René trató de recuperar el aliento. No era ningún jovencito, así que en aquel momento sentía que el susto y la adrenalina podían producirle una parada cardíaca. Y de pronto, con una sola aspiración profunda, llegó la reacción y la náusea. Se quitó al hombre de encima de un empujón y se quedó un buen rato mirando el techo, hasta que por fin pudo rodar por el suelo y ver dónde había entrado.

Y así fue como vio justo enfrente un par de pies. Dos piernas como dos postes, que terminaban en esa clase de zapatos fuertes que solo emplean los montañeros. Su mirada subió lentamente por las piernas; ya sabía que era Brage-Schmidt, y que ahora tenía el mando. Que todo por lo que había luchado había sido en vano.

Entonces cerró los ojos y se entregó al destino.

—Padre nuestro que estás en los cielos —empezó a rezar en voz baja. Cuántos años llevaba sin hacerlo. Tenía que pasarle en su último día de vida.

Y, con una asombrosa calma en el cuerpo, alzó la vista hacia su verdugo y comprobó que el hombre iba en silla de ruedas, y que su mirada estaba vacía.

René se levantó de un salto y estuvo a punto de resbalar en la sangre del suelo.

El hombre que tenía delante no se movía. Estaba rodeado de estanterías con frascos de pastillas. En el alféizar había unos paquetes de pañales sin abrir. Sobre la mesa, frascos de alcohol, toallitas de algodón, y cajas de las que se usan en los hospitales con manoplas de gomaespuma dentro.

René se inclinó sobre el hombre y lo miró a los ojos. Ninguna reacción.

Luego pasó junto al cadáver del africano y tomó una de las toallitas y envolvió con ella la mano, de donde colgaban dos dedos. Ya se lo miraría más tarde, cuando estuviera lejos de allí.

Entonces su mirada se posó en una carpeta de cartón verde, en la que estaba escrito el nombre y apellido de Brage-Schmidt y su número de registro.

René la abrió, y el primer folio hizo que se le pusieran los ojos como platos.

El informe describía con prosa neutra las condiciones en que le había sobrevenido la hemorragia cerebral. Con anotación escrupulosa de fecha y hora. Cuatro de julio de 2006. Mucho antes de que empezara el desvío de fondos. Por eso no acudía nunca a las reuniones de la junta. Y por eso el africano, que se hacía llamar Boy, suplantó su personalidad.

René sacudió la cabeza.

—A saber lo que habría sucedido si no hubieras estado así —dijo en voz alta, y dio una palmada en la mejilla al hombre.

Qué vida tan miserable había tenido. Se había convertido en un vegetal, y más le valía morir.

Luego anduvo por la casa hasta que encontró la habitación de Boy con la maleta hecha y todo dispuesto. Allí estaban las acciones. Bien envueltas con una cinta.

Las sacó de la maleta. Las apretó un rato contra sí, y se dio cuenta de que había dejado huellas de sangre por todas partes, por no hablar de la sangre derramada por él.

Volvió a la habitación de Brage-Schmidt y en el camino encontró una caja de cerillas junto a un candelabro. Miró un momento a la figura inmóvil de la silla de ruedas, y luego le tapó nariz y boca hasta que dejó de respirar. De hecho, fue algo pacífico, nada dramático.

Pobre desgraciado, pensó. Pero no debías sufrir, y dentro de poco ibas a hacerlo.

Después tomó el frasco de alcohol de la mesa y lo vació sobre los dos cadáveres.

Cuando iba a retroceder un paso y arrojar la cerilla, se dio cuenta de que el africano muerto yacía con la cabeza echada hacia atrás, y que de su boca colgaba una dentadura superior postiza. Se quedó un rato mirando al muerto y aquel hallazgo disparatado. Luego tomó una rápida decisión. Quitó al muerto la dentadura postiza y se la metió en el bolsillo, tras lo que sacó su propia dentadura y la metió en la boca del muerto.

A continuación tomó otro frasco de alcohol, vertió el contenido sobre el africano, retrocedió unos pasos y arrojó la cerilla encendida.

Se oyó un sonido sordo cuando los vapores prendieron, y un brillo azulado iluminó la por lo demás abandonada sala como si fuera de día y luciera el sol.

Zola plegó el móvil y se recostó pesadamente en el asiento.

Justo antes, su persona de contacto le había dicho las palabras liberadoras, pero también definitivas: «¡Haz bien tu trabajo y, si no, desaparece!».

Era a partir de aquel mensaje claro de donde trataba de imaginar un par de escenarios verosímiles.

Desde luego, tenía que pasar algo, ahora que aumentaba poco a poco el riesgo de que Marcus lograra huir de la encerrona. Porque Marcus también podía ser peligroso a distancia, sobre todo ahora que lo había visto empujar a su padre a la muerte. Pero en esa cuestión Zola estaba satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos. Si no le ofrecía una lealtad absoluta, había que deshacerse del interesado, y estaba bien que no quedara nadie para repartir cuando el producto de sus robos se hiciera efectivo.

Su persona de contacto le había exigido que hiciera bien su trabajo o se fuera a tomar por saco. Con eso quería decir que o descubrían dónde estaba Marcus, para que sus hienas pudieran saltarle al cuello, o Zola tendría que retirarse. No obstante, la cuestión seguía siendo la misma de siempre.

¿Dónde estaba Marcus?

Era verdad que el chico había salido en taxi hacia el norte, pero ¿qué se podía deducir de eso? Nada. Dos minutos más tarde podía haberle dicho al taxista que fuera al oeste, al este, al sur o a cualquier sitio. La trama de calles era interminable, pero tendría que dar alguna pista a los putos africanos que se habían incorporado a la cacería.

Hizo un gesto a Chris, que estaba junto a él.

—Llama a Pico, tengo un encargo para él.

Chris tecleó un número, esperó medio minuto y pasó el móvil a Zola.

—Que se ponga Pico —dijo, breve.

Pasó un rato, luego el tipo del otro lado de la línea respondió en un inglés chapurreado. Era irritante lo mal que hablaban inglés los europeos del este.

—No saber dónde. Antes, esquina, ahora ya no. Hablaba con hombre tuyo. Era Hector, me dicen. Por lo demás, nada.

Zola plegó el teléfono, se lo devolvió a Chris y se quedó un momento observando Bredgade con la mirada desenfocada.

Su experiencia como delincuente le había enseñado a seguir en cualquier circunstancia el principio general de que cuanto más costase a las autoridades establecer una relación entre las actividades criminales de su gente y él, más larga y segura sería su carrera. Por eso había ideado aquel sistema telefónico, y gracias a él no tenía ficha policial, pero sí una gran fortuna y un pasado muy bueno y lucrativo.

El sistema era sencillo: nadie de su clan tenía móvil, solo él y Chris. De ese modo, su gente podía ponerse en contacto con él, pero, en caso de que los detuvieran,

no había constancia de ninguna comunicación que pudieran investigar.

Además, los últimos años había creado una red en la que las tropas auxiliares de europeos del Este que compartían la cacería podían pasar mensajes a los diversos territorios de los miembros del clan. Lo que, en buena lógica, estaba bien para la vida cotidiana, pero la verdad era que hacía tiempo que no había vida cotidiana.

Tal como estaban las cosas ahora, el sistema era demasiado complicado, aparte de ser el eslabón más débil de su imperio. Un obstáculo.

—Esperemos un poco, ya llamaré —aconsejó Chris.

Pero a Zola no le parecía que pudiera esperar. Por cada minuto que pasaba, aumentaba la posibilidad de que Marcus atacase. La Policía había visitado su casa de Kregme, y detrás de aquello estaba Marcus. Mientras aquel chaval anduviera libre, no iba a haber seguridad. ¿Cómo iba a esperar?

Chris levantó la mano, Zola ya había oído el tono de llamada. Luego le pasó el móvil.

—Soy Pico —se oyó por el receptor—. Tengo a Hector junto a mí.

—¿Dónde estáis? No os he podido encontrar. ¿Y por qué llamas?

—Estoy en la parte vieja. Hector acaba de contarme que Romeo y Samuel han desaparecido. Que llevan tiempo sin pasarse por Nyhavn. Primero ha sido Samuel el que no ha vuelto, y después Romeo. No me gusta nada, Zola.

—¿A qué te refieres? ¡Habla, hombre!

—La Policía ha estado en el Diamante Negro. Sabemos que los han trincado en la zona de las consignas.

Zola dirigió la vista al techo. Joder, ¿es que tenía que pasar todo a la vez?

—¿Cómo?

—Han aparecido de pronto. Los estaban esperando.

Zola asintió en silencio, mientras media cara se le helaba.

—Vale. ¡No vayáis a Nyhavn! Y Pico, juntaos antes de que os recojan, para que sepamos dónde está la gente y qué está ocurriendo. Si alguno de vosotros sabe dónde paran los africanos, que les diga que Marcus ha salido hacia el norte. Dales la dirección de la casa de Stark.

—¿Por qué? Ha podido ir a cualquier sitio.

—Tú díselo. ¿Tenemos alguna idea mejor?

Interrumpió la comunicación, aspiró hondo un par de veces, y luego tecleó el número de casa. Era jueves, así que Lajla estaría preparándose para recibirlo. La casa olería a bollos de miel y tentadora buena disposición, pero tenía otro trabajo para ella. Debía reunir las cosas de valor. Todo lo que fueran metales preciosos, y las joyas también, claro. Por si acaso.

—Iba a llamarte, Zola —comenzó Lajla cuando se estableció la llamada—. Hay un coche aparcado en el otro extremo de la calle, y lleva tiempo ahí. Así que he salido con el perro y he pasado junto a ellos. Quería ver quiénes eran, y saber si había más coches aparcados sin motivo aparente. Al llegar allí he visto que en lo alto de la

colina había varios coches grandes, y que algunos hombres llevaban monos blancos. Parecían de la Policía.

—¿En qué colina?

—En la colina, ya sabes. Donde desapareció Marcus. ¿Qué pueden haber encontrado?

—Ni idea. ¿Y el coche al otro extremo de la calle?

—Sigue estando ahí. Los ocupantes no han salido.

Zola apretó con fuerza el apoyabrazos. La Policía había detenido a su gente, había policías vigilando su casa, policías husmeando el lugar donde estuvo el cadáver de William Stark. ¡Estaba hasta el gorro!

—Estate tranquila, Lajla. No tiene nada que ver con nosotros. Pero será mejor que recojas los objetos de valor y los escondas, por si registran la casa.

La mujer vaciló, pero por lo demás parecía tranquila, a distancia. No lo estaría tanto cuando supiera que el clan se estaba descomponiendo, y que Zola había empujado a la muerte a su propio hermano, que era el actual novio de Lajla. No iba a estar nada tranquila.

Zola tendió el teléfono a Chris y bajó la ventanilla lateral, para que el aire tibio se llevara el frío que se había adueñado de él.

Llevaba más de veinte años con aquel grupo de gente que denominaba su clan. Los había visto reclinarsse en el polvo ante él y llevar a cabo actividades de las que solo se aprovechaba él. Había sido un grupo fiel. La cuestión era si no había pasado su tiempo y el del clan.

Miró un momento a Chris, su mano derecha, su amortiguador para todo lo que pudiera golpearlo. Era a quien más iba a echar de menos.

—Dame un purito —le pidió, y Chris también le pasó el mechero.

Un momento así, con el azulado humo de tabaco flotando en el aire y el olor a trópicos y el aire seco iban a ser su próximo punto de partida, lo decidió allí. No podía fiarse de que el flojo de Samuel mantuviera la boca cerrada, y tampoco podía fiarse de que Lajla no fuera a clavarle un cuchillo en el corazón cualquier noche en cuanto supiera que había sacrificado a su novio.

Vista con frialdad, la cuestión era simple. Tendría que dar por perdidos los objetos valiosos de Kregme, así la Policía tendría algo con que entretenerse. Las cosas no estaban tan mal.

El resto lo esperaba en Zúrich. Una cuenta engordada durante muchos años, basada en empresas que se consideraban legales, pero no lo eran. Y en cuanto hubiera reunido aquellos fondos, se abrían dos caminos, aunque aún no había decidido cuál tomar. Podía llevarse el dinero y vivir el resto de su vida en paz con muchas mujeres en Venezuela o Paraguay, o bien volver a formar otro clan. Había muchos mercados en los que introducirse, pero los duros inviernos y meses de oscuridad de Dinamarca se habían terminado. Tenía tiempo para tomar su decisión, y el mundo era enorme.

Visto así, no hay mal que por bien no venga. Solo esperaba que Marcus, que lo

había llevado a la situación actual, tuviera su merecido. Esperaba de verdad que los africanos le rebanaran el pescuezo a las primeras de cambio.

Miró el reloj.

Todavía le quedaba media hora de espera; luego iría con la furgoneta a Rådhuspladsen a recoger la ganancia del día. Necesitaría algo de dinero en efectivo para el viaje, así era como funcionaba él. Las tarjetas de crédito podían rastrearse, como los teléfonos móviles, si quería desaparecer de manera segura, tendría que hacerlo con los recursos disponibles y con el mayor cuidado.

Abrió la guantera mientras Chris miraba por su ventanilla, de una hendidura del forro interior sacó con cuidado su pasaporte falso y las dos o tres mil coronas que estaban siempre allí, y lo metió todo en el bolsillo. No había razón para que Chris preguntase nada. A saber cómo iba a reaccionar si sospechaba lo que estaba ocurriendo.

—Conduzco yo, Chris —decretó, e hizo una señal de que tenían que bajar para cambiar de asiento.

Su ayudante lo miró extrañado, pero había aprendido a no poner en duda la conveniencia de las órdenes de su amo y señor.

Zola le dio una palmada en la espalda.

—Escucha bien, Chris: tenemos que hacer algo.

Y se lo explicó.

En cuanto llegasen a Rådhuspladsen, Chris iba a decir a los que estaban esperando que volvieran a casa en el tren suburbano. Que Chris y él tenían cosas que hacer para sacar cuanto antes de Jefatura a Romeo y Samuel. Y, como especial medida de precaución, iban a pedir a los jóvenes que metieran la ganancia del día en el saco de Chris, no fuera a ocurrir que la Policía los esperase en casa. Después Chris y él acudirían al mejor abogado del país, ya sabía quién, era lo que debía decir Chris. Nada pillaba desprevenido a Zola. Ni siquiera una situación complicada como aquella.

Era evidente que Chris se quedó conmovido ante aquella preocupación por los miembros del clan. De no ser porque la bolsa negra se interponía, habría tomado la mano de Zola y la habría besado.

**L**legaron a Rådhuspladsen a las cinco menos dos, y nada ocurrió como había planeado Zola.

Chris se apeó y empezó a recolectar cosas robadas mientras los miembros del clan escuchaban, desanimados, los sucesos del día.

Pero cuando Chris iba a meter la bolsa en el asiento delantero se oyeron gritos, y de pronto la gente de Zola se dispersó en todas direcciones. Solo Miryam y otra de las chicas se quedaron junto a la furgoneta cuando la Policía apareció por todas partes.



Zola no llegó a pensar, su pie apretó a fondo el acelerador, y el derrape de la furgoneta sonó como un eco desde el edificio de *Politiken* hasta Industriens Hus, justo encima de él.

Apenas le dio tiempo a pensar que en alguna parte podría conseguir un billete de avión con lo que había sacado de la guantera, y que era extraño que no hubiera coches patrulla para prevenir una huida como aquella.

Incluso llegó a reír un segundo, antes de que el parabrisas se despedazara y algo pesado lo golpeará en la rodilla.

Pero no llegó a ver el camión que venía en dirección contraria.

**E**l taxista de Marcus demostró ser merecedor de las doscientas coronas cuando se metió como un rayo en el carril de bicis y lo dejó justo delante del Hereford Beefstowe. Por eso pudo apearse sin que lo vieran y trepar la verja en unos segundos, así que se encontró en la parte trasera del edificio en construcción mientras los obreros salían por la entrada principal.

Sabía que esta vez debía andar con cuidado, y sabía que, si volvían los africanos o alguien como ellos, no debía estar desarmado.

Encontró un martillo de carpintero en la primera planta, y lo sopesó. Por un lado era romo y pesado, y por el otro, que se usaba para sacar clavos, era afilado como una lanza. No era tan efectivo como una pistola, pero desde luego valía tanto como un cuchillo.

Marcus ya no tenía miedo. Sentimientos racionales como el temor y la angustia surgen cuando estás lleno de amor a la vida y de esperanza en el futuro y en la gente que te rodea, y no quieres perder todo eso. Pero en cuanto interviene el odio, el amor —y con él el temor— se hace a un lado.

En aquel momento a Marcus solo le quedaba el odio.

Zola había asesinado a su padre ante sus propios ojos, y sabía bien que, de no haber estado él allí, no habría ocurrido. Era responsable indirecto de la muerte de su padre, porque sus actos y su presencia habían hecho que su padre olvidara su lealtad con Zola y optara por avisar a su hijo.

Marcus miró al vacío. ¡Su padre! Si pudiera acariciar las palabras, lo haría. Hacían surgir en él sentimientos profundos que ahora ya no existían en su mundo, como la palabra hijo. Un empujón a sangre fría del hombre que más odiaba Marcus en el mundo había borrado aquellas palabras para él, y pensaba vengarse, costara lo que costase. De eso y del asesinato de William Stark, el padrastro de Tilde. Solo después de vengarse podría ser capaz de encarar el futuro.

Anduvo a cuatro patas sobre el suelo de cemento de la primera planta para observar el tubo de los escombros por el que había escapado la víspera.

Ahora estaba vacío, claro, así que el africano había logrado salir. Marcus no pudo

evitar una sonrisa cuando pensó en cómo se las habría arreglado.

No se sintió algo seguro hasta que llegó a la tercera planta. Todo estaba en silencio, ya se habían marchado los obreros, a excepción de unos pocos que deambulaban entre las casetas de obra para cambiarse de la planta baja.

Si estaba quieto hasta que anoheciera, podría pasar otra noche allí. Por supuesto que existía la posibilidad de que alguien pensara que, contra toda lógica, había vuelto, y estaba preparado para enfrentarse a ellos. Pero si no ocurría, iba a intentar acercarse a la casa de Kregme y deshacerse de Zola.

Arrugó la frente al pensarlo. No iba a ser fácil, y tampoco sabía si podría hacerlo. Francamente, no lo sabía.

Encontró un bloque de hormigón poroso, lo arrastró hasta la pared que daba a Rådhuspladsen y lo empleó de silla. Cuando apoyaba los antebrazos en el marco de la ventana, podía observar su territorio como un rey, su reino que se extendía desde el puente de Langebro, pasando por todos los elegantes edificios, hasta Los Lagos.

Eran casi las cinco. Chris aparecería en cualquier momento con la furgoneta amarilla para recoger a la gente.

No veía la furgoneta, pero sí que había hombres de mirada fija en las esquinas adyacentes y en el otro lado de Vesterbrogade.

No le gustaban aquellos hombres. No solo porque todos miraban al edificio donde se ocultaba, también porque nunca había visto a hombres como aquellos y en tal cantidad.

¿Estarían también ellos buscándolo?

Entornó los ojos y esperó a que alguno de ellos se moviera, pero nadie lo hizo. Si eran policías de paisano, no distinguía ninguno de los pequeños detalles que solían darlo a entender. Miradas profundas, aquel caminar con las manos en los bolsillos de la chaqueta, el bulto en la parte de atrás de la chaqueta o bajo la axila. Pero no distinguía nada a aquella distancia.

Vio a Miryam llegar cojeando de la calle de enfrente y a varios otros miembros del clan saliendo por la paralela, Strøget. Cuando cruzaron Rådhuspladsen, los hombres de las esquinas adelantaron un poco el torso hacia ellos. Marcus hizo un gesto afirmativo. Así que eran policías vigilando, ahora estaba seguro.

Sacudió la cabeza. Había llegado la hora del clan, ya se encargó de ello con su mensaje de la multa de aparcamiento que metió en el bolso de la policía; pero ahora le parecía una barbaridad. ¿Cómo iba a pretender golpear a Zola debilitando a sus esclavos? ¡No podía hacerlo! Entonces el sacrificado no sería Zola, sino los demás.

Iba a gritar a Miryam y a los otros que huyeran, pero en aquel momento la furgoneta amarilla dobló por Vesterbrogade y enfiló directa hacia el grupo.

Creía que iban a abrir la puerta lateral y meterse dentro, como siempre, pero Chris salió de un salto y empezó a hablar con los jóvenes. Llevaba una bolsa negra en la mano, y no tenía un aspecto muy intimidatorio a aquella distancia. Pero ¿por qué había bajado de la furgoneta? ¿Por qué no se iban? ¿Y quién conducía?

Entonces observó que sus antiguos amigos arrojaban cosas a la bolsa, y que de pronto el grupo se dispersaba como pájaros asustados, mientras un montón de hombres avanzaban hacia ellos desde todas las esquinas.

Fue aquella décima de segundo en la que Chris se volvió hacia la puerta abierta del copiloto sin saber qué hacer, la que desveló a Marcus que era Zola quien iba al volante.

Instintivamente, llevado por el odio, asió el bloque de hormigón poroso a sus pies, lo alzó en el aire mientras el coche aceleraba y el chirrido de las ruedas al derrapar retumbaba entre los edificios.

Lanzó el bloque con todas sus fuerzas, sin pensar en lo expuesta que estaba la gente inocente de la calle.

Transcurrió una eternidad mientras el bloque se precipitaba, era como si la cortina de humo que salía de los neumáticos empujase la furgoneta. Y mientras el bloque caía, Marcus contuvo el aliento. Aquel bloque y la respiración de Marcus estaban tan unidos que, si hubiera seguido cayendo eternamente, también él se habría olvidado para siempre de respirar.

Y cuando por fin rompió el parabrisas y desapareció, el mundo se detuvo. Solo la furgoneta se movió. Cruzó a bandazos la calzada, se dirigió directa al edificio del Ayuntamiento, e impactó de frente contra un camión con un estruendo metálico; en amplitud y peso fue una especie de David contra Goliat. El resultado fue el previsible, y una oleada de cuerpos estremecidos por el susto corrió hacia Rådhuspladsen cuando la furgoneta cayó de costado, atrapada bajo el enorme camión.

Marcus se retiró y corrió diez metros hasta un lugar junto al muro, desde donde podía ver lo que ocurría sin que lo vieran.

La mayoría miraba al lugar del accidente, estaban paralizados y asustados.

Unos pocos miraron hacia arriba.

Y Marcus supo que tendría que escapar otra vez.

No es cosa fácil —gruñó Assad—. No me gustaría, o sea, estar en la piel de los chicos de las comisarías centrales de los distritos del sur de Selandia y Lolland-Falster.

—Ni a mí. El caso de ese Snap está dejando una estela siniestra —reconoció Carl—. La mujer con el cuello roto, y el hombre con la laringe destrozada y asfixiado. ¿Quién ha podido ser capaz de eso? ¿Sabemos si Eriksen tiene un pasado en las fuerzas especiales del Ejército, o algo así? —preguntó Carl mientras adelantaba a un vehículo que se había quedado en el carril del medio circulando a ochenta.

Assad sacudió la cabeza.

—Nada de eso. Lo rechazaron: algo de la espalda, entonces.

—Mmm, desde luego, ahora está en busca y captura. Veremos qué ocurre.

Llegó un mensaje del GPS. Solo faltaban veinte minutos para la operación de Rådhuspladsen, no iban a llegar a tiempo.

—¿Rose ha preparado a las tropas? —preguntó.

Assad levantó el pulgar en el aire. Por supuesto que lo había hecho.

Entonces apretó el acelerador hasta el fondo y puso en marcha las sirenas y los destellos azules.

Frenaron con un chirrido en la entrada principal de Tivoli y dejaron el coche medio subido a la acera, para que no se viera desde Rådhuspladsen. Luego avanzaron pegados a la fachada hasta la plaza y doblaron la esquina justo en el momento en que una furgoneta cambiaba de carril y embestía contra un camión que se dirigía al solar de Industriens Hus cargado de armaduras de hierro.

El caos era total. En el mismo lado de la calle varios agentes de paisano perseguían a hombres vestidos de traje negro, mientras otros rodeaban a un par de mujeres que no habían huido. En la carretera, hubo todavía un par de choques más por alcance, mientras la furgoneta quedaba aplastada contra la calzada y saltaban chispas por todas partes. La gente chillaba asustada, y varios gritaron a los agentes que todo era por su culpa.

No era una escena por la que Lars Bjørn fuera a elogiarlos.

—¿Cómo te llamas?

—Miryam Delaporte.

—¿Profesión?

—Ninguna. Mendigo en la calle.

Carl asintió en silencio. Era la primera que lo decía sin tapujos. Era algo que respetaba.

—¿Eres miembro del clan de Zola?

La chica hizo un gesto afirmativo. Otras de las mujeres se estremecieron cuando mencionó el nombre de Zola; ella, no.

—¿De dónde eres, Miryam? —preguntó Rose.

—De Kregme, en el norte de Selandia.

—Vaya. ¿Naciste allí?

Miryam se encogió de hombros.

—Nunca he visto mi partida de nacimiento.

De modo que esa era su actitud.

—¿Y tus padres qué dicen?

—No estoy segura de quiénes son. Nos pasa a muchos. Somos una gran familia.

Rose y Carl se miraron. Aquella frialdad les parecía asombrosa.

—No voy a decir nada más —añadió.

Carl acercó su silla hacia ella. Tenía unos buenos ojos, no solo bonitos, sino vivos. Miryam había visto que Assad se movía en la mesa tras ella, y se había dado cuenta de que tras la aparente amabilidad de Rose se ocultaba una voluntad de insistir cuanto hiciera falta.

Vio con claridad meridiana que el lugar en que se encontraba no era el camino a la libertad.

—Puedo decirte que Zola ha muerto bajo el camión, ya has visto lo violento que ha sido. ¿Te ayuda eso a soltar la lengua?

La chica desvió la cabeza. No había rastro de reacción en su rostro.

—Esta mañana ha muerto otro hombre en el barrio de Østerbro. Aquel también ha fallecido aplastado por un vehículo pesado. De pronto alguien lo ha empujado ante un autobús. No sabemos quién es, pero creemos que podría ser uno de los vuestros. Tenemos una foto del muerto, ¿quieres que te la enseñemos?

Miryam no respondió. Entonces Rose le acercó la foto.

Pasó medio minuto hasta que, presa de la curiosidad, giró la cabeza.

Rose y Carl la vieron reaccionar. No fue un estremecimiento ni una mímica superficial; fue algo más universal, más profundo, como una punzada en el diafragma que provocase un fuerte malestar. El vientre se contrajo un poco, el cuerpo se inclinó una insignificancia, corrigió la posición de las piernas.

—¿Quién es? ¿Alguien a quien querías?

No respondió.

—Ya lo averiguaremos. En Jefatura están varios del clan a quienes preguntar —explicó Rose—. Los que más hablan son los chicos, no te creas. Pero ¿eso por qué es, Miryam? ¿Es porque las mujeres tenéis miedo de que os peguen si habláis demasiado? ¿Es por eso? ¿Por eso tienes la pierna mala, Miryam? Ya se ve que no es de nacimiento.

Siguió sin contestar.

Entonces Assad avanzó y llevó una silla junto a la chica, casi como si fuera su

asesor, como alguien amable dispuesto a responder en vez de ella.

—Ya que no responde, preguntadme a mí —dijo con calma, mirando a Rose, que frunció el ceño.

Pero Carl hizo un gesto afirmativo. ¿Por qué no?

—¿Es porque tiene miedo de que le peguen, Assad?

—No. Tiene miedo de no tener un verdadero hogar, eso es.

La chica se volvió hacia él. Tal vez se extrañara, tal vez no lo entendiera bien.

—Además, tiene miedo de sí misma —continuó Assad—. De no llegar a ser más de lo que es. Una simple ratera y mendiga con la que nadie de su llamada familia desea tener la menor relación. Y tiene miedo de que crean que cuenta más cosas que los demás, y de que dentro de poco yo la sacuda y la haga sangrar.

Carl iba a protestar, pero observó al mismo tiempo que la piel en torno a los ojos de la chica se tensaba y su mirada ganaba intensidad.

—Ya basta —protestó Rose, pero Carl le puso la mano en el hombro.

—Assad tiene razón. Es de lo que tiene miedo. Y también de que la dejemos en el campo de refugiados de Sandholm, junto con quienes saben que se ha ido de la lengua. Ahora la entiendo mejor, Assad.

Se giró hacia la chica, que tenía los puños cerrados en torno a los pulgares.

—Sabes quién es Marcus, ¿verdad?

—Ya he dicho que no iba a decir nada más —dijo la chica, en un tono apenas audible.

Bien, así que estaba dispuesta a hablar.

—Rose, ¿puedes decirme qué podemos hacer por Miryam si nos ayuda a averiguar en qué está metido Marcus? —preguntó Carl.

Rose entornó los ojos.

—No voy a decir nada mientras ella no hable —declaró—. Pero voy a decirle a Assad que si Miryam no nos ayuda, creo que van a perseguir a Marcus hasta matarlo.

—¿A qué te refieres, Rose? —preguntó Carl.

—Me refiero a que Miryam sabe perfectamente quién es Marcus, y que se siente unida a él. Y lo entiendo bien, ya que Marcus es un buen chico.

Carl sopesó por un instante la situación. Los interrogatorios eran un arte que muy pocos dominaban, y en aquel momento tenían problemas, era algo evidente. Pero, fuera como fuese, el juego entre Assad y Rose era interesante. No estaba seguro de adónde quería llegar Assad, pero Miryam, de alguna manera, sabía que no iba a librarse por no decir nada.

—Has vivido con Marcus, eso ya lo sabemos —continuó Rose—. Zola nos dijo que el chico ha crecido con vosotros. ¿Por qué no lo reconoces? ¿Lo odiabas acaso?

—No lo odiaba —respondió Assad.

—Entonces, ¿por qué no responde? —preguntó Rose.

—Porque...

Assad se volvió rápido hacia la chica y la asió del rostro.

—Porque le da vergüenza. Por eso.

Es hora de intervenir, antes de que se ponga manos a la obra, pensó Carl.

Pero Assad volvió a sorprenderlo.

—No tienes que avergonzarte, Miryam, son otros quienes deberían hacerlo —sentenció Assad, dejando caer las manos sobre los hombros de la chica.

Antes de que Miryam lograra zafarse, Assad la había atraído hacia sí y la estrechaba con fuerza.

—Tranquila... —la sosegó, poniendo con suavidad la mano en su nuca—. Ahora eres libre. Ya no tienes que rendir cuentas a nadie. Libre del todo, Miryam. Se acabó el mendigar, el robar. Si nos ayudas, todo se arreglará, ¿entiendes?

Podría esperarse que la chica reaccionara, pero no que fuera a luchar contra las lágrimas, mientras sus hombros se relajaban.

Luego Miryam se deshizo del abrazo de Assad y lo miró a los ojos.

—El otro día vi a Marcus delante de un cine, y le pegué una bofetada.

Tragó saliva un par de veces, y aquello frenó un poco las lágrimas.

—No quise creerlo, no quise. Pero luego vi su mirada desesperada.

—¿Crear qué, Miryam? —quiso saber Rose, y la tomó de la mano—. ¿Qué fue lo que no quisiste creer?

—No quería creer nada que me arrebatara mi hogar, ya lo ha dicho el otro antes.

—Tendrás que explicarlo.

Miryam alzó la cabeza.

—La primera vez que he estado segura de que ocurriría de todas formas ha sido cuando me han enseñado la foto del padre de Marcus.

Señaló la foto policial del hombre muerto.

—Entonces lo he sabido.

—¿Es el padre de Marcus?

La chica asintió con la cabeza.

—Uno me ha dicho en Strøget que Zola había empujado a alguien delante de un autobús. No sabía quién era. Pensé que sería Marcus, y que lo tenía bien merecido.

—Nadie merece eso.

Miryam asintió y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Ya lo sé.

Carl hizo un gesto a Rose para que soltara la mano de la chica. Luego movió su silla y la puso junto a ella.

—Pues cuéntalo, Miryam. ¿Qué sabes ahora?

—Sé que todo lo que decía y sugería Marcus es verdad. Que fue Zola quien me empujó a la calzada la vez que me estropecé la pierna, y que fue él quien mató a su hermano. Sé que si Marcus dice que Zola ha matado a más gente, es verdad. Ahora lo sé. Pero no lo entiendo.

Carl le puso la mano en el hombro.

—Sigue, Miryam, suéltalo todo.

La chica asintió en silencio.

—Dos de los chicos, Pico y Romeo, le trajeron un día a Zola una foto que habían ido a buscar a una casa. Hablaron del collar africano y del hombre que lo llevaba puesto en la foto. Yo vi la foto después y reconocí el collar.

—¿Lo reconociste?

—Sí, me pareció que era bonito. Se lo había visto puesto a un hombre que trajeron una noche. Estaba sin sentido, así que pensé que había bebido, pero no vi más, porque me dijeron que me fuera a la otra casa. Pensé que a lo mejor había tenido un accidente de carretera, y que querían ayudarlo.

—¿Y qué ocurrió con el hombre?

—No lo sé, pero creo que nada bueno.

—¿Por qué lo crees?

—Porque más tarde oí salir el coche de Zola, y Zola no solía sacarlo de noche. Lo que más le gustaba por la noche era estar en la cama con alguna de las mujeres.

—¿Eso prueba algo?

—No, pero al día siguiente había una pala embarrada junto a la basura, y las botas de Chris y del hermano de Zola también estaban embarradas.

—Entonces, ¿crees que mataron al hombre?

—No lo sé, pero creo que murió. —Miró al vacío, pensativa—. Claro, eso fue lo que descubrió Marcus.

—¿Y tú en qué te basas?

—Creo que en la pala.

—¿Cuánto tardaron en volver?

—Como media hora.

—Así que si enterraron el cadáver, ¿pudieron hacerlo en el bosque de lo alto de la colina?

Miryam asintió en silencio.

—Eso podemos confirmarlo, Miryam. El hombre se llamaba William Stark, y ya no está en el bosque de la colina. ¿Tienes alguna idea de adónde pueden haberlo llevado?

La chica pasó el dorso de la mano por la nariz goteante.

—Había una cantera de grava cerca de allí. A veces solían ir a hacer tiro al blanco.

—Bien, Miryam, gracias —declaró Carl—. Disponemos de varios efectos del muerto, y también tenemos un perro con buen olfato, ya verás. Esperemos encontrarlo.

—Y ahora ¿qué va a ser de mí? —preguntó Miryam.

Assad se levantó y salió rápido, mientras Rose seguía sentada.

La especialista en soluciones era ella.



—¿Cuál es el motivo, Assad? Si ves la conexión, dilo —lo apremió Carl—. Desde luego, tenemos unas bases sólidas, entre otras, los testimonios de Miryam, Romeo y, en parte, Marcus. Tenemos a dos personas desaparecidas, Stark y René E. Eriksen. Tenemos una conexión entre el ahora difunto Teis Snap y Eriksen, y también entre el banco de Snap y, curiosamente, habría que decir, una vez más ese Eriksen. Tenemos a una persona desaparecida en África y un proyecto de ayuda al desarrollo en el culo del mundo que no se ha materializado. Una larga cadena de personas y hechos que gira en torno a la persona de René E. Eriksen.

Assad se rascó la barba de días.

—La cuestión es cómo se relacionan los eslabones de la cadena, ¿no? ¿Qué salió antes del desierto, el camello o el dromedario? ¿Comprendes, Carl?

—Aquí hablamos del huevo y la gallina, Assad. Pero debemos suponer que, puesto que Eriksen es un punto de unión de todos los eslabones, toda la historia debió de empezar en el ministerio, y por eso tenemos que centrar nuestro interés en localizarlo.

—¿Y Marcus?

Carl lo miró. Sí, ¿dónde estaba Marcus?

Se oyeron pasos por el pasillo; no cabía duda, eran los zapatones de Gordon.

—Rose no está —dijo Carl sin alzar la vista.

—E... ¡vaya! Pero quiero decirte una cosa, Carl.

¿Con qué le vendría ahora? ¿Aquel idiota iba a empezar a fanfarronear acerca de sus inoportunas ocurrencias, o era solo una justificación por no haber avanzado un metro en el trabajo que le había adjudicado Carl?

—He hecho lo que me pediste, Carl. He investigado la situación económica de Eriksen, y he descubierto que recientemente había vendido acciones del Karrebæk Bank por valor de diez millones.

—Sí, eso ya me lo has contado hace un par de horas.

—Pero nos han interrumpido; yo quería haberte comentado algo más, y pese a todo he seguido investigando.

—¿Y qué era eso?

—Pues que, investigando el Karrebæk Bank, me he enterado de que el presidente de la junta directiva se llama Brage-Schmidt.

—Bueno, los presidentes de juntas directivas suelen llamarse algo así. Un guión por aquí, otro por allá, es lo menos que hace falta, ¿no? ¿Y adónde quieres llegar, Gordon?

—Ahora viene lo curioso.

—Pues dilo antes de que nos convirtamos en polvo, hombre.

—Brage-Schmidt es cónsul de varios países centroafricanos.

—Pero no de Camerún, ¿verdad?

Gordon hizo un gesto afirmativo, y al hacerlo el flequillo danzó delante de sus ojos como un toldo en un día de viento fuerte.

—Ahí va la pera. ¿El cónsul de Camerún está en la junta directiva junto con el desaparecido Eriksen y el ahora difunto Teis Snap?

—Sí.

—¿Y es rico?

—Sí, gran accionista del Karrebæk Bank.

—¿Has hablado con él?

—No me he atrevido, por ti.

Carl sonrió. Buen chico. Estaba aprendiendo. El respeto era algo bueno.

—Assad, llama, a ver si Brage-Schmidt está en casa.

Pasaron unos minutos, y el ricitos volvió.

—Hay un mensaje de una tal Lisbeth en mi contestador. ¿Tu teléfono no funciona o es que no quieres hablar con ella, Carl? Es lo que pregunta.

¡Mierda, Lisbeth!

Sacó el móvil del bolsillo trasero. Pantalla gris, batería agotada. Buena explicación.

—¿Y qué hay de Brage-Schmidt?

—Creo que debemos ir allí, Carl. Vive en Rungsted.

—¿Por qué?

—Porque su casa, o sea, está ardiendo.

**Y**a a kilómetros de distancia vieron el humo negro ensortijado sobre el estrecho de Øresund. Las luces azules de diez camiones de bomberos y la intensa actividad de alrededor eran algo impresionante cuando entraron por la carretera de acceso. Para entonces, el agua tiznada de hollín discurría calle abajo.

Las llamaradas eran enormes, así que el incendio dejaría de la grandeza de la casa poco más que cimientos y recuerdos. El calor de las llamas había fundido la pintura de los Audi y Mercedes aparcados frente al edificio, y las hojas de los árboles sudaban por el calor. El lugar bullía de actividad.

Carl se protegió el rostro y tocó el hombro del responsable de la operación.

—¿Alguna víctima?

—Sí, hemos sacado dos cadáveres.

—¿Pueden identificarse?

El hombre sonrió ante la pregunta como solo un bombero curtido puede hacerlo.

—No va a ser fácil. Para empezar, hazte con un par de bolsas forenses y unos buenos expertos con microscopios.

Carl miró los bultos que señalaba el bombero. De uno de ellos sobresalían unas

ruedas y un soporte metálico arrugado.

—¿Uno iba en silla de ruedas?

—Sí, todo parece indicar que era el dueño de la casa. Unos vecinos han dicho que llevaban mucho tiempo sin verlo. Tal vez tuviera problemas para desplazarse.

—¿Brage-Schmidt?

El jefe de bomberos consultó su atestado.

—Sí, cónsul general Jens Linus Brage-Schmidt, es lo que pone.

Carl observó a los atareados bomberos, el humo y el mar de llamas. ¿Cómo diablos había ardidido tan fácil?

—¿Alguna teoría sobre la causa del incendio?

—Tendrá que esperar. Pero se han usado líquidos inflamables, eso seguro. Los vecinos dicen que olía a algo parecido a alcohol antes de que dieran la voz de alarma.

—¿Y el otro muerto?

—Ni idea. En la dirección solo estaba registrado ese BrageSchmidt.

Carl se dirigió hacia una pareja de ancianos que estaban junto a la verja de hierro forjado de la entrada a su villa, como si aquello fuera a protegerlos de alguna manera.

—Es espantoso, espantoso —repetía la mujer sin parar—. El incendio podía haberse extendido a todas las casas. Mire nuestro Mercedes.

Carl se rascó el cuello. Supuso que Brage-Schmidt no había sido su mejor amigo.

—¿Han llamado ustedes a los bomberos? —preguntó.

Sacudieron con énfasis la cabeza. Tampoco, faltaría más.

—Pues muchas gracias. Esperemos que el depósito de granadas de mano no explote en esta dirección —dijo, llevándose el dedo a un sombrero imaginario. Entonces sí que se metieron corriendo en casa.

—¡Aquí! —gritó Assad.

Señaló con un gesto a una pareja más joven que tampoco parecían estar fuera de lugar en aquel entorno pomposo. Tan solo el coste del caro maquillaje tras el que se escondía la mujer podía alimentar a una familia media de Bangladesh durante un par de meses.

—Pues sí —dijo la mujer—. Ernst se ha dado cuenta de que ocurría algo, y hemos avisado al cuerpo de bomberos.

A Carl le pareció que solo le había faltado decir «sin demora» para que la frase quedara redonda.

—Ya hemos hablado con la Policía —dijo el hombre cuando Carl le mostró su identificación. Luego añadió—: No hay nada más que decir. No hemos visto ni oído nada. Por aquí no somos muy curiosos.

—Qué lástima. ¿Tenían alguna relación con Brage-Schmidt?

—Bueno, ya sabe. Un poco en el Rotary Club cuando era más joven. Pero últimamente, no mucho. El recadero de la tienda de comestibles venía todos los días con cosas, que dejaba en el garaje, pero la verdad es que nunca lo vimos salir a por ellas. Era algo raro.

Carl asintió y se llevó aparte a Assad.

—¿Has hablado con los peritos?

Assad asintió en silencio.

—Como es natural, no saben más que nosotros, el incendio no está apagado aún.

—¿Has estado ahí?

Carl señaló un sendero que se abría camino entre los altos setos de haya que rodeaban la mayoría de las casas de la calle.

—Creo que hace demasiado calor. ¿Por qué?

—Para hablar con los vecinos de la parte de atrás.

—Puedes hablar con ese.

Carl miró a un chico que estaba en el bordillo de la acera, sujetando el manillar de su bici. Parecía emitir una extraña intensidad, con aquellos ojos iluminados por las llamas y los reflejos rojos y amarillos en su rostro.

—Assad dice que vives en una de las casas del otro lado. ¿Has visto algo raro hoy?

El chico sacudió la cabeza.

—¿Nadie que caminase por el sendero o se metiera por un agujero del seto?

—No hay ningún agujero en el seto, hay una puerta.

—¿A qué te refieres?

—Se puede pasar de nuestra calle y entrar en el jardín del consulado por esa puerta. Es lo que hace siempre el negro.

—¿Qué negro?

—El que vive en la casa.

—Nadie nos ha dicho que vivieran otras personas aparte de Brage-Schmidt; pero tú dices que sí, ¿verdad?

—Lleva muchos años viviendo aquí. Suele aparcar el coche en otra calle, y desde allí sigue andando.

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

Carl le dio un puñetazo cariñoso en el hombro. Gracias por la información.

—¿Vamos a ver cómo van las hamburguesas de la barbacoa? Creo que ya sé quién puede ser el otro muerto —declaró, y llevó a Assad hacia los dos bultos carbonizados tendidos sobre una lona junto al seto.

La mayor parte de la carne había desaparecido por el fuego. Aún quedaban restos de cuero en los nudillos desnudos de uno de los cadáveres, seguramente del apoyabrazos de la silla de ruedas. Probablemente estaría sentado en la silla cuando ocurrió, lo que bien podía deducirse de la postura corporal en forma de S, que no pudieron enderezar.

El otro cadáver era un amasijo de huesos quemados y fusionados con tendones derretidos y tejido muscular carbonizado. Las cuencas de los ojos estaban vacías, y la piel del rostro, fundida. Era imposible saber si era blanco o negro, menos aún si se trataba de un hombre o una mujer.

—¿Qué es eso? —preguntó Assad, señalando la boca del cadáver. Miró alrededor. No había ningún perito ni gente del juzgado cerca.

Entonces metió un dedo entre lo que alguna vez habían sido labios, y empujó la masa a un lado.

—Esa dentadura postiza se me hace conocida —aseguró Assad.

Carl asintió, sorprendido, mientras Assad movía una de las paletas.

Carl tuvo que reconocer que no cabía la menor duda. El cadáver era René E. Eriksen. No era fácil olvidar una dentadura así.

Assad se secó la mano en los pantalones.

—¿A ti qué te parece, Carl?

—Me parece lo mismo que a ti: que todos se han matado unos a otros, y que el caso está a punto de resolverse. Creo que Laursen nos dará la razón cuando vea los informes de los peritos y los análisis de ADN.

Marcus pasó mucho tiempo pensando cuánto vacío puede acumularse en el interior de uno. Pocas horas antes todo estaba envuelto en el caos, aunque era bastante sencillo. Él huía, su padre y Zola estaban vivos, y el clan andaba por las calles. Pero ahora su padre y Zola estaban muertos, y muchos de los miembros del clan detenidos, lo había visto desde su atalaya antes de largarse.

Estaba abrumado, preguntándose qué iba a suceder ahora. ¿Era un hombre libre? Si Zola estaba muerto, ¿quién iba a poner fin a la cacería? ¿Cómo iba a poder seguir adelante sin dinero y con la Policía pisándole los talones?

Todo era de lo más complicado. Aunque intentaba pensar con claridad, aquel asombroso batiburrillo de dolor, alivio y angustia se entremezclaba de forma que era imposible tomar ninguna decisión.

Tal vez todo se arreglara si dejaba pasar un par de días. ¿Por qué habían de perseguirlo ahora que Zola ya no estaba? ¿Y la Policía por qué había de seguir la investigación? Al fin y al cabo, no había hecho nada. No, lo que necesitaba ahora eran unos días de tranquilidad en los que meditar sobre su siguiente movimiento. ¿Quién sabe? Tal vez pudiera incluso recuperar el dinero del piso de Kaj y Eivind.

Detuvo un taxi junto al pabellón de Los Lagos, y al cabo de un cuarto de hora estaba delante de la casa de Stark. Sabía que allí había una cama y algo de comida. Así la espera se le haría llevadera.

Alzó la mirada hacia la fachada mientras el taxi se alejaba, y enseguida se percató de que junto a la casa había aparcado un viejo Mazda con la puerta del maletero y las dos traseras abiertas de par en par. Había sacos de plástico negro llenos junto a la fachada, y entonces apareció otro par de sacos en manos de una mujer que reconoció como la madre de Tilde.

Marcus retrocedió un paso hacia el lago y se ocultó tras un árbol.

Y mientras la madre de Tilde empezaba a llenar el coche, la cabeza de Marcus se movía atrás y adelante, como la de un animal alerta. Quería percibir y verlo todo. Si la chica también estaba, se abrían muchísimas posibilidades. ¿No debería arriesgarse y acercarse a ellas?

Marcus avanzó un paso desde el árbol. Solo había cincuenta metros hasta el coche, pero sus piernas le parecían de plomo. ¿Cómo iba a poder contarles la verdad?

—¿Qué haces vigilando lo que hace mi madre? —oyó por detrás.

Marcus se asustó, giró de golpe y se vio frente a frente con Tilde, calzando unos zapatos embarrados y con la humedad trepando por las perneras del pantalón.

—Menos mal que he venido hacia el lago. ¿Qué quieres?

Parecía un hada con la blusa floja y la melena suelta, pero su rostro reflejaba dureza. No era así como la había visto antes, y desde luego que no era así como deseaba verla en su primer encuentro con ella.

—¿Eres el de la foto de la Policía, ¿verdad? —preguntó, fría.

Marcus frunció el ceño.

—Si me haces algo, gritaré, ¿vale?

Marcus asintió.

—No voy a hacerte nada. Solo quería hablar con vosotras. Contigo —se corrigió.

—¿Por qué?

Marcus tragó saliva. No sabía cómo empezar.

—La Policía dice que sabes algo. ¿De qué conoces a William? —preguntó Tilde sin tapujos.

—No lo conozco, pero sé qué le ha ocurrido.

La chica trató de aparentar calma, pero todo su interior le gritaba que no había cosa en el mundo que más quisiera saber, y sin embargo no se atrevía a oír. Estaba clarísimo, y Marcus se sentía mal al verlo.

La voz de la chica tembló.

—Si no lo conoces, ¿cómo puedes saber que es él?

—Era pelirrojo y llevaba un collar africano al cuello. He visto su fotografía: el que vi era él. Lo sé.

Tilde se llevó una mano a la boca, mientras movía la otra atrás y adelante a la altura de la cadera.

—¿Has dicho «era»?

Tenía que ser ahora.

—Siento decirlo, Tilde, pero está muerto.

Había esperado que la chica se derrumbara dando un alarido, y que apretara los dientes y descargara su dolor a puñetazos, pero no fue esa su reacción.

Fue como si se recogiera dentro de sí misma. Como si algo en su interior se apagara. Una chispa que de otro modo habría encendido el deseo de mirar al futuro; un fuego que podía alimentar todos los sueños que le habían arrebatado los últimos años. Todo se apagó, dejó caer los brazos y hundió la cabeza.

Su imagen allí, de pie, recordaba a la gente condenada ante un pelotón de ejecución. Nada de lágrimas, nada de rebelarse, nada de gritos de rabia o implorantes. Simplemente, resignada al destino que le había tocado.

—¿Estás seguro? —preguntó con cautela.

—Sí.

Entonces Tilde empezó a sollozar en voz baja.

—Abrazame, por favor —pidió.

Y él la abrazó mientras ella lloraba, y le contó todo lo que lo había atormentado tanto tiempo. Y cuando relató que su propio padre había sido cómplice de la muerte de su padrastro, también él rompió a llorar. Y ella, en vez de empujarlo o escupirle, se apretó más contra él, y Marcus percibía su respiración en la mejilla, y también lo fuerte y rápido que latía el corazón de la chica.

—Ya lo sabía —dijo Tilde, llorando—. Ya sabía que estaba muerto. William

nunca nos habría abandonado así, por eso lo sabía.

—¡Ya está la primera carga, Tilde! —gritó una voz de mujer desde la casa tras los árboles.

Tilde se separó de Marcus, se secó las lágrimas con las mangas y le dijo que se quedara allí.

—¡Me quedo! —gritó, y salió al camino—. ¿Vale?

—Vale, pero entra en la casa hasta que vuelva. Traeré algo para comer. ¿Qué quieres?

Marcus vio por entre las ramas que la chica temblaba aún, pero su voz estaba controlada.

—Lo que te parezca —respondió.

Se despidieron con la mano, y, cuando el coche desapareció, Tilde se volvió hacia él.

—Nos llevamos los bártulos que teníamos aquí. La Policía estuvo en casa hace unos días, y mi madre decidió que debíamos llevarnos nuestras cosas.

—¿Por qué?

—Dijeron cosas sobre William que la entristecieron. También sobre ti.

—¿Sobre mí? ¿Qué?

—No importa; de todas formas, no es verdad. Dijeron también que había usado dinero que tal vez no fuera suyo. No lo entendemos. No creemos que tuviera secretos con nosotras. También tú lo creerías si lo conocieras y hubieras vivido con él. No es una casa con secretos.

—Ya he estado en la casa —explicó Marcus.

El rostro de ella se oscureció cuando Marcus habló de las veces en que se había escondido allí. De su curiosidad, de la relación que creía tener con la casa. De la vez que se escondió en la caja fuerte, y de su extrañeza por el código.

—No me gusta que hayas entrado por la fuerza. No sé si debería estar aquí hablando contigo. En este momento no me parece adecuado.

Marcus asintió con la cabeza, pero sin decir nada. ¿Qué podía decir? Entendía a la chica.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Tilde.

—No tienes por qué hablar conmigo. Solo he venido para decirte la verdad. Ahora puedes contársela a la Policía. Se lo tienes que decir a uno que se llama Carl Mørck. Él también ha estado aquí.

Pareció sorprendida.

—Ya sé quién es. Es el que nos habló de ti.

Marcus giró la cabeza hacia ella. Así que había habido contacto entre ellos. Mucho mejor.

—¿Qué es lo que has dicho del código de la caja fuerte? ¿Me lo enseñas? —preguntó Tilde.



Se quedó un rato tumbada de espaldas en el suelo y miró el techo de la caja fuerte.

—A4C4C6F67 —repitió varias veces hasta aprenderlo de memoria.

Después salió y lo miró con expresión pensativa.

—Son movimientos de ajedrez —dijo la chica con el ceño fruncido—. A4 a C4 a C6 a F6 y F7. Pero ¿por qué? No tiene ninguna lógica.

Sacudió la cabeza.

—William y yo solíamos jugar al ajedrez, y esos movimientos no valen para nada, te lo digo con total seguridad.

—Nunca he jugado al ajedrez. ¿Qué es? ¿Qué es, por ejemplo, C6?

—Es una casilla de ajedrez. Un tablero de ajedrez tiene sesenta y cuatro casillas en total. Ocho filas y ocho columnas. Cada casilla tiene un nombre, y se empieza con las filas de la esquina inferior izquierda. A, B, C, etcétera; y en horizontal de abajo arriba 1, 2, 3, 4... hasta ocho.

Marcus trató de imaginarlo.

—Entonces, ¿C6 es la tercera hilera empezando por la izquierda y luego seis arriba?

—Bueno, es una forma de decirlo. Pero el conjunto de movimientos no tiene mucha lógica.

—Pero está escrito en una caja fuerte, así que no debe de ser una jugada. ¿Podría indicar algo, tal vez?

—¿Dónde puede haber un tablero de ajedrez?

—¿Un tablero de ajedrez?

—Sí, o algo parecido. Algo cuadriculado con sesenta y cuatro casillas.

Se miraron un momento, y a los dos se les ocurrió lo mismo.

—Cuántas baldosas habrá en la terraza? —preguntó Marcus.

Tilde lo tomó de la mano y lo llevó por la puerta de la terraza.

Aunque era tarde, aún hacía una temperatura agradable; pero Tilde temblaba mientras contaban las baldosas.

—Tienes razón. Hay ocho en un lado y ocho en el otro —comprobó Marcus, tratando de ver qué hacía Tilde.

—Esto me vendrá bien —observó la chica, sosteniendo ante él una piedra blanca que había encontrado en el jardín.

Luego contó las baldosas con el dedo extendido, y cada vez que llegaba a la baldosa correspondiente escribía encima. A4, C4, C6, F6 y F7. Cinco baldosas en total.

—Adelante —lo animó, señalando la baldosa A4.

Marcus miró alrededor.

—Ahí —indicó Tilde, señalando una pala apoyada en el cobertizo de las bicis.

Marcus la introdujo entre las baldosas y, haciendo palanca, sacó la baldosa marcada A4.

Debajo había insectos y arena, pero nada más.

—Mete la pala en la arena y cava —indicó la chica.

Marcus apretó la pala contra el suelo, y enseguida notó algo que ofrecía resistencia.

—¡Cuidado! —gritó Tilde, nerviosa—. Usa las manos.

Marcus se arrodilló y fue retirando la arena hasta que apareció un *tupper* de los que se emplean para guardar restos de comida. También la respiración de Marcus se hizo más agitada.

Lo abrió y observó el interior. Dos anillos de oro, un collar de coral con brazaletes y pendientes a juego. Dos broches con margaritas de diferente tamaño y un disquete, en el que se leía, escrito en pequeñas mayúsculas: *An International Perspective on Pension Funds: Retirement Income Security and Capital Markets*.

Marcus no lo entendía. Las joyas no eran de gran valor, y, en cuanto al disquete, era un auténtico galimatías.

Tilde observó un buen rato el contenido antes de decir nada.

—Mi madre decía que William seguramente se había deshecho de todo. Pero una vez, cuando peor lo pasé y creía que me iba a morir, él me dijo que cuando me casara llevaría las mismas joyas que su madre en su boda.

Apretó los labios.

—Y luego esto.

Estrechó contra sí el disquete.

—Yo ya sabía por qué no terminó el doctorado. Fue porque no tenía tiempo, a causa de mi enfermedad. Pero mira, iba...

Su rostro se contrajo, mientras las lágrimas fluían libres.

Marcus la dejó llorar, pero le rodeó el hombro con el brazo.

Cuando Tilde logró controlarse, lo miró.

—Pero mira, iba a intentarlo de todas formas. Guardó su trabajo para otra vez, y las joyas las guardó para mí.

Sacudió la cabeza y se calmó. Secó sus lágrimas y de pronto se puso en pie.

—Venga, llorar no vale de nada. Hay que cavar bajo todas las baldosas.

Diez minutos más tarde, tenían delante otros cuatro *tupper*.

Bajo la baldosa C4 había un bloc de notas, bajo la C6, unos papeles del banco, bajo la F6 un sobre donde ponía «Mis voluntades», y bajo la F7, un archivador, con un montón de papeles con el logotipo del ministerio, donde en trazos gruesos se leía: «PROYECTO BAKA».

Tilde abrió el bloc de notas y reconoció enseguida la letra de William.

Leyó de arriba abajo la primera página, y luego se llevó las manos a la frente y se puso a masajearla con las yemas de los dedos.

Marcus vio que el llanto acechaba de nuevo.

La mirada de la chica recorría una y otra vez la primera página, y su rostro se ponía cada vez más blanco.

—¿No vas a mirar lo que pone en las otras páginas? —preguntó Marcus.

Tilde sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

La chica asintió en silencio.

Estuvieron un rato de rodillas, y luego ella volvió a dejar el bloc en el *tupper*.

—Lo que decía la Policía sobre William era verdad. Había desviado un montón de dinero, lo pone ahí.

Apretó los labios un momento.

—Y lo hizo por mí, lo sé. Por eso estoy triste. Y porque no puedo hablar con él.

Aquel sentimiento lo entendía Marcus mejor que nadie.

—¿Y el resto? —le preguntó.

Tilde tomó los extractos bancarios que habían estado enterrados bajo la baldosa C6. Los hojeó un poco, y después los apartó con un suspiro.

—Es lo mismo. Son todas las transferencias que hizo; coincide.

—¿Cómo, coincide?

—Sí, tomaba el dinero y lo ingresaba en su cuenta, y el mismo día pagaba las facturas de mis estancias hospitalarias. Reconozco todos los lugares, y también las fechas, más o menos.

—Te quería mucho, ¿verdad?

—Sí.

Marcus desvió la mirada. ¿Tendría alguna idea de lo afortunada que había sido?

—¿Te importa abrirlo, Marcus? Creo que no tengo fuerzas —le pidió, señalando el sobre en el que ponía «Mis voluntades».

Marcus tomó los papeles. Eran un documento escrito en el papel de carta de un abogado en el que ponía estampado «COPIA», en rojo. «TESTAMENTOS», ponía en la parte superior.

—Ha dispuesto en el testamento que todas sus posesiones son para ti y para tu madre —dijo.

Tilde cerró los ojos con fuerza. Aquello era demasiado para ella.

Marcus tomó el último montón, el que había estado bajo la baldosa F7.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó, y se quedó esperando, hasta que ella abrió sus desesperados ojos.

—Son papeles del ministerio. Creo que el proyecto Baka fue el último en el que trabajó.

—¿Qué hace aquí? No es tan importante como el resto, ¿no?

La chica se encogió de hombros.

—No lo sé, tal vez tengamos que devolverlo.

Oyeron el ruido del motor, y luego el del coche frenando en la entrada.

Tilde giró la cabeza hacia la puerta.

—Es mi madre. Pero ¿por qué no ha seguido sendero arriba?

—¿Has pensado enseñárselo? —preguntó Marcus, mientras la chica recogía las

cosas en sus *tupper* y los juntaba.

Tilde sacudió la cabeza.

—Si dejas los *tupper* y las baldosas en su sitio, saldré a recibirla. Te llamaré después de contarle que estás aquí. Entonces cuéntale exactamente lo que me has contado a mí, yo no voy a poder. ¿Vale?

Marcus hizo un gesto afirmativo, aunque temía cómo fuera a tomárselo la madre.

Pasaron unos minutos, en los que Marcus trabajó duro con las baldosas. Luego dejó la pala apoyada en el cobertizo de las bicis. Todo debía quedar como antes. Se volvió hacia la terraza y asintió para sí. Aunque había frotado con la punta de los zapatos las marcas de tiza, no habían desaparecido del todo, pero por lo demás la terraza tenía un aspecto presentable. Nadie sospecharía lo que habían estado haciendo.

¿Querrá Tilde que salga?, pensó cuando oyó un par de bocinazos procedentes de la calle.

Se sacudió la arena de las manos, y después se dirigió a la entrada rodeando la casa. Tampoco era cosa de aparecer de cualquier manera.

Vio la parte trasera del coche, y no lo reconoció de inmediato como el de la madre de Tilde. Tal vez no se fijara bien cuando lo vio antes. Tal vez tuviera dos colores, como muchos coches viejos.

En el instante en que percibió movimiento en la esquina de la casa, oyó el chillido de Tilde desde la calle, y, antes de que pudiera reaccionar, un negro saltó sobre él con tal ímpetu que ambos cayeron hacia atrás, sus cabezas golpearon las tablas sin desbastar del cobertizo de las bicis, y aterrizaron en el suelo. Marcus veía unos destellos encima, pero se dio cuenta de que era un cuchillo cuando su atacante lo dirigió a su brazo y luego volvió a levantarlo.

—¡Socorro! —gritó, mientras le daba un rodillazo en la ingle y se alejaba rodando—. ¡Socorro!

Pero aparte de ellos, colocados frente a frente y con la respiración agitada, la zona estaba en absoluto silencio. Nadie reaccionó. Entonces Marcus reconoció al hombre. Aquella mirada desquiciada, la cicatriz blanca, el cuchillo brillante. Era el que había estado en esa misma situación en lo alto del edificio. El que se quedó atascado en el tubo de los escombros. Y esta vez no iba a fallar, decía su expresión demente.

—¡Socorro! —gritó Marcus de nuevo, dando un salto hacia el cobertizo, cuando el tipo lo atacó otra vez y se torció el tobillo, de forma que estuvo a punto de perder el equilibrio.

Aquella falta de control sobre su aparato motor le costó caro al hombre, porque Marcus asió el mango de la pala y la hizo girar antes de golpearlo, rasgar su camisa y hundirse en su hombro izquierdo.

Dando un rugido, soltó el cuchillo y se llevó la mano a la herida abierta, mientras la sangre salía a borbotones.

Durante un segundo miró a Marcus con sus ojos amarillos, y luego huyó hacia el

coche que estaba parado.

Marcus corrió detrás, y vio que Tilde iba en el asiento trasero, inmovilizada por una negra gruesa, enorme. Marcus ya la había visto antes.

Iba a correr detrás, pero se detuvo tras oír un disparo procedente del coche y el impacto del proyectil, que se hundió en el muro de la fachada, tras él.

Se oyó otro disparo y el sonido de una bala más silbando sobre su cabeza.

Entonces se retiró tras la esquina de la casa y se quedó un rato jadeando. Por su culpa habían atrapado a Tilde, y la situación era desesperada. Si avanzaba, lo mataban, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Achicó los ojos y gritó tan alto como pudo.

—*Let her go, then I'll come!*

Asomó la cabeza con cuidado y vio al tipo que había herido en el hombro chillando dentro del coche. A juzgar por la sangre del pavimento, debía de tener una avería respetable.

Entonces vio que la señora gruesa del asiento trasero daba un golpecito en el hombro del conductor, que era quien había disparado, y el coche se puso en marcha.

Marcus echó a correr tras él y trató de leer la matrícula, pero estaba tapada. Cien metros más allá el coche se detuvo, y de la ventanilla trasera dejaron caer un pequeño objeto sobre el asfalto.

Luego desaparecieron.

Marcus estaba paralizado. ¿Aquella familia iba a sufrir más desgracias por su culpa? ¿Su propia existencia, la de su padre y la del tirano de Zola iban a ser la maldición de Tilde y de su madre?

Caminó con precaución hacia el objeto oscuro, lleno de malos augurios. ¿Qué sería? ¿Una granada de mano? O, peor aún, ¿habrían mutilado a Tilde?

Entonces oyó un tono de llamada. Era un móvil.

—¿Sí...? —dijo cuando lo recogió y lo activó.

—Vamos a matarla si no te entregas —dijo la mujer en inglés.

Marcus sintió un escalofrío.

—Zola ha muerto. ¿Por qué seguís persiguiéndome?

—No es él quien nos ha contratado.

Los hombros de Marcus cedieron.

—Pero si iba a entregarme. ¿Por qué no me habéis dejado?

—Tenemos otras cosas en que pensar, y es por tu culpa.

—Déjame hablar con Tilde.

—La verás cuando hagamos el canje. Te llamaremos para decir dónde. Si hablas con la Policía, matamos a la chica. Si sospechamos que pasa algo raro cuando hagamos el canje, matamos a la chica.

—Pero si...

—Te llamaremos.

Y cortó la comunicación.

Marcus devolvió la llamada enseguida, pero ya habían apagado el móvil.

Cuando el mundo se hace añicos uno llega a advertir los elementos aislados de la catástrofe, a medida que esta crece y se expande. Así debieron de sentirse los pobres inocentes de las torres el 11 de septiembre, y así debieron de percibirlo los espectadores paralizados abajo, en la calle. Para Marcus el momento en que se vio impotente en medio de la calzada no fue más que un eslabón en una cadena de desgracias, camino del definitivo punto final. Su propio final.

Era consciente de que debía sacrificarse. No tenía tiempo de conseguir un arma. ¿De dónde iba a sacarla? ¿Quién iba a vendérsela? E incluso si decidía resistirse, pondría en peligro no solo su propia vida, sino también la de Tilde.

Vio que un coche doblaba la esquina y se dirigía hacia él. Se hizo a un lado de mala gana, y el coche frenó.

—¿Estás loco, o qué? —gritó la mujer.

Era la madre de Tilde.

La última persona con quien quería hablar en aquel momento, pero también, en el fondo, la más importante.

—Se han llevado a Tilde —fue lo primero que dijo.

El resto lo contó mientras la mujer lo miraba con ojos desorbitados e insistía en dirigirse a la Jefatura de Policía.

¡YA!

—¿Puedes subir un rato a la sala de interrogatorios, Carl? —preguntó Assad por el receptor—. Tengo algo interesante para ti.

—La verdad es que ya he tenido suficientes cosas interesantes por hoy —respondió, apartando un montón de folios de Rose acerca de las transacciones y currículum de Brage-Schmidt—. Enseguida subo.

Colgó, y llamó por segunda vez a Rose.

¿Dónde diablos se había metido?

Aunque todavía no había conseguido toda la documentación que le había pedido, para él estaba cada vez más claro lo que se ocultaba tras los sucesos de los últimos días. No sabía seguro de qué se trataba, ni la razón, pero sí sabía lo bastante para hacerse una idea de un desvío de fondos para el desarrollo y el posterior traspaso del dinero a gente que había perdido la vida los últimos días. Todo parecía indicar que se trataba de un auténtico caso para el Departamento de Delitos Económicos y la gente lista que estaba familiarizada con la delincuencia económica. Allí había donde hincar el diente.

Los recientes asesinatos de Snap y su esposa en su casa de Karrebæksminde y el posible incendio provocado con víctimas en la villa de Rungsted no correspondían al Departamento Q, desde luego, pero a nadie se le escapaba que de alguna manera podían ser ramificaciones de lo que le ocurrió en el pasado a William Stark.

En opinión de Carl, una de dos: o Stark sabía demasiado o estaba implicado hasta el fondo en lo que Snap y los demás se traían entre manos. Pero Stark había muerto, ahora lo sabían, y los tejemanejes más o menos criminales que hubiera hecho o dejado de hacer no tenían la menor importancia.

Por él, el caso Stark estaba cerrado a cal y canto. En algún momento se haría oficial la declaración de fallecimiento de Stark, y un buen día un perro, o quizá un *boy scout*, encontraría unos restos de huesos que Malene Kristoffersen podría depositar en la tierra junto a una lápida, como es debido. Entonces todos seguirían adelante con sus vidas, pero él, no.

Carl miró los dos números de teléfono del papel que tenía delante. Uno, el de la oficina de Mona, y el otro, el de Lisbeth.

Encontrándose como se encontraba, era una elección difícil.

—Carl, ¿has visto qué hora es?

Vio a Rose en el pasillo, y después miró el reloj.

Casi las siete.

—Salgo un rato antes de que cierren las tiendas. ¿Quieres algo?

—No, gracias. Voy a subir adonde Assad. Está interrogando al último de los chicos de Zola. Dice que tiene algo interesante para nosotros. Y luego me voy a casa.

—Vale, pero antes de que te vayas a casa vuelve a bajar: también yo tengo algo

para vosotros.

Carl dio un suspiro mientras el ruido de las pisadas de Rose se iba alejando. Debía tomar una decisión en media hora, parecían gritarle los dos números de teléfono desde la mesa.

Volvió a mirarlos.

No cabía duda de que la propietaria de cada uno de aquellos números tenía sus propias cualidades.

—Este es Hector, Carl. Saluda a Carl, Hector —dijo Assad.

Carl hizo un gesto con la cabeza. No había razón para actuar con hostilidad. Parecía que al chico ya le habían bajado los humos.

Hector le tendió la mano, pero a Carl le pareció excesivo.

—¡Vaya! —se extrañó Carl, dejándose caer en una silla junto a la mesa—. Sin esposas. ¿Eres un buen chico, Hector?

El joven asintió en silencio.

—Hector es el mayor de los hijos de Zola —explicó Assad, dándole al chico una palmada en el hombro—. Todos pensaban que sería su continuador cuando llegara la hora, y ahora me cuenta que toda su vida había soñado con escapar.

Carl miró a Assad y se permitió una sonrisa irónica.

—Así que le has prometido un permiso de residencia permanente, si es que es posible, ¿verdad, Assad?

Assad avanzó el pulgar hacia Carl.

—Exacto.

Menudo chiflado.

—A ver, Hector, cuéntale a Carl, o sea, lo que me has contado.

Assad se volvió hacia Carl.

—Ahora viene lo interesante.

El muchacho tenía un aspecto respetable con su traje negro. Si Assad hubiera podido cumplir su promesa, desde luego que no iba a ser su aspecto lo que impidiera la asimilación de Hector en la sociedad danesa. Solo con que una décima parte de aquella población vestida de cualquier manera, incluido él, estuviera tan cuidada y bien vestida como Hector, el país como tal robaría a franceses e italianos el maillot amarillo de la alta costura.

—He dicho que hoy ha habido dos cosas que han salido mal —comunicó el tipo en un inglés fluido—. Una ha sido que Zola ha asesinado a su hermano en Østerbro. Si ha podido hacerlo, ninguno de nosotros estaba a salvo, y yo creía que al menos yo lo estaba. La otra han sido los africanos. Los he visto dar una paliza a un par de estonios, creo, y eso que eran dos tipos duros. Los negros me han dado miedo, por lo jóvenes que eran y por la frialdad de su mirada. Y ahora andan sueltos por la calle



buscando a Marcus.

Carl arrugó el ceño. Eran dos noticias que tendría que aclarar cuanto antes, y, por lo demás, el caso quedaría zanjado.

—¿Por qué buscan a Marcus? Si Zola ya ha muerto.

—Son asesinos a sueldo. Si puede, esa gente hace lo que le han pagado por hacer, aunque solo sea por la reputación.

¿Asesinos a sueldo? ¿En Copenhague?

—¿Sabes dónde puede estar Marcus?

Hector se encogió de hombros.

—Marcus sabe esconderse bien.

—Ya has oído de dónde venían, ¿verdad, Carl? —comentó Assad.

—Sí. —Era la otra cosa que debía tratar de aclarar.

—Esa gente no se va de la lengua —aseguró Hector, y tomó un trago del vaso de agua que le había puesto delante Assad. Era el único lujo de aquella pequeña estancia aséptica—. Así que no sabemos quién los ha contratado. Desde luego, no ha sido Zola. Nunca ha querido tratar con negros.

Carl miró a Assad.

—¿Qué piensas de todo esto?

—¿Que qué pienso? Un cónsul de países africanos que es presidente de la junta directiva del banco del que era director el difunto Snap. Otro hombre que desaparece después de viajar a África. Un tercer hombre que desaparece en África. Un extraño africano que desaparece de la casa del cónsul. Desvío de fondos de desarrollo destinados a un proyecto africano. Un hombre que trabaja en una oficina de ayuda al desarrollo, que encontramos muerto junto al cónsul. Y ahora, los africanos que andan sueltos por Copenhague atemorizando a chicos como Hector.

Carl asintió con la cabeza.

—Sí, ya me doy cuenta de que África está presente en muchos detalles. Pero, por desgracia, está también el hecho de que el hombre que con toda probabilidad tendría respuesta para todas nuestras preguntas se encuentra en este momento comprimido como un pedazo de carbón en una bolsa muy pequeña del Instituto Forense. Eso no facilita las cosas, ¿verdad?

—Desde luego que no.

—**E**scucha, Assad. Ya es la segunda vez que lo haces hoy. No puedes permitirte prometer el oro y el moro a la gente que interrogas.

Carl se sentó a su mesa sacudiendo la cabeza y encendió el canal de noticias de TV2. Tal vez estuvieran a tiempo de ver un reportaje sobre las detenciones del día.

—¿Por qué no, entonces? A mí me parece mejor que apretarles las tuercas. Un poco de zanahoria siempre ha sido mejor que el palo.

—¿Estás sugiriendo que si no tuvieras la posibilidad de engañarlos con tus promesas, los someterías a torturas?

—Tortura. ¿Qué es eso, Carl? ¿No puede ser muchas cosas?

Se miraron un rato, pero ninguno tomó la iniciativa de continuar. El tema era demasiado delicado.

—Me he informado en el Departamento de Agresiones —explicó Carl—. Estos últimos días no se han denunciado episodios de violencia protagonizados por africanos, aparte de los habituales problemas con los camellos de Istedgade. Entonces, ¿qué hacemos? No podemos subir adonde Bjørn con unas vagas sospechas de que dos africanos cuya identidad desconocemos quieren cargarse a un chico que no sabemos dónde está, ¿verdad? ¿Qué te habías imaginado? ¿No hemos terminado ya con ese caso?

—Bueno, Carl, ya sabes: si la arena forma dunas, no encuentras el camello, pero... e... ¿Cómo era?

Assad lo miró, perplejo. Era la primera vez que se quedaba atascado con algún dicho de camellos.

Carl sacó un cigarrillo del paquete. Los dos números de teléfono seguían ante él, y dentro de poco tenía que salir. ¿Qué iba a hacer?

—A ver, si la arena está en grandes...

Visto con realismo, Mona no iba a mostrar gran interés, pero ¿no era cierto que si llamaba a Lisbeth, Mona iba a desaparecer de su vida? ¿Era eso lo que quería?

—Ah, ahora me acuerdo. Si la arena se amontona formando dunas, no encuentras el camello, pero si sopla viento, ves las jorobas con facilidad, ja, ja. Es bueno, ¿a que sí?

Carl lo miró, cansado.

—¿Y...?

—Pues eso, que no se puede saber toda la verdad hasta que se levanta viento, ¿no? Me refiero a que ¿cómo vamos a saber si el caso está terminado si no hurgamos un poco más en él?

—Ya. Para empezar, no sopla viento, y tampoco tenemos personal suficiente para que peinen las calles, ¿verdad? Así que ¿no te parece que deberíamos dejar que el camello descanse un poco en las dunas?

—Bien, Carl, entiendes la moraleja. Pero entonces tendremos que esperar a que levante viento, ¿no?

Carl asintió. Valiente moraleja. Claro que al menos te permitía poner los pies sobre la mesa y no hacer nada en absoluto.

—Vale. Ahora voy a fumar un pitillo y ver las noticias. Y si Rose no viene dentro de diez minutos, me largo.

Se llevó el cigarrillo a la boca y sintió ya el efecto reconfortante que iba a producir en su cuerpo la nicotina. Aquel cigarrillo llevaba todo el día esperando, y ahora...

—Deja ese cigarrillo ahora mismo, Carl —se oyó procedente de la puerta.

Allí estaba Rose con la sonrisa más afectuosa que le había visto lucir, agitando una bolsa blanca de panadería.

—Bollos calientes, chavales. Parece que habéis olvidado que es víspera del Gran Día de Oración<sup>[3]</sup>.

Abrió la bolsa, y la estancia se llenó de un aroma que no solo aportaba una inmerecida aura de acogedora vida cotidiana a aquellos parajes más bien siniestros, sino que también evocaba recuerdos medio olvidados de velas encendidas, teatro por la radio y veladas de baile en el hotel Phønix.

—Delicioso —reconoció Carl, mientras se le hacía la boca agua.

Entonces sonó el teléfono.

—Tenemos en la entrada a dos personas que preguntan por Carl Mørck. ¿Las mando abajo?

**M**arcus tenía miedo. Bastante más del que había pasado en la calle. Allí al menos había tenido alguna posibilidad, cosa que no tenía ahora, metiéndose directo en la boca del lobo.

Su respiración empezó a agitarse mientras caminaba, se sentía encerrado entre las frías y ampulosas paredes de la Jefatura de Policía de Copenhague. Si desde el exterior parecían una fortaleza, dentro te sentías peor aún, y en aquel momento lo dirigían a un sótano del que al parecer solo podía salirse volviendo por el mismo camino. De pronto se había convertido en la rata acorralada por un grupo de chicos con palos, dispuestos a matar.

Y la madre de Tilde, que no había aflojado la presa de su brazo desde que aparcó el coche, no le ayudaba a sentirse mejor. En el camino a Jefatura no había dejado de gritarle, desesperada. Era un milagro que hubiera podido concentrarse en la conducción, con el miedo y la adrenalina bullendo en su interior.

Pero Marcus la comprendía, porque ya le había contado todo lo que sabía de Tilde, de los negros y de sus amenazas, y de lo que le había ocurrido a William Stark. Y ella reaccionó con vehemencia. Lo puso como un trapo, lloró y todo su cuerpo tembló. No podía soportar tanto dolor y angustia. Y además, de pronto, le golpeó, y se arrepintió al instante y le pidió perdón con voz temblorosa. Y ahora, bajando las escaleras para hablar con los policías a quienes Marcus llevaba varios días rondando, Malene estaba a punto de derrumbarse.

Marcus sabía que aquella sería su última hora de libertad en un país libre. Si sobrevivía al interrogatorio de la noche, lo expulsarían del país, de eso estaba seguro. Pero ¿adónde iban a expulsarlo?

Con las experiencias que había conocido en la vida, temía lo peor.

Por eso, lo que vio en el sótano lo pilló del todo desprevenido.

Con el canal de noticias sonando en un segundo plano, Mørck y sus dos ayudantes estaban sentados a una mesa desordenada comiendo bollos a dos carrillos. Flotaba en el ambiente un olor dulce, agradable, y aquellos rostros giraron hacia ellos, amables, pero también muy sorprendidos.

Cuando cayeron en la cuenta de quiénes eran, los tres se levantaron sobresaltados, como si estuvieran presenciando ni más ni menos que un milagro.

—Eres Marcus, ¿verdad? —preguntó Carl, avanzando hacia él. Le pareció un hombre alto cuando lo vio allá arriba inclinado sobre él y tendiéndole sus largos brazos.

Marcus sintió el galopar del corazón. El hombre de quien había huido había dejado de sonreír. Tenía los labios apretados, la mirada demasiado intensa.

Después lo abrazó y lo levantó en volandas, como si quisiera romperle los huesos.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo en voz baja mientras lo abrazaba un momento.

Después lo depositó en el suelo y se inclinó sobre su cabeza.

—Tenemos muchas cosas para preguntarte. ¿Hablarás con nosotros?

Marcus hizo un gesto afirmativo mientras contenía el aliento. El hombre lo había abrazado y parecía solícito y contento de verlo. Era demasiado abrumador. Si no andaba con cuidado, se echaría a llorar. Lo que había ocurrido era lo último que había esperado.

—Buen chico —dijo el hombre que se llamaba Assad, dándole unas palmadas en la cabeza. Hasta la chica maquillada le sonreía.

—¡Muchas gracias por haberlo traído, Malene! —exclamó Mørck.

La mujer asintió en silencio, pero luego no pudo contenerse.

—¡Ha ocurrido algo espantoso! ¡Tienen que ayudarnos!

Mørck la miró. Todos veían la desesperación de su mirada.

—¿Qué ha ocurrido, Malene?

Era una pregunta sencilla que provocó llanto, súplicas y un miedo desaforado. Marcus se dio cuenta de las dificultades que tenían los tres policías para seguir aquel relato entrecortado e inconexo.

Pero cuando Malene dijo que dos africanos que perseguían a Marcus habían secuestrado a Tilde, se quedaron paralizados.

La que se llamaba Rose les pidió que se sentaran, y Mørck puso la mano en el hombro de Marcus y le dio un apretón afectuoso, como había hecho su padre alguna que otra vez, y luego dirigió toda su atención hacia la mujer.

Marcus se estremeció. Nunca había vivido nada como aquello. Casi sentía dolor de pensar que todos sus malos augurios habían sido infundados. Sobre todo ahora que dentro de poco tendría que sacrificarse.

Assad le preguntó si quería té, pero Mørck lo detuvo con firmeza y se sentó frente a la madre de Tilde, mientras la tomaba de la mano.

Entonces Malene empezó a hablar con mayor lentitud y fluidez, mientras Rose y

Assad cuchicheaban en segundo plano.

Detrás de Mørck se veía un reportaje con una periodista plantada ante el Museo de Cera hablando, mientras los subtítulos comunicaban que en el norte de Selandia habían desarticulado una banda de ladrones que operaba en Copenhague, y que se habían producido numerosas detenciones.

Después pasaron a una de las detenciones más espectaculares, en la que varios agentes arremetían contra un hombre que oponía fuerte resistencia.

Era Pico.

Mørck se volvió hacia Marcus con una mirada seria.

—¿Me dejas ver el móvil que te arrojaron?

Marcus se lo tendió, y Mørck lo miró con detenimiento. Era un Nokia corriente y moliente, tendría unos seis años, de la época en que la marca estaba en su apogeo. Marcus había robado cientos iguales a aquel modelo.

Mørck lo inspeccionó. En la parte trasera había un número escrito a rotulador. Probablemente de quien lo había liberado y vendido en el mercado negro. Había muchos móviles como aquel por todo Copenhague, Marcus lo sabía mejor que nadie.

—Llama a este número, Rose —pidió Mørck, señalando el número—. Puede que sea el número de este móvil, puede que sea de otro. Incluso podría ser el número del que esperamos la llamada.

Rose tecleó el número, y sonó el móvil que sostenía Mørck.

—Bien, ahora ya lo sabemos. Pero mira en la pantalla y busca el número del que han llamado los secuestradores. Parece ser el prefijo de algún país africano.

Rose miró la pantalla del móvil y luego se fue con él.

En los minutos posteriores lograron que la madre de Tilde recuperase el aliento, pero no consiguieron detener el temblor de sus manos.

—¿Tú también te sientes mal, Marcus? —preguntó Mørck.

Marcus lo confirmó.

—Liberaremos a Tilde —lo tranquilizó el policía. Pero a Marcus no le gustó la mirada que cruzó con Assad un segundo después.

—Es el prefijo de Costa de Marfil —comunicó Rose cuando volvió—. Por desgracia, no creo que llegemos mucho más lejos con ese número. Al parecer, está registrado a nombre de alguien que no existe.

—Dios mío —susurró la madre de Tilde.

Entonces se oyó un tono en el teléfono africano de Rose.

—Es un mensaje —dijo en voz baja.

—¿Qué pone?

—«Pusher Street, Christiania, esta noche a las ocho». Y luego pone que Marcus debe ir solo, porque si no...

Se calló, miró a la madre de Tilde y luego pasó el móvil a Marcus.

Les quedaban exactamente veinticinco minutos.

La ciudad libre de Christiania era territorio conocido para Carl. En aquel oasis sin igual, multicolor y anarquista, no había pasaje ni callejuela en los que no hubiera husmeado en la mañana de los tiempos, ni casa en la que —con ingenuidad jutlandesa— no hubiera entrado vestido de uniforme.

El Arca de la Paz, La Pulga, La Ópera, Nemoland, Pusher Street, El Salón Gris, Green Light Distrikt, Sunshine Bakery... Todos aquellos nombres tenían cada cual su anécdota. Y por eso sabía Carl que la tarea era casi imposible.

Tenía una postura ambivalente. Desde el punto de vista de un policía, Christiania era un nido de víboras lleno de todo tipo de gentuza; pero, por otra parte, era un lugar donde uno podía relajarse y retrotraerse en sueños a la época en que Copenhague todavía no se había entregado a los *yuppies* y a sus diseños cuadriculados. Christiania seguía siendo el cordón umbilical del encanto y del flujo libre de ideas de la capital. Una central de energía con bicis, protectora del medio ambiente y de la contracultura, en la que perros y gente maravillosa transformaron unos viejos y horribles cuarteles en lo que seguramente era la mayor atracción turística de Dinamarca.

Pero, como siempre, gente estúpida, sin normas, se apropia de las mejores intenciones e ideas y las retuercen hasta hacerlas irreconocibles. Por eso, Christiania estaba siempre ante el eterno dilema entre dejarse guiar por la libertad y ser guía de la libertad.

Los últimos años se había concedido a los cristianitas el derecho a la autodeterminación, así que ahora la responsabilidad de cómo fueran las cosas era suya y de nadie más. Como era de esperar, aquello tuvo muchas consecuencias buenas, pero también malas.

La época en que los simpáticos agentes del orden podían hacer ronda por aquel *collage* cultural con sus zapatos anchos había pasado tiempo atrás, y los agentes de la fuerza pública no eran bien recibidos, de forma que solo los compañeros más novatos e implacables tenían ganas de azuzar las llamas en un lugar como Pusher Street.

En aquella calle la gente era capaz de olfatear como buitres el olor de la pasma, y, como ellos, picotearlos hasta que se les fueran las ganas de aparecer allí.

Si no fuera por aquella calle, Christiania sería un auténtico paraíso, porque Pusher Street era un territorio decididamente peligroso si tenías pinta de pasma. Y los africanos debían de saberlo. Si querías hacer un canje en algún lugar de Dinamarca donde pudiera preverse animosidad contra la eventual intervención policial, ese lugar era Pusher Street, Christiania.

Carl cerró los ojos y trató de imaginarse los murales de grafiti de Pusher Street. En la parte que daba a Prinsessegade había unos tipos controlando con todo descaro quién entraba por allí. En el otro extremo, cerca de la hermosa tienda multicolor de verduras, había gente sentada en las terrazas o debajo de porches, con la mirada igual

de alerta. Por supuesto que se podía entrar sin ser visto por las calles transversales, aunque también allí había guardianes entre el comercio desenfundado de hachís y maría. Pero si entrabas por allí, era casi imposible ver los movimientos de toda la extensión de la calle, y eso era indispensable.

Así que la cuestión era cómo iban a encarar los africanos el asunto. Seguro que pensarían que cuando hubieran conseguido a Marcus y liberado a la chica, él rompería a gritar. Por tanto, había que suponer que se mantendrían junto a las fachadas, para poder alejar a Marcus del ajetreo y apaciguarlo con una inyección o a golpes.

Aunque la gente de Pusher Street parecía relativamente despreocupada cuando se caldeaba el ambiente, seguro que no se aceptaban las agresiones a menores de edad. Los africanos no se arriesgarían a tener aquella masa en contra, así que actuarían con rapidez y en silencio.

Carl enseñó a Assad y a Rose los mapas de la zona hechos por la Policía, y señaló las posibilidades. Pusher Street no era larga en sí, pero discurría como una arteria atravesando todo tipo de calles, desde las compuestas por barracas, que amparaban de manera descarada la delincuencia, hasta las que parecían pacíficas calles de cabañas con huerto. Personalmente, Carl prefería entrar por Bådmandsstræde, pasar junto al Arco de la Paz y el local de asambleas, y por esa razón dejó esa posibilidad a Assad, que era novato en la zona.

Rose debía seguir a Marcus a una distancia prudente desde una de las transversales de Prinsessegade y después continuar hacia el otro lado de Pusher Street. Entonces Carl entraría por la puerta principal y se encaminaría a la zona de Freetown, donde creía que había más posibilidades de que los africanos esperasen a Marcus.

Malene les rogó que la dejaran acompañarlos, pero le dijeron que esperase en Jefatura, acompañada de un Gordon protestón, que llevaba tiempo pensando que ya era hora de volver a casa a cenar con sus padres.

Menos mal que tengo un grupo que se mezcla bien aquí, pensó cuando atravesó la puerta de entrada. Rose se parecía a cualquiera de los habituales, y nadie iba a tomar a un tipo de pelo rizado, tez oscura y vestido como Assad por lo que era.

Pero Carl no se sentía a gusto del todo con el disfraz suministrado por Rose. El gel que le aplicó le había dejado el emparrado vertical, y se pasó con el rímel de los ojos. En los años ochenta cualquiera habría pensado que se trataba de un poeta fracasado, pero ahora, once años después del cambio de siglo, solo había dos posibilidades: o Carl era un enfermo mental o un pasma muy mal disfrazado.

Él sabía que por encima de todo debía mostrarse digno de la primera categoría, y por eso saludó al inmigrante del pequeño puesto de almendras garrapiñadas del otro lado de la puerta con un *howdy* y la boca demasiado abierta.

Aquella noche había mucha gente en Pusher Street. La anterior acción policial en la calle debía de haber producido detenciones, pero ya se sabe que la mala hierba

nunca muere.

Carl miró más allá y calculó que había exactamente la misma cantidad de puestos de hachís de siempre, y la misma gente atendiendo. Ojalá todos comprasen la mercancía aquí, así no tendrían que andar ellos persiguiendo los clubes canábicos, que crecían como champiñones.

Por lo que veía, ni Rose ni Assad habían llegado a la calle, así que todo iba como estaba planeado.

Carl se colocó en la esquina de la transversal, junto al taller de mecánica, e hizo como si de pronto hubiera perdido el fuelle. Algo encorvado, tal vez como si estuviera bajo los efectos de algo. Al parecer funcionó, porque, aparte de una chica con dos niños sentados delante en una bici familiar, nadie miró en su dirección.

Carl observó enfadado que en aquel momento había más negros en la calle del trapicheo. Un par de somalíes delgados vestidos con anorak y la capucha puesta, un par de gambios que reconoció de Istedgade, y después un buen montón de bien alimentados turistas de crucero, mezcla de blancos y, sobre todo, negros, trotando tras el guía turístico de la ciudad libre, con su sombrero característico, y con las cámaras bien escondidas, por si acaso.

Vio a Rose y Marcus aparecer por una lateral algo más allá, y medio minuto más tarde también Assad llegaba a la acera de enfrente de Pusher Street. Rose iba a unos dos metros de Marcus, mirando en todas direcciones menos hacia donde estaba él.

Assad dobló la esquina, se detuvo algo más cerca de Carl, junto a un puesto de hachís, y se puso a olfatear la mercancía con un profesionalismo sorprendente, en opinión de Carl.

Fue una espera larga. Eran por lo menos las ocho y cuarto, e incluso a distancia se veía que Marcus estaba cada vez más nervioso e impaciente. Pasados otros cinco minutos, se alejó más de Rose y, justo en contra de lo que habían acordado, empezó a caminar por la calle. Muy lento, eso sí, pero Carl y Rose tuvieron que seguirlo, cada cual desde su distancia.

Era evidente que Marcus estaba alerta. Solo su modo de caminar, pisando los adoquines con cuidado, mostraba a las claras que estaba mucho más acostumbrado que la mayoría a las trampas de la jungla de asfalto.

Cuidado, Marcus, de lo contrario va a parecer extraño que te sigamos, alcanzó justo a pensar, cuando un negro salió de la calle lateral y lo agarró del brazo.

En el mismo instante, una turista de crucero, negra, enorme y cubierta de oro, dio un paso adelante y tapó durante unos segundos lo que hacía el africano con Marcus. Carl y los otros dos ya habían echado a correr.

—*Take it easy!* —gritó la mujer, indignada, cuando llegó Assad y le dio un empujón que la hizo chocar con una bici típica de Christiania con el remolque delantero cerrado.

Assad se detuvo y miró en todas direcciones, después señaló hacia la esquina de La Vía Láctea y empezó a correr. Era increíble que con aquellas piernas cortas y



aquella complexión pudiera acelerar así.

Carl se detuvo junto a la rolliza negra, mientras Rose salía zumbando tras Assad y el hombre negro que los precedía.

—*What's the problem?* —masculló la mujer, con las ventanas de la nariz dilatadas.

Carl la observó un rato. Era una putada que estuviera justo allí.

El africano no podrá escapar de Assad con Marcus en brazos, pensó mientras miraba alrededor. ¿O tal vez no tenga ya a Marcus? ¿Podría ser que el otro negro lo hubiera relevado y corriera con el chico en dirección opuesta, y que Assad y Rose persiguieran al negro equivocado? Porque ya sabía que eran dos trabajando en equipo.

Carl corrió atrás y adelante entre la plaza de Nemoland y la calle del local de asambleas, pero no había rastro de ellos a uno ni a otro lado.

—¿Has visto a un negro corriendo con un chico en brazos? —preguntó a un drogadicto que estaba delante de la panadería y parecía estar algo consciente.

El tipo se alzó de hombros y tiró de los mechones de barba rubia del mentón.

—Si hubiera pasado alguien corriendo, Satanás le habría dado un buen mordisco en el culo —explicó con voz indolente, señalando un perrazo formidable que parecía capaz de comerse de un bocado al perro de los Baskerville. Después informó orgulloso—: Pesa sesenta y siete kilos.

Carl asintió en silencio. Puñetero perro, puñetera situación, aquello era espantoso. Si hubieran dispuesto de más tiempo para preparar el canje, se habría encargado de tener ayuda aérea.

Así no habría ocurrido esto.

Sacó el móvil y tecleó, para que se pusiera en marcha una investigación rápida, y en aquel momento reparó en una chica delgada dirigiéndose hacia él. Se parecía a Tilde y caminaba confusa y de forma mecánica, como un zombi que alguien hubiera encaminado en una determinada dirección.

—¡Tilde! —gritó, y corrió a su encuentro, pero ella no reaccionaba a su grito. ¿Le habrían dado a Marcus lo mismo que a ella?

¿Cómo diablos había permitido que sucediera?

—Henrik, soy Carl Mørck —se presentó cuando logró comunicar con el servicio de radio de la Policía—. Nos hacen falta coches patrulla que vigilen de inmediato los alrededores de Christiania.

Luego describió lo mejor que pudo a Marcus y al africano, y silbó la señal de cortar la comunicación. No podía hacer más.

Se volvió hacia la chica, que se encontraba a unos pocos metros, y se le acercó con cuidado.

—Tilde —dijo con cautela—. Estás libre. ¿Te acuerdas de mí? Soy Carl Mørck, el policía.

La chica captó el mensaje, pero con lentitud.

—¿Dónde está Marcus? —preguntó en voz baja. Miró atemorizada alrededor. Las últimas horas no las había pasado nada bien.

—¿Sabes si te han inyectado algo, Tilde?

La chica asintió con la cabeza, apática.

—¿Dónde está Marcus? ¿Le ha ocurrido algo?

Carl la atrajo hacia sí.

—En este momento lo estamos buscando.

Entonces se oyeron pisadas a la carrera golpeando el suelo en las calles laterales. En una calle Rose corría descalza a toda velocidad junto a las barracas, y por el camino que discurría junto al canal apareció un hombre negro corriendo a toda máquina, con Assad pisándole los talones.

—¡Ciérrale el paso, Carl! —gritó Assad, jadeante.

Carl abrió los brazos y saltó hacia el africano como un toro hostigado embiste al torero. El problema era que Carl pesaba treinta y cinco kilos más que aquella especie de gacela, cuya masa muscular seguro que era un maravilloso producto genético que podía hacer que el cuerpo efectuara las maniobras más increíbles. En aquel momento Carl no tenía ni idea de lo que iba a hacer el hombre al segundo siguiente.

Por eso decidió saltar hacia uno de los lados, con las mismas probabilidades que un portero ante un penalti, y se equivocó de lado. Y mientras caía de bruces al suelo y se quedaba tendido cuan largo era, los dos hombres pasaron junto a él en dirección a Pusher Street, donde Rose esperaba.

Ella no corrió los mismos riesgos de Carl, y optó en su lugar por la simple solución de arrojarse a los pies del hombre con todo su peso; el resultado fue que el hombre cayó hacia delante como un tronco talado, su cabeza golpeó los adoquines, y de pronto se quedó muy quieto.

Carl vio que Assad, resoplando, estaba a punto de sacar las esposas del bolsillo trasero. Por eso dio un breve silbido en su dirección y, con un gesto, hizo que se fijara en un grupo de rostros morenos sin afeitar, dignos de una película de *Piratas del Caribe*, que no perdían detalle.

—Vale —dijo Assad, dejando las esposas y girando hacia el grupo—. Este cabrón quería secuestrar a un chico. ¿Alguien de vosotros tiene una cuerda?

En menos de cinco segundos, uno de los presentes se soltó el cinturón.

—Prueba con esto. Pero lo quiero de vuelta, ¿vale?

Carl se levantó, y sintió con dolorosa nitidez el batacazo que se había dado. Ostras, aquello dolía de verdad.

—¿Alguno de vosotros ha visto a un chico moreno de pelo negro rizado de unos quince años? Hace tres minutos que estaba aquí, y ha desaparecido por ahí —jadeó.

Nadie respondió. Saltaba a la vista que tenían otras cosas de que ocuparse.

Tras él, Rose observó que el hombre inconsciente respiraba con dificultad, y que la sangre brotaba demasiado rápido de una brecha de la cabeza y del hombro, como si se le acabara de abrir una herida debajo de la camisa.

—Llamo a una ambulancia, ¿vale? —gritó mientras tecleaba el número, perpleja por el abucheo de algunos de entre el grupo que tenía delante—. ¡Callaos! —ordenó, mientras daba una patada en el suelo y agitaba los brazos—. Hasta un payaso como este tiene derecho a un tratamiento justo.

Luego miró la pantalla del móvil.

—Vaya, he llamado sin querer al último número al que había llamado.

Se oyó un débil tono de llamada detrás de la gente, y todos se volvieron.

Carl miró a Rose y siguió su mirada extrañada.

—Acabo de llamar al móvil que tenía Marcus —dijo, mirando seria al grupo de gente.

El grupo abrió un hueco, y alguien señaló el lugar de donde procedían los tonos de llamada. Justo donde estaba la bici de Christiania con remolque delantero.

El tipo sentado en el sillín sacudió la cabeza y se alzó de hombros. Quería decir que no lo entendía, pero Carl tenía la impresión de que era mentira.

Llevaba guantes, y tenía la capucha del anorak atada, de forma que solo se le veían los ojos. Una manera efectiva y extraña de abrigarse, sobre todo en el cálido clima primaveral.

Carl miró el remolque. Era de un tamaño considerable. Tal vez incluso suficiente.

—Oye —se dirigió al hombre—. Enséñame lo que llevas en...

El tipo se puso de pie sobre el sillín y arrancó a toda velocidad.

—¡Rose, encárgate de Tilde! —gritó, echando a correr tras el ciclista.

—¡Ayudadnos, joder! —gritó hacia la calle, mientras los camellos se hacían a un lado con el ceño fruncido.

Joder, Carl sabía bien que en Pusher Street no había que correr, pero ¿estaba permitido esprintar en bici?

—¡Hacedlo parar! —volvió a gritar, mientras la cota de malla que envolvía su pecho empezaba a encogerse y Assad lo adelantaba junto con el tipo que le había dado el cinturón.

—¡Eh, garrapiñero! —oyó gritar a Assad, y el eco resonó desde el restaurante y las fachadas de la calle adyacente.

Y el tipo del carro de la entrada se volvió.

—¡Ciérrale el paso con el carro! —gritó Assad—. ¡Te doy mil coronas!

Se oyó un estrépito. Al parecer, el de las almendras garrapiñadas era uno de esos que no dejan pasar una fuente de ingresos potencial cuando se les presenta, así que desplazó inmediatamente su orgullo pintado de azul claro hasta la entrada, dispuesto a sufrir las consecuencias, fueran las que fuesen. Al fin y al cabo, mil coronas eran mucho más de lo que costaban un par de tablas laterales nuevas.

El ciclista que huía trató en vano de esquivarlo, y tuvo que girar hacia el taller de mecánica, donde se guardaba la basura diaria, los residuos clasificados y un montón de otras cosas. Allí frenó en seco, se apeó saltando hacia delante, y trató de ocultarse detrás de un montón de máquinas. Pero el paso estaba cortado por la gente que volvía

del trabajo y disfrutaba del buen tiempo con una lata de cerveza en la mano. No eran unos chavales a quienes pudiera espantar a empujones.

Luego saltó a la nave en sí, un sólido edificio marrón de madera y ventanas con parteluces rojos.

Cuando Carl entró resoplando diez segundos más tarde, Assad y el cristianita estaban ya dentro, mirando alrededor.

—¿Dónde coño se ha metido? —preguntó el cristianita.

Carl se hizo una rápida composición de lugar. La enorme estancia era un festival de colores. De la pared, encima de la puerta de entrada, colgaba una máscara caricaturesca de cinco metros que representaba al anterior primer ministro, muy poco apreciado por aquellos lares; y a su alrededor, miles de repuestos y todo tipo de cachivaches sobre estantes o en el suelo; y más allá, un poco de todo, desde coches de carreras en miniatura hasta palmeras de contrachapado con sombreros colgando.

En suma, que no era el mejor lugar para buscar a un negro con habilidades de contorsionista.

—¡Uno de vosotros que suba ahí! —gritó, señalando la estructura superior donde habían construido un despacho con planchas de pladur y madera, directamente sobre las vigas maestras; después dio la vuelta y se dirigió hacia la bici.

El silencio que la rodeaba le daba malos augurios.

Si le habían inyectado la misma sustancia anestésica que a Tilde, pero en una dosis mucho mayor, probablemente ya habrían cumplido su misión. Era espantoso pensar en la posibilidad.

Luego recorrió el pestillo del remolque y abrió.

En efecto, allí estaba Marcus. Acurrucado y exánime.

Carl lo tomó en brazos, lo llevó a la nave y encontró una manta para taparlo, mientras Assad y el otro tipo revolvían cosas alrededor.

Le subió la manga, y observó que no tenía pulso, o que, si lo tenía, era muy débil.

Estaba desesperado. Porque era el responsable de lo ocurrido.

Luego se arrodilló junto a la figura en apariencia exánime y empezó a aplicarle un masaje cardíaco y a hacerle el boca a boca. Hacía años que no lo practicaba, y aquella vez la chica atropellada murió. Las imágenes regresaban. La piel tersa de la chica, la desesperación de la madre, tras él. Los enfermeros, que lo alejaron de allí y se hicieron cargo. Carl tardó semanas en recuperarse, pero si Marcus moría, aquello iba a quedarse en su memoria para siempre, pensó mientras apretaba las frágiles costillas.

Giró la cabeza al advertir un movimiento, y vio que la máscara de la pared vibraba un poco por la brisa que entraba por la puerta, de manera que parecía que los labios del anterior primer ministro se movían. Qué extraño, pensó, registrar algo tan irracional y trivial en una situación como esta.

—Vamos, Marcus —susurró al chico, mientras Assad se abría paso volcando objetos y el cristianita revolvía en la oficina de arriba.

—¡No está aquí! —les gritó desde una ventana.

—¡Y aquí abajo no hay ninguna vía de escape, así que debe de seguir dentro! — respondió a gritos Assad desde el fondo de la nave.

Carl siguió esforzándose, ahora haciendo el boca a boca. Ojalá llegara alguien para ayudarlo.

Luego probó de nuevo el masaje cardíaco en el muchacho.

—¡Assad! ¡Llama a una ambulancia! —gritó—. Me temo que Marcus se nos va. Está muy anestesiado, no sé si no está muerto ya.

—¡Ay! ¡Que duele! —susurró bajo él una voz de niño.

Carl bajó la vista y se encontró con el rostro despierto y dolorido de Marcus.

—Vas a romperme algo —llegó la voz ahogada del chico.

En aquel momento se abrió la boca de la enorme máscara de la pared, y el negro se deslizó y cayó los dos o tres metros hasta el suelo.

Pareció quedarse aturdido, pero solo por unos segundos.

—¡Está aquí, daos prisa! —gritó Carl mientras se levantaba.

—Quédate tumbado, Marcus —ordenó, y se volvió hacia el africano, dispuesto a presentar batalla.

Cuando el tipo se irguió, Carl observó que llevaba una pistola en la mano, y que el dedo del gatillo estaba demasiado nervioso como para esperarse nada bueno.

Voy a morir, pensó, y una extraña calma se adueñó de él. Luego levantó los brazos y vio al africano dirigirse hacia él, mientras bajaba la pistola y apuntaba a Marcus.

Sonó un disparo, y el estruendo hizo que Carl se sobresaltara. Luego vio la mano ensangrentada del negro. La pistola había desaparecido.

Levantó la vista hacia el despacho elevado y vio al cristianita sin cinturón con una pistola humeante en la mano.

Fue entonces cuando Carl reconoció al tipo. Era del Departamento de Estupefacientes de la comisaría del centro.

—¡Ahora bajo! —gritó, y desapareció.

—¡Cuidado! —gritó Marcus desde el suelo, y Carl se volvió de golpe en el momento en que el hombre se abalanzaba sobre él con un cuchillo en la mano sana.

La sombra que saltó desde un lateral fue igual de imponente.

Era Assad. Cabreado, furioso e impávido, dirigió al rostro del africano una patada frontal que subió más que su propia altura, pero el africano también sabía luchar y giró, haciendo que la suelas de sus zapatos chocaran al impactar las dos patadas en sentido contrario. Assad cayó hacia atrás, mientras el africano levantaba el cuchillo para lanzárselo a Marcus.

Está loco, acertó a pensar Carl mientras el tipo se quedaba de pronto quieto y el cuchillo caía al suelo. No se había oído nada.

¿Qué ocurre?, pensó Carl, mientras el africano se tambaleaba y trataba de mantenerse erguido intentando agarrarse a algo. Al final se deslizó hasta el suelo. Noqueado total.

Carl se volvió hacia Assad y el agente de Estupefacientes. Assad sonrió y le enseñó un objeto recogido del suelo.

Era una tuerca de tamaño respetable.

—Si se levanta, recibirá más tuercas, hay para dar y vender —afirmó Assad, y metió la mano en una caja de pernos, tuercas y herrajes oxidados que tenía al lado.

Carl giró hacia Marcus, que se sostenía sobre los codos, con semblante pálido, pero por suerte lleno de vida.

—¿Tilde...? —Fue lo único que dijo.

—Está bien. Rose está con ella.

La sonrisa del rostro del chico era casi antinatural.

—Quiero ir con ella —declaró.

Desde luego, este chaval es admirable, tuvo que reconocer Carl para sus adentros.

Carl miró por la puerta hacia el exterior, donde había varios turistas grandotes de rostros regocijados. Quizá pensaran que habían llegado a tiempo para la puesta en escena diaria de un espectáculo del Oeste. Al menos un par de ellos aplaudieron, bastante entusiasmados.

La única que no parecía estar tan alegre era la enorme turista de crucero negra que se encontraba entre ellos. Asió con fuerza su bolso y se marchó.

—Mikkel Øst —se presentó el policía de Estupefacientes, extendiendo la mano a Assad y a Rose; su mirada decía que no estaba del todo contento por el desarrollo de los acontecimientos.

Por supuesto que tendría que entregar el arma hasta que terminara la investigación interna del tiroteo, y debía de estar aliviado y enojado a la vez. Pasar cuatro meses en el ambiente drogote de Christiania no era muy divertido, sobre todo cuando te interrumpían antes de que el trabajo empezara a dar fruto.

Carl le dio las gracias.

—Si nuestros caminos vuelven a cruzarse, recuerda que te debo una.

Y tanto Mikkel Øst como la ambulancia con el africano se marcharon.

Marcus y Tilde seguían abrazados. Estaba claro que superaban mejor juntos las experiencias que habían tenido que cada uno por su lado.

—Hay una cosa muy importante —dijo la chica cuando fue recuperándose—. Carl, llama a mi madre y dile por favor que debemos reunirnos en la casa de Brønshøj. Marcus y yo tenemos algo que enseñaros.

Media hora más tarde, Tilde y su madre estaban en el sendero de entrada a la casa de Stark, fundidas en un abrazo.

—¿Qué te han hecho, Tilde? —preguntó su madre con voz temblorosa.

—Me han puesto una inyección, y he perdido el sentido hasta que me han despertado. He estado diez minutos sentada en un banco junto a un puesto de kebab

hasta espabilar un poco y poder andar. Era parecido a cuando te anestesian en el hospital. Te queda una sensación de náusea después, pero ya estoy bien otra vez.

—¿Y tú? —Malene miró a Marcus.

Este asintió con un gesto.

—Yo también, aunque sigo teniendo las piernas medio dormidas.

Puedes estar contento de que no sea peor, pensó Carl.

—¿Qué ibais a enseñarnos? —preguntó Rose.

Tilde aspiró profundamente. Luego soltó a su madre y los guio por el sendero hasta el jardín trasero.

—Hazlo tú, ¿vale? —indicó a Marcus.

—¿Estás segura?

Tilde asintió en silencio.

—No más secretos. Ha habido demasiados en el pasado.

Marcus fue levantando las baldosas una a una, y dejó sus tesoros alineados mientras contaba de dónde había conseguido la información.

Cinco *tupper* blancos. Cinco testimonios de un difunto.

Carl sacudió la cabeza y miró a Rose y Assad. Qué extraño era todo aquello. Todo empezó con un cartel y terminó con un código en una caja fuerte y unos *tupper* enterrados. A veces el trabajo policial consistía más que nada en comprar un par de números de lotería y esperar que dieran no un premio, sino varios.

Creo que no hace falta enseñarlo todo, decía la mirada que dirigió Marcus a Tilde, pero no obstante la chica abrió los *tupper* uno a uno y explicó su contenido.

Malene Kristoffersen tuvo que sentarse en una silla, con las joyas y el pequeño bloc de notas en el regazo, y la conciencia del modo sistemático en el que el hombre que amaba había cometido el fraude. Incluso cuando Tilde empezó a defenderlo, sus puños seguían crispados y su rostro reflejaba vergüenza y decepción. No había duda de que se sentía traicionada.

—Creo que esto debéis restituirlo al lugar que le corresponde —anunció, tendiendo a Carl un montón de papeles con el logotipo del ministerio.

Carl miró un momento el primer folio y luego hizo un gesto afirmativo. Sus sospechas eran ciertas.

Si William Stark había desviado fondos del ministerio y del Estado danés, no era más que un aficionado en comparación con su jefe. La firma de Eriksen aparecía por todas partes en aquel engaño.

Carl pasó a Rose el montón de papeles.

—Los miraremos luego, ¿vale? —propuso, y señaló el último *tupper*.

—¿Qué hay ahí?

—Nada que nos valga, creo —dijo Tilde—. Es el testamento de William.

—¿Testamento? —susurró Malene.

Tilde asintió en silencio.

—Mamá, quería dejarnos todo. Todo su dinero, la casa. Todo.

En aquel momento vieron que la fachada de Malene se resquebrajaba. Todas las bonitas ideas acerca de su novio que había ocultado todos aquellos años volvieron de pronto. Estaba confusa, avergonzada, llena de dolor y, al mismo tiempo, enfadada.

—Tienes razón, Tilde. Ese testamento no nos vale ahora —dijo con voz empañada—. Van a confiscar la fortuna de William para cubrir los gastos que han supuesto sus desvíos.

Dejó caer la cabeza hacia delante y dio rienda suelta a las lágrimas.

Entonces Marcus se dirigió a Carl y le susurró algo.

Era indudable que al muchacho que tenía delante no le faltaba imaginación, pero de todas formas Carl mostró su acuerdo con un gesto.

—Bien, Malene y Tilde —comentó—. Creo que debo pedirlos que me entreguéis el bloc de notas y los documentos. Dádselos a Assad, por favor.

La chica asintió en silencio y tomó el bloc de notas del regazo de su madre, la acarició un momento, apiló los folios que documentaban el desvío, y se lo entregó todo a Assad.

Carl miró alrededor y luego señaló una pila de ladrillos que había junto al cobertizo de las bicis.

—Ahí, Assad.

Assad miró vacilante a su jefe, pero cuando vio que Carl sacaba un paquete de tabaco y el encendedor, empezó a caer en la cuenta.

—¡Vaya! —exclamó Carl cuando prendió fuego al montón de papeles con el bloc encima—. Creo que he provocado un pequeño accidente. ¿Tienes algo de agua, Rose?

Le dirigió una mirada penetrante, hasta que las arrugas de la frente de Rose desaparecieron.

—Sí —dijo la ayudante, una vez superada su lucha interna—. Tenemos el lago ahí. Pero me temo que no vamos a llegar a tiempo. El cubo está agujereado.

**M**arcus estuvo callado durante la mayor parte del camino a Jefatura, y Carl lo comprendía.

A juzgar por el relato del chico, debía de haber sido el peor y el mejor día de su vida.

—Dime en qué piensas, Marcus.

Este sacudió la cabeza.

—Assad, ¿por qué no quiere decir nada Marcus? —preguntó, dirigiéndose al asiento trasero.

—Debe de ser porque trata de aclarar su situación.

Carl miró al lado.

—¿Te cuesta aclarar tu situación, Marcus?



En aquel momento el chico no ocupaba mucho del asiento de copiloto.

—¿Te cuesta?

Marcus dejó caer la cabeza sobre el pecho y asintió despacio.

—¿En qué piensas?

—Pienso en que todo lo que había soñado no va a cumplirse. Me meterán en un campo de refugiados, y luego me expulsarán del país.

Carl arrugó el entrecejo y miró por el retrovisor. Rose y Assad se volvieron e intercambiaron miradas. No había duda de que se les había contagiado el estado de ánimo de Marcus.

—Bueno, eso no es seguro —trató de consolarlo Carl. Sabía perfectamente que era un consuelo bastante triste, sabiendo cómo trataba el Estado a los refugiados ilegales.

—¿A ti qué te gustaría hacer, Marcus?

El chico dio un suspiro.

—Solo quiero ser una persona normal. Ir a la escuela, estudiar y salir adelante.

No era mucho pedir, pero de todas formas...

—Solo tienes quince años, no puedes arreglártelas solo.

El chico volvió el rostro hacia Carl con las cejas arqueadas. «Pues claro que sí», decían.

—¿Y dónde ibas a vivir, Marcus?

—En cualquier sitio. Siempre que me dejen en paz.

—¿Crees que eso funcionaría? ¿Sin que volvieras a delinquir?

—Sí, lo sé.

Carl miró por encima del somnoliento tráfico y fijó la mirada en los edificios circundantes. Allá fuera, en el océano de luz que lo rodeaba, había miles de seres incapaces de responder cuando la sociedad les pedía un esfuerzo. ¿Cómo iba a poder hacerlo aquel chico?

—¿Cómo te las arreglarías tú cuando hay tantos que no pueden, Marcus?

—Porque quiero.

Carl miró de nuevo por el retrovisor. Era asombroso lo pasivos que estaban aquellos dos. La situación no era nada fácil, desde luego.

Aspiró hondo y pensó en el rostro de Malene Kristoffersen cuando se despidieron y la dejaron con el testamento de William Stark en la mano. Aquellos papeles iban a transformar la vida de las dos de forma radical. Tilde podría seguir con sus tratamientos, serían libres de hacer lo que hiciera falta.

Se les abría una oportunidad así solo porque él tenía un encendedor y había hecho una pequeña fogata.

Carl captó la mirada de Assad por el retrovisor.

—¡Assad! Ese pavo que conoces que tiene talento para falsificar documentos de identidad, ¿sigues teniendo contacto con él?

Notó una palmada en cada hombro. Los dos de los asientos traseros sonrieron.

Se giró hacia Marcus y vio que todo su cuerpo temblaba.

—¿Te ocurre algo, Marcus?

Entonces el chico se inclinó hacia delante y trató con brazos y manos de tranquilizar su cuerpo, pero no podía.

—No lo entiendo, Carl —empezó a decir—. ¿Quieres decir que...?

Y rompió a llorar.

Carl llevó la mano derecha al lado y le acarició la espalda.

—Rose y Assad, decídselo vosotros, a ver si os cree.

—Tendrás que, o sea, arreglártelas solo, Marcus —se oyó la voz de Assad.

—Sí —añadió Rose—. Pero no queremos saber dónde estás hasta que consigas un sitio para vivir. No queremos oír nada de que hayas echado raíces en un contenedor de la estación, ¿entendido?

Oyeron al chico reír. Al parecer, empezaba a creérselo.

—Pero escucha bien —continuó Carl—. Ni una palabra de esto a nadie, ¿vale? Ni a tus hijos ni a tus nietos, ¿de acuerdo? Y esperamos a cambio que nos cuentes todo lo que sepas de Zola y de vuestra vida en Kregme, sobre el clan y sobre vuestras numerosas actividades callejeras. Si nos explicas eso, para que tengamos algo nuevo y sólido para entregar a nuestros colegas del centro, todos saldremos ganando.

El chico asintió con la cabeza y se quedó un rato callado.

—¿Qué será de Miryam? —preguntó.

—Ya veremos. No nos costará tanto echarle una mano. Al fin y al cabo, ella nos ha ayudado mucho.

—Bien, entonces yo también ayudaré.

Calló un rato y miró la ciudad.

—Todo esto ¿es de verdad? —preguntó.

Los tres lo confirmaron.

—No consigo entenderlo. Muchas gracias.

Luego se produjo otra pausa.

—¿Podemos pasar primero por Østerbro? Tengo una cosa que hacer allí.

Se detuvieron frente a un portal donde se besaban un par de jóvenes, y Marcus pidió a Carl, Rose y Assad que entraran con él, por favor.

Como nadie reaccionaba al timbre, Carl golpeó con fuerza la puerta.

—¡Policía! —gritó, y su voz retumbó por todo el vecindario.

Aquello surtió efecto.

Los hombres del piso parecían asustados y reacios cuando vieron aquel grupo de cuatro personas frente a su puerta, pero al ver a Marcus su furia se hizo patente.

—Ese de ahí no entra, y ustedes tampoco. ¿Podemos ver su acreditación? —dijo uno de ellos con expresión escéptica.

Carl sacó la chapa de policía y se la puso delante de los ojos. Los dos hombres se miraron, todavía hombro con hombro y sin la menor intención de dejarlos entrar.

Rose dio un paso al frente.

—Solo pedimos un poco de buena voluntad. Señores, hagan el favor de hacerse a un lado para no entorpecer sin querer a varios funcionarios en el desempeño de sus deberes. La verdad es que parecen algo tontos, pero comprenderán que la estupidez excesiva puede provocar enormes dosis de furia y unas esposas bien prietas, ¿verdad?

Carl se quedó boquiabierto en su interior. Era casi como oírse a sí mismo.

La consecuencia fue que los dos hombres fruncieron el ceño a la vez, pero retrocedieron ante aquel monstruo babeante pintarrajeado de negro.

Marcus les pidió que lo acompañasen a un cuartito que ocuparía como la tercera parte del despacho de Assad.

Abrió un cajón y anduvo manoseando por él hasta encontrar lo que buscaba.

Era un viejo peine de acero, que blandió en el aire, y luego se arrodilló junto a la pared frente al estrecho camastro.

Pasó el peine varias veces atrás y adelante por el hueco entre la pared y el zócalo, hasta que encontró un ensanchamiento en el que pudo meter bien el peine.

Luego se puso a tirar del zócalo; los dos hombres del piso protestaron, y el zócalo se aflojó y se desprendió.

Todos pudieron ver el alivio que recorrió el cuerpo de Marcus.

Metió los dedos en el agujero, y sacó una bolsa de plástico transparente.

—Mirad —les dijo, sosteniéndola ante los ojos de todos—. Tengo sesenta y cinco mil para empezar. Así que no tengas miedo de que vaya a vivir en un contenedor, Rose.

*Verano de 2011*

Carl miró los dos papeles que había sobre la mesa ante él. Llevaban mes y medio allí, esperando, cada vez que hacía limpieza. ¿No sería hora de echarlos a la basura?

Giró un par de veces en la silla y trató de imaginarse a las dos mujeres. Desde luego, era asombroso cómo se difuminaban las imágenes del pasado.

¿Pasado? ¿A tanto había llegado? ¿Su pasividad ante la llamada de Lisbeth y su naufragada relación con Mona, con quien llevaba varios años, estaban ahora en la papelera en la que ponía «Pasado»? No estaba seguro de que le pareciera bien.

Tomó los papeles y, por un momento, pensó en hacer una pelota con ellos y con un tiro certero arrojarla a la papelera.

Puñetas, no era una decisión nada fácil.

—Ya ha llegado, Carl —notificó Rose, que de pronto estaba ante él.

—¿Qué ha llegado?

Carl miró a Rose sin entusiasmo. Llevaba una semana nefasta en la que nada le salía bien. Por eso preguntaba qué había llegado. Seguro que nada bueno.

—La declaración judicial de fallecimiento de William Stark. El juez ha considerado válidos los indicios, y, aunque no se ha encontrado el cadáver, ha decidido poner fin a la vida de Stark con una sentencia, basándose en los análisis de ADN.

Carl asintió para sí y se metió ambos papeles en el bolsillo de la camisa. En cierto modo eran buenas noticias. Ahora al menos podrían ejecutar la testamentaría.

Fantástico para Tilde y Malene, pensó cuando se quedó solo.

Miró el canal de noticias de TV2, donde los informes sobre el repentino chaparrón semimonzónico del segundo día de julio daban fe de situaciones catastróficas. Si no hubiera sido por el hecho muy desafortunado de que las cloacas estaban sobrecargadas a más no poder, que en aquel momento la mierda brotaba literalmente de los desagües en cientos de sótanos, también de la taza al fondo del pasillo, algunas de las consecuencias se vieron con una alegría apenas oculta.

Como en una venganza divina, se veían imágenes de Pusher Street inundada y desierta. Los puestos provisionales estaban vacíos, no se veía ni un solo gramo de hachís. En unas pocas horas debieron de bajar los ingresos en millones de coronas, era como para echarse a reír. Y el agua estaba a la misma altura en Istedgade, así que las putas, sus macarras y todas sus clínicas de masaje en semisótanos estaban paralizados.

Sodoma y Gomorra habían recibido el merecido castigo.

—Joder, Carl, vaya peste tienes aquí —se quejó Laursen en cuanto asomó la cabeza en el despacho de Carl—. ¿No deberías subir a mis dominios, donde el olor de la panadería es algo más llevadero? Ja, ja. Aún quedan invitados. Qué divertido, celebrar tu cumpleaños aquí porque vives en un apartamento minúsculo.

Rio y posó su culo cada vez más ampuloso en el asiento frente a Carl.

—Escucha, no he tenido tiempo de decirte esto. Tenía que preparar el asado —confesó—. Hoy han llegado algunos informes sobre el cadáver sin identificar del incendio de la villa de Rungsted, y las conclusiones van a sorprenderte.

—No me digas.

—Sí, se ha descubierto quién hizo la prótesis dental que sacó Assad de la boca del cadáver.

—Vaya. ¿Quién?

—Es un técnico-dentista, Torben Jørgensen, del norte de Selandia. Tal como suponíais, la dentadura postiza corresponde a René E. Eriksen, jefe de negociado.

—Por supuesto —gruñó Carl—. Eso ya lo sabíamos, podían haberse ahorrado el trabajo.

—Puede ser. Pero el problema es que la prueba de ADN de la médula del cadáver revela que quien llevaba la dentadura no era de raza caucásica. Que era negroide.

Carl arrugó el entrecejo.

—¡Assad! ¡Rose! ¡Venid! —gritó.

Tanto él como Laursen miraron algo asustados el color de pelo de Rose cuando apareció en el umbral. Para encontrar algo que fuera más lila, había que buscar en las residencias para millonarias de Florida.

—¿Qué hay, Laursen? —saludó Assad, todavía con los pantalones remangados por encima de las rodillas después de una sesión de oración.

—El muerto que llevaba la dentadura de Eriksen en la boca era negro. ¿Qué te parece? —explicó Carl.

Las cejas de Assad dieron un salto mortal.

—¿Qué?

—Y la dentadura era la de Eriksen —continuó Carl—. Han localizado los moldes en la consulta de un técnico-dentista del norte de Selandia.

Entonces Assad tuvo que sentarse.

—Pues entonces Eriksen se ha esfumado con todo —sentenció con voz apagada.

Carl asintió en silencio; también él se había dado cuenta. Vaya mierda.

—Creo que debemos suponer que ahora sabemos quién asesinó a Brage-Schmidt y al negro sin identificar —concluyó Carl—. Y si fue capaz de eliminarlos, entonces tenemos también al autor del asesinato de Teis Snap y su esposa.

—Sí —añadió Assad—. Por no hablar de todos los demás.

Rose se ahuecó el peinado. Como si no se hubieran fijado en él.

—Se os va la fuerza por la boca. Seamos sinceros, la verdad es que no sabemos una mierda. Solo se trata de suposiciones; así que lo más que podemos imaginar es

que hemos resuelto un cachito de este enredo. Paso de suposiciones.

Carl ya le recordaría aquella última frasecilla a su debido momento. No iban a pasar muchos días.

—Tengo otra cosa más —intervino Laursen—. Seguramente ya os habrán informado, si es que miráis el correo. Han encontrado el coche de Eriksen. Lleva una buena temporada cubierto de polvo en una calle lateral de Palermo.

—¿Palermo? —saltó Carl—. Joder, eso está en Sicilia.

Laursen asintió.

—Sí, el tipo se ha marchado con total tranquilidad y ha recorrido media Europa con su viejo coche sin que lo hayan detenido.

—¡Aleluya, Schengen! —exclamó Rose.

—Desde luego, está lejos —comentó Carl—. Pero si es el caso, ¿Palermo no es el lugar ideal para conseguir nueva documentación y cambiar de aspecto?

—Me dicen que la Interpol ya está en ello —observó Laursen.

—Sí, claro —suspiró Carl—. Pero hay ciento noventa países miembros de la Interpol. Seguro que ha decidido establecerse en uno de los diez o doce que no han firmado el acuerdo de cooperación.

Assad sacudió la cabeza.

—Eso quién lo sabe. No es seguro, Carl.

—No. Pero lo único que en mi opinión no vamos a saber en la vida es dónde se ha escondido Eriksen, o como se llame ahora. Todo indica que, con la fortuna que se ha llevado, no vamos a encontrarlo. Me lo dice la experiencia. Así es la vida.

**L**os limpiaparabrisas se movían frenéticos cuando Carl se acercó a la autopista. Ya había visto varios coches atrapados en los enormes charcos que había por todas partes.

No tenía ni puta gana de seguir treinta kilómetros bajo aquel aguacero. Ojalá supiera de algún lugar donde pasar la noche hasta el día siguiente.

Entonces le vinieron a la mente los papeles del bolsillo de la camisa. Si tiraba hacia la izquierda, entonces iría adonde Lisbeth, y si tiraba a la derecha, se dirigiría al piso de Mona.

Sonrió un momento al pensarlo, y luego la sonrisa se desvaneció.

¿Quién coño se creía para suponer que dos mujeres que seguro que tenían ya otros machos en su nido iban a querer relacionarse con él?

Así que sacó los papeles del bolsillo, bajó la ventanilla lateral y los arrojó fuera. Qué puñetas, que se las arreglaran como pudieran.

Hora y cuarto más tarde apareció ante él una versión veneciana de Rønneholtparken.

Glub, pensó cuando vio los coches aparcados. Mañana más de uno, incluido él,

iba a necesitar la potente ayuda de un secador de pelo para arrancar.

—¿Está bien el sótano? —fue lo primero que gritó cuando pisó el vestíbulo.

Silencio. Así que no estaría muy presentable.

Miró la sala. En total oscuridad, qué extraño. ¿Habían dejado a Hardy completamente a oscuras? Se habían pasado.

—Hardy —dijo en voz baja para no asustarlo, y en aquel instante un mar de luz inundó la sala.

—¡Tataán! —gritaron Mika y Morten, y Carl se pegó un buen susto.

Luego se hicieron a un lado, revelando a Hardy sentado en una colosal silla de ruedas eléctrica con todo tipo de cachivaches y botones a la altura de la cabeza.

—Ha llegado el momento, Hardy. ¡Enséñale a Carl lo que sabes hacer! —gritó Morten.

Carl estaba borracho de alegría. El espectáculo de Hardy avanzando sobre las ruedas con una amplia sonrisa en el rostro hizo que todos llorasen.

Los abrazos fueron interminables. Las enhorabuenas, también.

A partir de aquel día, comenzaba una nueva era en la casa de Carl, ni más ni menos. Una auténtica nueva era.

Carl recostó la cabeza en la almohada y trató de tranquilizarse, pero no podía. Cada vez que cerraba los ojos, veía ante sí el rostro feliz de Hardy y la cama vacía en medio de la sala.

Dio un suspiro. La de cosas que podrían hacer juntos si él pudiera estar a la altura.

Y después de dejar que las ideas anduvieran a su aire durante media hora, alargó el brazo hacia el fajo de propaganda que había subido del buzón y dejado sobre la cama.

Con una buena sesión de navegación consumista le entraría el sueño enseguida.

Es mucho mejor que contar ovejas, pensó, mientras separaba el grano de la paja.

De pronto apareció una postal entre un par de catálogos de supermercado.

¿Quién diablos le enviaba una postal? Debía de ser para Mika y Morten. Tal vez fuera de alguien que había estado en la fiesta y quería darles las gracias.

Miró el nombre, y era el suyo, sin duda. Entonces se dio cuenta de que, aparte del nombre y dirección, la tarjeta estaba en blanco, con la salvedad de un pequeño recorte de periódico pegado con el texto: «La exposición puntual de joyas africanas era a todas luces excepcional. La selección de anillos, brazaletes y collares hechos a mano...».

Y el resto estaba recortado.

Carl esbozó una sonrisa irónica.

Anda la osa, pensó, imaginándose a un chico moreno.

Luego dio la vuelta a la postal y se quedó un buen rato observando la foto.

«La torre de Aalborg, algo más que una atalaya», ponía.



*Otoño de 2012*

—Richard, no tienes que marcharte aún, ¿no?

La mujer giró sobre la sábana, y su cuerpo se vio desde todos los ángulos, mientras el vello de sus axilas vibraba por la brisa que levantaba el ventilador del techo.

—Mira. No te apetece meter la lengua aquí? —dijo la mujer rodeando el ombligo con el índice mientras echaba la cabeza atrás.

Él sonrió y arrojó dos billetes de cien dólares sobre la sábana, al lado de ella. Había sido una de las mejores, pero bastaba con una vez. Había más peces en el agua, que se decía. Muchos más.

—¡Ooh, Richard, doscientos! Qué simpático —declaró ella, y se cubrió los pezones con los billetes—. *Come again! Soon!*

El aire del exterior era seco como pocas veces, y el calor subía desde la calle en oleadas. Hasta los vendedores callejeros se pasaban pañuelos mugrientos por el cuello.

Pero el calor le rebotaba a René. Año y medio en diez países de Sudamérica le había enseñado a manejarse en un clima en el que la mayoría de los nórdicos debían rendirse.

Todo era cuestión de escuchar su cuerpo. Líquido en abundancia, descansos en bares con aire acondicionado, ropa elegante, pero también ligera, vueltas en helicóptero donde otros conducían coches, paseos a caballo donde otros debían caminar. Por toda Sudamérica podías disfrutar de esas ventajas. Paraguay, Bolivia, Guyana, no había en Sudamérica un país donde el estatus y el dinero no pudieran conseguir lo que necesitases.

René se estiró frente al sol. Quedaba aún algo de tiempo para la siesta. Una manicura rápida y tal vez unas compras, si veía algo interesante, aquello solía hacer maravillas.

Una mujer que andaba por la acera le sonrió, y se detuvo para ver si aceptaba la oferta, pero René estaba saciado.

Desde que se hizo implantes dentales y capilares y se tiñó el pelo de castaño, se quitó las bolsas bajo los ojos, adquirió un buen bronceado y, además, parecía un millonario, los abrazos desgastados y el sexo por obligación se convirtieron en algo perteneciente al pasado.

Maracay no era una de las ciudades más bonitas en las que había vivido en Venezuela, pero en cuestión de mujeres tal vez fuera donde más conseguías por tu

dinero.

René asintió para sí. Poco a poco, se estaba acostumbrando a su nuevo estatus en tal grado que le costaba mucho recordar de dónde era en realidad.

Ya sabía que en teoría había una posibilidad de que lo buscaran, pero se lo tomaba con calma. Si su rastro no había quedado bien borrado para siempre en el incendio de la villa de BrageSchmidt, y estaba convencido de que sí, siempre podía levantar el campamento; de todas formas, nunca permanecía mucho tiempo en el mismo sitio. La siguiente parada era Uruguay, de cuyas mujeres se decía que eran muy guapas. Cuando hubiera estado en todos los países sudamericanos en los que las infraestructuras parecían no ser tan espantosas, le tocaría el turno a Asia.

René había pensado envejecer bien, y también había pensado que debía pasar una eternidad hasta que llegara a ese punto. Solo era cuestión de cuidarse bien.

Porque podía permitírselo. Las acciones de Curaçao eran mucho más valiosas de lo que imaginara nunca, así que, gastara lo que gastase, le quedaba suficiente para el resto de su vida, y más aún.

Dobló una esquina en una de las calles principales, y olfateó el olor de la riqueza y de una compañía adecuada, con la agradable conciencia de que aquello era lo suyo.

Una tienda con fachada de mármol y cristales blindados hizo que se detuviera. No era la primera vez que pasaba por allí, pero esta vez había decidido que fuera la última. Porque aquel reloj Elephant Automatic de Fabien Cacheux era justo lo que buscaba. Aquella fantástica combinación de simplicidad y osadía, así como la correa de audaz diseño, le agradaban, al igual que la etiqueta de la ventana, que, con discreción, pero también con claridad, hacía saber a las almas curiosas que solo se habían fabricado once ejemplares de aquel modelo en todo el mundo. Por solo 47.300 dólares, pensaba incorporarse a aquel club exclusivo.

Sonrió, y por el espejo del escaparate miró con displicencia a quienes debían seguir su camino sin las posibilidades que tenía él. Luego se volvió hacia la gente, saludó con la cabeza a un hombre que había al otro lado de la calle, vestido con una gabardina con cinturón demasiado gruesa para el calor que hacía, esperando al autobús en la parada.

También él había sido un hombre así.

Cuando salió con el reloj en la muñeca y su viejo Tag Heuer en la caja de la bolsa de plástico, se sintió más rico y mejor equipado que nunca. Al día siguiente, cuando fuese a la playa de Choroní para despedirse de Yosibell, una mujer que sabía hacer más cosas que la mayoría, la dejaría acariciar la correa con sus delgadas uñas esmaltadas de rojo.

Y luego adiós a Venezuela por esta vez.

Siguió paseando por las tiendas vecinas y observó que el hombre de la parada de autobús seguía en su lugar. Pero así era Sudamérica. Unas veces todo funcionaba demasiado bien y los autobuses se pisaban los talones como ñus en desbandada, y otras lo mejor que podías hacer era desistir y continuar a pie.

Al parecer, eso era lo que había decidido el hombre. Lo extraño era que caminase en la dirección opuesta a la del autobús, pensó René mientras doblaba por la lateral donde, la última vez que pasó, un perfume especiado de hibiscos, fresa y pitaya casi lo hizo desvanecerse.

Una atmósfera de siesta flotaba con pesadez en la calleja. La gente estaba comiendo o durmiendo, con las persianas echadas.

Cuando miró alrededor, de hecho solo se hallaban en la calle él y el hombre de la gabardina, y en aquel momento el hombre se le estaba acercando.

Tranquilo, pensó René durante unos segundos, pero luego recordó que dos días antes el camarero del hotel le había preguntado si era danés. Si el acento que salpicaba su inglés no era escandinavo, sí, posiblemente danés, porque él había tenido una vez una novia de allí, y sonaba exactamente igual. Y cuando René dijo que no, lo hizo sin querer con voz desabrida, y desde entonces aquel camarero no le quitaba el ojo de encima.

Por eso cambió de hotel, claro, aunque no de nombre, así que ¿de qué le había servido?

El hombre de la gabardina estaba ya unos veinte o treinta metros por detrás, y René apretó el paso. Tenía ante sí tres o cuatro callejas como aquella, que llevaban a una de las grandes avenidas, por lo que se trataba de mantener el ritmo.

De pronto se le ocurrió que ya había visto antes a aquel hombre. ¿Era el que estaba junto al mostrador de la comisaría cuando prestó testimonio por un pequeño accidente de tráfico en la calle Marino? ¿Se habrían olido algo? De puro pensarlo sintió un escalofrío.

Echó a correr. A pesar de su edad y de la falta de ejercicio durante años, el entrenamiento personalizado y correr por las mañanas en las playas habían dado nueva vida a sus piernas.

Por eso consiguió doblar esquinas y colarse en una calleja estrecha sin que su perseguidor lo viera.

Y, con la alegría del vencedor y contento consigo mismo, se quedó detrás de una pila de cajas de cartón, y se prometió pasar de la mujer de la playa de Choroní y tomar aquella misma noche un vuelo hacia el sur.

Permaneció allí un rato para asegurarse de que el hombre se había extraviado en la red de callejas y había perdido el rastro.

Pero de pronto estaba al fondo de la calleja, apuntándolo con una pistola.

René se devanó los sesos en busca de soluciones. Los sueldos de la Policía eran miserables, y René disponía de medios para remediarlo. Así que se acercó al hombre con intención de que ambos salieran ganando con aquello.

Cuando iba a hacer la propuesta, el hombre le dijo que se quitara el reloj y se lo entregara.

René estaba asombrado. ¿Había estado huyendo de un puñetero delincuente? ¿Se trataba solo de eso? Y con irritación apenas contenida se quitó el reloj de la muñeca y

pensó que el cabrón aquel no sabía que estaba en posesión de algo que solo otras diez personas tenían en el mundo. Ojalá fuera su maldición.

—También la bolsa —exigió el hombre, señalando con el cañón de la pistola la bolsa de plástico donde estaba el viejo Tag Heuer de René.

Se la entregó.

—Y la cartera.

Mierda, pensó René, las cosas iban a complicarse. Si tenía que emplear tiempo en cancelar tarjetas y esperar las nuevas, su estancia iba a prolongarse más de lo que pretendía.

—Venga —lo apremió el hombre, mientras seguía con la mirada la mano de René, que entró en el bolsillo interior y sacó el billetero de piel de caimán.

Lo abrió y observó con satisfacción que llevaba tarjetas de crédito, y bolívares y dólares en abundancia.

Maldito soplagaítas. Y el jodido de él le sonreía. De no ser por la pistola, le habría dado el mismo tratamiento que al esclavo negro de Brage-Schmidt.

—Ahora el móvil.

Y un huevo, aquello no se lo iba a dar. Ya bastaba.

—Lo siento, no tengo —respondió.

El hombre lo miró escéptico.

—Venga, dámelo —dijo.

—Ya te he dicho que no tengo. Te he dado todo lo demás. Si tuviera un móvil, te lo daría. No soy tonto.

El hombre le palpó los bolsillos de la chaqueta y los bolsillos delanteros de los pantalones, pero no el trasero, donde lo llevaba.

—Vale, no tienes móvil —reconoció. Luego dio un paso atrás y se quedó un rato como si fuera a disparar. Pero en su lugar mostró una sonrisa desdentada.

—Has estado dispuesto a cooperar, así que te libras. No todos lo hacen.

Luego retrocedió. Y cuando estaba al final de la calle se metió la pistola en el bolsillo y dobló una esquina.

En aquel momento sonó el móvil.

René llevó rápido la mano al bolsillo y puso el teléfono en tono silencio. Luego dio la vuelta y se llevó el móvil al oído.

—Hola, Richard, soy Yosibell. El agua está como el cristal aquí, y tengo la piel húmeda. ¿Cuándo vienes?

Iba a responder que tardaría un poco, pero no le dio tiempo.

—¡Y decías que no tenías móvil! —se oyó un grito del final de la calle, mientras las pisadas se acercaban.

René miró por encima del hombro cuando el tipo se detuvo a unos metros. Se volvió con el corazón desbocado y lo miró a los ojos. La mirada, como la mano que sacó la pistola y lo apuntó, era tranquila, casi apacible.

—Te diré una cosa —explicó con voz fría—. Odio a la gente como tú. Me has

mentido.

Sacudió la cabeza, casi como un padre regañando a un niño travieso.

—Así que tendrás que atenerte a las consecuencias —sentenció el hombre, y disparó.

René oyó a Yosibell riñéndolo por el móvil mientras caía.

Pero lo último que percibió René E. Eriksen fueron unas lentas pisadas alrededor.

Y luego, que le quitaban el móvil de la mano.

## Agradecimientos

*Mi agradecimiento a mi incansable y paciente esposa, Hanne, por mantener mi ánimo despierto y ayudarme a atravesar el largo proceso de redacción. Gracias a nuestra estupenda ayudante Elisabeth Ahlefeldt-Laurvig por su trabajo de investigación y todo su ingenio. Gracias a Kjeld Skjærbæk por la logística y todo tipo de ayuda. Gracias también a Eddie Kiran, Hanne Petersen, Micha Schmalstieg y Karlo Andersen por sus comentarios indispensables y minuciosos, así como a mi inestimable editora, Anne C. Andersen, por su mirada aguda y su incomprendible energía y visión de conjunto. Gracias al constructor Karsten Dybvad y a la jefa de obra, Anne C. Jensen, por su visita guiada a Industriens Hus durante la primera fase de las reformas. Gracias a Gitte y Peter Q. Rannes y al Centro para Escritores y Traductores de Hald por su hospitalidad. Gracias a Peter Garde por el préstamo de su maravillosa casa de Kera (Creta). Gracias a mis amigas de la editorial Maeva en Barcelona por su enorme colaboración en diversos contextos, a Mathilde Sommeregger por comprar un escritorio y alquilar una silla de despacho, y a Alba por recuperar mi maleta, desaparecida con toda la sinopsis y mis apuntes de investigación. Gracias a Gordon Alsing por prestarme su casa de veraneo en Liseleje. Gracias al comisario de policía Leif Christensen por sus correcciones relacionadas con la Policía, y al comisario y coordinador de prensa Lars-Christian Borg. Gracias a la fisioterapeuta Mette Andresen y a Leo Poulsen, del centro cultural Diamante Negro.*

*Muchas gracias a Henning Kure por su fantástica aportación a nivel de redacción, por ayudarme a editar el texto y devolverme la inspiración y claridad de ideas cuando más necesitado estaba de ellas.*

*Gracias a Dick Hennig por su hospitalidad en Yaoundé. Gracias a nuestro guía Louis Font, que presta su nombre a uno de los personajes del libro, a mi amigo y compañero de viaje Jesper Helbo, y a nuestros nueve porteadores pigmeos, fuertes y llenos de humor, así como a nuestro guarda forestal y cocinero bantús por el fantástico viaje al interior de la jungla de Dja, en Camerún.*

*Al publicar esta novela, adlerolsen.dep ha apoyado económicamente a la Baka Sun Rise Association, por su importante esfuerzo a la hora de ofrecer escolarización a los niños de los pigmeos baka.*



JUSSI ADLER-OLSEN, es conocido por su versatilidad en el mundo de la cultura; siendo periodista, sociólogo y director de cine. Además, Adler-Olsen ha publicado varias novelas de intriga y suspense. Era el más joven de cuatro hermanos y el único varón. Hijo de la exitosa sexóloga Henry Olsen, que pasó su infancia con su familia en varios hospitales psiquiátricos a través de Dinamarca. En su adolescencia, tocó en varios grupos de pop como guitarra solista. Después de graduarse de la escuela pública en Rødovre, estudió medicina, la sociología y la realización de películas. A finales de 1970, trabajó en diversas áreas de la publicación, incluyendo los dibujos animados de secuencias de comandos, la prueba de lectura y el periodismo.

Su hobby es restaurar casas antiguas. Gracias a las novelas protagonizadas por Carl Mørck, se ha convertido en el autor de novela negra más vendido de Dinamarca. No es de extrañar, porque esta primera entrega del Departamento Q es una novela absolutamente irresistible para cualquier aficionado al thriller. Se trata de una historia terrible y muy cercana a la actualidad reciente, con unos personajes creíbles y complejos, y un sentido del ritmo y de la tensión que mantienen el suspense hasta el final. La saga del Departamento Q se ha convertido en un imparable best seller en Dinamarca y Alemania, antes de iniciar la conquista del resto del mundo. Jussi Adler-Olsen ha recibido el prestigioso premio Glass Key a la mejor novela policíaca del 2010.

# Notas



[1] *Tycho Brahe*: famoso astrónomo danés del siglo XVI. También era astrólogo, y se dice que sostenía que había treinta y dos días al año en que era mejor no hacer nada. De ahí viene la expresión danesa *en Tycho Brahes dag* [Un día de Tycho Brahe] para referirse a un día especialmente funesto. (N. del T.) <<

[2] *Danida*: hasta 1991, agencia dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores danés, encargada de la administración de ayudas al desarrollo y políticas de desarrollo. (*N. del T.*) <<

[3] Gran Día de Oración (*Storebededag*): Se celebra en Dinamarca el cuarto viernes después de Pascua, y en él se condensan una serie de días festivos de menor importancia. La víspera es costumbre comer unos bollos especiales. (*N. del T.*) <<